[redacted] M. ROSCHINI O. S. M.

LA VIDA
DE LA
VIRGEN MARIA

CON 20 LÁMINAS ARTÍSTICAS

Versión de la tercera edición italiana

POR MANUEL E. FERREYRA

PRÓLOGO DEL PBRO. EDMUNDO VANINI

EDICIONES PAULINAS
AVDA. SAN MARTÍN 4350
(BUENOS AIRES) FLORIDA

RAFAEL. *Madonna del Cardellino.* Detalle

Buenos Aires, 29 de octubre de 1948

Nihil obstat

Can. Dr. *Ramón Nóvoa*

Buenos Aires, 30 de octubre de 1948

PUEDE IMPRIMIRSE

† *Antonio Rocca*

Ob. de Augusta y Vic. Gen.

Es propiedad. Hecho el depósito que previene la ley 11.723

PALABRAS LIMINARES

Poner prólogo, para presentarlo, al libro La Vida de la Virgen María, *del R. P. Gabriele M. Roschini, de la Congregación de los Siervos de María, y que en su primera versión castellana nos brindan las prensas de la benemérita Pía Sociedad de San Pablo, es grato y difícil.*

Grato, porque da motivo para saludar la incorporación de tan alto valor a la bibliografía mariana en lengua castellana, lo que facilitará el conocimiento de esta obra cumbre de la teología mariana de Italia, ya que el Padre Roschini es el más grande teólogo de María en esa nación, y uno de los primeros del mundo, en esta hora privilegiada en la que la divina Providencia los suscita para manifestarnos más y mejor la doctrina acerca de la Madre de Dios.

Y difícil, porque lo vasto del tema, la manera científica y severa de la composición, la hermosura de las páginas, dejan en suspenso... El alma se va encendiendo en más amor, al ver más y mejor el misterio de María*; goza la inteligencia en el desarrollo armonioso de los temas, en el uso diestro y justo de los textos sagrados, patrísticos, eclesiásticos; el alma saca provecho de* esta ciencia *teológica, que no se expone con la fría manera de un maestro sin alma, sino de un maestro que ama... y es en verdad guiado por* intelletto d'amore.

Vivimos una hora excepcional: el Reino de María se establece. Es el gaje del Reino de Cristo. La divina economía no ha cambiado su plan: a Jesús por María. *Y por Ella, Jesús a nosotros. Por todas partes se siente esta como inquietud por la gloria de María. Por dilatar el ámbito de la doctrina conocida. Por sacar más hondas conclusiones, que nos hagan ver en nueva luz el plan providencial de Dios, al crear, al darnos a María. Aspectos del dogma que se analizan, para hallar* en lo viejo nuevas cosas. *Poner en las sienes de la Reina del Cielo, coronas refulgentes. El Espíritu Santo va derramando sus luces en las escuelas, en las academias, en los cuartos de estudio, en la meditación de los hijos de la Virgen, y así aparecen los frutos de estas disputas, meditaciones, cada día más densos de saber y de piedad, que regocijan a la Iglesia toda.*

El mundo contemporáneo se debate en el odio. La apostasía de gran parte de la Cristiandad es evidente. Solución humana no la hay. El signo de los tiempos es la mentira, el engaño. Ha vuelto la esclavitud, con sus peores crueldades, para millones de seres. La habilidad de la inteligencia, el tenor de las buenas voluntades, humanamente hablando, el esfuerzo mancomunado de rectas intenciones, todo va a estrellarse en ese muro de basalto que ha ido construyendo la maldad y la malicia durante tres largos siglos. El error ha sentado cátedra hace tiempo en la vida social, política, religiosa, familiar. Roma habla, se la escucha con deferencia cortés... y por lo que pueda servir para ir deteniendo el derrumbe. Las hordas de Tamerlán han sofrenado el galope, en un compás de espera... Se engañan quienes creen que ha sido paralizado el avance... Los caballos jadean, y beben para proseguir su galope tendido sobre Europa, sobre el mundo... Esos caballos han de beber en todos los ríos de Europa... Agua y sangre... Dos materias del testimonio: agua y sangre, es decir, la muerte. Falta el Espíritu...

Pero el Espíritu vela. Y María es la señal en el cielo. *El Dragón la persigue, quiere devorar el fruto de sus entrañas. Al Verbo no alcanza, al Hijo de Dios hecho hombre en sus entrañas virginales no llega su boca nauseabunda. Es a nosotros a quien busca devorar, león rugiente (Pedro, 1ª, V-8-9). La Mujer huye, y de pronto se detiene.* Coronada de estrellas, vestida de luz, la luna bajo sus plantas... *Habla, en Fátima... En Roma. En Alemania... En Bérgamo... en Tortona... Se realiza la verdad proclamada en la hora inicial del Paraíso:* La Mujer quebranta el poder del demonio, *y que la Iglesia canta:* Tú sola ¡oh María! has vencido todas las herejías.

Y el mundo moderno, es rescatado por la Madre de Dios. La infinita dilección de Dios envía a María. Es la inenarrable dulzura del Padre Celestial. Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza. *Cuando en el Paraíso* sus manos, *según la expresión del Sagrado Texto, formaban del limo de la tierra el cuerpo del primer hombre, a Adán, su pensar era el cuerpo que un día el Hijo había de tomar en esa raza de Adán.* Y el Verbo se hizo carne, en las entrañas de María. *Ahora comprendemos, las* manos de Dios, *de que nos habla la Escritura, son María Santísima. Ella forma al* hombre nuevo, *Ella forma al cristiano, y según el molde del nuevo Adán, Jesucristo. Es la madre de Él, y Madre nuestra. Es la Madre del* cuerpo total, *como se expresa San Agustín, de Cristo y de la Iglesia. De Cristo y cada uno de nosotros. Somos los hijos de su única y virginal concepción, en Nazaret. Cristo de Ella nació sin dolor en Belén y nosotros de Ella renacidos, con dolor acerbísimo al pie de la Cruz. Pero es un solo y único parto virginal, porque sólo parió al Unigénito del Padre, y con Él, venimos a la*

luz y Reino de Dios, no por voluntad de la carne y de la sangre, sino por la voluntad del Espíritu... *Y un día la Gloria se manifestará plena y entera.*

Y esa manifestación *es la que esperamos vivamente. Todo la anuncia en el mundo actual: las lágrimas, las perversidades, los dolores, las violencias... Tiene que llegar el reino de Cristo, y el Reino de Cristo ¡es* MARÍA*!*

Y cuando Ella ponga en quicio todas las cosas, cuando la medida de la Cruz sea la medida del mundo de Oriente a Occidente, del Norte al Sud... Cuando se la vea manifestada de pie junto a esa Cruz, *la hora está próxima... El Papa ha proclamado* la paz de Cristo en el Reino de Cristo, *y no es un modo de hablar, o una "fórmula diplomática"... El vino nuevo, el de Caná, hierve en las odres viejas, que ya van a romperse...* El vino regocija el corazón del hombre, *dice la Escritura. El vino de las Bodas del Cordero, que ya van a realizarse en público triunfo... María ya lo dispone todo.* Haced lo que Él os diga, *cristianos,* llenad de agua, de la Gracia bautismal, vuestras almas... ES MI HORA.

La HORA DE MARÍA, *la hora de la dilección y de la santa Esperanza. Todo por María para el Reino de Cristo.*

EDMUNDO VANINI, PBRO.

Morón de la Coronada, 12-VIII-48.

PREFACIO

Se ha dicho que la pluma es el más reacio de los instrumentos. Y es verdad. Ella se siente incapaz, muy frecuentemente, de confiar al papel los pensamientos y los afectos de quien la maneja.

Pero es necesario reconocer que jamás la pluma se ha mostrado instrumento tan rebelde como cuando se ha intentado escribir acerca de la "criatura más humilde y excelsa de todas". Acaso por esto se ha hecho proverbial la expresión: De Maria numquam satis, *nunca se dirá bastante respecto de María...*

La dificultad que encuentra el escritor, cualquiera que sea, al tratar acerca de María, proviene de dos causas: de la sublimidad del argumento, que parece inagotable, y de la escasez de datos que sobre Ella nos han dejado la Sagrada Escritura y la Tradición.

La sublimidad del argumento exige una inteligencia dotada de una elevación y de una penetración poco común. Por otra parte, la escasez de los datos exige una preparación completa y multiforme, difícil y casi imposible de hallarse en quien escribe. En efecto, es necesario no descuidar nada de todo ese mundo de elementos bíblicos, históricos, arqueológicos, teológicos y psicológicos que contribuyen a hacer revivir la singular figura de María en toda su grandeza, en las variadas situaciones de su vida.

La multitud de biografías que poseemos sobre la Virgen pecan, unas por un lado, otras por otro. En unas hay penetración psicológica, pero falta la cultura bíblica, o teológica, o arqueológica. Otras demuestran cultura bíblica, teológica y arqueológica, mas carecen de penetración psicológica. Inútil resulta decir que algunas carecen por completo de todos o de casi todos estos requisitos. Verdaderamente, es necesario confesar con candidez que cuando la pluma osa escribir sobre María, es muy difícil de manejar.

Esta grande y casi insuperable dificultad no es ni debe ser, empero, motivo suficiente para que los escritores dejen de tratar sobre María. Tanto más cuanto que, después de la reciente vida de Cristo del P. José Ricciotti, que ha tenido acogida tan universal, se deja sentir cada vez más en el campo católico la necesidad de una vida de María escrita, más o menos, con los mismos criterios fundamentales. Dada mi ardiente pasión

por los estudios marianos, de los que me he ocupado ininterrumpidamente desde hace más de veinte años, y en todas ocasiones, tanto entre el clero como entre el laicado, me han sido dirigidas insistentes peticiones para que me hiciese cargo de la enorme pero seductora tarea. Después de muy explicables titubeos, acabé por decidirme. Y héme aquí presentando al público benévolo esta vida de María. Tal como la vais a leer, lo confieso al instante, se halla muy lejos de lo que debería ser, y también, de aquel ideal que me había propuesto. Por lo cual me siento impulsado a repetir con el Beato Juan Dominici: "No he dicho nada; todo esto no es más que hojarasca."

Roma, 11 de octubre de 1945.

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Agotada en sólo cincuenta y dos días la primera edición, fué necesario proceder a una nueva impresión, sin haber podido darle el más mínimo retoque.

En esta tercera edición, revisada y corregida detenidamente, se hallarán muchas añadiduras y no pocas modificaciones. Numerosos puntos fueron corregidos, otros completados, otros, en fin, tratados más ampliamente, teniendo en cuenta las observaciones que nos fueron hechas, ya a voz ya por escrito.

En una palabra: nada hemos omitido para que la obra resultase menos imperfecta y más acepta a los lectores.

Roma, 11 de octubre de 1947.

P. GABRIELE M. ROSCHINI
Siervo de María.

INTRODUCCIÓN

EL PAÍS DE MARÍA

El país en el cual nació, vivió, actuó, y desde donde María voló al Cielo, fué la Palestina, la antigua Canaán llamada también, y a justo título, Tierra Santa. Pequeño por su extensión (cuenta apenas 25.104 kilómetros cuadrados, casi como la isla de Sicilia que tiene 25.461) es, indiscutiblemente, más grande que cualquier otro por la importancia de los personajes que allí nacieron y vivieron y por los acontecimientos que en él se han desarrollado.

Creemos, pues, indispensable dar aquí una rápida descripción. Este encuadre histórico-geográfico nos ayudará no poco a hacernos conocer los lugares y las particulares condiciones de vida de María.

La Palestina propiamente dicha se encuentra entre la Siria meridional y el Egipto. Limita al norte con la cadena montañosa del Líbano, al oeste con el Mediterráneo, al sur con el desierto siríaco-árabe, y al este con el Jordán y el Mar Muerto. Se halla comprendida entre los 31-32,20 grados de latitud norte, y los 34,20-36 grados de longitud Greenwich. Tiene una longitud de casi 230 kilómetros (desde las faldas del Líbano a Bersabé) y una anchura media (desde el Mediterráneo al Jordán) de 64 kilómetros (un mínimo de 37 kilómetros al norte y un máximo de 150 al sud). Está dividida por el río Jordán, a causa del profundo cauce en que corre, en dos partes: la Cisjordania, con 15.643 kilómetros cuadrados y la Transjordania con 9.461 kms^2.

La Palestina es un país montañoso en su mayor parte, como un grupo de colinas interrumpidas por contados valles y quebradas más o menos profundas. No hay casi ninguna llanura, excepto en las riberas del Mediterráneo. Distínguense tres grupos principales de montañas: las de Neftalí o de Galilea, que son una prolongación del Líbano cuya cima más alta, cubierta de nieve perpetua, mide 3.060 metros; el de las montañas de Efraím, llamadas en lo sucesivo montes de Samaria —honor del país—, que se extienden desde la llanura de Esdrelón hasta los alrededores de Jerusalén, y que tienen una altitud de unos 700 metros; y el grupo de las montañas de Judea, al sur, formado

por las grandes mesetas que desde Jerusalén hasta Hebrón alcanzan los 1000 metros.

La Transjordania, región llena de colinas y rica en bosques, que se extiende al este del Jordán y del Mar Muerto, en la región que en tiempos de Cristo se denominaba la Perea, no fué nunca ocupada totalmente por los hebreos. El elemento griego en tiempos de Cristo se hallaba representado principalmente por el territorio llamado Decápolis, grupo de diez ciudades helénicas. El Jordán, único verdadero río de la Palestina que la atraviesa íntegramente de norte a sur, dividiéndola en dos partes, nace en el monte Hermón, forma en su curso los lagos de el-Hule y de Tiberíades o de Genesaret (uno de los lagos más bellos del mundo, de 12 kilómetros de ancho y 21 de largo) y va a desembocar en el Mar Muerto.

Respecto al clima, puede observarse que en Palestina, prácticamente existen sólo dos estaciones: la estación invernal o de las lluvias, que va más o menos desde noviembre a mayo; y la estival o de las sequías, de mayo a noviembre.

La temperatura varía a causa de la diversidad de alturas. En Jerusalén, que se alza a casi 740 metros sobre el nivel del mar, la temperatura media anual es de 16 grados centígrados, más o menos. La temperatura más baja pocas veces desciende bajo 0°, y la más alta no pasa los 40°. Nazaret tiene una temperatura media anual de cerca de 18°. La máxima no llega más allá de los 40 grados, y la mínima raras veces desciende bajo cero. La nieve es rara y ordinariamente no pasa del centímetro. La helada es casi desconocida.

La fertilidad de Palestina es también muy desigual, según lo son sus partes. Escasa en el sur a causa de la sequía, va aumentando siempre cada vez más hacia el norte. Las higueras y los olivares abundan allí. La siembra comienza en octubre, después de las primeras lluvias, mientras que la cosecha comienza en abril y en mayo (en las montañas de Judea), y en junio (en el Líbano). La flora es una de las más variadas y ricas de la tierra, pues cuenta con unas 2.000 a 2.500 clases de plantas [1]. La fauna es también bastante variada.

Este singular país, que fué como el corazón palpitante del mundo, es habitado desde hace largos siglos por el pueblo más singular que haya conocido la tierra: el pueblo de Israel, del cual surgieron los dos personajes más grandes de la historia, Cristo y María. En la época de

[1] Cfr. Fillion: "Atlas d'histoire naturelle de la Bible", en 4º, 1884.

su mayor prosperidad este pueblo, descendiente del patriarca Abrahán, el ilustre caldeo, padre de los creyentes, alcanzó unos tres o cuatro millones de almas. Una gran carestía había empujado a los doce hijos de Jacob, hijo de Isaac, a Egipto en donde se multiplicaron extraordinariamente y donde fueron esclavizados y oprimidos. Liberados por Moisés, el gran conductor del pueblo elegido, llevaron por espacio de cuarenta años vida nómade en el desierto antes de alcanzar, bajo la guía de Josué, sucesor de Moisés, la prometida tierra de Canaán, dividida después en 12 partes entre las doce tribus de Israel. Bajo Saúl, David y Salomón, estos doce departamentos formaron un solo reino que llegó a ser cada día más floreciente. Pero bajo Roboam, rota la alianza que los unía, fué dividido en dos reinos: el reino de Judá al mediodía (con el territorio de las dos tribus de Judá y de Benjamín) y el reino de Israel al septentrión (con las otras diez tribus). En el tiempo en que se va a desarrollar nuestra historia, Palestina, sujeta a los Romanos, se hallaba dividida en cuatro provincias: una al oriente del Jordán, o sea la Transjordania o Perea, y las demás al occidente, o sea Galilea, Samaria y Judea. En torno a esta última, cuya capital era la ciudad santa de Jerusalén (quizás la antigua Salem de Melquisedec) gravitaban las demás. El poder central religioso estaba representado por el Sanedrín, compuesto por 71 miembros escogidos entre los príncipes de los sacerdotes, o sea, entre los jefes de las veinticuatro clases sacerdotales, entre los ancianos del pueblo y los escribas u hombres de la ley. Fué este Sanedrín el que, después de haber ejercido simultáneamente el poder administrativo y judicial, vió escapársele nuevamente este poder por haber invitado y animado directamente a los Romanos a tomar la dirección de la cosa pública. Cuando Pompeyo tomó a Jerusalén confirmó a Hircano, su cliente, en lucha fratricida con Aristóbulo, en la dignidad de Sumo Sacerdote. En el año 47, Julio César lo nombró etnarca, no ya rey, pasando de ese modo a ser tributario del gobernador de Siria; al mismo tiempo, Palestina quedaba bajo la vigilancia de los ejércitos romanos. Mas quienes acabaron por sujetar la Palestina a Roma fueron Antipatro y su hijo Herodes. El verdadero dominador vino a ser Augusto.

En este marco geográfico e histórico se encuadra la vida de María, el personaje más excelso de la historia después de Cristo, su Hijo.

LAS FUENTES DE LA VIDA DE MARÍA [1]

La primera pregunta que se ve obligado a hacerse quien desee escribir la vida de un personaje cualquiera, no puede ser otra que ésta: ¿Cuáles son las fuentes donde pueden encontrarse los diversos datos biográficos? ¿Cuáles los lugares donde hallar los materiales para dicha construcción? La Virgen es un tema que pertenece de modo totalmente singular a la Escritura, a la Tradición y a la Teología. Se presenta, pues, aquí un triple género de fuentes: fuentes escriturísticas, fuentes que pertenecen a la tradición y fuentes teológicas, indispensables todas para reconstruir la vida de María con integridad y fidelidad absolutas, en un fondo de sencillez eminentemente divina.

1. — Fuentes escriturísticas.

A decir verdad no son muchos los datos biográficos proporcionados por la Sagrada Escritura acerca de la Virgen. A las predicciones del Antiguo Testamento, el Nuevo se limita a añadir unos pocos datos solamente. Nada dice de sus primeros años: de sus padres, del lugar y fecha de su nacimiento, de su adolescencia y educación. Nada tampoco de sus últimos años aquí en la tierra, ni de su partida de este destierro hacia la patria celestial.

No faltan, sin embargo, particulares datos biográficos de singular interés. Reduciéndolos a nombres y a números, tenemos:

1º) *El nombre de María,* en la genealogía de San Mateo, I, 16.

2º) *La Virgen durante la vida privada de Jesús*: 1) Anunciación (*Luc.*, I, 26-38); 2) Visitación (*Luc.*, I, 39-56); 3) Perplejidad de San José (*Mat.*, I, 18-25); 4) Nacimiento de Jesús (*Luc.*, II, 1-7); 5) Adoración de los Pastores (*Luc.*, II, 8-19); 6) Circuncisión de Jesús (*Luc.*, II, 21); 7) Purificación de María Santísima (*Luc.*, II, 22-24);

[1] Cfr. René De La Broise, S. J.: "Comment écrire la vie de la Se. Vierge", en "Etudes", 75 (1898), 289-307; 508-29.

8) Profecía de Simeón (*Luc.*, II, 25-35); 9) Adoración de los Reyes Magos (*Mat.*, II, 1-11); 10) Huída a Egipto (*Mat.*, II, 13-14); 11) Regreso a Nazaret (*Mat.*, II, 19-21 y *Luc.*, II, 39); 12) Jesús perdido en Jerusalén (*Luc.*, II, 41-50); 13) Vida en Nazaret (*Luc.*, II, 51).

3º) *La Virgen durante la vida pública de Jesús*: 1) Las bodas de Caná (*Juan*, II, 1-11); 2) María con Jesús (*Juan*, II, 12-13); 3) La Madre de Jesús (*Mat.*, XII, 46-50; *Marc.*, III, 31-35 y *Luc.*, VIII, 19-21); 4) Elogio de María (*Luc.*, XI, 27-28); 5) María al pie de la Cruz (*Juan*, XIX, 25-27); 6) María con los Apóstoles (*Act.*, I, 14) centro espiritual de la Iglesia primitiva.

EL PROBLEMA DEL RELATIVO SILENCIO DE LA BIBLIA SOBRE MARÍA

Por lo que acabamos de ver aparece evidente cómo el pretendido silencio de la Biblia en lo que respecta a María, es relativo, muy relativo. Algunos, exagerando, se lamentan muchas veces de ello inconsolablemente.

Asaz conocidas son las palabras de S. Tomás de Villanueva: "Muy a menudo, dice, me he puesto a pensar por qué motivo los Evangelistas, mientras han hablado extensamente de S. Juan Bautista y también de los Apóstoles, son tan parcos y breves cuando narran la historia de María, la cual, sin embargo, supera a todos por su dignidad y por sus obras. ¿Por qué no se ha recordado nada acerca de su concepción, de su nacimiento, de su educación, de sus costumbres, de sus virtudes? ¿Por qué no sabemos nada del modo cómo se comportó aquí en la tierra con su Hijo, de la manera de conversar con Él, y en qué relaciones vivió con los Apóstoles después de la Ascensión? Ciertamente, estas cosas habrían sido muy interesantes si hubieran sido escuchadas y recogidas con gran devoción. Oh Evangelistas, ¿por qué nos habéis privado con vuestro silencio de tal alegría? ¿Por qué callar noticias tan agradables, tan deseadas por nosotros? Pues, ¿quién pudo dudar nunca de que el nacimiento y la infancia de María hayan estado rodeadas de muchas maravillas, y que esta niña haya sido desde sus tiernos años un estupendo monumento de toda clase de virtudes para todos los siglos? Mas de todo esto, los libros canónicos no nos hacen saber nada: solamente se habla de ello en un opúsculo apócrifo, traducido del hebreo por San Jerónimo, quien, sin embargo, pone en

duda su autenticidad[2]". ("II° Sermón en la fiesta de la Natividad de la Virgen María", n. 8.)

¿Cuáles son las razones de este relativo silencio?... Son muchas, tanto históricas como psicológicas.

Pero antes de exponer rápidamente aquellas que tienen valor probatorio, es mejor despejar el terreno de algunas otras fútiles y vanas. Y ante todo se debe rechazar la opinión de que los Hagiógrafos, los Evangelistas, nos hayan dicho tan poco de María debido a *negligencia* o *inadvertencia*, porque tal negligencia o inadvertencia vendría a recaer, en último análisis, sobre el Espíritu Santo, causa principal de los Libros inspirados.

Igualmente debe descartarse que los Hagiógrafos se hayan conducido de este modo a causa de una pretendida *subestimación* que ellos habrían tenido respecto de María. En sus escritos aparece todo lo contrario. Ellos nos la presentan, en efecto, como "Madre del Señor", o sea, de Dios; como "llena de gracia"; como "bendita entre todas las mujeres"; como Aquélla en la cual "Dios ha obrado grandes cosas"; como Aquélla a quien "todas las generaciones llamarán bienaventurada".

Y entonces, ¿debido a qué plausibles motivos los autores inspirados escribieron tan poco sobre María?... Hay en esto razones de parte de Dios, y razones por parte de los mismos Hagiógrafos.

Por parte de Dios, primeramente.

Podemos y debemos decir aquí que tal relativo silencio entra admirablemente en los sapientísimos designios de Dios. En efecto, Él, en su infinita sabiduría, dispuso ocultar a su Madre Santísima aquí en la tierra a fin de glorificarla más en el Cielo. Hubo, de ese modo, una exaltación celestial proporcionada a su humillación terrestre. A suprema humillación, suprema exaltación. Tal es el modo cómo Dios se complació en condescender a los ardientes deseos —los más ardientes—, y a las imperiosas aspiraciones —las más imperiosas—, de su Madre Santísima durante toda su vida terrenal. A ese modo de obrar por parte de Dios parece que alude la Virgen cuando cantó: "Porque el Señor miró la bajeza de su sierva, por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones".

Además, Dios permitió que tantas particularidades en torno a la Virgen Santísima fuesen silenciadas por los Evangelistas porque no

[2] Alude al apócrifo titulado "De Nativitate Mariae".

eran necesarias sino superfluas para la gloria de Ella. Para excitar en todos la más alta estima de María, hubieran bastado las palabras: "de Ella nació Jesús, de qua natus est Iesus" (Mat. 1, 16). En estas palabras se encuentra ya, puede decirse, en germen todo lo que pudiera escribirse acerca de la Virgen, como en la semilla se halla en germen la planta con su tronco, sus ramas, sus flores y sus frutos. "Para contarnos toda la historia de la Virgen, observa justamente S. Tomás de Villanueva, bastan aquellas palabras: De qua natus est Iesus: de Ella nació Jesús. ¿Qué más deseas? ¿Qué más buscas en la Virgen? Debe bastarte saber que Ella es la Madre de Dios. Yo te pregunto: ¿qué belleza, qué virtud, qué perfección, qué gracia, qué gloria podía faltar a la Madre de Dios? Da rienda suelta a tus pensamientos, estimula enhorabuena tu osada imaginación: figúrate una virgen purísima, prudentísima, bellísima, devotísima, humildísima, dulcísima, llena de todas las gracias, superabundando en toda santidad, adornada con todas las virtudes, favorecida con todos los carismas, gratísima a Dios; agranda luego cuanto puedas la figura imponente de semejante virgen: María es aún más grande, más excelsa, superior a cuanto de más espléndido puedes imaginar" (loc. cit.).

A estas razones por parte de Dios, pueden añadirse algunas otras por parte de los Hagiógrafos del Nuevo Testamento. La primera de todas es el hecho de que ellos escribieron sus libros cuando se les presentó la ocasión, y según un fin, un objetivo predeterminado que desterraba completamente el relato particularizado de la vida de María. De hecho, los Evangelistas se han limitado a referir más o menos la primitiva catequesis apostólica que, como era natural, giraba toda en torno a la adorable persona de Cristo, desde su bautismo (en el cual comenzó su manifestación pública como Mesías e Hijo de Dios)[3] hasta la Ascensión, según la misión confiada por el mismo Cristo a los Apóstoles. "Recibid la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Act., 1, 8). La Virgen queda aquí necesariamente en la sombra "como la estrella que tiembla y se apaga en el cielo inundado por la lumbre del sol" (Pazzaglia L., O. S. M.: "Colei che si chiama Maria", p. 15).

Mas si es así, podría preguntarse, ¿por qué nunca ninguno de los Hagiógrafos (San Lucas o San Juan, por ejemplo) ha pensado en

[3] "Y se oyó una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias" (Marc., 1, 11).

dejarnos una breve vida de María? ¿Si esto ha sido hecho con respecto de San Pedro y San Pablo (en los Hechos de los Apóstoles), ¿cómo no lo ha sido en lo tocante a María?... ¿No habría sido acaso más razonable?...

A esta objeción se puede responder haciendo notar la extrema dificultad con que habría tropezado quien hubiese emprendido la tarea de narrar la vida de María. De hecho, fué una vida sumamente *interior* y por eso totalmente escondida a la mirada humana, una verdadera vida "de intimidad con Cristo en Dios". Sublime como las cosas simples, y simple como las cosas sublimes. Lo que en Ella se notaba *exteriormente* no habría podido proporcionar quizás materia suficiente no digo para un libro, pero ni siquiera para unas pocas páginas. ¡Tan sencilla era! De ahí que su biógrafo habría experimentado la misma dificultad en la que se encontraron las Carmelitas de Lisieux respecto de Santa Teresita del Niño Jesús, cuando pensaron en lo que podrían decir de ella en la acostumbrada "necrología"... "He aquí, decían, que va a morir Hermana Teresa. ¿Qué se podrá escribir de ella?" Por otra parte, las particularidades biográficas sobre los padres, el nacimiento, la educación de María, etc., era, puede decirse, una nonada frente a su calidad de Madre de Dios. Por eso prefirieron callar.

Puede añadirse también que los tres Sinópticos (San Mateo, San Marcos y San Lucas) escribieron, probablemente, sus Evangelios mientras vivía aún la Virgen Santísima. Por eso, no es inverosímil que ellos, secundando los ardentísimos anhelos de la Virgen de permanecer en la sombra, se hayan limitado a lo más indispensable. Esto supuesto, se comprende mejor que nunca porque la intervención de la Virgen Santísima en el primer milagro obrado por Cristo durante las bodas de Caná, y la heroica presencia de Ella a los pies de la cruz de su Hijo hayan sido omitidos por los Sinópticos y hayan sido referidos solamente por San Juan, el cual escribe después de la Asunción gloriosa de María. En consecuencia, el relativo silencio de los Hagiógrafos se nos aparece más elocuente que cualquier palabra, y aun que cualquier libro por perfecto que fuera [4].

La escasez de los datos estrictamente biográficos es compensada

[4] Según el Prof. Garofalo (cfr. *Ecclesia*, 5 [1946], 108) la principal razón del relativo silencio de los Hagiógrafos en torno a María, sería la siguiente: la costumbre de los Semitas de interesarse por un personaje, prevalentemente con respecto a la obra que le ha merecido un lugar en la historia, antes que para satisfacer una curiosidad biográfica, aunque fuese legítima.

con creces por su absoluta certeza y, más aún, por ese dato trascendental que coloca a la biografía y a la persona de María por encima de cualquiera otra biografía y de cualquiera otra persona creada: "María, de la cual nació Jesús" (Mat., 1, 16). "Basta para su plena historia, repetimos con Tomás de Villanueva, aquello que se dice en el Evangelio: *de Ella nació Jesús.* ¿Qué más deseas?" [4 bis].

LOS ESTRAGOS DE LA CRÍTICA RACIONALISTA

La crítica racionalista, con sus insensatas demoliciones y sus torcidas interpretaciones de los Libros Santos, ni siquiera ha perdonado estos escasos datos marianos proporcionados por los Evangelistas. Es bien conocida por los estudiosos la caprichosa construcción del racionalista alemán Arturo Drews [5] quien, tras el ejemplo de Dupuis que había osado hacer de Jesús un mito solar, intentó aplicar su interpretación mitológico-astral de los orígenes del Cristianismo a la figura de María, Madre de Jesús. También María, como José, Pedro, Juan, habría sido en su origen, según el crítico alemán, una divinidad astral y uránica, la cual habría llegado a ser después figura histórica en la tradición, a través de un disfraz astrológico de un más antiguo mito naturalista. Este fantástico andamiaje cae, en todas sus partes, hecho pedazos ante el admirable e innegable sincronismo de los Evangelios, unido a muchos otros testimonios tanto judaicos como paganos, añadiendo a esto todo lo que sabemos por otra parte, de la historia de aquellos tiempos y de la topografía de los lugares. En tanta plenitud de luz histórica, el mito de Jesús y de María creado por el cerebro enfermizo de Drews viene a constituir la creación más fantástica que se haya efectuado nunca en el curso de los siglos. "No, pues, obra mitográfica, concluimos con Chiappelli [6], sino realidad viviente e histórica, delineada con acertada precisión, tal es la obra de María, madre de Jesús... Toda la erudita construcción del crítico alemán cae, pues se resquebraja por todas partes; edificado como está sobre la movediza arena de las aproximaciones artificiales de elementos contrarios a una realidad viva en la conciencia del pueblo, aun cuando han transcurrido sobre ella tantos siglos... El edificio elevado por la fe y por la tradición cristiana sobre los sólidos fundamentos de la historia permanece, empero, intacto, y de tal manera, que con sus cumbres alcanza verdaderamente las altitudes de los cielos y del reino espiritual.

La multiforme y polinómica deidad femenina del Oriente antiguo y del mundo greco-romano en la edad helenística, ya se llamara la Istar

---

[4 bis] "Sufficit ad eius plenam historiam, quod scriptum est themate: quia de illa *natus est Iesus.* Quid amplius quaeris?" (Segundo Sermón en la fiesta de la Natividad de la B. V. María"; Opera Omnia, Augustae Vindelicorum, 1757, p. 561).

[5] A. Drews: "Die Marien mythe", Jena Diederich, 1928, 2ª edic., 1929.

[6] Alejandro Chiappelli: "El culto de María y los errores de la reciente crítica histórica", extraído de "Nuova Antologia", 1º de diciembre de 1929, ps. 14-18.

asirio-babilónica, o la Maya índica, la Astarté fenicia o la Isis egipcia, la frigia Cibeles o la tesálica Selene, la Artemisa efesia o la cnidia Afrodita, la ática Atena o la olímpica Hera, y tantas otras formas, nombres y cultos que tomó en el mundo antiguo, pudo ser interpretada y aborrecida por los apologistas y por los Padres cristianos como deformación satánica de la virgen madre cristiana. Pero la crítica moderna consideró aquellos nombres y aquellos ritos como prefiguraciones míticas y casi creaciones inconscientemente proféticas y vago presentimiento de aquella que debía ser la real "niña hebrea", madre de Cristo. Todas aquellas formas míticas pasaron con el mundo antiguo así como las que se referían a algo abstracto y lejano, o a símbolos de fuerzas naturales, que el sentimiento no fué capaz de vivificar; en cuyo fondo no había sino la necesidad de invocar una suprema protección maternal sobre las almas y sobre los pueblos. Sólo María sobrevivió, porque Ella era la esperada realidad histórica de una Madre purísima del Hijo divino y redentor."

No menos estrepitosa ha sido la arremetida contra los dos primeros capítulos, eminentemente marianos, del Evangelio de San Lucas, llamados "El Evangelio de la Infancia" o también "El Evangelio de María", porque han tenido como fuente directa o indirecta a la misma Virgen Santísima [7], y porque en sus versículos se siente casi el hálito de su perfume.

El primero en negar la autenticidad de los dos primeros capítulos del Evangelio de San Lucas fué el hereje Marción (siglo II), porque, contrariamente a lo que él propugnaba, esos capítulos narraban la concepción y el nacimiento corpóreo de Cristo. A Marción siguiéronle unos pocos acatólicos de los siglos XVIII y XIX, como Evanson, Jones, Eichhorn y Baur, por el hecho de que allí se refieren milagros muy singulares y porque la narración misma abunda en hebraísmos. En nuestros días muchos críticos acatólicos como Hilgelfeld, Usener, Schmiedel, quitan al Evangelio de San Lucas esos dos primeros capítulos no solamente por el hecho de que en ellos son narrados varios milagros (en particular la concepción virginal de Cristo), sino también porque en los comienzos la predicación evangélica, como aparece por el Evangelio de Marcos y por los Hechos (1, 1-3, 22; 10, 37-42; 13, 24-31) giraba en torno a la vida pública de Nuestro Señor, y no ya en torno a la infancia.

Mas esta ofensiva racionalista más o menos *a priori,* contra el llamado Evangelio de la Infancia, va a chocar y quebrarse inexorablemente contra argumentos invencibles. En efecto, estos dos primeros capítulos de San Lucas se encuentran en todos los manuscritos que se conocen, sean del texto original griego cuanto de las versiones. Además, los más antiguos documentos históricos de los Padres atribuyen a S. Lucas el relato del nacimiento del Precursor y de la infancia de Cristo (Luc., I-II). Así el fragmento Muratoriano afirma explícitamente que el tercer Evangelio "a nativitate Iohannis incipit dicere". San Ireneo atribuye a San Lucas la exposición del coloquio de María con el ángel y el nacimiento del Bautista (*Adv.*

[7] Cfr. Ruffini, E.: "Introductio in S. Scripturam", Pars II, Lib. I, ps. 118-124, Roma, 1925.

Haeres., 3, 10, P. G. 7, 872). La causa por la cual Marción suprime de este Evangelio la historia de la infancia es bien conocida: esa narración chocaba demasiado con su doctrina gnóstico-docetista (Cfr. San Ireneo: "Adv. Haeres"., I, 27, 2; 3, 12, 2. P. G. 7, 688-906). Los hebraísmos que se encuentran especialmente en los Cánticos *Magnificat* y *Benedictus*, se explican con facilidad si se admite, como parece evidente, que San Lucas, en la primera parte de su Evangelio, se sirvió de fuentes arameas. Tampoco falta cierto parentesco de lenguaje entre estos dos primeros capítulos del Evangelio de San Lucas, de tal modo que el mismo Harnack ha reconocido abiertamente ser uno mismo el autor de aquellos dos primeros capítulos y el resto del Evangelio juntamente con los Hechos de los Apóstoles (Cfr. "Sitzungsberitch der Kais", Akademie der Wissenschaften zu Berlin, 27, 1900, págs. 538-566). Además, los prodigios que allí se narran están muy lejos de comprometer su autenticidad, con tal que se admita la posibilidad del milagro demostrada por los filósofos. Por otra parte, narraciones milagrosas se hallan esparcidas por todo el Evangelio. Sería entonces necesario negar la autenticidad de todo el Evangelio y no ya solamente de estos dos primeros capítulos de S. Lucas: enorme absurdo. Finalmente, puede observarse también que el modo acostumbrado y el esquema de la predicación apostólica no podía en verdad impedir que los principales acontecimientos de la vida privada de Jesús fuesen conservados en la memoria y consignados también por escrito, satisfaciendo así, en cierto modo, la legítima curiosidad de los fieles. Por lo tanto, San Lucas, quien "se informó de todo desde su primer origen" (Luc., 1, 1-3), pudo muy bien referirse a los interesantísimos episodios de la infancia de Cristo que, muy probablemente, conoció por la Virgen Santísima, la cual "conservaba todo celosamente en su corazón".

Por todas estas razones, que no dejan lugar a la réplica, muchos acatólicos se contentan con negar solamente la autenticidad de los versículos 34-35 del capítulo primero, en donde se habla de la concepción virginal de Cristo. Mas trataremos de esto en su lugar. Por ahora nos basta sostener la invencible solidez de los materiales escriturísticos con los cuales levantaremos nuestro edificio mariano.

2. — Fuentes tradicionales.

a) *Siglo II.* — Las fuentes tradicionales de la vida de María se remontan a la primera mitad del siglo II.

No pudiendo algunos cristianos de los primeros tiempos conformarse con la escasez de los datos biográficos sobre la Virgen Santísima proporcionados por los Evangelios y por los libros canónicos, se dieron a la tarea de llenar aquellas lagunas con libros legendarios, comúnmente llamados *apócrifos* [8], para distinguirlos de los libros ins-

[8] Cfr. C. Tischendorf: "Evangelia Apocrypha", Lipsia, 1876.

pirados o canónicos. Estos escritos se caracterizan por el uso desenfrenado del elemento maravilloso. Con todo, en ellos se encuentra también el eco, aunque débil, de la tradición oral entonces tan cercana, más aun, contigua a la edad a que pertenecían los hechos narrados. Por lo demás, no parece que los autores de los apócrifos tuviesen la perversa intención de hacer pasar sus escritos como inspirados y canónicos.

El primero entre estos escritos apócrifos, primero tanto en el orden de tiempo cuanto por su importancia, es el llamado *Protoevangelio de Santiago* [9].

El autor, un cristiano de aquel tiempo, quiere hacerse pasar de este modo como Santiago Apóstol, hermano del Señor, sobrino de María, y, como tal, bien informado en la materia. Con un lenguaje lleno de ingenuidad y de frescura, el autor cuenta, en 24 capítulos, la concepción, el nacimiento y los primeros años de María, su presentación al Templo hasta el momento de sus desposorios con S. José. Sigue después (y aquí parece que comienza otra fuente de información unida desde temprano a la primera) la narración de la concepción milagrosa y del nacimiento virginal del Salvador, de la adoración de los Magos, la matanza de los inocentes, hasta el trágico fin de Zacarías, padre del Bautista, mandado matar por Herodes. Es toda una exaltación de la virginal pureza de María, tanto antes del parto cuanto durante el mismo.

Amann, un especialista en la materia, nos dice que "si el escrito, en la forma completa que hoy tiene, no puede remontarse más allá del siglo V, las primeras dos partes existían ya, unidas o no, en la primera mitad del siglo II" [10].

Es, por consiguiente, el más antiguo documento extrabíblico que poseemos sobre la vida de María. A él acuden otros muchos documentos apócrifos y patrísticos de los siglos subsiguientes, especialmente a partir de los siglos IV y V. Oradores, hagiógrafos, poetas, artistas, y la misma liturgia lo han utilizado en extensa medida.

Ha sido descubierto también, en un papiro copto, un *Evangelio según María*, apócrifo de San Juan, del cual Evangelio San Ireneo

---

[9] De este modo fué bautizado por su primer editor Postel († en 1851). Orígenes lo llama simplemente *el libro* de Santiago (P. G. 13, 876-877) y muchísimos manuscritos lo intitulan "Historia de la Natividad de María". Cfr. P. Vannutelli: "Protoevangelium Jacobi synoptice", Roma, 1940.

[10] "Diction. Bibl.", Supplément, t. I, col. 483.

citaba ya algunos fragmentos hacia fines del segundo siglo (Cfr. Harnack: "Cronología", supl. p. 712). Son también dignas de notar algunas *Oraciones de la Virgen sobre el Gólgota* (Cfr. "Los Apócrifos", V, París, 1895).

De ser verdad lo que afirman algunos críticos, el primer relato del *Transitus Mariae* escrito por el hereje Leucio, y mencionado en el prólogo del "Transitus Mariae" compuesto por el Pseudo-Melitón [11], dataría del siglo II. Y no sin razón. En efecto, los errores de Leucio, como nos los describen el Pseudo-Melitón [12] y, más tarde, Focio (Photii Bibliotheca, CXIV), pertenecen al siglo II, más bien que al IV. Además, así como el autor del *Protoevangelio de Santiago* tuvo cuidado de dar a conocer los primeros años de la vida de María, así Leucio, lógicamente, habría hecho lo propio con los últimos años de su vida terrena.

Admitida tal época para el *Transitus Mariae* de Leucio, se puede legítimamente concluir, que cierta tradición oral respecto del tránsito de la Virgen, si bien algo "adulterada" por dicho hereje, se enlaza a la edad apostólica, y más precisamente a San Juan, cuya autoridad es invocada por el Pseudo-Melitón contra el mismo Leucio.

b) *Siglos IV - V.* — Parecen que remontan a la mitad del siglo IV los *Actos de Pedro* o *Evangelio de Nicodemo*, en el que se cuenta el encuentro de Jesús cargado con la cruz, con María, la cual lo acompañó al Calvario y asistió a su entierro [13].

Al mismo tiempo, o sea a fines del siglo IV o comienzos del V, pertenece el *Evangelio de S. Mateo*, apócrifo, o sea, el *libro del nacimiento de la Bienaventurada Virgen María y de la infancia del Salvador*, en 42 capítulos, cuyo epítome latino en 10 capítulos fué intitulado *Evangelio de la Natividad de María*. Estos dos apócrifos, pues, no son otra cosa que la recompostura del *Protoevangelio de Santiago*.

También pertenecen probablemente al siglo IV - V el *Evangelio árabe de la infancia* (llamado así porque era conocido desde

---

[11] El Pseudo-Melitón declara haber leído el *Libro de los Hechos de los Apóstoles* escrito heréticamente por Leucio. Este dato responde a la verdad, pues también Focio, cuatro siglos más tarde, vió el mencionado libro. Ahora bien, si el Pseudo-Melitón merece fe por esta declaración, la merece igualmente cuando afirma haber leído el *Transitus Mariae* del mismo Leucio.

[12] Percíbese, en efecto, el eco del Marcionismo (el principio bueno y el malo), del Monarquianismo (identidad del Padre con el Hijo), del Docetismo (encarnación y muerte aparente de Cristo) y del Montanismo (reprobación de las segundas nupcias y del uso del matrimonio).

[13] Cfr. Tischendorf: "Evangelium Nicodemi", pars I, B, sive "Acta Pilati" B; cap. X, edic. XI.

hacía mucho tiempo en un texto árabe) y el *Evangelio de Tomás* (que tiene algunos capítulos paralelos al Evangelio de la Infancia). En ellos se narran varios episodios asombrosos que habrían acontecido durante el nacimiento de Jesús, en la huída y permanencia de la Sagrada Familia en Egipto, y en el retorno a Nazaret. En ellos domina soberana la idea de María Mediadora de todos los favores divinos.

Al principio del siglo IV se coloca igualmente el apócrifo titulado *Historia del carpintero José* (Cfr. Harnack: "Geschichte der altchr. Liter.", I, 20).

Según Tischendorf ("Apocalipses apocryphae", Lipsia, 1886, p. XXXIV), parece que el apócrifo *Transitus B. M. Virginis* del Pseudo-Melitón, se remonta al ocaso del siglo IV, mientras que el original griego del mismo, data con toda probabilidad, de la mitad del siglo IV, como lo ha demostrado brillantemente el P. O. Faller [14]. En efecto, las herejías impugnadas por el autor de dicho libro son precisamente las del siglo IV, esto es, el Arrianismo y la negación de la virginidad de María después del parto. En cambio no se halla rastro alguno de los errores de los siglos V y VI. La Virgen Sma. es llamada casi siempre *María,* nunca *Theotocos* (término que vino a ser clásico y común después del Concilio de Efeso, a. 431); una sola vez es apellidada "santa Madre de Dios".

El autor del apócrifo mencionado finge, en el prólogo [15], ser Melitón, obispo de Sárdica, discípulo de San Juan. No obstante es un católico, y se revela a sí mismo docto teólogo, defensor de la fe contra las herejías de su tiempo. Relata la muerte y la gloriosa resurrección de María Sma. El decreto Gelasiano, empero, lo desapreció incluyéndolo en el catálogo titulado: "Noticia de los libros apócrifos que de ninguna manera pueden ser recibidos por nosotros". Nótese, sin embargo, que en este caso el término "apócrifo", como observa el P. Jugie (o. c. p. 104), tiene este preciso significado: "obra no enteramente aprobada por la Iglesia romana".

---

[14] En la obra "De priorum saeculorum silentio circa Assumptionem B. Mariae Virginis", Roma, 1946, ps. 56-59, el P. Faller refuta al P. Jugie, quien en su libro "La mort et l'assomption de la Sainte Vierge", Ciudad del Vaticano, 1944, p. 107, hacía remontar el apócrifo del Pseudo-Melitón (al que consideraba como el más antiguo de los apócrifos referentes al tránsito de María) a fines del siglo V o a principios del VI, y lo hacía depender del apócrifo siríaco publicado por Wright ("Contributions of the apocryphal literature", Londres, 1865, ps. 42-51, 55-65, 11-16).

[15] Este prólogo falta, sin embargo, en el códice Véneto (clas. III, cód. CLIII, membr. alrededor del siglo XIV), el cual trae un texto más cuidado. Es, empero, improbable que el *Transitus* empezase con las palabras: "Igitur cum Dominus..."

c) *Siglo VI.* — El segundo prototipo entre los apócrifos del *Tránsito de María,* parece ser el relato griego del *Pseudo-Juan* (publicado en 1866 por Tischendorf con el título: "Joannis liber de dormitione sanctae Deiparae"), del que se han hecho luego varias recensiones [16]. Tal relato parece pertenecer a la primera mitad del siglo VI, y difiere completamente del compuesto por el Pseudo-Melitón, tanto en los episodios como en las indicaciones de tiempos y lugares. Según el Pseudo-Juan, el cuerpo de la Virgen se habría conservado incorruptible en una atmósfera de luz y de perfume. Esta opinión, de ninguna manera católica, ha encontrado eco no sólo en Oriente sino también en Occidente. A fines del siglo VI o comienzos del VII parece que se remontan tres relatos coptos que enseñan la Asunción gloriosa de María, después de una permanencia de seis meses en la tumba.

En todos estos apócrifos existe mucho de falso y también parte de verdad, no siempre fácil de distinguir porque, como observa S. Jerónimo, "se precisa una gran prudencia para descubrir el oro en el fango" ("Ad Laetam", ep. 107, 12; CSEL, 55, 303). Téngase siempre presente que "apócrifo" no es absolutamente sinónimo de "falso". En consecuencia, ni aprobación incondicional, ni incondicional reprobación. Es necesario seguir una vía media. Los apócrifos son una especie de novelas históricas o relatos novelados en los que, de ordinario, no se inventa ni el nombre de los personajes, ni los rasgos más salientes de su carácter y de su vida, ni los lugares en que obran, ni el fondo sustancial de su relato. Cuando en el siglo II comenzaron a aparecer los apócrifos, los acontecimientos narrados estaban demasiado cercanos para que se permitiera falsear o inventarlo todo de planta. Hay allí, pues, algo verdadero. Pueden, por consiguiente, ser usados y referirse a ellos, a falta de algo mejor, dándoles empero su verdadero valor, como apócrifos, y nada más. Cuando se halle, pues, un relato unánime entre los apócrifos, ¿qué impide ver en tal relato un indicio de verdad? No pocas veces, sin embargo, nos encontramos ante contradicciones cronológicas, topográficas e históricas, francamente desconcertantes.

---

[16] De él derivan dos recensiones siríacas fragmentarias publicadas por W. Wright en 1865. En el mismo año Wright publicaba otro relato siríaco completo, dividido en seis libros, dependiente también de él, por lo menos en parte, del Pseudo-Juan. Este apócrifo se presenta como una traducción de un relato griego atribuído a los Apóstoles y particularmente a San Juan, obispo de Jerusalén (Cfr. Jugie, o. c., p. 121). Una traducción etiópica de este fragmento siríaco ha sido publicada, en latín, por Chaine ("Scritores *aethiopici*". Versio. Ser. I, t. VII: apocrypha de B. M. V. Liber transmigrationis Mariae, págs. 19-42, Roma, 1909).

Para distinguir bien donde termina la historia y donde comienza la leyenda es necesario, o por lo menos útil, agrupar los diversos textos y confrontarlos, poniendo de manifiesto las variantes donde las haya, para llegar, en la medida posible, a restablecer el texto primitivo, su autor, su época y el país donde se escribió. De esta manera será más fácil verificar una tradición y aumentar el número de los datos verdaderamente históricos.

d) *Siglo VII.* — Varios son los datos biográficos sobre María, que durante este siglo pueden encontrarse en las Homilías de los Padres y de los escritores eclesiásticos, para las diversas festividades de la Virgen. Tales son: S. JUAN DE TESALÓNICA († alrededor del año 649) en la Homilía "in Dormitione Virginis" ("Patr. Or.", Graffin-Nau, t. 19, 344-438); S. GERMÁN DE CONSTANTINOPLA († en el año 733) en sus ocho Homilías (dos sobre la Presentación al Templo, una sobre la Anunciación, tres sobre la Dormición y una sobre el ceñidor de la Virgen Santísima (P. G. 98, 291-383); S. ANDRÉS DE CRETA († 740) en sus ocho Homilías (cuatro sobre la Natividad de María, una sobre la Anunciación, tres sobre la Dormición, P. G. 97); S. JUAN DE EUBEA († 750) en su Discurso sobre la Concepción de María (P. G. 96, 1459-1500); S. JUAN DAMASCENO (siglo VII, alrededor del 749) en su "De fide orthodoxa" y en sus Homilías sobre la Natividad, la Dormición, etc. (P. G. 96, 661-680).

Sin embargo, estas Homilías son generalmente un eco de los apócrifos, y las indicaciones seguras por ellas proporcionadas son más bien raras.

c) *Siglo VIII - IX.* — La célebre *Epístola IX ad Paulam et Eustochium* sobre la Asunción de María, falsamente atribuída a S. Jerónimo pertenece, según Morín, a San Ambrosio Autperto († en 778). Tampoco la apócrifa *Carta del Pseudo-Dionisio a Tito* parece anterior al siglo VIII (Cfr. Jugie, op. cit., p. 112).

EPIFANIO EL MONJE (siglo IX), "Vita B. M. Virginis" (P. G. 120). Fué también publicada por Dressel, París-Lipsia, 1842. Parece ser esta la primera vida completa de María que se haya escrito. Fué compuesta según las noticias históricas y legendarias familiares a los Bizantinos. No falta quien sostiene que el susodicho Epifanio vivió en el siglo XII.

SIMEÓN METAFRASTE (859): "De ortu, vita et dormitione SS. Deiparae oratio" (P. G. 115, 259-566).

Parece pertenecer al siglo IX el *Apocalipsis de la Virgen,* carente de interés histórico [17].

No parece anterior al siglo IX la célebre *Historia Eutimíaca,* de evidente carácter legendario, que propugna una falsa asunción de la Virgen Santísima [18].

f) *Siglo XI.* — Pertenece a este siglo la famosa *Epistola X de Assumptione Virginis Mariae* (P. L. 30, 147-150) falsamente atribuída a S. Agustín y que pertenece, según los críticos, a S. Fulberto de Chartres (1029).

g) *Siglo XII.* — *Guillermo N.* (1100): "De vita B. M. Deiparae", libri quinque. Cfr. *Possevinus*: "Apparatus Sacer", t. I.

h) *Siglo XIII.* — *Epifanio, Sacerdote de Constantinopla* (1250): "Vita Deiparae Virginis Mariae." Manuscrito griego existente en la Biblioteca Vallicelliana.

i) *Siglo XV.* — *Bergamo Santiago Felipe,* O.E.S.A.: "Vita Mariae, Virginis perpetuae Deique Genitricis, gloriosissimae Coelorum atque Angelorum Reginae", Ferrara, 1496, in folio.

Gaspar Borro († 1498), O.S.M.: "Trionfi della gloriosa Vergine Maria Madre di Dio", Brescia, 1498. Expone en tercetos de sabor dantesco la vida de María.

j) *Siglo XVI.* — *Bartolomé de Fabriano,* O.M. (1500), *Pantameron*: "de Vita Virginis Deiparae".

Vega Cristóbal, S. J.: "Vita Deigenitricis semperque virginis Mariae ex evangelistarum narratione et SS. Patrum scriptis contexta"; Cesaraugusta, 1534, in folio.

Matraina Clara: "Vita della B. Vergine Maria, Madre e Sposa del Figlio di Dio", Treviso, 1534.

Perion Joaquín, O. S. B.: "De Vita B. M. Virginis ex sacris monumentis", lib. I, París, 1553.

Cattani Francisco: "Vita della Vergine Maria", al Serenísimo Cosme; Florencia, 1570.

Walser Adán: "Vita B. Mariae Virginis ab eius infantia usque ad Assumptionem", Dilingen, 1572, in 8º.

---

[17] Cfr. Tischendorf: "Apocalypses Apocryphae", introd. p. XXVII. El texto ha sido publicado en "Textus and Studies", vol. II, n. 3, ps. 115-126.

[18] Cfr. M. Jugie: o. c., ps. 159-167.

Meduna Bartolomé: "Vida de la gloriosa Virgen María, madre de Dios, con la Humanidad del Redentor del mundo, Jesucristo", Venecia, 1574, en 4º.

Canisio Pedro (San) S. J.: "De Maria Virgine incomparabili et Dei Genitrice sacrosancta." Primera edición, Ingolstad, 1577 y otra en 1583. Es reproducida también por *Bourrassé*: "Summa Aurea B.M.V.", VIII, 613-1450; IX, 9-408. Fué traducida al flamenco en Lovaina en 1590.

Vincemala Hércules: "Mariae Virginis purissimae vita", Milán, 1582, in 12º.

Baronio Card. César: "Anales", 1588, I, 2-7; 48, 3-26 (Cfr. *Pagi*, Crit. 1689, 453, 6º, 544, 7).

Gretser Jacobo: "Vitae Mariae Virginis Deique genitricis...", Ingolstad, 1592, in 12º, Opera (1537), X, 1-34.

Goppelzrieder A.: "Vitae de Mariae virg. Deique genitr." Ingolstad, 1592, in 12º.

Martinengo Lucilo, O.S.B. (1595): "Vita B. Virginis Mariae", Cfr. *Vivione A.*: "Ligni vitae", cap. 71.

Albisi Bartolomé, O.F.M. Conv.: "De vita et laudibus B. M. Virginis", libro 6, Venecia, Ruselli, 1596.

Bartolomé de Pisa, O. Min. Conv.: "De vita et laudibus B. M. Virginis libri sex", Venecia, 1596, in 8º, págs. 771.

k) *Siglo XVII.—Enriquez Enrique*, S. J. († 1600): "Vida de la B. Virgen en lengua Malabar." Se conserva una copia en la Biblioteca Vaticana.

Bonifacio Juan, S. J. "Historia Virginalis de Beatissimae Mariae perpetuae Virg. Matris praepotentis Dei Vita et miraculis, libri 5", París, ap. Miguel Somnium, 1605, in 8º.

Maselli Lorenzo: "Vita della beatissima Vergine Madre di Dio..."; Nápoles, 1606, in 4º, p. 877; Venecia, 1610, in 4º, 12 f.-691.

Pedro de Gogni y Viguria: "Vita B. Virginis, Purissimae Dei Matris, ex sacris litteris et praestantissimis Sanctorum Patrum monumentis, invictissimo Philippo III, Hispaniarum et Indiarum Regi Catholico dedicata", Antwerpiae, ap. Martín Nutij, 1608, in 8º.

Castro (De) Melchor: "Vida y excelencia de la Virgen Santísima", 2 vol., traducido del español por Gualterio Canino, Venecia, Giunta, 1609, in 8º.

Castro (De) Cristóbal, S. J.: "Historia Deiparae Virginis Mariae, ad veritatem collecta, et veterum Patrum testimoniis comprobata accurateque discussa", Maguncia, Lipsia, 1610, in 8º, ps. 734. Es reproducida también por Bourrassé en la "Summa Aurea B.M.V.", II, 339-702.

Abbate Lorenzo: "Diálogo sopra la vita ed eccellenza della sacratissima Vergine", Mesina, 1613, in 12º.

Musso Cornelio, O.F.M. Conv.: "Vita della Vergine Maria Madre di Cristo", Nápoles, Roncaglioli, 1613, in 8º.

Murinelli L.: "Vita della Santissima Vergine Maria", Venecia, 1617, in 8º.

Razzi Silvano, O. Camald.: "Vita della gloriosa Vergine Maria", Roma, 1618, in 8º.

Confalonieri Juan Agustín, S. J.: "Vita Beatissimae Virginis Mariae distincta capitibus ad meditandum", Milán, 1620, in 16º. Fué editada en italiano al año siguiente.

Santarelli Antonio, S. J.: "Vita della B. Vergine Maria", Roma, Grignani, 1624, in 8º.

Pedro Aretino: "Vita della gloriosissima Madre di Dio, libri 3", Venecia, Giumani, 1628. Editada bajo el pseudónimo de Paternio Etiri.

Faloner Juan, S. J.: "Life of Mary", Andomar, 1632, in 12º.

Hernández José De Valle Sarriá: "De vita Deiparae Virginis compendium", Lyon, ap. Jacobo Cardon, 1633.

Gibieuf Guillermo: "La vie et les grandeurs de la tr. sainte Vierge Marie Mère de Dieu", París, Cottereau, 1637, 2 vol. in 8º.

Villemas Alfonso de: "Nueva colección de leyendas sobre la vida de la Virgen María." Traducido del español por Julio César Valentino, Venecia, Miloco, 1644, in 8º gr., págs. 702.

Herman Wolf: "Leben der hl. Iungfrau María, nach den Zengnissen der hl. Väter und bewährten Geschichtschreiber", Ausburgo, 1652, in 4º.

Fernández Antonio: "Vida de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra", Goa, 1652, in 4º.

José De Jesús María: "Historia de la vida y excelencias de la Santísima Virgen María", Madrid, 1657, in 8º.

Cancellotus Juan Bautista: "Annales Mariani, quibus historia SS. Virginis Mariae, Dei Genitricis, in singulos annos distribuitur... pars I...", Roma, 1661, in fol.

Labbe Pedro: "Vita et elogia B. Virginis", Avignon, 1661, in 4º, p. 36.

María de Jesús: "Mystica ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la virgen madre de Dios, reina y señora nuestra, María santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia", Madrid, 1670, 3 vol. in fol.; Trad. Trento, 1714, 5 vol. in 4º ibid., 1723, 3 vol. in 4º; Turín, 1881, in 8º; Turín, 1893, in 24º, págs. 205.

1) *Siglo XVIII.—Bagnati Simón*: "Vita di Maria Vergine divisa in meditazioni, etc.", Nápoles, 1713, in 12º, pgs. 359; Venecia, 1737, in 8º.

Serry Jacinto O. P.: "Exercitationes historicae, criticae, polemicae de Christo eiusque Virgine Matre", Venecia, 1719 (Está en el Índice de los libros prohibidos).

Lafitau Pedro Francisco: "La vie et les mystères de la tr. s. Vierge", París, 1759, 2 vol., in 12º.

Planch Alexis, O.S.M.: "Vita B. Mariae V., dogmatico-critice conscripta", Oeniponti 1762, in 8º gr., pgs. 271.

Trombelli Juan Crisóstomo: "Mariae SS. vita ac gesta per dissertationes descripta", Bolonia, 1761-1765, 6 vol. in 4º, de 500, 570, 578, 400, 488 y 390 pgs. Se halla reproducida también en Bourrassé, "Summa Aurea B.M.V.", t. I, 1-1376; II, 1-963; IV, 1-454. Es un estudio largo y minu-

cioso, a pesar de ello en varios puntos no responde ya a la sana crítica.

Vallejo José Ignacio: "Vida de la madre de Dios y siempre Virgen María", Cesena, 1779, 2 vol. in 4º.

11) *Siglo XIX.* — *Albergotti Agustín*, Obispo de Arezzo: "Della vita e del culto della Madre di Dio Maria Santissima sempre Vergine", 4 vol. Siena, Porri, 1817.

Pedro Ribadeneira: "Vida de la Santísima Virgen", París, 1829, in 18º.

Bonnety A.: "Recherches sur la vie et la personne de la S. Vierge et sur les plus anciens portraits qui la représentent" en "Anales de filosofía cristiana", a. IX, 1834, p. 53-87.

Hautefanille (d'): "La vie de la S. Vierge", 1840, in 4º.

Dègouy: "Histoire de S. Marie, mère de Dieu", 1841, in 32º.

Collin De Plancy, I.A.S.: "La vie de la S. Vierge, mère de Dieu, ens. la vie de S. Joseph", 2 ed., Lión, 1846, in 16º, pgs. 332.

Darras I. E.: "La légende de Notre Dame, histoire de la S. Vierge d'après les monuments et les écrits du moyen-âge", Plancy, 1848, in 12º, pgs. 352; 2da. ed. considerablemente aumentada, ib., París, 1850, in 18º gr. pgs. LVII-440.

Gentilucci Emidio: "Il perfetto leggendario, ovvero, Storia della vita di Maria Santissima", Roma 1848, in fol., pgs. V-455.

Schmidt Ant.: "Das Leben, die Tugenden und Ehrenverzüge Märia...", Regensburgo, 1849, pgs. VI-563, 2 ed. corr., ib. 18..., 12º, pgs. VII-592.

Rivadeneira: "Vida de la gloriosa virgen María Señora nuestra", Barcelona, 1849, in 4º gr.

Croiset Juan: "La vie de la très Vierge Marie, mère de Dieu", nueva ed. corr. y aum. por Ed. Ferwecoren, Bruselas, 1850, in 12º, pgs. 171.

Massimi Carlos, d. O.: "Vita della Sma. Vergine Maria", ed. por el Can. Antonio Fazi, Sinigaglia, 1852, in 8º, pgs. XXIII-116.

Begel: "Vie de la S. Vierge d'après la tradition", Nancy-París, 1852, 2 vol. in 12º, pgs. 432 y 459.

César Buenav. Amad. (De): "Vita divina della Sma. Vergine Maria", Roma, 1853, in 8º Liorna, 1868, in 8º, pgs. 335. Traducción francesa de José Antonio Boulan, Colmar, París, 1853, in 12º, pgs. XXII-326.

Emmerich Ana Catalina: "Leben der heil. Iungfrau María, nach den Betrachtungen aufgeschrieben von Clem. Brentano", 2ª Edic., Munich, 1854, in 8º gr., 3ª Ed., ib. 1862, in 8º. Trad. ital., Milán, 1855, in 8º; Novara, 1888, in 8º, pgs. 600; ib. 1888, in 16º, págs. 571.

Hirscher Juan Bautista: "D. Leben der seligsten Iungfrau und Gottesmutter Maria, etc."; 2 edic., Friburgo de Brisgovia, 1854, in 12º; 3 ed. ib. 1855 in 12º. Trad. al francés por H. Wilmès, París, 1858, in 12º. Trad. al ital. Milán, 1871, in 24º, pgs. 354. Otra trad. ital. por L. F. Camavitto, Bolonia, 1873, in 24º, págs. 326.

Jouhanneaud Pablo: "Vie de la tr. s. Vierge", 1854, in 4º, Limoges, 1866, in 12º, p. 120.

Mulier Enrique: "Vie de la tr. S. Vierge, d'après les Stes. Ecritures et les Pères de l'Eglise", París, 1854-61, 2 vol. in 8º, pgs. XI-364 y 416.

Martin Arturo: "La vie et les mystères de la b.se vierge Marie, mère de Dieu...", Nantes-París, 1859-64, in fol., pgs. 122.

Moreno Cebada E.: "Hist. de la Sma. Virgen María...", Madrid, 1859, in 4º.

Nadal: "Histoire de la tr. s. Vierge", 1860, in 32º; 4ª ed. Valencia, 1866, in 32º, p. 188.

Lecanu: "Histoire de la S. Vierge" según el Evangelio, los profetas, los documentos de los primeros siglos cristianos, los monumentos de Egipto y de Palestina, y las enseñanzas de la Iglesia, París, 1860, in 8º gr., pgs. 468.

Ayma L.: "Histoire de la S. Vierge d'après l'Evangile et les saints Pères", París, 1861, in 8º y 12º, pgs. XX-318; 2da. ed. 1869, in 16º.

Giovannetti Juan Pedro: "Vita di Maria Vergine, Madre di Gesú", Génova, 1863.

Champeau: "Entretiens sur la vie de la S. Vierge..., avec des histoires, des anecdotes et legendes", París, 1864, in 12º, pgs. VIII-512.

Bellon I. A.: "La mère de Jesus d'après la Bible", 1864, in 16º.

Drohjowska: "Hist. de la S. Vierge", París, 1865, in 8º y 12º, pgs. XII-296.

Marcelino de Civezza, Min. Oss.: "Vita di Maria Vergine, a edificazione dei divoti", Roma, 1865, in 16º, pgs. 370.

Orsini: "Vita di Maria Santissima", 2 vol., Bolonia, 1868.

Garinei Pedro: "Vita di Maria Madre di Gesù di Nazareth, o esame critico della sua storia", Florencia, 1868, in 16º, pgs. 99.

Bosquain: "Les trois grandes époques de la vie de la très sainte Vierge", 1859, in 8º.

Jamar C. H. T.: "Marie, Mère de Jesus." Hist. de la Sma. Virgen según la S. Escritura, los monumentos de la antigüedad, los escritos de los Padres y de los teólogos, Bruselas, 1872, in 8º gr., pgs. XVII-570.

Petit: "Histoire de la S. Vierge" según los Padres, los viajeros, los Evangelios apócrifos y las tradiciones orientales, París, 1873, in 12º, pgs. 106.

Rohner A.: "Das Leben der allerseligsten Iungfrau Maria und ihrer gloreichen Bräutigams", Einsiedeln, 1877, in 4º.

Maynard U.: "La Sainte Vierge", París, 1877, in fol., pgs. XX-522.

Sciarelli Francisco: "La Madre di Gesù Cristo", Roma-Florencia, 1879. – Obra escrita por un protestante con espíritu protestante.

Nicolás Augusto: "La Vierge Marie d'après l'Evangile", 8ª ed. París, 1880, in 8º, pgs. XXXII-550.

Matteucci L.: "La Vergine, Storia della Madre di Dio y del suo culto, etc.", Turín, 1880, in 24º, pgs. 236.

Rolland (G. de): "Vie de la S. Vierge", Carcasona, 1882, in 8º, pgs. 426.

Bravo y Tudela A.: "La madre de Jesús, dogmas, misterios, leyendas y tradiciones", Madrid, 1882, 2 vol. in 4º, pgs. 808 y 920.

Perdrau: "Les dernières années de la très Sainte Vierge", 2da. ed. París-Poitier, 1883, pgs. XXII-400.

Genovesi Vicente: "Vita di Maria", I, Florencia, 1886, in 8º, páginas XXV-13.

Bucceroni Juan: "Commentarii de b. Virgine Maria", ed. alt. Roma, 1886, 8º, pgs. 327.

Nugue León: "Vie de la S. Vierge", París, 1866, in 18º, pgs. VII-472.

Casaló y Pagés P.: "Hist. de la Virgen María Madre de Dios", Madrid, 1887, in 8º, pgs. 464.

Luise (Gasp. De): "La Vita di Maria Vergine, Madre di Dio", 6ª ed. Nápoles, 1889, in 8º, pgs. 420.

Berthol Th.: "Das Leben Mariä... m. e. Vorw. v.", H. Rolfus, Einsiedeln, 1890, in 16º, pgs. 190.

Chancerelle P.: "Vie de la S. Vierge...", Einsiedeln, 1891, in 16º, pgs. 188.

Bassi Alejandro, Min. Oss.: "Studi critici sulla vita della Vergine", Turín, 1892, in 8º, pgs. XV-398 (Cfr. "Civiltà Cattolica", 1892, P. III, 709-11).

Ricard: "La Vierge Marie". Hist. de la Madre de Dios según la Revelación y las revelaciones, París, 1893, in 8º, pgs. 306.

La Leta Blás, S. J.: "Il Capolavoro di Dio, o vita e grandezze della Vergine Maria", Módena, tip. de la Inmaculada, 1893.

Profumo Luis: "Vita della Vergine Maria, Madre di Dio", Génova, 1896, in 16º, pgs. 112.

Martini: "Storia della Madonna, tratta dagli Evangeli tradotti dal greco", Pisa, 1897, in 16º, pgs. 20.

Budge G. A. Wallis: "The history of the blessed Virgin Mary and the history of the likeness of Christ, which the Iews of Tiberias made to mock at." Textos siríacos ed. con traducciones inglesas, Londres, 1899, in 8º gr.

m) *Siglo XX. — Lemann José*: "La Virgen María propuesta a la veneración del siglo XX", trad. del francés por C. S., Roma, 1901, in 8º, páginas XII-570.

Bertani Carlos: "Vita di Maria Santissima", 2 vol. in 16º, pgs. 400 en total, Monza, 1902.

Castelplanio (de) Ludovico, Min. Oss.: "Maria nel consiglio dell'Eterno", Nápoles, Rondinella, 1902.

Hoppenot I.: "La Sainte Vierge dans la Tradition, dans l'Art, dans l'Ame des Saints et dans nostre vie", Lila-París, 1904, in fol., pág. X-388.

Broise Renato María (de la), S. J.: "La S. Vierge", París, Lecoffre, 1906.

Bucceroni Genaro, S. J.: "La B. Vergine Maria." Consideraciones sobre los misterios de su vida, Roma, 1909, in 8º gr., pgs. 134.

Scapin José: "Studi sulla vita di Maria Santissima", 2 vol. in 8º gr. de 1084 pgs. en total, Vicenza, Rumor, 1907-1910.

Ogara Florentino, S. J.: "Vida de la Sma. Virgen", Madrid, 1921, in 8º gr., pgs. 180.

Pavese Reinaldo, S. M.: "La vita di Maria narrata ai fedeli", Turín, Soc. Edit. Intern., 1922, in 8º, pgs. 252.

Wassall-Phillips O. R., C. SS. R., "The mother of Christ, or, the

Blessed Virgin Mary in catholic Tradition, Theology and devotion", 2 Ed. Londres, 1922, in 8º, pgs. XXVIII-524.

Pillet A.: "Histoire de la Sainte Vierge", interpretación piadosa del texto Evangélico y de las tradiciones litúrgicas y locales, Chambéry, 1925, in 8º, pgs. IV-288.

Bosio G. Antonio, O. F. M.: "Maria di Nazareth", Venecia, Libr. Emiliana, Ed. 1928, in 8º, pgs. 434.

Magni Verano: "Storia della Madonna", Florencia, Bemporad, 1929, in 8º gr., pgs. 157.

Bulgarini Domingo: "La Madonna", Pavía, 1932, pgs. 270. – Obra carente de sentido crítico, y de discutible valor literario.

Neubert E., S. M.: "Vie de Marie", Ed. Salvator (Casterman), 1936.

Willam Francisco Miguel: "Vita di María, Madre di Gesù", trad. del alemán con prefacio y notas de Rodolfo Paoli, Brescia, Morcelliana, 1937, in 8º gr., pgs. 382.

Mezza Fausto, O. S. B.: "Il Vangelo di Maria", Cava dei Tirreni, 1938, in 16º, pgs. 226.

Beaufays Ignacio, O. F. M.: "La Virgen Santísima en el marco palestinense", trad. del francés por Damonte y E. Piovesan, Roma, Pía Soc. de S. Pablo, ed. 2da., 1941, in 8º, pgs. 392.

Pazzaglia Luis, O. S. M.: "Colei che si chiama Maria", Turín, L.I.C.E., 1942, in 8º, pgs. 300.

Giordani Higinio: "Maria di Nazareth", Florencia, Salani, 1943, in 8º, pgs. 292.

Lesêtre H.: "Marie, Mère de Dieu" en "Dicc. Bíblico", t. IV, col. 777-809.

Stefani De Gaspar: "Maria Santissima nell'Antico Testamento, nella sua vita e nella vita della Chiesa", Turín, L.I.C.E., sin fecha, in 8º gr., pgs. 732.

Landucci P. C.: "Maria Santissima nel Vangelo", Roma, Pía. Soc. de S. Pablo, 1945, in 8º gr., pgs. 518.

Entre las vidas de la Santísima Virgen catalogadas por nosotros, se hallan también aquellas que se nos presentan como reveladas. Tales son las vidas de María escritas por las Venerables María de Agreda (1602-1665), Franciscana, y por Ana Catalina Emmerich (1774-1824), Agustina.

A estas dos vidas, que son las más completas, podrían añadirse también las revelaciones de Santa Brígida (muerta en 1373), y particularmente el "Sermo Angelicus de excellentia B. M. V." de la misma Santa.

Estos escritos que se denominan revelados, merecen una atención especial al tratar las diversas fuentes de la vida de María. De hecho, podría parecer a primera vista que los penosos esfuerzos de la crítica

histórica para establecer los datos biográficos de la Virgen pueden ser ahorrados, con evidente economía de tiempo y de fatiga, por las revelaciones hechas por Dios a algunas almas privilegiadas. ¿Por qué, podría preguntarse, trabajar tanto en producir un poco de débil luz con las investigaciones de la crítica, cuando el sol de la verdad brilla sobre nuestro horizonte a causa de tales revelaciones? Pero todo este encanto se desvanece frente a la comprobación de narraciones diversas e inconciliables que traicionan muy pronto, además del elemento revelado —si realmente se halla allí—, el elemento subjetivo que se mezcla en ellas, sin conocimiento del vidente. Véase, como un ejemplo entre tantos como podrían citarse, lo que Ana Catalina Emmerich y María de Agreda [19] dicen de los últimos años de la vida terrena de María. La primera la hace morir en Efeso, y la segunda, en Jerusalén. Evidentemente, las dos no pueden decir la verdad al mismo tiempo "por la contradicción que no lo consiente" (Dante). Es claro, pues, que los datos biográficos ya de una ya de otra, deben ser aceptados con mucha reserva. Además, debe tenerse presente que en estas revelaciones privadas resuena, muchas veces, el eco de los apócrifos. Por eso es indispensable confrontarlas bien y ver cuál de las dos dice la verdad o, al menos, una parte de la verdad. De ahí que estas revelaciones privadas estén muy lejos de simplificar, como parecería a primera vista, el trabajo del biógrafo de María. A lo más pueden proporcionar alguna excelente indicación o alguna confirmación para las investigaciones y los descubrimientos históricos. Allí donde todas estén de acuerdo, existe el derecho de reconocerlas verdaderas, siempre que hayan sido bien controladas a la luz de otros documentos. Tomadas aisladamente, se hallan muy lejos de imponerse, aunque concuerden entre sí.

3. — Fuentes teológicas.

La figura histórica de María quedaría totalmente incompleta si, además de estudiarla a través de los acontecimientos de su vida revelados por las fuentes escriturísticas y por la tradición, no fijásemos atentamente y de continuo nuestra mirada sobre su singularísima psicología considerada a la luz de la ciencia teológica. Por eso aquí nos

[19] Tenga presente el lector que la *Vida de la B. Virgen María* (según las revelaciones de la Sierva de Dios) cuya publicación inicióse en 1841 y se terminó en 1851 (nueve años después de la muerte de Clemente Brentano) y fué vertida a muchísimos idiomas, no puede llamarse de ninguna manera, ni siquiera en sen-

es indispensable la Teología. De hecho, es imposible presentar una figura completa de María y, especialmente, una interpretación exacta y adecuada de las palabras y de los hechos de su vida, sin la luz de la Teología, no sólo bíblica sino también y sobre todo dogmática.

La Teología nos presenta a la Virgen Santísima como una singularísima criatura, como un mundo aparte, con su centro y con leyes enteramente suyas, diversísima de todas las demás criaturas, desde el primero hasta el último instante de su vida.

Entre María y los demás míseros mortales hay una distancia superior a la que existe entre el cielo y la tierra. Por esto, sus palabras y sus acciones exigen una interpretación totalmente adecuada a ellas.

Un pensamiento dominante y, diría casi un hilo conductor de la vida de María, es éste: se trata de una criatura completamente singular y, por lo tanto, distinta de todas las demás. De hecho, las demás criaturas tienen una misión particular contenida dentro de ciertos límites de tiempo, de espacio y de dignidad. María, en cambio, tiene una misión universal, que no soporta barreras ni límites, de una dignidad que confina con lo infinito; una misión que abraza y une los dos extremos, porque en ella, como en un punto luminoso, se encuentran Dios y el hombre: Dios, de quien es Madre, y el hombre, de quien es Mediadora. Y de esta especialísima misión suya, María, ya desde el día de la Anunciación, tuvo pleno conocimiento; lo cual contribuyó no poco a elevar de continuo sus pensamientos y sus afectos.

Todas las demás criaturas son concebidas en la culpa, privadas de la gracia divina y nacen, por esto, como hijos de la ira; María, en cambio, fué concebida inmaculada, llena de gracia, hija de la predilección divina, la cual se complació siempre en ella, preservándola de la culpa en que habría debido incurrir por necesidad de naturaleza. A causa de esta culpa original, las demás criaturas experimentan inevitablemente la lucha entre la carne y el espíritu, entre el apetito superior y el apetito inferior; en María, en vez, a causa precisamente de su justicia original, el apetito superior, o sea, la

---

tido lato, obra de C. Emmerich, pues fué redactada con mucha libertad por Brentano, por quien sufrió no pocas alteraciones a impulsos de su fantasía. Cfr. Hümpfner, "La fe histórica de Clemente Brentano" en *Notas* sobre la Sierva de Dios Ana C. Emmerich, Würzburg de Baviera, St. Riter Verlag, 1922. Cfr. también De Romanis A. C., art. *Emmeric Anna Caterina*, en la "Enciclopedia Ecclesiastica" de Vallardi, vol. III.

Por lo que se refiere a la B. María de Agreda, cfr. nuestra *Mariología*, vol. I, "Introductio in Mariologiam", p. 317 ss., II ed., Roma, 1946.

razón, tuvo siempre un pleno e incontrastable dominio sobre el apetito inferior y sobre todas las pasiones; la carne estuvo siempre humildemente sometida al espíritu, el cuerpo fué siempre instrumento docilísimo del alma en todas sus ascensiones y elevaciones hacia lo bello, hacia lo bueno, hacia Dios y las cosas divinas. Todo en Ella era calma, serenidad y paz, tanto interior cuanto exteriormente; cielo perennemente limpio, sin nubes ni tempestades. Las demás criaturas, aun después de haber sido regeneradas a la vida sobrenatural de la gracia divina mediante el santo Bautismo, quedan sujetas a perder, por el pecado, esta gracia divina o, por lo menos, a cometer imperfecciones o culpas ligeras; María, en cambio, debido a esa singular asistencia divina exigida por su misión especialísima, no solamente no cometió jamás ningún pecado actual, ni mortal ni venial, sino que fué moralmente impecable, llevando así sobre la tierra una vida en todo semejante a la de los Santos en el cielo. Las demás criaturas tienen una mente abierta en mayor o menor grado a lo verdadero, más o menos adornada de conocimientos; María, empero, tuvo una mente agudísima, adornada no sólo con aquellos conocimientos que son fruto del propio trabajo intelectual, sino también con ese singular tesoro de conocimientos infundidos de lo alto, proporcionados a la altísima función a que había sido elevada. El alma de María era un alma toda luz.

En las demás criaturas humanas la unión con Dios sufre de pronto relajamientos y también interrupciones; María, en cambio, conservó siempre una continua unión de la mente y del corazón con Dios, estimulada por un "crescendo" ininterrumpido hasta las más altas cumbres. Ella estaba como perdida en Dios, a manera de una piedra que se sumerge y desaparece en el mar. Su vida fué una perenne alabanza de Dios. En el último acto de su vida terrena, las demás criaturas bajan con su cuerpo, que se reducirá a cenizas, a las tinieblas del sepulcro; María, en cambio, en el último acto de su excelsa vida, sube en alma y en cuerpo a aquel cielo del cual será eternamente el más bello ornamento y la belleza más deliciosa después de Dios. Todos estos datos proporcionados por la fe y por la Teología, y que nos revelan la vida íntima de María, deben ser tenidos siempre presentes al relatar e interpretar su vida externa, si no queremos exponernos a descripciones e interpretaciones falsas o, por lo menos, incompletas. Es por esto que un buen biógrafo de María no puede dejar de ser un buen Teólogo, perfectamente al corriente

de la literatura teológica mariana, puesto que la Virgen Santísima pertenece, más que a la historia, a la Teología.

Por último, para interpretar debidamente la psicología singularísima de María, nos ayudará mucho conocer la psicología de los Santos, que fueron las criaturas más vecinas, o mejor, las menos distantes de Ella. También nos ayudará inmensamente el conocer, coordinar y referir, en sus debidos límites, las varias interpretaciones que ellos nos han dejado sobre el alma y sobre la psicología de María. Elevándose por encima de todos los demás hombres por la sublimidad de sus pensamientos, la nobleza de sus sentimientos, la abundancia de los dones volcados en ellos por la mano de Dios, y siendo por esto más aptos que cualquiera otro para penetrar en la profundidad luminosa de aquella alma, los Santos nos han dejado páginas de psicología mariana difíciles de igualar, imposibles de superar. Basta pensar en un San Ambrosio, en un San Bernardo, un San Francisco de Sales, un San Grignion de Montfort, y en tantos otros.

En resumen: fuentes escriturísticas, fuentes tradicionales y fuentes teológicas deberán fundirse en un único cuadro, avivado por un corazón cálido de afecto y coloreado por una muy rica fantasía: tal es lo indispensable para tener una *María viva*, fascinadora, palpitante y operante, en toda la plenitud de su inagotable riqueza divina y humana. Solamente así podrá esperarse tener una biografía menos inadecuada y por esto menos indigna de la Obra Maestra de Dios.

LA FIGURA DE MARÍA

1. — El aspecto físico.

No es poco lo que, durante los pasados siglos se ha escrito en torno al aspecto físico de María. Trombelli, en su "Vita di Maria", emplea veintiséis largas columnas para demostrar, basándose en testimonios de muy escaso valor, que la Santísima Virgen fué bella físicamente; que, aun siendo septuagenaria, mantuvo igual hermosura; que según las edades tuvo una diversa belleza para cada una, y que conservó intacta hasta la muerte la hermosura de la edad juvenil; que tal belleza suscitaba en quienes la miraban castos pensamientos y afectos; que el arte no podría embellecerla más; que la belleza de María, aun cuando moraba aquí en la tierra, superó la que tendrán los cuerpos resucitados de los demás en el cielo. Entra luego a hablar detalladamente, en seis capítulos de discreta longitud, de los cabellos de la Virgen, de su frente y de sus cejas, de los ojos y de las mejillas, del color y del brillo de los ojos, de la nariz, de los labios y del rostro, de la estatura y del color de la tez (Cfr. Bourassé: "Summa Aurea B. M. V.", t. II, col. 915-940). Hay allí para todos los gustos. Pero remontándonos a las fuentes, es fácil comprender cómo todas estas minuciosas descripciones del aspecto físico de María se basan más sobre la fantasía que sobre la realidad.

Durante mucho tiempo se creyó que el Evangelista San Lucas nos había dejado el verdadero retrato de María pintado por él. Y en efecto, las imágenes atribuídas a San Lucas son muchas. Las más célebres, empero, son las que se veneran en Roma, en la Basílica de Santa María la Mayor; en Bolonia, en el célebre santuario de San Lucas, y en Chestokowa, Polonia [1]. Son imágenes de singular belleza. Rafael Sanzio inmortalizó esta piadosa creencia en el célebre

[1] Una inscripción dice: "Haec imago beatissimae Virginis Cestochoviensis fuit a S. Luca depicta, et ab Helena Augusta Hierosolymis Constantinopolim translata".

cuadro en que pintó a la Virgen que posa con el Niño ante San Lucas, quien está en actitud de retratarla.

Contra esta piadosa creencia —de tener ella más sólidos fundamentos— se opondrían en vano, creo, las palabras de San Agustín: "No conocemos el rostro de la Virgen María: Non novimus faciem Virginis Mariae" ("De Trinitate", 8, 5, P. L. 42, 952). Tales palabras no demuestran otra cosa sino que el rostro de la Virgen era desconocido al Doctor de Hipona y a sus contemporáneos, los cuales vivían en Occidente, bastante lejos por lo tanto del país de María. Pero, ¿acaso podría decirse otro tanto de aquellos que vivieron en Palestina en tiempos de María, o poco después de Ella?...

La debilidad del argumento de Tradición que atribuye a San Lucas el retrato de María se encuentra en otra parte. Se halla sobre todo en el hecho de que los testimonios son demasiado recientes. En efecto, el más antiguo, el de Teodoro, lector de la Iglesia de Constantinopla, remonta al siglo VI. Refiere éste que la emperatriz Eudosia († 460, en Jerusalén), esposa de Teodosio II, mandó a Pulcheria (399-453) la imagen de la Madre de Dios pintada por San Lucas ("Excerpta his. eccl.", P. G. 86, 165). Otro tanto aseguran Simeón Metafraste, del siglo X ("Menologium", Vida de San Lucas, 6, P. G. 115, 1135) y Nicéforo Calixto, del siglo XIV ("Hist. Eccles.", 2, 43; 6, 16; P. G. 145, 876, 1161). Estos tres autores añaden que San Lucas habría pintado no solamente a la Virgen sino también a Nuestro Señor Jesucristo. Pero son testimonios demasiado tardíos. Además, las imágenes que suelen atribuirse a San Lucas, según los peritos, son muy posteriores a su edad, perteneciendo a la edad Bizantina (Cfr. F. R. Salmon: "Historia del arte cristiano en los diez primeros siglos", Lila, 1891, p. 135-136). Añádase a esto finalmente la aversión de la primera generación cristiana, en su mayor parte proveniente del judaísmo, por la representación de seres animados a fin de evitar el pecado de idolatría, y no tardará en comprenderse cuán improbable sea tal atribución. Probablemente las aludidas imágenes son debidas a un santo pintor llamado Lucas, al que se confundió después con el Evangelista San Lucas.

Dejando, pues, aparte, como poco fidedigno, este presunto retrato de San Lucas, es necesario volver la mirada a otra parte a fin de hallar algún testimonio más seguro sobre el aspecto físico de María.

Las primeras representaciones de la Virgen las encontramos en Occidente, y más precisamente en Roma, en las Catacumbas. La más

antigua imagen de Nuestra Señora es la del Cementerio de Priscila, que data de la primera mitad del siglo II. Mas el arte de entonces era demasiado imperfecto para retratar la belleza del rostro real de la Virgen. Muy probablemente aquellas pinturas rústicas del II y del III siglo en Occidente y las del IV siglo en Oriente dependen no ya de motivos reales y concretos sino de motivos únicamente ideales y fantásticos. De ahí que bien poco o nada podamos decir sobre el real aspecto físico de María[2].

No menos dependientes de motivos ideales y fantásticos son las minuciosas descripciones que algunos escritores posteriores nos han dejado sobre las admirables facciones de la Madre de Dios. Escuchemos a los principales:

Venancio Fortunato (alrededor de 530-601) nos ha dejado esta resplandeciente descripción: "De la boca despides luces, de la frente asaetas rayos, de los ojos rutilas esplendor... Oh espejo de estrella, ilustre morada del Omnipotente, en toda tu persona llevas luces fulgurantes... La nieve queda ofuscada ante tu candor y el sol ante el esplendor de tus cabellos, los astros palidecen ante tu gloria, oh Virgen; la lámpara se apaga, la estrella de la mañana cede a la luz, porque tú eres más resplandeciente que toda luz" ("In laudem S. Matris Virginis", P. L. 88, 281).

San Ambrosio en el siglo IV se limita a decir que "la misma belleza del cuerpo fué una imagen del alma, figura de la bondad" ("De Virginibus", lib. II, cap. 2, P. L. 16, 220).

San Andrés de Creta († 740), luego de una descripción del retrato pintado, según una supuesta tradición, por San Lucas, añade: "pero también el judío Josefo cuenta que el Señor había sido visto de la misma manera: con cejas unidas (σύνοφρυν), ojos bellos, rostro alargado, algo curvo (ἐπίκυφον), de buena estatura (εὐήλικα), como ciertamente aparecía cuando vivía entre los hombres; del mismo modo (describe) también el aspecto de la Madre de Dios como hoy se ve (por la imagen) que algunos llaman la Romana" (fragmento en P. G. 97, 1304).

"Esta descripción, observa Ricciotti, proviene ciertamente, no ya del judío Josefo (Flavio), sino de una tradición bizantina anterior,

[2] El testimonio de Dionisio Areopagita, según el cual él habría quedado de tal manera extasiado ante la belleza de María, que se sintió impulsado a caer de rodillas y a adorarla como a un Dios, si la fe no le hubiese enseñado que no hay más que un solo Dios, es apócrifo. Trátase, sin embargo, de un testimonio bastante antiguo, ya que es debido a un autor que florecía entre el 490 y el 531.

y parece reflejar la opuesta opinión que creía en la fealdad de Jesús (de la cual hay huella quizás en el adjetivo *un poco curvo,* interpretado aquí benignamente). De todos modos, los elementos principales de esta descripción son repetidos todavía en la tradición posterior, que los mezcla con otros rasgos tomados de fuentes desconocidas o también de la fantasía" ("Vida de Jesucristo", n. 192).

Hacia el año 800, el monje *Epifanio de Constantinopla* afirmaba que Jesús medía cerca de 6 pies de alto (cerca de 1 metro 70), con cabellera rubia y un poco ondulada, cejas negras no completamente arqueadas, ojos celestes, con una ligera inclinación del cuello de modo que su aspecto no era del todo perpendicular (μὴ πάνυ ὀρθιον); rostro no redondo sino un poco alargado, como el de su madre a la que, por lo demás, se le asemejaba en todo ("Vita Deiparae", texto crítico en Dobschütz: "Christusbilder", en "Texte u. Untersuch", N. F. III, vol. 18, p. 302 **).

Otra descripción la tenemos en el discurso de un anónimo bizantino sobre la imagen de la Virgen (Cfr. Dobschütz, op. cit., página 246, última línea).

Jorge de Nicomedia, en el siglo IX exclamaba: "¡Oh bellísima belleza superior a todas las bellezas!" ("Or. I in Praesent. Deip.", P. G. 100, 1416).

En el siglo XI, *Cedreno* escribía: "María era de estatura mediana, tez morena, de cabellos rubios, ojos claros y medianos, cejas grandes, nariz mediana, manos y dedos largos" ("Compend. histor.", P. G. 121, 362 D).

Mucho más particularizada es la descripción que nos ha dejado *Nicéforo Calixto,* del siglo XIV, el cual se remite a cierto Epifanio (320-404)[3]: "La Virgen no era de alta talla, aunque algunos digan que superase los límites de la estatura media... Su color, ligeramente dorado por el sol de su país, semejaba el color del trigo. Rubios los cabellos, los ojos vivaces, un poco color de aceituna los iris. Las cejas arqueadas y negras, nariz alargada, rojos los labios y llenos de suavidad al hablar. Su rostro ni redondeado ni agudo, sino elegantemente oval, la mano y los dedos afilados..." ("Eccles. hist.", L. 2, c. 23, P. G. 145, 815 C). El célebre Sixto de Siena atestigua haber visto en Venecia, en casa del Ticiano, una copia de la imagen de María atribuída a San Lucas, en la que "se encontraban todas las

[3] "De vita B. V.", n. 6, P. G. 120, 194 A.

características expresadas por Nicéforo" ("Biblioth. S.", L. II, p. 80).

También *Ricardo de San Lorenzo* en su "Mariología", falsamente atribuída a San Alberto Magno, hace una larga descripción del aspecto físico de María ("De laudibus B. M.", lib. 5, cap. 1 y 2, entre las Obras de San Alberto Magno, t. XX, p. 156 y ss.)[4].

De todos los testimonios arriba mencionados, se puede concluir por lo menos esto de cierto: que el aspecto físico de la Virgen Santísima debía ser de singular belleza. Tal es la idea que la tradición cristiana nos ha transmitido concordemente sobre María. Digo concordemente porque, mientras que en torno a la belleza de Jesús no todos los escritores, especialmente los más antiguos, están de acuer-

---

[4] De poco buen gusto, índice de la mentalidad de aquel tiempo, son las páginas dedicadas por San Antonino a este argumento en su "Suma Teológica", p. IV, t. XV, c. 11. Supuesto que, según S. Alberto Magno, la belleza consiste en la debida cantidad y cualidad del cuerpo, en la proporción de los miembros y en la hermosura del color, pasa a las pruebas particulares. Respecto de la cantidad, se sirve de la regla de la semejanza entre progenitor y descendiente: "magnus (generat) magnum, parvus parvum, tantus tantum". Siendo Jesús perfecto en cantidad y en calidad, también María tuvo una cantidad conveniente a una mujer, esto es, que no fué ni demasiado gruesa ni demasiado delgada. En cuanto a la proporción de los miembros, el cuerpo de Jesús fué formado por el Espíritu Santo, y por esto, no pudiendo tener ninguna desproporción, "sus ojos no fueron ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, al igual que las orejas, las mejillas, la boca, los brazos, las manos, las piernas..." Otro tanto debe decirse de María.

Por lo que toca al color, se comienza a entrar en el campo accidentado de las distinciones. En cuanto al color de la piel, prefiere el rosado: "mixtus ex albo et rubeo". El argumento (!) es éste: el color más noble es aquel que proviene de la igualdad de los humores; pero los autores de medicina afirman que tal color es el rosado; luego... El color del cabello, discurre él, puede ser de cuatro maneras: negro, colorado, rubio y blanco. El rubio proviene de la abundancia de humor melancólico; el blanco proviene del defecto de calor y por la flema pútrida que se encuentra en los viejos. De estos dos colores ni siquiera puede tratarse al respecto. Quedan, pues, el negro y el colorado. Y aquí la cuestión se complica. Según Galeno, los cabellos rojos son propios de los que tienen temperamento sanguíneo; en cambio, los negros lo son de los temperamentos melancólicos y coléricos... Ahora bien, la complexión sanguínea, dice Galeno, es mejor que la colérica; luego... los cabellos de la Virgen deberían ser rojos; pero San Antonino quiere concluir a toda costa que los cabellos de la Virgen eran negros, y para ello acumula argumento sobre argumento. Los cabellos negros, dice, son más fuertes que los rubios; por consiguiente... Los cabellos negros, en contraste con un rostro rosado, brillan más; luego... El rojo atestigua la veleidad y la infidelidad, el negro la seguridad y la fidelidad; por consiguiente... Y añade también una original disquisición acerca del cerebro, que se adorna con cabellos rojos o negros según sus humores. En medio de tantas extravagancias, un solo argumento se nos presenta algo plausible: el extraído de la raza: "genus Judaeorum, ut in plurimis, habet capillos nigros", la raza judía tiene generalmente los cabellos negros; luego... Según San Antonino, el color de los ojos debía ser el negro, porque éstos son más profundos al mirar, más nobles por la sutileza, etc.

do [5], en torno a la belleza de María, en cambio, no hay una nota discordante. Lo único que no satisface, a causa de la debilidad de los fundamentos sobre los que se apoya, es la descripción particularizada y minuciosa del aspecto físico de María.

Esta idea tradicional de la belleza corporal de María se ve confirmada por la misma razón. Dada la íntima y sustancial unión del alma con el cuerpo, no se puede negar que "el alma se trasluce a través del cuerpo, como una luz dentro de un vaso de alabastro" [6]. La belleza del alma se refleja en el cuerpo. Esto supuesto, no hay duda que el alma de la Virgen Santísima fué la más bella, la más luminosa después de la de Cristo. Es fácil, pues, deducir cuánta belleza debía ella transparentar a través de los ojos y del rostro.

Otro argumento en favor de la singular belleza de María surge de la extraordinaria belleza de Cristo, como resulta de aquel admirable retrato que es el Santo Sudario de Turín, cuya autenticidad, según los últimos estudios críticos, puede considerarse hoy fuera de duda. En efecto, la Virgen Santísima es "el rostro que a Cristo — más se asemeja" (Dante, Par. 32, 85-86). El descendiente se asemeja al genitor, y viceversa. Si es relativamente verdad que los hijos se asemejan a la madre, como suele decirse, resulta absolutamente verdadero que Jesús se asemejó a María, y solamente a María, puesto que fué fruto únicamente de Ella. No podía asemejarse a otros más que a Ella. La Madre de Aquél que es el más bello entre todos los hijos de los hombres, no podía menos que ser la más bella entre todas las mujeres.

Una confirmación de esta deducción nuestra podemos encontrarla en las diversas apariciones de María. Cuando a Santa Bernardita Soubirous se le preguntó si la Señora que se le había aparecido en la gruta de Lourdes era bella, exclamó: "¿Si era bella? Lo era de tal manera, que cuando se la ha visto una vez no se puede menos que desear morir para volverla a ver". Un día le presentaron un álbum de fotografías de las principales obras maestras del arte mariano. Después de haberlo hojeado, la Santa lo dejó con cierto desdén, exclamando: "¡Deberían avergonzarse de haberla pintado tan fea!" Evidente: la Obra Maestra de Dios dista infinitamente de cualquier otra obra maestra del hombre. Otro tanto nos han repetido en torno

[5] Niegan, en efecto, la belleza física de Cristo San Justiniano, San Clemente de Alejandría, Tertuliano, etc. (Cfr. Ricciotti, o. c. n. 191, p. 204).
[6] Pazzaglia, o. c., p. 77.

a la singular belleza de María los afortunados pastorcillos de Fátima. Téngase presente, empero, para evitar el exagerar el alcance de este argumento, que en las susodichas apariciones se trata de un cuerpo ya glorificado, y no ya de un simple cuerpo terreno.

2. — El aspecto moral.

El primer retrato moral de María es el pintado, en pocas y rápidas líneas, por Epifanio de Chipre (320-404). "En todas sus acciones fué honesta y grave; hablaba poco, y solamente cuando era necesario, pronta para escuchar y afabilísima, imponiendo a todos respeto y veneración... Con los hombres usó una decorosa libertad de palabra, sin risotadas ni inquietudes, y sobre todo sin ira... Sus floridos labios estaban llenos de suaves palabras... Aborrecía cualquier fastuosidad, era sencilla, desenvuelta, no aparentaba sombra de flojedad, cultivaba de un modo excelente la humildad... Para decirlo todo brevemente, en todas sus cosas se notaba una gracia divina". (Según *Nicéforo Calixto* en "Hist. Eccl.", 1, 2, c. 23, P. G. 145, 815 C).

Mas el retrato moral de María incomparablemente más bello y completo es el que nos ha dejado el más fino psicólogo del siglo IV, San Ambrosio, en su "De Virginibus". Helo aquí: "Si queréis tener un vivo retrato de la virginidad, debéis contemplar la vida de María, en la cual claramente, como en un espejo, se refleja la expresión más pura de la castidad y la forma más sublime de la virtud. De ella podéis deducir el modelo sobre el cual debéis conformar vuestra vida; porque en ella, como en un modelo perfecto, se encuentran trazadas las reglas de una conducta íntegra, las cuales os muestran lo que debéis vosotros corregir, evitar, imitar. El primer estímulo para aprender es la excelencia del maestro. Ahora bien, ¿qué cosa hay de más noble y excelente que la Madre de Dios? ¿Qué más espléndido que aquella que fué elegida por el mismo esplendor? ¿Quién más casta que aquella que engendró sin ningún comercio carnal?

¿Y qué diré de las demás virtudes de María? Era virgen no sólo de cuerpo sino también de espíritu, porque jamás adulteró sus afectos con ningún sentimiento de ambiciosa maldad. Era humilde de corazón, sensata en las palabras, prudente en el ánimo, amante de la meditación. Ponía sus esperanzas no en la incertidumbre de las hu-

LEONARDO DE VINCI. *La Vergine delle roccie.* Detalle

manas riquezas, sino en la oración de los pobres. Era diligente en el trabajo, modesta en el hablar, acostumbrada a buscar como juez de sus propios juicios, no al hombre sino a Dios. No ofendía a ninguno jamás, sino que quería el bien de todos; se ponía de pie con respeto ante los más ancianos, no envidiaba a los iguales, huía de toda sombra de jactancia, seguía siempre un sano criterio, amaba la virtud. ¿Cuándo jamás dirigió a sus padres una mirada airada que los ofendiese? ¿Cuándo tuvo roces con los vecinos? ¿Cuándo jamás fastidió, demostrando desprecio, a aquellos que eran de condición inferior a la suya? ¿Cuándo menospreció al débil? ¿Cuándo volvió la espalda al indigente? Nunca tuvo trato con hombres, fuera del que pedía la misericordia y toleraba el pudor. Nada de torvo en su mirada, nada de inconveniente en sus palabras, nada de impropio en su trato, nada de inmoderado en su gesto, nada de muelle y languideciente en su andar, nada de petulancia en la voz. El porte mismo de todo su cuerpo era un reflejo de su espíritu, un modelo perfecto de corrección...

¿Y a qué hablar de su parsimonia en el comer y su avidez para imponerse nuevos deberes? En esto sobrepasaba los límites de la naturaleza, en aquello apenas concedía a la naturaleza lo necesario. En el cumplimiento de los deberes no se permitía ningún descanso; en cuanto al alimento, multiplicaba los ayunos. Cuando se alimentaba, su sustento era de los más sencillos, apenas suficiente para mantener alejada la muerte, pero lo bastante como para calmar el apetito. No buscaba el sueño sino cuando ya no podía continuar la vigilia. Y aun cuando su cuerpo descansaba, el espíritu estaba activo, pues frecuentemente repasaba en sueños cuanto había leído en las Sagradas Escrituras, o bien interrumpiendo a menudo el descanso, continuaba los trabajos comenzados, seguía los ya preparados, o comenzaba otros nuevos.

No salía de su casa más que para ir al Templo, y aun entonces se hacía acompañar o por sus padres o por algún pariente: ya estuviese en su casa, ocupada en el trabajo, ya fuera de casa, acompañada por otros, ella era siempre la mejor guardiana de sí misma; pues era tan venerable en su andar y en todo su porte, que cuando caminaba no solamente eran los pies los que alzaba, sino que todo su ser se elevaba a un nuevo grado de virtud. De esta manera aprenda la virgen a tener a otros como custodios de su recato, pero que ella misma sea sobre todo la guardiana de su propia conducta; tenga a muchos de

quienes aprender, si necesario fuere: pero mejor sean sus propias virtudes sus mejores maestros, y cada una de sus acciones, conviértase en una enseñanza. De tal modo María prestaba atención a todo, como si hubiese tenido necesidad de ser instruída por todos mientras que, en realidad, cumplía exactamente toda virtud, no como persona que aprendiese, sino como persona que enseñase...

Tenemos, pues, aquí la pintura acabada de la virginidad. María lo fué de tal manera que su vida sola puede servir como ejemplo a todos. Y si aquello que obró de tal modo no nos disgusta, aprobemos también sus obras, y todo el que aspire a ser partícipe del reino de María, imite también sus ejemplos" ("De Virginibus", lib. II, n. 8, P. L. 16, 220 y sgts.).

Ante este insuperable retrato es preciso reconocer que el gran Arzobispo de Milán ha teñido sus pinceles no en la paleta sino en la luz. Como en las aguas tranquilas de un lago se refleja el azul de los cielos y el verde follaje de los árboles, de la misma manera en estas páginas se refleja del modo más vivo y luminoso el aspecto moral de la más santa entre los santos.

LA CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE MARÍA

Digamos inmediatamente, a fin de evitar toda desilusión que, en el estado actual de los estudios es imposible establecer fechas precisas, y es difícil también determinar fechas aproximativas por el simple hecho de que los autores sagrados estaban muy lejos, cuando escribieron sobre Jesús y su Sma. Madre, de querer darnos una biografía propiamente dicha, tal como hoy la concebimos.

Deberemos limitarnos, pues, muy a pesar nuestro, a referir aquello que se conoce como más verdadero o, mejor, como menos incierto, en torno a los cuatro puntos fundamentales de la vida de María: el nacimiento, la Anunciación, la corredención y la Asunción. Es muy poco, pero es algo, si se tiene presente que la cronología, juntamente con la geografía, es uno de los dos ojos de la historia.

1. — La fecha del nacimiento de María.

Mucho se ha discutido acerca de esta fecha, pero bien poco es lo que se ha concluído. Hacia 1882 un Sacerdote Romano, a pedido del P. Francisco de Fossombrone, Capuchino, se apersonó a la Dirección del periódico "La Inmaculada", proponiendo la idea de la recordación del XIX Centenario de la Natividad de María el 8 de septiembre de 1885, y exhortando a promover una digna celebración del mismo. Pues la Virgen habría nacido, según ellos, el año 738 de Roma.

Después de un estudio sumario de la cuestión, el Director de "La Inmaculada", en carta dirigida a la "Unidad Católica" de Turín, abrió el campo a la discusión. Los periódicos "La Inmaculada" y el "Divino Salvador" acogieron de muy buena gana en sus columnas varias doctas disertaciones de ilustres cronólogos. Todos coincidieron, por caminos diversos, en afirmar la conveniencia y la utilidad del susodicho Centenario Mariano. De todas partes llegaron adhesiones

y estímulos. Las discusiones y los argumentos aducidos fueron después sintetizados por un anónimo en un opúsculo titulado "El décimonono centenario del nacimiento de María Inmaculada", publicado en Roma por la Tip. del Instituto Pío IX en 1883.

Luego de esta universalmente favorable acogida de la propuesta para celebrar en 1885 el XIX Centenario del Nacimiento de María, el Excelentísimo Cardenal Haynald, Arzobispo de Colocza y de Backa (Hungría) presentó una humildísima súplica al Santo Padre León XIII a fin de que, aprobada la sentencia de algunos Teólogos peritos en historia eclesiástica respecto al mencionado centenario, se dignase anunciar, para tal ocasión, una solemne conmemoración en todo el orbe católico. Esta súplica fué suscrita por muchísimos Obispos, algunos Cardenales y numerosas personalidades eclesiásticas y laicas.

Los principales argumentos aducidos para establecer que la Virgen nació en el año 738 de Roma, se reducen a los siguientes: la Tradición cristiana, tanto Oriental como Occidental, opina que los desposorios de la Virgen Santísima con José, según el uso común de los Hebreos, se llevaron a cabo al cumplir Ella 14 años, y que a los 15 dió a luz al Redentor. En efecto, en Oriente las mujeres se hallan físicamente maduras para el matrimonio a los 14 años. Otro argumento es extraído de un pasaje de S. Evodio, sucesor de S. Pedro en la Cátedra de Antioquía, citado por Nicéforo Calixto. El pasaje dice: "Habiendo sido presentada al Templo a la edad de tres años, María pasó allí su vida durante once años, en el Santo de los Santos. Después por mandato de los Sacerdotes, fué dada en custodia a José, junto al cual, después de cuatro meses, recibió aquel alegre anuncio. Engendró, pues, la Luz de este mundo a la edad de 15 años, el 25 de diciembre" [1].

Otra prueba la deducen los aludidos defensores del año 738, del "Chronicon Paschale" (impropiamente llamado "Crónica Alejandrina") que, según algunos, se remontaría al siglo IV (según Benedicto XIV al siglo VIII). En ella se asegura que "María nació el 8 de septiembre, lunes (feria II), en la convocación 15, de Joaquín y Ana, bajo los Cónsules de Roma Domicio Enobarbo y P. Cornelio

[1] "Trimula, cum esset in Templum praesentata, ibi in Sanctis Sanctorum traduxit annos undecim. Deinde vero Sacerdotum manibus Ioseph ad custodiam est tradita: apud quem cum menses peragisset quatuor, laetum illud accepit nuntium. Peperit autem huius mundi lucem annum agens quintum decimum 25 die decembris" (Cfr. Baronio: "App. ad Ann. Eccl.", XLII).

Escipión". Además se dice allí que Cristo nació el 25 de diciembre del año 752 de Roma, bajo los Cónsules Octaviano y Silvano[2].

Vista la gravedad de la cuestión, el Santo Padre León XIII encargó su examen a una Comisión especial de Cardenales miembros de la S. Congregación de Ritos. Esta Comisión, reunida en el Palacio Apostólico Vaticano el 31 de mayo de 1884, se propuso la siguiente cuestión: "Si es conveniente que en el próximo año de 1885 sea celebrado en todo el mundo el Centenario de la Natividad de la B. V. María". Luego de maduro examen, la respuesta unánime fué *negativa.* Esta sentencia, referida al Santo Padre por el Eminentísimo Cardenal Bertolini, Prefecto, fué plenamente confirmada por él y comunicada después a todos los Ordinarios mediante una carta del mismo Cardenal Prefecto.

Tal respuesta negativa se hallaba consolidada, en la misma Carta, con las siguientes razones: falta una noticia *cierta* del nacimiento de María, pues "todos los eruditos, tanto antiguos como recientes, y los mismos promotores del centenario juzgan que el tiempo del nacimiento de la Beatísima Madre de Dios no puede ser establecido con certeza histórica. Y en efecto, los principales documentos que son presentados, es decir, el fragmento de la Epístola de Evodio... y el "Chronicon Paschale"... además de su incoherencia, son tenidos por todos los mejores críticos, con fuertes razones, como apócrifos o de autoridad muy sospechosa. Además, los mismos críticos, sin titubeos, niegan que se preste el asentimiento de la fe a una cosa de la cual la S. Escritura, los S. Padres, los monumentos conocidos de la historia eclesiástica y de la sagrada antigüedad, no nos han trasmitido absolutamente nada. Sabiamente, según su costumbre, el Sumo Pontífice Benedicto XIV escribe a este respecto: "Quizás algunos se maravillarán que Nos no hayamos dicho nada referente al nacimiento de la Sma. Virgen; pero, así como acerca de ella el sagrado texto calla completamente, también Nos hemos tenido como cosa óptima callar en torno a lo que es totalmente incierto; de modo que algunos que han querido escribir sobre este tema, parécenos que han bebido en fuentes turbias, como el Protoevangelio, atribuído falsamente a Santiago, el libro del nacimiento de la Virgen atribuído

[2] "Olympias 190 an. 3 Scipione et Aenobarbo Cons. — His Cons. mensis Septembris VIII, feria II, ind. XV, nata est Domina nostra Dei genitrix ex Ioachim et Ana". (Ed. de Venecia de 1729, p. 155). "An. ab U. C. 752 Octaviano XIII et Silvano — His Cons. natus est Christus die VIII Calend. Ian." (p. 357).

también falsamente a Santiago, hermano de N. S. Jesucristo, y por algunos a Cirilo de Alejandría..., la falsa carta de S. Evodio, etc." ("De festis B. M. V.", lib. II, cap. IX). La carta termina afirmando que "el culto cotidiano y casi no limitado por ninguna medida de tiempo que la Iglesia tributa a la Madre de Dios" supera por sí mismo a cualquier solemne celebración centenaria.

Por consiguiente, la cuestión sobre el año más o menos preciso de la Natividad de María ha sido decidida ya en forma diremos casi oficial. Nada se sabe de cierto sobre ello. Mas si no es posible establecer con exactitud el año, por lo menos es posible, así nos parece, establecer una fecha de modo más o menos aproximativo. Dada la costumbre de las jóvenes hebreas de casarse entre los 12 y los 14 años (Cfr. "Dicc. Bíbl.", t. III, col. 768) es posible, más bien probable, que también María se haya desposado con José entre esa edad. Sin embargo, para estar más seguros, se puede fijar tal edad entre los 14 y los 20 años. Sustrayendo, pues, 20 años a la fecha 748 (que parece con más probabilidad ser la del nacimiento de Cristo), se concluye que la Virgen Santísima nació hacia los años 728-733 de Roma.

2. — La fecha de la Anunciación.

Entre las varias fechas de la vida de María, la de la Anunciación, o sea, aquella en la cual llega a ser Madre de Dios, parece la menos difícil de determinarse y la menos incierta. Efectivamente, si el nacimiento de N. S. Jesucristo sucedió, según la opinión hoy comúnmente admitida, hacia el año 748 de Roma (alrededor de dos años antes de la muerte de Herodes, acaecida en el 750), es evidente que la Anunciación de la Virgen Santísima y la Encarnación del Verbo en su purísimo seno, debió suceder hacia el año 747 de Roma (siete años antes de la era vulgar)[3].

[3] Todos saben, en efecto, que la era vulgar cristiana no coincide en modo alguno con el verdadero año del nacimiento de N. S. Jesucristo. El actual sistema de fechas se remonta solamente al siglo VI y es debido a un monje Escita llamado Dionisio el Pequeño. Éste, fijando el comienzo de la era cristiana en el año 754 de Roma, creyó haber tomado como punto de partida el año del nacimiento de Cristo. Pero se equivocó. En efecto, el Evangelio nos dice que Jesús nació *bajo el reinado* de Herodes el Grande, el cual murió, según opinión ahora unánime de todos los cronólogos, en la primavera del año 750 de Roma, por consiguiente, *cuatro años antes* de nuestra era, cual fué fijada por Dionisio. Mas como quiera

3. — La fecha de la Redención y de la corredención.

Otra fecha fundamental de la vida de María difícil de precisar es la de la Redención del género humano y de su activa cooperación en la misma, especialmente al pie de la Cruz.

El Sumo Pontífice Pío XI, en la alocución al Sacro Colegio durante la noche de Navidad de 1932, anunciaba para el año siguiente, 1933, la celebración solemne del XIX Centenario de la Redención. Decía así: "El próximo año de 1933 es aquel que la común opinión de los fieles, identificando sin más el año 33 de la era vulgar con el año de la muerte de Jesucristo, juzga y señala (tenemos de ello testimonios de diversas partes) como el año diecinueve veces centenario (de la Redención); la ciencia no cree poder asegurar lo mismo categóricamente, pero también según la ciencia (hemos estudiado lo mejor posible el difícil problema y hemos interrogado a especialistas competentes) el año 33 y el año 30 son aquellos en torno a los cuales se agrupan argumentos de mayor probabilidad, cuando no de absoluta certeza. No habiendo para el año 34 más que una debilísima probabilidad (en cuanto es sostenida por los grandes nombres de Belarmino, Santo y Doctor de la Iglesia, y por el celebérrimo Baronio, padre de la Historia Eclesiástica) no queda a los hombres, a los redimidos que hoy vivimos, más que el año 1933 para celebrar fundadamente el centenario de la muerte del Señor... Si los hombres del año 2033 tuvieren, mediante nuevas investigaciones y nuevos cálculos, la certeza respecto a uno de los años en cuestión, ellos sabrán cumplir con su deber; nosotros debemos cumplir con el nuestro". (Cfr. "L'Osservatore Romano", 25 de diciembre de 1932.)

Dos fechas, pues, en el estado actual de los estudios, se disputan el honor de haber visto la obra más sublime y más divina de la historia del mundo: el año 30 y el año 33 de la era vulgar. ¿Cuál de estas dos fechas se presenta con la mayor garantía? En mi opinión, el año 33. Defienden tal fecha Rogerio Bacón, Alfonso Tostato, Grandamico, Tillemont, Lamy, Tom Lewin, P. Mémain, W. H. Scott-H. Formby, A. B. Lutterbek, Fl. Riess, M. Kreygher, P. La-

---

que entre el nacimiento de Jesús y la muerte de Herodes transcurrió cierto tiempo, es necesario remontarse por lo menos al año 748 ó 749 de Roma, esto es, a 5 años antes de la era cristiana actual. Por lo tanto, en el primer año de la era actual Jesucristo habría tenido ya cinco o seis años; y en el año 29, cuando comenzó su vida pública, unos 35 ó 36 años.

deuze, W. Homanner, I. Bach, A. Stentzel, Fr. Westberg, B. W. Bacon, L. Perserico, A. Merk, Edm. Power, Bedeus v. Scharberg, I. M. Van der Ven, R. Hennig, B. Hennen, A. Vitti, etc.[4]. Entre los antiguos, son partidarios del año 33 San Ireneo ("Adv. haer.", 2, 22, 4-6, P. G. 77, 738-787), el cual se apoya en la tradición apostólica, y Eusebio ("Chronicon", según S. Jerónimo, P. L. 27, 554-555).

Mas al peso de la autoridad puede añadirse también el de la razón, fundada sobre dos pasajes escriturísticos: uno de San Lucas y el otro de San Juan.

San Lucas nos proporciona a este propósito un dato cronológico muy precioso. Dice (3, 1-3) que S. Juan Bautista comenzó a predicar en el año XV del Imperio de Tiberio César. Del mismo Evangelista todos los exegetas deducen fácilmente que la vida pública de Cristo debió comenzar poco tiempo más tarde; efectivamente, el Evangelista en tanto describe el tiempo en el cual el Bautista comenzó a predicar, en cuanto por este hecho tuvo principio la vida pública de Cristo. Ésta, pues, inicióse en el año XV del Imperio de Tiberio César.

Ahora bien, el décimoquinto año de Tiberio va desde el 19 de agosto del año 28 al 19 de agosto del año 29. En efecto, César Augusto murió el 19 de agosto del año 14 de Cristo. Jesús, pues, comenzó su predicación en el año 29 de la era vulgar (probablemente hacia el fin). Habría tenido entonces 35 ó 36 años.

Esto supuesto, es hoy opinión común que la vida pública de N. S. Jesucristo duró tres años y algunos meses. Nuestro Señor, por consiguiente, murió en los primeros meses del año 33.

Contra este argumento podrían aducirse dos objeciones. Empero, nos parecen más bien débiles, y por esto incapaces de disminuir considerablemente la fuerza del argumento.

La primera se refiere al año XV del Imperio de Tiberio César. Algunos se preguntan: ¿Desde dónde ha comenzado el Evangelista a contar

[4] Sostienen el año 30 Tom. Vinc. – Monella, Bengel, K. Wieseler, H. Friedlieb, G. Bucher, Caspari, P. Schegg, A. Harnack, H. Soden, E. Schürer, I. Van Bebber, I. von Belser, H. Achelis, I. K. Fotheringham, E. Nagl, E. Preuschen, R. Handmann, I. Hontheim, I. Schäfer, K. A. H. Kellner, C. Mommert, I. Felten, M. – J. Lagrange, I. Pfättisch, K. Endemann, I. Mader, M. Lepin, F. Kirmis, H. Kritzinger, J. Bover, L. Semler, L. – Cl. Fillion, O. Gerhardt, A. Reatz, Th. Zahn, I. B. Schaumberger, K. Schoch, Dav. Ross Fotheringham, U. Holzmeister, G. Ricciotti, etc. (Cfr. U. Holzmeister: "Chronologia vitae Christi", Roma, 1933, p. 159 y sgtes.). A lo que parece, el año 30 queda excluído debido a la suficientemente clara determinación del año 15º del Imperio de Tiberio César (Luc., 3, 1-3), que viene a coincidir con el año 28-29 d.C.

los años de Tiberio César? ¿Desde la muerte de Augusto (19 de agosto del 14), o bien desde el momento en que Tiberio fué *asociado* a Augusto en el gobierno del Imperio, o sea, el año 11 ó 12 de Cristo...? En este último caso, Jesús habría comenzado su vida pública en el año 26 ó 27, y no ya en el 29; habría muerto, pues, en el año 30, y no en el 33. Nosotros respondemos: parece que no hay duda que debe empezarse a contar los años del Imperio de Tiberio desde el año de la muerte de Augusto (19 de agosto del 14). No existe, en efecto, ningún monumento literario cierto (ni monedas, ni inscripciones, ni antiguos relatos romanos) que numere los años de Tiberio César desde el momento en que fué asociado por Augusto al gobierno del Imperio. Siempre, con certidumbre, o al menos con verosimilitud, el comienzo del Imperio se cuenta desde el día mismo de la sucesión. Y Tácito ("Anales", I, 6-7), Suetonio ("Tiberio", 24) y Veleyo Patérculo ("Hist. Rom.", 2, 124) demuestran claramente que Tiberio comenzó a reinar y a considerarse Emperador solamente después de la muerte de Augusto.

La segunda objeción se basa en otras palabras de S. Lucas (III, 23). Lucas dice que Jesús tenía *cerca* de treinta años cuando fué bautizado. Supuesto, en cambio, el comienzo de su vida pública en el año 29, habría tenido, como ya hemos dicho, por lo menos 35 años.

Pero, como observa muy justamente nuestro venerado Maestro, S. E. Mons. Ruffini ("Chronologia Veteris et Novi Testamenti", Turín-Roma, 1925, p. 100), tanto la palabra griega como la palabra latina no está exactamente definida. Crece, pues, la incertidumbre si se supone, como es muy verosímil, que la edad de cerca de 30 años haya sido deducida de su conformación exterior y de los rasgos de su rostro. Por consiguiente, ningún obstáculo serio existe por parte de la expresión de S. Lucas.

Otro dato muy importante en favor del año 33 nos es proporcionado por el Evangelista San Juan. Él nos dice que Jesús fué crucificado el viernes 14 del mes de Nisán (19, 31).

Se ha intentado determinar, mediante cálculos basados en la astronomía, en cuál de los años comprendidos entre el 26 y el 36 (términos extremos del gobierno de Pilatos, bajo el cual murió Cristo), el plenilunio de primavera (14 de Nisán) cae en viernes. Y se ha comprobado que el 14 de Nisán fué precisamente un viernes del año 33. Por consiguiente, Nuestro Divino Redentor murió en el año 33.

Desgraciadamente, los métodos astronómicos no pueden darnos resultados absolutamente seguros, pues es necesario tener en cuenta la imperfección de los medios empleados por los judíos para determinar su calendario: la revolución de la luna se medía ampíricamente, podía haber irregularidades, lo cual engendra indudablemente un elemento de incertidumbre en la base de los cálculos astronómicos.

Sin embargo, si en un sistema de cronología, las conclusiones de la astronomía concuerdan con los datos de la historia, hay en ello, evidentemente, una probabilidad más en favor de este sistema. Ahora bien, este acuerdo existe si se coloca la muerte de N. Señor en el año 33, puesto que, como hemos ya dicho, a esta fecha se llega si se señala el año 29 como el principio de su vida pública. Por consiguiente, parece que el año 33 reúne en sí el "máximum" de probabilidades.

Contra este argumento se opone una dificultad que a primera vista parece bastante grave. Ella es tomada de los Sinópticos, los cuales parecen admitir la muerte de Jesús el día 15 de Nisán, y no el 14, como se deduce de S. Juan.

En efecto, la muerte de Jesús acaeció el día siguiente a la última cena. Pero la última cena, según los Sinópticos, se habría llevado a cabo el primer día de los Azimos (14 de Nisán), mientras que, según S. Juan, se habría celebrado "antes de la fiesta de Pascua" (13 de Nisán).

Mas la dificultad nos parece más ficticia que real. También los Sinópticos, en efecto, no obstante las apariencias contrarias, concuerdan en último análisis con San Juan, en que la cena tuvo lugar el 13 de Nisán, y no el 14, y que Jesús, por lo tanto, murió el 14 y no el 15. Son de esta opinión C. Fouard, E. Jacquier, E. Levesque, precedidos por San Apolinar de Gerápolis, por Clemente de Alejandría, por San Pedro de Alej, por Maldonado, Petavio y por Calmet.

El ilustrísimo Levesque ("Le jour de la dernière cène", en "Revue pratique d'Apologétique" 23 (1916, 65-75), dice que Jesús celebró la Pascua en la tarde del día 13 de Nisán; pero, *como ya había comenzado el día 14* (efectivamente, los judíos acostumbraban computar el día civil de una tarde a otra), la Pascua es colocada merecidamente por los Sinópticos en el *primer día de los ázimos* (14 de Nisán) y por San Juan "antes de la fiesta de Pascua" (13 de Nisán).

Por lo demás, la tradición unánime de la Iglesia Griega y Latina nos aseguran que N. S. Jesucristo murió el 14 de Nisán y no el 15. En efecto, como nos atestigua S. Ireneo (Eusebio: "Hist. Ecl.", V, 24, 12-17), *ya desde los tiempos apostólicos,* la muerte de Nuestro Señor se conmemoraba el 14 de Nisán.

4. — La fecha de la Asunción.

Nadie, entre los estudiosos de hoy, se atreve a fijar con certeza el año en el cual la Virgen Santísima, terminado su destierro, o mejor, su misión aquí en la tierra, fué exaltada por encima de los coros de los ángeles en el reinado de los cielos.

Surge, pues, espontánea la pregunta: ¿Tiene un fundamento sólido una reciente opinión según la cual la Virgen habría muerto el año 42 de la era vulgar?

El ilustrísimo P. Holzmeister, Profesor en el Instituto Bíblico, en un eruditísimo artículo publicado en el "Marianum" (Efemérides mariológicas), t. IV, 1942, p. 167-182, examinó con diligente agudeza esta espinosa cuestión de cronología mariana, reseñando todas las opiniones vertidas en torno a la muerte y a la Asunción de María.

a) *Disparidad de opiniones*

Hay quien ha pensado que la Virgen Santísima ni siquiera ha muerto, o que por lo menos nada nos consta del hecho de su muerte. Es célebre, a este respecto, la actitud del Palestinense *S. Epifanio.* Luego de "un cuidadoso examen de las fuentes", confiesa no haber encontrado nada cierto en torno a la vida de la Virgen, en torno a su muerte y a su sepultura" (P. G. 42, 716 B). *Timoteo de Jerusalén* (siglo IV) parece afirmar que la Virgen Santísima no ha muerto (P. G. 86, 245). Según algunos teólogos recientes, la cuestión de la muerte de María se halla muy lejos de haber sido resuelta [5].

Menos resuelta aún, y bastante lejana de cualquier solución sólidamente probable, es la cuestión particular en torno al año de la muerte de María Santísima.

Hay quienes aseguran, sin más ni más, que ello nos es completamente desconocido porque la veneranda tradición nada nos ha transmitido al respecto. Así piensan dos célebres Padres del siglo VII-VIII, San Modesto de Jerusalén (P. G. 86, 2380 B) y San Andrés de Creta (P. G. 97, 1060 A B).

Otros se limitan a determinaciones harto vagas y contradictorias, asegurando que la muerte de la Virgen acaeció poco después de la Ascensión de Cristo (como el apócrifo "Tránsito de María" [6] del siglo IV, las "Actas de Juan" [7], y el Menologio de Basilio II [8]; o bien, muchos años después de la Ascensión, en edad avanzada, como refieren S. Andrés de Creta [9], el Monje Epifanio (alrededor del 800) [10],

---

[5] Cfr. M. Jugie: "La mort et l'Assomption de la Sainte Vierge". Etude historique-doctrinale. Ciudad del Vaticano, 1944, en 8 gr., de VII, 750 páginas; J. Coppens, "La définibilité de l'Assomption", en Eph. Theol. Lov. (1947), 5 ss.

[6] C. Tischendorf: "Apocalypses apocryphae", Lipsiae, 1866, p. XI.

[7] "Acta Iohannis", ed. Th. Zahn, 1880, p. 3.

[8] P. G. 117, 164 A.

[9] "In Dormit. S. Mariae", 1, P. G. 97, 1060 B.

[10] "De vita B. Mariae", P. G. 120, 212 B.

Juan Geómetra (siglo X)[11], Simón Metrafraste (siglo X)[12] y Miguel Glikas (siglo XII)[13]. No falta quien hace llegar el número de los años de la Virgen a la respetable cifra de 120 años[14].

Otros autores determinan el año de la muerte de María por la Ascensión de Cristo. Diferentes, empero, son los años por ellos asignados, o sea: el 2º año[15], el 11º[16], el 12º[17], el décimoquinto[18], el décimonoveno[19], el vigésimo segundo[20], el vigésimo cuarto[21], y finalmente, el quincuagésimo octavo[22] después de la Ascensión.

No faltan entre los antiguos los que han intentado fijar con método en cierto modo cronológico, el año de la muerte de la Virgen sirviéndose ya de la era de los Seléucidas, ya contando los años de Claudio César. Así, la versión etiópica[23] y la arábiga[24] del apócrifo titulado "Liber Transmigrationis Mariae", señala como año de la muerte de María al 345 de Alejandro, o sea de los Seléucidas; mientras que una "Historia Virginis" manuscrita la coloca en el año 394

---

[11] Así, según testimonio de M. Jugie, el códice Vaticano griego 504 (escrito en el año 1105). Cfr. "L'Année théologique", 3 (1942), 5, nota.

[12] "Oratio ad S. Mariam", 38, P. G. 115, 557 A.

[13] "Annales" 3, P. G. 158, 437 B.

[14] "Historia Virginis" ms., citada en el libro "Apis", de E. A. Budge, "Anecdota Oxon", I, 2, Oxford, 1886, p. 97, nota 5.

[15] "Transitus Mariae", C. Tischendorf: "Apocalypses apocryphae", Lipsiae, 1886, p. 110 (forma A) y con palabras semejantes 125 (forma B). Empero, otros códices dan otras lecciones. También Vicente de Beauvais († en 1264) está en favor del año segundo después de la Ascensión ("Bibliothecae mundi", 4, Speculum historiale, Antw., 1624, 7, 75, p. 248).

[16] Códice Vaticano griego 654, fol. 95, citado por M. Jugie en "Echos d'Orient" 25 (1926), 296, n. 2. Otro tanto afirman Hipólito de Tebas (alrededor del 650-750), Cfr. Diekamp: "Hippolytus von Teben", Munster i. W., 1898, p. 4 s., 88, 92 y Nicéforo Calixto († alrededor del 1335): "Hist. Eccl.", 2, 3, P. G. 145, 75 C.; 757 D.

[17] "Sinaxarium Armenum", Ed. G. Bayan: "Patr. Or.", 5, 375. – Salomon Bosrense, cfr. "The Book of the Bee", ed. E. A. Budge: "Anecdota Oxoniensia" I-2, Oxford, 1886, p. 97.

[18] Así la versión del Apócrifo "Transitus Mariae" editada por F. Robinson: "Sahidic Fragments of the Life of the Virgen", Fragm. 4, 26, Textes and Studies, IV-2, Cambridge, 1898, p. 28 s.

[19] Así el Nestoriano Iesujabus Nisibeno, cfr. St. Assemanj, Bibl. Orient., 3, 318.

[20] Por ejemplo, algunos códices del Apócrifo "Transitus Mariae", Tischendorf, 5, 1233 A; p. 125, nota.

[21] Así Epifanio el Monje ("Vita B. V." 26, 25, P. G. 120, 216 A, 213 D), Jorge Cedreno ("Historiarum compendium", P. G. 121, 365 D, 368 A), y el opúsculo "De forma et moribus B. M. V.", cfr. Summa Mariana, 2, 664.

[22] Así, en la "Historia Virginis" ya citada, p. 177.

[23] "Apocrypha de B. M. V.", ed. Chaine, "Corpus S. Eccl. Orient.", Script. aethiopici, I-7, ps. 19-42.

[24] "Iohannis Apostoli de transitu B. M. V.", Elberfeld, 1854.

de los Seléucidas (= año 82-83)[25]. Nicéforo Calixto registra la muerte de María Santísima en el año V de Claudio[26].

Otro aspecto de la cuestión está constituído por la edad de María. ¿Qué edad tenía la Virgen Santísima cuando dejó este valle de lágrimas?...

A esta pregunta, las respuestas son también muy diferentes. Hay quienes aseguran que la Virgen contaba entonces 51 años (así Dionisio Bar Salibi, 1171)[27]. Otros le atribuyen los años siguientes: 58 (Salomón Basrense[28] del siglo XIII); 59 (Nicéforo Calixto)[29]; 60 (el Sinaxario * Armenio)[30], y una Homilía atribuída a S. Cirilo de Jerusalén)[31]; 61 (Hipólito de Tebas, del siglo VII-VIII)[32]; 72 (el Monje Epifanio[33] del siglo VIII, y Gregorio Cedreno del siglo XI)[34], y también, como hemos ya dicho, 120 años[35].

b) *¿Alusiones neotestamentarias?*

Como es evidente, nada de cierto o de sólidamente probable nos dice la tradición histórica en torno al año de la muerte de María. Tampoco se ve colmada esta gran laguna, como alguien lo ha creído, por algunas vagas alusiones del Nuevo Testamento. Tales alusiones se encontrarían en la Epístola a los Gálatas (1, 19) y en los Hechos de los Apóstoles (12, 2, 17). En la carta a los Gálatas San Pablo, hablando de su primer viaje a Jerusalén, escribe: "No vi a otro alguno de los Apóstoles, sino a Santiago, hermano del Señor". Los demás Apóstoles, arguyen ellos, incluído S. Juan, se hallaban esparcidos por el mundo. Luego la Virgen, que vivía con San Juan, había muerto ya. Tanto más cuanto que si María Santísima hubiese vivido hasta entonces (año 34), habría sido seguramente mencionada por el Apóstol.

---

[25] "Historia Virginis", ya citada, p. 97, nota 5.
[26] "Hist. Eccl.", 2, 21, P. G. 45, 809 BC.
[27] "In Evangelia", ad Mt. 2, 1, C. S. Eccl. Orient., Syri, 98, p. 67.
[28] L. c., p. 73.
[29] L. c., p. 179.
* *Sinaxario*: Libro de la Iglesia Griega en el que se describían las vidas de los santos y de los mártires, las cuales se leían en la Iglesia ante el pueblo. (N. del T.)
[30] L. c. p., 173.
[31] E. A. Budge: "Miscell. Coptic Texts in the Dialect of upper Egypt", London, 1915, p. 649.
[32] L. c., p. 32, lin. 16.
[33] L. c., p. 174.
[34] L. c., p. 175.
[35] L. c., p. 97, nota 5.

En los Hechos se cuenta que Herodes Agripa I hizo degollar a Santiago el Mayor y procuraba también matar a San Pedro, el cual entonces "se marchó a otra parte". Por consiguiente, concluyen, San Juan no se hallaba ya en aquel año (42) en Jerusalén, y por esto, la Virgen había ya muerto.

Creemos que es tiempo perdido dedicarse a refutar opiniones que se presentan con fundamentos tan débiles.

c) *Los "por qué" de la conveniencia.*

Aquí podríamos preguntar: ¿Por qué la Divina Providencia ha querido escondernos datos tan luminosos y tan caros al corazón de todos los hijos y siervos de la Reina del cielo?

La Providencia divina, no lo dudemos, tiene siempre sus justos y profundos motivos en todas sus disposiciones, tanto en las grandes cuanto en las pequeñas, en las ordinarias como en las extraordinarias. Y una mente que indagase las razones de conveniencia no tardaría, creo, en descubrir muchas también en el hecho mismo de que aquí se trata.

El Nacimiento, la Anunciación, la Corredención y la Asunción de María son hechos de tal modo grandiosos por sí mismos que, encerrarlos como cualquier otro hecho de la historia, dentro de los angostos y huidizos límites del tiempo, equivaldría casi, a nuestro entender, a reducirlos a las proporciones de todos los demás hechos registrados por la crónica. Estos sucesos grandiosos dominan el tiempo, se elevan por encima de los siglos irradiando a todos ellos su divina luz, que es luz de eternidad. Pertenecen a lo eterno, no al tiempo. Y es por tanto la eternidad, no ya el tiempo, quien debe registrarlos.

También en esta misteriosa disposición de la Divina Providencia, la Virgen Santísima se nos aparece como constituyendo un orden por sí propio, desmesuradamente superior al orden en el cual se encuentran y se mueven todos los demás seres, aun los más nobles; inferior solamente al supremo de los seres, Dios. Ella, criatura enteramente singular, se destaca y se eleva por sobre los confines del tiempo y de la eternidad, entre lo divino y lo humano, entre lo finito y lo infinito, envuelta en una luz de misterio y de fe que vence infinitamente cualquiera otra luz.

DESDE EL NACIMIENTO A LA ANUNCIACION

La más antigua imagen de la Virgen

Roma. Catacumbas de Priscila.

Virgen con el Niño, atribuida a San Lucas

LA AURORA DE LOS NUEVOS TIEMPOS

¿De quién, cómo, dónde vió la luz aquella "preclara aurora de salvación", de cuyo purísimo seno debía nacer después el "sol de justicia, Cristo nuestro Dios"?

Ante estas tres preguntas previas, ante estas tres obvias preguntas, la Escritura calla, la tradición balbucea, la razón se afana por aportar una respuesta satisfactoria.

1. — ¿De quién nació María?

Puede asegurarse con verdadera probabilidad que los antepasados de María, en línea ascendiente, son los enumerados por San Lucas (III, 23-38)[1], vale decir: Helí, Matat, Melquí, Jannaí, José,

[1] Sabido es que la genealogía de Cristo que nos trae San Mateo (1, 1-16) difiere profundamente de la de San Lucas. Para explicar esta profunda divergencia entre los dos evangelistas, los intérpretes han propuesto dos opiniones. Unos, siguiendo el testimonio de Julio Africano (Cfr. Eusebio: "Hist. Eccl.", I, 7, 1-15, P. G. 20, 89, 100), sostienen que ambos Evangelistas describen la genealogía de San José el cual, además del padre *natural* (Jacob) habría tenido también un padre *legal* (Helí) en virtud de la ley del levirato (Deuter., 25, 5-10), o bien en virtud de la adopción. Otros, en cambio, sostienen que San Mateo describió la genealogía de San José y San Lucas la de María. Esta opinión ha tenido muchos sostenedores a principios del siglo XVI. El P. Vogt (en Biblische Studien", 12, 3, Friburgo 1907), ha enumerado, entre sus partidarios, a 84 autores acatólicos y a 82 católicos, contándose entre ellos a Calmet, Danko, Haneberg, Schaefer, Le Camus, etc.). A éstos se añaden muchos otros autores recientes como Vogt, Heer, Harth, Pfättisch, Mangenot, Pous (en diversas monografías), así como también Riezler, Innitzer, Simón-Prado, Geslin, Ruffini (en comentarios o en introducciones). El P. Holzmeister (Cfr. "Verbum Domini", 23, 1943, 9-18), ha propuesto una especie de sentencia media conciliadora en la cual se halla evitado todo lo inconveniente y salvado todo lo que conviene en las dos opiniones precedentes. Él asegura y demuestra con sólidas razones, que la genealogía descrita por S. Lucas es *formalmente* la de San José (como lo exige el tenor del texto, 3, 23), y es *materialmente* la línea de los progenitores de María la cual (como la hija de Sesán, I Paralipómenos, 2, 3-41) no es nombrada. La razón de esto es buscada en el hecho de que, entre los Hebreos, el suegro declaraba como hijo suyo al yerno (Cfr. Fillion: "De legibus special.", I, 2, 3; Cohn, 5, 28, 15 s.; Esr. 2, 61 – Neh. 7, 63; Núm., 32, 41; Paralip., 2, 21); y más todavía en el hecho de que el marido de una hija heredera (como

Matatías, Amós, Nahum, Heslí, Naggaí, Mahat, Matatías, Semeí, José, Judá, Joanán, Resá, Zorobabel, Salatiel, Nerí, Melquí, Addí, Kosán, Elmadán, Her, Jesús, Eliezer, Jorim, Matat, Leví, Simeón, Judá, José, Jonam, Eliaquim, Melea, Mena, Matatá, Natán, David, Jesé, Obed, Booz, Salá, Naasón, Aminadab, Aram, Esrom, Farés, Judá, Jacob, Isaac, Abrahán, Taré, Nacor, Seruch, Ragau, Faleg, Heber, Salá, Cainán, Arfaxad, Sem, Noé, Lamec, Matusalá, Henoc, Járel, Malaleel, Cainán, Enós, Set, Adán, Dios.

En cuanto a los padres de María, no son conocidos más que por tradición. Según una tradición respetable, ellos se llamaban Joaquín y Ana. El más antiguo documento que nos habla de ellos es el famoso *Protoevangelio de Santiago*. Dada la antigüedad del autor, es fácil suponer que haya podido conocer bastante bien los nombres y la condición de los padres de María [2].

Joaquín habría sido —siempre según el mencionado Protoevangelio— descendiente de una tribu de Israel, y habría tenido gran abundancia de bienes terrenos, debido a lo cual pagaba al Templo el doble de los diezmos a que estaba obligado, con la intención de

---

era José respecto de María) conseguía el nombre y los derechos del hijo en la familia de la esposa (como surge de I Paralip., 2, 34 s., así como también por el libro de los Núm., 27, 3-8). Por consiguiente, la genealogía descrita por San Lucas es realmente la de María. Tal parece ser la opinión de San Justino Mártir ("Dial. cum Tryph.", 100, P. G. 6, 709) y de S. Ireneo ("Adv. Haeres.", 69, 23, 3, P. G. 42, 237 CD, etc.). Varias razones no carentes de fuerza, adoptadas por varios autores, confirman esta opinión.

[2] Nos parece, pues, poco fundada la opinión de los Centuriadores de Magdeburgo (Protestantes) y de algunos críticos católicos (como Tillemont, Baillet, Serry, etc.) según los cuales los nombres de *Joaquín* (= preparación del Señor) y *Ana* (= gracia o don gracioso), no serían otra cosa que nombres simbólicos aplicados a los progenitores de María, cuyos verdaderos nombres se habrían ignorado. Esta opinión, repetimos, nos parece poco fundada, porque un autor de principios del siglo II (como es el del Protoevangelio de Santiago), pudo conocer con facilidad los verdaderos nombres de los padres de María. Además: si el particular significado de los nombres constituyese un argumento válido para creerlos simbólicos, sería preciso concluir que la mayor parte de los nombres hebreos, puesto que tienen un significado especial y con frecuencia bastante bien adaptado a las personas que los llevan, son todos simbólicos. Lo que sería demasiado. Para aquellos, en fin, que admiten que S. Lucas, en el cap. 3 de su Evangelio describió la serie de los antepasados de María (a diferencia de S. Mateo, que habría hecho lo propio con los de S. José), el Helí de que allí se habla no sería otro que Joaquín, Padre de María. Y en efecto, Helí o Elí parece ser una abreviatura de Eliaquim, y Eliaquim es el equivalente de Joaquín. Una sola diferencia existe en el nombre divino (Iehová en vez de *Él*). En el libro de Judit, el mismo sumo sacerdote es llamado unas veces Joaquín (15, 9), otras *Eliaquim* (4, 5, 7, 11): signo evidente de que los dos nombres se equivalían entonces perfectamente. Cfr. M. Sales: "Nov. Test.", in Luc., 3, 23; N. Schloege: "Das N. T.", Wien, 1921, p. 86, ns. 14 y 15; Forcellini: "Lexicon", 6, 24.

ofrecer una parte por sus pecados y por sí mismo, y la otra por los pecados de todo el pueblo [3].

La santidad de los padres de María está fuera de discusión, puesto que la Iglesia, tanto Oriental cuanto Occidental, los ha venerado y los venera como santos. Y es justo: no puede sino ser excelente el árbol que ha producido tal fruto. Por el principio teológico según el cual Dios, cuando elige a alguien para un oficio, le da también las gracias necesarias para cumplirlo bien, el Señor debió indudablemente ser liberal en el otorgamiento de favores celestiales con aquellos que serían sus inmediatos instrumentos en la concepción de la obra maestra de la divina gracia, que se llamó María. Además, se ha observado que si bien entre los antepasados de María figuran hombres pecadores, cuanto más la línea genealógica se aproxima a Ella, tanto más va purificándose. ¿Acaso es posible que este proceso de purificación se hubiera detenido precisamente ante aquellos de quienes debía surgir la aurora que daría al mundo el sol de justicia, Jesús?... Puede tolerarse un contraste entre la pureza reparadora de María y la impureza prevaricadora de sus antepasados lejanos, pero no puede tolerarse ese contraste entre María y sus antepasados inmediatos o sus padres. Podrá tolerarse, antes bien sería cosa edificante ver a pecadores humildemente postrados ante la Hostia expiatoria; pero jamás se podrá tolerar y no sería ciertamente cosa edificante ver que aquellos que tocan la Hostia expiatoria o los sagrados vasos que la contienen sean impuros o poco santos [4].

A la nobleza moral de sus padres, la Virgen añadía también la nobleza humana, puesto que descendió de estirpe regia y sacerdotal: la real estirpe de David y la estirpe sacerdotal de Aarón.

Que la Virgen Santísima haya descendido, según la carne, de la

---

[3] Cfr. L. Pepe: "S. Joaquín, Padre de María Santísima", Vida, Culto, Oración. Nápoles, 1941.

[4] El culto de S. Joaquín es muy antiguo en Oriente. En el siglo IV le fué erigida en Jerusalén una iglesia en el lugar de la actual tumba de S. Joaquín y S. Ana. Su fiesta se celebraba en Oriente el día 9 de septiembre, después de la fiesta de la Natividad de María. En Occidente, sólo en el siglo XV tenemos testimonios seguros de tal fiesta, la cual era celebrada el 10 de septiembre y el 9 de diciembre. Después fué fijada el 16 de agosto.

El culto de S. Ana, combatido todavía en el siglo XI (Cfr. S. Pedro Damián: "Serm. III in Nativ."), fué reconocido en el martirologio romano y luego confirmado por Urbano VI en 1378 y por Gregorio XIII en 1584. Su fiesta fué fijada el 26 de julio. Es graciosa la descripción dantesca del lugar y de la actitud de S. Ana en el Paraíso: "Sentada frente a Pedro vi a S. Ana —de contemplar a su hija tan contenta— que no aparta el mirar por cantar hosanna" ("Paraíso", 32, 133 y sgtes.).

nobilísima estirpe de David, resulta claro del hecho de que Jesús, como enseña expresamente S. Pablo "nació, según la carne, del linaje de David" (Rom., 1, 3). Ahora bien, Jesús, según la carne, procede de María, y solamente de María. Por eso también Ella debió proceder de la raza de David, tal como lo había prometido el mismo Dios: "Colocaré en el trono al fruto de tu seno". Jesús fué el fruto del seno de María, la cual, por eso mismo, fué el fruto de la estirpe de David.

El Evangelio parece que alude a la descendencia de la Virgen Santísima, según la carne, de la estirpe sacerdotal de Aarón. En efecto, Isabel nos es presentada por el Ángel de la Anunciación como "parienta" de María. Ahora bien, Isabel —como S. Lucas nos lo da a conocer—, era hija de Aarón "de filiabus Aaron" (el cual fué Sumo Sacerdote) y su marido era también Sacerdote.

Establecido esto, nosotros podemos igualmente repetir, en el lenguaje vivacísimo de S. Bernardino de Siena: "¿Cuál fué la más noble mujer que jamás formara Dios? La Virgen María. Lee a San Mateo, en el capítulo primero, donde dice: Tal engendró a tal, y este otro a tal otro. Y encontrarás esta descendencia: primero catorce Patriarcas, luego catorce Jefes, y después catorce Reyes. Si tú encuentras jamás a una mujer descendiente de tales hombres, me dejaré quemar. De donde se sigue que según la naturaleza fué la más noble Duquesa que jamás existió en el universo; y la más noble Reina, y la más noble Emperatriz". Por lo que respecta a la nobleza originaria de María esto puede bastar.

2. — Cómo nació María.

Pero más que conocer de quién nació María, nos interesa conocer *cómo* nació.

Para dar una respuesta adecuada es necesario distinguir claramente dos aspectos bien diferentes entre sí: el histórico y el dogmático.

Considerada la cuestión bajo el aspecto histórico, nosotros no sabemos ni podemos decir más de lo que dice el Protoevangelio de Santiago, en el cual parece que han bebido, directa o indirectamente, todos los autores que han escrito sobre María. La antigüedad de este documento lo hace bastante respetable.

En este documento antiquísimo se narra que Joaquín y Ana eran estériles, lo cual era tenido en Israel como un indicio de maldad y un signo elocuente de la maldición de Dios. De ahí el ambiente de desprecio que envolvía siempre inexorablemente a los matrimonios estériles.

Habían transcurrido ya 40 años de casamiento y no se veía aún ningún fruto. No solamente esto, sino que fuera ya locura esperarlo. Un día, Joaquín se dirigió al Templo a fin de hacer la acostumbrada doble ofrenda al Señor, una por sí mismo y la otra por el pueblo. Pero el Sumo Sacerdote, un cierto Rubén, habríale apostrofado con estas palabras: "Tú no eres digno de ofrecer tus dones porque no has dado todavía al Señor el fruto de la primogenitura de Israel". Y fué villanamente echado fuera. Es muy fácil imaginarnos cómo quedó nuestro Santo en su ánimo y qué rubor debió cubrir su rostro al verse así públicamente despreciado. Tan profundamente herido quedó que ni siquiera tuvo valor para volver a su casa y presentarse a Ana, para evitar amargarla más con su dolor y su vergüenza. Consultó los libros y las genealogías de Israel y se confirmó en que él era verdaderamente el único que no había dado el fruto de primogenitura. Decidió entonces retirarse a la soledad de una propiedad suya en las montañas, entregándose a la oración y al ayuno durante cuarenta días y cuarenta noches, para cumplir así el período de los grandes ayunos, según es costumbre entre los hebreos. Y en su soledad decía: "No beberé ni comeré, sino que mi solo alimento será la oración." Ana, por su parte, teniendo conocimiento de cuanto había acaecido, se sintió igualmente dolorida y mortificada y, en la casa, rogaba para que el Señor, así como había otorgado a la anciana y estéril Sara el que diese a luz un hijo, se lo concediese también a ella, prometiendo que lo consagraría a su servicio en el Templo.

La oración de ambos fué oída y un Ángel anunció a Joaquín que el Señor concedería a Ana, su mujer, la tan deseada primogenitura; al mismo tiempo, el Ángel del Señor anunció lo mismo a Ana.

En agradecimiento, Joaquín ofreció al Señor diez corderos, doce terneros y cien cabras tiernas, según la costumbre hebrea. Y la paz y la serenidad volvió al alma de estos privilegiados hijos de Dios que se preparaban de tal modo, sin saberlo, a grandes cosas, esto es, dar al mundo a la Madre de Dios.

Llegado que hubo el tiempo, Ana dió a luz la esperada prole, a la que le fué puesto el nombre de María, nombre que fué confirmado

un año después en el día de la gran fiesta que Joaquín dió en su casa con la participación del pueblo, de los Jefes, Escribas y Sacerdotes.

En tal circunstancia, los sacerdotes elevaron al Señor esta oración: "Dios de nuestros padres, bendecid a esta niña y dadle un nombre que sea célebre en todas las generaciones." Y el pueblo en coro respondió: "Así sea." Luego fué presentada la niña a los Sacerdotes, los cuales la bendijeron diciendo: "Dios de la gloria, dirigid vuestra mirada sobre esta niña y bendecidla por los siglos de los siglos" [5].

Es muy difícil decir qué haya de verdaderamente histórico y cuánto de imaginario en este antiquísimo relato. Lo hemos referido, a falta de otro mejor, con el objeto de llenar, del modo que nos sea posible, esta grave laguna en la vida de María.

Tal es el aspecto, más o menos *histórico*, del cómo vino al mundo María.

El aspecto *dogmático*, en cambio, nos ofrece una absoluta certeza. En efecto, la Iglesia, con su solemne magisterio, nos enseña que la Virgen Santísima, aunque concebida por su padres según las leyes comunes, y por lo tanto sujeta a contraer la culpa original, fué preservada de ella por la Omnipotencia de Dios, en previsión de los méritos de su divino Hijo, Redentor del mundo. Su alma purísima, por consiguiente, al unirse al cuerpo no contrajo, como todos los demás mortales, la culpa original; por esto, ni siquiera por un instante la Virgen Santísima fué privada de la gracia de Dios, ni por un momento fué su enemiga. Desde el comienzo de su vida Ella recibió tal plenitud de gracia que superó, con toda probabilidad, la gracia alcanzada por todos los Ángeles y Santos juntos al terminar su existencia terrena.

Consecuencia inmediata de esta su preservación de la culpa original fué su don de integridad, o sea, ese incontrastable dominio que Ella tuvo siempre, durante toda su vida, sobre sus pasiones; esa plena y continua sujección del apetito inferior, o sensitivo, al apetito superior o racional, de tal modo que jamás el apetito inferior osó adelantarse al apetito superior, o inducirlo al mal. Todo era celestial quietud en el alma y en los sentidos de María.

---

[5] Otro tanto repite Isidoro de Tesalónica, a quien siguen Juan de Eubea, Pedro de Argo, Juan Damasceno, Andrés de Creta, Epifanio, Tertuliano, Orígenes, Justino mártir, etc.

He aquí, en pocas palabras, de quién y cómo nació María. Pasemos ahora a estudiar dónde nació.

3. — Dónde nació María.

Cuatro lugares: Nazaret, Seforis, Belén y Jerusalén se disputan el altísimo honor de ser la patria de nacimiento de la criatura más excelsa que jamás haya pisado la tierra. Y cada uno se ingenia para dar de ello razones más o menos plausibles.

Para el apócrifo "Evangelium Nativitatis" (del siglo IX), falsamente atribuído a San Jerónimo (Cfr. Amann: "Le Protévangile de S. Jacques et ses remaniements latins", p. 343), María nació en *Nazaret.* También el Anónimo Placentino (acerca del 570) parece suponer tal opinión ("Itinera Hierosoe", 5, t. LXXII, col. 901). Después, en la época de las cruzadas, esta opinión se mudó en una verdad histórica, de modo que en la Iglesia edificada por los cruzados, como narra Teodorico, fué clavada en el suelo una pequeña cruz para indicar el lugar en el cual fué concebida y nació María (Cfr. Tobler: "Itinera", p. 105).

La misma opinión se encuentra tanto en las fuentes orientales como en la principal recensión de la Crónica de Hipólito de Tebas escrita entre el 650-750 (Cfr. Dieckamp: "Hippolytus von Theben", p. 9, 15, 23), aceptada por el Sinaxario Armenio (P. L. 5, 338) y por el monje Epifanio (P. G. 120, 189). Trombelli, siguiendo a Baronio y a los Bolandistas, la considera como la más verosímil ("SS. Mariae vita et gesta", según Bourassé: "Summa Aurea", t. I, col. 125).

Dicha opinión parece basarse en el hecho de la Anunciación acaecida en Nazaret, y también en el hecho de la permanencia de María y de José en tal ciudad, ya antes ya después del nacimiento de Jesús y de la huída a Egipto. Pero, como es evidente, tal fundamento es muy débil. De que la Virgen haya morado en Nazaret no se sigue en verdad el hecho de su nacimiento en Nazaret.

Además la difusión de tal creencia es debida a la autoridad del nombre de San Jerónimo, al que es falsamente atribuído el Evangelio de la Natividad.

Militan en favor de *Seforis,* situada a cinco kilómetros al norte de Nazaret, Juan de Würzburg (Cfr. Tobler: "Itinera", p. 111), Brocardo ("Descript. Terrae sanctae", De civit. Sephorum, p. 14, t. IV, "Antiquit."), Canisio (Edit. Bosnag.) y otros. Esta opinión parece encontrar un sólido fundamento en el hecho de que allí habitaron los progenitores de la Virgen, como resultaría por la basílica mandada edificar por Constantino para perpetuar tal recuerdo (Cfr. Lievin: "Guide de la Terre-Sainte", Jerusalén, 1887, t. III, p. 183). También San Epifanio da testimonio de dicho monumento ("Haeres.", XXX, 4, 15, P. G. 410, 426).

Mas, aún admitiendo que los padres de la Virgen hayan habitado en Seforis, no se sigue necesariamente que la Virgen haya nacido en ese lugar.

Belén es preferida por S. Juan Crisóstomo, el cual en su Homilía de

Navidad, predicada en 396, afirma que la Virgen Santísima, en ocasión del censo de Quirino fué con San José a Belén, porque ambos habían nacido en esta ciudad (P. G. 49, 354). También S. Cirilo de Alejandría nos dice que Belén fué la ciudad natal de José, de David y de María (P. G. 41, 713). Tal opinión la encontramos asimismo en una recensión de la Crónica de Hipólito de Tebas y en el "Ypomnesticon" de José (Cfr. Dieckamp: "Hippolytus von Theben", p. 32, 42), según Metafraste, Teofilacto y Cosme Vestitor (P. G. 106, 1008).

También allí parece deducirse que la mencionada opinión se origina en el hecho de la ida de María Santísima a Belén para el censo. Pero no es un fundamento demasiado sólido. Tanto más cuanto que el mismo Evangelista deriva tal hecho, no ya del nacimiento de la Sma. Virgen en Belén, sino únicamente de la descendencia de Ella de la casa y de la familia de David, originaria de Belén.

En favor de *Jerusalén* está como testimonio el santuario mariano de la Probática, edificado en las adyacencias del Templo. San Juan Damasceno (676-754) exclamaba en una Homilía predicada en el susodicho Santuario, en la fiesta del 8 de setiembre: "¡Yo te saludo, oh Probática, templo santísimo de la Madre de Dios! ¡Yo te saludo, Probática, paterna morada de nuestra Reina! ¡Yo te saludo, oh Probática, aprisco de las ovejas de Joaquín tiempo ha, y hoy celestial refugio de la grey de Cristo! Antiguamente el Ángel de la salud descendía aquí a sanar al enfermo; hoy, muchos son los sanados que alaban con nosotros a la Madre de Dios, su benefactora" (P. G. 96, 670). El valor de este testimonio crece por el hecho de que difiere del de los Apócrifos, fielmente seguidos por S. Juan Damasceno en lo que respecta a la Virgen Santísima. Casi un siglo y medio antes del Damasceno, S. Sofronio, Patriarca de Jerusalén (590-644), en una anacreóntica juvenil en la cual reseñaba los lugares sagrados de la Ciudad santa, cantaba: "Entraré en la santa Probática, — ahí donde la ilustre Ana dió a luz a María. — Entraré en el Templo — de la purísima Madre de Dios, — cubriré con besos sus muros santos — y contemplaré con amor el lugar — donde nació la Virgen, nuestra Reina. — En la pieza de sus padres — veré el lugar, desde el cual el paralítico — sanado por la palabra del Verbo — se fué con su camilla saltando de júbilo" ("Anacr.", XX, P. G. 87, 3821). A comienzos del siglo V, Sinesio, Obispo de Cirenaica, en una oda consagrada a María Santísima, la designaba con la perífrasis de "Virgen Jerosolimitana" exclamando: "Oh, Jesús, hijo de la purísima Virgen de Solima" (P. G. 66, 1613). Esta opinión es reforzada en sus sostenedores por el descubrimiento de la casa de San Joaquín y Santa Ana en las adyacencias del Templo de Jerusalén, en donde surgió muy pronto el Santuario de la Probática (Cfr. A. Bassi: "L'Antica Chiesa di Sant'Anna in Gerusalemme", 1863). En efecto, mucho antes de la invasión de los Árabes, el Obispo, el clero y los fieles se reunían allí el 8 de setiembre de cada año para celebrar "la Natividad de la Beatísima Madre de Dios". La famosa piscina "Probática" (puerta de las ovejas) llamada vulgarmente "Betseda" (casa de las curaciones o de la misericordia), de la cual habla San Juan (V, 2), no sería otra cosa que

el redil en el cual se guardaban las ovejas destinadas a los cotidianos sacrificios del Templo. Desde el momento, en fin, que el padre de la Virgen Santísima, según la antigua tradición, era pastor, concluyen que debía ser el custodio de esas ovejas y del lugar en donde estaban. Por consiguiente, debía tener su habitación en ese lugar y allí su santa mujer (quizás en el establo, para mayor semejanza entre María y Cristo) dió a luz a la futura Madre de Dios. Por esto San Sofronio y S. Damasceno dicen abiertamente que María Santísima nació en la santa Probática. Sobre la venerada gruta, aún antes de Constantino (como los arqueólogos lo habrían demostrado cuando la restauraron en 1856), se levantaba ya un modesto oratorio. Hacia el año 450 tal primitivo Oratorio fué sustituído por una basílica bizantina, la cual a su vez, durante el siglo XII, y por obra de los Cruzados, fué sustituída por una Iglesia románica dedicada a Santa Ana. Esta Iglesia, transformada más tarde por los Musulmanes en mezquita y después en escuela de teología islámica, fué reabierta al culto católico en 1856. Una pequeña escalera colocada en la nave derecha conduce al visitante a la penumbra de una capilla subterránea (la antigua gruta en la cual habría nacido María), en cuyo altar se halla la imagen de la Inmaculada, a quien sus padres, Joaquín y Ana, muestran a Adán y Eva. La Virgen, pues, habría nacido en Jerusalén, y tenido así como cuna el mismo lugar en donde su ilustre antepasado David tuvo el trono. Tal tradición es referida también en un *breve* de León XIII, de fecha 26 de agosto de 1880, en donde se dice que la Iglesia de Santa Ana "según una constante tradición" es la "domus in qua concepta fuit ac nata beatissima ipsa virgo Maria". Luego, en sentido estricto, la Virgen sería "gloria de Jerusalén", como canta la Iglesia entera en su "Tota pulchra".

Con todo, la sentencia favorable a Jerusalén como ciudad del nacimiento de María, si bien se presenta con una probabilidad superior a las demás opiniones, se halla muy lejos, creemos, de la certeza. De hecho, los más antiguos peregrinos que nombran el Santuario de la Probática, no dicen palabra sobre el nacimiento de María. Teodosio, por ejemplo, se limita a asegurar que "cerca de la piscina probática se halla la Iglesia de la Virgen María" (Geyer: "Itinera hierosolym.", p. 143). El "Breviario de Jerusalén" se limita a decir: "Allí donde se halla la Basílica de Santa María, allí está su sepulcro" (Id., ibid., p. 155). El Anónimo Placentino (alrededor del 570), se contenta con decirnos que allí se obran muchos milagros: "basilica Sanctae Mariae in qua fiunt multae virtutes" (Id., 1, c. p. 177). Igualmente, al hablar de los lugares santos de Jerusalén, callan acerca de esto S. Cirilo de Jerusalén y San Jerónimo.

El único testimonio anterior al del Anónimo Placentino sería el de Sinesio. Pero es demasiado vago y no hay por qué tomarlo en sentido estricto: una persona puede llamarse Jerosolimitana no necesariamente por su nacimiento en Jerusalén. No pocas veces los ciudadanos de las diversas ciudades vienen a ser denominados con el nombre de la ciudad capital de su país.

Nada puede asegurarse, pues, "con certeza", del lugar donde nació María. Sólo se puede decir, en general, que Ella nació en Palestina. Otro tanto debe decirse, como hemos demostrado en otra parte, respecto al tiempo de su nacimiento.

4. — Como aurora que surge.

Mas sea lo que fuere del "dónde" y del "cuándo", o sea, del lugar y del tiempo en que la "bendita entre todas las mujeres" vió la luz, una cosa sigue siendo cierta, aún más, incontrovertible: el nacimiento de María fué como la aurora de los nuevos tiempos. "Quasi aurora consurgens." Y esto nos basta. Porque esto es todo.

¡La aurora! ¡Qué fenómeno grandioso y seductor es la aurora! ¡Y qué admirable analogía presenta con el nacimiento de María! . . . La aurora pone término a la noche, ahuyentando las tinieblas. El nacimiento de María pone término a la noche del mundo, ahuyentando las tinieblas del error y del pecado.

La aurora señala el comienzo del día natural. María, el comienzo del día sobrenatural de la gracia, que es esplendor de la luz divina.

La aurora es el más grande y admirable entre todos los fenómenos de la naturaleza: la flor le abre su delicada corola, el pájaro la saluda con su canto, el enfermo suspira por ella en su lecho de dolor; todos dicen que "la aurora no tiene lágrimas", y bien: el nacimiento de María es el más grande y el más admirable entre todos los hechos de la historia puramente humana, porque es la venida al mundo de la futura Madre de Dios y Mediadora del hombre; las almas se le abren en un supremo anhelo; todo lo creado la saluda, exultando, como a su futura Reina; la humanidad enferma suspiraba por ella desde hacía varios milenios como el remedio a sus llagas todavía sangrantes, puesto que esta humilde niña aplastaría un día la cabeza a la serpiente infernal.

La aurora anuncia al sol. El nacimiento de María anunció el próximo aparecer del Sol de justicia que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo".

La aurora es el más bello fenómeno del orden natural: superior al mediodía, que hace marchitar las flores; superior al crepúsculo, que envuelve a las almas en una especie de melancolía. Así el nacimiento de María fué lo más sobrenaturalmente bello en el orden

de la gracia, puesto que fué el nacimiento de la Inmaculada, de la toda limpia, o sea, de Aquella que desde el primer instante de su admirable existencia estuvo rodeada por los rayos del sol divino, y se presentó en la tierra como la obra maestra de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y del amor del Espíritu Santo. En ella "se aúna todo cuanto en la criatura hay de bondad" (Dante-Paraíso, 33, 12-13). El piadoso y docto Gerson, al hablar de ella, con una maravillosa personificación anima a todas las virtudes y las hace competir en ofrecer sus presentes a esta niña afortunada. Y he aquí que la pureza se adelanta para preparar con sus manos la materia que debe formar el cuerpo; la providencia para organizarlo; la gracia para animarlo. Luego, la caridad se presenta para formar su corazón; la prudencia para disponer su cerebro; el pudor para redondear la frente; la afabilidad para verter la suavidad en sus labios; la modestia y la virginidad para depositar sobre todo su cuerpo la gracia y el encanto. En una palabra, todas las virtudes concurren de tal modo a formarlo, que ellas mismas quedan maravilladas de la obra.

La aurora, con su belleza maravillosa y con ese teñirse de púrpura el Cielo hacia el Oriente, es efecto del sol. Así el nacimiento de María, con sus indescriptibles esplendores de naturaleza, de gracia y de gloria, fué efecto todo de Cristo, su Hijo, divino Sol que jamás se pone.

La aurora difunde alegría sobre todas las cosas, y en todos los seres. Del mismo modo el nacimiento de María derramó una alegría inefable sobre el universo; más aún fué, como expresa poéticamente la Iglesia, un mensaje de alegría para el mundo: "Nativitas tua, Virgo Maria, gaudium annuntiavit in universo mundo." ¿Qué podría, entonces, añadir a todo este mundo de maravillas el conocimiento cierto del lugar y del tiempo en el cual nació María?... Muy poco; mejor dicho, nada.

¡Con razón, pues, la dolorida humanidad, postrada a los pies de la cuna donde sonríe la pequeña Reina de cielos y tierra, parece que exclama, recogiendo el suspiro de millares de siglos: ¡Crece, crece, oh resplandeciente Aurora de gracia y llega pronto a ser mediodía, para que nos des al Sol de justicia! ¡Crece, crece, oh hermosa Flor de Jesé, y danos presto el Fruto de vida que redimirá a todo el género humano! ¡Crece, crece, oh celestial niña, para que se cumplan pronto aquellos altísimos designios a los que el Omnipotente te ha sublimado eternamente y para los cuales naciste...

EL NOMBRE DE MARÍA [1]

El mismo día en que vió la luz [2] se le impuso a la recién nacida el nombre de María [2 bis], según la antigua costumbre de los Hebreos (Gen. 5, 29; 35, 78).

Este nombre que, escogido por Dios *ab aeterno*, e inspirado por Él mismo, si no propiamente revelado, a los santos progenitores de la Virgen, ha corrido de siglo en siglo apareciendo como el más vivo reflejo de la sonrisa de la divinidad para con la humanidad peregrinante y dolorida, fué llevado en el Antiguo Testamento, por una sola persona: María, hermana de Moisés, 10 años mayor que él (Exod., 15, 20). El simple respeto hacia esta insigne mujer que, juntamente con Moisés y Aarón, era considerada como una liberadora del pueblo elegido de la esclavitud de Egipto, impidió, quizás, que tal nombre fuese impuesto a otras personas, así como el singular respeto hacia la augusta Madre de Dios impidió a los primeros cristianos bautizar con el nombre de María a sus hijas. Empero, posteriormente esta costumbre desapareció, de modo que en tiempos de Cristo encontramos a muchas mujeres que se llaman María. No es improbable que lo común de tal nombre se haya derivado de la reina asmonea Mariamne, mujer del rey Herodes, muy venerada por el pueblo y por el mismo Herodes, el cual, perdidamente enamorado de ella, la hizo matar en el año 29 a. C. por calumnias urdidas en la corte.

Pero ¿cuál es el significado de este nombre, verdadera sonrisa de los siglos que nosotros invocamos, con el poeta, "mañana y tarde",

---

[1] Cfr. G. Roschini: "Mariologia", t. II, ps. 74-85.

[2] No se comprende la razón por la cual algunos biógrafos de María le hacen imponer tal nombre al noveno o al décimoquinto día después del nacimiento. A los varones, el nombre les era impuesto ocho días después de nacidos, en el rito de la circuncisión.

[2 bis] La forma hebrea del nombre de María es *Myriam*. La forma *María* resultó de la alteración de la primera vocal y de la supresión de la última consonante. Muy a menudo en los Setenta y en la Vulgata los nombres bíblicos cambian "e" (breve) de la primera sílaba o "i" (breve también) desarrollo de "e", en "a", v. gr.: Sansón (hebr. Simson), Sabaoth por Sebaoth.

y que al invocarlo sentimos invadir el corazón por una onda acariciante de maternidad y de bondad que a veces nos conmueve hasta las lágrimas?... Al interpretar el nombre de María, los exegetas han amontonado hipótesis sobre hipótesis, de tal modo que los diversos significados conforme a las diversas etimologías, llegan a la respetable cifra de 70... Estos "esfuerzos de los antiguos exegetas, repetiremos con el P. Lagrange, son un monumento de devoción a María" ("Ev. s. S. Luc.", p. 27).

No nos demoraremos aquí en registrar todas las interpretaciones que han sido dadas. Nos limitaremos solamente a consignar las más importantes y mejor fundadas. Ellas son: *bella, amargura* o *mar amargo, rebelión, iluminadora, señora* y... *amada por Dios.* Digamos algo sobre cada una.

a) La interpretación de *bella* es defendida por Bardenhewer, quien escribió una interesantísima monografía sobre el nombre de María [3], en la que han bebido comúnmente los autores que han tratado esta cuestión. Él, precedido por Fürst, Gildemeister, Schäfer, y seguido por Lesêtre y Lorenzo Janssens, opina que el nombre de María deriva de la palabra *mara*, que significa pingüe, o sea, abundante, y del sufijo denominativo *am*. Si pues, según el gusto de los Orientales, para tener belleza se requiere la abundancia, se sigue de esto que tal vocablo, al ser aplicado a una mujer, es sinónimo de *bella.*

Pero contra semejante interpretación está el hecho de que jamás en la S. Escritura el término *mara* es empleado para significar algo bello; hay en ella muchos otros términos hebreos con los cuales, de un modo mucho mejor, puede expresarse la belleza.

b) La interpretación de *amargura* o *mar amargo*, tan apta para designar la misión dolorosa de la Corredentora, es debida a los antiguos rabinos, y ha sido defendida recientemente por Minocchi [4]. Los rabinos han enseñado unánimemente que el nombre de *Myriam* significa *amargura*, de la raíz del verbo *marar*, "es amargo", de la cual se ha formado después la voz *mar*, que significa *amargura.* La razón por la cual se habría impuesto tal nombre a la hermana de Moisés es dada por las tristísimas circunstancias de tiempo en que se encontraban los Hebreos en Egipto. Como es evidente, en esta interpretación

[3] "Der name Maria" (Biblische Studien, t. I, ps. 1-61, Friburgo, 1895).
[4] Cfr. "Il nome di Maria", Florencia, 1897.

se tiene en cuenta solamente la primera parte del nombre *(Mar)* y se descuida la segunda *(iam)*. Luego, la interpretación *mar amargo* derivaría del término *mar* (=amargo) y del vocablo *iam* (=mar). Mas esto va contra la índole de la lengua hebrea. En efecto, "mar amargo" se dice en hebreo "iam mar" y no "mar iam".

c) La interpretación de *rebelión* es debida a Mateo Hiller (principios del siglo XVIII). Es deducida del verbo *marah*, del cual vino luego *Meri*, rebelión. La voz *am* no sería otra cosa que un sufijo pronominal de tercera persona plural *(de ellos)*. Filológicamente, esta interpretación está en boga. Históricamente, puede muy bien aplicarse a la Virgen Santísima en el sentido de que, con su Concepción Inmaculada y con su obra corredentora, se rebeló contra Satanás y derribó con Cristo el trono que el príncipe de las tinieblas se había erigido en este mundo [4 bis].

d) La interpretación de *iluminadora*, propuesta por antiquísimos escritores griegos (en la obra "Onomastica sacra") y exhumada recientemente por el P. Lagrange, haría derivar el nombre de María (Myriam) de *or* (=resplandecer) o de *ra'ah* (=ver). Pero parece evidente la violencia hecha a las palabras.

e) La interpretación de *Señora*, propuesta también por antiguos escritores griegos (v. "Onomastica sacra") hace derivar el nombre de María del vocablo aramaico *màr(a)*, *mary*, "señor", de donde el nombre de señora. San Jerónimo afirmó también que "María, en lengua siríaca, significa *Señora*". "Y entonces, prácticamente concluye Ricciotti [5], sería justa la equivalencia de María con el italiano *Madonna*, esto es, Señora por excelencia". Mas puede observarse que la más antigua forma del nombre María es *Myriam*, y no *Mariam* (la cual provendría de la voz *mara*). Además, Señora, en arameo, se dice *martha*, y no ya *màr(a)*, que significa *señor* [6].

[4 bis] Esta interpretación es considerada "más probable" también por el célebre orientalista Pbro. F. Scerbo (Cfr. "Il nome di Maria nella forma e nel suo significato originario" en *L'Addolorata*, a. 43, 1940, p. 350).

[5] "Vita di Gesù Cristo", n. 229, nota.

[6] La atribución a S. Jerónimo del significado de *estrella del mar*, tan en boga durante la Edad Media, es falsa. "San Jerónimo, observa justamente Ricciotti, sabía demasiado bien el hebreo para traducir dicho nombre de este modo; por el contrario, parece que él tradujo *stilla maris* (hebreo *mariam*), cambiado después por algún amanuense en el más poético de *stella maris* (Ibid.).

f) La interpretación *amada por Dios,* recientemente propuesta por el P. Zorell, S. J.[7], es muy seductora. Según él, el nombre de María sería un nombre compuesto de dos palabras: una egipcia (*myr* = amada) y la otra hebrea (*iam* = Dios). María significa, pues, amada por Dios.

Este nos parece el significado más atendible, tanto por razones filológicas cuanto por razones históricas. De hecho, el nombre de María es, con toda probabilidad, de origen egipcio. La primera que llevó este nombre fué María, hermana de *Moisés* y de *Aarón*: dos nombres de origen egipcio; Aarón, en hebreo, no tiene ningún significado, pero el nombre de Moisés, como se sabe por la historia sagrada, fué impuesto al niño por la hija del Faraón y significa precisamente "salvado de las aguas". Siendo, pues, de origen egipcio los nombres de los dos hermanos de María, nada más probable que también el nombre de María lo sea. Tanto más cuanto que, si el nombre de María hubiese sido de origen hebreo, se encontraría con mayor frecuencia en el Viejo Testamento, en tanto que, como ya lo hemos dicho, la primera en llevar este nombre fué María, hermana de Moisés y de Aarón nacida, ella también, al igual que sus dos hermanos, en Egipto. En la tierra de los Faraones no dejaban de ser frecuentes ciertos nombres compuestos, los cuales comenzaban con la palabra "meri" (= amado) y terminaban con el nombre de cualquier dios o diosa (por ej. *Ra, Amun*). Es, pues, más que probable que los padres de María, hermana de Moisés, queriendo dar un nombre semejante a su hijita, sustituyeron al término que expresaba una falsa divinidad con otro que indicaba la verdadera divinidad, el *Yahvé* de los Hebreos, y la llamaron María, o sea, amada por Yahvé, amada por Dios.

Considerada históricamente esta interpretación de *amada por Dios* recibe la más espléndida confirmación. De hecho, entre todas las criaturas racionales María es, sin lugar a dudas, *ab aeterno, la más amada por Dios,* aun más, la *única siempre* amada por Dios, ya que ella es la única que, inmune de las fealdades de la culpa, agradó siempre a Dios. "La mujer, ha escrito Silvio Pellico, es un ángel creado por Dios en su más ardiente transporte de amor." Si estas palabras del célebre escritor pueden parecer exageradas refiriéndolas a

[7] Cfr. "Verbum Domini", 1926, p. 257. Nótese, con todo, que el P. Zorell en el "Lexicon Graec. N. T." (2 Ed. París, 1931) infirmó un tanto esta su interpretación filológica.

una mujer común, no son tales si se refieren a la *Mujer* por antonomasia, a María.

Este singular misterio de dilección divina es la primera y la última razón de su existencia, de su misión, y de todos los privilegios conferidos por Dios a Ella. Efectivamente, el amor de Dios, como enseña Santo Tomás es, a diferencia del amor del hombre, un amor causativo y, por consiguiente, no supone sino que pone la bondad en las cosas que Él ama. Amar una cosa significa, para Dios, ni más ni menos que causarla y enriquecerla. Nuestra existencia, todo lo que tenemos y somos, todo es fruto del amor de Dios, es decir, de aquel eterno amor que, como dice el Poeta, se abre en *nuevos amores* (Dante. Par. 29, 18). Precisamente porque fué *amada por Dios, ab aeterno,* sobre todas las criaturas, la Virgen Santísima fué la más grande entre todas ellas. Los dones de Dios guardan una proporción directa con el amor divino. Cuanto más grande es este amor, tanto mayores son sus dones. Ahora bien, los dones concedidos por Dios a la Virgen Santísima son indudablemente los más grandes. Luego, la Virgen fué, en el más amplio sentido de la palabra, la *amada por Dios.* Es decir, en una sola palabra: *MARÍA.*

LA PRESENTACIÓN AL TEMPLO

La Iglesia Griega y la Iglesia Latina (ya desde el siglo VI o VII la primera, y desde el siglo XIV la segunda), celebran el 21 de noviembre la fiesta de la Presentación de la Virgen Santísima al Templo: episodio que tiene toda la grandeza de un cándido vuelo de paloma hacia el azul ilimitado de los cielos, tan querido a todas las almas consagradas a Dios en la vida religiosa, tan melodiosamente cantado por el pincel de Giotto, de Tadeo Gaddi, de Ghirlandaio y del Ticiano.

Una crítica moderna demasiado radical ha echado sombras de duda y, por consiguiente, cierto descrédito sobre la realidad misma del hecho de la Presentación de María Santísima al Templo, objeto de la fiesta homónima. Ha sucedido que algunos recientes biógrafos de María se han creído casi en el deber de prescindir cómodamente de este gracioso episodio demostrando, por lo menos de hecho, relegarlo entre las leyendas y las fábulas. Es el resultado poco feliz, creemos, de un estudio demasiado superficial y apresurado sobre uno de los datos biográficos más simpáticos y más importantes de la vida de María. Parécenos que un estudio más profundizado y una investigación más completa y desprovista de preconceptos hipercríticos, conducirá necesariamente al estudioso a desterrar cualquier duda en torno al hecho en cuestión.

1. — Los testimonios del hecho.

El primer documento que nos habla de la Presentación de la Virgen Santísima al Templo es el famoso *Protoevangelio de Santiago,* escrito por un cristiano, como aparece por la crítica interna de dicha obra, hacia la primera mitad del siglo II. En el cap. VII leemos: "Cuando la Virgen Santísima hubo llegado a la edad de dos años, Joaquín, su padre, dijo a su esposa Ana: "Conduzcamos nuestra hija al Templo y cumplamos así el voto que hemos hecho". Pero Ana respondió: "To-

davía es demasiado pronto... Esperemos el tercer año, a fin de evitar el peligro de que nuestra hijita añore a su padre y su madre...". "Está bien, respondió Joaquín, esperemos hasta el tercer año." Y llegado que hubo el tercer año, la condujeron al Templo y la presentaron ante el Sumo Sacerdote para que la custodiase y la educase" (V. "Le Protévangile de S. Jacque", editado por Amann, París, 1910, p. 205). El mismo documento narra luego varias cosas extraordinarias que habrían acaecido en el acto mismo de la presentación, es decir: El ardor con el cual la niñita, libre de los brazos paternos, subió por sí sola, sin necesidad de sostén, las escaleras que conducían a la puerta del Templo entre el aplauso entusiasta e irrefrenable de la multitud que contemplaba el hecho; la recepción, al son de trompeta, hecha por una multitud de Sacerdotes y de Levitas, quienes fueron notificados con antelación de la presentación de la celestial niña. También se refiere que ahí, en el Templo, la extraordinaria niña no tuvo un puesto común, sino que habitó continuamente en el Santo de los Santos, en ese lugar sacratísimo en el cual solamente era permitido entrar, y por una sola vez al año, al Sumo Sacerdote. Los Ángeles que, según algunos apócrifos, tomaban frecuente y voluntariamente la forma de graciosas palomas, le habrían prestado humildes servicios llevándole el alimento cotidiano, un alimento enteramente especial. Este género de vida habría durado hasta los 14 años, cuando el milagro de la vara florida vino a designarla para esposa de José. Tal el testimonio del siglo II, que resuena luego en todos los siglos posteriores.

En el siglo IV tenemos el claro testimonio de *S. Gregorio Niceno* († en 394) el cual destierra todo elemento maravilloso y, por consiguiente, toda dependencia de las narraciones de los Apócrifos. ("Orat. in diem natalem Christi", P. G. 46, 1139). Tenemos también la laja de S. Maximino en Provenza donde, sobre la cabeza de María que ora, se lee: "María Virgen—Ministro del—Templo de Jerusalén" (V. "Dicc. de Arqueología", t. X_2, col. 1987-88).

En la primera mitad del siglo V, *San Teodoto de Ancira* dice expresamente que la Virgen Santísima "estando aún en el seno materno, fué consagrada a Dios su Autor, y después de nacida, fué ofrecida a Él en signo de agradecimiento, para que floreciese, sagrada alumna, en su Santuario y en su templo; discípula de la Ley, llena del Espíritu Santo, envuelta en el manto de la divina gracia, instruída en la inteligencia de las cosas de Dios, desposada a Dios en el corazón..., agraciada en el andar, más agraciada en sus costumbres, venerable en el hablar, más venerable en el obrar; suave en su aspecto, más suave aún en el trato; buena a los ojos de los hombres, mejor a los ojos de Dios..., verdadera rosa que derrama olor de alabanzas

al Sol que siempre luce" ("Homil. VI in S. Deip. et in Nativ. Domini", P. G. 77, 1427). La sobriedad con la cual este antiquísimo escritor y Santo enuncia el hecho de la Presentación, parece revelar una completa independencia de los apócrifos.

En el siglo VI, según Amann (l. c., p. 161) y Pargiore ("L'Eglise byzantine de 527 a 847", París 1905, p. 115) comenzó a celebrarse en Jerusalén la fiesta de la Presentación. Metafraste, empero, asegura que ella fué instituída en Constantinopla en el año 730. En 1143 el Emperador Manuel Comneno, la incluyó en el número de las fiestas reconocidas por toda la Iglesia.

En el mismo Corán de Mahoma encontramos una huella de la antigua tradición cristiana anterior, al parecer, a los mismos apócrifos. En el Sura o Capítulo XIX intitulado *María*, vers. 16, leemos: "Ella se apartó de su familia y fué a la parte oriental (del Templo) y se cubrió con un velo que la escondió a todas las miradas". La parte oriental de que ahí se habla es el Templo, como comenta Jahiad, apoyándose en la tradición (V. Drach: "Harmonie entre l'Eglise et la Synagogue", vol. II, p. 244). Si se observa que los apócrifos estaban escritos en griego, puede concluirse que probablemente ellos no fueron consultados por el tosco impostor árabe.

En el siglo VII tenemos el canon del himnógrafo Jorge, publicado por el cardenal Pitra en sus "Analecta Spicileg. Solesm.", p. 275.

En el siglo VIII encontramos el hecho de la Presentación al Templo en S. Germán de Constantinopla ("In Praesentatione Deip.", P. G. 98, 291), en S. Andrés de Creta ("Or. I in Nativ. B. M. V.", P. G. 98, 815 A) y en S. Juan Damasceno ("De fide orth.", I, 4, c. 14, P. G. 94, 1159 A).

Durante el siglo IX tenemos el testimonio de Epifanio el Monje ("De vita B. Mariae", n. 5, P. G. 120, 191 B), de San Teodoro Studita ("Doctrina chron. Monasterii Studii", publicada por Maj en la "Nueva Bibliot. de Patrol.", t. II), de Simeón Metafraste ("Or. de S. Maria", n. 2, P. G. 115, 531 C) y de Jorge de Nicomedia ("Serm. 6 de ingressu Virg. in templo", P. G. 100, 143 B) entre los Griegos, y la del Autor del apócrifo "De ortu S. Mariae" (probablemente San Pascasio Radberto, P. L. 40, 308-315) entre los Latinos.

En el siglo X habla de la Presentación, entre los Griegos, el Emperador León llamado el Sabio (P. G. 107) y S. Fulberto de Chartres entre los Latinos ("De Nativ. B. M. V.", P. L. 141, 324). También es representada la Presentación de María Santísima al Templo en una miniatura del Menologio griego del Vaticano (V. Raúl de Fleury: "La Vierge", t. I, p. 52, París 1878).

En el siglo XI tenemos el testimonio de Jacobo el Monje (V. Ballerini: "Sylloge...", t. II, 590-632), Jorge Cedreno ("Hist. Compend.", P. G. 121, 362 C) y Teofilacto de Bulgaria (P. G. 126, 144). La escena de la Presentación es representada también en el manuscrito 74 de la Biblioteca Nacional de París (V. Raúl de Fleury, op. cit., t. I, p. 53).

En el siglo XII tenemos a Teodoro Prodromos (P. G. 133, 1177-78) y al autor de la tragedia "Christus patiens", falsamente atribuída a San Gregorio Nacianceno (P. G. 38, 244). En este mismo siglo encontramos

representada la Presentación en los restos de una pintura que se conserva en la Iglesia de San Jorge de Ladoga, y en el marfil Barberini (V. Raúl de Fleury, op. cit., t. I, p. 53).

En el siglo XIII Neófito Recluso entre los Griegos (códice 1189 del fondo griego de la Bibliot. Nac. de París) y Bartolomé de Trento entre los Latinos ("Vita et actus Sanctorum per anni circulum", cap. 105) hablan de la Presentación de María al Templo.

Durante el siglo XIV la fiesta de la Presentación, comienza a ser celebrada también en Occidente. Férvido apóstol de dicha solemnidad fué Felipe de Mazières, como surge de una carta oficial dirigida por Carlos V Rey de Francia a los Profesores y Alumnos de Navarra, con fecha 10 de noviembre de 1374. Vuelto Mazières de Oriente (en donde había organizado la tercera cruzada junto con el Rey de Chipre, de quien había llegado a ser Canciller) trajo consigo una copia del Oficio usado por los Griegos en la fiesta de la Presentación y la exhibió al Papa Gregorio XI, elegido hacía poco en Aviñón. El Papa examinó por sí mismo la propuesta y luego la dió para su examen a una Comisión de Cardenales, Prelados y Maestros en Sagrada Teología. Obtenida una relación favorable, el Papa permitió que también en la Curia Romana fuese celebrada la fiesta de la Presentación de María con Misa y Oficio. Conseguido este primer éxito, Felipe de Mazières intensificó su apostolado en favor de la fiesta, recomendándola a la Corte de Francia. Carlos V adhirió a su invitación y la hizo obligatoria para todos sus Estados; antes que nada quiso celebrarla él mismo por primera vez en la Capilla Real, con la máxima pompa, y con intervención de numerosísimos Prelados, Barones, Nobles y del Nuncio Pontificio Pedro Abad de Conca, el cual pronunció un elegante discurso de circunstancia.

Esta larga e ininterrumpida cadena de testimonios, desde el siglo II-III al siglo XIV, coronada por la celebración de la fiesta en toda la Iglesia, da al hecho de la Presentación una mayor y más suficiente consistencia.

2. — Las armonías del hecho.

El hecho de la Presentación de la Virgen Santísima al Templo y de su educación en ese sagrado recinto, se halla en plena armonía con cuatro datos fundamentales de la presente cuestión: la elección de la Virgen por parte de Dios, la piedad de sus padres, las costumbres del pueblo hebreo, y especialmente el alma de María.

Ninguna criatura, como María, ha sido y será consagrada tan especialmente, en mérito a su misma predestinación, al servicio de Dios. Su Presentación al Templo, por consiguiente, estaba plenamente de

acuerdo con esta ley general y fundamental de su vida y de su misma existencia.

El oficio, la misión sublime a la cual estaban destinados por Dios los padres de su futura Madre, exigía en ellos una santidad excepcional, una singularísima piedad hacia Dios, no inferior, indudablemente, a la de los padres de Samuel (Elcana y Ana) que les había impulsado a consagrar su hijo al gran Dios de Israel.

La Presentación de María al Templo se halla también en armonía con los usos judíos, cuales se nos muestran en el mismo texto sagrado. La costumbre por parte de los padres, de consagrar al servicio de Dios hijos e hijas aún en la edad que precede al uso de la razón, dedúcese suficientemente del capítulo 27 del Levítico. Si los niños, al llegar al uso de la razón, no querían ratificar el acto de sus padres, debían ser rescatados, lo que se hacía presentando la ofrenda establecida por el mismo Dios.

Por la misma Sagrada Escritura aparece evidente la institución permanente de un cuerpo especial, no solamente masculino sino también femenino, dedicado al servicio del Templo. Junto a los sacerdotes y levitas y a los *nazarenos* perpetuos (consagrados al servicio de Dios para ayudar a los sacerdotes en los oficios más humildes, especialmente durante los sacrificios), encontramos grupos de mujeres ocupadas en el servicio del Tabernáculo (Exod., 38, 8) para velar en él (I Reyes 2, 22), o dedicadas, naturalmente, además que a la oración, a trabajos femeninos (hilar, tejer, bordar, confeccionar y reparar ornamentos sacerdotales y levíticos, etc.). Así la profetisa Ana, de la cual habla San Lucas (2, 37) estaba consagrada, según el obvio sentido de la palabra, al servicio del Templo. "Ella era viuda de 84 años, y no salía del Templo, sirviendo a Dios día y noche con ayunos y oraciones" (palabra clásica que denota la separación de los usos profanos). Con razón escribía San Ambrosio: "Allí leemos que había vírgenes consagradas al Templo de Jerusalén" ("De Virginibus", l. III, P. L. 16, 192).

Es cosa muy natural suponer que las mujeres destinadas al servicio del Templo debían habitar en las adyacencias del mismo, en algunas de las habitaciones de las cuales habla frecuentemente la Biblia (IV Reyes, 23, 7; I Paralipómenos, 9, 25, 27, 33, etc.) mencionados también por Flavio Josefo ("Antigüedades judaicas", VIII, 3; XV, 11).

El hecho de que Joaquín y Ana eran parientes del Sacerdote Zacarías, debió ser por cierto una buena recomendación para la ad-

misión de la pequeña María entre las mujeres destinadas al servicio del Templo.

Pero la Presentación al Templo se halla sobre todo en armonía con el alma de María, la cual, desde el primer instante de su existencia, con ardor inexpresable, se había ofrecido a Dios. Es opinión bastante común que desde ese instante Ella tuvo el uso de la razón y que lo mantuvo después.

Aquel que había querido que el Precursor se preparase a su sublime misión viviendo apartado del mundo ya desde la infancia, no pudo dejar de hacer sentir a su futura Madre y Esposa aquella invitación del Salmo: "Escucha, oh hija, y considera y presta oído; olvida tu pueblo y tu casa paterna. El Rey se enamoró de tu belleza; porque Él es el Señor Dios tuyo; póstrate ante Él." (Salmo 44, 11-12). La celestial niña oyó esa voz y la siguió prontamente, volando al Templo de Dios más rápido que la ágil barquilla que, movida por el viento, entra en el puerto lamiendo las olas." La Virgen Santísima, leemos en una espléndida página de S. Grignion de Montfort, se presenta a Dios: 1) como su criatura que, debiéndole todo, todo le devuelve; Él la recibe como Madre para tomar de Ella un ser nuevo y poder depender de Ella; 2) Ella se ofrece a Él como su esclava; Él la acoge como soberana, complaciéndose en ponerse, también Él, entre los súbditos de Ella; 3) Ella se da a Él como la Víctima del sacrificio de la mañana, dándole el comienzo de la propia vida; Él se da a Ella como la Víctima del sacrificio de la tarde, dando por Ella y por nosotros el fin de la propia vida para poder ser inmolado sobre el Calvario.

"La Santísima Virgen le ofrece: 1) la propia pequeñez, reconociéndose humildemente su esclava; 2) la propia infancia; 3) el propio servicio. A su vez, Dios hace partícipe a Ella de su propia grandeza, de su propia eternidad, de su propia superioridad" (Del "Librito de memorias inédito del Santo", Cfr. "Regina dei Cuori", t. IV, 1917, p. 147).

¿A qué edad fué presentada la Virgen al Templo?... Una opinión común la da como presentada a los tres años. Este pormenor, aunque no puede decirse que se halla históricamente garantido, nos parece muy verosímil. De hecho, los hebreos solían señalar a los tres años el fin del amamantamiento. También los padres de Samuel ofrecieron su hijo al Tabernáculo de Silo no bien había cumplido los tres años. Joaquín y Ana ¿habrían sido menos solícitos que los padres de Samuel? Y eso se entiende tanto más cuanto que Dios, como resulta

de la Sagrada Escritura, agradece inmensamente las primicias, en especial las más excelentes.

"Me preguntas, dice el P. D'Argentan, ¿qué fué a hacer al Templo la Santísima Virgen, niña de tres años? ¿A solazarse quizá como niña que era?... Sí, pero sus juegos eran incomparablemente más serios, más prudentes que las ocupaciones más nobles, más importantes que todos los asuntos políticos de este mundo: Ella trató allí, en coloquio con Dios, los negocios infinitamente importantes de la eternidad para sí y para cada uno de nosotros." ("VII Confer. sobre la Grandeza de la Virgen Santísima.")

3. — Oposiciones inconsistentes.

Hasta el siglo XVI, ninguno osó nunca negar o simplemente dudar del hecho de la Presentación de la Virgen Santísima al Templo. Los primeros en negarlo fueron los Centuriadores * del siglo XVI, los cuales, como asegura S. Pedro Canisio, se burlaban de los Católicos porque habían hecho de María una monja de la época papal. ¡No hay por qué maravillarse si se tiene en cuenta la aversión de los innovadores por la vida religiosa! La razón principal aducida por los Centuriadores para negar el hecho de la Presentación, es extraída del pretendido contraste de ella con los usos del Viejo Testamento. Lo infundado de esta razón lo hemos visto ya poco antes, al hablar de la armonía existente entre el hecho de la Presentación y las costumbres hebraicas, como resulta de la misma Sagrada Escritura.

El primero entre los católicos que dió cierto valor a las negaciones de los Centuriadores y puso en duda el hecho de la Presentación al Templo, fué el P. Jacinto Serry (1659-1738) en su obra, más bien revolucionaria, titulada *"Exercitationes historicae, criticae, polemicae de Christo eiusque Virgine Matre"*, Venecia, 1719, c. 18 y 19, p. 125-137. En esta obra, puesta en el Índice en 1722, el P. Serry asegura que la Presentación de la Virgen Santísima al Templo y su educación en los recintos del mismo es "dudosa y totalmente incierta" (op. cit. p. 128). Asegura también que los Padres y los escritores Griegos posteriores, y después algunos Latinos, han bebido "pleno ore", en las

* Llámase "Centuriadores de Magdeburgo" a los historiadores protestantes que escribieron en el siglo XVI una "Historia Eclesiástica", cuya característica consistía en tomar épocas de cien en cien años, o *centurias*. Fueron refutados por San Pedro Canisio y por el Card. Baronio. (*Nota del Traductor.*)

fuentes turbias de los Apócrifos, a los cuales no puede concederse plena fe.

Creemos que no es difícil encontrar el lado débil de esta objeción. Para que ella quede en pie se necesitaría demostrar que todos los Padres y Escritores citados por nosotros, desde el siglo III al XIII, dependen de los apócrifos. ¿No podrían basarse en una fuente o tradición común tanto a ellos como a los apócrifos?... Y, en efecto, la diversidad con que narran el hecho (especialmente la ausencia de toda gala imaginaria) es notable, y esta diversidad parece excluir una verdadera dependencia de los apócrifos. Mas, supuesto y no concedido que *todos* dependen de los apócrifos, no se sigue que ellos digan falsedad. Aunque, en efecto, las circunstancias con las cuales los apócrifos, o más precisamente el Protoevangelio de Santiago, han revestido el hecho de la Presentación de la Virgen al Templo y de su educación en él (la multitud que la aplaude, los levitas que cantan, su morada en el Santo de los Santos, la paloma, etc.) tengan que relegarse entre las fábulas por estar en evidente contradicción con los indiscutibles datos evangélicos sobre la vida oscura de la Virgen, sin embargo, no se puede decir otro tanto del hecho mismo. De otro modo, ¿cómo se explica que dicho acontecimiento haya sido admitido sin que *jamás* fuese puesto en duda por nadie, no obstante el desprecio que comúnmente se ha tenido hacia los apócrifos?... Una cosa, pues, es el hecho, y otra las circunstancias del hecho. Si se tiene presente que el autor (católico) del Protoevangelio de Santiago escribió probablemente hacia la mitad del siglo II y, por consiguiente, viviendo todavía en Asia los discípulos inmediatos de S. Juan Evangelista, el confidente de María, no es en verdad difícil comprender la historicidad del hecho de la Presentación que constituye uno de los datos más característicos de la biografía de María.

Pasa luego el P. Serry a refutar los argumentos de Baronio en favor de la Presentación. Observa que las 90 celdas que había en torno al Templo y de las cuales habla Flavio Josefo ("Antig. Judaic.", l. 8, c. 3) estaban destinadas no ya a las habitaciones de las niñas que allí se educaban, sino a los Sacerdotes y a aquellos que prestaban servicio en el Templo; que la estada de Josaba durante seis años en el Templo junto con el pequeño Joás y su ama de leche, para salvarlo de los furores de Atalía (IV Reyes, 11, 3) estaba justificada por circunstancias especiales; que las mujeres ocupadas en el servicio del Tabernáculo (Exod., 38, 8) para velar en él (I Reyes, 2, 22) no habitaban en el

Templo, sino que llegaban allí para orar a Dios; que el ejemplo de Ana (Luc., 2, 37) debe ser entendido en el sentido de que frecuentemente se dirigía al Templo, y no ya que moraba continuamente en él; que en el libro II de los Macabeos, cap. 3, 19, de ninguna manera se dice que "las vírgenes recluídas" de quienes allí se habla estuviesen recluídas en el Templo, sino que debe entenderse que estaban encerradas en su casa, según la costumbre de los hebreos.

Contra la primera observación del P. Serry se puede replicar haciendo notar que en ningún lugar se lee que las 90 celdas estuviesen destinadas *exclusivamente* a las habitaciones de los Sacerdotes. Servían para todas las personas que prestaban servicio en el Templo y entre éstas se hallaban también las mujeres y las niñas.

La segunda observación, respecto a la estada de Josaba y de su ama de leche en el Templo, nos parece bastante fundada. En efecto, las circunstancias excepcionales justifican la presencia de Josaba en el recinto del Templo. Con todo, permanece siendo un indicio no despreciable de que también las mujeres podían habitar en el Templo.

Infundada, empero, nos parece la tercera observación (la de las mujeres destinadas al servicio del Tabernáculo y del Templo), si se tiene presente el texto original hebreo. Y en verdad, la palabra *sàbbà* se usa en las Escrituras para designar una guardia que cumple su oficio en horas preestablecidas, como suelen ser las guardias militares.

También la cuarta observación (respecto a Ana) nos parece poco fundada. El texto de San Lucas (2, 37), tomado en su sentido obvio, significa que Ana habitaba en una de las adyacencias dependientes del Templo. Y no existe ningún justo motivo para apartarse de este sentido obvio.

También la quinta observación, relativa a las "vírgenes recluídas" parécenos que no se sostiene. Aunque en verdad la Escritura (II Macabeos, 3, 19) no diga que se hallaban recluídas en el Templo, no obstante parece que lo deja suponer. ¿Por qué pues, mientras las demás mujeres corrían desoladas y con cintas de cilicio *por las calles de la ciudad* las "vírgenes recluídas", en cambio, acudían donde el sumo Sacerdote Onías, sino porque habitaban en el Templo donde él se encontraba?...

Observa además el P. Serry que solamente los hombres eran consagrados por los padres al servicio divino (I Reyes, 1, 11). Esta observación, como ya lo hemos dicho, parece estar en directa oposición con lo que se lee en el cap. 27 del Levítico.

Refiriéndose luego a la fiesta de la Presentación, celebrada por toda la Iglesia, Serry tiene cuidado de declarar que él no entiende de ninguna manera reprobarla, y ni tampoco que haya sido establecida temerariamente; basta comprender bien, dice, lo que la Iglesia quiere celebrar con tal solemnidad. Ahora bien, lo que la Iglesia celebra con dicha fiesta no sería otra cosa, según él, que "ese heroico acto de virtud prematura con el cual la futura Madre de Dios se consagró a Yahvé, en edad todavía temprana, con el voto de virginidad, profesando una vida más santa, más interior, apartada del comercio humano: cosa que se cree sucedió en el Templo" (op. cit., p. 136).

Para palpar cuán infundada es la interpretación dada por Serry a la fiesta de la Presentación, basta leer simplemente la oración litúrgica de la susodicha fiesta. En ella se dice expresamente que la Virgen Santísima *fué presentada al Templo,* y no *se presentó ella misma* al Templo. Y en las lecciones del II nocturno, tomadas del "De fide orthodoxa" de S. Juan Damasceno, se dice explícitamente que San Joaquín y Santa Ana presentaron su hija al Templo y que allí fué educada. El significado, pues, de la fiesta es claro e intergiversable. La oposición de Serry nos parece, por tanto, inconsistente.

Recientemente Lesêtre, en el "Diccionario Bíblico" (t. IV, col. 783-784), después de haber referido la Presentación tal como es narrada por los apócrifos y como lo ha sido por algunos Padres, declara no encontrar dificultad en admitir el *hecho* de la Presentación de María al Templo por parte de sus padres. Dice: "De hecho, solamente los niños varones primogénitos debían ser presentados al Templo, porque pertenecían de derecho al Señor (Exod., 13, 2-12). Por lo tanto no hay que maravillarse que los padres de María, especialmente si habitaban en Jerusalén, en las inmediaciones del Templo, tuviesen el piadoso pensamiento de presentar su niña para agradecer al Señor el habérsela dado, después de largas oraciones, si se debe creer a los apócrifos. Este acto se concibe mejor todavía de parte de María. Las palabras que dirige prontamente al Ángel: "¿Cómo ha de ser eso?, pues yo no conozco varón" (Luc., I, 34) indican que Ella había consagrado a Dios su virginidad con un voto expreso (V. San Agustín: "De sancta virginitate", I, 4, P. L. 40, 398). Es posible que Ella haya emitido este voto en una edad muy temprana, sobre todo si el desarrollo de su inteligencia y de su conciencia sobrepasó, por gracia divina, las leyes de la naturaleza, milagro que muchos Padres admiten para San Juan Bautista, basados en el texto de San Lucas, 1, 41..." (l. cit.

col. 763). Lesêtre empero, no obstante admitir el hecho de la Presentación, inmediatamente después, *encuentra problemático* el hecho de la educación de María Santísima en el Templo, porque en ningún lugar de la literatura judaica se hace mención de la costumbre de educar jovencitas en el Templo. El hecho de Joás, de las "vírgenes recluídas" y de Ana la profetisa, carecerían de fuerza probatoria.

Ya hemos dicho qué debe pensarse sobre estos tres hechos. Respecto a la costumbre de educar jovencítas en el Templo, se puede observar que nadie pretende decir que existía una especie de Colegio femenino tipo '900. Solamente se quiere afirmar, fundados en la Escritura, que las mujeres y las niñas consagradas a Dios y destinadas al servicio del Templo habitaban en los recintos de éste y allí eran educadas. Cosa, por lo demás, muy natural.

Preferimos, pues, concluir con el docto Cardenal Lambertini, más tarde Papa Benedicto XIV: "Nosotros, pues, que no queremos apartarnos ni siquiera un ápice del común sentir de la Iglesia, afirmamos que la B. Virgen fué presentada al Templo para que fuese allí bien educada" ("De festis B. V.", c. XIV, n. 6).

UNA NIÑA EXCEPCIONAL

Todos los buenos Israelitas, en obsequio a las vivas recomendaciones de la Biblia, estaban acostumbrados a poner mucho cuidado en la educación intelectual y moral de los hijos, desenvolviendo con medios apropiados las relativas facultades. No existe ni puede existir ninguna duda de que otro tanto debieron hacer los padres de María o quienes por ellos, acordándose del dicho sapiencial: "la senda por la cual el joven comenzó a andar, esa misma seguirá también cuando viejo" (Proverbios, 22, 6).

El principal deber de los padres, la obligación rigurosa impuesta a ellos por Moisés (Deuter., 4, 9; Exod., 13, 5 ss.) era enseñar a los propios hijos la ley que debían observar. Este estudio debía preceder a cualquier otro. Era preferible a todos los oficios del mundo ("Quiddischin", IV, 10). "Instruye a tu hijo... decía Salomón, ello te consolará y formará la delicia de tu alma" (Prov., 19, 18; 3, 17). Todo piadoso israelita observaba del modo más exacto este precepto. En cada familia judía, apenas el niño comenzaba a balbucear, aprendía pronto algún pasaje de la Ley. La madre le proponía el versículo y el niño lo repetía hasta que lo hubiese aprendido de memoria. Una vez aprendido un versículo, le era enseñado otro, y así sucesivamente. Más tarde se tenía especial cuidado en poner en manos de los niños el texto escrito de los versículos ya aprendidos de memoria. Así eran iniciados en la lectura de modo que, llegando a ser mayores podían completar su instrucción religiosa leyendo y meditando la Ley del Señor. El ardor con el cual los niños correspondían a los cuidados de sus padres era, ordinariamente, admirable. Flavio Josefo exalta el entusiasmo con el cual los jóvenes Israelitas de su tiempo aprendían la Ley y afirma que él mismo, a los 14 años, la conocía totalmente. Si tanto era el ardor y la solicitud de los niños Israelitas en aprender la Ley, es fácil imaginar el ansia y prontitud de la pequeña María, tan inteligente, tan dócil, tan dada a las cosas divinas.

A la educación intelectual iba indisolublemente unida la educación moral. Sobre las rodillas del padre o de la madre, en el santuario de la familia, el niño judío recibía ordinariamente las primeras lecciones de virtud, que son también las más fructíferas. "¿Tienes hijos?, pregunta el Sabio. Edúcalos bien y somételos a la sujeción hasta el fin de su infancia. ¿Tienes hijas? Vela sobre su cuerpo y no les muestres un rostro alegre" (Ecli., 7, 25 y 26).

Sabiendo perfectamente el tesoro que les había sido confiado por Dios, los educadores de María no ahorraban cuidados para desarrollar cada vez más en ella aquellos gérmenes de virtud —sin ninguna mezcla de vicio— que veían despuntar tan espontáneamente en ella con evidente admiración y emoción. Tuvieron también cuidado sus educadores de prepararla para los trabajos propios de las niñas: atender a los quehaceres de la casa, traer agua de la fuente, tejer, etc. En estos trabajos domésticos la pequeña debió también sobresalir.

Desde sus primeros años, desde las primeras manifestaciones de su vida debió aparecer a todos, primeramente a sus padres y después a los demás, como una niña de excepción, una niña que debía hacer brotar espontáneamente en muchos, y repetidas veces, la exclamación: "¡No es como las demás!"

Aquella "plenitud de gracia" y, consiguientemente, de virtudes infusas, teologales y morales, de dones del Espíritu Santo que la hacían docilísima a la moción divina, debía reflejarse vivamente en sus palabras, en sus acciones, en todo su comportamiento. Muy pronto notáronse en ella, no obstante su graciosa vivacidad de niña, gustos bien diversos de los de sus coetáneas. Mientras todos los demás niños, como los de todos los tiempos, siguen el ejemplo de los mayores y se muestran más inclinados a imitar el mal que el bien, la pequeña María por el contrario, seguía decididamente y en todos los instantes de su vida el estrecho sendero del bien y de la virtud. Jamás ninguno pudo descubrir en ella la más mínima sombra de culpa, ni siquiera aquella levísima sombra que oscurece tan fácilmente la vida de los niños más santos. En Ella nada de caprichos, nada de extravagancias, de quereres insensatos, nada de malhumores, ni de gritos, o pataleos; nada de todo esto. En Ella, tampoco, ni la más mínima inclinación al mal, ninguna consecuencia del pecado original. A la armoniosa compostura interna correspondía una no menos armoniosa corrección externa que encantaba, maravillaba, extasiaba. Mientras todos los demás niños se desespe-

ran por corretear por los caminos del pueblo en busca de otros compañeros para divertirse alocadamente, la pequeña María, no obstante su vivacidad y su despierta inteligencia, gustaba quedarse en su casa, cerca de los suyos, recogida, dócil a todas las órdenes.

Mientras todos los demás niños se muestran locuaces, disipados, la pequeña María se muestra ya como la "taciturna" que guarda en su corazón y va rumiando en su mente todo lo que aprende de bello y de bueno. Mientras todos los demás niños son tan difíciles de mantenerse en una oración atenta y devota, la pequeña María, en cambio, continuamente extasiada en Dios, superaba en el fervor de la oración a los más piadosos de entre los adultos. Parecía un ángel orante. Mientras todos los demás niños son tan rebeldes a la obediencia, especialmente en ciertas cosas, la pequeña María se mostraba siempre pronta y perfectamente obediente a la más mínima orden de sus padres o de sus superiores. Mientras todos los demás niños hacen poco caso de las ofensas que se infieren al Señor mediante disputas, groserías, etc., la pequeña María, por el contrario, sufría por ello mucho más que si tales ofensas hubiesen sido dirigidas a Ella o a personas queridas. Dios ocupaba todo su corazón. Vivir con Él en la más íntima unión de mente y de corazón era para Ella una grande, incontenible necesidad. Era la respiración de su alma. Por todos estos singularísimos méritos surgidos, como de una fuente, de aquella particularísima "plenitud de gracia" que adornó siempre, con un maravilloso "crescendo" su alma, la pequeña debió ser la maravilla de todos aquellos que tuvieron la inestimable dicha de conocerla y de vivir cerca de ella. Todos debieron indudablemente repetir aquello que se dijo del Bautista: "¿Quién pensáis ha de ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con Él" (Luc., 1, 66).

1. — Las prácticas religiosas.

Fidelísima en el cumplimiento de todo aquello que estaba prescrito por Dios, María frecuentó siempre, en los tiempos establecidos y con el más vivo sentido de la devoción, más que todos los piadosos Israelitas, las sagradas funciones del Templo de Jerusalén y de la Sinagoga de Nazaret.

Todos los sábados y en los demás días festivos, por la mañana

y por la tarde, se reunía establemente la asamblea. Pero, además de estas reuniones de carácter fijo, se tenían o podían tenerse también otras los Lunes y Jueves y en algunas circunstancias particulares. Para la regularidad de tales reuniones se exigía que estuviesen presentes no menos de diez hombres. El jefe de la asamblea llamado Archisinagogo, anunciaba la oración con la fórmula *bârkû 'ét* (Iehôvâh) "Bendecid a Dios" ("Berachoth", VII, 3). Luego, aquel que había sido encargado por el Archisinagogo daba comienzo a la lectura de un pasaje escriturístico llamado *Shema* (o sea: Escucha), debido a la palabra con la cual comenzaba. Estaba compuesto de tres pasajes del Pentateuco. En el primero (Deuter. 6, 4-9) se manda el amor del único Dios verdadero; en el segundo (Deuter., 11, 13-21) se inculca la observancia de los mandamientos de Dios, y en el tercero (Núm., 15, 37-41) se prescribe que también las franjas del manto sirvan para recordar los mandamientos de la ley de Dios [1].

El *Shema* era para los Israelitas lo que para nosotros es el Sím-

[1] He aquí los tres pasajes (*Deuter.*, 6, 3-9): "Escucha, ¡oh Israel!, y pon cuidado en hacer lo que el Señor te ha mandado, y te irá bien, y serás multiplicado más y más, según la promesa que te ha hecho el Señor Dios de aus padres de darte una tierra que mana leche y miel. Escucha, ¡oh Israel!, el Señor Dios nuestro es el solo Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estos mandamientos que te doy en este día, quedarán grabados en tu corazón, y los enseñarás a tus hijos, y en ellos meditarás sentado en tu casa, y andando de viaje, y al acostarte, y al levantarte, y los has de traer para memoria ligados en tu mano, y pendientes ante tus ojos, y has de escribirlos en el dintel y puertas de tu casa".

Deuter., 11, 13-21: "Si obedeciereis, pues, a los mandatos que yo os intimo hoy, amando a Dios vuestro Señor, y sirviéndole con todo vuestro corazón y toda vuestra alma, dará Él a vuestra tierra la lluvia temprana y la tardía, para que cosechéis granos, y vino, y aceite, y dará heno en los prados para pasto de los ganados, a fin de que vosotros tengáis qué comer y quedéis saciados. Guardaos que no se deje seducir vuestro corazón y os apartéis del Señor y sirváis a dioses extraños y los adoréis; no sea que irritado el Señor cierre el cielo y no caigan lluvias, ni la tierra produzca su fruto, y seáis luego exterminados del fertilísimo país que os ha de dar el Señor. Grabad estas palabras mías en vuestros corazones y en vuestras almas y traedlas atadas para memoria en vuestras manos, y pendientes entre vuestros ojos. Enseñad a vuestros hijos a meditarlas; ora estés sentado, en casa, o andando de camino, y al acostarte y al levantarte. Las escribirás sobre los postes, y las puertas de tu casa: a fin de que se multipliquen tus días y los de tus hijos en la tierra que el Señor juró a tus padres que les daría para mientras esté el cielo sobre la tierra".

Números, 15, 37-41: "Dijo asimismo el Señor a Moisés: Habla con los hijos de Israel, y les dirás que se hagan unas franjas en los remates de sus mantos, poniendo en ellos cintas de jacinto, para que viéndolas se acuerden de todos los mandamientos del Señor, y no vayan en pos de sus pensamientos, ni pongan sus ojos en objetos que corrompan su corazón; mas, antes bien, acordándose de los preceptos del Señor, los cumplan, y se conserven santos para su Dios. Yo soy el Señor Dios vuestro, que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios".

bolo y el Decálogo: esto es, la síntesis de la fe y de la moral, de aquello que se debe creer y de lo que se debe practicar. Era, pues, el alma de toda la religión judaica. Por esto, cuando Jesús fué preguntado por un Escriba cuál era el primero de los mandamientos, respondió inmediatamente citando el comienzo del *Shema* (Marc. 12, 29)[2].

En ningún corazón como en el de María las sublimes exhortaciones del *Shema* debieron grabarse tan profundamente y tan indeleblemente, hasta llegar a ser parte de su propia vida diaria. Nadie amó tanto al único verdadero Dios como Ella. Aún en los más tiernos años, su corazón fué como una hoguera de amor. Nadie como Ella, sirvió a Dios "con todo su corazón y con toda su alma". El precepto de meditar de continuo estas sublimes palabras, ya al sentarse a la mesa, ya al andar por la calle, o bien al acostarse, o al levantarse, Ella, y solamente Ella, lo cumplió del modo más perfecto posible a una criatura. A Ella y sólo a Ella, no sucedió nunca, ni siquiera remotamente, el correr en pos de pensamientos y miradas "que se deshonran en diversos objetos".

A la lectura del *Shema* seguía el rezo del *Shemoné-'Esré* ("18 bendiciones") es decir, una letanía de 18 fórmulas breces de bendición y de alabanza en honor de Dios, inspiradas en los Salmos y en los Profetas, y que expresan adoración, sujeción y confianza hacia el Dios de Israel. Era la oración por excelencia de los Israelitas[3]. Todos sin excepción debían rezarla tres veces por día: a la mañana, al mediodía y a la tarde ("Berachoth", III, 3; IV, 1).

---

[2] Este *Shema* debía ser recitado mañana y tarde, en hebreo o en otra lengua, por todos los Israelitas, con excepción de las mujeres, los esclavos y los niños ("Berachoth", I, 1-4; III, 3; "Sota", VII, 1).

[3] Estas dieciocho bendiciones pueden verse citadas en Schürer: "Geschichte des jüd. Volkes", en "Zeit. I. C.", t. II, ps. 461, 462, y en Staffer: "La Palestine au temps de J. C.", París, 1885, ps. 373-376. Damos aquí una traducción del original hebreo proporcionada gentilmente por el R. P. G. M. Vannucci, O. S. M.

1) Bendito tú, Yahvé, Dios nuestro, Dios de nuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Dios grande, poderoso, tremendo; Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, escudo nuestro y escudo de nuestros padres, esperanza nuestra en cada generación. Bendito tú, Yahvé, escudo de Abrahán.

2) Tú poderoso, humillador de los soberbios, vigoroso, juez de los violentos, vida eterna, resucitador de muertos; tú que haces soplar el viento y haces descender el rocío; que nutres a los vivientes y devuelves la vida a los muertos, en un abrir y cerrar de ojos haces brillar para nosotros la salvación. Bendito tú, Yahvé, vivificador de los muertos.

3) Santo eres y tremendo tu nombre, fuera de ti no hay otro Dios. Bendito contigo, Dios santo.

4) Danos la gracia, oh Padre nuestro, de tu sabiduría, y de comprender

Luego de la lectura del *Shema* y del rezo del *Shemoné-'Esré* procedíase a la lección de la Biblia. El ministro (*hazzan*) entregaba el sagrado rollo a aquel que era designado por el Archisinagogo, el cual daba comienzo a la lectura. Ésta se hacía de pie (Luc., 4, 16), a excepción del libro de Ester, en la fiesta de Purim, en la cual era permitido sentarse. Antes que nada era leída la *Torah,* "Pentateuco", dividida ordinariamente en 154 secciones, de tal modo, que pudiera ser leída íntegramente en el período de tres años. Siete lectores por lo menos se sucedían en el curso de esta lectura: el primero comen-

---

y penetrar tu ley. Bendito tú, Yahvé, distribuidor de sabiduría.

5) Recondúcenos, Yahvé, a ti y volveremos. Renueva nuestros días como hiciste antiguamente. Bendito tú, Yahvé, que aceptas el arrepentimiento.

6) Perdónanos, Padre nuestro, porque pecamos contra ti; perdona y anula nuestras culpas ante tus ojos, porque inmensa es tu misericordia. Bendito Yahvé, generoso en perdonar.

7) Mira nuestra aflicción y defiende nuestra causa, redímenos por tu nombre. Bendito Yahvé, redentor de Israel.

8) Cúranos, oh Yahvé, Dios nuestro, de las aflicciones de nuestro corazón, y aleja de nosotros la angustia y el llanto, y sana nuestras heridas. Bendito tú que curas las enfermedades de Israel tu pueblo.

9) Bendícenos, Yahvé, Dios nuestro, este año, concediéndonos abundancia de mieses, y aproxima rápidamente el día final de nuestro rescate; concede rocío y lluvia a la tierra y colma el mundo con los tesoros de tu abundancia y bendice las obras de nuestras manos. Bendito tú, Yahvé, Dios nuestro, que bendices los años.

10) Toca la trompeta que marcará nuestra liberación, y alza un estandarte para reunir a nuestros exilados. Bendito tú, Yahvé, que recoges los dispersos de Israel.

11) Haz retornar como antaño a nuestros jueces y a nuestros consejeros. Tú sólo reinas sobre nosotros. Bendito tú, Yahvé, que amas el juzgar.

12) No haya esperanza para los destructores, dispersa con rapidez el dominio soberbio, perezcan en un instante nuestros enemigos, sean borrados del libro de la vida y no sean escritos con los justos. Bendito tú, Yahvé, que humillas a los soberbios.

13) Diríjase tu misericordia sobre los justos y concédenos galardón junto con aquellos que cumplen tu voluntad. Bendito tú, Yahvé, esperanza de los justos.

14) Sé misericordioso, Yahvé, Dios nuestro, según tu gran misericordia, con Israel tu pueblo y con Jerusalén tu ciudad y con Sión, habitación de tu gloria y de tu templo, y de tu pueblo, y del reino de la casa de David consagrado por tu justicia. Bendito tú, Yahvé, Dios de David, constructor de Jerusalén.

15) Escucha, Yahvé, Dios nuestro, la voz de nuestra oración y ten misericordia de nosotros, porque tú eres Dios misericordioso y benigno. Bendito tú, Yahvé, que escuchas la oración.

16) Dígnate, Yahvé, Dios nuestro, habitar en Sión para que tus siervos te puedan adorar en Jerusalén. Bendito tú, Yahvé.

17) Declarámoste: Tú eres Yahvé, Dios nuestro, Dios de nuestros padres, por todos los dones de misericordia y de piedad que nos has concedido, y que has hecho con nosotros y con nuestros padres antes que con nosotros. Y si hemos dicho que nuestro pie vacila, tu gracia, Yahvé, nos ha sostenido. Bendito tú, Yahvé, a Ti las mejores alabanzas.

18) Concede tu paz a Israel tu pueblo, sobre tu ciudad y sobre tu heredad, y bendícenos a todos juntos. Bendito tú, Yahvé, que concedes la paz.

zaba con una fórmula de bendición y el último terminaba con otra fórmula análoga. Cada uno debía leer tres o más versículos ("Megilla", IV, 2, 4). Después de la Ley o *Torah* se leía algún pasaje de los "Profetas" (esto es, los libros sagrados que, según el canon hebreo, van desde Josué hasta los Profetas menores) elegido a voluntad del lector ("Megilla", IV, 4). Los varios textos leídos en el original hebreo eran inmediatamente traducidos, para que el pueblo los entendiera, en arameo, la lengua hablada en tiempos de Jesús ("Megilla", IV, 4, 6).

Después de la lectura, tanto de las oraciones como de la Biblia, el Archisinagogo invitaba a uno de los presentes a explicar alguno de los trozos leídos. El que se sintiese capaz, podía ofrecerse a ello espontáneamente, aún sin necesidad de la invitación. Éste se sentaba (Luc., 4, 20), explicaba el pasaje escogido por él y extraía enseñanzas prácticas. Varias veces Jesús mismo cumplió en las sinagogas tal oficio (Mat., 4, 23; Marc., 1, 21; Luc., 4, 15; 6, 6; 13, 10; Juan, 6, 59; 18, 20).

La reunión terminaba con una bendición impartida por algún Sacerdote que formaba parte de la asamblea, o bien, a falta de él, por el heraldo de la misma (el *sheliah sibbûr*). La fórmula de la bendición se halla contenida en el libro de los Números, 6, 22 ss.: "Y el Señor habló a Moisés diciendo: Di a Aarón y a sus hijos: De esta suerte daréis la bendición a los hijos de Israel, diciéndoles:

"El Señor te bendiga y te guarde.

"El Señor te muestre su rostro y tenga misericordia de ti. Vuelva el Señor su rostro hacia ti, y te conceda la paz. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y Yo les bendeciré." Todos respondían: Amén ("Berachoth", V, 4; "Megilla", IV, 3, 5-7; "Sota", VII, 6).

Éste es el ritual según el cual se realizaba la reunión del sábado por la mañana. En la reunión de la tarde, en cambio, era leída solamente la Ley, y sólo tres lectores se sucedían en la lectura ("Megilla", III, 6; IV, 1).

No es difícil imaginar qué santas emociones debían despertar en María estas reuniones del sábado y de las fiestas, en la sinagoga. Particular emoción debía suscitar en su alma la lectura y la explicación de las profecías que se referían al Mesías y a su Madre; la profecía del Protoevangelio, o sea, la promesa del Redentor y de la Corredentora del género humano; la profecía de Isaías sobre la Vir-

gen-Madre del Emmanuel, y de modo particular, aquella en la cual se describían tan al vivo y detalladamente los sufrimientos de Él (Isaías, 52, 13 ss.; 53, 1 ss). Vale la pena citarla aquí por entero:

"Sabed que mi siervo estará lleno de inteligencia; será ensalzado y engrandecido, y llegará a la cumbre misma de la gloria. Al modo que tú fuiste el asombro de muchos, así su aspecto parecerá sin gloria entre los hombres, y su forma despreciable entre los hijos de los hombres. Él rociará a muchas naciones; en su presencia estarán los reyes con silencio; porque le verán aquellos a quienes nada se había anunciado de Él; y los que no le oyeron le contemplarán. "¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Porque crecerá a los ojos de Él como una ramita, y como una raíz en tierra árida. No es de aspecto bello, ni es esplendoroso; le hemos visto, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención hacia él; despreciado, y el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer; y su rostro como escondido y afrentado; por lo que no hicimos ningún caso de Él."

"En verdad Él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos como un leproso, y como un hombre golpeado por Dios y humillado. Mas por causa de nuestras iniquidades fué Él llagado, y despedazado por nuestras maldades; el castigo de que debía nacer nuestra paz, descargó sobre Él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros; cada cual se desvió para seguir su propio camino, y a Él le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros." "Fué ofrecido porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero; como cordero delante del que lo esquila, enmudecerá, y no abrirá la boca. Después de la opresión y condena, fué levantado en alto. La generación de él, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes; por las maldades de mi pueblo le he herido. Los impíos los dará por su sepultura, y un rico por su muerte, porque él no cometió pecado, ni hubo dolo en sus palabras." "Y quiso el Señor consumirle con trabajos; mas luego que él ofrezca su vida por el pecado, verá una descendencia larga; y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma, y quedará saciado. Este mismo Justo, mi Siervo, justificará a muchos con su doctrina y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto, le daré como porción suya, una muchedumbre, y

repartirá los despojos de los fuertes; pues que ha entregado su vida a la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de muchos, y ha orado por los transgresores."

Además del Sábado, todo piadoso israelita podía ir al Templo o a la Sinagoga cada día a fin de hacer oración a Yahvé según su gusto. Es superfluo decir que María se dirigía allí todos los días. Ahí, ante Dios, expandía toda su alma.

Pero, además que en el Templo, la Virgen Santísima oraba también en su casa. Su vida era, más aún, una continua oración. Todo hombre, mujer o esclavo, estaba obligado a hacer preceder y seguir a la comida la oración (Deuter. 8, 10). Ella era recitada por el padre de familia, a condición de que estuviesen presentes por lo menos tres personas; en caso contrario, cada uno la decía por cuenta propia. En la época de Cristo, los Doctores de la Ley habían determinado minuciosamente todo lo que se refería a estas oraciones, las cuales eran obligatorias, aún en el caso de que uno debiese comer solamente una aceituna. Si se hubieran omitido por olvido, debían ser rezadas posteriormente, lo que obligaba por lo menos hasta que los alimentos estuviesen en el estómago ("Berachoth", IV, 5, 7). Para el pan se decía: "Alabado seas, oh Dios Señor nuestro, Rey del universo, que haces brotar el pan de la tierra." Para el vino: "Alabado seas, oh Dios, Señor nuestro, Rey del universo, que has creado el fruto de la vid." Otras veces rezábase así: "Alabado seas, oh eterno Rey del universo, que nutres al mundo todo con tu bondad, con toda tu gracia y misericordia. Él da el pan a toda carne, porque su misericordia es eterna." O también: "Te damos gracias, oh Eterno Rey nuestro, por haber dado a nuestros padres un país anchuroso, escogido y magnífico (Cfr. Deuter., 8, 10); porque nos sacaste de la tierra de Egipto y libertaste de la casa de la esclavitud; por el sello que has impreso en nuestra carne, por tu ley que nos has enseñado, por tus mandamientos que nos mandas cumplir, por la vida que nos has dado, por tu gracia y por tu misericordia." Además estaban prescritas por los Doctores oraciones especiales para cada alimento.

También en el *Salterio* la pequeña María debió encontrar un alimento exquisito y copiosísimo para la profunda religiosidad de su alma.

Este singularísimo Libro de divinas alabanzas, compuesto de 150 Salmos, en su mayoría escritos por David, antepasado de María,

era el más popular de los libros del A. Testamento. Constituía a la vez el texto oficial y el manual privado de las oraciones y de los himnos del pueblo de Israel. Algunos de estos Salmos, desde el 113 al 118, eran recitados en las tres grandes solemnidades judaicas de Pascua, Pentecostés y de los Tabernáculos, en la fiesta de la dedicación del Templo y en las neomenias o primer día del mes. Por consiguiente, también María, al igual que todos los piadosos israelitas, debió adquirir muy pronto una gran familiaridad, más que con todos los demás libros sagrados, con el Salterio davídico. El *Magnificat*, tan rico en reminiscencias bíblicas, nos proporciona de ello una prueba notable. Tanto más cuanto que, perteneciendo los Salmos, en su mayoría, a un antepasado suyo, David, debía considerarlo como una especie de herencia de familia, herencia espiritual, incomparablemente más preciosa que cualquiera otra de índole material. Pero lo que mayormente le interesaba en los Salmos, ya antes, ya después de la Anunciación del Ángel, debió ser, indudablemente, el carácter mesiánico de no pocos de entre ellos, o sea, los salmos destinados a anunciar y preparar el reino de Dios sobre las naciones infieles hasta los extremos confines del mundo. "Los ídolos, así cantan los Salmos, serán abatidos, y los dioses del mundo, es decir, sus príncipes, juntamente con sus pueblos, se unirán al Dios de Abrahán, y llegarán a ser ciudadanos de Jerusalén." Tales son las ideas expresadas en los salmos 89-101, 46, 67, 28-35, etc. En algunos de estos salmos mesiánicos es el mismo Israel, en general, quien somete a las demás naciones y las conduce a Yahvé. En otros, en cambio, precisando más, es un personaje particular, un rey poderosísimo el que, con el precio de sus sufrimientos, extenderá el reino de Dios sobre toda la tierra, dará paz y justicia al convulsionado mundo. Entre los salmos que debían atraer particularmente la devota atención de María aún antes de la Anunciación y, en modo especialísimo, después de ella, sobresalen el 109 y el 21.

El salmo davídico 109 (en el texto hebreo 110), el más célebre del todo el Salterio, exalta al Mesías como Rey y Sacerdote.

"Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,
hasta que yo ponga a tus enemigos
por peana de tus pies.
Desde Sión extenderá el Señor

el cetro de tu poder;
¡Domina Tú en medio de tus enemigos!
Contigo está el principado en el día de tu nacimiento,
en medio de los resplandores de la santidad.
«Te engendré como al rocío
antes de existir el lucero.»
Juró el Señor, y no se arrepentirá:
«Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de Melquisedec.»
El Señor está a tu diestra;
en el día de su ira destrozará a los reyes.
Juzgará a las naciones;
llenará de cadáveres los valles,
quebrantará cabezas en extensa región.
Beberá del torrente en el camino;
por eso tendrá erguida su cabeza."

A este salmo, considerado por todos, en aquel tiempo, como mesiánico, se refirió muchas veces Jesús (Mat., 26, 64; Marc., 14, 62; Luc., 22, 69; Juan., 6, 63).

El salmo 21 ofrecía a la mente y al corazón de María una descripción viva y detallada de los extremos padecimientos y humillaciones del Mesías, precio de la universal salvación.

"¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?
Alejado estás de mis plegarias, de las palabras de mi clamor.
Clamo, Dios mío, durante el día, y no me oyes;
de noche, y no hay descanso para mí.
Tú, empero, habitas en la santa morada, oh gloria de Israel.
En Ti esperaron nuestros padres,
esperaron en Ti, y los libraste.
A Ti clamaron, y fueron puestos en salvo;
confiaron en Ti, y no sufrieron decepción.
Mas yo soy un gusano y no un hombre,
el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe.
Todos los que me miran hacen mofa de mí;
tuercen los labios, menean la cabeza, y dicen:
«En el Señor ha confiado; que Él le liberte;
sálvele, ya que le ama.»

Sí, Tú eres quien me guiaste desde el seno materno;
y mi esperanza, desde que me amamantó mi madre.
Desde las entrañas de mi madre fuí arrojado en tus brazos;
desde el seno materno te tengo por mi Dios.
No te apartes de mí, porque estoy atribulado;
y no hay nadie que me socorra.
Cercado me han numerosos becerros,
toros robustos de Basán me tienen sitiado;
abren su boca contra mí,
como león rampante y rugiente.
Me disuelvo como agua;
todos mis huesos se han desencajado.
Mi corazón está hecho como cera,
derritiéndose dentro de mis entrañas.
Seca está como teja mi garganta,
mi lengua se ha pegado al paladar;
y me has reducido al polvo del sepulcro.
Porque me veo cercado de una multitud de perros;
me tiene sitiado una turba de malvados.
Han taladrado mis manos y mis pies,
puedo contar todos mis huesos.
Ellos me observan, gozándose en verme así.
Repártense entre sí mis vestidos,
y sobre mi túnica, echan suertes.
Mas Tú, oh Señor, no te alejes;
socorro mío, apresúrate a ayudarme.
Libra mi alma, oh Dios, de la espada,
y de las garras del perro, mi vida.
Sálvame de la boca del león,
y de los cuernos de los toros bravos a este pobrecito.
Anunciaré tu nombre a mis hermanos;
proclamaré tus alabanzas en medio de la asamblea.
Oh, vosotros que teméis al Señor, alabadle;
glorificadle, vosotros descendientes todos de Jacob;
todo el linaje de Israel, temedle.
Porque no despreció ni desechó la súplica del pobre;
ni apartó de él su rostro,
y cuando clamó a Él, le oyó.
De Ti vienen mis alabanzas en la gran asamblea;

en presencia de los que le temen cumpliré yo mis votos.
Los pobres comerán y quedarán saciados;
los que buscan al Señor, le cantarán alabanzas:
"¡Que viva vuestro corazón para siempre!"
Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra;
se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes.
Porque del Señor es la realeza;
Él tiene el imperio de las naciones.
A Él solo adorarán todos los que duermen en la tierra;
ante Él se inclinarán todos los que descienden al sepulcro.
Mi alma vivirá para Él,
a Él servirá mi descendencia.
Hablará del Señor a la generación venidera,
y ellos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
"estas cosas hizo el Señor."

Es digno de notar, en este salmo, la alusión a la misma Madre del Mesías que se sacrifica por la salvación del mundo, en aquellas palabras:

"Sí, Tú eres quien me guiaste desde el seno materno;
y mi esperanza, desde que me amamantó mi madre.
Desde las entrañas de mi Madre fuí arrojado en tus brazos;
desde el seno materno te tengo por mi Dios."

¿Qué cosas no debieron decir al corazón de María estas palabras, especialmente cuando comenzó a llevar en su seno y a estrechar en sus brazos al Mesías destinado a la Cruz?

En este clima eminentemente bíblico debía muy pronto florecer y abrirse al beso del sol el espíritu de María, produciendo flores de una divina fragancia.

2. — La espera del Redentor.

Desde sus primeros años, María supo que descendía de la estirpe de David, que era hija del gran Rey y que pertenecía, por consiguiente, no sólo a la nación, sino también a la familia de la cual debía nacer el esperado Mesías. Podemos, entonces, preguntarnos:

¿Qué sentimientos, qué afectos debió suscitar en Ella este gran pensamiento? El recuerdo de las graves faltas de sus antepasados, con las cuales se entrelaza y, muy frecuentemente, se identifica la historia del pueblo elegido, bien conocida de todo israelita, debía despertar en su corazón un ansia inextinguible, una sed ardentísima de expiación. Los graves pecados de su pueblo y, de modo particularísimo de su noble casa, tan beneficiada por Dios, debían pesar de manera humillante, cada día con mayor fuerza, sobre su limpidísima alma, estimulándola a expiar con su pureza y con su oración.

Pero no obstante, bien sabía Ella que una adecuada expiación podía solamente ser ofrecida por el Mesías, esa flor divina de su estirpe; de ahí que encendíase e inflamábase cada día más en su corazón el deseo, el ansia ardiente del Redentor. Multiplicaba así sus ardientes oraciones para que fuesen abreviados los días de la larga, interminable espera, y llegase la hora de la salvación. Tanto más cuanto que en aquellos días la espera del Redentor era universal, si bien ese Redentor había sido transformado por la fantasía y por el gusto depravado del pueblo en un jefe político, en un conquistador que debía desterrar del sagrado suelo de la patria a los odiados Romanos. Ella pedía con un ardor incomparablemente más intenso que el de Simeón, no morir sin antes haber saludado al Salvador esperado que restablecería la paz entre Dios y los hombres. Ella vivía en esta espera y de esta espera.

En este cuadro psicológico, revelador de un alma sedienta de expiación mediante una vida totalmente consagrada a Dios, a fin de apresurar la hora de la venida del Mesías, germina y florece, en el corazón de María, el voto de perpetua virginidad.

3. — El voto de virginidad perpetua.

Del Evangelio se desprende que, en el momento del gran anuncio, la Virgen Santísima estaba ya ligada a Dios —cosa inaudita en una niña hebrea— con el voto de virginidad perpetua. Y en efecto, por la pregunta dirigida al Ángel ("¿Cómo sucederá esto, puesto que yo no conozco varón"?) resulta claro que la elección hecha por ella del estado virginal era mucho más que un simple propósito, por cuan firme y estable se quiera; era un propósito de tal manera unido a cierta *impotencia moral*, que no podía ser cambiado, de modo

que las palabras de la Virgen venían a significar: "No me es lícito conocer varón." Ahora bien, tal impotencia moral no podía originarse más que por dos cosas: o por un precepto de la ley, o por un voto de perpetua virginidad. Mas es evidente que en María no podía derivar de una ley o precepto, porque por ninguna ley o precepto le estaba prohibido unirse en matrimonio o usar del matrimonio ya contraído. Luego esa impotencia moral no podía derivar más que de un voto.

Ofreció, pues, a Dios su integridad virginal porque, iluminada por el Espíritu Santo, comprendió que el don integral de sí misma sería más acepto, más precioso, pues daba a Dios no solamente el fruto, sino también el árbol.

Se suele preguntar comúnmente a qué edad de su vida hizo la Virgen tal voto. Está fuera de duda, como ya lo habíamos apuntado, que Ella emitió semejante voto mucho antes de la Anunciación, como resulta por San Lucas (1, 34). También se cree que esto haya sucedido mucho antes de sus esponsales con S. José. ¿Cuándo? En nuestra opinión, nos parece bastante fundada la sentencia según la cual la Virgen Santísima hizo tal voto en el momento en que comenzó a comprender el objeto propio del mismo, o sea, el uso del matrimonio y la esencia de la virginidad. De tal modo Ella, antes que nadie, no sólo en orden de tiempo sino también en orden de perfección consagró a Dios, en un impulso de inefable amor, la propia integridad virginal y alzó en el mundo el sagrado estandarte de la virginidad en torno al cual un innumerable ejército de almas castas se reúnen en todo tiempo.

4. — La huérfana.

Uno de los puntos más oscuros pero no menos importantes de la vida de María, está constituído por las circunstancias en las cuales hallóse privada de sus amados y santos progenitores, Joaquín y Ana. ¿En qué tiempo se derramó sobre el corazón de la Virgen ese cáliz que suele esparcir tanta amargura en el corazón de los hijos? ¿Asistió María a su piadosísimo tránsito? ¿Conocieron ellos claramente, antes de cerrar los ojos a la tierra, la gloriosa misión a la cual había sido destinada por el cielo su dilectísima hija? He aquí otras tantas preguntas a las cuales nada de cierto puede responder la historia.

Nos vemos constreñidos, a falta de algo mejor, a contentarnos con algunos tenues y vagos indicios.

Según el Monje Epifanio († cerca del año 810)[4] y Jorge Cedreno († alrededor del 1058)[5], la Virgen Santísima habría perdido a sus amados padres cuando tenía casi 12 años de edad. Los mismos afirman que Joaquín murió a la edad de 80 años y Ana a los 79. Es superfluo poner de relieve que se trata de testimonios muy tardíos. Empero, puede tenerse como cierto que a la muerte de Cristo los dos santos progenitores de María no se hallaban ya entre los vivos, sea porque, muy probablemente hubiesen sido harto avanzados en edad, sea porque Jesús, de haber vivido los padres de María, no habría confiado su Virgen Madre a los cuidados filiales de S. Juan.

Respecto a las circunstancias del sepelio y de los funerales, podemos retener como cierto que todo se desarrolló conforme las costumbres palestinenses de entonces que, según los arqueólogos, no son muy diferentes de las de hoy. Apenas acaecido el deceso los parientes o, a falta de ellos, los amigos cerraban los ojos al difunto y preparaban la "toilette" fúnebre. Vendaban las manos y los pies con pequeñas gasas, y envolvían el cadáver en un lienzo aromado y perfumado (II Paralip., 16, 14). Depositaban luego el cadáver sobre un féretro (II Reyes, 3, 31), llamado lecho *(mittâh)* de modo que el rostro quedase visible (IV Reyes, 13, 21; Luc., 7, 14), y era depositado en el centro de la única pieza de la casa o bien en la cámara alta (Act., 9, 37). Los despojos eran rodeados por parientes y por los amigos llorando y gimiendo (Act., 9, 39). Pocas horas después, dado el clima cálido, se efectuaba el sepelio de los restos.

Algunos amigos u otras personas, en un féretro sostenido en los hombros, llevaban a sepultar el cadáver fuera de la ciudad. Lo seguían parientes y amigos, con demostraciones de dolor a la manera oriental, es decir, con gritos y lamentos; se rasgaban los vestidos, se cubrían la cabeza con ceniza y polvo, y había quienes llegaban a arrancarse los cabellos (II Reyes, 3, 32; III Reyes, 13, 30; Jeremías, 22, 18; 34, 5). Se pagaban a algunas mujeres para que llorasen. Éstas, según la descripción de S. Jerónimo, caminaban majestuosamente con los cabellos sueltos, con el pecho desnudo, invitando con sus cantos a aquellos que pasaban a tomar parte en sus lamentaciones (Ecles., 12, 5; Jerem., 9, 17; Mat., 9, 23). Algunos músicos tocaban

[4] "Compend. Hist.", p. 183, edic. Parisiense, Veneta, p. 147, n. 85.
[5] "De vita B. Mariae", n. 5, P. G. 120, 191 B.

en sus flautas canciones lúgubres (Jerem., 48, 3; Mat., 9, 23). Hasta el más pobre israelita debía procurarse (según el Talmud, "Ketuboth", IV, halac. 6, y "Baba Metsiah", IV, halac. 1), por lo menos dos tocadores de flauta y una *llorona,* es decir, una mujer encargada de llorar continuamente durante la ceremonia. Ordinariamente, las lamentaciones fúnebres consistían en tejer el elogio del difunto (II Reyes, 3, 33-34).

Como es evidente, los funerales hebreos eran un simple acto de vida familiar, como las bodas. La religión y el sacrificio no tenían allí ninguna parte, careciendo de rito religioso.

Según este ceremonial fúnebre, sustancialmente idéntico para los ricos y para los pobres, se desarrollaron los funerales de los progenitores de María. La resignación a las amorosas disposiciones de la Providencia divina, llevada al más alto grado, no impidió a la humilde huérfana sentir en toda su amargura esta doble e irreparable pérdida. Al quedar sola sobre la tierra, intensificó siempre cada vez más el anhelo de su mente y de su corazón hacia el cielo.

LOS DESPOSORIOS[1]

El Evangelio nos hace saber que, en el momento de la Anunciación, la Virgen Santísima estaba ya "desposada", o sea, prometida en matrimonio[2], "con José, de la casa de David" (Luc., 1, 26-28).

En torno a este punto nada secundario en la vida de María, surgen espontáneas las preguntas siguientes: ¿Cuándo?, ¿por qué?, ¿cómo y con quién se unió María en matrimonio? A todas estas preguntas puede darse una respuesta satisfactoria si se tienen presentes los datos evangélicos y las costumbres de los Palestinenses.

1. — ¿Cuándo?...

En primer lugar, ¿cuándo llegó a ser esposa María? Para responder a esta pregunta es necesario interrogar a las costumbres hebreas de aquel tiempo. Pues bien, según estas costumbres, el matrimonio se efectuaba ordinariamente en la edad núbil, es decir, a los dieciocho años para los jóvenes y no antes de los doce para las jóvenes.

Llegada, pues, alrededor de los doce años, María debió también decidirse por el matrimonio. He dicho: *alrededor* de los doce años. Puesto que los doce años era la edad núbil, no se sigue que ordina-

---

[1] Cfr. U. Holzmeister: "Quaestiones Biblicae de S. Joseph", en "Verbum Domini", 24 (1944), 202-214. – Joh. Buxtorfius: "De sponsalibus et divortiis"; Blas. Ugolini: "Thesaurus", 30, 1-158. – L. Avouva Macel: "La formation du Mariage en Droit Biblique et Talmudique", París, 1935, ps. 93-111.

[2] La palabra griega μνηστευθείσης es usada en los Evangelios para designar ya sea la "prometida" (Mateo, 1, 18) como la "desposada" (Luc. 2, 5). De donde surge la cuestión de si en el momento de la Anunciación la Virgen Sma. era simple prometida o bien esposa. Son partidarios del simple desposorio (que tenía sin embargo, el valor de un verdadero contrato matrimonial), San Cirilo de Jesusalén ("Cat.", 12, 31, P. G. 33, 764), San Epifanio ("Haer.", 51, 11. P. G. 41, 908 B), San Cirilo de Alejandría ("In Luc.", 2, 5, P. G. 72, 484 D), etc. Esta es la opinión hoy más común entre los exegetas. Son, en cambio, favorables al matrimonio propiamente dicho: Orígenes ("In Luc.", L. 6, P. G. 13, 1814), el Autor del "Opus imperfectum" (P. G. 56, 631), San Juan Crisóstomo (P. G. 57, 42), Santo Tomás ("S. Teol.", 3, q. 29, a. 2 ad 3) y algunos autores modernos, entre los cuales figura el Cardenal Lépicier, etc.

riamente las jóvenes hebreas se casasen en esa edad que es, por lo demás, demasiado tierna. Por consiguiente, ese "alrededor" nos da el derecho de fijar la edad del matrimonio de María entre los catorce y dieciocho años.

2. — ¿Por qué?...

No hay duda: María habría prescindido voluntariamente del matrimonio. Se decidió no obstante, por él, porque el mismo le fué presentado como muy conciliable con su voto de virginidad. Se decidió a él, además, porque esa era la costumbre común a la cual ninguna joven hebrea, y mucho menos una descendiente de David, de cuya estirpe debía surgir el Mesías, podía moralmente sustraerse. Todas, sin ninguna excepción, debían escoger el estado matrimonial. El renunciar a ello habría aparecido a los ojos de todos como una verdadera anomalía que exponía a quien tal hiciese a ser señalada con el dedo como extraña e inconcebible. Por lo cual todavía hoy los Palestinenses repiten como proverbio: "o el matrimonio o la tumba". Permanecer virgen, morir sin el afecto de un marido, sin el orgullo de un hijo, era reputado por todos como una verdadera desgracia. Por esto las mujeres de Israel lloraban cada año a la desventurada hija de Jefté que murió virgen por seguir un insensato voto paterno. Dada esta mentalidad, la Virgen Santísima no podía, evidentemente, sustraerse al matrimonio sin inconvenientes y sin ser molestada por continuas e insistentes preguntas. Inspirada, pues, por Dios, Ella tuvo la certeza de que Él le haría encontrar en su camino un hombre que, además de ser su apoyo, estuviese animado por el mismo sentimiento, arrebatado por el mismo ideal. Tanto más cuanto que no faltaban en aquel tiempo hombres consagrados al celibato. Tales los Esenios, por ejemplo, los cuales vivían especialmente en el oasis de Engaddi, junto al Mar Muerto. El célebre naturalista Plinio nos los describe como "un pueblo solitario, maravilla sin igual en el universo, pueblo en el cual no nacían hijos y que, no obstante, se perpetuaba siempre" ("Naturalis historia", lib. V, cap. 17). Formaban una especie de asociación religiosa de casi 4.000 personas, consagradas al celibato, con una perfecta vida común de silencio, oración y trabajo. No faltaban, pues, en aquellos tiempos, ejemplos de hombres atraídos por el ideal de la virginidad. No hay por qué maravi-

llarse, por tanto, si encontramos una tal aspiración en San José, destinado por la Providencia a ser el virginal esposo de María.

Este ideal de pureza por parte de aquellos dos jóvenes corazones entraba admirablemente en el plan divino respecto a la concepción virginal del Mesías. Considerado bajo esta luz, el matrimonio virginal de María con José se nos aparece como muy conveniente. Santo Tomás ha llegado a aducir tres órdenes de conveniencias, deduciéndolas por parte de Cristo, por parte de la Virgen misma y por parte nuestra.

El primer orden de conveniencias lo encontramos POR PARTE DE CRISTO.

Era conveniente *a fin de que Cristo no fuese rechazado como ilegítimo.* Llegado Él a este mundo con el objeto de enseñar una nueva y más alta vía de perfección, era necesario que su nacimiento estuviese inmune de toda sospecha, aunque lejana, de pecado: cosa que no se habría obtenido si Él hubiese nacido de una Virgen no desposada. De hecho, los judíos y los infieles, incapaces por su mente grosera y carnal, de elevarse a la altura de misterios tan excelsos y sublimes, habrían rechazado indudablemente a Jesús como ilegítimo.

Era conveniente, además, *por la genealogía del Salvador* a fin de que, según el modo acostumbrado, fuese descrita mediante la línea masculina. Debiendo, pues, nacer el Mesías de la estirpe de David, y siendo costumbre de la Escritura y de los pueblos describir la genealogía siguiendo la línea de los varones, si la Virgen Santísima no se hubiese unido en matrimonio, los Judíos habrían tenido ocasión de calumniar a Cristo como no nacido de la estirpe de David, sino de un padre desconocido.

Era conveniente *a fin de que el parto divino estuviese escondido al demonio,* el cual creía que Jesús había nacido no de una Virgen, sino de una mujer común. A este propósito observaba ya Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, que el demonio, en virtud de su naturaleza, puede conocer muchas cosas que, sin embargo, Dios no le deja conocer. Y así, puede afirmarse que, en virtud de su naturaleza, el demonio habría podido conocer que María era Virgen, pero que tal conocimiento no le fué permitido por Dios, por lo menos durante todo el tiempo en que era conveniente que Jesucristo no fuese conocido abiertamente como Hijo de Dios.

Finalmente, era conveniente *a fin de que fuese alimentado por José.* Habiéndose revestido con nuestra misma naturaleza, debió sentir

también él la necesidad de un hombre que le proveyese de todas las cosas necesarias para la vida, cosas que la B. Virgen solamente, su madre, no habría podido suministrar. Esta necesidad se hizo sentir especialmente en la fuga y en el destierro en Egipto.

Si fué muy conveniente por parte de Cristo, el matrimonio de María con José, no lo parece menos POR PARTE de la VIRGEN SANTÍSIMA. Era conveniente que Jesús naciese de una virgen desposada, por tres razones; a saber: para que María fuese preservada del castigo, esto es, para que no fuese lapidada por los Judíos como adúltera; para que fuese librada de la infamia, la cual fácilmente habría tenido lugar por el simple hecho de haber sido vista en estado de gravidez; y para que la Virgen Santísima tuviese un ministro fiel en las *cosas temporales.*

En tercer lugar, RESPECTO A NOSOTROS, la conveniencia de este matrimonio resulta de cinco razones:

1) Fué conveniente *a fin de que San José fuese testigo del parto virginal de María.* Habiendo él sido testigo de la perpetua virginidad de María comprobó, con su modo de obrar, que Cristo había nacido de una virgen. Pues a San José habría pertenecido acusar a su esposa y hacerla condenar, si no hubiese reconocido tal milagro.

2) Fué conveniente *para que se tornase más creíble la virginidad de María.* Si la Virgen, permaneciendo núbil, hubiese asegurado haber dado a luz a Jesús de una manera prodigiosa, se habría podido pensar en una excusa, en un expediente cualquiera para encubrir el pecado. Mas habiendo llegado a ser madre cuando se hallaba ligada ya con el vínculo matrimonial, tornábase más aceptable su afirmación de ser virgen, por cuanto, si esto no hubiese sido verdadero, su esposo habría podido contradecirla.

3) Fué conveniente *para dar un ejemplo a las vírgenes,* enseñándoles a usar los medios para evitar ser difamadas.

4) Fué conveniente *para que fuese simbolizada la unión de Cristo con la Iglesia católica,* la cual, permaneciendo virgen, fué desposada por Cristo.

5) Fué, finalmente, conveniente *a fin de que en una sola persona se veneraran unidos la virginidad y el matrimonio,* para eterna condenación de aquellos que, como sucedió, lanzarían invectivas o contra la virginidad o contra el matrimonio *. En este singular connubio

* Es de hacer notar que los primeros impugnadores del matrimonio fueron los gnósticos y encratitas, sectas heréticas del siglo II. En cuanto a los primeros

fué honrado lo mejor, la virginidad, y no fué de ninguna manera reprobado el matrimonio, también él instituído por Dios.

No han faltado quienes, no acertando a conciliar la virginidad con el matrimonio, han puesto en duda y hasta negado la veracidad del matrimonio entre María y José [3]. Empero, es necesario decir que semejante hecho está fuera de toda duda. Son demasiado claros y explícitos los testimonios de la Sagrada Escritura, y contra ellos cualquier duda, cualquier negación choca y se despedaza.

Para no citar más que algunos, en San Mateo, José es llamado *Esposo* de la Virgen: *Ioseph autem vir eius* (Mat., 1, 19). Y la circunstancia en la cual le es dado este título nos hace comprender mejor su fuerza: se trataba del conocimiento tenido por él de la maternidad de María, conocimiento que le procuró las más acongojantes aprensiones. Ahora bien, ¿con qué derecho habría sido él el primero en poseer tal conocimiento?... ¿Cuál el motivo de las perplejidades que le atormentaban y su propósito de dejar secretamente a María, si realmente él no hubiese sido su esposo?...

En el versículo siguiente el mismo San Mateo que había llamado a San José con el título de Esposo, llama a la Santísima Virgen con el nombre de *Esposa*: "José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa: *Noli timere accipere Mariam coniugem tuam*; y nos da la razón: "Porque lo que se ha engendrado en ella es obra del Espíritu Santo".

Obediente a las órdenes del cielo, José recibe a María, su esposa, *"accepit coniugem suam"*. Lo vemos después ir de Nazaret a Belén para el censo prescrito por Augusto, y también aquí el Evangelio tiene buen cuidado de decirnos que él estaba "juntamente con María, su esposa".

¿Puede exigirse una expresión más clara que ésta: "María, esposa de José"? (Mat., 1, 20)[4].

---

que atacaron el estado de virginidad aparecen los protestantes, a los que siguieron los modernos racionalistas negando la posibilidad de la continencia. (N. del T.).

[3] Así opinan Julián Pelagio (Cfr. San Agustín: "Contra Julianum", 5, 12, 46, P. G. 42, 810); Graciano (C. 44 y 45 Causae, 27, q. 2, ed. de Friedberg 1, 1075 s.); Teofilacto ("In Matth.", I, 18, P. G. 123, 115 B), Eutimio Zigabeno ("In Matth.", 1, 18, P. G. 129 D.).

[4] Así opinaron comúnmente los Padres y los Escritores Eclesiásticos, tanto Griegos como Latinos. Entre los Griegos son dignos de mencionar: S. Juan Crisóstomo (P. G. 57, 42) y Teodoreto ("In Deuter.", interr. 24, P. G. 80, 428 C). Entre los Latinos: San Ambrosio ("In Luc.", l. 2, n. 5, P. L. 15, 1555 A) y San Agustín ("De nuptiis et concupiscentia", 1, 11, 12, P. L. 44, 100). San Jerónimo, con algunas de sus expresiones ("In Ep. ad Galatas", 4, 4 y 5, 8, P.

En vano se objeta que los Evangelistas no hablan según la *realidad* de las cosas, sino según la común estimación de aquellos que conocían a María y a José. Éstos, dicen, no eran realmente marido y mujer, sino que solamente pasaban por tales ante sus conciudadanos, quienes nada sabían de su vida virginal, de tal modo que Jesús era comúnmente tenido por hijo de José, cuando en realidad no lo era.

¡Falso! Se explica y se puede explicar muy bien que los Judíos, contra la realidad de las cosas, creían a Jesús hijo de José; pero no se explica y no se puede explicar cómo comúnmente María y José fuesen considerados marido y mujer respectivamente, cuando en realidad no lo eran. Concretando: que la verdadera paternidad permanezca escondida, se explica: ella supone un hecho reservadísimo, íntimo. El matrimonio, en cambio, era cosa pública, inseparable de ciertas solemnidades legales, mediante las cuales, del modo más fácil, se podían conocer aquellos que se hallaban ligados por el vínculo matrimonial.

Además, nada en la Sagrada Escritura indica que los títulos de esposo y de esposa, atribuídos respectivamente a José y a María, debían entenderse en sentido limitado (a la sola opinión pública); por el contrario, las mismas Sagradas Escrituras tienen cuidado de decirnos en qué sentido Nuestro Señor Jesucristo es llamado a veces hijo de José: *ut putabatur, según lo que se creía.*

Por lo demás, supuesto y no concedido que los hombres se hayan podido equivocar al juzgar acerca de las reales relaciones que existían entre María y José, este error no era ciertamente posible de admitir en los Ángeles. Ahora bien, los Evangelistas nos refieren que no solamente el pueblo, sino también los Ángeles reconocían en María a la *Esposa* de José. Y en efecto, el Ángel se aparece a José para disipar su acongojante estado y le dice: "No temas en recibir a María por tu esposa".

Finalmente, se puede añadir que, de la general convicción de los Judíos según la cual Jesús era *hijo de José,* se podría sacar un nuevo apoyo para nuestra tesis observando que esta presunción no podía

---

L. 26, 372 AB, 414 B) es contrario más en apariencia que en realidad. Otro tanto parece que puede decirse de S. Máximo de Turín ("Serm.", 53, P. L. 57, 639 A).

Los Doctores escolásticos de la Edad Media (Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo, Santo Tomás, etc.) han defendido vigorosamente la realidad del matrimonio de María Santísima con San José.

reposar sino sobre el *hecho social,* universalmente admitido, del matrimonio de María con José.

Pero juzgamos inútil insistir. Más bien preguntémonos: ¿Cómo conciliar el voto absoluto de perpetua virginidad hecho por María, con el matrimonio por ella contraído?... No es tan fácil responder. Y lo difícil no consiste, como observa juiciosamente Campana [5], en comprender cómo José y María, aunque desposados, hayan podido vivir vírgenes. En efecto, es fácil distinguir entre *los derechos* que otorga el matrimonio y el *uso* de estos derechos: cosas muy diferentes entre sí. Si la esencia del matrimonio estuviese constituída por el *uso* sucedería, por consiguiente, como justamente observa S. Agustín contra Juliano, que la cesación del uso destruiría el indestructible vínculo matrimonial. Lo cual es absurdo. Así, por ejemplo, una barca ya es perfecta en *su ser de barca* no bien las varias partes que la componen se hallan ensambladas entre sí de modo que pueda ser lanzada a las olas, aun antes de que sea puesta en uso. Ella puede llamarse ya barca, independientemente del uso. Otro tanto debe decirse del matrimonio. Él es, para todos indistintamente, un *contrato*; y para los cristianos, un contrato-sacramento mediante el cual los dos contrayentes, libres para disponer de la propia persona, se dan irrevocablemente el uno al otro con el fin de tener hijos. Como todo otro contrato, también el contrato matrimonial es perfecto en su forma, esto es, en su ser de contrato apenas es dado el consentimiento de ambas partes, en las condiciones requeridas por la autoridad legítima.

En virtud de este contrato los esposos adquieren derechos, destinados en el curso ordinario de las cosas, a propagar la familia humana según las palabras del Creador: "Creced y multiplicaos" (Gén., 1, 28). En esto consiste el fin primario del matrimonio.

Es claro que la primera de estas dos perfecciones debe preceder a la segunda, y hasta puede existir sin ésta.

La dificultad, pues, como hemos ya apuntado, no está en comprender el modo en que María y José, aunque cónyuges, vivieron vírgenes. Tal dificultad se desvanecería prontamente en el caso de que se admitiese que María hizo el voto de virginidad inmediatamente después de haber contraído nupcias con José. No sería éste el único caso. Muchos otros cónyuges, inflamados por el deseo de consagrarse enteramente a Dios, ofrecieron a Él en acto solemne su integridad

[5] "Maria nel Dogma católico", ed. 4, p. 789 y sgtes.

virginal. Así hicieron, por ejemplo, Marciano y S. Pulqueria, S. Enrique y Santa Cunegunda. ¿Por qué no habrían podido hacer otro tanto María y José? Mas la opinión de que la Virgen Santísima haya aguardado a hacer el voto de virginidad después del matrimonio, no parece aceptable. Se opondría demasiado a la idea que se ha formado la Iglesia de María, la Virgen por excelencia. ¿Cómo, pues, conciliar el matrimonio con su voto de virginidad?

Algunos han pensado que María y José, en el acto mismo de concertar el matrimonio, se habrían prometido explícitamente que quedarían siempre vírgenes. En sí misma, esta hipótesis no tiene nada de repugnante; nos parece, no obstante, que no se halla muy en armonía con la índole de la Virgen, tan humilde y reservada. Ella era de una discreción singularísima, y esta discreción la usaba con todos, hasta con las personas más íntimas, hasta con José. Así, por ejemplo, también a él calla el gran misterio cumplido en ella después de la Anunciación del Ángel, no obstante que este silencio resultase tan atormentador tanto para él como para ella.

Por consiguiente, la hipótesis más probable, que es también la de Santo Tomás [6] y de los mejores mariólogos, nos parece la siguiente: María estuvo continuamente animada por este sublime sentimiento: abandonarse completamente, continuamente, ciegamente, sin reservas, sin discusión, en los brazos de la Providencia divina. A esto tendían todas sus oraciones, toda su vida: conocer el querer divino y seguirlo. Y pues que la Providencia divina es siempre munífica hacia los que se abandonan a ella, hízole conocer de manera admirable su designio en cuanto a la unión con San José. Dios hizo sentir a María, no importa saber de qué modo concreto, la certeza de que aquel matrimonio no sólo no traería menoscabo alguno a su virginal pureza, sino que era para ella indispensable. Y María aceptó de la mano misma de Dios la mano de José, el cual a su vez se hallaba animado por el mismo sentimiento de su castísima esposa [7].

---

[6] Santo Tomás enseña expresamente que la Virgen, al hacer su voto de virginidad "fué asegurada divinamente de que José se hallaba animado por la misma intención, por lo cual, desposándose, no se expuso al peligro" ("In IV lib. Sent". dist., 30, q. 2, a. 1, ad. 2). San Buenaventura también escribió que la Virgen Santísima había conocido esto "por divina inspiración, o quizás porque le fué manifestado por San José" ("In IV l. Sent.", dist. 28, q. 6, concl., "Obras", 4, 696).

[7] No parece, pues, admisible la sentencia de San Agustín. Según este Santo Doctor, José, en el acto de ser prometido a María (o sea, en la primera fase del matrimonio: el desposorio, que tenía, sin embargo, toda la fuerza del contrato matrimonial), habría tenido intención de consumar a su debido tiempo

"Comprendemos bien, observa Campana (loc. cit., p. 729), que estas nupcias destinadas a no tener descendientes, antes bien contraídas precisamente porque garantizaban la integridad virginal, debían presentarse circundadas por una aureola de misterio hasta para el espíritu de María, que en este punto se hallaba bien lejos de sospechar a qué grandes cosas Dios la tenía reservada. Mas la oscuridad que envuelve las obras y los procedimientos de Dios podrá, sí, chocar y disgustar la susceptibilidad de las mentes indóciles y soberbias, pero jamás incomoda a aquellos que humildemente se confían a Dios y se dejan conducir por Él. Por esto, María entró sin titubear en el estado matrimonial, a pesar de las sombras que velaban su porvenir, porque en esta oscuridad Ella se sentía sostenida por la mano del Dios omnipotente. En las místicas comunicaciones que frecuentemente tenía con Dios, muchas veces sintió resonar en su alma aquella verdad que más tarde Jesús repetiría a uno de sus Apóstoles, reacio a creer: *"Bienaventurados los que sin haber visto han creído"*.

De hecho, el matrimonio de la Virgen, lejos de echar sombra sobre su candor, no hace sino hacer resaltar más particularmente su esplendor incomparable. Como dos lirios unidos entrelazan su perfume sintiéndose más prontamente y más lejos su fragancia, así, en la unión de José y de María aparece mejor que en ninguna otra parte de qué modo sus corazones estuvieron limpios de toda sensual relación, y cuán ardientes era en ellos el celo por emular a los Ángeles en su pureza inalterable. Nada hay de terreno en la unión de María y de José. Todo lleva la huella del cielo. Sus vidas eran dos vidas fusionadas en una sola para poder así, en redoblado impulso, elevarse a Dios. José era el custodio elegido por Dios para proteger el pudor de su Madre; y ésta, con su presencia, con su trato, con su encanto, encendía cada vez más en su esposo el amor a la castidad. Algo de las costumbres angélicas que florecían en el bendito hogar de Nazaret debía ciertamente traslucirse también en el público que lo rodeaba; pero ¡qué lejos estaba éste de formarse una idea exacta de la inexpresable pureza que tornaba a María y a José venerandos para los Ángeles, y sumamente caros a Dios! Bossuet ha intentado penetrar este misterio, y sus profundas meditaciones han dictado a su elocuencia este trozo que fija y describe de la mejor manera a nos-

(o sea, después de la introducción de María en su casa) el matrimonio. Mas ante el milagro de la concepción virginal de María, habría cambiado de idea permaneciendo virgen ("Contra Julianum Pelagianum", 5, 12, 48, P. L. 44, 811).

otros posible el prestigio que a la virginidad de María da el hecho de su unión con José. "En la unión de María con José, dice, San Agustín ve sobre todo el contrato con el cual se ligan mutuamente; y es precisamente aquí, en la donación mutua, donde es preciso admirar el triunfo de la pureza asociada a la verdad de este matrimonio. Porque María pertenece verdaderamente a José, y José a María, toda celestial, como es verdad que entre ellos existe un verdadero matrimonio, en cuya virtud uno se da al otro. Mas, ¿de qué modo se dan mutuamente? Pureza, he aquí tu triunfo. Ellos se dan uno a otro su virginidad, y sobre esta virginidad se ceden recíprocamente un mutuo derecho. ¿Cuál? El de conservar ambos esta virginidad. Sí, María tiene derecho de custodiar la virginidad de José, y José tiene el derecho de custodiar la virginidad de María. Ni uno ni otro pueden disponer de ella, y toda la fidelidad de este matrimonio consiste en custodiar la virginidad. Ésta es la promesa que los asocia; éste es el pacto que los une. Son dos Virginidades que se unen para conservarse mutuamente hasta la eternidad, mediante una casta correspondencia de deseos púdicos, como dos astros que no entran en conjunción sino cuando entrelazan su luz. Tal es el vínculo de este matrimonio, tanto más estable, dice San Agustín, cuanto más inviolables deben ser sus promesas, precisamente porque son más santas."

Y para describir el mutuo amor que se tenían María y José, el príncipe de los oradores sagrados añade: "¿Y quién podría expresar el amor conyugal de esta pareja afortunada? Porque, oh santa virginidad, vuestras llamas son tanto más fuertes cuanto más puras e independientes son, y el fuego de la ternura que arde en nuestros cuerpos, jamás podrá igualar el ardor que acompaña a los santos abrazos de los espíritus ligados juntamente por el amor de la pureza... Mas, ¿dónde jamás este amor totalmente espiritual existió en forma tan perfecta como en el matrimonio de San José? Allí el amor no tenía nada de terrestre, todas sus llamas y sus deseos tendían precisamente a la conservación de la virginidad; y no se requiere mucho para persuadirnos. Pues, decidme, oh celestial José, ¿qué es lo que vos amasteis en María? Ah, ciertamente no era la belleza mortal, sino aquella otra belleza escondida e interior cuyo ornamento más precioso era la virginidad. Era, pues, la pureza de María lo que constituía el objeto de sus ardores, y mientras más amaba él esta pureza, más quería custodiarla y guardarla, tanto en su santa esposa como en sí mismo, pues tenía con ella una perfecta y plena unidad de corazón: su amor

conyugal, pues, emprendía un nuevo camino y se aplicaba totalmente a custodiar la virginidad de María. ¡Oh amor divino y espiritual!... Las promesas de María y de José son totalmente puras, y su amor perfectamente virginal" [8].

3. — ¿Cómo?...

Luego de establecer el tiempo y las diferentes razones del matrimonio de María con José —verdadero matrimonio no obstante el voto de virginidad—, pasemos ahora a describir, en base a las antiguas costumbres hebreas, el modo cómo se efectuó [9].

El matrimonio entre los hebreos como, asimismo, entre todos los pueblos, comprendía dos fases o actos, más o menos distintos: la promesa matrimonial y el matrimonio propiamente dicho, es decir la introducción de la esposa en la casa del esposo [10].

---

[8] "Premier paneg. de Saint Joseph".

[9] Totalmente fantástica e inverosímil es la descripción del matrimonio de la Virgen hecha por los apócrifos. Según ellos "María vivía en el Templo, alimentada como una paloma y recibiendo el alimento de manos de los ángeles. Cuando tuvo doce años realizóse una asamblea de Sacerdotes que dijeron: He aquí que María ha llegado ya a los doce años en el Templo del Señor (esto es, ha llegado a ser mujer); ¿qué debemos hacer de ella? Y hablaron así al Sumo Sacerdote: Tú puedes acercarte al altar del Señor, entra en el Santo de los Santos y ruega por ella, y aquello que el Señor te revelare, eso haremos. Y el Sumo Sacerdote tomó el amuleto de 12 campanillas y entró en el Santo de los Santos y oró por ella. Y he aquí que se le apareció un Ángel de Dios y le dijo: Sal y reúne los viudos de todo el pueblo y que cada uno lleve consigo una vara. María será la esposa de aquél a quien el Señor señale con un signo. Inmediatamente los heraldos recorrieron toda la Judea tocando la trompeta del Señor, a cuyo son acudieron todos. José arrojó la segur y se apresuró a reunirse con los demás; cuando todos se hallaban listos con sus varas, fueron adonde estaba el Sumo Sacerdote. Él las recogió todas y se fué al Templo a orar. Terminada la oración tomó nuevamente las varas, salió y las restituyó a cada uno, pero ningún signo se manifestó. Faltaba entregar la última vara, que pertenecía a José, y he aquí que al recibirla una paloma salió del tallo y voló sobre la cabeza de José. (Otros apócrifos hablan del repentino florecimiento de la vara en un hermoso lirio). Entonces el Sacerdote le dijo: Tú has sido destinado por la suerte a tomar bajo tu protección a la Virgen del Señor. Pero José se oponía diciendo: Tengo hijos y estoy viejo; ella, por el contrario, no es más que una jovencita. Temo ponerme en ridículo ante los hijos de Israel. Entonces el Sumo Sacerdote le habló así: Teme al Señor Dios tuyo y recuerda lo que hizo con Datán, Abirón y Coré, ante quienes la tierra se abrió tragándolos a causa de su rebelión. Y atemorizado José, tomó a María bajo su protección diciéndole: Te recibo del Templo del Señor y te dejo en su Casa a fin de ir a terminar mis trabajos; luego retornaré; el Señor cuidará de ti mientras tanto".

[10] El primero de tales actos (la promesa matrimonial) era llamado, según la terminología rabínica *'erûsîn* (= esponsales), o bien *aiddûsîn* (= santifica-

En un principio, el cuidado de escoger un esposo o una esposa para los propios hijos correspondía, entre los Hebreos, a los padres o a quienes hacían sus veces en caso de que ellos hubiesen ya fallecido.

Estas prácticas se llevaban a cabo aun antes que los dos futuros esposos se hubiesen encontrado (Gén., 24, 3; 38, 6). Más tarde, sin embargo, los mismos jóvenes comenzaron a escoger sus futuras compañeras. Según el Talmud ("Taanith", 4, 5), dos veces al año las muchachas de Jerusalén, vestidas de blanco, iban a bailar a las viñas repitiendo la admonición: "Oh joven, mira y trata de escoger bien; no te fijes en la belleza, sino más bien consulta a la familia; porque la amabilidad es mentira y la belleza es vana. La mujer que teme a Dios será alabada". No obstante, aun cuando un joven hacía por sí mismo la elección, la petición era presentada siempre por sus padres al padre de la joven elegida (Jueces, 14, 2). Se fijaba entonces, entre el padre del joven y los parientes de la joven, el *mohar* o precio a entregarse para indemnizar de tal modo a la familia del daño derivado por la "pérdida de una trabajadora". Entre los pobres el *mohar* (que constituía la *dote* de la esposa) estaba representado principalmente por objetos caseros o por vestidos. En cambio, entre los de posición desahogada se añadían a los objetos ya dichos, propiedades, hacienda, dinero y alhajas. El usufructo de estos bienes ofrecidos en dote a la prometida pertenecían al hombre. Por esto eran llamados "Nikhse melug", o sea, "riqueza para explotar". Establecido el *mohar* se pedía el consentimiento de la joven, para conformarse al ejemplo dado ya por Rebeca (Gén., 24, 57-58). Después se firmaba un contrato ("Tobías, 7, 16). Luego se procedía al solemne rito de la promesa matrimonial. El ceremonial era bastante simple. Según el Talmud, las familias de los dos cónyuges se reunían junto con algunos testigos. El novio entregaba a la prometida, como prenda de bodas, un anillo de oro o algún otro objeto de valor, diciendo: "Por este anillo [11] tú serás mi esposa, según la ley de Moisés y de Israel" ("Kidduscin", I, 1; 5 b; 65 a). La ceremonia era coronada con un festín o recepción (Gén., 24, 54; 29, 22).

Es de hacer notar que la promesa matrimonial entre los Hebreos, como explica Filón ("De special. leg.", 3, 12, 72; "Cohn", 5, 170,

---

ción). El segundo acto, en cambio (la introducción de la esposa en casa del esposo), era llamado nissû'în (= tomar) o bien *laqah* (= asumir).

[11] Según S. Krauss, solamente los Romanos usaban en las bodas el anillo ("Verlobung u. Ehe, Talmudische Archäologie", 2, Leipzig, 1911, 36). El anillo dado por San José a la Virgen Santísima conservaríase en la Catedral de Perugia.

5 s) contemporáneo de Cristo, tenía el mismo valor que el matrimonio (el *matrimonium ratum* de los cristianos) o sea, era un perfecto contrato legal de matrimonio, de modo que los novios, especialmente en Judea, se conducían efectivamente como marido y mujer, y si nacían hijos, éstos eran reconocidos como legítimos [12]. La infidelidad de la novia, como resulta por el Deuteronomio, era castigada con la misma pena establecida para la esposa infiel, o sea, con la lapidación (Deuter., 22, 23-25) [13]. Para abandonarla era necesario, como para la esposa, el libelo del repudio [14]. Finalmente, la prometida que perdía al novio era considerada como viuda [15].

Entre el noviazgo (primera fase) y la introducción de la novia en la casa del esposo (segunda fase del matrimonio) pasaba ordinariamente un año para las vírgenes y por lo menos un mes para las viudas [16]. Empero, ese tiempo no parece fuese taxativo, y podía ser reducido hasta a un mes. Esta larga espera estaba destinada, según los doctores judíos, a dar el tiempo necesario a la joven para preparar su ajuar de esposa ("Kethuboth", 5, 2), así como facilitar

---

[12] Según Holzmeister (l. c., p. 205), el uso del matrimonio habría sido ilícito antes del segundo acto de los esponsales, o sea, antes de la introducción de la esposa en casa del esposo. Y en prueba de ello aduce un texto citado por J. Buxtorf ("De sponsalibus et divortiis", Blas. Ugolini: "Thesaurus", col. 75), el cual se refiere al "estatuto de los escribas". R. Leví (c. 200), amenaza con *la flagelación* para el esposo que usa del matrimonio antes del nissû'în, o sea, de la introducción de la esposa en casa del esposo ("Tal. Pes.", 10, 37 C. 44, Strack-Billerbech: "Verlobung", 2, 813; "Kethuboth" 45 a b, Goldschmidt: "Talmud babylonicum", 4, 947). Reconoce empero el P. Holzmeister que, más que ley universalmente observada, se trataba de pura conveniencia (Strack-Bill., I, 45-7).

Contra esta sentencia pueden argumentarse dos cosas: 1) Lo que dice R. Leví ¿valía también en tiempos de María y de José, los cuales vivieron cerca de dos siglos antes? Es sabido, en efecto, que el derecho matrimonial entre los Hebreos no ha sido siempre el mismo. Además: 2) Si fuese verdad lo que sostiene el P. Holzmeister, ¿de qué modo el matrimonio entre María y San José habría correspondido a la intención divina de proveer con ello a preservar la reputación tanto de María cuanto de Jesús? Si los Nazaretanos contemporáneos de Cristo hubiesen conocido la irregularidad de su origen, ¿no se lo hubiesen acaso echado en cara? En cambio, se sabe por el Evangelio que los Nazaretanos no le enrostraban otra cosa sino su baja condición de "hijo de un carpintero" (Marcos, 6, 1-3).

[13] También, según la *Misna* ("M. Sanh.", 11, 4, 9) el adulterio cometido con una prometida debía castigarse con la lapidación; mientras que el adulterio cometido con una desposada debía serlo con el estrangulamiento de ambos adúlteros ("M. Sanh.", 11, 1, 5).

[14] Así se lee en la "M. Gittin", 6, 2: "La muchacha prometida puede recibir el libelo de repudio por sí misma o mediante su padre."

[15] En el "M. Jebamoth", 6, 4 y en el "Kethuboth", 4, 2, se hace distinción entre la viuda después de la promesa matrimonial (qiddûsîn) y la viuda después de los esponsales (nissû'în).

[16] "M. Kethuboth", 5, 2 y 57 b, Goldschmidt, 4, 639.

al esposo el preparar lo necesario para el suntuoso festín de bodas que duraba varios días, y acabar de pagar el *mohar.*

4. — ¿Con quién?...

Pero, más que sobre el cuándo, el por qué y el cómo de los esponsales de María, es necesario insistir un poco sobre la figura moral de Aquél con el cual María se unió en matrimonio, y con el cual convivió después durante varios años en una santa e inefable intimidad. Éste fué José, hijo de Jacob (Mat., 1, 16).

El motivo que debía determinar los esponsales de San José con María fué, con toda probabilidad, el hecho de ser única heredera [17], es decir, sin hermanos. En ese caso, una tal hija, en virtud de la ley contenida en el libro de los Números (36, 6) estaba obligada a desposarse "solamente con los hombres de la propia tribu".

Aun juzgando "a priori", María y José eran dos almas gemelas que armonizaban de un modo admirable, preparadas por Dios desde la eternidad con una predilección particularísima, y que Él mismo hizo luego que se encontraran en el tiempo, sobre el áspero camino de la vida, para recíproco auxilio y consuelo. Debían, pues, ser bastante semejantes entre sí en la plenitud de la gracia y de la virtud, en las aspiraciones del alma, en la fineza del trato, en el amor por la pureza virginal y en la íntima unión de la mente y del corazón con Dios, vida de sus vidas.

Estas lógicas suposiciones nuestras encuentran la más amplia confirmación en el Evangelio, el cual nos presenta a José como a un hombre "justo", o sea "santo", porque la justicia, según el concepto escriturístico y según el sentimiento del pueblo hebreo, es una rectitud

[17] Nunca, en efecto, se habla en la antigüedad cristiana, aunque sea de paso, de ningún hermano de María. Algunos Padres, por el contrario, hablan de María como de hija heredera. Por ejemplo, San Epifanio (Cfr. Kaulen: "Kirchenlexikon", 8, 712) y San Ambrosio ("In Luc.", 1.3, n. 4, P. G. 15, 1590). — Dada tal opinión, se explica fácilmente cómo María, no obstante el voto de virginidad, nunca hubiera contraído un verdadero matrimonio sin tener, empero, la intención de consumarlo. Esta sentencia es sostenida por autores de peso, entre los que se cuentan a A. Schäfer ("Die Gottesmutter" in d. H. Schrift, p. 69, Reitmayr-Kaulen ("Kirchenlexikon", 8, 712), A. D'Ales (Dictionn. Apolog.", 3, 135), Bardenhewer ("María Verkündigung", Bibl. Studien X-5, p. 129 s.), Holzmeister ("Verbum Domini", 22 (1942), 269), W. Reischl, Schegg, Knabenbauer (en los comentarios respectivos a San Lucas, 2, 4 s.), Heer ("Die Stammbäume Jesu" nach Mt. u. Lk. ebd., XV-12, 1910, p. 6 s., 49) y Gut (Ed. 4 op. H. Höpfl: "Introductio", 3, p. 143).

general del espíritu que implica la perfecta posesión de todas las virtudes. Aquel "justo" del Evangelio constituye la más auténtica y solemne canonización de José.

Como María, también él descendía de la real estirpe de David (Mat., 1, 20; Luc., 2, 4). En sus manos, empero, nosotros no vemos un cetro, sino un cepillo de carpintero y una sierra, cuando no otros instrumentos de trabajo [18]. Quizás la necesidad de encontrar trabajo para su honesto sustento había impulsado a él y a los suyos a dejar la Judea, de donde era oriunda la estirpe de David, y a establecerse en Galilea, en el menospreciado y pequeño país de Nazaret.

Contrariamente a las inverosímiles e indignas fantasías de los apócrifos [19], cuando se desposó con María era joven. Una mayor deter-

---

[18] Se ha discutido y se discute todavía acerca del oficio preciso ejercido por San José (Cfr. Holzmeister U., en "Verbum Domini", 1944, p. 77-84). Nuestro Señor es llamado por San Mateo (13, 55) hijo del artesano (ὁ τοῦ τέκτονος υἱός) y por S. Marcos simplemente *artesano* (ὁ τέκτων). Mas ¿cuál es el significado preciso de la palabra griega *artesano* (ὁ τέκτων)? La mayoría de los intérpretes le da el significado, con muchas y poderosas razones, de *carpintero* ("faber lignarius"), porque entre los Griegos (según Homero, "Ilíada", 6, 315; 13, 390; 15, 411), los artesanos (τέκτονες ἄνδρες) no eran otra cosa que carpinteros. Otro tanto nos atestigua Jenofonte ("Helénica", 3, 4, 17, p. 292). Este significado preciso es sufragado por el testimonio de las antiguas versiones (siríaca, gótica, copta y etíope), así como por los apócrifos (Protoevangelio, Pseudo-Mateo, Evangelio Hebreo de la Infancia, Evangelio de Tomás) y por la antigua Tradición (San Justino: "Dial." 88, 18, P. G. 6, 688 B; Celso, Cfr. Orígenes: "Contra Celsum", 6, 36 y s., P. G. 11, 1352 C-1353 A; San Efrén: "Serm." 17, Op. siríaca 3, 33; el autor del "Opus imperfectum", Homil., I, P. G. 56, 630 y s.).

Otros dan a la palabra artesano (ὁ τέκτων) el significado de *arquitecto*, apoyándose en los apócrifos (Protoevangelio) y en los escritos de los Padres (Ps.-Estacio: "Comm. in Hexaëm", P. G. 18, 779 C; Ps.-Teófilo de Antioquía: "In Evangelia", Otto: "Corpus apol." 8, 295; San Ambrosio: "In Luc.", I, 1, n. 2, P. L. 15, 1589 C; Ps.-Agustín: "Ser. 5 in Epiphan." 3, P. L. 39, 2012, etc.) Todavía hoy defienden esta opinión Ludovico Schneller ("Kennst du das Lands", 22, Leipzig 1906, ps. 58-64) y Atanasio Miller, fundándose en el hecho de que los habitantes de Belén, patria de José, sobresalen como cinceladores ("Benedikt. Monatschrift", 2, 1920, 28-33).

Algunos asignan principalmente a la palabra artesano (ὁ τέκτων) el significado de herrero. Así opinan San Hilario (P. L. 9, 996), San Pedro Crisólogo ("Serm." 48, P. L. 52, 334 C y s.), San Beda el Venerable ("In Marc." 6, 3, P. L. 92, 185 B) y, tras este último, San Isidoro ("Regula Monachorum", 52, P. L. 83, 873 B), Aimon d'Halberstadt ("Concordia regularum", 17, P. L. 83, 873 B), Rábano Mauro y Anselmo de Lausana (P. L. 107, 957 D; 162, 177 C).

Finalmente, hay quienes dan a la palabra artesano (ὁ τέκτων) un significado más lato en el sentido de que, aún siendo principalmente carpintero, debía ejercer también otros oficios teniendo en cuenta, especialmente, la pequeñez de la aldea de Nazaret en la que trabajaba. De tal modo piensan Höpfl ("Biblica", 4, 1923, 41-55), Holzmeister, l. c., ps. 82-83. Ésta nos parece la opinión más atendible, pues concilia las precedentes.

[19] Según el apócrifo ("Historia de José" y el "Sinaxario Alejandrino") José se habría desposado a los 40 años con una cierta Melka o Salomé. Habría vivido

minación de su edad nos es imposible. Ofrecía, pues, a María y a su divino Hijo un corazón ardiente y un brazo robusto.

Tal es, en pocas palabras, aquél al cual María ligó su suerte, y

---

con ella durante 49 años ("Hist. de San José") o bien 52 (según el "Sinaxario Alejandrino" y sus redacciones), y luego habría quedado viudo. De este primer matrimonio él habría tenido cuatro hijos los cuales son llamados en el Evangelio "los hermanos de Jesús". Y serían: José, Simón, Judas el Apóstol y Santiago el Menor. Otros apócrifos añaden también dos hijas: Salomé y María. Un año después de la viudez, a los 89 ó 92 años, luego del pretendido milagro de la vara florecida, se habría unido en matrimonio con la Virgen. Algunos autores medievales han llevado la edad de San José, cuando su matrimonio con María, ¡hasta los 200 años!... (Gautier de Coinsy: "Le mariage de Notre Dame"; Felipe Mouskes († 1282): "Chronique", y un autor anónimo citado por Seitz: "Die Venehrung des hl. Joseph", p. 161, nota.) Son, diría San Jerónimo, "delirios de los apócrifos". Un matrimonio entre un viejo y una joven habría sido ridículo. Además, ¿cómo habría podido ser creído padre de Jesús si hubiese sido un viejo decrépito? ¿Qué ayuda habría podido aportar a María?... Para salvaguardar la virginidad de María (parece ser ésta la interpretación de los apócrifos al describirnos como viejo al esposo de la Virgen) basta tener presente que la virtud de la pureza, cuando se ha apoderado de un corazón, no es menos generosa y potente a los treinta años que a los sesenta. José era joven y virgen cuando se unió a María, y tal quedó para toda la vida, embriagado como estaba por el perfume de pureza que emanaba de Ella.

La Arqueología también está en contra de los Apócrifos. En efecto, escribe De-Rossi: "En los mármoles y en los marfiles más antiguos San José es asaz joven y casi siempre lampiño; luego se empezó a representarlo con barba espesa y aspecto más maduro o del todo senil. Joven y lampiño es representado en las imágenes no controvertidas del Epitafio de Severa, de los sarcófagos de Milán y también en la urna de Werden, aunque ha sido juzgada del siglo VI. Joven e imberbe aparece en la imagen revestida de túnica y palio, colocada detrás de la silla de la Virgen en el sarcófago de Bosio y de Bottari y en el parecido fragmento Lateranense, en el cual juzgo se debe reconocer más bien a San José que a cualquier otro simbólico personaje. Finalmente, joven y sin barba se nos muestra en los dos bajorrelieves supérstites en donde Garrucci quiere ver a un pastor; sin embargo, en los dos bajorrelieves semejantes, cuya existencia Bosio divulgó y que al presente no se hallan, da a la imagen discutida barba y rostro muy senil, de lo que no podemos juzgar por haberse perdido los monumentos.

En el sarcófago de Puy, San José aparece joven, pero tiene algo de barba. Mucha barba y aspecto bastante maduro, cuando no senil, comienza a tomar en los mosaicos de Santa María la Mayor, hechos en el siglo V, y esa manera de representarlo, como observa también Garrucci, viene a ser después más usual y común. Ahora bien, esto no carece de razón y es bastante importante el conocerla. En los Evangelios apócrifos, especialmente el que lleva el nombre de Santiago el menor, y en los así llamados Evangelios "De Nativitate Mariae et De Infantia Salvatoris", se narra que San José era viudo y anciano. Los monumentos más antiguos se hallan tan ajenos de seguir estas leyendas que, por el contrario, nos muestran al esposo de la Virgen en la primavera de los años. Sin embargo, esas leyendas, citadas por San Epifanio, por S. Gregorio Nacianceno y por otros, vinieron a estar en boga, y en los monumentos del siglo V, del siglo VI y en los posteriores, represéntanse escenas de ellas y alusiones a las mismas.

El primero de todos en notar esto fué Bugatti quien, no discerniendo entre las diversas edades de los monumentos, erró al establecer como regla general que los antiguos pintores y escultores hicieron algún uso de los evangelios apócrifos al representar diversas historias sacras. Ya he observado otra vez en el Boletín, que los monumentos de los tres o cuatro primeros siglos, especialmente romanos,

con el cual vivió sobre la tierra, entre los hombres, la vida que viven los ángeles en el cielo, una vida que "solamente amor y luz tiene por límites" [20].

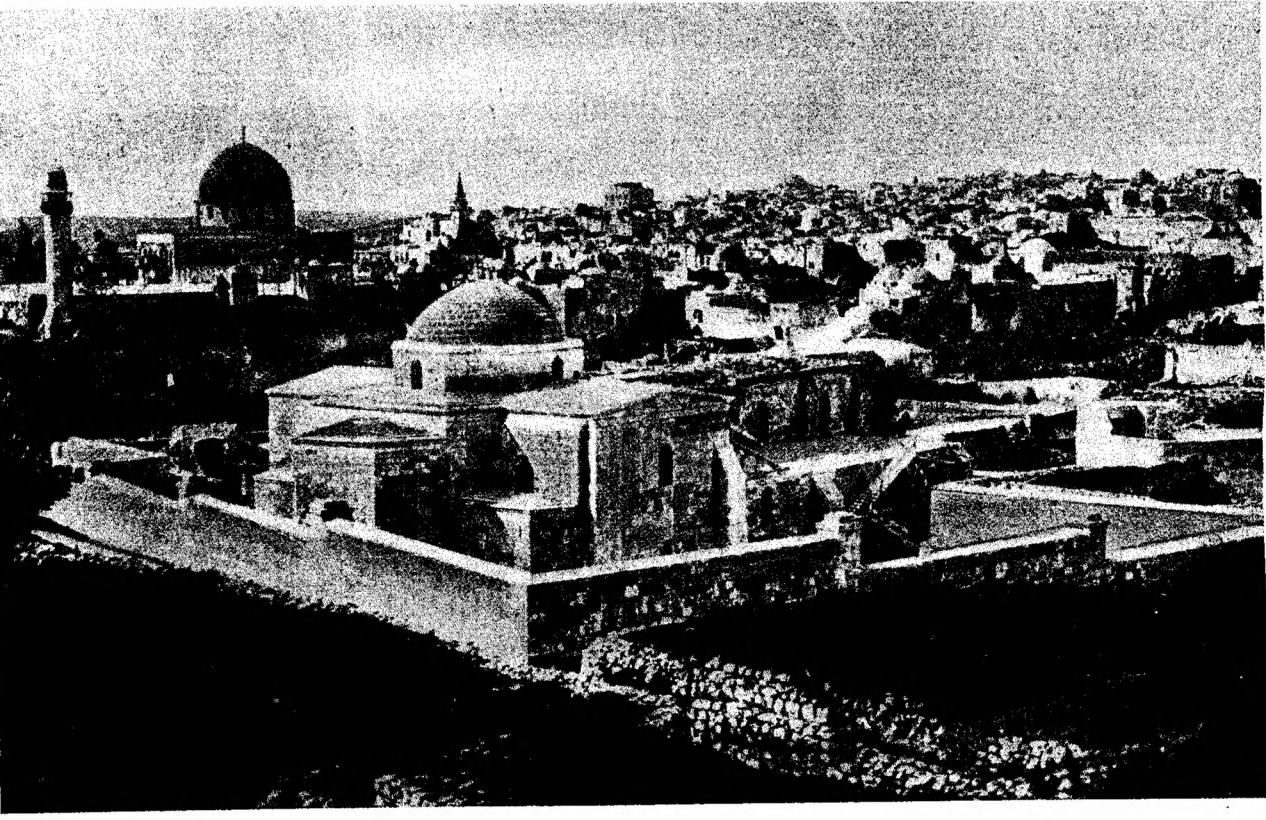
---

dan testimonio en favor de los libros canónicos y no de los apócrifos. Fué en el siglo V, cuando, sin peligro de la autoridad de los cuatro Evangelios se permitió a los artistas seguir algunas tradiciones narradas en los libros apócrifos, que comenzó su utilización en el arte cristiano.

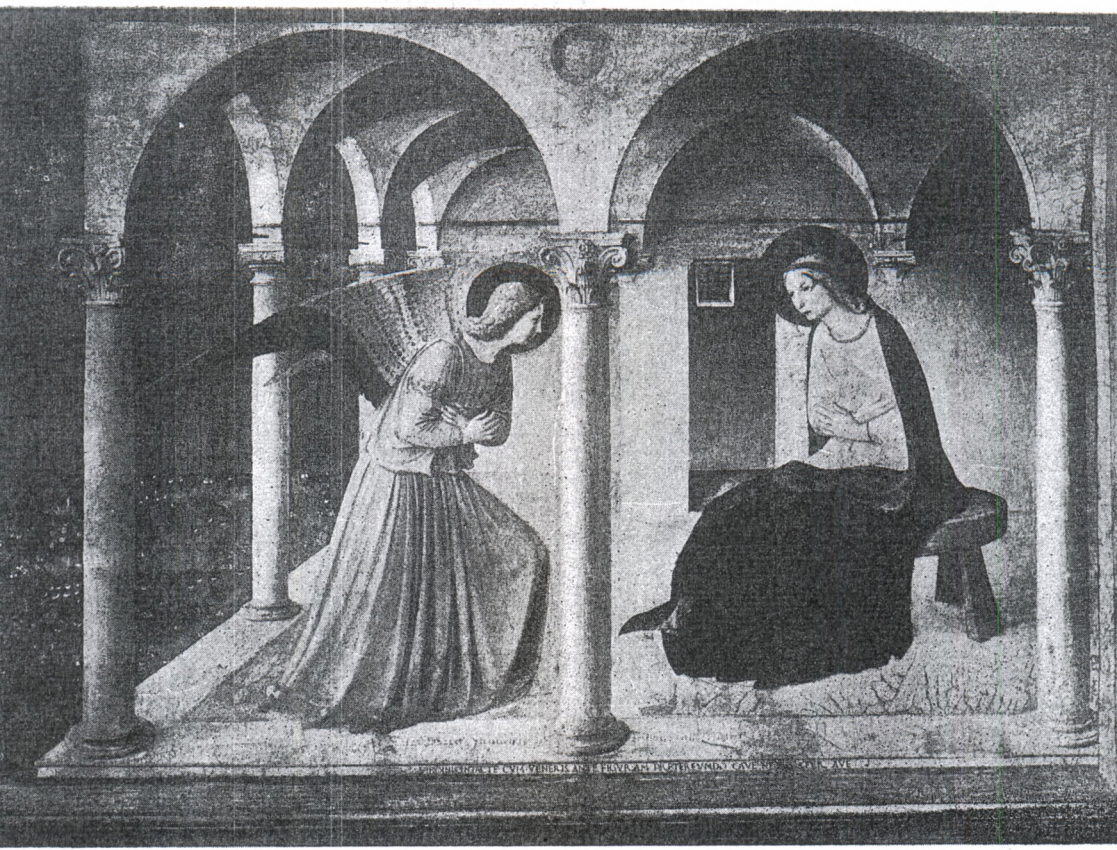
La brevedad no consiente en que enumere claramente qué otras escenas, en las que aparece nuestro Santo, son tratadas por aquellos libros y en cuántos monumentos se hallan repetidas. Mi asunto solamente requiere que haga notar que la imagen sin barba y muy joven de San José cayó poco a poco en desuso precisamente cuando se comenzó a representar las escenas de las mencionadas leyendas" ("Acerca de las imágenes de San José en los monumentos de los primeros cinco siglos", en "Bollettino di archeologia cristiana", 3, 1865, 25-32. Cfr. también Gori, Garrucci, De-Rossi, Bortolotti: "Dissertazioni in torno all'età ed al nome di S. Giuseppe", Biblioteca di S. José, Modena, tip. de la Inmaculada, 1866, ps. 39 y sgtes.)

[20] I. Wilpert: "Mosaiken und Malereien". Friburgo de Brisgovia, 1916, p. 479. Este ilustre arqueólogo confirma también la edad juvenil de San José. Asimismo atestiguan la verdad puesta en luz por los antiguos monumentos arqueológicos, el "Sinaxario Armenio" compuesto por *Ter Israel* (Ed. G. Bayan: "Patrología Oriental", 18, 115), San Máximo de Turín ("Serm." 53, P. L. 57, 639 B) y la "Glosa interlinear" compuesta por Anselmo de Laon ("Biblia S. cum Glossis", ordin. et interlin., Venetiis 1588, fol. 100 b).

DE LA ANUNCIACION
A LA VIDA PRIVADA DE JESUS



JERUSALEN. *Iglesia de Sta. Ana, llamada también de la Natividad de la Virgen*



BEATO ANGELICO. *La Anunciación*

EL GRAN ANUNCIO

La Anunciación señala el punto culminante de la vida de María. Todo lo que la precede se halla ordenado a ella, y todo lo que la sigue brota, como de una fuente luminosa, de ese memorable suceso. La Anunciación y la inmediata realización del grandioso acontecimiento de la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María son relatadas por San Lucas en el cap. I de su Evangelio. Es una bella descripción recogida quizás de los mismos labios de María. Se nota en ella un perenne connubio entre lo sublime y lo sencillo: dos prerrogativas del alma de María. Es imposible narrar un hecho tan sublime de manera más simple. Más que una narración, diríase una pintura. Puede decirse que es el hecho mismo que se cuenta con el ritmo melodioso de un canto.

Después de haber indicado, a modo de introducción, las circunstancias de tiempo, lugar y personas del grandioso acontecimiento, San Lucas pasa a describir el coloquio del Ángel con la Virgen. Concluye luego la narración. Sigamos su texto, comentándolo.

1. — Circunstancias de tiempo, lugar y personas.

1) *Circunstancias de tiempo.* "En el sexto mes..." Este sexto mes no está tomado en sentido absoluto (como si dijese: en el sexto mes del año), sino en sentido relativo, es decir, en el sexto mes de la concepción de S. Juan Bautista por Santa Isabel. La Anunciación, pues, es presentada por el evangelio en íntima conexión con la prodigiosa concepción del Bautista, como claramente lo muestran las palabras del Ángel: "He aquí que tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el *sexto mes* (de gravidez"). La particular relación entre la gravidez de Isabel y la de María había sido ya anunciada, cuatro siglos antes, por Malaquías, el último de los profetas, con estas palabras:

"He aquí que Yo envío mi Ángel, el cual preparará el camino delante de Mí. Y luego vendrá a su Templo el Dominador a quien buscáis vosotros, y el Ángel del Testamento por vosotros deseado. Vedle ahí que viene" (Malaq., 3, 1). Y en verdad, poco después de la venida del Precursor, he aquí que el Dominador tan anhelado llega a María como a su Templo. "Los matemáticos, observa a este propósito Nicolás, no tienen nada más exacto acerca de la relación de nuestras profecías con el advenimiento" ("La Vergine Maria secondo il Vangelo", cap. VIII).

¿En qué mes, en qué año, en qué día sucedió el anuncio angélico?... De las palabras usadas por el Evangelista ("en el sexto mes"), como también de otros lugares de la S. Escritura, no es posible deducir una respuesta a tales preguntas. Por otros lugares extrabíblicos y según la antigua tradición, como ya lo hemos dicho, resultaría que tal anuncio, con la subsiguiente Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María, habría sucedido el 25 del mes de marzo (así lo asegura en primer lugar San Agustín)[1], del año 748 de Roma. De todas maneras, bástenos saber que aquel "sexto mes" señala el punto de partida de los nuevos tiempos, el lazo de unión entre la edad antigua y la nueva edad del mundo, el punto sobre el cual girarán todas las edades. Tal es el significado de estas simples palabras: "en el sexto mes".

2) *Circunstancias de lugar*: "En una ciudad de Galilea llamada Nazaret". El anuncio, pues, del gran acontecimiento que renovaría al mundo, no sucedió en Roma, la ciudad que era entonces el brazo dominador del orbe; ni en Atenas, entonces cerebro del mundo; ni en Jerusalén, la ciudad santa y real del pueblo elegido, sino en la despreciada Galilea, situada en la parte septentrional de Palestina, y más precisamente, en la despreciadísima Nazaret, entonces oscura aldea de Palestina, a 140 kilómetros de Jerusalén, verdadera ratonera que hará exclamar después al sincero Natanael: "¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?" (Juan, 1, 46). En verdad, en tiempos de Jesús y de María Nazaret estaba bien lejos de ser la riente y pequeña ciudad de hoy, con cerca de 10.000 habitantes. Efectivamente, nunca es mencionada en los libros del Viejo Testamento, en Flavio Josefo y en los gruesos volúmenes del Talmud. La antigua Nazaret debía ocupar la parte oriental de la actual, que mira al valle

[1] "De Trinitate", 4, 5, 9, P. L. 42, 894.

de Esdrelón, a los pies del monte Nebi Sain, a casi 300 metros sobre el nivel del mar. Según recientes excavaciones arqueológicas, debía constar especialmente de grutas cavadas en la pendiente de la colina: de éstas, las más ásperas y desnudas, servían de escondrijos; las más cómodas, luego de añadirles por delante alguna rudimentaria pieza, se transformaban en habitación [1 bis]. La pequeña población, como

[1 bis] Una habitación semejante fué la llamada *Santa Casa* (bien distinta de la gruta con la que, según los antiguos testimonios, formaba una sola pieza), la cual el 10 de mayo de 1291 fué transportada milagrosamente a Tersatto, en Dalmacia, y tres años más tarde, el 10 de diciembre de 1294 a Loreto, Italia, en la región denominada Le Marche, no lejos de la ciudad de Recanati.

Este hecho milagroso fué unánimemente admitido, sin la menor sombra de duda, hasta la Reforma protestante. Recientemente ha sido negado por Chevalier y, después de él, por otros (Boudinon, de Teis, etc.). Todos sus argumentos se reducen a estos tres:

1. La probable destrucción de la Santa Casa de Nazaret, lo cual habría sucedido antes de la época de la milagrosa traslación; 2. el silencio de los contemporáneos respecto al hecho del traslado; 3. la existencia, en Loreto, de un santuario dedicado a María Santísima antes del referido prodigio.

Estos tres argumentos carecen de todo valor, como lo ha demostrado recientemente, entre muchos otros, el P. G. Gorel en su muy interesante y documentadísima obra titulada: *"La Sainte Maison de Lorette, grand miracle du mond, d'après la tradition, l'histoire et les documents"* (París, Téqui, 1936, p. 200). Para convencernos de ello bástanos echar una rápida ojeada a la refutación que ha sido dada de las tres mencionadas objeciones propuestas por los hipercríticos de hoy.

Primera objeción: la posible destrucción de la S. Casa de Nazaret antes de su traslación. Esta destrucción habría sido llevada a cabo en 1265 por Bibars, Sultán del Cairo, como surge por la carta escrita por el Papa Urbano IV a S. Luis Rey de Francia, el 20 de agosto del mismo año: "Ese enemigo, escribía el Papa, excitado por su implacable odio al nombre y al culto cristiano, se ha lanzado contra la venerable iglesia en cuyo recinto la Virgen de las vírgenes fué saludada por el Ángel, y en donde Ella concibió por obra del Espíritu Santo. No solamente se ha apoderado de ella sino que la ha destruído y por medio de sus sacrílegos ministros de iniquidad, la ha *arrasado*." Esta última aserción, es verdad, implica la destrucción de la basílica misma, pero no de aquello que estaba dentro de ella (o sea, la Santa Casa adosada a la gruta). Que tal sea el sentido preciso del texto del Pontífice en su angustioso llamado (como por otra parte admiten algunos de sus mismos adversarios, como Boudinon y de Teis), parece evidente por el hecho de que tal destrucción acaeció a causa de un incendio, y, más aún, por el explícito testimonio de los peregrinos, los cuales hablan de la Santa Casa después del año 1265, año del mencionado suceso. Bástenos el testimonio del Dominico Ricoldo, quien visitó la ciudad en el año 1289, y afirma: "Hemos ido a Nazaret y hemos encontrado la basílica *casi destruída*; de los edificios primitivos no queda otra cosa que la *habitación* (celda) en donde la Virgen fué salulada por el Ángel. El Señor la ha conservado en recuerdo de la humildad y de la pobreza que ella atestiguaba." (Cfr. Rohricht: "Les lettres de Ricoldo" en "Archives de l'Orient latin", t. 2, 1884, p. 264 y sgtes.) El altar que indicaba el lugar donde apareció el Ángel, según el sacerdote ruso Daniel (del siglo XII), estaba situado no ya en la gruta sino en la *Santa Casa* (cfr. Gorel, op. cit.). Por lo tanto, en vísperas de la traslación milagrosa (en 1289) la Santa Casa existía aún en Nazaret. Por el contrario, después del año 1291, ningún peregrino hace mención en Nazaret de un edificio o una construcción cualquiera que hubiera servido de habitación a la Sma. Virgen. Se habla solamente de la *gruta*, nunca de la habitación. Muchos documentos podrían citarse aquí en confirmación de esta aserción (cfr. Gorel, op. cit., ps. 7-38)

todas las de Palestina antigua, surgía cerca de una fuente —llamada después la *fuente de la Virgen*—, quizás único punto de reunión de las sedientas caravanas que, en tiempos de Jesús, iban hacia la ignorada villa. Pero en esa oscura aldea hallábase escondido el tesoro de la tierra y del cielo: la humilde Virgen María, el amor secreto de las Tres Personas divinas, una criatura en la cual se hallaban ocultas tales riquezas, bellezas y heroísmos que superaban a Roma, Atenas, Jerusalén, y al mundo todo.

Segunda objeción: la ausencia de documentos contemporáneos de la traslación. Tampoco esta objeción tiene valor. El silencio no es absoluto, sino relativo. El primero que escribió acerca del milagroso traslado fué Pedro Jorge Tolomei, llamado Teramano († 1475), gobernador por espacio de más de 20 años (desde el 1450) de la S. Casa de Loreto. Antes de ejercer tal cargo, había vivido durante otros veinte (1430-1450) en gran intimidad con su predecesor Andrés d'Adria, nacido en 1375. Por consiguiente, las informaciones de Teramano pueden relacionarse en cierto modo con la generación contemporánea del prodigioso acontecimiento. Además, lo que sirvió de fuente a Teramano (y más tarde al beato Bautista Mantovano, quien escribía en 1489), fué una tablilla carcomida colgada desde tiempo inmemorial en el santuario de Loreto, y en la cual se leía cuanto aquél nos relató. A dicha *tablilla* de Loreto (que remonta al año 1294) deben añadirse las *antiguas inscripciones* de Tersatto, del siglo XIV. También es digno de nota el regalo de una imagen de María Sma. hecho por Urbano V en 1367 a los habitantes de Tersatto "a fin de mitigar su dolor" (cfr. Gorel, op. cit., p. 182). Finalmente existen dos frescos de Giotto, uno en Gubbio y el otro en Ancona, ambos de la primera mitad del siglo XIV (unos veinte años solamente después de la llegada de la Santa Casa) que representan la traslación de la Santa Casa a Loreto por manos de los Ángeles. Por lo demás, testimonios irrefragables confirman la existencia, desde 1315 y aún antes, de peregrinaciones a Loreto (cfr. Gorel, op. cit., p. 70 y sgtes.). La ausencia de documentos *manuscritos* contemporáneos a la traslación se explica muy bien teniendo presente que los archivos de Tersatto perecieron en el incendio del convento de los Franciscanos, el 15 de marzo de 1629; y los archivos municipales de Recanati se perdieron en su totalidad durante el sitio del año 1324 (treinta años después de la llegada de la S. Casa a Loreto).

Tercera objeción: la existencia en Loreto de un santuario mariano anterior a la traslación de la Santa Casa, lo cual habría dado lugar a confusión. A esto respondemos: los mismos documentos sobre los cuales se apoya esta objeción sirven para refutarla. Pues las iglesias de las que se habla en tales documentos no pueden identificarse en absoluto, por varios motivos evidentes, especialmente topográficos, con la Santa Casa (Cfr. Gorel, op. cit., p. 75-81).

Por consiguiente, ninguna de las tres objeciones formuladas contra la autenticidad de la S. Casa de Loreto, tiene la fuerza suficiente para mantenerse en pie. Añádase a esto otros dos órdenes de pruebas positivas, vale decir: el testimonio de 24 documentos Pontificios en favor de la autenticidad del Santuario de Loreto, el testimonio de milagros innumerables, y el de la misma Santa Casa, o sea: 1), su ubicación en medio de una calle; 2) la ausencia de los cimientos; 3) la conformidad de sus dimensiones con los cimientos que se ven en Nazaret junto a la Santa Gruta; 4) los materiales de que está construída, su armario empotrado en el muro, como los de las casitas de Nazaret; su madera, idéntica a la de las montañas del Líbano; su cemento y sus piedras, que han resultado, por el análisis químico, idénticos a los de Oriente y de Nazaret. Todo, pues, en la santa Casa grita: yo no he venido de Loreto, ni de las Marcas, ni de Italia sino de Nazaret.

La etimología del nombre "Nazaret" es incierta. Para S. Jerónimo ("Onomastica sacra", p. 62), Nazaret significa *flor,* brote. Otro tanto aseguran Santa Paula y su hija Eustoquia. Escribiendo a Santa Marcela, le dicen: "Iremos a Nazaret, o sea, según la interpretación de su nombre, iremos a la *flor de Galilea*" [2]. En cambio, según otros, Nazaret significaría "guardiana", "custodia", a causa quizás de su posición elevada respecto a la llanura oriental, y por las colinas que la circundan, las cuales parece que formaran en torno a ella un collar de protección.

3) *Circunstancias de personas.* Los protagonistas de esta escena divinamente grandiosa son tres: Dios, el Ángel Gabriel y María; Dios que manda, el Ángel que es mandado, y María, a la cual el celestial mensajero le notifica el "decreto de la paz por tanto tiempo anhelada" (Dante: Purg., X, 34-35).

En primer lugar, Dios que manda: el Ángel Gabriel es llamado en el relato de la Anunciación "enviado por Dios": "missus... a Deo". Aunque, absolutamente hablando, el Verbo hubiese podido, sin anuncio previo, encarnarse en María su criatura, y por consiguiente sujeta a Él en todo, era sin embargo conveniente, por muchas razones que Él, antes de tomar carne en ella, le notificase su divino designio. Tal conveniencia resulta tanto por parte de la Virgen Santísima como por parte de la humana naturaleza. Pues, con tal anuncio, la Virgen Santísima era constituída en testigo certísimo y aptísimo del gran misterio "escondido desde todos los siglos en Dios"; venía a unirse al Hijo de Dios, según lo exige el recto orden, primeramente con el alma mediante el conocimiento del misterio, y después con el cuerpo mediante la generación; era colocada en la condición de ofrecer a Dios libremente su homenaje, mostrándose pronta a la señal de su divino beneplácito, y dispuesta, mediante las virtudes ejercidas con su consentimiento y con la correspondencia a las singularísimas gracias que Dios le prodigó en aquel momento, a ser digna Madre del Verbo Encarnado. Este libre y generoso consentimiento de María, luego que conoció el designio divino sobre Ella relativo a la Encarnación del Verbo, dió, por así decir, el último toque a esa obra maestra de la gracia y la dispuso a la altísima dignidad de Madre de Dios.

Tal anuncio, convenientísimo por parte de la Virgen Santísima,

[2] Cfr. T. Tobler: "Itinera et descriptiones Terrae Sanctae", Ginebra 1877, t. I, p. 46.

no lo fué menos por parte de la humanidad. En verdad la Encarnación, como enseña Santo Tomás (Sum. Teol., P. III, q. 30, a. 1), es una especie de matrimonio espiritual del Verbo con la naturaleza humana, y es sabido que el matrimonio requiere el consenso de ambas partes contrayentes. Ahora bien, el consentimiento por parte del Verbo se tuvo en el hecho mismo de que Él asumió libremente nuestra carne para redimirnos, en tanto que el de la naturaleza humana fué dado por María, la cual, en aquel momento, la representaba del modo más digno posible, porque en Ella se había completamente rehabilitado. El Divino Poeta cantó egregiamente: "Tú eres Aquélla que la natura humana — honraste tanto, que su Hacedor — no desdeñó hacerse de su hechura" (Paraíso, 33, 4-6).

También la analogía entre la prevaricación del hombre y su reparación exigía tal preanuncio por parte de Dios. Pues era conveniente que, así como la caída tuvo comienzo debido al libre consenso dado por una mujer —Eva— al ángel de las tinieblas, así también la reparación debía comenzar por el libre consentimiento prestado por otra mujer —María, la nueva Eva— al Ángel de luz mandado por Dios a anunciar el faustísimo acontecimiento.

El enviado de Dios fué "el Ángel Gabriel": "missus est Angelus Gabriel". Es un espíritu conocidísimo, el más noto entre todos los Ángeles. Justamente ha sido llamado el Ángel de la Encarnación. Su nombre mismo significa, en verdad, "fortaleza de Dios", y trae espontáneamente a la memoria el nombre del Mesías preanunciado por Isaías (9, 6): *El Gibbor,* el Dios fuerte. Por tres veces, además, este Ángel se ocupa del hombre-Dios por encargo divino: la primera cuando aparece a Daniel para revelarle el tiempo preciso en el cual el Mesías nacería y sería muerto (Dan., 9, 25-26); la segunda al aparecer a Zacarías y participarle el nacimiento del Bautista, Precursor del Mesías (Luc., 1, 11-23); finalmente, la tercera vez, cuando anuncia a la Virgen Santísima su elevación a la sin igual dignidad de Madre de Dios.

Santo Tomás halla muy conveniente tan gran anuncio hecho mediante el Ángel, por tres motivos, a saber: en razón del modo de obrar de Dios, según el cual las cosas sobrenaturales llegan a los hombres por medio de los Ángeles; en razón de la analogía entre la prevaricación y la redención, pues como la primera tuvo comienzo mediante el ángel de las tinieblas, la segunda debía comenzar mediante el Ángel de la luz; en tercer lugar, en razón de la inmaculada

virginidad de María, en cuya virtud la Virgen Santísima, viviendo en la carne pero no carnalmente, fué un verdadero Ángel, ya que la virginidad, al decir de San Jerónimo, hace semejante a los espíritus celestiales.

De la misma narración evangélica puede deducirse que el Ángel se apareció a la Virgen de un modo visible y, por consiguiente, bajo un aspecto humano. Se describe allí su entrada, su salida, su coloquio. También en esto, o sea, en la visión corporal del Ángel, el Aquinate, con su acostumbrada sutileza, encuentra una triple conveniencia no carente de interés. En virtud de la Encarnación, Dios, invisible en sus cosas, hízose visible para las nuestras; era conveniente, pues, que para conformarse a nuestra naturaleza, una criatura invisible cual es el Ángel tomase una forma visible. Además, la Virgen Santísima debía recibir en sí misma al Hijo de Dios no sólo con la mente sino también con el cuerpo; era conveniente, pues, que no solamente su mente sino también su cuerpo, o sea, los sentidos del cuerpo, se viesen fortalecidos por la visión del Ángel. Finalmente, la certidumbre misma del grande anuncio exigía tal especie de aparición, pues las cosas vistas por los ojos se fijan con mayor certeza que las aprendidas con la imaginación.

La persona a la cual el Ángel es enviado por Dios es una "virgen desposada con José [3] de la casa de David [4]; y el nombre de la Virgen era María". María era, por consiguiente, en el momento de la Anunciación, virgen y esposa. Pronto llegará a ser "Virgen y Madre, Hija de su Hijo" (Dante-Paraíso, 33, 1-2).

"Lo mismo que José, observa el P. Ricciotti, también María pertenecía a la familia de David; no debe maravillarnos encontrar descendientes de un linaje antiguamente tan glorioso confinados en una aldea tan mezquina y también tan lejana de la cuna de dicha familia, que era Belén; hacía ya muchísimo tiempo que la estirpe

[3] Cfr. C. M. Perrella: "B. V. Maria coelestem excepit nuntium, dum S. Joseph sponsalibus solis non vero nuptiis iuncta erat", en "Divus Thomas" (Plac.) a. 1932, números 4, 5, 6.

[4] Los intérpretes disputan si el inciso: "de la casa de David" se refiere al nombre de José o al de María, porque se encuentra entre dos miembros: "virgen desposada con un hombre llamado José" y "el nombre de la virgen era María". Gramaticalmente, pues, el mencionado inciso puede referirse tanto a María cuanto a José. Empero, si se tiene presente que la intención del Hagiógrafo tanto en ese lugar como en toda la sección se dirige a María, y que de la ascendencia de José hablará expresamente más adelante (2, 4) lógicamente se puede deducir que el inciso en cuestión se refiere a la Virgen Santísima.

de David vivía una vida oscura y apartada, y ni siquiera en tiempo del resurgimiento nacional bajo los Macabeos habíase ella señalado por méritos especiales. Esta vida de simples particulares había favorecido también el alejamiento de los descendientes de la familia de su lugar de origen, muchos de los cuales habían ido a establecerse en diversas localidades de Palestina, donde sus intereses los llamaban sin olvidar, empero, los propios vínculos con el lugar de origen.[5]"

Por estas circunstancias de tiempo, de lugar y, especialmente, de personas, se nos muestra en toda su claridad la grandiosidad del mensaje. La persona que manda anunciarlo es el Eterno Padre, el excelso Principio de toda cosa, Principio sin principio. La persona que es mandada por el Padre es el Ángel San Gabriel, príncipe de las milicias angélicas, el portador de los grandes mensajes. La persona a quien el Ángel es enviado por Dios es María, la elegida por Él para ser su Madre, y por ello mismo Reina del universo, llena de toda gracia y de todo don divino. ¿Puede imaginarse algo más grandioso?

2. — El primer coloquio.

Después de haber descrito, a modo de introducción, las circunstancias de tiempo y de lugar; después de haber presentado a los tres magnos actores de la grandiosa escena, Dios, el Ángel y María, el Evangelista pintor pasa a describirnos, o mejor, a pintarnos la escena misma, refiriendo el triple coloquio que se lleva a cabo entre María y el Ángel, coloquio denso de ideas y de afectos, de una elevación humanamente inalcanzable, unido a una ilimitada dulzura. Comencemos por el primero de estos tres coloquios.

Narra San Lucas: "Y habiendo entrado el Ángel[6] adonde ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres. Al oír estas palabras, ella se turbó, y púsose a considerar qué significaría tal salutación."

Analicemos brevemente las palabras del Ángel y la respuesta de María.

a) *Las palabras del Ángel* pronunciadas, sin duda, en arameo,

[5] "Vida de Jesucristo", p. 228.

[6] Nótese el inciso: "Y habiendo entrado..." La anunciación, pues, tuvo lugar dentro de la humilde casita de Nazaret y no junto a la fuente, como pretenden algunos intérpretes.

contienen un triple saludo, una trilogía típicamente divina, a saber: "Salve, oh llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres".

El primer saludo del Ángel está constituído, pues, por las palabras: *Salve, oh llena de gracia.*

La palabra de salutación "salve" corresponde, probablemente, a la tradicional fórmula de "paz", o sea, "la paz sea contigo, oh llena de gracia". Esto se deduce por la índole de la lengua aramea, usada por el Ángel, y por las versiones siríaca y arábiga [7]. Mientras los Griegos acostumbran en sus saludos augurar la *alegría* y los Romanos la *fuerza*, los Hebreos, en cambio, solían desear la *paz*, o sea el tranquilo goce de todo bien. Este saludo "la paz sea contigo", "scialom lak", era muy usado en el Viejo Testamento. Así, por ejemplo, el extranjero de Efraím saludó al Levita en Gabaa de Benjamín con estas palabras: "La paz sea contigo" (Jueces, 19, 20). Aun hoy, en Palestina, la fórmula de salutación es: "scialom lak", "paz contigo". Tal modo de saludar tenía, ahora como entonces, un sentido religioso. Jesús mismo lo impone a los Apóstoles diciendo: "Al entrar en cualquier casa, decid *antes que nada*: Paz sea en esta casa" (Luc., 10, 5).

Al saludo "Ave", el Ángel añade la locución griega κεχαριτωμένη vocablo que es traducido por las versiones Vulgata, siríaca y hebrea como: "llena de gracia". Y con razón. Porque las palabras griegas de esta forma (o sea, los verbos que terminan en οω) expresan todos ellos un sentido de abundancia y plenitud. Así por ejemplo, se dice del monstruo mítico Argos que era *ammatoménos*, es decir, "lleno de ojos". Otro tanto debe decirse, pues, de la locución κεχαριτωμένη. Con tal expresión el Ángel, como lo muestra el contexto, indica que la Virgen Santísima goza de un modo permanente de la abundancia de la gracia santificante (Efes., 1, 6-8) y de los favores divinos, como puede apreciarse mejor por las palabras siguientes: "el Señor es contigo", y: "has encontrado gracia delante de Dios". Erasmo traduce, pues, contra toda razón, κεχαριτωμένη por "graciosa".

[7] También San Efrén Sirio parafraseaba así el primer saludo del Ángel: "La Virgen prodigiosa — vió al Ángel y admirándola éste profundamente — le cantó casi una canción de cuna plena de amor: — *La paz sea contigo, oh llena de gracia*" ("Inni alla Vergine", Trad. G. Ricciotti, Roma, 1925, p. 59). Sin embargo, algunos exegetas dan al χαῖρε de San Lucas el significado griego de "alégrate", casi como para preparar a la Virgen al inminente anuncio de la salvación mesiánica, presentada por los profetas como una invitación a la alegría.

María, por lo tanto, aun antes de ser Madre de Dios, estaba llena de gracia, más aún, era casi la gracia personificada, porque el apelativo "llena de gracia" es puesto por el Ángel en lugar del nombre mismo (María) y, por consiguiente, viene a ser como su propio nombre dádole por aquél. La medida de tal gracia era el grado inconmensurable de amor con el cual Dios desde toda la eternidad, la amó como futura Madre suya. Según los Padres y según lo que enseña la Iglesia, esta plenitud de gracia se extiende a todos los momentos de la vida de María, desde el primero hasta el último, puesto que su concepción, a diferencia de todos los demás descendientes de Adán, fué inmaculada.

El *segundo saludo* del Ángel está constituído por las palabras: "El Señor es contigo" [8]. Dios ya se hallaba *con Ella.* Para comprender bien todo el significado de este segundo saludo, es necesario tener presente tres cosas. Antes que nada, es necesario recordar que semejante fórmula se encuentra solamente, si bien innumerables veces, en la Sagrada Escritura, y es usada por lo general [9] sólo por los miembros del pueblo elegido, de modo que en vano se buscaría este saludo entre los escritores profanos, ya orientales ya griegos, y hasta en las inscripciones latino-cristianas. En segundo lugar es necesario tener presente que tal fórmula es usada en el Sagrado Texto no ya con respecto de los hombres que se encuentran en condiciones comunes sino, o en favor del mismo pueblo de Dios, elegido y protegido de modo especial, o bien más frecuentemente con respecto de algún hombre singular al que Dios ha confiado una grande empresa [10]. Sobre todo es necesario recordar en tercer lugar, lo que con tal fórmula se afirma. Con la preposición "con" (μετά) se quiere significar *cierta presencia de Dios,* no ya inerte sino activa, dirigida a aquella misma empresa que debe cumplir el sér en el cual se dice

---

[8] Cfr. U. Holzmeister: "Dominus tecum", en "Verbum Domini", vol. 23, 1943, ps. 232-237; 257-262. Damos aquí solamente la conclusión de este estudio interesantísimo al que remitimos para mayores aclaraciones.

[9] Digo *por lo general,* porque se dan algunas raras excepciones, v. gr. en II Paral. 35, 21, cuando Faraón Necao dice: "Dominus mecum est" o en Esdras, 1, 3, en donde el Rey Ciro lo usa para los Israelitas.

[10] Sólo hace excepción a esta regla el caso de Booz el cual dice a sus segadores: "Dominus vobiscum" (Rut, 2, 4). Así, por ejemplo, el Señor había dicho a Isaac para disuadirlo del viaje a Egipto a causa de la carestía (Gén., 26, 3); a Jacob al invitarlo a abandonar la Mesopotamia y a volver a la tierra de sus antepasados (Gén., 31, 3); a Moisés cuando le confió la ardua misión de liberar a Israel de la opresión del Faraón (Exodo, 3, 12); a Jeremías al confiarle una difícil misión (Jeremías, 1, 8), etc.

que Dios está presente. Cuanto más grande y ardua es tal empresa, tanto mayor es el temor y el temblor en aquél que está destinado a cumplirla, temor y temblor que pueden desvanecerse solamente frente a la anunciada presencia activa de Dios, con todo ese inmenso cúmulo de bienes, de luces y de fuerza que aquélla suele traer consigo. Sin embargo dicha presencia divina, infalible garantía de éxito, no excluye absolutamente las dificultades, las molestias, los sufrimientos, que son como el precio indispensable de todo extraordinario acontecimiento.

Esto supuesto, fácil es comprender en todo su pleno significado el segundo saludo del Ángel, el cual habla en nombre de Dios, como su Enviado. No dice ya en sentido optativo o augural "el Señor sea contigo", sino que se expresa en sentido indicativo presente: "el Señor es contigo". Es como si dijese: Se te propone, oh Virgen, una empresa extraordinaria, la más grande que imaginarse pueda y, por eso mismo, la más difícil: la de ser la Madre de Dios y la Corredentora del género humano. Pero Dios, que está en ti con su gracia, con todos sus dones, con su divina fortaleza, te ayudará a superar todos los obstáculos, a soportar todos los trabajos, a hacer posible aquello que aparecía imposible, a tornar fácil lo que es difícil. Con la expresión "el Señor es contigo" quedan mejor explicadas también las palabras precedentes: "llena le gracia". "¿Por qué maravillarse, exclama San Bernardo, de que María esté llena de gracia, desde el momento que el Señor estaba con Ella?" (Homil. 3, super *Missus est*, n. 2, P. L. 183, 72).

Y en verdad, el Señor estuvo siempre con María. "*¡El Señor es contigo!* Jamás, comenta egregiamente San Lorenzo de Brindisi, Satanás estuvo con María: Ella fué siempre llena de gracia, como el sol está lleno de luz... Dios estuvo con María *al principio, en el medio, en el fin*; con María en la concepción, para que fuese concebida inmaculada, pura, santa, llena de gracia, como única y singular hija de Dios; con María *en la vida*, enriqueciéndola siempre con los inmensos tesoros de las celestiales riquezas y de los méritos de la virtud; con María *en la muerte*, para librarla de la muerte y de la corrupción y para llevarla al cielo, coronándola de eterna gloria y exaltándola por encima de todos los coros de los Ángeles. De esta manera Dios estuvo siempre con María; cosa que de ninguna otra mujer ni de ningún otro hombre puede decirse, excepto de la Virgen Santísima y de Cristo su Hijo" ("Mariale", p. 215-216).

Es notable, por su valor sintético, el comentario de San Bernardo a este segundo inciso "el Señor es contigo". "Dios, dice el doctor melífluo, que está igualmente todo entero y en todas partes por la simplicidad de su subs-

tancia, se halla sin embargo de manera diferente en las criaturas racionales y en las otras, diversamente aún en los buenos y en los malos, y finalmente de modo muy distinto en la Santísima Virgen. Él está seguramente con las criaturas irracionales, sin que empero pueda ser poseído por ellas. Todas las criaturas racionales pueden poseerlo por la verdad mediante el conocimiento, pero sólo los buenos lo poseen además por el amor. Sólo en ellos Él está de modo que permanece con ellos mediante un mutuo acuerdo de la voluntad. Pues sometiendo toda su voluntad a la justicia, por esta conformidad de la propia voluntad con la de Dios, lo unen a sí de manera muy especial. Mas por cuanto Él se halla así unido con todos los santos, lo está más especialmente con María; porque su unión con ella llegará hasta unir a sí no solamente la voluntad sino la carne misma de esta Virgen santa, hasta hacer, o más bien, hacerse un solo Cristo de su substancia y de la de ella. Por esto el Ángel dice: *Dios te salve, llena de gracia,* EL SEÑOR ES CONTIGO; no solamente el Señor, Hijo de Dios, que tú debes vestir con tu carne, sino el Señor, Espíritu Santo, por medio del cual lo concebiste, y el Señor, Padre celestial, que genera este fruto de tu concepción. El Padre, digo, está contigo, haciendo tuyo a su Hijo; el Hijo está contigo constituyendo el maravilloso sacramento de su amor en el secreto de tu seno; el Espíritu Santo está contigo santificando, juntamente con el Padre y con el Hijo, tu seno virginal: EL SEÑOR ES CONTIGO" ("Homil. III super Missus est", n. 4, P. L. 183, 72-73).

El *tercer saludo* se halla constituído por las palabras: "Bendita tú eres entre las mujeres" [11]. Es un superlativo hebreo que significa: bendita más que todas las demás mujeres, aun las más célebres, de la Biblia y de todo el género humano, ya sea por los dones con que fueron enriquecidas como por sus virtudes, ya por sus preclaras hazañas como por las grandes cosas obradas en ellas por Dios.

Este tercer saludo tampoco es nuevo. En verdad, se encuentra más veces en el Viejo Testamento. Así por ejemplo, Jahel (Jueces, 5, 24) y Judit (Judit, 13, 23) fueron alabadas y bendecidas con palabras más o menos idénticas a éstas, por haber salvado a su pueblo de la ruina temporal. La Virgen Santísima, empero, fué saludada de este modo, —y ésta es la verdadera razón por la cual es alabada y bendecida por encima de todas las demás mujeres, aun de Jahel y

[11] La autenticidad de este tercer saludo ha sido negada por algunos críticos por el hecho de que falta en algunos códices unciales bastante apreciados (el Sinaítico y el Vaticano), en algunos minúsculos y en las versiones copta, siríaca (Heraclense) y armenia. Dicho saludo habría sido transportado aquí del v. 42. Además, si fuese auténtico, no se explicaría bien su ausencia, mientras que, por el contrario, su presencia se explica muy bien suponiendo que ha sido transportado aquí del v. 42. No obstante, el mismo se encuentra en muchos códices antiguos y en algunas versiones.

de Judit— porque libraría a todo el género humano (no ya a un pueblo solo) de la eterna condenación (no ya de la ruina temporal). Con estas palabras "bendita tú entre las mujeres", se delinea la suave y sublime figura de la Corredentora del género humano. La espontánea aproximación de este saludo del Ángel con los arriba citados, nos hace comprender cómo María sería bendecida no sólo más que todas las demás mujeres sino por *todas* las mujeres.

Tal el profundo y alto significado del triple saludo del Ángel. Con él, el mensajero celestial echa la amplísima triple base del Tratado sobre la Virgen. Muestra a María Santísima considerada *en sí misma* ("llena de gracia", o sea, rica de todo don celestial), en sus singularísimas relaciones *con Dios* ("el Señor es contigo") y *con el hombre* ("bendita entre las mujeres", por ser corredentora de los hombres, en oposición a Eva que los había hecho caer en la culpa); relaciones que constituyen la singular misión que Ella recibió de Dios, y en vista de la cual fué favorecida con un especial grado de gracia, o sea, con la plenitud de ella y de todos los dones divinos que la hicieron apta para realizar dicha misión.

Se suele preguntar qué hacía la Virgen Santísima en el momento en que recibió la visita del Ángel. El Evangelio calla. Es preciso, pues, recurrir a suposiciones más o menos fundadas. Hay quien ha pensado que María Santísima en ese momento estaba totalmente dedicada a meditar el célebre vaticinio de Isaías (7, 14) acerca de la Virgen que habría debido dar a luz al Emmanuel, al Mesías, apresurando con los votos más ardientes la hora de su cumplimiento. Así la han pintado algunos artistas. Si no verdadera, la suposición es verosímil. Indudablemente en aquel momento la Virgen Santísima se hallaba absorta en oración. Pues aun cuando estuviese dedicada al trabajo, su mente se hallaba siempre sumergida en Dios, a quien nunca perdía de vista, pues era el verdadero Rey de su corazón.

b) La *respuesta de María.* A este primer coloquio del Ángel con María, Ella no responde con la palabra sino con el hecho, o sea, con su turbación: "A estas palabras, dice el Evangelio, ella se turbó, y púsose a considerar qué significaría tal salutación." El efecto había sido admirablemente conseguido. Para atraer la atención de la Virgen, observa agudamente Santo Tomás, era suficiente saludarla de un modo tan nuevo y desacostumbrado, porque encontraría pronto en Ella, humildísima, la más rápida, instintiva y enérgica reacción. Y, de

hecho, al leve soplo de aquel inaudito saludo, el plácido y tranquilo lago de su alma pareció agitarse ligeramente.

Los exegetas han indagado mucho para individualizar la causa verdadera de la turbación de María. Algunos, basándose indudablemente en ciertos manuscritos que llevan la lección "al ver al Ángel" en vez de "al oír al Ángel", han creído encontrar tal causa en el pudor virginal alarmado por aquella aparición que se presentaba bajo el semblante de un joven. Tal es la interpretación de San Ambrosio, el cual escribe: "Es propio de las vírgenes turbarse cuando ven aparecer un hombre, y temer el detenerse en su presencia" ("De Virgin.", P. L. 25, 1555). Pero la lección que da pie a esta hipótesis no es auténtica y, por lo demás, la Virgen Santísima, segurísima de su angélica pureza, no podía temerariamente sospechar peligro alguno. Otros han pensado que la causa de tal turbación debe buscarse en ese sobrenatural temor que se apodera del hombre al aproximarse a Dios o a sus mensajeros. Mas esta sentencia no nos parece muy plausible, por razón principalmente del contexto, como muy pronto diremos. Otros, finalmente, han pensado que María se haya turbado a causa de una duda surgida en ella al comienzo, esto es, si se encontraba verdaderamente en la presencia de un Mensajero de Dios, o bien de un enviado de Satanás. Así piensan Teofilacto, Maldonado, Calmet, etc. Mas también esta explicación se concilia bastante mal con el contexto y con el don del discernimiento de los espíritus que la Virgen Santísima, junto con los demás carismas del Espíritu Santo, poseía sin lugar a dudas. Por otra parte, si esto hubiese sido la causa verdadera de su turbación el Arcángel, durante su coloquio, habría ciertamente insistido para asegurarla respecto a su calidad de enviado de Dios. Signo evidente, pues, que la Virgen Santísima no dudó en absoluto acerca de tal cualidad.

A fin de comprender la verdadera causa de esa turbación es preciso prestar atención al contexto. Ella se alteró no ya *a la vista* del Ángel sino ante sus *palabras*: "turbata est in sermone eius". Eran demasiado misteriosas esas palabras. Por esto se pregunta, instintivamente, qué quieren significar. Cierto: las palabras del Ángel eran claras, hasta demasiado claras, y Ella percibía todo su significado, tan lisonjero para cualquiera las oyese. Pero... eran demasiado misteriosas... Porque "para el alma humilde, como observa el Angélico, nada despierta más admiración que el sentir exaltar la propia excelencia" (Sum. Teol. P. III, q. 49, a. 4, ad. 1). Quien está lleno de

sí se altera sólo ante los ultrajes y no ante las alabanzas. Quien, por el contrario, está vacío de sí como lo estaba María, sólo se turba por las alabanzas y no por los ultrajes. Si tal saludo hubiese sido dirigido, por ejemplo, a la hija de Herodes, ciertamente no se habría inmutado porque, llena como estaba de sí, lo habría encontrado perfectamente natural. No así María. La humildad debió hacerle aparecer como imposible que esas palabras, tan llenas de elogio en su aire misterioso, pudiesen ser dirigidas a Ella, tan sabedora de la propia bajeza. Además, María debió intuir que tal saludo, en boca de un mensajero de Dios debía ser el preludio, como realmente lo fué en la intención del Ángel, de alguna otra cosa extraordinaria que iba a acaecer. Era un rayo de luz que dejaba entrever nuevos horizontes.

De todas maneras, cualquiera que haya podido ser la verdadera causa de la turbación de María, ella no escapó a las miradas del Ángel, el cual se apresuró a calmarla. Y hénos aquí en el segundo coloquio.

3. — El segundo coloquio.

a) *Las palabras del Ángel.* "No temas, María, díjole el Ángel, porque has hallado gracia delante de Dios." Nótese que la llama, con afectuosa familiaridad, por su nombre, y expone inmediatamente el motivo por el cual debía alejar de sí cualquier turbación al asegurarle que Ella, por parte de Dios, es sujeto de especial predilección. Repite, pues, con otras palabras su primer saludo, es decir: "No temas" (= "Ave", o sea, "la paz sea contigo", y por esto, "lejos de ti toda turbación"); y después: "has encontrado gracia delante de Dios" (= "llena de gracia"). También de Noé, el salvador material de la familia humana, se dijo que había hallado gracia delante de Dios (Gén., 6, 8). Con mayor razón, pues, la encontraría Aquélla que había sido destinada por Dios a salvar espiritualmente a toda la familia humana.

Tranquilizada la Virgen Santísima y calmada su turbación, el Ángel pasa a explicar mejor su mensaje y a anunciarle el sumo beneficio de concebir y de dar a luz al Mesías, el cual será grande, Hijo de Dios (del Altísimo), Hijo de David y Rey Eterno. Dice, pues: "Sábete que has de concebir en tu seno, y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y

reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin".

¿Quién no siente vibrar en estas palabras del Ángel el eco poderoso de las antiguas profecías que se refieren al Mesías? Percíbese el eco del vaticinio de Isaías relativo a la Virgen-Madre del Emmanuel: "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel" (Isaías, 7, 14). De hecho, son repetidas las mismas palabras. *Emmanuel* y *Jesús* significan, más o menos, la misma cosa. *Emmanuel* quiere decir "Dios con nosotros", o sea, "Dios nos ayuda, Dios nos salva", y *Jesús* (en hebreo *Jesciuà* o *Jeosciuà*) significa "Dios es salvación" o "El Señor es Salvador". En las palabras del Ángel vibra también la otra célebre profecía de Isaías: "Primeramente fué menos afligida la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí; y después fué gravemente herido el camino del mar, a través del Jordán, la Galilea de las naciones. El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una gran luz; amaneció el día a los que moraban en la sombría región de la muerte. Multiplicaste la nación; mas no aumentaste la alegría. Alegrarse han delante de Ti, como los que se alegran en la siega, o como se huelgan los vencedores con el botín que tomaron, al repartirse los despojos. Porque su pesado yugo, y la vara que hería sus espaldas, y el bastón de su exactor, Tú los hiciste pedazos, como en la jornada de Madián. Porque todo despojo hecho con violencia y tumulto, y los vestidos manchados de sangre, serán quemados y hechos pábulo del fuego. Pues ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz. Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin. Sentaráse sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarle y consolidarle, por la equidad y la justicia, desde ahora, y para siempre." (Isaías, 9, 1-7.)

¿Comprendió la Virgen Santísima el pleno y preciso significado de este segundo coloquio del Ángel? ¿Comprendió de inmediato que sería Ella precisamente la Virgen-Madre del Emmanuel profetizada por Isaías? La contestación a estas preguntas depende del sentido que se dé a la respuesta misma de María a este segundo diálogo.

b) La *respuesta de María.* La Virgen contesta: "¿Cómo ha de ser eso, puesto que yo no conozco varón?" María responde, pues, aquí, dirigiendo también a su vez una pregunta.

Antes de indagar el verdadero y pleno significado de esta pregunta, es necesario despejar el terreno de un grave obstáculo antepuesto

M. ALBERTINELLI. *La Visitación.*

RAFAEL, *Los desposorios de la Virgen*

por la crítica racionalista. Se trata de lo siguiente. Por la semejanza material entre la pregunta dirigida por Zacarías y por María al Ángel Gabriel, Harnack ha pretendido concluir que por parte de entrambos ha existido una duda formal respecto a las palabras del Ángel. Hénos aquí ante una de las tantas desnaturalizaciones operadas por la crítica racionalista. Para convencernos de ello, basta considerar por un instante el tenor de las dos preguntas, la de Zacarías y la de María, y las consecuencias de las mismas. De hecho, dichas preguntas tienen un tono bien diverso. Al Ángel Gabriel que le prometía un hijo, "grande delante del Señor" por parte de su estéril mujer Isabel, Zacarías pedía un signo diciendo: "¿Por dónde podré yo certificarme de eso? Porque yo soy viejo, y mi mujer de edad avanzada". Aquí es evidente la falta de fe. Por esto el Ángel, al responderle, le presenta, por así decir, sus credenciales, o sea, su nombre Gabriel, su cualidad de Ángel que está delante del Señor y que es mandado por Él a anunciarle la gran nueva. Bastante diversa, en cambio, es la interrogación dirigida al mismo Ángel por María. Ella se limita a inquirir prudentemente: "¿Cómo sucederá eso, puesto que yo no conozco varón?" Su pregunta, pues, se relaciona no ya con la cosa en sí misma, sino con el modo en que se cumpliría. "No dudó de su realización, observa San Ambrosio, sino que inquirió acerca de cómo se realizaría" [12]. Ahora bien, quien se informa sobre el modo cómo se cumplirá un hecho admite ya, evidentemente, su realización o, por lo menos, la posibilidad de su realización. Por esto el Ángel, en la respuesta dada a la Virgen, contrariamente a la que dió a Zacarías, no deja entrever el menor indicio de duda por parte de Ella. Y efectivamente, "María, observa sabiamente San Ambrosio, trata ya de la cosa anunciada, mientras que Zacarías duda todavía del anuncio".

Diversas en su tenor las dos preguntas, la de Zacarías y la de María, son también bastante diversas en sus consecuencias. Mientras el Ángel reprocha a Zacarías y le da una señal que es al mismo tiempo un castigo (la mudez hasta el cumplimiento de lo que acaba de anunciarle), no tiene un solo acento de reproche hacia María, pues no lo había merecido, y no sólo no le vaticina ningún castigo, sino que en premio de su fe le da espontáneamente una señal

[12] "Expos. Ev. sec. Luc.", L. II, n. 14, P. L. 15, 1639.

que la llenaría de alegría: la prodigiosa gravidez de su querida parienta Isabel.

De la pregunta, pues, dirigida por la Virgen al Ángel queda excluída, en virtud del texto y del contexto, aun la más mínima sombra de duda.

Despejado el campo de esta fastidiosa y antipática objeción racionalista, pasemos a declarar el verdadero y pleno significado de la interrogación dirigida por María al Ángel, en respuesta a su anuncio. La Virgen Santísima basa su pregunta en el hecho de que "no conoce varón", vale decir, porque era virgen. Varías son aquí, las interpretaciones propuestas.

Según algunos racionalistas (Harnack y otros) la pregunta de la Virgen Santísima no tendría sentido. ¿Cómo, así raciocinan éstos, María habría podido maravillarse del anuncio de un hijo desde el momento que estaba ya prometida y que el noviazgo por sí mismo se halla ordenado al matrimonio?... Por esto, el versículo 34 que contiene dicho pasaje, así como también el subsiguiente versículo en el cual el Ángel habla de la concepción virginal, son tenidos por ellos como interpolados. Pero contra esta pretendida interpolación se oponen todos, sin excepción, los códices griegos. Además, la dificultad sacada de la pretendida falta de sentido de la pregunta de María se desvanece si se reflexiona que dicha falta de sentido existiría efectivamente si las palabras de la Virgen, a más de expresar su estado actual de virginidad, no indicasen también la voluntad confirmada por el voto de permanecer en tal estado. Tal es la interpretación dada a las palabras de la Virgen por la tradición cristiana.

Descartado, pues, este significado, Landensdorfer [13], católico, pero con un sentido poco católico, ha recurrido a otra explicación, no menos inadmisible que la primera. Según él el Ángel, al hablar con la Virgen Santísima en arameo, habría empleado el verbo *concebir* en el participio, construcción que puede entenderse tanto del pasado (Gén., 16, 11) como del futuro. María lo habría entendido en sentido pasado, como si el Ángel le hubiese dicho: "he aquí que tú estás ya encinta y darás a luz un hijo..." De ahí que, maravillada la Virgen Santísima, exclama: "Yo soy virgen... ¿Cómo podría estar encinta?" Contra esta peregrina exégesis nos parece fácil observar que desdice demasiado de María Santísima una interpretación tan extraña de las palabras del Ángel, desde el momento que ellas podían tener un sentido mucho más claro, sin necesidad de suponer un error, por parte de la Virgen, en el Enviado celestial.

No menos extraña que la precedente es la explicación dada por el Cardenal Cayetano, seguida por algunos Protestantes modernos [14]. Según

[13] Bibl. "Zeitschrift.", 1909, p. 30 y sgtes.

[14] Cfr. Hahn G. L.: "Das Ev. Luckas", Breslau, 1894: Gunkel: "Zum religionsgeschich. Verstandnis des N. T.", Gotinga, 1903, p. 67.

él, la Virgen Santísima no entendió las palabras del Ángel en el sentido de que la concepción había ya tenido lugar, como quería el susodicho Landensdorfer, sino en el sentido de que habría debido tener lugar inmediatamente, y la evidente imposibilidad de tal hecho la habría desorientado. Por esto, observa Cayetano, María no dijo ya: "no conoceré hombre" (en el futuro), sino: "no conozco hombre (en el presente), porque soy virgen". En tal caso, María habría pensado solamente en el presente, no ya en el futuro, y habría expresado sólo el hecho de ser virgen actualmente, no ya el propósito de querer permanecer siempre tal [15]. Mas también esta interpretación es inverosímil, aunque en menor grado que la precedente. En efecto, nada en las palabras del Ángel deja suponer que la concepción, por parte de la Virgen, habría debido verificarse inmediatamente, en aquel mismo instante. Además, ¿de qué modo María, al hacer pasar al primer plano la cuestión totalmente secundaria del tiempo, habría tenido ante los ojos el inaudito prodigio de una concepción inmediata, si pudo suponer que habría sido suficiente para ella esperar para que la promesa de tener un hijo se cumpliese sin necesidad de un milagro?

Muy afín a la interpretación de Cayetano es una reciente de Donato

---

[15] Esta extraña interpretación ha sido recientemente adoptada por el P. Pablo Gaechter, S. J., Profesor del Seminario Pontificio de Kandy (Ceylán) en el artículo titulado "The Chronology from Mary's Betrothal to the Birth of Christ", publicado en la Revista "Theological Studies" (Nueva York), número de mayo y septiembre de 1941.

Según el P. Gaechter, el Arcángel habría intimado a María que había de ser madre *inmediatamente*. La Virgen habría respondido que esto no era posible, estando ella solamente *prometida*. A continuación el Arcángel le habría revelado la milagrosa concepción por obra del Espíritu Santo. "Las formas: concebirás... parirás... lo llamarás... observa el mencionado Padre, son futuras; mas ellas como sucede frecuentemente en hebreo, tienen el significado de formas imperativas como, por ejemplo, las siguientes palabras del Decálogo citadas por Jesús: *¡No matarás!* (Mat., 19, 18)... El Ángel y María entendían ambos el mensaje como refiriéndose a un porvenir inmediato, casi simultáneo al mensaje mismo" (p. 159).

Contra tal interpretación, observa justamente el P. Neubert que el futuro usado como imperativo (frecuente en la S. Escritura) se refiere tanto a una acción futura que debe ser cumplida en un momento determinado por el contexto (por ejemplo: "*Lo llamarás Jesús*", Mat., 1, 21), como a una acción que debe tener lugar en un momento no determinado, en un porvenir más o menos lejano (por ejemplo: "¡No matarás!"). Ahora bien, cuando se trata de una orden de ejecución *inmediata*, se emplea el imperativo presente (por ej.: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto", Mat., 2, 20). El mensaje del Ángel no tiene nada de imperativo y, por tanto, no debe cumplirse inmediatamente. Por consiguiente, el sentido que debía presentarse a la mente de María como el más obvio era éste: "Tú concebirás... a su debido tiempo", del mismo modo que en el pasaje paralelo del anuncio hecho a Zacarías: "Isabel, tu mujer, te dará un hijo...", tanto el Ángel como Zacarías entendieron que Isabel llegaría a ser madre, no inmediatamente, sino cuando Zacarías hubiera podido cumplir las ordinarias relaciones con ella, o sea, "después que él hubiese satisfecho los días de su ministerio" (Luc., 1, 23-24). Por lo tanto la respuesta de María: "Pues yo no conozco varón", significa, según la interpretación de toda la tradición católica: "Estoy decidida a permanecer virgen" (Cfr. "Marianum", Ephemerides Mariologiae, t. IV, 1942, p. 14 y sigts.).

Haugg según la cual, el impedimento opuesto por la Virgen Santísima al Ángel consistiría solamente en el hecho de que *en aquel momento*, o sea, después de estar prometida, antes de su solemne ingreso a la casa de José, Ella no habría podido consumar el matrimonio; mientras que el Ángel, por el contrario, le había anunciado —así cree Haugg— una concepción que habría debido verificarse *en el acto* [16]. Esto se deduce, nos dice él, de la forma del presente usada por la Virgen: "No conozco." Esta explicación no es menos inverosímil y sofística que las precedentemente examinadas. Basta observar que el presente "no conozco varón", no sólo *puede* significar un presente *duradero* (como lo concede el mismo Haugg), sino que *debe* necesariamente significarlo, como surge de la respuesta de María. Su extrañeza no se refiere ya al hecho de que Ella tendrá *inmediatamente* un hijo, sino al hecho mismo de *tenerlo*, según lo que le había anunciado el Ángel: admiración que sería del todo inconcebible en una mujer desposada que tiene intención de usar del matrimonio, según lo que observa San Agustín: "Si hubiese estado dispuesta a conocer varón, no se habría maravillado" (Serm., 225, 2, P. L. 38, 1097). Se supone, por consiguiente, en la Virgen Santísima el propósito de no servirse jamás del matrimonio ya contraído con San José, de modo que la fuerza de su respuesta al Ángel sería esta: "no conozco ni conoceré varón". El mismo Loisy ha sentido esta fuerza en las palabras de María. "La aserción de María, ha escrito, es de tal manera absoluta que el sentir común de los exegetas católicos que ven en ella la intención de guardar perpetuamente la virginidad, no puede ser calificada de arbitraria" [17]. La dificultad, pues, de la Virgen se relacionaba no ya con el pasado o con el presente, sino especialmente con el porvenir. "Esta extrañeza suya ante las palabras del Ángel, dice San Agustín, es el testimonio de su propósito de querer permanecer virgen" (Ibid.). San Ambrosio, San Gregorio Nacianceno y San Beda ven también en las palabras de María, el voto de virginidad. Esto está fuera de duda.

Mas aquí surge una cuestión no demasiado simple y, digámoslo no más, tratada de una manera más bien expeditiva por los exegetas. Se trata de saber si la Virgen Santísima miró su voto de virginidad como un obstáculo a la maternidad que le era anunciada, o bien entendió solamente informarse del modo cómo habría sucedido la concepción virginal de Jesús. Son éstos dos aspectos muy diversos y distintos, o que, por lo menos, no deberían ser fácilmente confundidos, como suele suceder. Tanto en uno como en otro caso, no deja de haber una discreta dificultad. En el primer caso debería suponerse que la Virgen Santísima no conociese o no interpretase bien la célebre profecía de Isaías según la cual la futura Madre del Emmanuel sería a la vez Virgen y Madre. En el segundo, en cambio, no se ve bien de qué modo la Virgen Santísima ha podido oponer como obstáculo al Ángel el puro y simple hecho de "no conocer varón": oposición desprovista de significado si se hubiese referido no ya al *hecho* mismo de la concepción virginal, sino al *modo de tal concepción.*

---

[16] "Das erste biblische Marienwort", Stuttgart, 1938, p. 64, 65.
[17] "Les Evangiles Synoptiques", I, p. 290.

Para resolver tal cuestión, alguien ha pensado que las palabras de María equivaldrían a éstas: "¿Qué debo hacer para prestarme a la acción de Dios que me hará concebir milagrosamente?" Así Soubignon ("Sous le charme de l'évangile selon St. Luc.", París, 1933, p. 53). Pero esta interpretación nos parece demasiado vaga, y vacía no poco el contenido de las palabras de María. — Otros lo interpretan en el sentido de que si bien la Virgen "no se maravilla mínimamente de que este doble honor (de virgen y madre) le sea conjuntamente prometido, no obstante todas las demás circunstancias quedan oscuras a sus ojos, y por esto se comprende que Ella pregunte: "¿Cómo sucederá esto?" Así opina Médebielle (Dicc. Bibl., Suplem. I, p. 1, 209). Mas también contra esta interpretación nos parece fácil observar que la principal y casi única circunstancia puesta de relieve por la Virgen en su respuesta al Ángel, es precisamente el hecho de no conocer y de no querer conocer varón, y no ya la circunstancia de la maternidad virginal en general. — Finalmente, según otros, la Virgen Santísima, "iluminada y confortada por la antigua profecía", habría aceptado "el hecho sin discutirlo", pero habría "requerido ulteriores explicaciones acerca de las circunstancias", explicaciones que le habrían "sugerido el modo de comportarse, especialmente respecto de José" quien vendría a encontrarse "bruscamente frente al hecho de la maternidad de María". La pregunta de la Virgen habría correspondido, pues, a esta otra: "¿Cómo se desarrollarán las cosas desde el momento que José no tendrá en ello parte alguna?" Así el Profesor Garofalo en "Le parole di Maria", p. 59, Turín, Marietti, 1943. El cual añade: "Se podría también intentar otra explicación de la pregunta de la Virgen, refiriéndose a otros dos episodios del Evangelio. Cuando María dice al pequeño Jesús que se ha sustraído a sus cuidados para permanecer en el Templo, que Ella y José lo buscaban ansiosos, ciertamente sabía que Jesús, Hijo de Dios, no podía correr ningún peligro, ni podía haber obrado caprichosamente; pero en ese momento Ella fué sobre todo Madre, y sus palabras sirven, en la economía de la providencia divina, para hacernos conocer el profundo afecto que unía a María y a su divino Hijo. Así, en Getsemaní, la violenta lucha, la agonía de Jesús, sirvió para hacer resaltar la realidad de su humana naturaleza que experimentaba repugnancia hacia la atroz pasión, sin que por esto se oscureciera o debilitara la realidad de su naturaleza divina. En nuestro caso las palabras de María no expresan ignorancia o duda acerca de las antiguas promesas, sino que constituyen la reacción primera e inmediata al anuncio; reacción por la cual Ella pensó sobre todo en su voto de virginidad, siempre vivo y ardiente en su conciencia. Sólo así los hombres pudieron conocer el secreto que existía entre Dios y María. Fué casi un momentáneo, un esporádico eclipse, un providencial oscurecimiento respecto del texto de Isaías que desvió toda la luz sobre el abismo de virtud de la Virgen, revelándonos su profundidad" (Ibid., p. 60-61). Esta explicación satisface bastante más que las dos precedentes, pero no deja satisfechos del todo.

Recientemente el P. Joüon ha propuesto una interpretación muy radical que vendría a solucionar plenamente la cuestión. (Cfr. "Nouvelle Revue

Théologique", t. XVI, 1939, 9, 793-798). Él distingue en el diálogo angélico dos partes, como dos tablillas de un díptico que representase el misterio de la Encarnación bajo dos aspectos diversos: la primera parte contiene las palabras que precedieron a la pregunta formulada por la Virgen Santísima; la segunda, en cambio, las que siguieron a dicha pregunta. Las palabras de la segunda parte son una progresiva aclaración de las anteriores. En la primera parte, el Ángel se limita a exponer a María Santísima la *grandeza humana* del futuro Hijo de David, sin ninguna abierta alusión a su misión redentora y a su santidad y divinidad. Precisamente por esto la Virgen Santísima, de modo muy simple y natural, interpretó las palabras del Ángel suponiendo (al menos como cosa posible) que el hijo preanunciado sería hijo de José, descendiente de David con el cual, bajo el influjo de una evidente inspiración divina, había establecido vivir *virginalmente*. Viendo, pues, una especie de contraste entre la *anterior* voluntad de Dios y la *presente*, y no acertando a conciliar la una con la otra, prudentemente pregunta: *"Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?"*

A esta pregunta (la cual nos revela el firme propósito o voto de virginidad por parte de María Santísima) el Ángel, en la *segunda parte* de su coloquio, habla de un modo bastante más claro de la santidad divina y del origen divino del futuro hijo: "No se precisa concurso de hombre; el hijo tuyo preanunciado será obra del Espíritu Santo. Será Santo y llamado Hijo de Dios..."

Las palabras, pues, de la primera parte: "Hijo del Altísimo", y las de la segunda parte: "Hijo de Dios" en sentido propio y verdadero puede decirse que son *sinónimas*, pero de modo tal, que las segundas (en razón del *contexto* mucho más claras) iluminan con vivo resplandor las primeras y determinan su significado. Y en verdad, es necesario admitir cierto progreso en la segunda parte (la cual es, naturalmente, *explicativa* de la primera, siendo una respuesta a la pregunta de la Virgen Santísima); de otra manera, no se tendría una aclaración de la primera parte sino una inútil repetición.

La segunda tablilla del díptico completa la primera. La Virgen Santísima comprende así claramente que Ella será la Madre del Hombre-Dios. Y pronunciará su memorable *fiat*.

"Algunos, concluye el Padre Joüon, encontrarán quizás esta explicación un poco "simple", y le reprocharán que hace abstracción de ciertas conjeturas comúnmente admitidas entre los autores modernos. Mas esta exégesis supone en la Virgen un alma divinamente sencilla. Esta simplicidad es un rasgo que impresionaba a Santa Teresita del Niño Jesús: "¡La Virgen María! ¡Cómo me parece que debió ser de sencilla su vida!" Su vida, sí, pero sobre todo su alma; y esta simplicidad de alma se revela aquí en la manera sencillísima de interpretar las primeras palabras del Ángel, en el candor de su pregunta y en la espontaneidad gozosa de su Fiat' "[18].

[18] Cfr. G. Roschini: "Sobre las palabras "Quomodo fiet istud", en "Palestra del Clero", 1941, p. 160-161. Véase también la respuesta del P. Basilio de Montecchio en "Palestra...", 1942, p. 175-176.

Quizás se podría observar y concluir, con una sentencia que resumiera las precedentes, que la Virgen Santísima, aun conociendo la célebre profecía de Isaías y su verdadero significado, conocía también, probablemente, las variadas y discordantes interpretaciones rabínicas acerca de la misma y, ya sea en vista de ello como de su actitud hacia San José, y de otras circunstancias que quedan en la oscuridad, para una mayor e indiscutible claridad se haya permitido pedir prudentemente al Ángel una simple explicación acerca de un punto tan importante y tan vital para ella [19].

4. — El tercer coloquio.

a) *Las palabras del Ángel.* Al prudente pedido de explicación dirigido por María, el Ángel responde: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa el santo Sér que nacerá será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes; porque para Dios no hay cosas imposibles" [20].

Con estas palabras el Ángel, al responder al "cómo sucederá esto" de María, expresa tres cosas: la concepción virginal, la conse-

[19] Es insostenible la opinión de algunos, especialmente oradores, entre quienes se cuenta Bossuet, según la cual la pregunta dirigida por María al Ángel habría querido significar que Ella estaba de tal manera determinada, por su amor a la pureza, a permanecer virgen, que se hallaba dispuesta a rehusar la misma maternidad divina propuesta por Dios, si por ello hubiese tenido que renunciar a la virginidad. Esta opinión no tiene ningún fundamento sobre el texto evangélico y repugna al buen sentido, el cual nos dice que la Virgen Santísima habría sin lugar a dudas preferido a la virginidad la voluntad de Dios, como cosa mejor y más perfecta que cualquier otra.

[20] Observa el P. Holzmeister (*Biblica*, 27 [1947], 282) que en los primeros siglos del cristianismo la segunda Persona de la Sma. Trinidad era designada con los dos nombres de "Espíritu Santo" y "Virtud del Altísimo" como aparece por San Justino ("Apol." I, 33, P. G. 6, 381 B), por Tertuliano ("Adv. Praxeam", 26, P. L. 2, 189 [212 CD]), por San Cipriano ("De idolorum vanitate", 11, P. L. 4, 478 [599]), por Lactancio ("De vera sapientia", 4, 12, P. L. 6, 478 B) y por San Hilario ("De Trinitate", 2, 26, P. L. 10, 67 B); cfr. San Atanasio ("De Incarnatione", 18, P. G. 25, 128 C).

Parece que Rufino fué el primero en ver designada la tercera Persona de la Sma. Trinidad en el título "Espíritu Santo", mientras que en la "Virtud del Altísimo" descubre al Verbo Divino. ("De Symbolo", 9, P. L. 21, 349 C). Después de Rufino, también San Agustín vió indicada en el título "Espíritu Santo" a la tercera Persona de la Sma. Trinidad (Serm. 225, 2, 2; "Collatio cum Maximo Ariano", 2, 21; "Contra Maximum Arianum", 17, 2; P. L. 38, 1096 s.; 42, 736, 784; cfr. la "Homilia in diem Nativitatis Christi", P. G. 46, 1141).

cuencia de esta concepción, y la confirmación de ella mediante una señal.

La concepción del Hijo que el Ángel le anuncia, o sea, de Jesús será, dice el celestial mensajero, exclusiva obra del Espíritu Santo, el cual descenderá sobre Ella, como virtud del Altísimo, y la cubrirá con su sombra. Nótese que, estando llena de gracia, la Virgen Santísima poseía ya en sí al Espíritu Santo. Esto no obstante, el Ángel dice que el Espíritu Santo, con su sombra, descendería sobre Ella, queriendo expresar con esto una nueva operación de Dios en Ella, o sea, la formación milagrosa del cuerpo de Cristo. Esta creación prodigiosa, aunque común a las tres divinas personas, porque es una operación *ad extra,* es atribuída sin embargo al Espíritu Santo, es decir, a la tercera persona de la Santísima Trinidad, pues el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por amor, y la Encarnación es la obra del más alto amor de Dios hacia los hombres (Sum. Teol., P. III, q. 32, a. 2).

Después de haber manifestado del modo más claro y tranquilizador posible la virginal concepción de Cristo, el Ángel pasa a revelar, en segundo lugar, la consecuencia de tal prodigiosa intervención del Espíritu Santo. La consecuencia es ésta: el niño de tal modo concebido y nacido será llamado Santo, Hijo de Dios, vale decir, será el Santo por antonomasia, la Santidad misma, el santo de Dios. Además, será llamado y reconocido Hijo de Dios, vale decir, que se creerá en la veracidad de su naturaleza divina.

En tercer lugar el Ángel, aún sabiendo que no tenía necesidad [21] de ello, premia la humilde fe de la Virgen Santísima ofreciéndole, en apoyo de la verdad de sus palabras, una señal: la prodigiosa gravidez de Isabel su parienta, ya anciana, y que era llamada estéril. El que había dado la fecundidad a una estéril, podía darla también a una virgen. Pues nada es imposible a Dios. La palabra *imposible* es una palabra humana, no divina. Es, por consiguiente, un término que se encuentra sólo en el diccionario del hombre, tan limitado en su posibilidad, mas no en el vocabulario de Dios, que es ilimitado en su poder.

Dicho esto, el Ángel calla y escucha en reverente silencio la respuesta de María: el libre consentimiento que le era pedido en nombre de Dios.

---

[21] Esto resulta claro por el hecho de que el signo propuesto no se *verificaría* sino *después* que Ella hubiese pronunciado su "fiat", y no antes.

b) *La respuesta de María.* La Virgen Santísima, en ese momento, inundada de luz celestial, debió comprender y medir todo el excepcional alcance de aquel *sí,* la palabra más pequeña y más grande que pueda pronunciarse, y, antes de proferirla, debió entrar por un instante dentro de sí misma, en la más recóndita profundidad de su nada. Ese momento de temerosa espera es indudablemente el más solemne de la historia del mundo: es el momento en el cual el cielo, con sus riquezas, está por volcarse sobre la tierra.

Más de mil años después de este memorable suceso, el melifluo Doctor de Claraval, San Bernardo, dramatizaba así aquel solemne instante: "Oíste ya, oh Virgen bendita, el hecho y oíste también el modo; uno y otro admirable, regocijante... Y ya que a tu oído resonó tal gozo y alegría, ojalá también nosotros oigamos de ti la dichosa respuesta que deseamos, para que exulten los huesos humillados... El Ángel espera la respuesta, porque ya es tiempo de que vuelva a Dios que lo ha mandado: también nosotros, míseramente sentenciados a condenación, aguardamos, oh Señora, la palabra de misericordia. En tus manos está el precio de nuestra salvación: si tú consientes, en el mismo instante seremos liberados. Nosotros morimos, mas por tu breve respuesta podemos ser vueltos a la vida. Te lo suplica, oh Virgen piadosa, el gimiente Adán con su mísera descendencia, desterrada del Paraíso, y así también Abrahán, David; esto te imploran también todos los demás santos Patriarcas, tus mismos Padres, que habitan la región de sombra y de muerte; esto espera de ti todo el mundo, postrado a tus pies, y justamente, porque de tus labios depende el consuelo de los afligidos, la redención de los esclavos, la liberación de los condenados, en suma, la salvación de todos los hijos de Adán, de todo el género humano. Da, oh Virgen, la contestación, y pronto. Oh Virgen, responde esa palabra que la tierra, el Limbo y el mismo cielo esperan. Hasta el mismo Rey y Señor, se enamoró tanto de tu belleza que desea también esta respuesta afirmativa con la que se ha propuesto salvar al mundo; y porque le agradaste en el silencio, más le agradarás en la palabra; pues Él te clama desde el cielo: oh bella entre las mujeres, hazme oír tu voz. Si tú le complaces, Él te mostrará nuestra salvación. ¿No es, acaso, esto lo que tú buscabas y anhelabas día y noche orando con suspiros? Pues qué, ¿no eres tú Aquella a quien fué prometido esto, o acaso debemos esperar a otra? Sí, tú eres, y no otra. Tú eres la prometida, la esperada, la deseada, aquella de la cual tu santo

antepasado Jacob, al morir, esperaba la vida eterna diciendo: «Esperaré tu salvación, oh Señor» (Gén., 49, 18), porque Dios dispuso operar la salvación sobre la tierra por tu intermedio. ¿Por qué aguardas de otra lo que ha sido ofrecido a ti? ¿Por qué esperas de otra lo que por ti puede realizarse al instante con sólo hablar y dar tu asentimiento? Responde, pues, pronto al Ángel. Responde el verbo y acoge al Verbo; dí tu verbo humano y acoge al Verbo divino; pon fuera lo transitorio y acoge lo eterno. ¿Por qué tardas? ¿Por qué dudas? Cree, confiesa y recibe. Hágase audaz la humildad, confiado el pudor: no conviene absolutamente que la virginal simplicidad olvide la prudencia. En esto no temas presunción, oh Virgen, que, por grato que sea el pudor en el silencio, más activa ahora y necesaria es la piedad en el hablar. Abre, oh bienaventurada Virgen, tu corazón a la fe, tus labios a la respuesta, tus entrañas al Creador. He aquí que el Deseado de todas las naciones se halla ya a las puertas. ¡Ay, si por tu tardanza, pasase adelante, de tal modo que debieras de nuevo buscar doliente a Aquél que ama tu alma! Álzate, corre, abre: álzate con la fe, corre con la devoción, abre con la confesión". ("Hom. IV de laudibus Virginis Matris", n. 8, P. L. 183, 83 y sgts.) Después de estas palabras, todo comentario es superfluo, aun más, echaría a perder el texto. Por muy hermosas que sean las expresiones que se dicen, siempre quedan desmesuradamente inferiores a la realidad.

La palabra anhelada, el *sí* fatídico, pleno e incondicionado, no se hizo esperar largamente. La Virgen, abriendo su corazón al Verbo que debía encarnarse y a todo el género humano del cual, haciéndose carne, venía a ser la cabeza, abre sus labios virginales y pronuncia estas textuales palabras: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Fórmula ésta que, en su breve simplicidad, resume y expresa las más bellas virtudes. Ella refleja la singularísima *prudencia* de María, la cual le había inducido primero a informarse, antes de dar un asentimiento precipitado. Expresa su *fe*, incomparablemente mayor que la de Abrahán, porque sin ninguna duda, basándose en la palabra de Dios, admitió como absolutamente verdadera y posible la promesa de un acontecimiento que supera la capacidad de cualquier mente creada, es decir, que un Dios se haga hombre tomando carne de una mujer, sin comprometer su virginidad, que el Creador llegue a ser hechura de su misma criatura. Expresa también su singularísima *obediencia*, porque no solamente se ofrece

prontamente a aceptar con toda libertad la voluntad divina, sino que la desea ardientemente diciendo: *fiat!* ¡Hágase en mí según tu palabra! Su extraordinaria *humildad* en el hecho de que, al ser elevada por encima de todas las criaturas y constituída en Madre de Dios y Reina del universo, Ella se abisma, con una especie de deleite, en aquella nada de la cual Dios la ha sacado y elevado, proclamándose nada menos que su esclava, esto es, una mujer de condición inferior a la de una pobre sierva: "He aquí la esclava del Señor" [22]. Expresa en fin su singularísimo y generoso *amor hacia Dios y hacia el prójimo*, admirable síntesis de toda la ley evangélica, ofreciéndose generosamente a ser la Madre del Redentor, varón de dolores, como lo había pintado Isaías, y por consiguiente Corredentora, o sea, mujer de dolores, a fin de que quede a salvo la gloria de Dios sustraída por el pecado, y sea operada la eterna salvación del hombre.

El *fiat* de María es indudablemente el más grande pronunciado después del *fiat* creador de Dios al principio del mundo. Con el primero fueron formadas todas las cosas. Con el segundo, vinieron a ser no menos admirablemente reformadas. Con el primero surgió el sol creado que ilumina los cuerpos; con el segundo nació el Sol increado que ilumina las almas. Con el primero apareció la vida natural; con el segundo, brotó en nosotros la vida sobrenatural. Toda la vida de la humanidad gira en torno a estos dos *fiat*.

No bien la Virgen Santísima hubo pronunciado su gran palabra "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros", es decir, que en ese mismo instante fué formado en el seno purísimo de María el cuerpo de Cristo, fué creada por Dios el alma e infundida al cuerpo y a esa alma y a ese cuerpo se le unió la divinidad, o sea, la divina

[22] De un modo maravilloso el desvergonzado Boccaccio ha puesto de relieve la humildad de María en el admirable soneto que va a continuación:

Ni trenzas de oro, ni ojos atractivos,
ni vestimenta regia ni elegante,
ni juvenil edad, ni melodía,
ni angélica apariencia, ni belleza,
pudo atraer de soberana alteza
al rey del Cielo en esta vida triste,
para encarnarse en ti, dulce María,
madre de gracia, espejo de alegría:
mas fué tan grande tu humildad,
que pudo entre Dios y nosotros,
quebrar todo desdén y el cielo abrir.
Danos, pues, oh Virgen y Madre Santa,
que podamos, siguiendo tu humildad,
llegar al bienaventurado reino".

persona del Verbo. El corazón del Hombre-Dios comenzó a palpitar junto al corazón de la Madre de Dios. Con toda probabilidad la Virgen Santísima, arrebatada en un éxtasis inefable, fijó su límpida mirada en el mismo eterno Sol de la gloria.

5. — La conclusión del relato.

La conclusión es totalmente digna de la simplicidad y de la sublimidad del mismo: "Y el Ángel se retiró de su presencia". Sí, partió llevando en su corazón, mucho más que en sus alas de oro, el gran *fiat* restaurador juntamente con el inefable esplendor y el celestial perfume de las virtudes encerradas en esa palabra.

Partió el Mensajero divino, y vino el mismo Dios.

LA VISITACIÓN

1. — La narración evangélica.

Con sus palabras inspiradas, con su estilo simple, conciso, el Evangelio la narra así: "Por aquellos días partió María y se fué apresuradamente a las montañas, a una ciudad de Judá; y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó a Isabel. En el momento en que Isabel escuchó la salutación de María, la criatura dió saltos de placer en su vientre, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz, dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene esto, que a mí venga la madre de mi Señor? Pues luego que penetró la voz de tu salutación en mis oídos dió saltos de júbilo la criatura en mi vientre. Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor. Entonces María dijo: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en Dios salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su sierva: por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es poderoso, cuyo nombre es santo; y cuya misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazón de los soberbios, derribó del solio a los poderosos, y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo; según la promesa que hizo a sus padres, en favor de Abrahán y de su descendencia, por los siglos de los siglos.

"Detúvose María con Isabel cerca de tres meses, y se volvió a su casa.

"Entretanto le llegó a Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió a luz un hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios le había hecho, y se congratulaban con ella. El día

octavo vinieron a la circuncisión del niño, y llamábanle Zacarías, del nombre del padre. Pero su madre, oponiéndose, dijo: No por cierto, sino que se ha de llamar Juan. Dijéronle: ¿No ves que nadie hay en tu familia que tenga ese nombre? Al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se llamase. Él, pidiendo la tablilla de escribir, escribió así: Juan es su nombre. Lo que llenó a todos de admiración. Al mismo tiempo recobró el habla, y usó de la lengua, y empezó a bendecir a Dios. Con lo que el temor se apoderó de todas las gentes comarcanas. Divulgáronse todos estos sucesos por todas las montañas de Judea; y cuantos los oían los meditaban en su corazón diciendo: ¿Quién pensáis ha de ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él.

"Y Zacarías su padre, quedó lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo; y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David su siervo; según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas desde el principio; para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen; ejerciendo su misericordia con nuestros padres, y teniendo presente su alianza santa, conforme al juramento con que juró a nuestro padre Abrahán que nos otorgará la gracia de que, sin temor, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos, con santidad y justicia ante su presencia, todos los días de nuestra vida. Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor preparando sus caminos, enseñando la ciencia de la salvación a su pueblo, para el perdón de los pecados, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, que ha hecho que el Oriente haya venido a visitarnos de lo alto, para alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte; para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz." Así dice el sagrado texto (Lucas, 1, 39-79).

La idea de hacer una visita a Isabel fué inspirada a María por el coloquio con el Ángel. La especial intervención de Dios en su caso y en el de su parienta Isabel, le dejaba entrever claramente los singulares lazos que unían prodigiosamente los dos nacimientos (el del Mesías y el de su Precursor) y sus dos afortunadas madres. Sigamos paso a paso, también en esta narración, el texto inspirado, abordando las varias cuestiones por él suscitadas y resueltas ordinariamente de modo muy diverso por exegetas e historiadores.

En la narración evangélica podemos distinguir claramente tres fases: el viaje, el encuentro, y la permanencia de María en casa de Isabel.

2. — El viaje.

a) "*Por aquellos días...*" [1], es decir, en uno de los días que siguieron a la Anunciación del Ángel. El viaje de María, pues, no tuvo comienzo, según parece insinuar el sagrado texto, inmediatamente después de la Anunciación, como se obstina en repetir algún exegeta, sino unos días después. De haber sucedido inmediatamente el Evangelio diría: "en aquel mismo día", en singular, y no: "por aquellos días", en plural. Y se comprende. Durante las horas y los días que siguieron inmediatamente a la Anunciación, la Virgen Santísima debió vivir sumergida con la mente y con el corazón en ese océano ilimitado de luz y de amor que había inundado divinamente su purísimo seno. Cada pensamiento de su mente, cada palpitación de su corazón debió estar como polarizado en torno al Verbo encarnado, cuyo corazón palpitaba tan cercano al suyo.

Muy probablemente, además, debió esperar unos días a fin de encontrar alguna compañía segura. Pues no era conveniente que Ella emprendiese por sí sola un viaje de cuatro o cinco días y que la obligaba, por eso mismo, a pernoctar, tras una modesta recompensa al guardián en cualquier cuchitril sin puerta de algún *kan* o recinto donde se alojaban las caravanas. Por lo demás, las ocasiones de andar en compañía no podían faltar. Quizás eran inminentes las Fiestas Pascuales que constituían una de las tres peregrinaciones obligatorias al Templo de Jerusalén. En tal caso, la Virgen Santísima pudo muy bien ser acompañada por San José, su prometido, hasta Jerusalén. Digo hasta Jerusalén. Porque parece debe excluirse que San José haya acompañado a la Virgen Santísima hasta la casa de Isabel. Si esto hubiese sucedido, el Santo Patriarca habría conocido, por las palabras de Isabel y por la respuesta de María, el sublime misterio que se había cumplido en Ella. Empero, por el Evangelio aparece claramente que él se hallaba completamente a oscuras sobre esto, y que fué necesaria la intervención de un ángel para calmar su agitación. Probablemente, pues, conociendo San José la intención de María

[1] "In diebus illis."

de quedarse algún tiempo en casa de su parienta Isabel, la acompañó hasta Jerusalén. En los pocos kilómetros que separaban la ciudad santa de la casa de Isabel, debía ser cosa bastante fácil encontrar la compañía fiel de algún pariente o amigo, especialmente si esto sucedía los días de las fiestas Pascuales.

Mas aún prescindiendo del hecho de que la visita de María a Isabel haya acontecido en los días mencionados, no era difícil en verdad encontrar alguna buena persona con la cual viajar. Cada semana había gente que, por motivos religiosos o comerciales, se dirigía hacia la capital. Un dicho palestinense surgido tiempo después, pero que vale para todos los tiempos, nos revela la prudencia con que se procedía a la elección del compañero de viaje: "Cuando veas que un justo se pone en camino y tú tienes la intención de hacer el mismo itinerario, comienza tu viaje tres días antes para ir en su compañía, pues los ángeles custodios le siguen y a ellos él encomendará que te protejan a lo largo del camino. Pero si ves que un hombre abandonado por Dios hace el camino que tú te propones recorrer, inicia tu viaje tres días más tarde, de manera de no hallarte en su compañía".

De todos modos, una elegida cohorte de ángeles, como imagina el pintor alemán Führich (1800-1876), debió acompañar, con una protección tanto más eficaz cuanto que era invisible, a su excelsa Reina en aquel largo y fatigoso viaje.

b) "*Partió María*" [2]. En estas dos palabras parece verse como el acto enérgico de la voluntad que se impone al intelecto anheloso de permanecer sumergido, sin la inevitable distracción que se deriva de un largo y fatigoso viaje, en el éxtasis del amor y de la adoración. No hay duda: al emprender ese viaje la Virgen Santísima debió imponerse cierto esfuerzo, debió hacerse cierta violencia. ¿Qué fué lo que la movió y la impulsó a aquello? ¿Fué quizás el deseo de comprobar si era verdad lo que el Ángel le había dicho respecto de su vieja parienta Isabel? ¡De ninguna manera! Si hubiese sido éste el motivo de su viaje el Espíritu Santo, por medio de Isabel, no habría exaltado su fe en las palabras del Ángel exclamando, casi en contraposición con la incredulidad de Zacarías: "Bienaventurada tú, que has creído" [3]. ¿Fué quizás el ansia de hacer conocer en seguida a su parienta, tan favorecida por Dios, el don incomparablemente

---

2 "Exsurgens Maria."

3 No puede, pues, admitirse lo que recientemente ha escrito el P. Gaechter:

más grande que le había sido conferido a Ella por el Omnipotente, y las grandes cosas que en Ella había cumplido?... Tampoco. Esta hipótesis es del todo inconciliable con la divina psicología de Aquélla que, en el acto de ser elevada a la incomparable dignidad de Madre de Dios, se declaró humilde "esclava del Señor" y que, para no revelar el gran secreto del Rey divino, prefirió ver a San José presa de la más tormentosa agitación por aquello que, sin su conocimiento, había sucedido en Ella, verdadera personificación de la pureza. ¿Fué acaso la incontenible necesidad de desahogar, con una persona amiga, la plenitud del corazón, después del inaudito prodigio que se verificó en Ella? Pero la Virgen no era una mujer común, que necesitase comunicar, aún legítimamente, con otras. A Ella, tan reservada, le bastaba confiarse con Dios. ¿Fué la curiosidad de conocer un poco más detalladamente, en todos sus interesantes pormenores, aquello a lo cual el celestial Mensajero había solamente aludido? Tal curiosidad, aunque no reprobable, es más fácil concebirla en una comadre del vulgo que en una criatura tan excepcionalmente elevada como lo fué María.

¿Cuál fué, pues, el verdadero motivo que la impulsó a dejar la serena y tranquila paz de la humilde casita de Nazaret y a emprender ese largo y fatigoso viaje? Fué un misterio delicioso de humildad y de caridad, o mejor, de humildad caritativa y de caridad humilde. Ella sentía en su corazón dos imperiosas necesidades. Sentía, en primer lugar, la necesidad de congratularse vivamente con su prima Isabel y con su marido por la insigne gracia recibida de Dios como premio a su santísima vida; gracia que ponía término a la desolación de ese hogar, y al irracional desprecio de que se veían rodeados, y que les permitía erguir modestamente la cabeza para justa confusión de aquellos que "se creían santos y miraban a los demás con ojos desdeñosos" (Luc., 18, 9). Sentía, además, la necesidad de edificarse con la conversación de su santa y privilegiada parienta y de ofrecerle humildemente sus propios servicios en momentos de particular necesidad. He dicho: de ofrecerle humildemente sus propios servicios.

"Después de la partida del Ángel y la concepción, María se encontró abandonada a sí misma sin tener otra cosa en qué apoyarse que el recuerdo de su experiencia privada y la fe en las palabras del Ángel. Muy naturalmente, Ella debió experimentar el deseo de asociar su personal experiencia con algún acontecimiento *que sirviese de prueba, para sí misma* y para los demás, de que Ella no había sido víctima de su "imaginación" (art. cit.). Esta fe titubeante es inconciliable con el espíritu de María.

Porque estoy más que persuadido que, de hecho, jamás habría permitido Isabel ser servida por Aquella que sabía ser la Madre de Dios. Tanto más cuanto que, como mujer del Sacerdote Zacarías, tendría indudablemente las personas necesarias para todos los quehaceres domésticos.

¡Cuánto perfume de humildad y de caridad hay en este noble gesto de María! La madre de Dios se dirige a visitar a la madre de un hombre, aunque fuese el más grande de entre ellos; la Reina se llega a servir a la esclava.

Pero lo que antes que nada y por encima de todo movió a María a emprender este viaje, fué el irresistible impulso del Espíritu Santo, el cual quería cumplir el arcano designio de santificar por Ella, designada como Dispensadora de todas las gracias divinas, ya a la madre (Isabel), ya al fruto portentoso de sus entrañas (Juan Bautista).

c) "*Y se fué apresuradamente*" [4]. Es el mismo Evangelio el que contrariamente a su costumbre de evitar palabras que expresen las situaciones de ánimo de los actores, pone de relieve la prisa de María por visitar a su prima. A primera vista parece que este apresuramiento contrasta con la fisonomía moral y el comportamiento mesurado de la Virgen purísima. Pero es un contraste sólo en apariencia. La caridad y la humildad daban alas a sus pies. El mismo peso, dulcísimo peso, que Ella, en un éxtasis de amor y de adoración, llevaba dentro de sí, lejos de entorpecerle los movimientos, la aligeraba, la sostenía, la hacía volar. El amor no conoce titubeos, no ve obstáculos, no repara en sacrificios. He aquí por qué María se fué "apresuradamente" *(cum festinatione)* a visitar a su anciana parienta.

d) "*A las montañas*" [5]. Esta región montañosa hacia la cual María dirige apresuradamente sus pasos, es de fácil identificación. Ella se levanta al sur de Jerusalén, y alcanza su punto más alto en el monte Hebrón.

Mas antes de alcanzar aquella elevada zona, ¡cuántas otras regiones y localidades de particular interés debió atravesar María! Ella cruzó la vasta llanura de Esdrelón, semejante a un mar de verdura, los hermosos collados de Samaria, risueños cual amenos jardines, y

[4] "Abiit... cum festinatione."
[5] "...in montana."

luego los montes de Judea que comenzaban a cubrir su pardo color de invierno con el verde follaje de los árboles. La serena alegría de la naturaleza en su despertar armonizaba admirablemente con la no menos serena exultación del corazón virginal de Aquella que "conservaba y ponderaba", como dice S. Lucas (2, 19), las nuevas, las grandes, las sublimes cosas que se habían cumplido en Ella pocos días antes. Los mismos lugares por los que pasaba y sobre los cuales posaba su mirada dulce y cándida, despertaban en Ella los más suaves recuerdos, las más relevantes reminiscencias bíblicas tan íntimamente conexas con aquellas que Ella conservaba en su propio corazón. Dotaín, Siquem, Betel, nombres tan íntimamente ligados al padre del pueblo elegido y a todos sus descendientes; nombres plenos de historia cuyo centro era precisamente Aquél que Ella llevaba en su seno virginal, ¡qué pensamientos sublimes, qué santos afectos, qué elevaciones sobrenaturales no deberían suscitar en su mente, en su corazón, en todo su ser! Al acercarse a Silo, Ella debió ver perfilarse el rostro inefable del fidelísimo Samuel, con su cabellera nazarena, con su túnica de lino y, junto a él a Ana su madre, repitiendo aquel cántico de alabanza [6] que Ella conocía, puede decirse, de memoria y que hará resonar dentro de poco, en dos o tres pasajes, entre las paredes de la casa de Isabel: "Saltó de gozo en el Señor mi corazón, y mi Dios me ha ensalzado, pues mi alegría es la salud que de Ti he recibido. Nadie es santo como lo es el Señor; no hay otro fuera de Ti: y ninguno es fuerte como nuestro Dios. Quebróse el arco de los fuertes, y los flacos han sido revestidos de vigor. Los que antes estaban hartos, se han alquilado por pan; y los hambrientos han sido saciados... El Señor dará a su rey el imperio, y exaltará el poder de su Cristo". Y ese Cristo, cuya exaltación había sido predicha por Ana, Ella lo llevaba ya en su seno como la aurora lleva al sol, y muy pronto lo daría al mundo, envuelto en las tinieblas y en las sombras del pecado.

Después, a la vista de la ciudad santa y de su Templo, ¿quién podrá decir los dulces recuerdos de la infancia que aflorarían a su memoria grabando en su corazón —al cual la divina maternidad había vuelto divinamente sensible— surcos de luz y de amor? El halo de luz y de gloria predicho por Isaías la envolvía ya.

Y héla aquí, por fin, subir la región montañosa y dirigirse...

[6] I Reyes, 2, 1 y sgtes.

e) *"A una ciudad de Judá"*[7]. ¿Cuál era esta ciudad de Judá en la que vivía Isabel, y que tuvo el honor de hospedar por tres meses a la Madre del Mesías y vió nacer al Precursor del mismo? Las respuestas de los exegetas y de los historiadores a esta pregunta son innumerables; las hay para todos los gustos. Han sido puestos en danza nueve lugares, nada menos, es decir: Juta, Hebrón, Jerusalén, Emaús-Nicópolis, Judá, Maqueronte, Belén, Bet-Zacara (la actual Beit Zkaria) y Ain-Karim.

Diremos pocas palabras para cada una de estas variadas hipótesis, reservando un poco más de espacio para la última (Ain-Karim) que parece ser la más fundada y la más probable.

1) La hipótesis de *Juta*[8] como ciudad natal del Bautista, ya presentada por Frescobaldi hacia fines del siglo XIV[9], fué puesta en boga por el holandés Reland[10] y aceptada luego por algunos historiadores y exegetas. Según Reland, San Lucas habría transcrito la *t* (la "tau" de Iutah) por una *d* (la *d* de Iuda). En efecto, Juta era ciudad sacerdotal (Josué, 21, 16) y se halla situada sobre la región montañosa de Judá, cerca de Hebrón (Josué, 15, 55; 21, 16). "Yo pienso, concluye Reland, que esta conjetura recibirá la aprobación de todos aquellos que examinen con detenimiento las palabras de San Lucas. En cambio, agrega, si las palabras del Evangelista (*in civitatem Iuda*) son tomadas, como ordinariamente lo hacen los intérpretes, por una ciudad de Judea en general (y no ya por una ciudad en particular), se vendría a admitir que nada hay de más oscuro en todo el Evangelio de San Lucas." Sin convencer a todos, estas razones han convencido a muchos, en general a los protestantes, y a varios estudiosos católicos como Patrizi, y Curci[11], quien observa, además, que S. Lucas se limita a decir: *in civitatem Iuda*, en la ciudad de Judá. "Ahora bien, si dijese: *Iudae* o *Iudaeae*[12], entendería una ciudad de la tribu de Judá en el primer caso[13], o bien en el reino de Judea en el segundo; pero con ese *ciudad de Judá*, a la verdad, no se entiende qué cosa

---

[7] "In civitatem Iuda." Ni siquiera merece ser mencionada la opinión de algunos, según los cuales el término "montana" sería el nombre del lugar en el que habitaba Isabel. Esta opinión es desmentida por el hecho de que poco después se dice: "super omnia *montana Iudaeae* divulgabantur omnia verba haec" (Lucas, 1, 65).

[8] En el texto hebreo se lee Juttah; en la Vulgata es llamada *Jeta* (Josué, 21, 16) y *Jota* (Jos., 15, 55).

[9] Cfr. D'Alfi: "Viaggio Biblico d'Oriente", t. III, p. 934.

[10] "Palaestina", 2 en 8º, Utrecht, 1714, T. II, p. 870.

[11] "Lezioni sopra i quattro Evangeli", Lez. 12, p. 210.

[12] Es de hacer notar que en los manuscritos griegos existen también las variantes *Iudaeae* y *Iudae*. Cfr. Tischendorf: "Novum Testamentum graece", ed. 8, crítica mayor, t. I, p. 149.

[13] Este caso debe excluirse, porque en tiempos de San Lucas la división en tribus ya no existía.

También parece que debe excluirse el segundo caso, porque el nombre em-

quiere significar." Atribuye, en fin, la variante de la trascripción (de la *t* en *d*), no ya al autor sagrado sino a algún amanuense. Luego, S. Lucas nombraría la ciudad de Juta a modo de aposición (*civitas Iuta*), como se diría *civitas Nazareth, civitas Ioppe, civitas Talassa* [14]. Esta hipótesis, además, se vería confirmada por las célebres visiones de las Venerables María de Agreda y Ana Catalina Emmerich.

Empero, se hace observar que tal hipótesis (al menos como se halla presentada por Curci) choca contra todos los códices tanto antiguos como recientes, ya sean del texto original como de las versiones, en los cuales no se encuentra la menor huella del pretendido cambio, por parte del copista, de *Iuta* en *Iuda*. Se hace observar también que el uso del vocablo arcaico *Iuda* en lugar de *Iudea* (entonces de moda y empleado por S. Lucas en todos los demás pasajes tanto del Evangelio cuanto de los Hechos) se puede explicar por el hecho de que el Evangelista, para ese primer capítulo (y, en general, para el así llamado Evangelio de la infancia), se ha servido de documentos arameos en los cuales encontró el arcaico *Iuda* en lugar de *Iudea*. Luego, la tradición a la que alude Frescobaldi en su viaje a Palestina, hecho en 1384, puede parecer demasiado vaga y tardía para proporcionar una sólida base a la hipótesis de *Iuta*.

Finalmente, se puede observar que Juta o Jota, en tiempos de S. Lucas era una ciudad de Idumea y no de Judea.

2) La hipótesis de *Hebrón* (o Kebrón, Cariatarbe) la más importante ciudad sacerdotal de Judea, situada al sur de Jerusalén y a 20 millas de ésta, fué defendida por Jansenio († 1576), por el Cardenal Baronio († 1607), por la Luca de Brujas († 1619), por Novati († 1648), por Cornelio A Lapide, por Calmet, por Benedicto XIV, por Martini, etc. Tanto más que Hebrón es la primera de las ciudades sacerdotales asignadas a los hijos de Caat de los cuales descendía, por Abía, Zacarías, el padre del Bautista.

Mas también la base de esta segunda hipótesis es bien débil. Los susodichos historiadores y exegetas razonan así: la ciudad situada en la región montañosa de Judea, de la cual habla S. Lucas, debía ser una ciudad sacerdotal. Ahora bien, Hebrón era ciudad sacerdotal y hallábase en la región montañosa de Judá. Luego... Sin duda el razonamiento sería exacto si Hebrón fuese la única ciudad sacerdotal situada en la región montañosa de Judá. Mas sabemos que existían también otras (por ejemplo, Jeta, Ain-Karim). Además se puede y se debe observar que la antigua ley de Josué, la cual fijaba a los sacerdotes una determinada morada, hacía largo tiempo que había caído en desuso, como se puede deducir por la misma Sagrada Escritura, la cual nos presenta varios casos de Sacerdotes que vivían habi-

---

pleado entonces comúnmente para designar la provincia de Judea era *Iudea* y no *Iuda*, como lo practica el mismo S. Lucas en todos los demás lugares tanto del Evangelio (1, 65) como de los Hechos. Ese Judá, pues, parece indicar una ciudad y no una tribu o la provincia.

[14] Cfr. D'Alfi, o. c., t. III, p. 933.

tualmente en localidades distintas de las ciudades sacerdotales. Por otra parte, Hebrón no está en Judea sino en Idumea [15].

3) La hipótesis de *Jerusalén*, ciudad principal y, por antonomasia, de Judea, sostenida por S. Isidoro de Sevilla, por S. Beda el Venerable, por S. Buenaventura, por S. Alberto Magno, y por S. Bernardino de Siena, parece más infundada todavía. En verdad, Jerusalén no pertenecía a la tribu de Judá sino a la de Benjamín. Además no era una ciudad sacerdotal: en ella residía el Sumo Sacerdote y aquellos que habían quedado cesantes de ese cargo.

Si, por otra parte, por la expresión "ciudad de Judá" se debe entender la ciudad por antonomasia de Judea, o sea Jerusalén, ¿con qué objeto se añade: *en las montañas*? Finalmente, aparece por el mismo Evangelio de S. Lucas que Zacarías no vivía en Jerusalén (Lucas, 1, 23), pues se hace notar la partida de la capital judía después que había ejercido allí, a su turno, los oficios sacerdotales. Esta opinión hace tiempo que se halla comúnmente descartada.

4) La hipótesis de *Emaús-Nicópolis*, seguida por Brocard (quien recorrió la Palestina en 1280), por Breidenbach y por Adricom [16], se funda en el hecho de que cerca de la susodicha ciudad comienzan precisamente las montañas de Judea. Mas esta razón, como cada uno puede ver, es muy débil, y no merece siquiera el honor de una refutación. Puede observarse además, que Emaús no se encuentra entre las ciudades sacerdotales nombradas en el libro de Josué.

5) La hipótesis de *Judá*, en Galilea, en la tribu de Neftalí, al Norte y a dos jornadas de camino de Nazaret, fué sostenida hacia fines del pasado siglo por Monseñor Le Camus en un artículo de la "Revue Biblique" [17].

Judá, en efecto, indica una ciudad situada en una región montañosa al norte de Nazaret. Tal ciudad, dice Mons. Le Camus, es la de Judá, cuya existencia es incontestable, aunque no haya sido célebre en la historia. Si bien seductora esta hipótesis y no obstante que su sostenedor la presenta como "explicación obvia del texto de S. Lucas", no puede admitirse así no más. En efecto, surge espontánea la pregunta: ¿es posible que la tradición haya permanecido muda completamente y siempre acerca de tal lugar? A más que esta Judá de Neftalí, como lo reconoce el mismo Le Camus, no es mencionada absolutamente entre las ciudades sacerdotales (Josué, 21) en una de las cuales, con toda probabilidad, debía habitar Zacarías [18]. Puede observarse, finalmente, que S. Lucas en el mismo capítulo hace entender que la región montañosa de la cual habla se encuentra en

---

[15] Cfr. "Dict. Bibl.,", t. II, col. 264.

[16] Cfr. D'Alfi, o. c., t. I, p. 224, nota 1.

[17] T. I, 1892, p. 107-108.

[18] Le Camus resuelve esta dificultad observando que no todas las ciudades levíticas designadas por Josué, en los tiempos que siguieron a la conquista, las invasiones asirias, egipcias, griegas y romanas, permanecieron tales. La misma ciudad de *Juttah*, mencionada como sacerdotal en Josué (21, 16), no es indicada como tal en el Libro I^{o} de los Paralipómenos (6, 57-59).

la Judea y no en la Galilea (donde se halla la Judá de que habla Le Camus)[19].

6) La hipótesis de *Maqueronte*, no lejos de Betania, fué sostenida por Florentini, seguido en esto por el célebre Bolandista Papebroch, y se funda en un antiguo martirologio, falsamente atribuído a S. Jerónimo, en el cual se lee: "In Macheronte Castello, Conceptio Ioannis Baptistae". Pero aparece demasiado evidente la confusión que este Martirologio hace entre el lugar del nacimiento y el de la muerte[20] del Baustista. Maqueronte, además, no se hallaba en la tribu de Judá sino en la de Rubén. Y ni siquiera era ciudad sacerdotal.

7) La hipótesis de *Belén* ha sido puesta en danza por Cedreno, el cual se fundó en la "Vida de María" atribuída al Monje Epifanio (P. G. 120, 200), que vivió entre el fin del siglo VIII y el comienzo del siglo IX. Otros también han llegado a esa misma conclusión basándose en algún códice griego del Evangelio de S. Lucas en el cual, en lugar de las palabras "in civitatem Iuda" se lee: "in civitatem David"[21], la cual ciudad de David es precisamente Belén. Mas este fundamento, como cada uno puede verlo, está muy distante de ser sólido.

8) La hipótesis de *Betzacara* o *Betcar* fué propuesta por el P. Germer-Durand, S. J. Él llegó a esta opinión suponiendo que en el texto primitivo de S. Lucas no se leyese ya "in domum Zacariae", sino *in Betzacara*, de la cual se habla en el libro I de los Macabeos, cap. 6, v. 32 (griego). San Lucas habría traducido el primer miembro (*Beth, domus*). Por otra parte, según el "Chronicon Paschale" (P. G. 92, 492) la misma ciudad habitada por Zacarías es indicada a 12 millas de Jerusalén. Ahora bien, precisamente a esta distancia el susodicho Padre habría descubierto, en la aldea de Betzacara, los escombros de una iglesia.

Pero parece fácil observar que esta interpretación concuerda poco con el contexto de S. Lucas. En efecto, el Evangelista acostumbra transcribir los nombres hebreos tales como son, así Beth-lehem, Bethania, Bethphagé. Es, por consiguiente, difícil convencerse de que haya querido traducir este nombre precisamente en un pasaje en el cual tal traducción habría creado un equívoco capaz de traer a engaño a todos sus lectores hasta el Padre Germer-Durand (naturalmente excluído). Por lo demás, el mismo Padre ha expuesto su hipótesis con las más expresas reservas[22].

9) La hipótesis más comúnmente admitida es la que señala a *Ain-Karim* como lugar de la casa de Zacarías y del nacimiento del Precursor. Una tradición local que remonta hasta el siglo V, milita en favor de esta hipótesis. La descripción *"De Terra Sancta"*, de Teo-

---

[19] "Et super omnia montana *Iudaeae* divulgabantur omnia verba haec" (1, 65).
[20] Cfr. Flavio Josefo: "Antiqu.", XVIII, c. 5, par. 2.
[21] Tal lección se encuentra una sola vez. Cfr. Tischendorf: "Novum Testamentum graece", ed. 8 critica mayor, t. I, p. 419.
[22] "Revue Biblique", t. III, 1894, p. 444.

dosio, escrita hacia el año 530[23], fija el lugar "donde María fué a saludar a Isabel" a cinco millas (7 kilómetros y medio) de Jerusalén. Otro tanto dicen los *"Itinera latina"*[24]. Ahora bien, tal distancia es la que separa Ain-Karim de Jerusalén. También el Monje Epifanio[25], indudablemente anterior a las cruzadas, llama Carmelion (corrupción de Karim) el lugar del nacimiento del Bautista, y lo sitúa "a seis millas más o menos al oeste de la ciudad santa", y "alrededor de dieciocho millas más acá de Emaús (Amoas)". Después del siglo XII, los testimonios en favor de Ain-Karim (*Ain* = fuente, *Karim* = viña), son numerosísimos. La mayor parte de ellos (empezando por el del Abad griego Daniel[26] que escribía hacia el 1112), además de indicar las distancias añaden varias noticias y, especialmente señalan, entre las dos iglesias, una fuente en la cual María habría ido a sacar agua durante su permanencia en la casa de Zacarías.

Esta hipótesis, como ya lo dijimos, parece entre todas la más fundada. La falta empero, de documentos que se remonten a los primeros siglos nos impide resolver el problema con una casi absoluta certeza.

3. — El encuentro.

Y hénos aquí en el punto culminante del episodio que nos ocupa: el encuentro. Llegada a la ciudad de Ain-Karim o de S. Juan en la montaña, María, prosigue el Evangelio

a) *"Entró en la casa de Zacarías..."* Una tradición local[27] afirma que el encuentro de María con Isabel se efectuó no ya en la casa de la ciudad, sino en una casa de campo en donde Isabel, como dice el Sagrado Texto, "ocultóse durante cinco meses" por un sentido de comprensible pudor y para elevar un himno de agradecimiento al Señor. Pero... ¿dónde se escondió? ¿Acaso en su casa de la ciu-

[23] Cfr. "Itinera Ierosolimitana latina", t. I, p. 71.
[24] Cfr. "Analecta sacra et classica" del Card. Pitra, en 4º, Roma, 1888, t. V, p. 119.
[25] Cfr. P. L. 120, 264.
[26] Cfr. "Vie et pelerinage de l'higoumèn Daniel", en "Itineraires russes", traducidos por Khitrowo y publicados por la Sociedad del Oriente Latino en 8º, Ginebra, 1889, p. 49 y sgtes.
[27] Cfr. Fray Lavinio († 1898) en la célebre "Guida indicatrice dei Santuari di Terra Santa", p. 308, trad. del francés por el P. Cipriano de Treviso.

dad? No parece tan admisible, especialmente si se tiene en cuenta que las casas hebreas eran, comúnmente, de un solo piso. ¿Cómo podría esconderse la dueña de casa? Con toda probabilidad, pues, debió retirarse a una casa de campo, lejos de las miradas no muy discretas y de las visitas de parientes y amigos. Y fué en ese lugar, en que surgió después la iglesia de la Visitación, donde se habría producido el encuentro de María con Isabel.

b) "... *Y saludó a Isabel*". Nótese la humildad de María. Ella es la primera en saludar [28], no obstante ser Ella la Madre de Dios e Isabel la madre de un hombre, Ella la Reina e Isabel su sierva. Egregiamente escribe San Ambrosio: "Es preciso que una virgen, mientras más casta es, sea tanto más humilde y sepa tributar el obsequio debido a quien es más anciano" [29].

¿Con qué fórmula saludó la Virgen a Isabel? El Evangelio no lo dice. No era necesario que lo consignara. La fórmula de salutación usual se sabía. Era ésta: "*Scialom lack*!": ¡paz para ti! Y quizás añadiese también, como suelen hacer los Hebreos cuando no se ven en mucho tiempo: *¡Bendito Aquél que nos ha hecho vivir hasta hoy!*

No se lee que la Virgen haya saludado, al entrar, a Zacarías, el dueño de casa. Su triste condición —estaba en efecto mudo y, con toda probabilidad, también sordo, pues le hablaban con signos—, lo inducía a vivir apartado, poco dispuesto a recibir visitas.

c) "*Y sucedió que...*" Es un modo de decir que prepara la revelación de algo grandioso, extraordinario, y sirve por esto para despertar la atención del lector. El saludo dirigido por María a Santa Isabel, aún antes que ésta hubiese podido abrir la boca, no se hizo sin un misterioso designio divino. En efecto, la voz de María debía ser el vehículo de todas las gracias que el Verbo Encarnado, literalmente viviente en Ella y por Ella, debía expandir sobre aquella santa familia.

"... Apenas Isabel oyó el saludo de María, la criatura dió saltos de júbilo en su vientre, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo.

---

[28] San Juan Crisóstomo dice que son ridículos y soberbios aquellos que no quieren saludar primero a los demás y que rehusan hacerlo si antes no son saludados; son, en cambio, sabios y humildes los que saludan en primer término, porque anticipan el deber de la virtud y de la humildad y doblegan tanto la propia soberbia cuanto la ajena y finalmente porque disipan y ahuyentan las rivalidades, los odios y las rencillas (Cfr. "A Lapide", in Luc., 1).

[29] "Expos. in Lucam", L. II, n. 22, P. L. 15, 1641.

Y exclamando en alta voz, dijo: "Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre."

En sus sublimes elevaciones sobre la visita de María a Isabel, el águila de Meaux tiene los siguientes magníficos aleteos, dignos de la más alta reflexión: "En el misterio que hoy celebramos yo veo cuatro personas: Jesús y su santa Madre María, Juan y su madre Isabel; ellos son el sujeto del Evangelio de este día. Pero notad, todas estas personas, excepto el Hijo de Dios, Jesús, cumplen alguna acción particular visible... Iluminada Isabel por una luz que le llega de lo alto, conoce la dignidad de la Madre de Dios en su parienta María, y se humilla ante Ella: "¿De dónde esto?" Juan siente la presencia de su Maestro y Salvador y en un brinco misterioso manifiesta su adoración: "exultavit infans". La dulce María, embelesada por la fascinación de los misterios que en Ella cumplió Aquél que es todopoderoso, canta en un éxtasis de amor las glorias y el nombre de Dios... exalta su bondad y su magnificencia: "Magnificat anima mea Dominum".

Sólo Jesús calla, inmóvil en el seno materno; ni el más pequeño movimiento traduce su real presencia: El que es el centro del misterio, aparece inerte... No debe maravillarnos, oh cristianos, este modo de obrar; quiere hacernos comprender que Él es el motor invisible por el cual se mueve toda cosa y todo conduce sin que se note el gesto de su mano".

Pero si Jesús mueve, invisiblemente, todos los personajes de esta admirable escena evangélica, mueve también, de un modo particularísimo a María, de cuya vida vivía entonces literalmente. El Divino Redentor va a santificar al Precursor, pero lo hace por medio de María; va y distribuye sus primeros dones, sus primeros beneficios, pero lo hace a través de las purísimas manos de María. Es Él quien vive en Ella, habla en Ella, obra en Ella. Tres fueron los grandes beneficios de la visita de la Virgen: la casa de Zacarías fué indeciblemente honrada; S. Juan fué santificado; Isabel fué llena del Espíritu Santo.

La gloria de que se ve inundada la casa de Zacarías al recibir la visita y al hospedar durante tres meses al Verbo Encarnado viviente en María, no tiene y no puede tener parangón. Si se considera todo un acontecimiento la visita de una Reina de la tierra, ¿qué no será la visita de la Reina del cielo? Santa Isabel demostró comprender muy bien este honor incomparable, cuando exclamó toda confun-

dida: "¿De dónde a mí esto, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?"

Un segundo beneficio, más grande aún que el primero, lo constituye la santificación del Bautista. Al oír la voz de María, narra el Evangelio, el Precursor exultó en el seno materno. El infante percibió prodigiosamente, según la interpretación común de los exegetas, la presencia del Mesías y de la Madre de Él; sintió la sobrenatural frescura de aquella onda de gracia que, surgida de la fuente (Cristo), y pasando a través de María (el canal), había inundado su alma purificándole de la culpa original, y expresó esta maravilla divina obrada en él con un salto de júbilo, como si estuviese impaciente por ir a postrarse a los pies de Aquél cuyo camino él debía preparar.

No es esto todo. A la voz de la Virgen, vehículo de las gracias divinas, Isabel se siente llena del Espíritu Santo. Es el tercer efecto de la visita de María. El Espíritu Santo, esta luz de las inteligencias, le revela sobrenaturalmente el pasado, el presente y el futuro respecto de su joven parienta. Le revela el pasado, como resulta de las palabras: "Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que te han sido dichas de parte del Señor". ¿Quién había hecho conocer a Isabel que el Señor había manifestado a María cosas portentosas, y que la Virgen Santísima las había creído sin titubear?... Le revela el presente, porque Isabel reconoce y venera en su santa parienta a la verdadera Madre de Dios (la "Madre de mi Señor"), la "bendita entre las mujeres". Le revela el futuro, o sea, las futuras grandezas de María, puesto que la impulsa a exclamar con la más absoluta certeza: "Se cumplirán en ti las cosas que te han sido dichas por parte del Señor".

c) *Y María dijo: "Magnificat anima mea Dominum."* A las palabras de alabanzas de Santa Isabel (pronunciadas, dice el Evangelio, en voz alta, como para hacerlas sentir a todos los siglos, a todo el universo) la Virgen Santísima responde ensalzando a Aquel que es el único grande, entonando ese admirable cántico en cuya comparación cualquier otro canto, por armonioso que sea, da la sensación de una intolerable desafinación. Es el verdadero cantar de los cantares, es decir, el himno por antonomasia del Nuevo Testamento.

Damos aquí una traducción rítmica nuestra del admirable cán-

tico que brotó del corazón de María y que es repetido diariamente en las Vísperas por la Iglesia, en su admirable liturgia:

Y (María) dijo: mi alma	— glorifica al Señor,
y mi espíritu exulta [30]	— en Dios mi Salvador.
Puesto que de su sierva	— la bajeza ha mirado,
he aquí que para siempre	— me llamarán bienaventurada.
Porque cosas grandiosas	— ha producido en mí
Aquel que es Poderoso	— y cuyo nombre es santo.
Así de siglo en siglo	— sobre los que le temen
su misericordia	— de continuo se muestra.
De su brazo el fuerte	— poder ha desplegado
y ha disperso cual polvo	— al que el orgullo ha hinchado.
Hizo a los grandes	— descender de sus tronos,
mientras que a los humildes	— los elevó de grado.
A los pobres hambrientos	— de bienes ha colmado
y a los ricos hinchados	— sus bienes ha quitado.
A Israel su siervo	— Él le tendió la mano,
de su misericordia	— porque Él se ha acordado.
Conforme a lo que Él mismo	— reveló en precedencia
A nuestros padres, a Abrahán	— y a su descendencia [31].

---

[30] "*Exulta*": En el texto original hebreo o arameo de que se sirvió San Lucas debió de haber el *perfecto*, con significado de *presente* (según el uso semítico), el que el evangelista tradujo servilmente con el aoristo griego. Por eso (debido también al paralelismo con el precedente verbo "magnificat") hemos traducido con el *presente* la palabra "exultavit", como para indicar una exultación permanente, duradera, que se extendió a toda la vida.

[31] Recientemente algunos críticos no católicos, con una extraña desenvoltura, inspirada, evidentemente, por odio sectario o por prurito de novedad, cuando no por el deseo de quitar a la Madre de Dios, hacia la cual sienten poca simpatía, una fulgidísima diadema, han llegado hasta el punto de asegurar que el *Magnificat*, no pertenece a María, sino que es nada menos que un cántico de Isabel!

El primero en exponer una duda en tal sentido, si bien nada más que una duda, fué el tristemente célebre Loisy, a comienzos de 1893, en su periódico "L'enseignement biblique", sept.-oct. de 1893, ps. 35-36. Como era de esperarse, ninguno tomó en serio o dió mayor importancia a tal novedad, de modo que el mismo Loisy se quejó de ello y volvió, cuatro años más tarde, sobre el argumento de 1893, tratándolo con mayor amplitud en la "Revue d'Histoire et de Litt. religieuse", firmando con el seudónimo de Francisco Jacobé (2, 1897, 244-423; 6, 1901, 286; 8, 1903, 288 y sgtes.). Finalmente lo trató en su obra "Les Evangiles synoptiques", I (1907), 298 y sgts. De este modo sus dudas se cambiaron en tesis, la cual, en 1900, fué aceptada por el racionalista Harnack, quien escribió sobre ella una monografía completa ("Das Magnificat der Elisabeth, Luc. 1, 46-55, nebst einigen Bemerkungen zu Luc., 1 und 2", en "Sitzungsberichte der Königlich-preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin", 26, 1900, 538-

El objeto de este admirable cántico, humilde y alto como Aquella que lo entona, es una exultación plena de humildad y de gratitud por la acción misericordiosa de Dios en María, en la historia humana en general, y en la historia de Israel en particular. El pequeño pero grandioso poema se divide, pues, lógicamente, en tres partes, o mejor, en tres breves cantares llenos de los más elevados conceptos, simple como las cosas sublimes, sublime como las cosas simples. Con una sola mirada, la Virgen Santísima abraza a

---

556). Luego, en 1906, la mencionada extravagancia fué aceptada por el protestante inglés F. C. Burkitt (en el artículo "Who spoke the Magnificat?") en "The Journal of Theological Studies", 1906, 220-227.

Ante esta acometida racionalista contra el origen mariano del *Magnificat*, se opusieron enérgicamente los siguientes autores católicos: A. Durand: "L'origine du Magnificat", en R. B. 7, 1898, 74-77. — K. A. Kneller: "Das Magnificat der hl. Elisabeth nebst einigen Bemerkungen zu seiner Entdeckung", en "Stimmen aus Maria-Laach" 59 (1900), 237-244. — O. Bardenhewer: "Ist Elisabeth die Sängerin des Magnificat?", en "Biblische Studien" 6 (1901), 187-200. — M. Lepin: "Le Magnificat, doit-il être attribué a Marie ou a Elisabeth?", en "L'Université Catholique", nouv. sér. 39 (1902, I), 213-242. — "L'origine du Magnificat. Résponses aux nouvelles observations de M. Loisy", Ibid. 43 (1903, 2), 290-296. — P. Ladeuze: "De l'origine du Magnificat, et de son attribution dans le troisième Evangile à Marie ou à Elisabeth", en "Revue d'histoire ecclésiastique", 4, 1 (1903), 623-644. — F. Jubaru: "Le Magnificat, expression réelle de l'âme de Marie." Rapport au Congrès Marial Romain de décembre 1904, Roma, 1905. — E. Polidori, en "Civ. Catt.", 225 (1906, 3), 189-193. — S. Perret: "Le Magnificat", en "Revue Thomiste" 19 (1911), 565-590. L. Mechineau: "L'attribuzione del Magnificat a Maria", en la "Civ. Catt." 252 (1913, 2), 33-47. — A. Cellini: "Il Magnificat", en "Sc. Catt." 5, v. II (1916), 325-341; 413-425; 527-538. — E. Campana, en "Regina dei Cuori", a. 1915-1916. — F. Scuro: "Il Magnificat e la critica razionalistica", en "Rivista Mariana Mater Dei", 1929, n. 6, ps. 17-19. A estos autores católicos se han añadido los siguientes autores no católicos: F. Spitta: "Das Magnificat ein Psalm der Maria und nicht der Elisabeth", en "Theologische Abhandlungen. Eine Festgabe für H. J. Holtzman", Tubinga y Leipzig, 1902, 63, 194. — I. H. Bernard: "The Magnificat", en "The Expositor", s. 7, v. 3 (1907), 193-206. — C. W. Emmet: "Should the Magnificat be ascribed to Elisabeth?", en "The Expositor", s. 7, v. 8 (1909), 521-529. No nos parece en verdad ardua empresa, saber de qué lado se halla la verdad si damos una rápida mirada a los argumentos de unos y de otros, de los negadores y de los defensores de tal atribución.

Comencemos por los negadores. Los argumentos para negar a María el Magnificat aportados por Loisy, Harnack y Burkitt, se reducen a los siguientes:

A) ARGUMENTOS EXTRÍNSECOS:

1) Tres códices antiquísimos de la "Vetus Latina" (o sean, el *a*, *b* y *l*, del siglo IV) en lugar de las palabras: *"Y María dijo"*, traen: *"E Isabel dijo"*.

2) Orígenes, a mediados del siglo III, en su Homilía "in Luc. (P. L. 26, 247, y P. G. 13, 1817) asegura que, según algunos códices, el Magníficat es atribuído a Isabel.

3) En dos manuscritos de la versión latina (el Claromontano, de fines del siglo IX, y el Vosiano, del siglo XV) y en la versión armenia de la obra de San Ireneo "Adv. haer.", L. 4, c. 7, n. 1, se lee: *"Isabel dijo: Magnificat..."*

4) San Cirilo de Jerusalén († 386) en sus "Catech.", 17, 65 (P. G. 33, 9765) parece asignar el Magnificat a S. Isabel. También S. Niceta, obispo de

Dios y al hombre, lo temporal y lo eterno, lo material y lo espiritual, el pasado y el porvenir dándonos en pocas líneas maestras (10 versículos) una insuperable filosofía y teología de la historia.

Por sobre todo, María celebra, en la primera parte de su himno (o sea, en los primeros cuatro versículos), la acción misericordiosa de Dios en Ella: el Omnipotente, cuyo nombre es grande —María lo reconoce con humildad—, ha obrado en Ella grandes cosas al elevarla a la dignidad casi infinita de Madre de Dios y de compa-

---

Remisiana en Dacia (hacia fines del siglo IV), en el libro "2º de Psalmodiae bono", según el manuscrito vaticano 5729, atribuye el Magnificat a Isabel. (Cfr. "Rev. Bibl.", 6, 1897, 282-288; "Rev. Bén.", 14, 1897, 385-397).

B) ARGUMENTOS INTRÍNSECOS:

1) San Lucas acostumbra introducir a aquellos que cantan himnos (por ejemplo, Zacarías, Simeón) haciendo notar que estaban llenos del Espíritu Santo. Pues bien, tal presentación previa es hecha para Isabel ("Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth") mas no para María. Luego... El Magnificat pertenece a Isabel y no a María.

2) Si San Lucas hubiese introducido un sujeto diverso de Isabel, no habría escrito: *"y dijo"*, sino: *"después dijo..."*.

3) La frase "Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes" armoniza muy poco con la humildad de María.

4) Si el Magnificat hubiese sido dicho por María, no se concluiría con las palabras: "Permaneció después *María con ella* por espacio de tres meses", sino con estas otras: "Permaneció después *Ella* con Isabel por espacio de tres meses". En efecto, el primer modo de decir, observa Loisy, hace suponer naturalmente que la persona que habla no es ya María, sino Isabel.

5) El Magnificat es un salmo muy semejante al de Ana (I Reyes, 2, 1-10). Ahora bien, es Isabel y no María quien se encuentra en las condiciones de Ana, o sea, en la liberación de la ignominiosa esterilidad: "Respexit humilitatem ancillae suae"... Luego...

6) El mismo paralelismo exige que el Magnificat sea atribuído a Isabel. En efecto, así como Simeón y Ana habían declarado Mesías a Jesús en el Templo después de su nacimiento, así también Isabel y Zacarías le vaticinaron como Mesías antes del nacimiento.

7) El Magnificat es demasiado extenso para que pueda ser atribuído a María, la cual es presentada en el Evangelio como *taciturna.*

8) La lección: *"Y María dijo"* nació de la fórmula primitiva más simple: *"Y dijo"*, fórmula que se encuentra aún en cuatro códices del siglo VI. Más tarde los amanuenses añadieron a ella, como glosa explicativa, unos el nombre de Isabel, otros el de María. Pero este último, debido al amor y a la veneración hacia la Madre de Dios, prevaleció.

Tales son las razones de los negadores. Veamos ahora las de los defensores, quienes oponen a aquéllas, muchas otras incomparablemente más firmes. Y son:

A) ARGUMENTOS EXTRÍNSECOS:

1) La lección: "Y María dijo" se encuentra en *todos* los códices que existen del texto original griego y en todos los manuscritos de las versiones Siríaca, Copta y de la Vulgata.

2) Los principales Padres de la Iglesia Latina (S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo), de la Iglesia Griega (S. Epifanio, S. Basilio, S. Atanasio) y de la

ñera en la obra de Mediador entre el Creador y la criatura. De tal modo Él ha fijado su mirada llena de benevolencia sobre la bajeza de Ella, humilde hija de Nazaret, humilde prometida de un obrero, y la ha encumbrado a la altitud vertiginosa de Madre del Creador y Mediadora de las criaturas. Por este motivo, todas las generaciones la llamarán bienaventurada.

En la segunda parte del cántico (o sea, en los siguientes cuatro versículos) apartando la mirada de su persona y dirigiéndola a todas las criaturas, María celebra la acción misericordiosa de Dios en todos

---

Iglesia Siria (S. Afraate y S. Efrén) atribuyen explícitamente el Magnificat, sin la más mínima duda, a María.

3) En todas las liturgias el Magnificat es tenido como un cántico propio de la Virgen Santísima.

4) También Tertuliano ("De anima", 26, P. L. 2, 873) y Taciano (en su "Diatessaron") atribuyen a María el Magnificat.

Por la simple enunciación de estas razones externas se ve con cuánto atrevimiento Loisy osó escribir que "la repartición de los más antiguos testimonios tanto orientales como occidentales se hace en tales condiciones que da a las dos lecciones *una igual probabilidad extrínseca,* o, por lo menos, deja a la lección olvidada *una verdadera probabilidad* frente a la lección que ha triunfado en el uso eclesiástico" ("Rev. d'hist.", 1898, 427).

B) ARGUMENTOS INTRÍNSECOS:

1) Si el Magnificat hubiese sido pronunciado por Isabel, serían del todo inútiles las palabras: "Y dijo Isabel". En efecto, es Isabel y no otra persona la que ha hablado hasta el final del versículo precedente.

2) Isabel, como surge de la narración evangélica, queda confusa y se siente como eclipsada frente al Salvador y a su Madre que ha venido a visitarla. Todos sus pensamientos se dirigen hacia los singulares favores dispensados por Dios a su parienta. ¿Cómo, pues, explicar que, de improviso, en el v. 46, olvidándose casi de la Madre de Dios que le había inundado el alma y el corazón, se dirige bruscamente a sí misma elevándose casi hasta las estrellas y exclamando, de un modo totalmente inverosímil: "Por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones"?. Por lo menos es antipsicológico.

3) En el pasaje: "Por que ha mirado la bajeza de su esclava", ¿quién no siente el eco de las palabras pronunciadas poco hacía por la Virgen: "He aquí la esclava del Señor"? María, y nadie más que Ella, reconociéndose verdadera Madre de Dios, "llena de gracia", y al verse reconocida también como tal por Isabel, podía exclamar con todo derecho: "Por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones".

4) Pero el argumento interno más fuerte lo constituye el hecho de que el Magnificat, debido a las expresiones contenidas en él, llegaría a ser una verdadera desafinación si fuese puesto en boca de Isabel, mientras que constituye una verdadera armonía cuando es colocado sobre los labios de la más pura y de la más excelsa de todas las criaturas, María. Después de todo, ¿qué cosa había hecho en Isabel el Omnipotente para impulsarla a afirmar que "en ella había obrado Dios grandes cosas", y que por esto "todas las generaciones la llamarán bienaventurada"? Además, el Magnificat es, evidentemente, una respuesta de María a las palabras de Isabel. Dos cosas, en sustancia, había dicho Isabel a María: habíala alabado y había predicho la realización de aquello que le fuera anunciado por el Ángel, en lo cual Ella había creído. María respondió a ambas cosas refiriendo a Dios la alabanza dirigida a Ella y comentando la profecía que le había

los sucesos de la historia humana, particularmente en ese extraordinario acontecimiento que constituye el centro, el punto de referencia de todos los demás: la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas. Enuncia, pues, el principio general: "Cuya misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le temen." Aplica después este gran principio a las diversas categorías de personas, es decir, a los soberbios, los cuales son dispersados por el poder de su brazo; a los que están en alto, quienes son humi-

---

sido hecha. Las mismas alusiones a las promesas hechas a los Patriarcas exigen la atribución del Magnificat a María.

A todos estos argumentos extrínsecos e intrínsecos de indiscutible peso, los racionalistas no han sabido oponer otra cosa que migajas de razón, "des broutilles de raison", para decirlo con las palabras del P. Lagrange ("Rev. Bibl.", Octubre de 1901).

A los *argumentos extrínsecos* aducidos por los racionalistas no faltan apremiantes y, diría, demoledoras respuestas.

1) Contra los tres códices de la *Vetus Latina* está una legión de códices, todos los del original griego, de la versión siríaca, copta y de la vulgata.

2) Orígenes, insigne en la crítica textual, no obstante los códices citados, mantiene como auténtica la versión: "Y María dijo". Antes de Orígenes no se halla ninguna traza de la extraña lección: "E Isabel dijo". — Ladeuze demuestra (l. c., p. 27) además, que la afirmación de Orígenes es espuria. Jacquier la cree "probablemente no auténtica" ("Hist. des livres du N. T.", 25, París 1906, 505).

3) San Ireneo atribuye el Magnificat a María en todos los demás manuscritos de su obra (excepto los dos arriba mencionados). Por lo demás, los mismos Harnack y Loisy (Cfr. "Rev. d'hist. et de litt. reli.", 8, 1903, 288), reconocen que S. Ireneo atribuyó sin duda el Magnificat a la Virgen Santísima.

4) ¿Qué valor pueden tener frente a los innumerables testimonios de tantos Padres Griegos, Latinos y Siríacos los de San Cirilo y de San Niceta?

En cuanto a los *argumentos intrínsecos*, puede responderse:

1) Era perfectamente inútil decir que María estaba llena del Espíritu Santo (como fué dicho respecto de San Simeón, Santa Ana y Santa Isabel) desde el momento que es presentada como encerrando en su purísimo seno a la misma Sabiduría increada por obra del Espíritu Santo el cual, como había dicho el Ángel, había descendido en Ella: "Spiritus Sanctus superveniet in te".

2) Muchas veces San Lucas, en la misma historia de la infancia, introduce un sujeto distinto del precedente con la fórmula: "y dijo", sin recurrir a la fórmula: "Y después dijo" (Cfr. Luc., 1, 18, 30; 2, 10, 49).

3) La enunciación: "Beatam me dicent" no contrasta de ningún modo con la humildad de María, puesto que Ella refiere toda su grandeza a Dios, fuente de todo bien, el cual exalta las cosas humildes y humilla las altas. La genuina humildad no consiste en negar o en desconocer los dones de Dios, sino en atribuírselos a Él.

4) La cláusula "permaneció con ella" se explica fácilmente si se piensa que la narración se refiere a dos personas solamente y que, por tanto, no es posible equivocarse. Además, "María, observa justamente Campana ("María nel Dogma", P. III, c. 4), es la protagonista de todo este relato. La narración tiene tres partes que se refieren a la Virgen: a) la visita a Isabel, b) el cántico del Magnificat, y c) la permanencia en casa de Isabel. A cada una de estas tres partes, el Evangelio tiene buen cuidado de anteponer el nombre de María: "exsurgens Maria" — "et ait Maria" — "mansit autem Maria". Esto sirve para señalar la parte que Ella tiene en el relato. En fin no se dice "con Isabel", sino

llados, mientras que los humildes son ensalzados; a los ricos, los cuales quedan pobres, mientras que los pobres vienen a ser ricos. A la derecha de su misericordia se hallan los humildes y los pobres; a la izquierda de su justicia, los soberbios y los ricos. ¿No parece sentirse aquí un eco anticipado del célebre sermón de la montaña, código fundamental del reino mesiánico?... Paradojas divinas infinitamente más luminosas que todos los axiomas humanos.

En la tercera parte del cántico (o sea, en los dos últimos ver-

---

"con ella"; porque basta leer el texto para comprender inmediatamente que con ese *ella* el evangelista se refiere a Isabel, aunque no haya sido la última en hablar." Mons. Ruffini observa, además, que S. Lucas habría podido nombrar a Isabel y designar con un pronombre a María, pero el amor que lo unió estrechamente a la Madre santísima lo llevó a pronunciar su suavísimo nombre. Débese en efecto, a este singular amor el hecho de que en los dos primeros capítulos del Evangelio según S. Lucas la Virgen Santísima es nombrada 12 veces (Cfr. Lucas 1, 27, 30, 34, 38, 39, 41, 56; 2, 5, 16, 19, 34). Cfr. "Introductio in S. Scripturam", P. II, Liber I, p. 134, Roma 1925.

Totalmente inaceptable nos parece la solución de la mencionada dificultad propuesta por Mons. Ladeuze (l. c., p. 644). Él la resuelve diciendo que el Magnificat se halla fuera de su lugar, de modo que el texto de San Lucas 1, 46 se encontraba, en su origen, unido al texto 1, 56. El ilustre autor opina que nuestro cántico sería un antiquísimo salmo de la Iglesia, cantado por los Cristianos y quizás por la misma Virgen Santísima inspirada por el Espíritu Santo, en alguna asamblea de fieles. San Lucas habría tomado este poema y lo habría colocado entre los versículos 46 y 56, "interpretando de este modo libremente la respuesta que María debió dar a Isabel"!!!... Ésta tan libre interpretación de la respuesta de María, ¿no compromete acaso la historicidad del Evangelio de S. Lucas?...

5) Es innegable la semejanza del Magnificat, en algunas de sus expresiones, con el cántico de Ana. Pero sería poco lógico deducir de esto que quien lo cantó debía encontrarse *en las mismas condiciones que Ana* o sea, debía ser una mujer liberada de su humillante esterilidad como lo fué Isabel (y no María). Lo cual equivaldría a decir que quienes componen versos semejantes se encuentran en idénticas condiciones. Tanto más cuanto que el Magnificat, además de lo dicho, no contiene ninguna alusión a la esterilidad. El verso del cántico con el cual Ana alude la liberación de su esterilidad (I Reyes, 2, 5) falta en el Magnificat, no obstante que el mismo trae otro pasaje que precede inmediatamente aquel verso. Si el Magnificat fuese de Isabel habría conservado, con toda probabilidad, dicho verso.

6) El paralelismo Isabel-Zacarías, Simeón-Ana, no deja de existir en absoluto si, en vez de Isabel se pone María. Mas, aun supuesto y no concedido que la expresión: "Y María dijo" comprometiese tal paralelismo, siendo ella como es histórica y real, debe preferirse, evidentemente, a cualquier paralelismo ideal, así sea el más genial que imaginarse pueda. La idealidad de la construcción no puede ni debe suplantar la realidad de la historia.

7) La razón que se aduce acerca del carácter taciturno de María habría debido a su vez imponer silencio a nuestros críticos. ¡Tan débil es! En efecto, si María era callada con los hombres, no lo era en verdad con Dios, en quien derramaba de continuo, como en el Magnificat, su alma, su mente y su corazón ¿No es acaso cierto que mientras más espiritual es una persona, habla menos con los hombres y mucho más con Dios?...

8) La pretendida procedencia de la lección "Y María dijo" de esta otra más simple "Y dijo" (sin ningún nombre) que, según Loisy y Harnack, sería la auténtica, no se halla apoyada por ninguna autoridad, por lo cual es una aserción

sículos) la Virgen Santísima pasa de la historia universal a la historia particular del pueblo de Israel (figura del pueblo cristiano, Israel espiritual), historia entretejida con la trama de las misericordiosas promesas hechas por *Dios a Israel* su siervo, a los padres de aquel pueblo y especialmente a su padre Abrahán, promesas que Dios, con la Encarnación del Verbo, ha comenzado ya a realizar.

¿Puede imaginarse un poema más sublime que el compuesto por María? Con este solo himno Ella ha venido a ser la Reina de los Poetas [32].

d) *La psicología de María.* En el *Magnificat* vemos vivamente reflejados, como en un espejo muy terso, la mente y el corazón de María, sus ideas y sus sentimientos, su elevación intelectual y moral. En una palabra: la singularísima psicología de María.

En él se refleja, sobre todo, su mente. Por este cántico se nos muestra la elevación de sus pensamientos, la agudeza y la fuerza sintética de su intelecto, su aptitud para la poesía, su notable cultura bíblica, pues el *Magnificat* se nos presenta todo florecido de sentencias escriturísticas [33].

---

completamente gratuita. Ningún manuscrito, en efecto, contiene tal pretendida lección "Y dijo".

Por otra parte la muy rara lección "E Isabel dijo" es debida, tal vez, a un error del amanuense. Quizás algún copista, a causa de la semejanza de las primeras letras (*María... Magnificat*) omitió el nombre de María, y otro copista posterior suplió tal nombre, ateniéndose al contexto, con el de Isabel.

Quizás también, con la intención de precisar mejor la fórmula que sirve de introducción al Magnificat, algún amanuense escribió: "Et ait Maria Elisabeth"; luego, por la supresión de uno de estos dos nombres habrían surgido las dos lecciones: "et ait Maria" y "et ait Elisabeth" (esta última, como ya se ha dicho, rarísima). Estas explicaciones plausibles nos dicen, si no otra cosa, que no estamos obligados a recurrir en absoluto a los argumentos propuestos por los racionalistas.

Con razón, pues, la Comisión Bíblica Pontificia ha declarado que las poquísimas razones contrarias al origen mariano del Magnificat no pueden y no deben de ningún modo prevalecer contra las razones en favor de tal origen (Cfr. "Ench. Bibl.", n. 411).

[32] Para gustar plenamente la admirable estructura del "Magnificat" véase J. Bover, *El "Magnificat": su estructura lógica y su significación mariológica*, en "Estudios eclesiásticos", 19 (1945), ps. 31-43.

[33] 1. Magnificar anima mea Dominum.

2. Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

1. Magnifícate Dominum mecum (Salmo 33, 4). Cfr. también Salmo 34, 27.

2. Exultavit cor meum in Domino (I Reyes, 2, 1).
Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Iesu meo (Habac., 3, 18).

Allí se refleja sobre todo su corazón, un corazón lleno de humildad y de gratitud. En efecto reconoce su bajeza, su nulidad, haciendo retornar y recaer sobre Dios, es decir en la fuente, aquella alabanza magnífica que le había sido tributada por Santa Isabel. Se reconoce, además, deudora al Omnipotente por las grandes cosas obradas en Ella. La humildad, ante todo y por sobre todo, es "verdad". El reconocimiento de los dones de Dios por parte de un alma humilde, sirve para comprender siempre más la propia *nada* frente al *todo.*

e) *La riqueza del "Magnificat".* Pero es necesario profundizar más y descubrir, en cuanto sea posible, todas las riquezas escondidas en este incomparable cántico, a fin de hacernos alguna idea de la riqueza de la mente y del corazón de María, vivamente reflejados en él. Analicemos, pues, brevemente, uno después de otro, los diez versículos de este canto admirable.

3. Quia respexit humilitatem ancillae suae...	3. Si respiciens videris afflictionem ancillae tuae (I Reyes, 1, 11). Cfr. también Salmo 30, 8; Prov., 2, 12.
4. Beatam me dicent omnes generationes.	4. Beatam quippe me dicent mulieres (Génesis 30, 13).
5. Fecit mihi magna.	5. Fecisti magnalia (Salmo 70, 19). "Deus qui tibi fecit haec magnalia" (Deuter., 10, 21).
6. Sanctum nomen eius.	6. Sanctum et terribile nomen eius (Salmo, 110, 9). Confiteantur nomini tuo quoniam terribile et sanctum est (Salmo 98, 3).
7. Et misericordia eius a progenie in progenies, timentibus eum.	7. Misericordia Domini ab aeterno et usque in aeternum super timentes eum (Salmo 102, 17).
8. Fecit potentiam in bracchio suo.	8. Dextera Domini fecit virtutem (Salmo 117, 16). Cfr. también Éxodo 15, 6.
9. Dispersit superbos mente cordis sui.	9. Tu humiliasti... superbum... dispersisti inimicos tuos (Salmo 88, 11).
10. Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles.	10. Sedes ducum superborum destruxit Deus et sedere fecit mites pro eis (Eccli. 10, 17). Cfr. también Salmo 146, 6.
11. Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.	11. Repleti prius pro panibus se locaverunt, et famelici saturati sunt (I Reyes 2, 5).
12. Recordatus misericordiae suae, sicut locutus est ad patres nostros, Abraham et semini eius.	12. Dabis veritatem Iacob, misericordiam Abrahae; quae iurasti patribus nostris a diebus antiquis (Miqueas, 7, 20).

Ellos pueden reducirse a dos grupos.

En efecto, son una respuesta a la alabanza que le dirigiera Isabel: "Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán en ti las cosas que te han sido dichas de parte del Señor." Este encomio se divide lógicamente en dos partes: la primera constituye una alabanza a María ("Bienaventurada tú que has creído"); la segunda, una profecía ("Se cumplirán en ti..."). Con presteza y espontaneidad sencillamente admirables, la Sma. Virgen responde como sólo Ella podía hacerlo a cada una de esas dos partes. A la primera replica con los cuatro primeros versículos (dirigiendo a Dios toda la alabanza), a la segunda con los otros seis (comentando, con sublime batir de alas y elevaciones de la mente la profecía hecha a ella por su santa parienta bajo la inspiración de Dios).

Primer versículo: "Y (María) dijo: mi alma — glorifica al Señor." ¡Es admirable! La Virgen toda pura no podía iniciar de otro modo su cántico. En efecto, la *glorificación divina*, anhelo ardiente de toda su vida de purísimo amor hacia Dios, no podía menos que traducirse en la espontánea entonación del cántico celestial. Por su vida, María podría ser definida como "la alabanza viviente de Dios", la más grande que Dios haya recibido o pueda recibir del hombre, después de la del Hombre-Dios. Esta "alabanza" o "glorificación" resalta todavía más cuando se tiene en cuenta dos cosas, a saber: de dónde viene, y hacia dónde va. ¿De dónde proviene ella? Del alma de María: "Mi alma glorifica al Señor." No dice la Virgen: mi labio, mi mente, mi corazón glorifica al Señor, no; sino que dice "mi alma", vale decir, todo mi ser, porque el alma, según la sana filosofía, es el principio de la vida y de cualquier manifestación de la misma en el orden vegetativo, sensitivo y racional. Más aún: el alma es en la persona humana el principio de todos sus elementos. Todo, por consiguiente, alaba a Dios en María, es decir, que todo es un himno de glorificación y de alabanza. ¿Y a quién está dirigido, a quién asciende este cántico? Al Señor, a Dios, principio y fin de todo cuanto existe. Luego, es todo el sér de María el que entona loas al Ser infinito, a Aquel Que Es, a Dios.

Segundo versículo: "Y mi espíritu exulta — en Dios mi Salvador." Este segundo versículo es el eco perfecto del primero. Verbalmente sólo se registran tres variaciones sinónimas, o sea: a la glorificación corresponde la exultación, al alma el espíritu, y al Señor el Dios Salvador. Pero fácil es comprender que glorificación y exul-

tación, alma y espíritu, Señor y Dios Salvador se equivalen, por lo menos en cuanto a la substancia. El gozo de que habla la Virgen parece a su vez un eco del que acababa de experimentar el infante Juan, según el testimonio de Isabel, en el seno de la madre; en efecto, uno y otro placer eran producidos por la misma causa: la presencia del Verbo Encarnado, del Dios Salvador. Sin embargo, la exultación de Juan Bautista es más un júbilo del corazón que el del espíritu, o sea, un placer sensible, mientras que el júbilo de María es más del espíritu que del corazón, es decir, un gozo espiritual, y por eso mismo, superior al sensible. Al llamar a Dios *su Salvador*, María Santísima se proclama a sí misma redimida. En efecto, también Ella fué redimida por su Divino Hijo, o mejor dicho *prerredimida*, o sea preservada de incurrir en la culpa, preservada de la caída, mientras que todos los demás fueron simplemente redimidos, es decir, liberados de la culpa ya contraída y alzados después de caídos. La Virgen Santísima debió tener constantemente presente esta fineza de Dios para con Ella, y el pensamiento de tal inapreciable beneficio encendía en su corazón una llama perenne de gratitud siempre creciente. Si fué grande el júbilo del Bautista al ser purificado de la culpa original, incomparablemente mayor debió ser la alegría de María al saberse preservada, en previsión de los futuros méritos de su Divino Hijo, de esa misma culpa. Pues no hay nada que alegra más el espíritu que la pureza. ¿Y qué decir del gozo que emana de una pureza inmaculada?

Tercer versículo: "Puesto que de su sierva —la bajeza ha mirado—, he aquí que para siempre — me llamarán bienaventurada." Como si dijera: "El Dios Salvador que hizo saltar, en un ímpetu de alegría, el corazón del pequeño Juan, e inundó de júbilo mi espíritu, ha posado su mirada sobre la humildad de su esclava." Juntamente con esa mirada de suprema benevolencia descendió sobre ella la gracia de todas las gracias: la maternidad divina, con toda esa serie de dones y de privilegios que, como real cortejo, la preceden y la acompañan. Es por esto que "todas las generaciones la llamarán bienaventurada". Tenemos aquí una verdadera y auténtica profecía, pues con su sola ciencia natural, la Virgen Santísima no habría podido jamás prever tales cosas. Tanto más cuanto que, como nos lo atestigua la Sagrada Escritura, ninguna de las grandes mujeres del Viejo Testamento había sido públicamente objeto de alabanzas: ni la madre de Moisés, ni la de David, ni la de Isaías, ni tampoco las de

otros grandes Profetas. Sólo Judit, a causa de su singular empresa guerrera, fué nimbada de gloria durante su vida. Aquí, pues, nos encontramos ante una de las mayores profecías de todos los siglos, un vaticinio tan grandioso que por sí sólo bastaría para demostrar la divinidad del Cristianismo y la legitimidad del culto tributado por la Iglesia a María.

Para convencerse de ello basta considerar por un instante lo que es profetizado, de qué manera es predicho y por quién. Se predice, nada menos, que todas las generaciones la aclamarán bienaventurada y le ofrecerán sus reverentes homenajes.

Este grandioso tributo de veneración es profetizado de la manera más clara, precisa y absoluta, como si el libro del porvenir estuviese abierto ante sus ojos.

Pero, ¿quién es la que anuncia cosas tan maravillosas de un modo no menos maravilloso todavía? ¿Es quizás un grande de la tierra? De ninguna manera. Es una humilde niña hebrea, hija de un oscuro, despreciado y diminuto país, prometida de un pobre obrero, desconocida por todos, excepto pocos parientes y conocidos. En ella no había nada, absolutamente nada que, de algún modo, pudiese alimentar ideas de futura grandeza. Verdaderamente, había que tomarle la palabra a aquella niña que avanza con la mirada avizora hacia horizontes tan altos y lejanos. Sin embargo, lo que Ella dijo con tanta claridad y desenvoltura se ha cumplido plenamente. Ella ha sido aclamada bienaventurada con creciente entusiasmo en todo tiempo, en todo lugar, y de todas las formas. De tal manera se ha verificado este su singular vaticinio que un Protestante ha llegado a decir que él se ha cumplido "hasta en demasía". ¡Gracioso, ¿verdad?, ese "hasta en demasía"! Como si una profecía se pudiese cumplir también demasiado. ¡A tal punto de ceguera ha podido llegar la antipatía de algunos sectarios contra la más simpática de las criaturas que han surgido de las manos de Dios!...

Cuarto versículo: "Porque cosas grandiosas — ha producido en mí — Aquel que es Poderoso — y cuyo nombre es santo." Este versículo es un eco del tercero, del mismo modo que el segundo lo es del primero. Expone, en efecto, las razones por las cuales "todas las generaciones la llamarán bienaventurada", o sea, las grandes cosas que en ella ha obrado el Omnipotente. ¡Cosas en verdad extraordinarias! Pues en María nada hay pequeño. Todo es grande, todo es singular en Ella, desde el primero hasta el último instante de su

existencia. Este pasaje es como la llave de oro que abre la misteriosa puerta del grandioso edificio que encierra las grandezas de María. Ella es la obra maestra de la creación, la sublime criatura en la que Dios vertió a manos llenas sus dones de naturaleza y de gracia. Por ello la Virgen Santísima ensalza el poder y la santidad divina: "Aquel que es Poderoso —y cuyo nombre es santo", casi como para decir que toda su celestial grandeza es un viviente reflejo del poder infinito de Dios, así como su santidad lo es de la infinita santidad de Él. No es soberbia reconocer los dones recibidos de Dios a condición de que a Él se atribuyan.

Quinto versículo: "Así de siglo en siglo — sobre los que le temen— su misericordia de continuo se muestra." La Virgen Santísima siente que ha llegado a ser Madre del Verbo Encarnado por misericordia, y que por esto ha venido a ser la "Madre de la misericordia". De ahí que expresa este concepto, esta nota melodiosa con un versículo que es una vigorosa síntesis de la historia del mundo, la cual no es otra cosa que una trama ininterrumpida de miseria y de misericordia: miseria de parte del hombre y misericordia por parte de Dios. Con la Encarnación del Verbo, operada en el seno purísimo de María, Dios entregó realmente su propio Corazón a los míseros mortales, o sea, hizo resplandecer de modo verdaderamente divino en el mundo, el astro de su misericordia (*miseris - cordare*). Todas las generaciones, de todas las épocas y de todos los climas se nos aparecen inundadas por la piedad divina. Empero ella se derrama de modo particular, como se expresa la Virgen, sobre "aquellos que temen a Dios". Porque el temor de Dios, enseña el Espíritu Santo, es el principio de la sabiduría. Y en donde comienza a brillar la sabiduría empieza asimismo a resplandecer la misericordia de Dios.

Sexto versículo: "De su brazo el fuerte — poder ha desplegado — y ha dispersado cual polvo — al que el orgullo ha hinchado." Tenemos aquí un toque de batalla entre Dios y el orgulloso que sustituye el propio yo a su Creador. Grito de victoria, o sea, resplandeciente triunfo de Dios, Quien con un fruncir de cejas deshace los vanos y jactanciosos designios del soberbio, como un viento impetuoso dispersa el polvo del camino. A ese triunfal combate se halla asociada María íntimamente. El son de batalla y el grito de victoria de que Ella habla resonó, antes que en cualquier otra parte, en el Edén, inmediatamente después de la triste caída de nuestros primeros padres, vencidos por el orgullo de aquel espíritu altanero, que inició

la rebelión contra Dios. En efecto, el combate entre la Mujer y la serpiente infernal, entre la descendencia de una y la de la otra, fué claramente preanunciado por Dios, así como también fué claramente vaticinado el triunfo. Del mismo modo que la historia del mundo es un enlace de miseria y de misericordia, así también es una síntesis de batalla y de victoria; combate entre el bien y el mal, y triunfo del bien sobre el mal. Así fué ayer, así hoy, así será mañana y siempre.

Séptimo versículo: "Hizo a los grandes — descender de sus tronos — mientras que a los humildes — los elevó de grado." En este versículo la Virgen Santísima, verdadera maestra de la "teología de la historia" se nos aparece como abarcando con su límpida mirada los principales acontecimientos de la historia humana. Ante sus ojos tuvo sin duda al débil pero probo y fiel Mardoqueo, que tomó el puesto del poderoso y pérfido Amán, y a la humilde Ester que sustituyó a la orgullosa Vasti. Aparecieron ante su mirada las circunstancias que pusieron fin a la dinastía del soberbio Saúl y que pusieron en su lugar, sobre el trono de Israel, al sencillo pastorcito David, del cual debía descender el Mesías, Aquel que, según la palabra del Ángel, heredaría "el trono de David su padre". También Cristo, su Hijo, se abajaría hasta aniquilarse, mas luego, a causa de este anonadamiento, como observó San Pablo, sería ensalzado y su nombre sobrepasaría todo nombre. Ahora bien, en el transcurso de los siglos, ¡cuántos Saúles y Amanes soberbios fueron humillados; y cuántos Davides y Mardoqueos humildes ensalzados!... ¡Cuántas humildes y virtuosas mujeres fueron encumbradas como Ester y cuántas abatidas como Vasti! ¿No nos parece oír en estas palabras de María un eco anticipado de aquella infalible promesa de Cristo: "el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado?" (Luc., 18, 14).

Versículo octavo: "A los pobres hambrientos — de bienes ha colmado — y a los ricos hinchados — sus bienes ha quitado." ¡Cuán expresiva es esta antítesis! Los pobres de bienes terrenos, desasidos de ellos por el corazón, son ricos en bienes celestiales; mientras quienes disfrutan de riquezas, si se apegan a ellas, son en verdad pobres y aun vacíos de tesoros celestiales. Los bienes terrenos se diluyen como sombra, mientras que los celestiales permanecen, porque éstos participan de la eternidad del Bien infinito, del que son un pálido reflejo. Jesús concretará y tornará casi plástica esta gran sentencia de su Madre con la conocidísima parábola evangélica de

los invitados al banquete nupcial, en el cual participaron los pobres y famélicos, en tanto que los ricos fueron excluídos de él. Dios obra muchas veces al revés de los hombres. Ante éstos, ordinariamente, sólo quien da recibe. Ante Dios, por el contrario, precisamente quien no tiene recibe, mientras que al que tiene o pretende tener, nada se le da y se vuelve con las manos vacías.

Versículos noveno y décimo: "A Israel su siervo — Él le tendió la mano, — de su misericordia — porque Él se ha acordado. — Conforme a lo que Él mismo — reveló en precedencia — a nuestros padres, a Abrahán — y a su descendencia." En esta admirable conclusión se sintetizan milenios de historia. En ella, la Virgen Santísima ve realizado el pleno cumplimiento de todo lo que había sido prometido a Israel, es decir, al pueblo hebreo, a los Patriarcas, desde Adán hasta Abrahán y Jacob, etc. En efecto, Dios había prometido a Adán, inmediatamente después de su triste caída, un Redentor, hijo de la Mujer que sería la antítesis de Eva (Gén., 3, 15). A Abrahán, de la estirpe de Sem, Dios prometió que en su descendencia, es decir, en el Mesías que de él nacería, serían bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén., 17, 5; 18, 18; 28, 14). Esa misma promesa fué repetida, poco después, por el Señor a Isaac (Gén., 26, 3-4). "Las promesas se hicieron a Abrahán y al descendiente de él. No dice: y a los descendientes, como si fuesen muchos, sino como a uno precisamente: «y al descendiente de ti», el cual es Cristo" (Gál., 3, 16).

Nueve siglos antes de Cristo, David recibió la seguridad de parte de Dios de que el trono permanecería eternamente en su linaje, lo que se realizaría en el Mesías, descendiente suyo. De esta manera, en los largos siglos de espera, Dios extendió su mano en actitud de misericordia y predilección a Israel, su siervo, y le sostuvo. "De mi pueblo, dirá después San Pablo, son «las promesas», y de mi estirpe es Jesús según la carne." Ahora bien, todas estas promesas divinas hechas por Dios al pueblo de Israel, se han cumplido plenamente: y en la impetuosa alegría que brota al comprobar la realización de tan admirables promesas, el canto de María se detiene. Es como el éxtasis de un alma anegada en el océano infinito de luz que es Dios, para quien todo está eternamente presente. También a María, aquí, como "a la alta fantasía" del divino Poeta, "le fallaron las fuerzas". No habría podido ascender más. No sin razón, pues San Luis Grignion de Montfort escribía que el *Magnificat*, si bien "es la única obra que la Virgen María ha compuesto, es el más grande sacrificio

de alabanza que Dios haya recibido en la Ley de gracia, después del de Jesús. Es, por una parte, el himno más humilde y más agradecido, y por la otra el más sublime y el más elevado de todos los cantos" ("Tratado", n. 255).

Léase, como conclusión de cuanto hemos venido exponiendo, la siguiente maravillosa página de aquel gran cantor de María que fué Santo Tomás de Villanueva en su sermón sobre la Visitación: "Luego pues que la Virgen Santísima comprendió por las palabras de Isabel que el Misterio encerrado en su seno había sido revelado, transportada de alegría, llena del Espíritu Santo, abrasada del más tierno amor, canta al Señor un canto suave y delicioso. Ella fué, digo, impulsada a cantar con voz sonora, tanto el Espíritu de Dios la enajenaba con su inspiración; Ella hablaba muy raramente. ¡Oh excesiva efusión de la emoción divina! ¡Oh inmenso estremecimiento del corazón! ¡Felices los oídos que merecieron escuchar de esta boca virginal un cántico tan jocundo y melodioso! Desde que el mundo es mundo no se ha escuchado otro himno semejante a éste; por eso se le llama con razón el canto por excelencia, el cantar de los cantares, porque los supera a todos por la majestad de su Autor, por la dignidad del asunto y por la magnificencia del estilo. La Escritura nos refiere otros cánticos de mujeres ilustres, para no hablar de los himnos entonados por hombres: Débora cantó su victoria sobre Sísara, Judit a la muerte de Holofernes, la hermana de Moisés sobre Faraón sumergido en el Mar Rojo, y también Ana cantó en agradecimiento a Dios por el nacimiento de su hijo Samuel. ¡Mas qué distinto placer es oír el cántico de nuestra Profetisa! Nos parece oír a un hábil arpista que ahuyenta los demonios con sus acordes armoniosos, tal como en otro tiempo David ahuyentaba con su canto la ira que agitaba a Saúl. Su misma arpa no era más que una figura de la de María, y ciertamente aquélla importaba un misterio y significaba esto que ahora se ha cumplido, pues debido a los acordes de María el demonio ha sido desterrado, el Precursor santificado, el niño salta de júbilo y la madre profetiza. ¡Oh cántico maravilloso! Jesucristo dicta desde el interior y la Virgen canta. No podía menos de ser encantador este himno con tal compositor y con tal cantante!

Mas el asunto mismo que era objeto del cántico es tan alto que ningún lenguaje puede llegar a su sublimidad. María no cantaba la victoria de los conquistadores más famosos, la derrota de Faraón y de su ejército engullido por el mar o el paso milagroso de Israel a

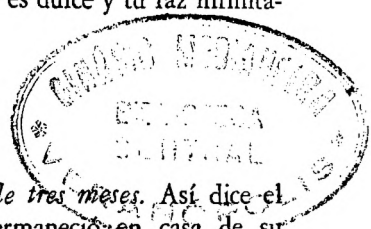
través de sus olas suspendidas. Ella canta prodigios más grandes, y tiene los más nobles motivos para hacer sentir sus acordes; Ella celebra misterios mucho más sublimes y reconoce beneficios magníficos; Ella da gracias no solamente por un hijo profeta, sino por el Dios y el Señor de los Profetas. Ella canta al Creador que lleva en su seno; al Verbo que se ha hecho carne; a las entrañas misericordiosas de la bondad divina; los grandes humillados; los pequeños ensalzados; los pobres enriquecidos; el poder infinito del amor; la reparación del mundo; la derrota del demonio; la destrucción del pecado: he aquí los nobles asuntos que Ella celebra. ¿Se habían oído de la boca de Safo cantos tan melodiosos? ¿Alguna vez había dado la lira de esa poetisa sonidos tan suaves? El estilo admirable corresponde a la profundidad del misterio: es suave, breve, florido, delicado, límpido, acompasado, adornado, gracioso, amable, rebosante de unción y de piedad. ¡No sabríais a qué cosa dar preeminencia, si a la elegancia o la sabiduría! Una gracia fascinadora reina en todo el cántico; el método del discurso es breve; el sentido que encierra es infinito; las sentencias que contiene son de las más suaves y profundas. Jamás mujer alguna ha hablado de tal manera; jamás virgen alguna ha hecho escuchar tan bellos cantos. ¡Oh musas de todos los siglos, callad! Y vosotros también callad, oh musas tan afamadas del paganismo. Que queden en silencio las sibilas furibundas, que se esconda la poesía, que se calle la dulce sirena, y que el ruiseñor cese en adelante su gorjear. Callad, callad, alabanzas armoniosas de los hombres y de los pájaros. El arpa real resuena, la Virgen Madre de Dios canta...

Pero escuchémosla cantar a Ella misma, a esta Virgen divina: *Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está transportado de gozo en Dios salvador mío.* ¡Con cuánta piedad y humildad Ella dirige a Dios, supremo dispensador de todos los bienes, las alabanzas a Ella tributadas! Como si dijese: Tú, mi prima Isabel, me glorificas, y yo no me glorío por mí misma sino que por todo aquello que ahora has dicho de mí, mi alma glorifica al Señor. Tu niño, me dices, ha saltado de júbilo en tu seno al oír mi voz, y dentro de mí salta también con una alegría inefable un Dios, Autor de mi salvación. Me has llamado *bienaventurada*, y no serás ni la primera ni la única, pues *todas las generaciones me llamarán así* y los hijos de los hijos y los que nacerán de ellos, hasta la más remota posteridad, *me llamarán bienaventurada.* Pero, ¿de dónde me viene tanta felicidad? ¿Es por mé-

rito mío? No, por cierto, sino únicamente por dignación divina, porque *el Altísimo ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* Y esto con razón y justicia, *porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es poderoso.* ¡Yo reconozco su gracia y lejos de mí el usurpar su grandeza! Yo soy grande, es cierto, pero no por mí sino porque el Omnipotente quiso e hizo; hizo en mí cosas portentosas porque quiso. Por esto *su Nombre es santo,* bendito y glorioso. Pero sólo Él sabe y sólo Él conoce cuán grandes son los prodigios que en mí ha obrado y qué poder ha necesitado para llevarlos a cabo; yo confieso mi insuficiencia para relatar esto, pero bendigo su nombre desde lo más profundo de mi alma. ¿Y todo esto se hizo para mí sola? No, sino que tal beneficio ha sido dado al mundo todo, porque *su misericordia se extiende de generación en generación,* para todos de una manera suficiente, pero de manera más eficaz *sobre aquellos que le temen.* ¿De qué misericordia hablo? De aquélla mediante la cual Él ha librado a los hombres de la esclavitud del demonio y los ha hecho partícipes de la heredad del Reino Celestial; porque Él ha reparado las ruinas de los ángeles y su defección, rescatando Él mismo al culpable género humano; Él ha derribado aquella orgullosa potencia angélica y ha ensalzado misericordiosamente a los hombres, porque *hizo alarde del poder de su brazo* en el Verbo su Hijo y *ha deshecho las miras del corazón de los soberbios,* sean ángeles u hombres, burlándose de las intrigas que ellos urdían en su corazón: a los ángeles orgullosos los ha derribado de su sede de gloria con el poder de su brazo y ha elevado hasta allí desde la tierra a los hombres humillados. Además, Él *ha colmado de bienes a los pueblos que tenían hambre* de Él y ha despojado y *despedido con las manos vacías a los Judíos,* que estaban en la opulencia, por motivo de su orgullo y ceguera. He aquí, pues, lo que Él ha obrado tan poderosa y misericordiosamente desde el momento en que he encontrado gracia ante sus ojos para llegar a ser su Madre. En efecto, es en mi seno que *Él ha tomado a su hijo Israel bajo su protección,* no porque tenga algún mérito propio sino porque *se ha acordado de su misericordia* y también de su veracidad, *según la promesa que hizo a nuestros padres y especialmente a Abrahán* y a su descendencia, no para poco tiempo sino *hasta el fin de los siglos.* Y lo que Él ha dicho una vez lo mantiene para siempre.

¡Ved con qué admirable precisión y con cuánta claridad ha pre-

sentado María la Encarnación del Verbo: *Suscepit!* ¡Con cuánta elegancia ha expresado el motivo del misterio: *Recordatus misericordiae suae!* Y ¡con qué arte ha comprobado la veracidad divina con las palabras: *Sicut locutus est ad patres nostros*, según lo había anunciado a nuestros padres! ¿Habéis escuchado jamás algún cántico más elocuente, más suave, más armonioso y más elegante? ¿Quién más sabia que esta Virgen? ¿Puede haber algo más delicado? ¡Qué gusto! ¡Qué prudencia! ¡Con qué estupenda brevedad de elogios Ella ha presentado el modo, la naturaleza, la razón, la utilidad, las circunstancias y el tiempo de este divino Misterio! ¡Con qué tacto, con qué arte ha definido Ella en pocas palabras lo que no se habría sabido explicar en un largo discurso! ¡Oh la más hermosa entre las mujeres, haznos sentir un día esta voz, porque tu voz es dulce y tu faz infinitamente deliciosa! ("Cant.", 2, 14)[34].



4. — La permanencia.

a) *Detúvose María con Isabel cerca de tres meses.* Así dice el Evangelio. La Virgen Santísima, pues, permaneció en casa de su parienta hasta el nacimiento del Precursor.

Tres meses de continua convivencia de María con Isabel, de Isabel con María. Dos madres singulares, las más singulares que haya visto la tierra, se encontraban juntas. Una y otra eran madres debido a una prodigiosa intervención del cielo. Una y otra eran plenamente conscientes de la dignidad y de la futura misión de sus respectivos hijos por nacer: dos misiones íntimamente ligadas, una ordenada a la otra. Juntamente con aquéllas, el cielo había ya asignado a uno y a otro el propio nombre: Jesús y Juan, que expresan tan bien sus misiones respectivas: Jesús, "Salvador"; "Juan", "Yahvé ha concedido la gracia". Dos nombres sobre los cuales quién sabe cuántas veces se habrá detenido la atención de las dos Madres. Ellas oraban juntamente, trabajaban en común (preparando quizás el ajuar para los dos seres que iban a nacer), juntamente hablaban de Dios y de los grandiosos misterios de la Redención, cuya aurora había ya despuntado sobre el mundo. Parecían madre e hija. ¡Qué encantador ver a Isabel cargada de años pendiente de los labios

[34] "Conc. de Visitatione Virginis", Opera, Augustae Vindelic., 1757, ps. 600-604.

de la joven María. Y a la joven María toda atención y gentileza hacia la anciana Isabel. Y ver, o mejor, entrever la acción invisible de María en el alma de Isabel, y la acción invisible pero no menos eficaz de Jesús en su Precursor! Hasta los objetos mismos que rodeaban a estas dos madres portentosas debían estar de tal modo extasiados en la contemplación, que casi se perturbaban cuando alguno los movía de su sitio.

Aquellos tres meses fueron de incalculable fortuna para Isabel y para el Bautista. Aquella feliz casa fué embalsamada en la atmósfera divina creada por la presencia real del Verbo Encarnado y de su santísima Madre. La S. Escritura nos refiere que habiendo sido llevada el Arca de la alianza a la casa de un cierto Obededom, y habiendo permanecido allí tres meses, el Señor hizo descender con tal abundancia sus gracias y sus bendiciones sobre ella, que sus bienes se multiplicaron a ojos vista, con gran maravilla de todo el pueblo (II, Reyes, 6, 10-12). Aquella Arca de la alianza que permaneció en casa de Obededom es un admirable símbolo de María, Arca viviente de la alianza que durante tres meses habitó en el hogar de Isabel, colmándolo de bendiciones y de gracias.

b) *El nacimiento del Bautista.* Valiéndose de las palabras evangélicas: "María permaneció con ella cerca de tres meses, y se volvió a su casa", los exegetas y los historiadores se preguntan si la Virgen Santísima esperó, antes de partir, el nacimiento del Bautista o si partió antes del mismo. Unos lo afirman y otros lo niegan. Pues hay razones en pro y en contra. Por consiguiente, la cuestión no puede resolverse con certeza. Sin embargo, los que afirman la presencia de la Virgen en casa de Zacarías durante el parto de Isabel son los más, y sus razones nos parecen las más convincentes.

Quienes la niegan, se fundan principalmente en el hecho de que el Evangelista habla de la partida de María antes del nacimiento del Bautista, y ya no hace ninguna mención de Ella. Mas esta razón no es tan fuerte como a primera vista podría parecer. En efecto, por un procedimiento literario que le es familiar, San Lucas acostumbra terminar un episodio antes de comenzar el que le sigue, por esto anticipa los acontecimientos. Así por ejemplo, anuncia la prisión de Juan (3, 19-20) aún antes de narrar el Bautismo de Jesús. Ahora bien, está fuera de dudas que el encarcelamiento de Juan siguió al Bautismo de Jesús. Luego, otro tanto pudo haber hecho

en el caso de María. Queriendo terminar la narración de la visita hecha por ella a Isabel, habla de su partida antes de referir el nacimiento del Precursor.

Otra razón para negar la presencia de María en el momento del nacimiento del Bautista la encuentran algunos en la expresión: "cerca de tres meses", para indicar que partió algunos días antes. El uso común de hablar, ha observado Cornelio A Lapide, nos enseña que el *quasi tribus mensibus* indica una disminución de tiempo, es decir: "poco menos de tres meses" y no "tres meses y un poco más". Mas esta razón se halla poco o nada fundada. La partícula griega correspondiente (ὡς) vale *cerca* de tres meses, ya en menos como en más, pero no necesariamente en menos. Mas dado y no concedido que pueda entenderse en menos, se puede y se debe hacer notar, según la narración evangélica, que la noticia de la portentosa maternidad de Isabel fué conocida por María, por medio del Ángel, después de los seis meses. Además, como ya hemos dicho y como parece desprenderse del Evangelio, la Virgen Santísima no partió inmediatamente, el mismo día de la Anunciación para dirigirse a casa de Isabel, sino algunos días después, también porque necesitaba prepararse un poco para el largo y fatigoso viaje. Los días que transcurrieron antes de salir de Nazaret, pueden suplir los días que faltarían para integrar los tres meses de permanencia en casa de Isabel, de tal modo que la Virgen Santísima pudo muy bien encontrarse junto a ella al término de los nueve meses, o sea en el momento del nacimiento del Bautista. Con razón, pues, Orígenes, San Beda [35] y la mayor parte de los intérpretes admiten la presencia de María durante el nacimiento del Precursor. No faltan fuertes razones de conveniencia aptas para dar un sólido apoyo a esta lógica interpretación del texto evangélico. El célebre exegeta Lucas de Brujas las expresa así: "¿Qué caridad habría sido la de la Virgen, qué gentileza la suya si se hubiera retirado precisamente en el momento del parto, cuando se siente más que nunca la necesidad de la presencia de las personas amigas? En cambio, yo pienso que María esperó de propósito esta hora para gozar del espectáculo de la divina gracia, para ver, para besar, para acariciar con sus manos y recibir entre sus brazos a ese niño, señalado ya a ella

[35] Algunos citan en favor de esta sentencia también a San Ambrosio ("Expos. in Luc.", lib. II, n. 29, P. L. 15, 1643). Pero el Santo Doctor, en realidad, no dice sustancialmente más de lo que dice San Lucas.

como santo en el seno de la madre, que al primer saludo había exultado, y que estaba destinado a ser el profeta y el Precursor de su Jesús."

Admitida, pues, como muy probable y casi cierta la presencia de María durante el nacimiento del Bautista, es necesario admitir su participación en la exultación, en el regocijo de los parientes y de los vecinos.

Con toda probabilidad estuvo presente en la circuncisión del niño, durante la imposición del nombre, durante la milagrosa curación de Zacarías y en el momento de entonar éste su admirable cántico, el *Benedictus,* tan análogo al *Magnificat,* en el cual el afortunado padre dió gracias a Dios por haber enviado el Mesías a redimir a Israel y delineó proféticamente la sublime misión a la que había sido llamado su portentoso hijo.

Plena la mente y el corazón con estos grandiosos acontecimientos, la Virgen Santísima dejó la casa de Zacarías y retornó a su casita de Nazaret. Es fácil imaginar el afecto con que las dos parientas se dieron el último abrazo. Fácil también figurarse la ternura con que la Santísima Virgen estrechó contra su pecho al Bautista, como para ponerlo en contacto, a través de su propio corazón, con el de su divino Hijo. Y me place en exceso contemplar al pequeño Juan estrecharse al cuello de María —mediante la cual él había sido santificado— sin querer soltarse.

LAS BODAS

1. — Tempestad en los corazones.

Narra el Evangelio: "Estando desposada su madre María con José, antes que hubiesen estado juntos (o sea, antes de que habitasen juntos), se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo. Mas José, su esposo, como era justo y no quería infamarla, resolvió dejarla secretamente" (Mateo, 1, 18).

Para comprender este texto en toda su amplitud es necesario tener presente, ante todo, que cuando María partió de Nazaret después de la Anunciación, a fin de visitar a su parienta Isabel, nada dijo a José al despedirse, de aquello que había sucedido en Ella, o sea, de la concepción virginal del Mesías anunciado por el Ángel. Cuando, después de tres meses de ausencia, retornó a Nazaret y comenzaron a hacerse visibles los signos de su maternidad, María debió preguntarse, indudablemente, de qué modo habría salvaguardado Dios ante su esposo José, su virginal pureza. He dicho: ante José, puesto que respecto a los demás nada había que temer desde el momento que los desposorios, entre los Hebreos, como hemos ya dicho, equivalían a un contrato matrimonial en plena regla, de tal modo que si una novia hubiese dado al prometido esposo un niño, éste era considerado como legítimo. Mas no podía decirse otro tanto de José. Él sabía bien que no habían existido y no habrían podido jamás existir entre él y María, por común consentimiento, relaciones matrimoniales. ¿Qué pensaría, qué diría, qué haría José, debió preguntarse María, apenas comprobara en ella los signos de la maternidad? Este pensamiento capaz de convulsionar y angustiar a un alma menos noble dejó en la más grande paz y serenidad de ánimo a la Virgen Santísima, la humilde "esclava del Señor". Ella sabía que era un instrumento en las manos de Dios. Se abandonó, pues, a Él completamente repitiendo quizás, si no las mismas palabras, por lo menos los sublimes pensamientos y sentimientos del Salmo 22:

"El Señor es mi pastor; nada me faltará.
Él me coloca en lugar de pastos;
me conduce a las aguas reconfortantes.
Hace revivir mi alma;
me guía por los senderos de la justicia,
para gloria de su nombre.
Así, aunque yo atraviese tenebroso valle,
ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo;
tu vara y tu báculo son mi consuelo.
Aparejaste delante de mí una mesa,
a la vista de mis perseguidores.
Bañaste de óleo mi cabeza;
mi cáliz rebosa.
Me seguirá tu misericordia
todos los días de mi vida,
para que more en la casa del Señor
en longitud de días."

La Virgen Santísima pensaba, y con razón, que el mismo Dios se habría preocupado de arreglar su posición ante José. Si Él se había dignado revelar a Isabel el gran secreto, ¿con cuánta mayor razón no lo revelaría a su debido tiempo y lugar a José, del modo que lo creyese mejor? Sostenida por este pensamiento y por un pleno y confiado abandono en Dios, Ella retornó a Nazaret y se presentó ante su esposo con su acostumbrada calma y serenidad imperturbables, sin el más leve indicio de cohibición, temor o turbación.

Demasiado fácil es imaginar qué debió acontecer en el ánimo de José cuando, tras de saludar a su esposa luego de una espera tan larga que le pareció interminable, notó en ella los signos de la maternidad [1]. No podía dar crédito a sus ojos. María, sin lugar a dudas, debió advertir la turbación de José, esa turbación que significaba el comienzo de un drama íntimo desgarrador; fiel, empero,

[1] El P. Gaechter (art., cit.) supone que María había puesto al corriente a San José sobre su estado de gravidez *por medio de su madre*. Esto parece una pura fantasía. En efecto, el texto de San Mateo dice claramente que María *"se halló encinta"* (1, 18) y no: "se supo que ella estaba encinta". Además: si fuese verdadera la interpretación del P. Gaechter sería casi inconcebible la actitud de José hacia María.

Cornely opina que San José había conocido el estado de María mediante un mensajero llegado de la casa de Zacarías ("Introductio", 3, 202). Pero también esta hipótesis se concilia poco con el relato evangélico.

a su abandono pleno y total en el Señor, y no sintiéndose autorizada a revelar por sí misma el gran secreto del Rey, ese arcano que la elevaba por encima de toda grandeza humana, calló, y renovó el propósito de seguir callando en adelante. De este modo la alegría y la dulzura de aquel primer encuentro después de tres meses de ausencia, se cambiaba en un dolor y en una amargura sin límites, causada por una perplejidad desconcertante, la cual fué siempre creciendo cada vez más, a medida que se tornaban más visibles los signos inequívocos de un parto ya inminente.

Ante tales signos, el justo José no sabía qué pensar ni, por consiguiente, qué decisión tomar. Una continua agitación perturbaba su alma. Su mente chocaba continuamente contra dos hechos que parecían excluirse recíprocamente: uno de orden físico, o sea, la evidente gravidez de María; y otro de orden moral, es decir, la no menos evidente santidad de Ella, su encantadora pureza la cual aún en este estado o mejor mucho más que antes, continuaba irradiando de toda su persona, como si un sol habitase dentro de Ella y reflejase sus vívidos rayos en todos sus delicadísimos miembros. El hecho físico lo impulsaba a creer en la infidelidad de su esposa, a sospechar de su honestidad o, al menos, a pensar que hubiese sido víctima de una nefanda violencia por parte de alguno. Mas el hecho moral lo llevaba a excluir decididamente cualquier infidelidad por parte de María, y también, muy probablemente, cualquier sospecha, cualquier repentina violencia.

San José, pues, no consideró mínimamente a María como infiel, como lo han creído algunos [2]; y ni siquiera, como pensaron otros [3], dudó o sospecho de la honestidad de Ella, porque en tal caso no habría merecido el apelativo de *justo* dado por el Evangelio. Pues la sospecha, cuando es temeraria como enseña el Angélico (Suma Teológica, II-IIae. q. 60, a. 3) implica algo vicioso, pues importa un juicio mezquino por leves indicios. Tal juicio hubiera constituído un

---

[2] Tal parece ser la opinión de San Agustín: ("Ep." 153 al. LIV ad Maced., 4, 9, P. L. 33, 657. Idéntico concepto se encuentra en el Sermón 51, 6, 9; 82, 7, 10, P. L. 38, 938, 510).

Otro tanto parece que han opinado San Justino ("Dialogus" 78, 8, P. G. 6, 657) S. Juan Crisóstomo ("In Matth.", hom. 4, 4, P. G. 57, 44), San Pedro Crisólogo (Sermón 146, P. L. 52, 592 C), así como también los modernos Schanz, Fillion, Reischl.

[3] Así opinaron San Ambrosio ("De Institut, Virg.", c. 5, n. 39-40, P. L. 16, 339, y Epist. V, Classis I, Syagrio, n. 13, P. L. 16, 933); San Juan Crisóstomo ("Homil. IV, in Matth", n. 5, Opera, t. VII, p. 42) y algunos modernos.

grave pecado si hubiese creído con certeza en la infidelidad de María o hubiese sido pecado leve si, en cambio, se hubiera limitado a la simple sospecha. De todos modos, habría pecado en los dos casos, por lo que no habría sido ya un hombre justo. No se argumente tampoco que los signos visibles de la maternidad podían constituir por sí mismos un indicio grave contra la fidelidad de María. En efecto, el indicio y el signo, como justamente observa el Cardenal Lépicier [4], no deben tomarse en sentido absoluto sino relativo, vale decir, en relación con las circunstancias. Esto supuesto, la santidad de María y, de modo enteramente particular, su deslumbradora pureza, de la cual San José tenía la más alta estima y de la que había probado y continuaba probando experimentalmente su embriagadora fragancia, de tal manera neutralizaba el indicio contrario que lo volvía más que leve, si bien considerado absolutamente, en sí mismo, habría sido más que grave. Por lo tanto, dado su elevado sentido de justicia, San José estuvo muy lejos de considerar a María como infiel o siquiera sospechar simplemente de Ella y de su fidelidad. En caso de verdadera duda, habría debido interrogarle. En cambio, se abstiene y calla. Este silencio tan respetuoso es inconciliable con una duda de tal manera oprobiosa. Por lo demás, el mismo Dios que había provisto tan bien a excluir de Jesús y de su santísima Madre cualquier sospecha indecorosa, ¿la habría permitido en José? La afirmación repugna.

Además, San José estuvo también, probablemente, muy lejos de pensar en alguna violencia sufrida por su castísima esposa [5] contra su voluntad. En tal caso, la Virgen Santísima misma habría sentido el deber de referir el doloroso incidente a su esposo, incidente que, cuando era involuntario, era excusado por la misma Ley [6], porque "como un ladrón, decía ésta, se levanta contra su hermano y lo mata, así ella ha sufrido violencia". En ese caso ya no se trataba de revelar el gran secreto del Rey o faltar al propósito de un completo abandono en Dios, sino de dar cuenta de lo sucedido a quien tenía derecho a saberlo, estando ya unida a él con verdadero

---

[4] "Tractatus de S. Ioseph", p. I, a. 5, París, 1908, p. 107.

[5] Tal parece ser el pensamiento de San Justino Mártir. ("Dialogus cum Tryphone", n. 78, 8, P. G. 6, 657). Así también opinan Calmet ("In c. I Matth.", 19), Cornelio A Lapide (Ibid.), Knabenbauer, etc.

[6] Tanto más cuanto que la muchacha violentada estaba obligada por la Ley a gritar (Deuter., 22, 24-27). Con mayor razón aún debía sentirse obligada a revelar la violencia sufrida.

vínculo matrimonial y habiéndole sido confiada como a custodio de su virginal pureza. Por lo demás, supuesto y no concedido que la Virgen Santísima se hubiese abstenido de referir la infame violencia sufrida, su rostro sereno y tranquilo, su mirada límpida y luminosa, todo su continente, semejante a un lago de aguas claras y tranquilas, habría excluído tal hipótesis. El mismo San José debió comprender súbitamente que una pregunta de ese género en tal sentido habría estado fuera de lugar [7].

¿Cuál fué el juicio emitido por San José respecto de María, en esa dolorosa ocasión? No dudamos afirmar que fué un juicio totalmente digno de él, del hombre justo: creyó como más prudente no emitir ninguno. Quedó, pues, en suspenso. Si el hecho físico lo llevaba a juzgar mal, el hecho moral lo impulsaba decididamente a juzgar bien. Suspende por consiguiente todo juicio, tanto en bien como en mal, y decide "ocultar en el silencio, como se expresa San Jerónimo, aquello cuyo misterio no comprendía" ("In Math.", 1, 19, P. L. 26 25) [8].

Por lo tanto, ha de excluirse también la opinión de algunos Padres [9] y de San Bernardo, seguida por algunos modernos [10], según la cual José habría sido informado ya de la sobrenatural maternidad de María; de ahí que, por un sentimiento de profunda humildad habría decidido alejarse de ella ("Homil. II super Missus est", 14, P. L. 183, 68). Esta opinión se funda en las palabras del Evangelio: "Se halló que había concebido en su seno *por obra del Espíritu Santo.*" Mas es inconciliable con el texto y el contexto evangélico. Pues, en tal hipótesis, inútilmente San José se habría turbado tanto; su alma habríase ajado inútilmente con el pensamiento de exponer

---

[7] Apenas es digna de notarse la explicación dada por el Protoevangelio de Santiago. Éste célebre apócrifo pone en labios de José el siguiente razonamiento: "Temo que (la gravidez de María) haya sido producida por un ángel" (Cfr. Tischendorf: "Ev. Ap.", 27). Esta rara explicación se funda sobre una falsa interpretación del Génesis 6, 2, donde se hablaría, según algún extraño exegeta, del pecado sexual por parte de los Ángeles.

[8] Tal es la opinión del Autor del "Opus imperfectum": "Creyó más (José) en la castidad de ella que en lo que veía... Creyó más posible que una mujer pudiese concebir sin intervención de hombre que el hecho de que María pudiese pecar..." (P. G. 56, 632 D. 633 A. C.). Tal es también, más o menos, la interpretación de Cornelio A Lapide, Calmet, Van Steenkiste, Knabenbauer, M. J. Lagrange, del Cardenal Lépicier, etc.

[9] Así San Basilio ("In Christi generationem", 4, P. G. 31, 1464 D), Teofilacto (P. G. 123, 156), Eusebio ("Quaest. ad Stephanum" 1, 3, P. G. 22, 884 B), Aimon de Halberstadt (P. L. 118, 48 B), Salmerón (3, tract. 30, p. 238).

[10] Así opinan Cornely ("Introd. 3, 202) y otros mencionados por Knabenbauer.

su esposa a la infamia; y sobre todo, habría sido inútil la explicación por parte del Ángel en torno a la concepción virginal de María, si él hubiese estado ya al tanto de tal cosa. El inciso "por obra del Espíritu Santo" es puesto, evidentemente, por el Evangelista por anticipado, para prevenir inmediatamente en el lector la admiración. Con ello es designado el estado objetivo de la cuestión, no el conocimiento de la misma por parte de José.

Pero, aún suspendiendo el juicio, se imponía tomar una decisión, tanto más cuanto que se acercaba el día de las bodas, es decir, la ceremonia de la introducción solemne de la prometida en casa del esposo. ¿Cómo conducirse? ¿Tomarla sin más ni más consigo, o bien darle un libelo de repudio? [11] En el primer caso se habría expuesto a hacer una cosa desagradable a Dios. ¿De qué modo, en efecto, habría podido, sin desagradar a Dios, acoger sobre sus rodillas y dar su propio nombre y la propia paternidad a un niño que no le pertenecía? En el segundo caso, en cambio, habría expuesto a María al menosprecio público [12]. Porque suponiendo que en el libelo hubiese evitado expresar la causa del repudio, los dos testigos legales del mismo habrían podido pensar justamente que allí debía existir

[11] La fórmula de este libelo de repudio *(sêphér Kerithûth)* nos ha sido conservada por un judío marroquí del siglo XI, cierto Isaac ben Jacob, en un resumen del Talmud. Dicha fórmula estaba concebida en estos términos: "En tal día de la semana, de tal mes y de tal año después de la creación del mundo, según nuestro modo de contar, y en tal lugar, yo, Fulano de Tal (con todos los nombres que uno puede tener), hijo de N. N., por mi propia iniciativa y voluntad, sin ser obligado a ello, remito, abandono y repudio a ti, Fulana de Tal (con todos sus nombres respectivos) hija de N. N., la cual ha sido hasta ahora mi mujer. Y en adelante te repudio, Fulana de Tal (siguen sus nombres), hija de N. N., de modo que quedas libre y puedes irte y casarte con el hombre que tú quieras, y nadie puede impedírtelo a partir de este día y para siempre. No importa qué hombre pueda reclamarte. Éste es por mi parte tu acto de repudio y despido y la carta de separación según la ley de Moisés y de Israel. Rubén, hijo de Jacob, testigo; Eleazar, hijo de Galaad, testigo" (Cfr. Strack-Billerbeck: "Kommentar zum neuen Testament aus Talmud und Midrasch: Das Evangelium nach Matth.", Munich, 1922, t. I, p. 311-312).

[12] Con mayor razón debe excluírse la idea de que San José haya pensado, aunque fuese fugazmente, en denunciar a María al Sanedrín de Nazaret a fin de hacerla condenar a la lapidación como rea de adulterio. Semejante pensamiento habría podido brotar en la mente de un marido celoso, traicionado en su amor de esposo y por consiguiente deseoso de venganza, pero no en San José. Tanto más cuanto que él no hubiera podido presentar ni siquiera una base jurídica suficiente en qué fundar su acusación, pues se exigían testimonios seguros. El episodio de la adúltera, tal como es conocido por San Juan, (8, 2 ss.), se halla fundado sobre el derecho entonces vigente respecto de los testigos. Por esto los Fariseos dijeron a Jesús: "Esta mujer *ha sido sorprendida hace poco* (no faltaban, pues, los testigos) en adulterio". Pero, ¿qué testimonios habría podido aducir José?

una causa grave, poco honrosa para la joven repudiada, de lo contrario José, el justo, no se habría decidido jamás a dar ese grave paso. Además, el libelo de repudio había sido concedido por Dios a los Hebreos "a causa de su dureza de corazón": cosa que no podía decirse de S. José. Escogió, pues, guiado siempre por un exquisito sentido de justicia, una vía media, una especie de solución de compromiso: ni retenerla, ni repudiarla legalmente; decidió dejarla ocultamente: "voluit occulte dimittere eam".

Aquí podría preguntarse: ¿de qué modo abandonó secretamente a María? ¿Participando quizá su decisión a Ella sola y a nadie más mediante un "libelo secreto" de repudio, sin testigos? ¿Alejándose de Ella con algún especioso pretexto (movido, por ejemplo, por alguna imperiosa necesidad) a fin de dirigirse a alguna parte donde se le desconociese? [13] El evangelio no determina absolutamente nada. Por consiguiente, nosotros tampoco osamos decir nada. Nos limitamos solamente a observar que en todo este asunto San José se mostró doblemente justo: en su perplejidad y en su decisión. Fué justo en su perplejidad, porque suspendió prudentemente todo juicio, tanto en pro como en contra. Lo fué asimismo en su decisión, porque se atuvo a una vía media, salvaguardando los derechos de María y los de la Ley, o mejor, de su conciencia. Mas para salvar estos derechos sacrificó inexorablemente, con una generosidad ilimitada, su pobre corazón. ¡Qué violento desgarramiento debió imponerse al decidir separarse de Aquella que, con su celestial belleza, con su embriagadora pureza y con su bondad incomparable, lo había conquistado plenamente! ¡Qué sacrificio renunciar para siempre, luego de tantos sueños de felicidad, a la compañera ideal de su vida! Pero su conciencia de "hombre justo" se lo imponía. Y ante la voz de la conciencia él, costara lo que costase, no titubeó un instante en sacrificar aquello que poseía de más caro sobre la tierra.

2. — Vuelve a resplandecer el sol.

Las cosas habían llegado a este punto bastante crítico cuando Dios, que había permitido todo esto a fin de ofrecer a los hombres

[13] Tal es la interpretación del Pseudo-Mateo 2, 1 (Tischendorf, 72) seguida después por Maldonado, Cornely ("Introd.", 3, 302) y Keppler ("Theol. Quart." 57).

un argumento, digámoslo así, "ad hominem" sobre la concepción virginal de Cristo, intervino. Una noche, pues, mientras el santo esposo, entregado al tormento de la decisión ya tomada, buscaba dar un poco de reposo a sus cansados miembros y adormecer en el sueño la angustia de su alma, un ángel del Señor se le aparece y le dice: "José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, pues Él ha de salvar a su pueblo de sus pecados" (Mat., 1, 20-21). Como viento impetuoso, estas palabras disiparon todos los nubarrones acumulados en el limpidísimo horizonte del alma de José. Y el sol tornó a brillar.

Dios había dicho por boca de Moisés (Núm., 12, 6) que alguna vez hablaría en sueños a sus profetas. Durante el sueño, en efecto, hallándose ligados los sentidos, el alma está más dispuesta para recibir las comunicaciones divinas. Fué, pues, una visión en sueños, inferior en mucho a la visión corporal, tal como fué concedida a la Virgen Santísima en el momento de la Anunciación, cuando le fué requerido su consentimiento. Mas la claridad de la percepción, la íntima convicción que ella produjo en José, fué más que suficiente para asegurar en él que, aquello que había oído durante el sueño, era efecto de una luz divina y no un puro juego de la fantasía. Porque la luz de Dios, cualquiera sea el medio por el que pasa para llegar al alma (visión imaginaria o corporal, durante la vigilia o el sueño, mediante voz interna o externa) envuelve, penetra en los pliegues más profundos del intelecto y lo ilumina, disipando cualquier oscuridad. A la iluminación del intelecto sigue inmediatamente la resolución de la voluntad, y a la resolución la acción. Así sucedió a José. Todo lo comprendió en el acto. Sintió su corazón totalmente inundado de alegría inefable, y decidió tomar consigo a su esposa, cumpliendo la ceremonia de la solemne introducción de ella en su casa.

Dejo a la ardiente fantasía del lector la ardua tarea de imaginar qué debió experimentar y hacer S. José apenas vió removido de su pecho aquel enorme peso que parecía sofocarlo. Lleno de gratitud, debió inmediatamente saltar de su lecho y, arrodillándose, pegada su frente a la tierra, agradecer con todo su corazón a Dios por haberlo elegido para un deber tan alto, el más noble después del de la maternidad divina: ser el compañero de la Virgen, la Madre del Mesías, la más pura, la más bella, la más santa de las mujeres, un ideal de mujer, y ser también el padre putativo y nutricio del mismo Hijo de Dios,

encarnado por la salvación del mundo, es decir, para librarlo de sus pecados. El *Magnificat* que debió entonar en esos momentos quizás no fuera distinto de aquel que pocos meses antes, había entonado su esposa purísima en casa de Zacarías.

Yo pienso que aquella misma noche o, a lo más, la mañana siguiente muy temprano, el santo esposo rebosando de gozo el semblante, dirigióse a su inefable consorte para decirle: "¡Lo sé todo! ¡Sé todo, oh María!" Pero no fué necesario, porque la Virgen, al verlo ante sí en aquella hora tan inoportuna, con el rostro radiante de alegría luminosa, debió comprender todo súbitamente, aún antes de que él hubiese hablado. Una vez más su fe en Dios no la había engañado. Un mutuo abrazo, hecho más con el corazón que con los brazos, expresó todo de una y otra parte. Calmada un tanto la emoción, la Virgen debió ciertamente dirigir a su amado Esposo palabras o al menos conceptos no muy distintos de estos: "Adoremos, oh José, mi dilecto esposo, adoremos la infinita majestad del Altísimo, rindiéndole honores, gloria y bendición, porque se ha dignado servirse de nuestra indignidad y bajeza para obrar sus más altas maravillas. Y abandonémonos luego seguros en los brazos de un Padre tan tierno, alegrándonos al pensar que ya tenemos con nosotros al Redentor divino, al Deseado de las naciones, a Aquel que salvará a nuestro pueblo y a todas las generaciones de la tierra. ¡Oh, si supieses, José, qué goces purísimos experimenté cuando Él se dignó descender a mi seno; y cuántas alegrías nos están todavía reservadas! ¡Cómo podremos contener en nosotros el gozo infinito que nos inundará el ánimo cuando veamos al divino Niño! ¡Cuándo nos será dado poder estrecharlo entre nuestros brazos! Y tocará a ti, oh Esposo mío, ganar el sustento para él; sí, oh José, tus gotas de sudor procurarán el alimento cotidiano a Aquel que hace germinar las mieses y alimenta a los pájaros del aire; tu trabajo procurará la vestimenta a Aquel que viste a los lirios del campo. Sufriremos también; nuestro corazón se verá traspasado con la espada de los más horrendos dolores, pero, ¿no sufriremos de buena gana por nuestro Jesús?" [14]

---

[14] G. Baldelli: "Vita di Maria", Vicenza 1923, p. 137.

3. — El solemne rito nupcial.

Como ya lo hemos dicho en otro lugar, la última fase o formalidad del matrimonio se hallaba constituída por la introducción de la esposa, en casa del esposo. Para tal solemne ceremonia se escogía un día apropiado. Debía evitarse el que fuera sábado, día de ayuno o de luto. El miércoles, colocado en el corazón de la semana e igualmente distante de uno y de otro sábado, se consideraba como el más apto, y era saludado como el portador de alegría, de felicidad, y de todo bien [15]. Ordinariamente las bodas se celebraban en otoño [16]. La ceremonia iniciábase con un baño. Luego la reina (*malka*, en árabe *malika*), era perfumada y ataviada por las amigas y las ancianas del país. Una larga túnica blanca, ceñida a la cintura, y un largo y blanco velo la cubría y la envolvía de la cabeza a los pies. Una corona de mirto le ceñía la frente. Ataviada de esta manera, semejante, diría Salomón, a una nube de incienso ondulando sobre la tierra, subía a una litera o sobre una cabalgadura lista para ser solemnemente acompañada por el cortejo a la casa del esposo. Diez muchachas vestidas de blanco, con lámparas en la mano, esperaban con ella la llegada del cortejo nupcial.

Entretanto, el esposo mandaba preparar un festín en su casa. Llegada la tarde, vestido de fiesta, a pie o a caballo, rodeado por los compañeros llamados "los amigos del esposo" (Mat., 9, 15) y por los tocadores de flautas, tambores y atabales, se dirigía a casa de la esposa que lo esperaba. El cortejo aumentaba cada vez más en el trayecto. Las músicas, los aplausos y las danzas daban al acompañamiento un singular regocijo. Ya cerca de la casa de la esposa,

---

[15] En "M. Kethuboth", 1, 7, léese: "la virgen es introducida en casa del esposo el miércoles y la viuda el jueves" (Cfr. Goldschmidt, 4, 639).

[16] Escogíase ordinariamente el otoño porque, ya recogidas las mieses, era más fácil celebrar una fiesta que duraba hasta una semana (Cfr. Hilma Grandquist: "Marriage conditions in a Palestinian Village", lib. II, Helsingfors 1931, 1935, I, 107; 2, 37, 39, 134-9).

He dicho *ordinariamente*, porque no siempre se elegía el otoño para celebrar las bodas. Así, por ejemplo, las célebres bodas de Caná (Juan, 2, 1-12) fueron celebradas pocas semanas antes de la Pascua. Tiene por consiguiente poco fundamento la cronología establecida por el P. Gaechter (art. cit. 145-70; 348-68) que toma como punto de partida (indiscutido) para la celebración del matrimonio de María el mes de octubre. Según el P. Gaechter, María habría celebrado sus desposorios en otoño (9 a. C.); la anunciación habría tenido lugar en junio-julio, y la visitación poco después; el retorno a Nazaret habría sucedido en octubre-noviembre, seguido inmediatamente por el viaje a Belén (8 a. C.). Todo este andamiaje cronológico descansa, lo repetimos, sobre un débil fundamento.

adornada para la circunstancia con laureles y con mirtos, resonaba un grito de alegría: "¡He aquí al esposo! ¡Vayamos a su encuentro!" Los esposos suben a una pieza superior y ocupan su puesto bajo un baldaquín llamado *juppa* (= paraíso de los esposos). Sobre su cabeza, adornada con coronas, es puesto el *taleth* (= banda de la oración), es decir, una larga cinta de pergamino o de lino sobre la cual se hallaban escritos las plegarias rituales, versículos de los salmos, o invocaciones a Dios aptas para la ocasión. Luego el padre de la esposa, o quien lo representaba, tomaba la mano derecha de la hija y la colocaba en la diestra del esposo diciendo: "Que el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob sea con vosotros y os una; que haga descender sobre vosotros su bendición y os permita ver a los hijos y a los nietos hasta la cuarta generación" [17]. Después de esto, el ministro, o un anciano, se colocaba detrás del baldaquín con el "cáliz de la bendición", e invocaba la bendición de Dios sobre los parientes. Ofrecía luego un cáliz con vino a los esposos, los cuales brindaban entre sí. El esposo, luego de haber vaciado el cáliz, lo arrojaba al suelo y lo pisoteaba jurando permanecer fiel hasta que los fragmentos de la copa reducidos a polvo volvieran a juntarse. Inmediatamente se daba lectura al contrato de matrimonio, el cual era confirmado por los presentes vaciando un cáliz lleno de vino. Después los amigos bailaban exultantes alrededor del baldaquín, cantando salmos y echando sobre la feliz pareja arroz o trigo, símbolo de fecundidad.

Al caer la noche, el esposo, acompañado por el cortejo, conducía a la esposa a su nueva casa (Mat., 25, 1-13). Allí, todos eran invitados al banquete nupcial, alegrado con músicas y danzas, y que duraba hasta muy tarde. Al terminar la fiesta, el padre de la esposa daba una bendición nupcial recitando una oración para augurar una numerosa descendencia a los nuevos esposos. Estos eran acompañados luego a la cámara nupcial en donde se encontraba preparado el tálamo, debajo de un dosel y, a veces, según los intérpretes judíos, bajo una pérgola de flores. La fiesta nupcial duraba ordinariamente una semana (Jueces, 14, 12).

En este *folklore* israelita se encuadran, más o menos, las bodas de María con José. ¿Qué cosas se dirían los dos singularísimos esposos en aquella noche memorable, apenas se encontraron solos

[17] Esta fórmula se ha conservado en la liturgia matrimonial de la Iglesia.

en la cámara nupcial? Es este un epitalamio celestial que solamente puede ser cantado por los Ángeles [18].

Todas aquellas fastuosas ceremonias a las cuales Dios quiso someter también a la pareja más ideal que haya contemplado la tierra, no debieron parecer a los ojos de María y de José, más que como accesorios dispuestos por Dios para encubrir mejor el "misterio oculto desde todos los siglos en Dios", o sea, la concepción virginal del Verbo, que vino a ser *hijo de David*, para redimir al mundo. Nadie, en la humilde aldea de Nazaret, en todo el vecindario, y hasta entre aquellos que son llamados por el Evangelio "hermanos y hermanas (o sea primos) de Jesús", ninguno, digo, conoció nunca, antes de su gloriosa Resurrección, el origen sobrenatural de Cristo. Él pasó siempre ante los ojos de todos como el hijo de María y de José. Por José, y por él sólo, Cristo era legalmente *Hijo de David*. En efecto, la genealogía de las mujeres, y por consiguiente, la descendencia davídica de María, no se tenía en cuenta entre los Judíos desde el punto de vista legal. Por esto San Mateo, a fin de mostrarnos a Jesús como legalmente descendiente de la estirpe de David, teje la genealogía de José.

4. — La vida en común.

Comienza así para María y para José la vida en común, en una atmósfera de serena alegría. Sus dos purísimos corazones y, por ello mismo, ardientes de amor, estaban unidos como por un lazo sagrado a un tercero —pequeño, sí, pero desmesuradamente más grande que todo el universo—: el corazón divino de Jesús Niño, palpitante en el seno purísimo de María. ¡Quién sabe cuántas veces habrá María

[18] Según el P. Pablo Gaechter, S. J. (art. cit.) el matrimonio de la Virgen con José habríase celebrado algunos días después del retorno de María de la visita a Santa Isabel; y casi inmediatamente los santos esposos habrían abandonado Nazaret para dirigirse a Belén, justamente cinco meses antes del nacimiento de Cristo. En Belén, los dos Santos cónyuges se habrían establecido en una caverna situada en los alrededores de la aldea. Cuando María sintió llegado el momento del nacimiento de Cristo, Ella habría pensado, juntamente con José, que aquella cueva no sería conveniente para el nacimiento del Divino Niño. Habrían entonces ido en busca de un lugar más adecuado, golpeando primeramente a la puerta de algunas familias de Belén y luego en el albergue de la aldea. Mas todo fué en vano. Mientras tanto, la hora se avecinaba. Viéronse, pues, constreñidos a refugiarse en la caverna que servía de establo al albergue.

Esta peregrina exégesis, digámoslo francamente, se halla muy poco en armonía con el alma y con la sensibilidad de la "Virgen prudentísima" y de su castísimo esposo. ¿Precisamente a último momento se habrían resuelto a buscar un lugar digno del Verbo Encarnado? Esto es, por lo menos inverosímil.

inclinado su cabeza sobre su pecho en acto de profunda adoración a su Dios, héchose Hijo suyo, formado con su misma sangre y palpitando muy junto a su corazón. Y quién sabe también cuántas veces José se habrá arrodillado y habrá inclinado su cabeza ante María, como ante una Custodia viviente para adorar al Santo de los Santos, revestido con nuestros frágiles despojos! Tanto María como José no podían separar ni un instante su mente y su corazón de aquella mente y de aquel corazón divino que, en medio de ellos era su lazo de unión, el centro de toda su vida.

Renuncio, en fin, a describir, por ser fácilmente imaginables, las atenciones, las finezas, las solicitudes y las ternuras de María hacia José, y de José hacia María. Ellas debieron alcanzar cuanto de más virginalmente delicado se pueda nunca imaginar. Los santos esposos vivían mutuamente el uno para el otro. Ambos vivían para Jesús, con el pensamiento y el afecto hacia Aquél que estaba en medio de ellos, que era de ellos mucho antes de estar en medio de los demás y para los demás hombres. ¡Cuánta luz de celestial sabiduría, cuánto seráfico ardor en sus breves coloquios acerca de Dios, y de su providencia! . . . ¡Qué inmensos panoramas de celestial y casta belleza en sus miradas, cuando las del uno se cruzaban con las de la otra.

En esa atmósfera enteramente rodeada de luz divina, calentada por un ardor inmaculado, íntegramente embalsamada por fragancias de cielo, iban perdiendo su aspecto duramente prosaico las cotidianas ocupaciones materiales de los dos jóvenes esposos, para reflejar los colores de la más seductora poesía. ¿Cuáles eran estas ocupaciones cotidianas? No es difícil descubrirlas. José era carpintero. Según una antigua tradición, su taller se hallaba situado "a un tiro de flecha" de la casa en donde había ocurrido la Anunciación [19]. Allí "el justo" manejaba desde la mañana hasta la noche el hacha y la sierra, el martillo y el cepillo, la regla y el compás haciendo muebles, puertas, llaves, y perforando grandes vigas aptas para sostener los techos. Probablemente también según lo sugieren las actuales costumbres palestinenses y como lo confirman antiguos documentos, José poseía una pequeña porción de tierra, propia o arrendada, que él trabajaba con amor para procurar lo necesario a su esposa y al futuro Niño.

[19] Recientemente, los PP. Franciscanos han erigido sobre sus ruinas un Templo románico de tres naves.

¿Y las cotidianas ocupaciones de María? Indudablemente que la primera debió ser la de preparar o dar los últimos toques al modesto ajuar para el augusto Niño que había de nacer. ¡Cuántos actos de inefable amor al manejar el hilo y la aguja para confeccionar las pobres prendas! Las otras ocupaciones eran las de todas las demás madres de familia. Así nos las describe un profundo conocedor de las costumbres palestinenses[20]: "Los mismos horizontes y el mismo clima, las costumbres hebreas regidas todavía hoy por la Ley mosaica, numerosos y antiguos usos campestres llegados hasta nosotros, nos permiten, a diecinueve siglos de distancia, formarnos una idea aproximada de la vida que se llevaba en esta "Ciudad de Galilea, llamada Nazaret", en donde "el Hijo de Dios se hizo hombre, y permaneció entre nosotros: Verbum caro factum est, et habitavit in nobis" (Juan, 1, 14).

La brisa y el aire más puro anuncian el despuntar del día, y las cosas dejan de parecer masas grises sin relieve, mientras toda la naturaleza, poco a poco, se va despertando. De pronto, un gallo canta, un perro ladra, en tanto que el hermoso cielo de Palestina se aclara, y la luz asume primero un bello color rosado, y luego anaranjado, dorando estupendamente el contorno de las nubecillas que aún vagan sobre los montes de Gelboé.

A esa hora, las mujeres hebreas ya están trabajando; hélas ahí, abriendo la puerta a los animales del establo que los ha amparado durante la noche del acecho de ladrones y chacales; "la oveja que crece juntamente con los hijos, come con ellos, bebe en la misma vasija, y descansa en su seno como una hijita" (II Reyes 12, 3) y la "gallina que cobija a sus polluelos bajo sus alas" (Lucas, 13, 34).

El atavío de la mujer hebrea requiere poco tiempo, no hay duda, porque "los que visten ropas delicadas, en palacios de reyes están: Qui mollibus vestiuntur in domibus regum sunt" (Mat., 11, 8), y el ajuar personal es considerado allí un verdadero lujo. Una larga "ketoneth" de tela o de lino, de anchas mangas, a la cual una faja de lana, alrededor de la cintura, mantiene alzada durante el trabajo; después un velo que cubre la cabeza "por respeto a los Ángeles y en señal de sumisión" (cfr. I Cor., 11, 10) forma toda la vestimenta de las mujeres hebreas que se acuestan vestidas, extendidas sobre almohadones o más bien sobre una estera o tapiz, manteniendo sujetos con una redecilla "los largos cabellos que forman

[20] Beaufays: "María nell'ambiente palestinese", p. 70-76, 2ª ed. Roma, 1941.

su orgullo" (I Cor., 11, 15). Lavarse después del "sueño imagen de la muerte" es para ellas una ceremonia, más que una precaución higiénica.

Para salir de casa, las mujeres hebreas se calzan las sandalias, aunque no siempre, y con el ánfora sobre la cabeza, esbeltas, bien que encorvadas bajo el peso, van a buscar agua. Este cotidiano paseo a la fuente pública, preferentemente a la mañana o al crepúsculo, es quizás el único alivio, pues mientras esperan su turno, charlan y escuchan las novedades que los hombres traen del mercado, adonde han ido callejeando, o bien de la "puerta de la ciudad" donde se han sentado "a tomar fresco".

Vuelta a casa, la mujer "prepara el pan", pues los hornos son raros en el campo y el pan es la base principal de la alimentación: "comer pan" significa "alimentarse". Sentada en tierra y teniendo sobre las rodillas "una minúscula piedra de molino" sobre la cual gira otra piedra más pequeña, reduce a harina el trigo: "sin la canción del molinillo, dice un proverbio árabe, la casa está muerta". Luego, en un recipiente de madera o de barro cocido la industriosa ama de casa moja suficientemente cierta "cantidad de harina y le añade la levadura que pronto hará fermentar la masa: Fermentum accipit mulier, et abscondit in farinae satis tribus donec fermentaretur totum" (Luc., 13, 21). Y héla aquí moldear el pan en formas redondas y delgadas, semejantes a buñuelos, que coce rápidamente al horno en el cual crepita el fuego. Según los casos, el horno es una especie de "estufa de hierro", una piedra enrojecida, o "un recipiente de barro cocido lleno de brasas", colocado en un rincón del patio. Las mujeres hebreas se distinguen verdaderamente en cocer "los panes bajo las cenizas", panes "sin levadura", "buñuelos al aceite", "tortitas de miel, de uva, de higos", bizcochitos tostados y otros muchos "pastelitos" que la Biblia recuerda.

Excepto "los días de fiesta", las comidas no requieren más que una preparación muy breve: poca carne, ordinariamente de carnero o de cabrito, siempre cuidadosamente desangrada según la ley, la que sería insípida si no estuviera condimentada con una salsa picante de especias y, después huevos, manteca, requesón, sobre todo habas, cebollas, azúcar, "hierbas amargas". Generalmente se prefieren y se gusta mejor los alimentos crudos, "mezclados con vinagre" y bañados en aceite; los sábados y estando de viaje se come, en cambio de buena gana, pescado frito o salado, fresco o conser-

vado, sustituyendo al agua, que es la bebida ordinaria "el vino que alegra el corazón del hombre" (Salm., 103, 15; Eccli., 40, 20). Entre una y otra comida, el oriental mastica de buena gana granos de trigo o de sésamo "para engañar el estómago, y tener la lengua siempre fresca"; almuerza regularmente al mediodía, cuando el calor obliga a interrumpir el trabajo, o bien a la tarde, cuando el fresco invita al descanso y el obrero regresa a su hogar; en ese caso, a mediodía el hijo le había llevado ya en el lugar del trabajo "un plato de sopa" (Cfr. Daniel, 14, 32).

También hoy la gente de los campos se sienta, se pone en cuclillas o se extiende por el suelo, en torno a un gran plato con porciones de carne, colodacas "como un cuadro de flores sobre una montaña", y de arroz o de habas. Para tomar el alimento y llevarlo a la boca, los hebreos "meten la mano en la fuente común" y se sirven de pan desmenuzado que hace las veces de plato, cuchara y servilleta; todos "beben en la misma copa", es decir, un ánfora de barro que pasa de mano en mano.

Además de ocuparse en la preparación de las comidas, la mujer hebrea hila, teje, borda, lava, cose, procurando "no poner un pedazo nuevo en un vestido viejo: Nemo immittit commissuram panni rudis in vestimentum vetus" (Mat., 9, 16); ella envidia a los lirios del campo, los cuales, sin coser ni hilar, se hallan vestidos mejor que el glorioso Salomón: "Considerate lilia agri, quomodo crescunt: non laborant neque nent; dico autem vobis quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unus ex istis" (Mat., 6, 28-29). Solamente el Sábado ponía una tregua a todas estas ocupaciones domésticas, según el precepto Mosaico: "Acuérdate de santificar el día sábado; en este día no realizaréis ningún trabajo, porque en él descansó el Señor" (Levít., 23, 3). En día sábado no se podía caminar más de un kilómetro aproximadamente. Los alimentos se preparaban el día anterior por la tarde, llamado por eso *parasceve*: preparación."

Estas eran las ocupaciones diarias de María. Pues eran comunes a todas las demás mujeres. Pero el amor, la diligencia, la perfección con la cual Ella las ejecutaba, las hacían incomparablemente diversas de las demás. Las demás mujeres las cumplían como madres del hombre; María las cumplía como Madre de Dios, con toda esa abundancia de gracia y de santidad que comportaba en ella semejante título.

Mas el Sol, que ilumina a todo el mundo estaba ya por elevarse sobre nuestro horizonte.

BELEN

CORREGGIO. *El Nacimiento de Jesús.* Detalle

DURANTE LA VIDA PRIVADA DE JESÚS

Durante este largo período de treinta años, la vida de María se entrelaza admirablemente con la vida misma de Jesús. No se puede hablar de Jesús sin hablar de María, y viceversa. Por consiguiente, nos limitaremos aquí necesariamente a poner de relieve los episodios principales.

EL NACIMIENTO DE JESÚS

1. — El empadronamiento de todo el orbe.

Habían transcurrido casi nueve meses desde el gran anuncio del Ángel y de la concepción virginal de Cristo. Por consiguiente, se acercaba a grandes pasos el día de su nacimiento virginal. Era ese el tiempo más propicio para tal acontecimieno que es, indudablemente, el más grande de toda la historia. En efecto, en enero del año 9 antes de Cristo, había sido inaugurada en Roma el *Ara Pacis Augustae*, y el año siguiente fué cerrado por orden del Emperador el famoso templo de Jano para significar que el Imperio Romano, el "orbis terrarum", estaba en paz. El "príncipe de paz" (Isaías, 9, 6) podía, pues, hacer su pacífica entrada en este mundo. César Augusto Octaviano, el gran dominador del orbe, el artífice de esa pacificación universal, había alcanzado el apogeo de su grandeza y de su gloria y era aclamado como "el astro que surge sobre el mundo", "nuevo Júpiter", "Júpiter Salvador", etc. Templos y ciudades eran dedicados a su nombre. Organizador y administrador insuperable, había escrito de su puño y letra, como nos refiere Tácito, un *Breviarium Imperii* en el cual "se hallaban indicadas todas las rentas públicas, el número de los ciudadanos (romanos) y de los aliados que se encontraban sirviendo en los ejércitos, el estado de la flota, de los reinos (aliados), de las provincias, de los impuestos, de los tributos, de las necesidades y de las donaciones ("Anales", I, 11). Todo lo cual permite suponer que había hecho un empadronamiento universal de todo el orbe entonces sometido a Roma.

Esta obvia suposición es presentada como hecho indiscutible por el diligentísimo San Lucas. El Evangelista escribe: "Por aquellos días se promulgó un edicto del César Augusto, que mandaba empadronar a todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Quirino, gobernador de Siria [1]. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad".

El edicto Augusteo de que habla San Lucas debió estar formulado de manera similar al desenterrado recientemente en Egipto: "Cayo Vibio Máximo, gobernador de Egipto [2], da a conocer: que siendo inminente el empadronamiento, es obligación de todos aquellos que por cualquier motivo se encuentren lejos, volver a su lugar de origen, para el registro usual". (Cfr. "Pap. Lond.", III, p. 125; Felten: "Historia de los tiempos del N. Testamento", t. I, 1913, p. 183) [3]. En tal empadronamiento debía declararse lo que concernía a la propia persona, el domicilio y los propios bienes (Cfr. Lagrange, "Révue Biblique", 1928, p. 547). Es fácil imaginar la excitación que en toda Palestina debió producir tal edicto. Esta intromisión de un Emperador pagano que pretendía contar, como si fueran ovejas, los hijos del pueblo elegido, debió ser intolerable para los Judíos. Pero los Romanos, como hábiles políticos, habían ya tomado todas las medidas para reprimir desde el comienzo cualquier eventual insurrección. Solamente María y José, completamente sometidos siempre a todas las disposiciones de la Divina Providencia, no tuvieron ni una palabra de crítica para el edicto imperial, y obedecieron prontamente.

2. — Camino de Belén.

"José, pues, narra S. Lucas, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su esposa,

---

[1] En efecto, no faltan testimonios profanos muy significativos que establecen que, en tiempos del nacimiento de Cristo, Quirino fué legado en Siria, o por lo menos cumplió allí una importante misión. Se deduce esto en especial de la expedición capitaneada por él contra los Omonadenses, atestiguada por Tácito ("Anales, III, 8) y por Estrabón (XII, 6, 5), campaña que se llevó a cabo, muy probablemente, entre los años 10 y 6 antes de Cristo.

[2] Cayo Vibio Máximo fué gobernador de Egipto bajo Trajano, en el año 103-104 después de Cristo.

[3] No puede, pues, recurrirse, contra la narración de San Lucas, al derecho

la cual estaba encinta" (2, 4-5). Probablemente María también, además de José, estaba personalmente obligada, en virtud del edicto, a dirigirse a Belén, su lugar de origen, siendo ella, como todo lo hace suponer, hija única y por lo tanto heredera, sujeta al tributo. Por otra parte, los Romanos sometían también al impuesto personal a las mujeres desde los doce a los sesenta años (Ulpiano; D. L., XV, "de Censibus"), y no es improbable que, con el objeto de comprobar la edad, se viesen ellas también obligadas a presentarse. Mas aún en el caso de que la Virgen Santísima no hubiese estado obligada por el edicto de Augusto a dirigirse a Belén, era más que conveniente que no permaneciese alejada de su castísimo esposo, justamente en el momento en el que se hallaba a punto de dar a luz al Hijo de Dios. Con toda verosimilitud, pues, María y José debieron descubrir en ese mandato imperial la voz del mismo Dios que los invitaba a ir a Belén, el lugar profetizado por Miqueas (5, 2) para el nacimiento del Mesías. En efecto, en aquel tiempo era persuasión común de que el Mesías debía nacer en Belén. ¿No escuchamos acaso en el Evangelio a algunos oyentes de Jesús exclamar contra Él con orgullosa seguridad: "Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura que del linaje de David y de la aldea de Belén debe venir el Cristo?" (Juan 7, 41-42). Otro tanto respondieron los Sacerdotes y los Escribas a Herodes. Con mayor razón, pues, tal disposición divina debía ser conocida de María y de José.

Cualesquiera sean las razones que pudieron impulsar a María a ir a Belén con su esposo en ocasión del censo, lo cierto es que Ella fué, emprendiendo así un viaje de cerca de 150 kilómetros, esto es, de cuatro o cinco días, a través de caminos incómodos y que, dadas sus particulares condiciones físicas (hallábase en los últimos días de su gravidez) debía ser extenuante, aun cuando, en la mejor de las hipótesis, los dos viajeros hubiesen tenido a su disposición un jumento. Pero María sabía muy bien que todo paso que daba, sostenida maravillosamente por Aquél a quien Ella llevaba en su seno, aceleraba la hora más grande de toda la historia, la hora de la salvación del mundo. La prontitud del ánimo debía aliviar no poco la fatiga del cuerpo. El ardiente deseo de poder estrechar muy pronto

---

romano según el cual bastaba dirigirse a la cabecera del distrito de residencia. Lo que se hacía en Egipto podía tener lugar también en Judea, como lo afirma San Lucas.

contra su pecho y cubrir de besos encendidos de amor "al más bello de los hijos de los hombres" le daba fuerzas. Después de un breve descanso en algún lugar fresco donde había agua, a la sombra reparadora de algún árbol, la santa pareja reanudaba la marcha. Al final de cada jornada y, por tres o cuatro veces durante el viaje, debieron pernoctar en casa de alguna familia amiga o, más verosímilmente, en algún lugar público de parada, junto con otros viajeros y sus jumentos. Finalmente, llegaron a Jerusalén. Luego de una visita al Templo, meta inevitable de cualquier peregrino, María y José se dirigieron hacia Belén, distante nueve kilómetros al sur de la Ciudad Santa.

Llegados a Belén (Beth-lehem = *casa del pan*), la ciudad que un milenio antes había dado nacimiento a su antepasado David, la encontraron insólitamente agolpada de gente a causa del censo. Muy hacinado sobre todo debieron encontrar el "serrallo", o refugio para las caravanas, que San Lucas llama albergue. ¿Qué era este albergue? Erraría grandemente quien se imaginase una posada más o menos como se entiende hoy comúnmente. El albergue de Belén del que habla San Lucas, el actual *Kan* palestinense, era un espacio cuadrado a cielo descubierto, rodeado con un muro de piedras sin labrar con una sola puerta, y conteniendo un patio en donde se juntaban los animales. En el interior, a lo largo de uno o más lados del muro de circunvalación, había una especie de reparo, debajo del cual hallábanse dispuestas algunas pequeñas piezas, reservadas a aquellos viajeros que podían permitirse el lujo de pagarlas. Los demás se instalaban en el pórtico o habitación común, cuando había lugar, o bien, a falta de cosa mejor, entre las mismas bestias. Y allí, en medio de aquella extraña promiscuidad de hombres y de animales, entre un hedor insoportable, se hacía, literalmente, todo: se oraba y se traficaba, se comía y se dormía, se hablaba y se cantaba, y hasta no era raro el caso de que hubiese algún nacimiento y alguna defunción. Este era "el albergue" a donde fueron a buscar hospitalidad María y José [4]. "San Lucas nos hace conocer, observa justamente Ricciotti, que cuando Jesús y María llegaron a Belén, "*no había lugar en la posada*" (2, 7). Esta frase es más estudiada de lo que en

[4] Con toda probabilidad ese albergue de Belén es el mismo de que habla Jeremías (41, 17) construído un milenio antes de Cristo por Camaam, que era quizás hijo de un amigo de David (II Reyes, 19, 37 y sgtes.) por lo cual es llamado la "hospedería de Camaam". Ella servía de descanso para las caravanas que desde Jerusalén bajaban a Egipto.

apariencia haría sospechar. Si San Lucas hubiese querido decir solamente que el albergue no podía contener ninguno más, le habría bastado decir que allí "*no había lugar*"; en cambio, él mismo añade "*para ellos*", no sin referirse implícitamente a las particulares condiciones en que se hallaba María ante la inminencia del parto. Esto podrá parecer una sutileza, pero no lo es. Sin duda alguna José tenía en Belén conocidos o parientes a quienes pedir hospitalidad; y aun admitiendo que la ciudad se hallaba atestada de gente, un rinconcito para dos personas tan modestas y sencillas podía encontrarse siempre en Oriente. Cuando, para la solemnidad pascual, afluían a Jerusalén centenares de miles de peregrinos, la capital bullía no menos que la Belén del censo y, sin embargo, todos encontraban un lugar donde instalarse más o menos convenientemente. Pero naturalmente, en tales circunstancias, las pobres casas particulares, que solían consistir en una sola pieza de planta baja, venían a ser semejantes al albergue para las caravanas: todo allí se hacía en común, en público; no existían reservas o secretos de ninguna clase. Por ello se comprende porque San Lucas especifica que "no había lugar *para ellos*"; dada la inminencia del parto, lo que María necesitaba era únicamente reserva y recato. ("Vida de Jesús", n. 243).

3. — Surge el Sol...

San Lucas prosigue diciendo: "Y sucedió que estando allí (o sea, en Belén) le llegó la hora de su alumbramiento, y dió a luz a su hijo primogénito y recostólo en un pesebre" (2, 6-7).

No habiendo encontrado un lugar conveniente en el "Kan", María y José se vieron obligados a refugiarse en una de las tantas grutas en que abunda esa región arcillosa, totalmente perforada por cavernas y que servían, habitualmente, de reparo a las bestias (Cfr. Vincent-Abel: "Belén", París, 1914, 6 y sgts.). A decir verdad, el Evangelista no habla de gruta, y se limita a decir que el recién nacido fué puesto por María "en un pesebre". Pero el pesebre supone, evidentemente, un establo, y el establo, según las costumbres de entonces y de ahora, supone una gruta. Implícitamente, pues, San Lucas nos dice que Jesús nació en una gruta[5]. Ésta se halla algo

[5] Lo que es dicho implícitamente por San Lucas, es afirmado explícitamente por San Justino en el siglo II ("Dial. cum Tryphone", 78). San Jerónimo refiere ("Epist." 58) que desde los tiempos de Adriano (135) hasta Constantino, los principales lugares de la vida de Cristo fueron profanados por los paganos.

hacia el oriente de la antigua Belén, al sudeste y en el punto más elevado de la población actual (que cuenta cerca de 7.500 habitantes).

De las sobrias palabras de San Lucas aparece con discreta evidencia que Jesús, así como había sido concebido virginalmente, por milagro, sin concurso humano, así también nació de María virginalmente, por milagro, sin la acostumbrada obra de la matrona. En un abrir y cerrar de ojos pasó del castísimo seno de María a sus brazos. Y como el rayo de sol pasa a través de un vitral sin dañarlo, sino reflejándolo, así pasó Jesús a través de María sin herirla en lo más mínimo, antes bien, bañándola de luz divina. De hecho, fué la misma Virgen María la que prestó a su divino Hijo todos aquellos cuidados que suelen realizar otras manos hábiles y piadosas. Ella fué la que, como narra el Evangelista, lo envolvió en pañales y lo depositó en un pesebre [6], es decir, en un pequeño hueco cavado a un lado de la gruta. "Ella misma, dice San Jerónimo, fué madre y matrona" (P. L. 23, 192). Desde esa pobrísima cuna, como desde una cátedra, Jesús comenzó a predicar a todos con el ejemplo antes que con las palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

De este modo, hacia el año 748 [7] de Roma (6 años antes de la era vulgar), y durante la noche, como aparece por el contexto, Ma-

---

En torno a la gruta de Belén se estableció el licencioso culto de Adonis-Tammuz, el amante de Venus, con su relativo bosquecillo; mientras que en el lugar de la muerte de Cristo erigióse un templo a Afrodita. En los primeros decenios del siglo III, Orígenes decía que la célebre gruta de la natividad de Cristo se mostraba aun en Belén ("Contra Celsum", 1. 51). En el año 325, Santa Elena hizo construir una grandiosa basílica (Cfr. Eusebio: "Vita Constantini", II, 41-43) que, admirada en el 333 por el peregrino de Burdeos y respetada en el año 614 por los turcos invasores, subsiste aún.

[6] Sólo más tarde los apócrifos (el "Protoevangelio de Santiago", la "Ascensión de Isaías") nos describen a José preocupado por buscar... ¡una comadre!...

[7] No obstante las múltiples tentativas para determinar el día o por lo menos la estación en la cual nació Jesús, estos datos cronológicos siguen siendo inciertos. El más antiguo testimonio en favor del 25 de diciembre es el de San Hipólito, en el siglo III ("in Dan.", IV, ed. de Bonn 1891, p. 19). La liturgia Romana sustituyó la fiesta del nacimiento de Cristo, verdadero Sol "que alumbra a todo hombre", a la fiesta pagana en honor del nacimiento del Sol invencible "Natalis invicti", que se celebraba el 24 de diciembre (Cfr. San León Magno: "Serm." 21, 6; San Agustín: "Contra Faustum", 20, 4). En efecto, precisamente en esa época el sol, llegado al signo de Capricornio, se eleva por encima del solsticio y se dirige nuevamente hacia la constelación del Cáncer, con lo que se inicia la primavera que comunica a la tierra una vida nueva.

En el siglo V la Iglesia Griega, uniformándose a la Iglesia Romana, comenzó a celebrar la fiesta del Nacimiento el 25 de diciembre.

ría daba a luz su hijo *primogénito*, [8] como lo llama San Lucas. Ninguna palabra humana o angélica podrá traducir los sentimientos que experimentó María en el momento en que, sumida en la más sublime contemplación y, quizás, elevada hasta la visión de la Esencia divina, vió en sus brazos al Verbo Encarnado, pudo estrecharlo contra su corazón y cubrirlo de besos, confundiendo los más tiernos latidos de hija con las más ardientes palpitaciones de Madre. ¿No era Ella "Hija de su Hijo"? Aquel instante debió ser un verdadero instante celestial. Nueve meses de íntimo recogimiento la habían preparado maravillosamente para ese momento de inefable alegría.

Mas a esa alegría suprema debió contraponerse inmediatamente un supremo dolor causado por los primeros vagidos del Infante divino, debido al frío y a las incomodidades de la escuálida y helada cueva. La feliz y doliente María lo envolvió en pobres pañales y lo depositó en el pesebre.

4. — La adoración de los pastores.

Los pastores, que figuraban entre la gente más humilde, muy despreciada por los Escribas y Fariseos, fueron los primeros en ser invitados a adorar al recién nacido Mesías, hijo de María. San Lucas nos dice que "estaban velando en aquellos contornos unos pastores, haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando un Ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el Ángel: No temáis, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el

[8] De esta expresión *"primogénito"* Elvidio, Luciano y más tarde los Protestantes y los Racionalistas, tomaron ocasión para negar la perpetua virginidad de María. "Si (Jesús) es primero, argumentaba Luciano, no es el único; si es el único, no es el primero" ("Demonax", 29). Mas es preciso hacer notar que el vocablo "primogénito" es un término jurídico con el que se designaba al primer nacido, fuese o no seguido por otros, ya que la ley tenía ciertas prescripciones al respecto (Ex. 13, 2). "Hoy, observa Ricciotti, la discusión ha terminado, y quien ha tenido razón no han sido ciertamente Elvidio y sus secuaces. En el año 5 antes de Cristo, esto es, a pocos meses de distancia del parto de María, una joven judía dió a luz en Egipto, perdiendo empero con ello la vida; la losa sepulcral, al hacer hablar a la difunta, le hace decir entre otras cosas, esto: *...el Destino me condujo al término de mi vida entre los dolores causados por mi primogénito...* (πρωτοτόκου.., τέκνου); la inscripción fué publicada por C. C. Edgar en los "Annales des Antiquités de l'Egypte", bajo el título: "More tambstones from Tell el Yahoudieh", tom. 22 (1922), ps. 7-16, y reproducida en "Bíblica",

Salvador, que es el Cristo, el Señor. Sírvaos de señal que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. En ese instante se dejó ver con el Ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo:

Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"

(Luc., 2, 8-14)

Desaparecidos los Ángeles, los pastores, llenos de emoción, se miraron atónitos unos a otros y dijeron: "Vamos hasta Belén y veamos este suceso que ha ocurrido y que el Señor nos ha manifestado." Y salieron, con el corazón palpitante, a toda prisa ("*festinantes*") y guiados por una mano invisible llegaron ante una gruta; entraron titubeantes y encontraron lo que el Ángel les había descrito: María y José junto a un recién nacido colocado en un pesebre. Es fácil imaginar la sencilla y cordial acogida hecha a ellos por parte de María y de José, a quienes los pastores, no bien reconocieron al niño, refirieron con alegría plena de satisfacción de qué modo habían llegado a tener conocimiento del grandioso suceso: la aparición de los Ángeles, las palabras del canto oídas por ellos, etc., etc. A lo que parece, otras personas también se hallaban presentes a este relato de los pastores, pues el Evangelio (a menos que no se trate de una anticipación, bastante probable) dice: "Todos los que supieron el suceso, se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado" (Luc., 2, 18) ¿Prestaron fe a sus palabras? El Evangelista no lo dice. Mas, parecería que no. Él solamente se limita a decir que María "guardaba todas estas cosas en su corazón",

---

1930, p. 386. La muerte de la parturiente demuestra, contra Elvidio y sus secuaces, que ese primogénito fué también unigénito, como en el caso de Jesús.

Ya que se presenta la ocasión, señalamos el análogo y aun más fácil pasaje de Mateo, 1, 25, el cual, al hablar de las relaciones entre José y María, dice: "y (él) no la conoció hasta que dió a luz (un) hijo". El verbo *conoció* es el término eufemístico que ya examinamos en otro lugar (230). La conjunción *hasta que*, ἕως corresponde al hebreo *'ad*, el cual se refiere solamente al cumplimiento de la acción anunciada inmediatamente después, haciendo empero abstracción de lo que sucederá luego; ejemplos hay, en tal sentido, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Gén., 8, 7; Salmo 109, 1; Mat., 12, 20; 22, 44; 28, 20; I Timoteo, 4, 13). Por lo cual justamente el mismo Loisy ha hecho notar que Mateo, en este pasaje, se refiere solamente al nacimiento de Jesús, al que niega toda intervención paterna, sin extenderse al tiempo sucesivo" ("Vida de Jesucristo", n. 245, nota).

indicando así, con discreta evidencia, la fuente de su narración, "y las iba meditando" (2, 19). De este modo, el corazón purísimo de María llegaba a ser el primer evangelio, "el evangelio viviente" de la Iglesia. ¿Qué cosas habrá dicho la Virgen Santísima a los pastores en tal extraordinaria circunstancia? El Evangelista, que en el versículo 18 permite suponer que María dijo alguna cosa para confirmar el mensaje del Ángel, ha querido dejarnos tal respuesta a nuestra mente y a nuestro corazón. Pero, más que con las palabras, la Virgen habló a los pastores con los hechos: con su actitud humilde, modesta, extática, totalmente perfumada de pureza y de amor. Es fácil imaginar las caricias prodigadas por aquella gente tan sencilla al gracioso recién nacido. Aquellos brazos rudos, acostumbrados a aprisionar a los corderos tuvieron aquella noche la incomparable dicha de estrechar contra su corazón al Cordero divino que un día sería inmolado por la salvación del mundo.

San Lucas termina diciendo que "los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar a Dios por todas las cosas que habían oído (por María y por José) y visto, conforme se les había anunciado" (2, 20). De este modo mostráronse ricos en el espíritu, aunque pobres de bienes terrenos.

5. — La circuncisión y la imposición del nombre.

El Señor había dicho a Abrahán, padre del pueblo elegido: "Tú y tus descendientes observaréis mi alianza, y el signo de esta alianza será la circuncisión" (Gén., 17, 10).

Nacido bajo la ley (Gál., 4, 4), Jesús se somete a ella. Venido a la tierra para salvar a los hombres mediante la muerte de cruz, Él ofrece, desde su ingreso a este mundo, las primicias de su sangre divina, precio de nuestro rescate, sometiéndose, ocho días después de su nacimiento, al doloroso rito de la circuncisión, consistente en un tajo hecho en una de las partes más delicadas del cuerpo. Por esto, la circuncisión era practicada en el hogar, ordinariamente por el padre, y a veces también por la madre. A José, como a jefe de familia, tocó la tarea de imprimir el signo de la alianza divina sobre el cuerpecito de Aquél por cuya sangre esa alianza se había establecido. A esta ceremonia asistían diez testigos que garantizaban de tal modo el enrolamiento oficial del niño en el pueblo elegido. Al

practicar el corte, entre los gemidos del niño, el ministro de la circuncisión (no se sabe con certeza quién fuese[9]) decía: "¡Bendito sea Yavhé, el Señor! Él ha santificado a su amado desde el seno de su madre, y ha impreso la ley en nuestra carne. Él imprime en sus hijos el sello de la alianza a fin de comunicarles las bendiciones de Abrahán nuestro padre". Y los asistentes respondían con las palabras del Salmista: "Viva aquel que tú has escogido por hijo" ("Hierosol. Beracoth", fol. 13, 1). La herida producida por el tajo, que afiebraba al circunciso por algunos días, era luego curada con polvo de comino, aceite y vino. Aquel rito sangriento, las palabras del ministro, la respuesta de los presentes revistieron, en el caso de Jesús, un significado enteramente singular que sólo la Virgen comprendió en toda su extensión.

En ese rito también se imponía el nombre al recién nacido. En el caso particular de Jesús no hubo que escoger: su nombre había sido ya dictado por Dios, y comunicado tanto a María como a José por el Ángel: "Lo llamaréis Jesús", o sea "Dios es salvación". Lo llamaron pues, Jesús. ¡Cuántas cosas debió decir al corazón de María ese nombre, entonces y posteriormente... ¿No expresaba acaso en sí mismo el más vasto programa de una obra de dolor? Si, como se expresa San Bernardo, el nombre de Jesús es para todos "miel en los labios, música para los oídos, alegría para el corazón" ("Serm. 15 sup. Cantica", n. 6, P. L. 183, 847), debió serlo y de un modo muy particular para María su Madre.

6. — La purificación de María y la presentación de Jesús.

Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, la Virgen San-

[9] En el Gén., 17, 23, léese que Abrahán, en obsequio al precepto divino, circuncidó (a lo que parece con sus propias manos) a Ismael y a los de su casa. En el libro de Josué (5, 2-8) no se dice nada de explícito respecto a la circuncisión de los Israelitas cerca de Gálgala, al entrar en la tierra prometida. En el libro de los Macabeos (2 Mac., 6, 10; 1 Mac., 1, 63-64) se cuenta que dos mujeres, durante la persecución de los Seléucidas, fueron condenadas a muerte por haber circuncidado a sus propios hijos. En tiempo de los Romanos, como consta por Flavio Josefo ("Antigüedades..." 20, 3, párrafo 46) y por el Derecho Romano (Paulus: "Sententiae", V, 22, 3; Ulpiano y Modestino: "Digesta", 48, 8, 4, 2, 11), siendo la circuncisión una operación bastante peligrosa para quien la sufría, era practicada por un cirujano. Muy probablemente este uso del cirujano se hallaba también en vigor en tiempos de Cristo. No puede decirse, pues, con seguridad que el ministro de la circuncisión de Cristo haya sido San José, como sostienen no pocos autores (Isidoro de Isolanis, Suárez, Lépicier, etc.).

tísima se encontró frente a una doble prescripción de la Ley mosaica: la primera referíase a ella misma, y, se hallaba constituída por la purificación legal; la otra, en cambio, se refería al niño y consistía en su presentación al Templo.

La prescripción que concernía a María estaba formulada en el Levítico más o menos en estos términos: "Cuando una mujer dé a luz un niño varón, quedará impura por espacio de cuarenta días [10], durante los cuales no tocará ninguna cosa santa ni entrará al Templo. Pasados esos cuarenta días, traerá a la entrada del Tabernáculo del Testimonio, un cordero de un año y un pichón o una paloma para el holocausto, los que entregará al sacerdote. El sacerdote los sacrificará al Señor y rogará por ella, y así quedará purificada. Si no tiene posibilidad de procurarse u ofrecer un cordero, dará dos tórtolas o dos pichones: uno para el holocausto (o sea, para renovar el ofrecimiento de sí misma a Dios, que le había dado un hijo), y el otro para el pecado (o sea, la culpa legal de impureza física contraída por los fenómenos fisiológicos subsiguientes al parto, impureza que la mantenía alejada de las cosas santas). El sacerdote rogará por ella (en el texto hebreo: *hará la expiación por el pecado de ella*) y así quedará purificada" (Levít., 12, 1-8).

En cuanto a la ley de la presentación y del ofrecimiento del primogénito, es descrita en el Éxodo de esta manera: "Habló después el Señor a Moisés, diciendo: Conságrame todo primogénito que salga del vientre de su madre, entre los hijos de Israel, tanto de hombres como de animales; porque míos son todos" (Éxodo, 13, 1-2). A consecuencia de esto, Moisés había impuesto a los hijos de Israel la ley: "Todo primogénito de hombre entre tus hijos, lo rescatarás con dinero [11]. Y cuando más tarde te preguntare tu hijo: ¿Qué significa esto? le responderás: El Señor nos sacó con brazo fuerte de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Porque como Faraón se hubiese obstinado en no querer dejarnos salir, mató el Señor a todos los primogénitos en tierra de Egipto, tanto de hombres como de animales. Por esta razón sacrifico yo al Señor todo primerizo que

[10] Si el recién nacido hubiese sido mujer en lugar de varón, el tiempo de la impureza legal para la madre era exactamente el doble, o sea, 80 días. Este período mayor de impureza respecto de las mujeres, estaba probablemente ordenado a recordar a los hombres que el pecado había sido introducido en el mundo por una mujer (I Timoteo, 2, 14; I Pedro, 3, 7).

[11] En el libro de los Números (18, 16) el precio fijado para tal rescate era de cinco siclos de plata, equivalentes a 16 2/3 de denarios romanos (= 17,86 liras en oro). (Cfr. Holzmeister, en "Verbum Domini", 23, 1943, 66 y sgtes.).

es del sexo masculino y rescato todos los primogénitos de mis hijos. Lo que has de tener como una señal impresa en tu mano, y como un recuerdo pendiente ante tus ojos, que te advierte habernos el Señor sacado de Egipto con brazo fuerte" (Ex., 13, 13-16).

En virtud, pues, de esta ley, todos los primogénitos de los hombres se consagraban a Dios, o sea, estaban destinados a servir a Dios en calidad de sacerdotes. Tal consagración había sido instituída por Dios por medio Moisés, como perenne recuerdo de la portentosa liberación de los primogénitos de los Hebreos por el Ángel, que había exterminado, en castigo de la obstinación de Faraón, a todos los primogénitos de los Egipcios. Pero cuando, más tarde, el sacerdocio fué reservado a los descendientes de la tribu de Leví (Deut., 10, 8) como premio del horror por ellos demostrado hacia la idolatría y por su predilección por el culto divino (Ex., 32, 26), Dios permitió que los primogénitos de todas las demás tribus, después de ser consagrados a Dios según el precepto dado por Él en el Éxodo (13, 2), fuesen rescatados con el ofrecimiento de cinco siclos (correspondientes a unas veinte liras italianas en oro), precio determinado por una víctima dedicada al altar (Núm., 18, 16).

Basta echar una rápida mirada a los términos mismos de estas dos prescripciones para comprender que ellas no concernían, ni podían concernir en absoluto a María y a Jesús.

Habiendo la Santísima Virgen concebido y dado a luz a su divino Hijo virginalmente, no pudo contraer, como las demás madres, la impureza legal en virtud de la cual habría debido ser purificada. Su virginal maternidad, tan diversa de la maternidad ordinaria, antes que hacerla impura, habíala purificado más, pues había sido atravesada por los rayos del Sol divino que había nacido en Ella y en Ella había morado durante nueve meses.

La ley de la presentación del primogénito tampoco concernía ni podía referirse a Jesús. ¿No era Él mismo el sumo Sacerdote de Dios, o sea, el Ungido, el consagrado por excelencia al servicio divino, destinado a ofrecer al Padre un sacrificio de valor infinito a fin de suplir a la congénita limitación de los sacrificios levíticos?... ¿De qué manera podía Él ser rescatado desde el momento que ningún Levita, más aún, ni siquiera toda la tribu de Leví habría podido sustituirlo en su Sacerdotal oficio?...

Esto no obstante, María quiso someterse a sí misma al rito de la purificación y someter a su divino Hijo al de la presentación al

Templo. Los motivos que debieron impulsarla a sujetarse a estas dos leyes que no le concernían fueron su profundísima humildad, que le tornaba muy fácil todo lo que tendía a humillarla ante los ojos de los hombres, y su singular apego a la Ley de Dios. Y después, ¿cómo sustraerse legítimamente a tales prescripciones sin escandalizar al prójimo, sin verse obligada, para evitar la admiración a revelar aquellos divinos misterios que se habían cumplido en Ella y que debían quedar escondidos aún por largo tiempo?... No titubeó, pues, ni un instante la Virgen humildísima y obedientísima en aparecer como una mujer común, al someterse a la purificación, Ella, una criatura totalmente singular, y en hacer aparecer a su divino Hijo como un niño igual a todos, consagrando a Dios y rescatando a Aquél que era el mismo Autor de tales leyes.

Durante cuarenta días, pues, María permanece encerrada en su casa, en la más dulce intimidad con su divino Hijo. Terminado ese retiro cuadragenario y acompañada de San José, con el hermoso Niño en brazos, emprende el camino hacia Jerusalén, distante unos diez kilómetros de Belén.

Luego de un viaje relativamente breve, llegaron a Jerusalén en las primeras horas de la mañana, y subiendo el monte Moria dirigiéronse al Templo. No creemos difícil intuir los pensamientos y los afectos que debieron acompañar en aquella mañana a la joven Virgen-Madre, mientras se dirigía a purificarse y a ofrecer su primogénito a Dios. Indudablemente, debieron ser pensamientos de generosidad sin límites, de abandono gozoso a la amabilísima voluntad del divino Padre.

Para formarse una idea exacta del modo cómo se desarrolló la ceremonia de la purificación y de la presentación, similar en todo a cualquier otra en igual ocasión, es necesario tener bien presente la descripción del Templo [12].

El Templo de Jerusalén, edificado por Salomón sobre el monte Moria, había sido destruído por Nabucodonosor durante la expugnación de Jerusalén en el año 586 antes de Cristo. Reconstruído por Zorobabel, después del destierro, e inaugurado en el año 515 a. Cr., fué completamente rehecho y engrandecido, con incomparable munificencia, por Herodes, quien comenzó los trabajos unos veinte años antes de Cristo y los terminó unos diez años después. Constaba del "Santuario" y de tres grandes pórticos o atrios, uno más elevado que el otro, en dirección del "Santuario". El primero, el "atrio de los gentiles" era accesible a todos, hasta a los paganos, los cuales

[12] Cfr. "Dict. Bibl.", t. V, col. 2024-2078.

iban allí como a una plaza para tratar sus negocios. Los Judíos concurrían ahí para escuchar las lecciones o las disputas de los más famosos Doctores de la Ley, o para averiguar las noticias del día. En ocasión de las solemnidades Israelitas "el atrio de los gentiles" se transformaba en un vasto mercado, en donde se vendían a los peregrinos los animales necesarios para los sacrificios y se cambiaban las monedas a los extranjeros. Este "atrio de los gentiles" se hallaba flanqueado por dos grandes pórticos: el oriental, que miraba hacia el torrente Cedrón, llamado "pórtico de Salomón", y el meridional, que miraba al valle del Tyropeion, llamado "pórtico real". En cierto punto el "atrio de los gentiles" estaba separado por una balaustrada de piedra destinada a señalar el límite accesible a los paganos, a los cuales algunas inscripciones griegas y latinas allí colocadas, amenazaban con la pena de muerte si se hubiesen atrevido a franquearlo.

Pasando la susodicha balaustrada de piedra y subiendo algunos escalones, se entraba en el segundo atrio, llamado "el atrio interior". Éste se hallaba subdividido en dos partes: "el atrio de las mujeres" (porque hasta ahí y no más allá podían penetrar las mujeres judías) y "el atrio de los Israelitas", accesible solamente a los hombres. El atrio de las mujeres era un espacio descubierto, de unos sesenta metros cuadrados al que se llegaba a través de la *Puerta Hermosa.* Desde este patio, por una escalinata de quince gradas, se llegaba a la puerta de Nicanor, adornada, como todas las demás con oro y plata, y por la cual se entraba al atrio de los Israelitas. Ante dicha puerta de Nicanor debían presentarse para su purificación los leprosos, las mujeres que habían engendrado, y las sospechosas de adulterio. Con sus treinta metros de largo y de ancho este atrio podía contener cómodamente un millar de hombres.

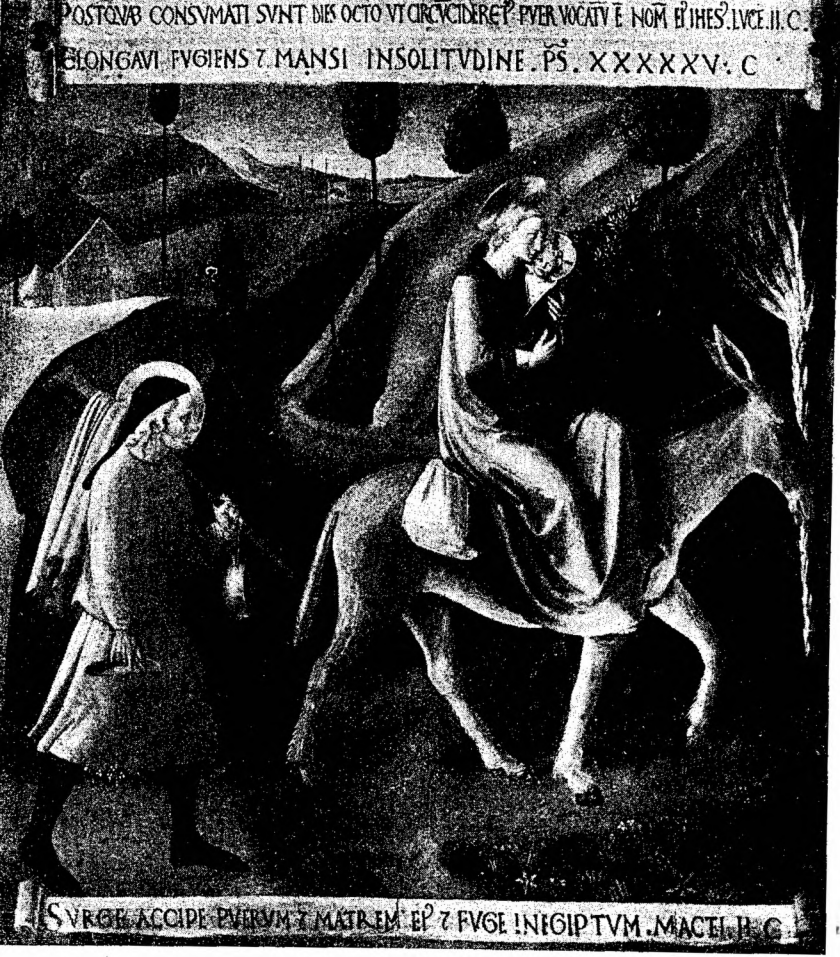
Subiendo un poco más, llegábase al "atrio de los Sacerdotes", de sesenta metros de ancho y alrededor de unos ochenta de largo. En medio de éste se levantaba el altar de los holocaustos, a cielo descubierto.

Por fin, después de algunos escalones, se llegaba al Santuario, que tenía delante un vestíbulo de 45 metros de largo, y estaba dividido interiormente en dos partes: el *Santo*, que era la parte anterior, y el *Santo de los Santos* o lugar santísimo, que era la posterior. El Santo (27 metros de alto, 18 de largo y 9 de ancho) contenía el altar de oro para los perfumes, la mesa para los panes de la Proposición y el candelabro de oro de siete brazos. El Santo de los Santos (9 metros de lado) separado del Santo solamente por dos velos, era considerado como la morada perenne del Dios de Israel, y por esto, tenido como el lugar más santo de toda la tierra. Allí se conservó, hasta que fué destruída, el Arca de la Alianza. Solamente el Sumo Sacerdote podía penetrar en él una vez al año, en el día del Kippur o Expiación, para cumplir la simbólica liturgia del macho cabrío expiatorio (Levit., 16; Hebr., 9, 7).

En torno a este grandioso monumento, por tres de sus lados, se levantaban tres pisos de cámaras intercomunicables, accesibles sólo a los levitas.

El aspecto general del Templo, o mejor, la compleja construcción que lo formaba, ofrecía a la vista un cuadro magnífico. "Ninguna cosa había más admirable para el espíritu y para los ojos que el aspecto exterior del

V. CARPACCIO. *La Presentación del Niño Jesús al Templo*



BEATO ANGELICO. *La huida a Egipto*

Templo, dice Flavio Josefo. La fachada se hallaba en todas sus partes recubiertas con espesas láminas de oro de tal modo que, al salir el sol, el Templo brillaba con un resplandor parecido al fuego, y aquellos que lo contemplaban se veían obligados a apartar de él la mirada, como de los rayos del sol. A quienes venían desde lejos, el Templo aparecía como una montaña de nieve, porque en los lugares en que no estaba revestido de oro era completamente blanco. Sobre las partes más altas se habían colocado agudísimas agujas de oro a fin de impedir que los pájaros se posaran y lo ensuciaran" ("Bellum Iud." V, 5, 6).

Después de lo dicho, resulta más fácil seguir el rito de la purificación.

Al poner sus pies inmaculados en el umbral del Templo, ¿brilló quizás ante la mirada de la Virgen la profecía de Malaquías (3, 1): "Y luego vendrá a su Templo el Dominador a quien buscáis vosotros, y al Ángel del Testamento que vosotros deseáis"? El Evangelio no lo dice. Mas no sería improbable suponerlo. Entrado que hubieron al Templo por el pórtico real y de Salomón, María y José con el Niño atravesaron "el atrio de los gentiles", en donde compraron dos tórtolas para el sacrificio; luego, descalzos, pasando por la "Puerta Hermosa", se dirigieron al "atrio de las mujeres". De allí, subidos los quince escalones, se hallaron ante la puerta de Nicanor que introducía al "atrio de los Israelitas", en donde debía cumplirse el rito de la purificación. En efecto, allí los sacerdotes de turno atendían a las personas legalmente impuras. Con gesto piadoso de virginal candor, la Virgen Santísima presentó al sacerdote de turno los dos pichones o las dos tórtolas (oferta prescrita para los pobres), pidiéndole que rogase por ella y ofreciese una de las víctimas a fin de ser purificada de toda mancha, y la otra en agradecimiento a Dios por el hijo que le había dado. El sacerdote de turno, lejos de sospechar que la que se hallaba ante él en tan humilde actitud, era la Madre del Mesías, recibió con indiferencia de sus manos el pobre ofrecimiento y se dispuso a cumplir el rito prescrito. Tomó una de las tortolillas, bajó la pendiente (sin gradas) del altar de los holocaustos (un gran bloque de piedra sin labrar, cuya base o "roca sagrada" se conserva aún en el centro de la Mezquita de Omar, y que mide 17 metros por 13, y 2 de alto), aplastó la cabeza del ave con la uña del dedo pulgar, exprimió la sangre que corrió a lo largo de las paredes del altar, extrajo el buche y las entrañas, que echó sobre un montón de cenizas; luego, sujetando el ave por las alas la hizo arder sobre la leña puesta sobre el fuego. Se cumplía así "el sacrificio grato a Jehová". Tomó después

la otra tortolilla, reservada para el "sacrificio por el pecado", la mató con un golpe en la nuca, vertió la sangre al pie del altar y la echó sobre las cenizas. De tal modo la madre era purificada [13].

Siguió luego la presentación del Niño a Dios y su rescate mediante cinco siclos de plata. A decir verdad, la Ley prescribía que tal presentación u ofrecimiento a Dios debía hacerse en el Templo. Sin embargo, después del destierro, parece que las buenas madres Israelitas habían comenzado a perder tal costumbre (II Esdras, 10, 36) aprovechando, para esa ceremonia la visita que estaban obligadas a cumplir para el rito de la purificación (Levit., 12, 2-8). Empero, no había ninguna prescripción particular al respecto. Como resulta por la lectura de San Lucas, la Virgen Santísima se conformó en esto a los usos de los más piadosos israelitas. El trigésimo día después del nacimiento de Jesús, la Virgen había enviado ya o hecho enviar al sacerdote los cinco siclos de plata impuestos por la Ley. Cuando vino al Templo, después de los cuarenta días de reclusión legal (Levit., 12, 2-4), cumplió asimismo el rito de presentar a su divino Primogénito al eterno Padre.

La presentación del Niño Jesús al Templo, constituía el ofertorio de aquel grande sacrificio que la Misa haría después presente en todos los puntos del tiempo y del espacio. La inmolación se llevaría a cabo algunos años después sobre el Calvario. Con tal objeto el Verbo se había encarnado y venido a este mundo. "Por eso, —son palabras que S. Pablo pone en boca de Cristo al entrar en el mundo—, porque no has querido sacrificio ni ofrenda, ni holocaustos por el pecado, ni te han agradado todos los sacrificios que te eran ofrecidos según la Ley, heme aquí que vengo yo, oh Dios, para hacer tu voluntad, a hacerte el sacrificio de este cuerpo que tú me has dado" (Hebr., 10, 5-9).

María comprendió inmediatamente el significado de aquel rito: el ofrecimiento público de Jesús como Sacerdote y Víctima del género humano, del que había llegado a ser mediante la Encarnación en Ella, el verdadero jefe moral. Y se asoció a ese sacrificio. Tanto más cuanto que Dios no dejó de confirmarle, como veremos en seguida, esta espontánea y precisa intención de la misión dolorosa

[13] Los dos palominos o las dos tórtolas, contrariamente a cuanto alguien ha asegurado (por ej. Bossuet: "Serm. en el día de la purificación", segunda parte), estaban destinados al sacrificio para la purificación de la madre, y no para el rescate del primogénito.

de su divino Hijo y de Ella misma con una predicción terrible y realista, por parte del santo anciano Simeón.

En el día de la purificación de María y de la presentación al Templo del Niño Jesús, tuvo cumplimiento el célebre vaticinio de Ageo quien, para animar a los Hebreos que lamentaban la inferioridad del segundo Templo respecto al primero, construído por Salomón, había dicho: "Porque esto dice el Señor de los ejércitos: Aún falta un poco, y Yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y todo el universo. Y pondré en movimiento las gentes todas; porque vendrá el Deseado de todas las naciones y henchiré de gloria este Templo. Mía es la plata, dice el Señor de los ejércitos, y mío el oro. La gloria de este último Templo será más grande que la del primero, dice el Señor de los ejércitos. Y en este lugar daré Yo la paz, dice el Señor de los ejércitos" (Ageo, 2, 7-10).

Ninguno, empero, de los tantos que afluían al "atrio de los gentiles" en ese día, tuvo conciencia de la realización de la célebre profecía, con excepción de dos ancianos venerables, un hombre y una mujer: Simeón y Ana. Aquel minúsculo grupo de tres personas (María, Jesús y José), se hallaba muy lejos de atraer las miradas de los transeúntes. Se trataba, en efecto, de un hecho ordinario de la jornada, pues no eran pocas las madres que, juntamente con su hijito primogénito y acompañadas por el propio esposo, se dirigían cotidianamente al Templo para cumplir con el rito de la purificación y de la presentación.

El Evangelio de S. Lucas nos describe bastante minuciosamente el admirable encuentro de la Sagrada Familia con Simeón [14] y Ana. "Había a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel (o sea, el prometido Mesías), y el Espíritu Santo moraba en él. El Espíritu le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo del Señor" (Luc., 2, 25-26).

Una fuerte inspiración de lo Alto lo había impulsado aquel día a dirigirse al Templo. Y cuando vió a María y a José con el Niño conoció, por revelación divina, que éste era precisamente el espe-

[14] Poco es lo que sabemos respecto de Simeón. El apócrito "Evangelio de Nicodemo", lo llama "Sacerdos magnus". Hay quien lo ha hecho también hijo del célebre Hillel y padre de Gamaliel, maestro de San Pablo. Mas tal identificación choca contra graves dificultades cronológicas. Era, muy probablemente, un particular, no un sacerdote, de modesta condición, pero justo y piadoso, fiel observante de la Ley.

rado Mesías, y acercándose a la Madre, le pidió como gracia que se lo dejara tener unos minutos entre sus brazos, para desahogar la ola de afectos que inundaba su corazón. Dando también él, al igual que María y Zacarías, forma poética a sus pensamientos, exclamó, bendiciendo a Dios:

"Ahora, Señor, despide a tu siervo,
según lo prometiste, en paz.
Porque vieron mis ojos tu salvación,
que preparaste para todos los pueblos,
luz para que vean los gentiles,
y gloria de tu pueblo de Israel" (Luc., 2, 29-32).

En estas palabras de Simeón se escucha el eco de las otras tan universales de Isaías respecto al futuro Mesías: "Te he puesto para ser el reconciliador del pueblo, y luz de las naciones" (42, 6); "te he destinado para ser luz de las naciones, a fin de que seas mi salvación hasta los términos de la tierra" (49, 6).

Ante las palabras de este venerable anciano que había visto tan claro en el misterio del Niño, "el padre y la madre, observa S. Lucas, quedaron maravillados" (Luc., 2, 33): maravillados, evidentemente, por el hecho de que, mientras ellos, con el rito de la presentación, escondían la verdadera personalidad del divino Niño, rebajándolo exteriormente al nivel de los demás, el Espíritu Santo en cambio tenía buen cuidado de manifestarlo en toda su divina realidad. Habiendo notado Simeón la estupefacción de María y de José, se volvió hacia ellos pronunciando, en nombre de Dios, esta grande y terrible profecía: "María, Éste (tu Hijo), está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción. Una espada traspasará tu misma alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos" (Luc., 2, 34-35).

Sustancialmente, nada nuevo dijo Simeón a María. Mas confirmaba solemnemente, en un momento tan propicio, cuanto ella sabía ya acerca de su dolorosísima misión de Corredentora del género humano, íntimamente asociadas a las luchas, a las contradicciones y a los inefables sufrimientos del Redentor, su Hijo. Según el viejo Simeón, ese Niño sería ocasión de caída y de elevación en Israel; ninguno quedaría indiferente frente a Él. El mundo se dividiría

en dos campos: cada uno tomaría partido en favor o en contra suya. Será un blanco de contradicción, seguido y amado por unos, rechazado y odiado por otros (Cfr. Is., 8, 14-15): verdadero "signo de inmensa envidia y de piedad profunda, de odio inextinguible y de indómito amor" (Manzoni).

A causa de Él los hombres descubrirán los sentimientos de sus corazones: unos, su amor por la luz de la verdad, otros su apego a las tinieblas del error (Cfr. Juan, 3, 19-21). Y María, su Madre, la inseparable compañera en toda su misión redentora, no podrá menos que sentir en su propio corazón el tremendo contragolpe de esta terrible tempestad que se abatiría sobre Él [15].

Pero en este milagroso reconocimiento del Mesías, además del representante del sexo fuerte, Simeón, no faltó la del sexo débil y devoto, en la humilde persona de una cierta Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era ésta una santa anciana de 84 años, una verdadera sierva de Dios que, habiendo quedado viuda después de sólo siete años de matrimonio, había pasado todo lo restante de su larga vida en los atrios del templo, entre oraciones y ayunos, llena de celo en defender la Ley de Dios, reprender el vicio y predicar la virtud. San Lucas la llama "profetisa", pues ella también por inspiración divina se dirigió al Templo en el momento en que la Sagrada Familia se encontraba allí. También Ana, al igual que Simeón "alababa a Dios y hablaba de él (del Niño Jesús) a todos aquellos que esperaban la redención de Israel" (2, 38). ¿Eran muchos los que esperaban tal redención?... No lo parece. Los más, en verdad, empeñados en disputas políticas y en sutilezas casuísticas, nutrían pensamientos y alentaban deseos muy diversos de los de Simeón y Ana.

7. — La adoración de los Magos.

Los únicos datos ciertos, aunque bastantes vagos, de estos ilustres visitantes y adoradores del Mesías son dos: eran *Magos,* y venían de *Oriente.* Ya en el *Avesta* reciente se encuentra el término *mogu,*

[15] Orígenes (Cfr. P. L. 26, 275) y, tras él, Anfiloquio de Iconio († alrededor del 400, P. G. 39, 57), San Basilio El Grande († en el 379, P. G. 32, 905), el pseudo-Crisóstomo (P. G. 55, 555), San Romano el Músico (siglo VI, Cfr. Cammelli: "Romano il Melode". Florencia, 1930, ps. 162-147); Abrahán de Efeso (siglo VI, Cfr. Jugie: "Homilies mariales byzantines", Patr. Or., t. XVI, fasc. 3, ps. 441 y 452, n. 6), así como también algunos Protestantes (Bleck,

que significa "don", vale decir, partícipe del "don", o sea, de la doctrina de Zaratustra, y por consiguiente sus discípulos, como dicen también expresamente algunos antiguos y acreditados autores griegos (Jantos, Ermodoro, Aristóteles); según éstos, el primer mago habría sido precisamente Zaratustra, cuya doctrina es presentada como una filosofía "clarísima y utilísima". Por consiguiente, los magos de que habla S. Mateo, son muy probablemente algunos persas [16], secuaces del célebre Zaratustra (o Zoroastro) [17]. Persia, en efecto, era el país clásico de los Magos. El hecho quedaría confirmado por otro dato cierto, aunque también bastante vago, que indica su procedencia: "de Oriente". Geográficamente, el término *Oriente* es empleado en el Antiguo Testamento para designar todas las regiones de allende el Jordán, o sea, el desierto sirio-arábigo, la Mesopotamia (Babilonia), y la lejanísima Persia (Cfr. Is., 41, 2).

Esto supuesto, resulta históricamente que, en los comienzos de la era cristiana se había ya difundido en la casta de los Magos en Persia, el conocimiento de la expectativa judía de un Rey Mesías, identificada con la de los persas de un "Saushyant" (= Salvador) vaticinado por Zaratustra como su descendiente, engendrado por una niña "sin que se le haya aproximado ningún hombre" [18]. Tal debió ser la expectativa de los Magos. Ellos (no se conoce su número preciso) [19] habían descubierto una estrella en Oriente (muy probablemente un astro prodigioso), y habían comprendido que era la estrella del "Rey de los Judíos", y por esto habían emprendido el camino hacia Judea para adorarlo y presentarle sus dones.

No se conoce con precisión cierta la época de su llegada a Jeru-

---

Reuss), habrían querido ver, en la espada que traspasó el alma de María predicha por Simeón, la espada de la duda que progresivamente le habría atormentado al ver a su Hijo desconocido, despreciado, muerto. Esta extraña interpretación es inconciliable con la gracia de que estuvo siempre asistida la Virgen María, lo mismo que con su privilegio de impecabilidad.

[16] También la iconografía cristiana de los primeros siglos nos los presenta con birretes a la manera de los sacerdotes persas. Con tal atavío los vemos en la pintura de las catacumbas de Santa Priscila (siglo II) y en el mosaico frontal de la basílica constantiniana de Belén (siglo IV).

[17] Cfr. G. Messina: "Ursprung der Magier und die Zarathustriche Religion", Roma, 1930; Id.: "I Magi a Beth-lehem e una predizione di Zoroastro". Roma, 1933; Id.: "Una profezia di Zoroastro sulla venuta del Messia", en "Biblica", 1933, ps. 170-198.

[18] Cfr. G. Messina, l. c.

[19] Los Asirios y los Armenios cuentan hasta 12. La Iglesia Latina se contenta con tres. Igualmente, los nombres varían según los países. En las obras atribuídas a San Beda son llamados Gaspar, Melchor y Baltasar. Tanto el número como los nombres se fundan nada más que sobre conjeturas.

salén. El Evangelista nos dice que Herodes se informó exactamente de la fecha de la aparición de la estrella, pero desgraciadamente no nos ha transmitido la respuesta dada por ellos a tal pregunta. El mismo relato da la impresión de que la visita de los Magos debió acaecer algunas semanas o a lo más algunos meses después del nacimiento de Jesús. En efecto, ellos preguntaron cándidamente: "¿dónde está el nacido Rey de los Judíos?". El hecho de que Herodes, monstruo de crueldad, ordenó la matanza de todos los niños de Belén desde los dos años para abajo, prueba solamente que él quería extender el círculo de sus víctimas a fin de estar absolutamente seguro.

Sea como fuere, llegados los Magos a Jerusalén, se pusieron a preguntar: "¿Dónde está el nacido Rey de los Judíos?" La respuesta a la sencilla pregunta de aquellos respetables forasteros fué una sola: estupor y turbación. Estupor, por la interrogación del todo inesperada. Turbación, por el temor de alguna tenebrosa conjuración con todas sus funestas consecuencias. Desde luego que la pregunta de los Magos corrió de boca en boca, poniendo en revuelo a toda la ciudad y a la misma corte del anciano Herodes, tan típicamente sospechoso de toda conspiración, que había llegado a hacer matar, por simples conjeturas, a dos de sus hijos. De las primeras indagaciones del caso, debió comprender súbitamente que se trataba de algún molesto Rey-Mesías, tan esperado por su pueblo. Hizo, pues, llamar junto a sí a los sumos Sacerdotes y a los Escribas del pueblo, que eran los más competentes en esta materia, y les propuso, de modo estudiadamente abstracto y genérico, la atormentadora cuestión: "¿Dónde, según las tradiciones judías, debe nacer el Cristo o Mesías?" Averiguado el lugar del nacimiento, él, astuto incorregible, se serviría de esos ingenuotes Magos para descubrir al niño, y después... ya se encargaría de quitarlo del medio.

Los sumos Sacerdotes y los Escribas respondieron concordemente que el Mesías debía nacer en Belén, tal como lo había predicho Miqueas (5, 2-3): "Y tú, Belén Efrata, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá. De ti me saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad. Por esto Dios los dejará (en poder de los enemigos) hasta el tiempo en que dará a luz la que ha de dar a luz".

Esta respuesta debió producir en Herodes un doble efecto: curiosidad y temor. Curiosidad por una noticia tan sustancial. Temor

por el interrogante que le planteaba ese problemático "Rey de los Judíos", tan esperado y buscado por aquellos extranjeros. Para satisfacer, pues, su curiosidad y para remediar su turbación, disimuló exteriormente una y otra. Y haciendo llamar a los Magos en secreto (Mat., 2, 7), los interrogó sobre el tiempo y el modo de la aparición de la estrella, y terminó enviándolos a Belén con estas astutas palabras: "Id, e informaos exactamente del niño, y en habiéndolo hallado, avisadme para ir yo también a adorarle" (Mat., 2, 8).

Luego que partieron, los Magos se encaminaron a Belén, cuando he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, reapareció llenándolos de inefable alegría, e iba delante de ellos como un guía, hasta que se detuvo sobre el lugar en donde estaba el Niño. Y entrado que hubieron en la casa, una humilde casita [20], que había venido a sustituir la gruta del nacimiento, "encontraron al Niño con María su Madre". La Madre es inseparable del Niño, y el Niño no se concibe tampoco sin la Madre. He aquí por qué el Evangelista, aun pasando en silencio la presencia de José, no calla, y no podía callar, la presencia de María. Otro tanto han hecho las célebres pinturas romanas de los Santos Pedro y Marcelino, de Santa Domitila y el sarcófago del Museo Lateranense. En este último, la estrella brilla por sobre la cabeza de María.

El Evangelista nos dice, además, que los Magos, después que hubieron entrado, "se prosternaron y le adoraron". Cosa notable: ninguna mala impresión produjo en sus almas la humildísima condición del "Rey de los Judíos" y de su Madre. "¿Quién, pregunta S. Juan Crisóstomo, los impulsó a este acto de adoración? El mismo que los había movido a realizar ese viaje, es decir, la estrella y la interna iluminación" (P. G. 57, 162-163).

Luego del acto de adoración, los Magos, según la etiqueta oriental y el ceremonial de las grandes cortes, abrieron sus cofres y ofrecieron al Niño (por medio de María) sus dones, o sea, los productos más preciosos de todo el Oriente: oro, incienso y mirra. Ni el humilde "Rey de los Judíos" ni su divina Madre, tuvieron algún

[20] El "Protoevangelio de Santiago" y San Justino, acaso por eufemismo, entienden por la casa de que habla San Mateo, la misma gruta de la natividad. Mas es natural que San José haya pensado inmediatamente en buscar una habitación menos indigna de los dos tesoros a él confiados; tanto más cuanto que los extranjeros que habían llegado allí para el empadronamiento debieron regresar muy pronto a sus respectivos países, en tanto que la Virgen debió permanecer en Belén 40 días, antes de la purificación legal.

presente notable que ofrecer a esos donadores generosos en compensación de tan preciosas ofrendas. ¡Pero qué recompensa no habrán sido para ellos la mirada, la sonrisa de Jesús, que iluminó cada vez más sus almas; y la mirada, la sonrisa y las dulces palabras de agradecimiento pronunciadas por María! . . .

Terminada su singular misión, los Magos se disponían a partir pasando, evidentemente, por Jerusalén para informar a Herodes, como le habían prometido, pues parece que no tuvieron la más mínima sospecha acerca de sus reales intenciones. Pero el cielo los puso en guardia: "les advirtió en sueños que no retornaran a Herodes". Y ellos, "regresaron a su país por otro camino" (2, 9-12). Por consiguiente, debieron salir durante la noche, inmediatamente después de recibir el aviso, y sin el menor ruido, para evitar ser vistos y seguidos por Herodes o por sus espías. Cuando el rey llegó a conocer la partida de los Magos, éstos debían de estar ya lejos y fuera de peligro.

LA HUÍDA A EGIPTO

1. — La persecución de Herodes.

Con toda probabilidad, al conversar María con los Magos, había conocido por ellos el astuto encargo de Herodes: "Id, e informaos exactamente del niño; y en habiéndolo hallado, avisadme para ir yo también a adorarle".

A estas palabras, la Virgen debió experimentar profunda angustia en su corazón y prever lo que después realmente sucedió. Pero abandonándose con ilimitada confianza en Dios, y estrechando contra su pecho virginal su divino tesoro, Ella debió adormecerse una triste noche murmurando: "El Señor es mi luz y mi salvación — ¿a quién he de temer? — El Señor es el defensor de mi vida; — ¿quién me hará temblar?" (Salmo 26, 1).

Mas he aquí que, de improviso, José la despierta. "¡Henos llegado!", debió exclamar María. Ella lo había comprendido todo, aun antes de que José abriera la boca para contarle que un Ángel se le había aparecido en sueños y le había dicho, de parte de Dios: "Levántate, toma al niño y a su Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que Yo te avise; porque Herodes ha de buscar al niño para matarle" (Mat., 2, 13).

Viéndose Herodes engañado por los Magos, y confirmándose siempre más en su sospecha atormentadora, montó en cólera y, en un impulso de ferocidad típicamente suya, ordenó que fuesen muertos sin más ni más todos los niños de Belén y sus alrededores, menores de dos años. Con esto tenía la seguridad de suprimir al temido rival.

En cambio, justamente Jesús, el Inocentísimo entre los inocentes, escapó a su ira. El que conoce quién era Herodes, con qué métodos subió al trono y mediante qué sistema de gobierno lo conservó, no se maravillará de esta cruel decisión. Al decir de Flavio Josefo, Herodes era "un privado cualquiera e idumeo, es decir, semijudío" ("Antig. jud.", XIV, 403), perteneciente a una raza judaizada con

violencia por Hircano en el año 110 antes de Cristo, "raza turbulenta y desordenada, siempre dispuesta a la rebelión y amante de disturbios" ("Guerra jud.", IV, 231). A fuerza de astucias y superando dificultades enormes, con el sostén material y moral de Roma, había conseguido subir al trono de los reyes de Judá. Su norma constante fué seguir y favorecer al más fuerte. Y como el estado más fuerte de aquel tiempo era Roma, habíase entregado en alma y cuerpo a los Romanos y a su omnipotente Emperador. De ahí que en el otoño del año 40 antes de Cristo, por voluntad de Antonio y de Octavio, fué proclamado Rey de Judea. Su primer acto fué subir al Capitolio y ofrecer a Júpiter Capitolino el ritual sacrificio de agradecimiento. Tal era la religiosidad de él. Con todo, se guardó siempre bien, como astuto político, de herir el sentimiento religioso de sus súbditos Judíos. Antes por el contrario, procuró ganarse el favor de ellos reconstruyendo completamente el grandioso Templo de Jerusalén. Mas era prácticamente pagano así como su corte, y de una obscenidad nauseabunda. Podía blasonar de ser un muestrario de todos los vicios, pero sobre todo de crueldad. Agitado por un singular frenesí de poderío, obsesionado por la idea de conjuraciones y por el temor de ser destronado por obra de algún rival, Herodes, dice Flavio Josefo, fué "hombre cruel para con todos indistintamente, cuando se hallaba dominado por la cólera" ("Ant. jud.", XVII, 191). Bastaba una sospecha cualquiera para impulsarlo a suprimir a quienquiera. Entre muchos otros, mató a la asmonea Mariamne, su mujer predilecta, a la madre de ella, Alejandra, a su cuñado Aristóbulo, a sus hijos Alejandro y Aristóbulo, junto con trescientos oficiales partidarios de ellos, y tan sólo cinco días antes de morir, a su primogénito Antípatro, hijo de Doris (una de sus diez mujeres), el cual había sido designado por él heredero al trono. Macrobio ("Saturnales", II, 4, 11), nos hace saber que Augusto, al referirse a la proverbial ferocidad de este rey, habría dicho que, según él, era mucho mejor ser un puerco de Herodes (pues, como judaizado que era no podía comerlo y, por consiguiente, ni siquiera matarlo) antes que su hijo.

El último acto de ferocidad de ese monstruo, digna síntesis de los demás, fué el de hacer llamar a Jericó, en donde yacía enfermo, a los judíos más insignes, ordenando fuesen muertos inmediatamente después que él hubiese expirado, a fin de que se vertiesen lágrimas

en sus funerales, pues preveía —y en esto acertaba— que a su muerte ninguno lloraría, sino que por el contrario, se alegrarían.

Por consiguiente, la orden contra los niños de Belén era según el estilo de Herodes. Como todos los Judíos, María y José debían estar bien al corriente de estos actos de inhumana crueldad de su Rey. No había que demorarse, pues. Y en aquella misma noche en que recibieron el aviso por parte del Ángel, tomaron sus escasos enseres, cargándolos quizás en un asno, envolvieron como pudieron al Niño dormido, y temblando, huyeron. Las terribles palabras del Ángel: "Herodes busca al Niño para matarle", fijas como un clavo en la mente de María y de José, resonaban continuamente en sus oídos traspasando agudamente como una espada —la espada profetizada por Simeón—, su sensibilísimo corazón. El temor da alas a sus pies. La menor tardanza podía serles fatal. Por esto corren. La Providencia había dispuesto que el complot herodiano fracasase no ya mediante un milagro, sino con las comunes medidas de la prudencia humana. La persecución de Herodes señala el comienzo de la larga serie de persecuciones llevadas a cabo contra Jesús y su obra.

2. — El viaje hacia Egipto.

El viaje debió durar de 10 a 14 días [1]. Para hacer más pronto, los santos fugitivos descendieron de Belén por el camino bastante cómodo que pasaba por Hebrón y Bersabé, donde comenzaba la estepa, de suelo vacío y escuálido pero todavía compacto [2]. En una de estas dos ciudades, es decir, en Hebrón (después de una veintena de kilómetros), o en Bersabé (distante de Belén unos sesenta), hicieron, muy probablemente, sus modestos aprovisionamientos para afrontar el desierto, o sea, el "mar de arena" hasta el delta del Nilo, donde en vano se buscaría una mata de hierba o un piedra. Desde Bersabé la Sagrada Familia debió dirigirse hacia l. derecha para tomar el antiguo camino de caravanas que, orillando el Mediterráneo, conducía a los Palestinenses a Egipto. Ese viaje a través de las arenas

[1] En efecto: el viaje "a través del desierto", o sea, de Gaza a Pelusio era, ordinariamente, de "siete días" ("Itinera Romana", ed. K. Miller, Stuttgart, 1916, col. 811-14) para una distancia de cerca de 200 kilómetros. Añádase, además, el viaje para llegar de Belén a Gaza, de uno o dos días, y el que debieron continuar a través del Egipto antes de encontrar alguna colonia hebrea.

[2] El Pseudo-Mateo nos hace saber que la Sagrada Familia tomó el "camino del desierto" (17, 2, Tischendorf: "Ev. Apócr.", 84).

del desierto debióles resultar bastante duro, sobre todo a causa del ardor extenuante debido a la absoluta falta de agua. Narra Plutarco ("Antonio", 3) que los oficiales Romanos de Gabinio, teniendo que hacer en el año 55 antes de Cristo esa travesía para ir a combatir en Egipto, la temían mucho más que a la guerra que les esperaba. Si tan penosa fué esa travesía medio siglo antes para los robustos y aguerridos soldados romanos, ¡cuánto más debió serlo para una joven madre con un tierno niño entre sus brazos!... Después de haber caminado fatigosamente todo el día sobre las móviles arenas se veían obligados a pasar la noche tendidos sobre la tierra, escasamente reconfortados por algún poco de alimento y la poca agua que llevaban consigo. Llegados a Rhinocolura, situada en el límite entre Palestina y Egipto, los dos santos fugitivos pudieron finalmente respirar con libertad, pues se sintieron seguros. Después de un breve descanso, durante el cual les fué posible reaprovisionarse, prosiguieron hacia Pelusio y penetraron en Egipto [3].

Muchas son las leyendas que la desenfrenada fantasía de los Apócrifos (el "Pseudo Mateo" y el "Evangelio árabe de la infancia") ha hecho florecer en torno al viaje y a la permanencia de la Sagrada Familia en Egipto. Aquí daremos solamente las principales, a título de simple crónica, por haber ellas arraigado en la credulidad popular, tan ávida de hechos prodigiosos. El Pseudo-Evangelio de San Mateo nos hace saber que en un cierto punto del viaje José habría dicho a Jesús, el cual habría tenido entonces dos años: "Señor, este calor nos abrasa, este viaje hacia Egipto es demasiado difícil: caminando por las elevaciones arenosas del desierto nos quedarían aún treinta y siete días de viaje; si te agrada, doblemos hacia el mar, pues en el litoral hay ciudades donde reposar". Respondió Jesús: "No temas, José; yo abreviaré de tal modo el camino que el viaje de treinta días se cumplirá en uno". Y mientras Él hablaba, he aquí que estuvieron a la vista de los montes de Egipto, y pronto aparecieron sus ciudades. El mismo Pseudo-Evangelio de San Mateo y otros Apócrifos, nos relatan muchos otros prodigios. Unas veces, según ellos, es una planta majestuosa que, inclinando sus largas ramas, ofrece sus dulces frutos a los santos Peregrinos, necesitados de

[3] No falta quien quiere substituir este viaje por tierra por un viaje por mar. En tal caso, la Sagrada Familia habríase dirigido desde Belén a Jaffa (Joppe) y de allí se habría embarcado para Egipto. Mas esta hipótesis no parece probable por muchas razones.

alimento; otras veces, corriendo ellos el riesgo de ser apresados por los soldados de Herodes, un alto y espeso seto de enebro se abre y los circunda con su follaje; o también, por la misma razón, es una roca que se abre para guarecerlos en su cueva, formada milagrosamente. Además, los ladrones y los asesinos se cuidaban de no dañar en lo más mínimo a los santos Prófugos, porque una aureola luminosa, resplandeciendo en torno a la cabeza del divino Niño, mostraba al exterior la divinidad que se escondía en Él. ¿Qué más? Las mismas fieras del desierto, los leones, los leopardos, los tigres, llegados a ser mansos corderos al paso de los fugitivos, no sólo no les hacían ningún mal, sino que les seguían por un largo trecho para rendirles honores, o les precedían a fin de enseñarles el camino a recorrer en las landas del desierto.

Todo esto por lo que concierne al viaje. Cuando, después, la Sagrada Familia llegó a Egipto, la fantasía del antiguo autor del Pseudo-Evangelio de San Mateo se preocupa por elaborar un hecho todavía más sensacional, suceso al que aluden también algunos Padres de la Iglesia, y el mismo San Jerónimo, el cual, sin embargo, al referirlo, se atiene más al sentido alegórico que a la realidad del mismo. He aquí de qué se trata. Contentos y exultantes por haber cumplido felizmente el viaje, refiere el dicho Pseudo-Evangelio de S. Mateo (Cap. XXIII-XXIV), los santos Peregrinos llegaron a una ciudad de Egipto llamaba Sotino (esto es, Heliópolis), y como no conocían a nadie a quien pedir hospitalidad, entraron en un templo llamado el Campidoglio de Egipto, en donde se hallaban 365 ídolos, a los que cada día se prestaba adoración. Ahora bien, sucedió que, apenas había entrado la Virgen con el Niño, todos aquellos ídolos cayeron con la faz vuelta hacia tierra y de tal manera despedazada que mostraban a las claras lo mucho que valían. Así se cumplió el dicho del profeta Isaías: "He aquí que el Señor vendrá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y a su presencia caerá todo lo hecho por mano de los Egipcios". Anunciado este hecho a Astrodosio, gobernador de la ciudad, éste vino al templo con todos sus guardias. Los sacerdotes de los ídolos, viendo tal aparato de soldados creyeron que el gobernador iba allí para vengar el ultraje que, según ellos había sido ocasionado a sus dioses por aquellos forasteros, pero no fué así, pues al ver el gobernador todos esos ídolos reducidos a tal estado, se acercó a María, que tenía en su regazo al Señor, y después de haber adorado al Niño, vuelto a los soldados y amigos, les dijo: "Si este Niño

no fuese el Dios de nuestros dioses, ellos no habrían sido abatidos, ni se habrían hecho pedazos de este modo al aparecer él, como reconociéndolo por su Señor. Ahora bien, si nosotros no imitamos a nuestros dioses, nos expondremos a su indignación, corriendo el peligro de atraernos la muerte, como sucedió al Faraón que, por haber despreciado tantos avisos del Señor, fué sumergido en el mar con todo su ejército". Entonces todo el pueblo de aquella ciudad creyó por Jesucristo en Dios. Hasta aquí la fantasía de los Apócrifos. Muy diversa fué la realidad. Como ya lo hemos dicho, el viaje de Belén a Egipto fué largo y penoso, lleno de privaciones y de dificultades que ningún prodigio vino a aliviar en lo más mínimo. Mientras que con la fuga, María y José ponían a salvo al recién nacido Mesías, venido a ser tan pronto blanco de las iras de Herodes, los asesinos de éste se arrojaban sobre Belén y degollaban sin piedad, entre los desesperados gritos de las madres, a todos los niños desde los dos años para abajo[4]. Se cumplió entonces, dice el Evangelista, la palabra del profeta Jeremías: "Una voz se ha oído en Ramá, llantos y alaridos sin número: es Raquel que llora a sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen". La noticia de la matanza ordenada por Herodes no debió tardar en llegar a conocimiento de María, destrozándole su sensibilísimo corazón.

3. — La permanencia en Egipto.

¿Dónde y cuánto tiempo permaneció la Sagrada Familia en Egipto? A este respecto, el Evangelista no nos dice nada. Es necesario, pues, recurrir a otras fuentes.

La tradición (siguiendo la indicación del *Evangelio Árabe de la*

[4] Se ha discutido bastante acerca del número de los niños Betlemitas mandados matar por el furor de Herodes. La liturgia etiópica y el menologio griego, inspirándose evidentemente en el Apocalipsis (7, 4; 14, 1-3), han hecho ascender el número de los Santos Inocentes a 144.000... Otros se han contentado con una cifra mucho más modesta, es decir, unos 3.000. Finalmente, hay quienes reducen este número, todavía bien alto, a unos veinte. Y en efecto: si Belén y sus alrededores contaba por aquel tiempo solamente un millar de habitantes, los niños varones nacidos en el término de dos años, teniendo en cuenta la gran mortalidad propia de esa tierna edad, no podían ser más que unos veinte. Tal es la opinión seguida hoy comúnmente por los intérpretes. Puede hacerse notar sin embargo que, a causa de los muchos "de domo et de familia David" llegados en esos días a Belén para el censo, probablemente el mencionado pequeño número debió ser un poco mayor.

infancia) [5], coloca el lugar de la residencia de la Sagrada Familia en Heliópolis (ciudad del sol), llamada antiguamente Ore, en donde, bajo el sumo Sacerdote Onías IV había sido construído por Ptolomeo Filopator, un grandioso templo al verdadero Dios, destruído luego por el emperador Vespasiano.

Cerca de las ruinas de Heliópolis, en Matarieh, se ve aún hoy un sicomoro colosal de casi dos siglos y medio de existencia, cuyo tronco se abre y se inclina en actitud de ofrecer el abrigo de sus ramas. Es llamado comúnmente por los Árabes "el árbol de María", porque a su sombra se dice que habría reposado la Virgen Santísima con el divino Niño durante su permanencia en Egipto. Este árbol es custodiado cuidadosamente por los Padres Jesuítas del Colegio del Cairo, quienes ofician en una pequeña iglesia construída al lado. A unos cuarenta metros de distancia del árbol hay una fuente, cuyas aguas difícilmente se distinguen hoy de las infiltraciones del Nilo, a la cual se habría dirigido la Virgen Santísima para sacar agua. El P. Peeters, Bolandista, nos dice que la tradición de Matarieh no se remonta más allá del siglo XIII, y que las tradiciones más antiguas de la Iglesia copta nos dirigen en cambio al templo de S. Sergio, en el Cairo (cerca de 10 kilómetros de Heliópolis), y con preferencia al monasterio de Koskâm, en el Egipto medio, cerca de Asmunaim. Según Estrabón (66 a. de C.–24 d. de C.), una importante colonia hebrea habitaba en la población vecina, compuesta primeramente por emigrados asirios quienes la habían llamado Babilonia. Frente a ese suburbio, sobre la otra ribera del Nilo, se perfilaban las tres famosas pirámides y la gran necrópolis que confinaba con el desierto.

En medio de esta colonia hebrea José pudo haber encontrado fácilmente trabajo y pan para mantener a su modesta familia.

Por lo que respecta a la duración del destierro, puede decirse seguramente que fué a lo menos de un año, como parece exigir la narración de San Mateo. En efecto, Herodes murió antes de la Pascua del año 750, luego de una enfermedad de casi medio año. A la llegada de los Magos debía estar sano, porque en caso contrario sería difícil dar sentido a la intención por él manifestada de ir a Belén para adorar al nacido Rey de los Judíos. En consecuencia, desde el nacimiento de Cristo (hacia fines del 748) hasta la muerte de Herodes, debió transcurrir cerca de medio año. Por otra parte, al

[5] "Ev. infantiae", 24, Tischendorf: "Ev. Apocr.", 193.–Cfr. A. Vitti, S. J.; en "Verbum Domini", 9, 1929, 3-13.

retornar la S. Familia a su patria, reinaba ya Arquelao. Se puede, pues, suponer legítimamente que, desde la muerte de Herodes hasta la sucesión de Arquelao haya transcurrido un año, más o menos. Herodes habría caído enfermo (según la era actual) en el otoño del año 5 a. C. y Arquelao le habría sucedido en el otoño del año 4 [6].

4. — El retorno a Nazaret.

La mano de Dios no tardó en alcanzar a Herodes, el primer perseguidor de Cristo. Una asquerosa enfermedad en las partes ocultas del cuerpo, roídas por los gusanos, lo habían hecho un montón de carnes putrefactas que apestaba todo el palacio. Llevado por la desesperación, intentó quitarse violentamente la vida, pero se le impidió realizar su propósito. Respiraba con dificultad. Una sed ardentísima y un hambre canina lo devoraba. Había buscado alivio trasladándose a Jericó, pero en vano. Después de atroces sufrimientos, murió en esa ciudad el año 750 (4 a. C.), entre los últimos días de marzo y los primeros días de abril, a los setenta años de edad, luego de treinta y siete de reinado. Su cadáver fué transportado y

[6] Cfr. H. Holzmeister: "Chronologia vitae Christi", p. 49.—Debe observarse que la duración del destierro ha sido fijada de diversa manera por los autores tanto antiguos como modernos. Difiere desde menos de un año hasta siete. El Pseudo-Mateo dice que el retorno tuvo lugar "después de no mucho tiempo" (25, Tischendorf: "Ev. Ap.", 93). Están en favor de *un año*: la "Historia Joseph" (8, Tisch., 125) y los "Excerpta Barbari" (Th. Mommsen: "Monumenta Germaniae historica", I, 280). En favor de *dos años*: Epifanio ("Adv. Haer.", I, ed. Dindorf, I, 334), Agapito, obispo de Gerápolis (Patr. Or. 7, 462), Dionisio Bar Salíbí ("Corpus S. E., Orient.", II, 98, p. 69), Cornelio A. Lapide ("In Matth.", 2). En favor de *tres años*: el Evangelio Árabe de la Infancia (25, Tisch., 193), Nicéforo Calixto ("Hist. Eccl.", 1, 14, P. G. 145, 673 C), el Ps.-Jerónimo (P. L. 30, 555 C). En favor de *cuatro*: Hipólito de Tebas (Cfr. Diekamp: "Hippolytus von Theben", ps. 67-71), el autor de la relación apócrifa de una disputa acerca de la estrella de los Magos, acaecida en el año 118 (E. Nestle: "Zeitschr. f. wiss. Theol.", 36, 1893, 436) y Cornelio Jansenio ("In Matth. 2"). Favorables a *cinco años*: un códice de la redacción latina del "Evangelio de Tomás" (3, 2, Tisch. 166), Epifanio el Monje ("Vita Deiparae", 14, P. G. 120, 204 A), y Jorge Cedreno (P. G. 121, 365 B). Favorables a *seis años*: algunos códices de Hipólito de Tebas (Cfr. Diekamp, o. c., 15, 67, 71). En favor de *siete años* está la exposición de San Mateo, atribuída anteriormente a San Anselmo (Cfr. Diekamp, o. c., p. 68). Según Baronio, Cristo habría retornado a la patria "a los nueve años de edad" ("Annales", ad a. 9, n. 1). Cfr. Holzmeister: "Chronologia vitae Christi", ps. 49-50.

Los autores católicos recientes reducen la duración del destierro a un tiempo muy breve, a pocos meses o semanas (Grimm-Zahn, Lebreton, Lagrange, Prat, Ricciotti). Solamente el Deán Inge propone la duración de cuatro años ("The Westminster version", 1, 8).

sepultado con pompa extraordinaria en el Herodium (hoy Gebel Fureidis = "Monte del Paraíso") a seis kilómetros de Belén, en dirección noroeste, donde se había construído hacía tiempo una magnífica tumba cuyos escombros aun pueden verse hoy día (Cfr. Flavio Josefo: "Antigüedades", 17, 6, 5 y sgts.).

"Muerto Herodes, cuenta S. Mateo, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciéndole: Levántate y toma al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño" (2, 19-20). Nueva orden, nuevo acto de obediencia con la misma prontitud, con la misma fidelidad, con el mismo filial abandono en Dios, por parte de José y de María. Se levantan, preparan su bagaje, muy simple por cierto, y parten, sin oponer dificultades ni mucho menos, quejas de ninguna especie. Se dirigen a Belén. Pues parece que en tal sentido San José, de acuerdo con María, interpretó la palabra del Ángel: "tierra de Israel". Y era natural que Jesús, nacido en Belén, en la ciudad de David su antepasado, debiese también transcurrir allí sus días. Dejando, pues, Egipto, se dirigieron a Belén. Pero entrado que hubieron en Palestina, José tuvo conocimiento de que Arquelao, hijo de Herodes el grande, había sucedido a su padre en el gobierno de Judea y, por lo tanto, de Jerusalén y de Belén, mientras Antipas, hermano suyo había sido designado por su padre tetrarca de Galilea y de Iturea. Herodes había legado también a Arquelao el título de rey; pero Augusto, después de recibir una delegación hostil de los Judíos, se había rehusado a confirmarlo en tal derecho y se había limitado a nombrarlo, por entonces, tetrarca de Judea, Samaria e Idumea, reservándose concederle el antiguo título de Rey en caso de que hubiese dado pruebas de merecerlo.

Esta noticia mantuvo a José algo perplejo. En efecto, el tetrarca no gozaba de buena reputación. Era digno hijo de su padre, como lo demostró muy pronto con su gobierno cruel y tiránico. Tan cierto es, que el año 6 d. C., luego de las protestas de una nueva delegación de Judíos y de Samaritanos, Augusto destituyó al tirano y lo envió desterrado a Viena en las Galias, incorporando sus territorios al Imperio. No hay que maravillarse, pues, si la noticia de que Arquelao había subido al trono de Judea impresionó tanto al jefe de la Sagrada Familia. El dirigirse a Belén en Judea, parecióle como ir a meterse en la boca del lobo. Quedó, pues, perplejo, sin saber qué hacer. Mas he aquí que el Ángel del Señor se le aparece nueva-

mente en sueños y lo saca de su incertidumbre. Dirigióse, pues, a Galilea en donde reinaba Antipas, hermano del anterior, y se estableció en Nazaret "para que se cumpliese el dicho de los profetas: Será llamado Nazareno" (Mat., 2, 23).

San Mateo, nuestro guía oficial en esta narración, no nos dice nada acerca de si la Sagrada Familia hizo el viaje de vuelta por el camino de las caravanas, como con mucha probabilidad lo hicieron a la ida, o bien por vía marítima. Las tradiciones coptas favorecen esta última hipótesis. En efecto, no se ve por qué motivos S. José no habría tenido cuidado de evitar a sus dos seres más queridos graves privaciones, que habrían podido perjudicar seriamente la salud de la joven madre y de su ternísimo hijo. Probablemente, pues, la Sagrada Familia partió en una de las numerosas embarcaciones que desde Menfis (hoy El Cairo) llegan en dos días a Alejandría, y de ahí en cuatro días a Yamnia, pequeño puerto no lejos de Belén. Después a pie, cruzaron la planicie de Saron, rodearon la montaña del Carmelo, a través de la llanura de Esdrelón, y llegaron a Nazaret. Es de imaginarse fácilmente la emoción que el retorno de la Sagrada Familia suscitó entre los habitantes de la aldea y de un modo particular entre los parientes, "la hermana", o sea, la prima de la Virgen, María de Cleofás, Santiago y José, Simón, Judas, etc. ¡Cuántas noticias tuvieron para escuchar y cuántas otras para contar!

5. — La vida de María en Nazaret.

En Nazaret, María y José reanudaron sus ocupaciones ordinarias a las cuales ya hemos aludido. Jesús, el cual contaba muy probablemente por aquel tiempo un año y medio, "crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con Él" (Luc., 2, 40). La Virgen Santísima seguía con amorosos ojos este continuo desarrollo de su divino Niño para quien, literalmente, vivía. Pues Él era el centro de todas sus ocupaciones y preocupaciones, en una ilimitada entrega de amor. Completamente absorta en su divino Hijo, Ella, al decir de S. Juan Damasceno, "ignoraba hasta lo que acontecía ante su puerta". ("Homil. I in Dormit. B. M. V.", n. 6, P. G. 96, 709).

Uno de los momentos más singulares del creciente desarrollo

del Verbo Encarnado debió ser, indudablemente, aquel en que comenzó a balbucear sus primeras palabras y a pronunciar *"Immi"* "Madre mía". Al sentirse llamar con el dulce nombre de "Madre", por su mismo Creador, el corazón de María, de esa singularísima criatura, debió en verdad fundirse de amor en el pecho. ¡Sublime misterio de elevación humana, entretejido con un misterio no menos sublime de condescendencia divina! El cielo y la tierra debieron quedar atónitos ante tal maravilla. Cada acción maternal de María debió ser para Ella una llama que encendía cada vez más su corazón y lo abrasaba en amor.

El ilustre Mons. Le Camus recogió en Nazaret la siguiente canción de cuna, y la publicó después en el volumen titulado "Les enfants de Nazareth" (París, 1900, p. 40-41):

"Vuela, vuela, palomita blanca
sobre la cabeza de mi pequeñito.
Tus ojos se fijen en sus ojos que se quieren dormir.
Su candor es semejante al tuyo;
vuela, mirando sus ojos y se dormirá.
Bella paloma, ¿por qué huyes con rápido vuelo?
¿No es bello mi niño?
¿O es mi voz que te espanta?
Voz de madre es dulce plegaria.
Vuelve, vuelve, y se dormirá.
Dulce paloma, con el roce de tus alas
acaricia la frente de mi niño,
quita la fiebre y los sueños inquietantes.
¡Mira! ya sus ojos se cierran...
Vuela, por aquí, por allá, y se dormirá.
Como la estrella en el fondo de agua límpida
ve su propia imagen y le sonríe,
así, oh paloma, mira en esta cuna
abrirse tu vida pura y sin odio.
Se acabó; mi hijo se ha dormido."

Delicados son los pensamientos y los afectos expresados por la anónima mujer de Nazaret en estos gentiles arrullos que tienen toda la frescura y la gracia de un vuelo de paloma. Pero en la

canción de cuna de María, los pensamientos y los afectos debieron alcanzar lo sublime, lo divino, y, por lo tanto, lo indecible.

Los poetas occidentales han rivalizado con los orientales en interpretar los inefables sentimientos de la Virgen Madre ante su divino Niño. Escuchemos algunos.

He aquí una graciosa Canción de cuna del inmortal *Lope de Vega*:

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios Madre
le trujo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.
"¿Qué tenéis, dulce Jesús?
le dice la niña bella,
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.
No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera,
Vos sabéis que vuestros cielos
envidiarán mi riqueza."
El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno Padre inmensa,
mas revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas
ángeles santos,
que se duerme mi niño
tened los ramos.
Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto;
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño
tened los ramos.
El niño divino
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño
tened los ramos.
Rigurosos hielos
le están cercando:
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.
Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño
tened los ramos.

Jacopone de Todi, uno de los poetas más humanos que haya conocido la tierra, extasiado ante la Virgen Madre que maternalmente cuidaba a su niño, cantaba así en su incisivo y tierno lenguaje:

"Oh María, ¿qué hacías cuando Tú le veías?
¿Y cómo no te morías de amor abrasada?
¿Cómo no te derretías al mirarle
Pues que contemplabas a un Dios en carne velado?
Cuando Él mamaba de tus pechos, ¿cómo no estallabas de amor
Dando alimento al mismo Creador?

Cuando Él te llamaba y te invocaba: ¡Madre!
¿Cómo no te consumías, oh Madre de Dios?
Oh Señora, ¿qué haces tú cuando Él mama?
Las lágrimas no fluyen del amor que te embarga.
Oh corazón encendido en vivo amor
¿Cómo no te ha consumido la toda Enamorada?
El don de fortaleza te dió estabilidad
Para llevar tanta dulzura en el alma abrasada."

El *B. Juan Dominici* expresó de modo insuperable esta continua comunicación de afecto entre la Madre y el Hijo. Es el corazón quien habla:

"Díme, dulce María, ¡con qué anhelo
mirabas a tu Hijo, mi Dios!
Cuando sin pena lo engendraste,
lo primero que hiciste, según creo,
fué adorarle, ¡oh llena de gracia!
Luego, sobre el heno le pusiste,
en míseros pañales le envolviste,
llenándote de asombro y gozo santo.
¡Oh qué dicha sentías, qué dulzura
cuando en tus brazos lo estrechabas!
Díme, oh María, pues quizás te convenga
que un poco por piedad me satisfagas.
¿Le besabas entonces en el rostro?
Sí, lo creo, y repetías: ¡Hijo mío!
¡Qué dulces afectos inundaban tu corazón
cuando Señor y Padre le llamabas,
o cuando Dios y Jesús le invocabas,
le llevabas en tu regazo y con tus pechos le nutrías!
¡Cuántos suaves actos de amor
al saberte en compañía de tal Hijo!
Yo creo que sufrías mucho, mucho,
al vestir a Jesús por la mañana,
pues tocándole ya gozabas tanto
que de ti, con pesar, le alejabas.
Y no sé cómo no te enloquecías
y ni tu corazón de dolor se partía.

INSTITUTO CH
Juvenato Coraç
PORTO AL
Av. Bento Gonçal

Cuando a veces en el día dormía
y querías despertarle,
te acercabas callandito para que no te sintiese,
le besabas en las mejillas
y con maternal sonrisa le decías:
«No duermas ya, que no conviene.»
Cuántas veces jugando Jesús
con otros niños, con prisa le llamaste
diciendo para ti: «Tú juegas, amor mío,
pero a mí esto no me basta.»
Entonces le abrazabas con tal gozo
cual nadie más que tú hacer podía.
Nada he dicho, sino vacuidades,
de tus maternos gozos sin respeto.
Pero brota en mi alma un pensamiento
sobre una dicha tuya singular;
ignoro cómo aquel intenso afecto
tu corazón de ardor no consumiese.
Pues cuando ¡Madre! oías te llamaba
¿cómo no morías de dulzura?
¿Cómo no te abrasabas de amor?
¿Cómo no te consumías de alegría?
Grande en verdad era tu fortaleza
pues que con vida tú siempres quedabas.
A la hija del eterno Padre,
a su humilde esclava, el Señor
piadosamente, la llamaba: ¡Madre!
Oh, que en sólo pensarlo el corazón se para."

Un poeta moderno, *Novaro*, describe así los primeros pasos del pequeño Jesús:

"Primeros pasos, breves, oscilantes,
agitando los frágiles bracitos;
ansia, temor, al fin dulce alegría
que arrebatado corazón sonríe.
Desprendido de tu regazo
juega entre las pajas del pesebre
y lo reviste el sol con oro fino.

De pronto a ti se lanza
corriendo, y Tú lo abrazas,
lo envuelves con ternuras
dando amor por amor, beso por beso;
perderte en Él querrías,
anegarte en el mar de sus dos grandes
ojos celestes donde te retratas."

San Alfonso de Ligorio, verdadera alma de poeta y de santo —y es sabido que cuando el poeta y el santo se unen se raya en lo divino—, nos pinta de esta manera a la Virgen contemplando a su divino Niño dormido:

"Suspensa del cielo
cesó la armonía,
que a Cristo María
cantando arrulló.
Su labio divino,
la intacta Doncella
que vence la estrella
en gracia, cantó:
«Mi Dios, mi tesoro,
mi Hijo y mi encanto,
Tú duermes, yo en tanto
me muero de amor.
Dormido, a tu Madre,
mi Bien, ¡ay! no miras;
del aura que aspiras
me abrasa el ardor.
Si ya esos ojuelos
cerrados me llagan,
¿qué espero que hagan
abiertos en mí?
¡Oh, rósea mejilla!
Mi pecho arrebatas.
¡Ay Dios! ¡que me matas!
¡Me muero por ti!
Me fuerza a besarte
tu labio escogido.

Perdona, querido,
no puedo ya, no.»
Calló, que en el seno
al Niño apretara;
de Dios en la cara
su boca selló.
Despierta el Amado,
y amante, afanoso,
el ojo gracioso
en Ella fijó.
¡Ah Madre! ese ojuelo,
aquella mirada
fué dardo, fué espada
que en Ti se clavó."

(Del libro "María en la poesía", antología por el P. Schneider.)

EL NIÑO JESÚS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO[1]

1. — La prescripción de la Ley.

La ley mosaica obligaba a todos los Israelitas del sexo masculino a dirigirse a Jerusalén, centro del reino teocrático, y a presentarse ante Jehová tres veces por año (Ex., 23, 17; 34, 23): en la solemnidad de los ácimos o Pascua, en la de las semanas o Pentecostés, y en la fiesta de los Tabernáculos o de las tiendas. Debían presentarse, según mandaba la Ley, no con las manos vacías, sino con las ofrendas, conforme a las bendiciones que Dios les había concedido (Deuter., 16, 16-17). Grandes eran los preparativos que se hacían para estas fiestas. Un mes antes ya se comenzaba a instruir al pueblo acerca de todo lo que ellas significaban. Quince días después se procedía a diezmar la grey, se recogían los impuestos y se traía del tesoro del Templo aquello que no era necesario para el uso común durante las fiestas (Cfr. "Schekalin", 3, 1). Se limpiaban las calles y los pozos, se consolidaban los puentes; los caminos y las plazas de Jerusalén eran puestos a disposición de los peregrinos que allí acamparían (I. Kenius: "Antiquitates hebraicae", p. I, c. 21, Bremen 1732, p. 300). Finalmente, dos o tres días antes de la solemnidad se purificaban los vasos y los utensilios que debían servir para aquel día.

La obligación de dirigirse a Jerusalén en las tres fiestas mencionadas regía solamente para los hombres capaces de recorrer el camino a pie. No obligaba a las mujeres. Sólo referíase a aquellos que se encontraban a una jornada de camino de Jerusalén, y no a quienes se hallaban más lejos[2].

---

[1] Cfr. L. Fonck: "Duodennis inter doctores", en "Verbum Domini", 2, 1922, 18-25.

[2] Nos parece, por consiguiente, infundada la afirmación de algunos intérpretes según los cuales el Israelita llegaba a ser, a los doce años, "hijo del precepto" *(bar miseváh)*, o sea, sujeto a la ley. Tal edad era, en efecto, la de la pubertad (Lagrange: "Evangile selon S. Luc.", París, Gabalda, 1927, p. 96). La

Los jóvenes estaban obligados a tales leyes desde su pubertad [3], la cual era fijada comúnmente a los 13 años (y un día) para los varones, y a los doce años (y un día) para las mujeres. Estaban, pues, excluídos los niños [4].

No obstante todas estas legítimas excepciones, ni la lejanía de Jerusalén, ni el sexo, ni la edad impedían a los más piadosos de los Israelitas ir al Templo de Jerusalén por lo menos de tanto en tanto, especialmente en ocasión de la Pascua. Veíanse, pues, Judíos muy piadosos, que no obstante vivir muy distantes de Jerusalén o aún fuera de Palestina, se dirigían de vez en cuando a la ciudad santa por tal motivo. Había también piadosas mujeres que acompañaban de buena gana a sus maridos en este acto de devoción. También los niños, aún antes de los trece años, como en el caso de Jesús, se unían a sus progenitores en el devoto peregrinaje.

Ninguno de los tres miembros de la Sagrada Familia, en rigor de ley, habría estado obligado a ir a Jerusalén en ocasión de aquellas tres fiestas. No lo estaba José, a causa de la larga distancia que separaba a Nazaret de Jerusalén (120 kilómetros, es decir, cuatro o cinco días de viaje). Tampoco lo estaban Jesús y María por las razones arriba expuestas.

Pero la Santa Familia no pertenecía en verdad al número de aquellos hogares que, en cuestiones de religión son minimistas; en los cuales el amor de Dios se mide con el milímetro, las prácticas de piedad se numeran con el cuenta-gotas, y los sacrificios e incomodidades se pesan por gramos, a fin de reducirlos al mínimo indispensable. No. María y José, nos dice expresamente S. Lucas acostumbraban ir al Templo de Jerusalén todos los años para la solem-

---

edad de 12 años en "Kethuboth" 50 y "Ioma" 82, es citada solamente como el momento en el cual el niño debía ser gobernado más severamente y debía comenzar a ayunar.

[3] Cfr. V. Hartl: "Neutl. Abhandlungen", VII, ps. 159-71. – En sus narraciones, Flavio Josefo deja entrever que para la fiesta de Pentecostés y la de los Tabernáculos acudían a Jerusalén solamente los Israelitas de la provincia meridional de Judea (ἐκλατῆς χῶρας) "Antig." 14, 13, 4, párr. 337; B 1, 13, 2, párr. 253; B. 2, 19, 1, párr. 515), mientras que para la fiesta de Pascua llegábanse también los de la Galilea ("Antig.", 17, 9, 5, 5, párr. 154; 20, 5, 9, párr. 106). Puede observarse, además, que la ley del Exodo (34, 24) había sido dictada en una época en la que los Israelitas gozaban de libertad política, mientras que en tiempos de Cristo se hallaban bajo la dominación romana.

[4] Según el célebre rabino Sciammai, entendíase por niños aquellos que no podían ser transportados desde Jerusalén al monte de los olivos sino sobre los hombros del padre. En cambio, según el no menos célebre rabino Hillel debían entenderse aquellos que no hubieran podido hacer tal camino de la mano de sus padres.

nidad pascual, que era la principal de las tres "fiestas de peregrinación". A ellos debió unirse Jesús apenas estuvo en condiciones de poder hacer el viaje. La precisión del Evangelista: "habiendo cumplido (Jesús) los doce años" no obliga a deducir, como lo hacen notar justamente algunos exegetas (Lagrange, Ricciotti, Garofalo, etcétera) que esa fuese la primera vez que Jesús fué en peregrinación con los suyos a Jerusalén. En tal caso, el Evangelista habría dicho que sus padres lo habían llevado con ellos esa vez. La determinación de la edad no parece ser puesta en relación con el primer peregrinaje, sino con el tiempo preciso en el cual sucedió el incidente doloroso del extravío y la primera pública manifestación de la sabiduría y del divino origen y misión de Jesús, o sea en su duodécimo año, cuando cualquier joven de su edad, pronto ya a dejar de ser menor, ve ensancharse el horizonte de sus propias concepciones y comienza a experimentar cierta autonomía.

2. — El viaje.

Los piadosos peregrinos partían juntos, en devota caravana, desde las distintas ciudades y comarcas de Palestina. El viaje era santificado por la oración y los cantos sagrados. Al ascender a Jerusalén eran cantados los *hamma 'ālôt,* los "Salmos de la ascensión", o sea, los salmos 119-133 (en el texto hebreo 120-134). Ellos constituían una especie de "Manual del peregrino" y expresan los sentimientos que animaban o debían animar a los piadosos Israelitas que se dirigían cada año a Jerusalén para las tres fiestas mencionadas. Expresaban, pues, de un modo eminente los sentimientos que animaban a la Santísima Virgen la cual los cantaba juntamente con Jesús, José y todos aquellos que componían la devota caravana. Son vivísimos sentimientos de deseo, de confianza y agradecimiento en la ayuda y en la protección divina[5].

[5] Damos aquí estos 15 breves salmos, a fin de que, al leerlos pueda el lector penetrar mejor los sublimes sentimientos que animaban el corazón de María en aquellas devotas peregrinaciones a la ciudad santa.

SALMO 119: "Clamé al Señor en mi tribulación — y Él me oyó. — Libra, oh Señor, mi alma de los labios mentirosos — y de la lengua engañadora. — ¿Qué te da o te puede dar de más — una lengua engañadora? — Saetas agudas, vibradas por una mano robusta — y brasas de fuego devorador. — ¡Ay de mí, que vivo desterrado en Mosoch! — He habitado entre los moradores de Cedar. — Largo tiempo ha estado mi alma peregrinando. — Yo era pacífico con

Este "Manual del peregrino" con sus 15 salmos nos permite seguir paso a paso la piadosa peregrinación, y por esto también a los augustos personajes de la Sagrada Familia, desde su partida hasta el retorno, luego de su permanencia en la ciudad santa. Al partir se entona un cántico de íntimo regocijo por el hecho de que por algún tiempo se permite al piadoso peregrino huir de los dolores del destierro, al menos en la diáspora (Salmo 119). No obstante los peligros, él se pone en viaje porque Jehová será el fiel custodio de la piadosa caravana, y con Él no hay nada que temer (Salmo 120). El solo pensamiento de dirigirse a Jerusalén, al Templo del Señor, allí donde Él está presente de un modo especial, llena de gozo al peregrino. No bien divisa la ciudad, la saluda con la mayor alegría augurándole la paz (Salmo 121). Mas he aquí que el viajero encuentra otras caravanas que, como la suya, ascienden a la ciudad santa, caravanas venidas de todas partes, como "hijos" que van hacia su "Madre". Y se renuevan ininterrumpidamente los sentimientos de confianza sin límites en el Señor o de petición ferviente de sus beneficios (Salmos 122-123). Después expe-

---

los que aborrecían la paz, — pero ellos, así que les hablaba — me hostilizaban sin razón".

SALMO 120: "Alzo mis ojos hacia los montes — de donde me ha de venir el socorro. — Mi ayuda viene del Señor, — que creó el cielo y la tierra. — No permitirá que resbalen tus pies — ni dormitará El que te protege. — No, por cierto, no se dormirá, ni se adormecerá El que guarda a Israel. — El Señor es tu custodio. — Él es tu protector que está a tu diestra. — Ni de día el sol te herirá, — ni de noche la luna. — El Señor te preservará de todo mal; — guardará el Señor tu alma. — El Señor guardará tu marcha y tu llegada, — desde ahora y para siempre".

SALMO 121: "Gran contento tuve cuando se me dijo: — Iremos a la casa del Señor. — Ya se detienen nuestros pies — en tus puertas, oh, Jerusalén. — Jerusalén, edificada como una ciudad — en compacto caserío. — Allá suben las tribus, las tribus del Señor, — según la ley dada a Israel, — para tributar alabanzas al nombre del Señor. — Allí están las sillas del juicio, — el trono para la casa de David. — Pedid los bienes de la paz para Jerusalén; — vivan en la abundancia los que te aman. — Reine la paz dentro de tus muros, — y en tus torres la seguridad. — Por amor de mis hermanos y amigos, — exclamaré: ¡la paz repose en ti! — Por respeto a la casa del Señor Dios nuestro — te deseo toda clase de bienes".

SALMO 122: "A Ti elevo mis ojos, — a Ti, que habitas en los cielos. — Como los ojos de los siervos — están mirando las manos de sus amos; — como los ojos de la esclava — están fijos en las manos de su señora; — así están clavados nuestros ojos en el Señor Dios nuestro, — hasta que se apiade de nosotros. — Apiádate, Señor, ten misericordia de nosotros, — porque estamos muy hartos de oprobios. — Llena está nuestra alma, — de la burla de los ricos, — y del escarnio de los soberbios".

SALMO 123: "A no haber estado el Señor con nosotros, — confiéselo ahora Israel; — a no haber estado el Señor a favor nuestro, — cuando arremetieron las gentes contra nosotros, — nos hubieran sin duda tragado vivos. — Cuando

rimenta el peregrino un vivo dolor cada tarde, especialmente la última, cuando debe abandonar el Templo para ir a descansar o para volver a su país. Pero la bendición invocada y dada por los Sacerdotes en nombre del Señor viene a posarse sobre los fieles y los acompañará siempre y en cualquier parte (Salmo 133).

Particularísima emoción debió suscitar en la Virgen el canto del Salmo 131, en el cual son recordadas las solicitudes de David por el culto divino y la promesa que Dios le hace de una perpetua sucesión sobre su trono. ¿Qué no debió experimentar María en su corazón cuando sintió cantar de labios de su Jesús aquellas palabras: "Por amor de David, siervo tuyo — no apartes tu rostro de tu ungido (o sea tu Mesías)—. Juró el Señor a David esta firme promesa, que no retractará: Prole de tu linaje colocaré sobre tu trono... Allí haré florecer para David un Poderoso — preparada tengo una antorcha para mi Ungido. — A sus enemigos los cubriré de vergüenza y sobre su frente brillará mi diadema." El Mesías, pensaba la Virgen Santísima, Aquél al que se ha prometido el trono de David, su padre, está aquí, junto a mí, en esta misma caravana,

---

se inflamó su furor contra nosotros, — las aguas nos habrían anegado; — cuando pasara sobre nosotros el torrente, — entonces habrían pasado sobre nuestras almas las olas impetuosas. — Bendito sea el Señor, — porque no permitió que fuésemos presa de sus dientes. — Nuestra alma escapó, — cual pájaro del lazo de los cazadores; — fué roto el lazo y nosotros quedamos libres. — Nuestro socorro está en el nombre del Señor, — que hizo el cielo y la tierra".

SALMO 124: "Los que ponen en el Señor su confianza son como el monte Sión, — que no vacila, mas para siempre permanece firme. — Rodean a Jerusalén los montes: así el Señor rodea a su pueblo, — desde ahora y para siempre. — Porque no pesará el cetro del impío — sobre la herencia de los justos, — para que éstos no extiendan a la iniquidad sus manos. — Bendice, oh Señor, a los buenos, — y a los rectos de corazón. — Pero a los que se desvían por caminos torcidos, — quítelos el Señor con los malhechores. — ¡La paz sobre Israel!"

SALMO 125: "Cuando el Señor hizo volver a Sión los cautivos, — como quien sueña estábamos nosotros. — Entonces se llenó de risa nuestra boca, — y de júbilo nuestra lengua. — Entonces se decía entre las naciones: — "Grandiosas cosas ha hecho por ellos el Señor". — Cosas grandes ha obrado el Señor en favor nuestro; — inundados estamos de gozo. — Señor, haz cambiar nuestro destino, — como la torrentera en el páramo. — Aquellos que siembran con lágrimas, — segarán llenos de júbilo. — Al ir, van llorando los que llevan y esparcen la semilla; — mas cuando vuelven, vienen con gran regocijo, — trayendo sus gavillas".

SALMO 126: "Si el Señor no edifica la casa, — en vano se fatigan los que la fabrican. — Si el Señor no guarda la ciudad, — inútilmente se desvela el que la guarda. — Es inútil levantaros antes del amanecer, — quedarse hasta muy entrada la noche, — los que coméis el pan del duro trabajo: — pues Él lo da con abundancia a sus amados mientras duermen. — He aquí la herencia del Señor: los hijos, — galardón es el fruto del seno. — Como las flechas en mano de un valiente, — así los hijos de los de los años mozos. — Dichoso aquel

y se ha dignado nacer de mí!... Él mismo canta el cumplimiento de las grandes promesas... ¡Es sublime!

3. — La solemnidad pascual.

La fiesta de la Pascua se celebraba en la mitad del mes de Nisán (o sea desde mediados de nuestro marzo a mediados de abril). Comenzaba la tarde del 14 de dicho mes de Nisán, y se conectaba en seguida con la "fiesta de los Acimos" que se celebraba durante los siete días siguientes (14-21). Uno o dos días antes del 14 de Nisán la caravana de los peregrinos había llegado ya a Jerusalén. Eran acogidos fraternalmente por los habitantes de la ciudad, los cuales ponían gratuitamente a disposición de los huéspedes las piezas que necesitaban para celebrar la Pascua, y recibían en compensación, a su partida, la piel del cordero y los utensilios de barro de los cuales se habían servido. No todos, empero, podían encontrar hospitalidad contemporáneamente en una ciudad que, en tiempos de

---

que ha llenado de ellos su aljaba; — no quedará confundido cuando disputare con sus enemigos en la puerta".

SALMO 127: "¡Bienaventurado tú que temes al Señor, — que andas por sus caminos! — Porque comerás el fruto del trabajo de tus manos, — dichoso serás y todo te irá bien. — Tu esposa será como una parra fecunda — en el recinto de tu casa, — tus hijos, como pimpollos de olivo, — alrededor de tu mesa. — He aquí cómo es bendecido el hombre — que teme al Señor. — El Señor te bendiga desde Sión — para que contemples la prosperidad de Jerusalén, — todos los días de tu vida. — Y veas a los hijos de tus hijos. — ¡Paz sobre Israel!"

SALMO 128: "Mucho me han combatido desde mi juventud, — dígalo ahora Israel; — mucho me han combatido desde mi juventud, — pero no prevalecieron contra mí. — Sobre mi espalda araron aradores, — trazaron largos surcos. — Pero el Señor es justo, — rompió las coyundas de los impíos. — Confundidos sean, y puestos en fuga — todos los que aborrecen a Sión. — Sean como la yerba de los tejados, — la cual antes de ser arrancada se seca; — de la que no llena su mano el segador, ni su regazo el que recoge las gavillas. — Ni dicen los pasajeros: — ¡La bendición del Señor sobre vosotros! — ¡Os bendecimos en el nombre del Señor!".

SALMO 129: "Desde los abismos clamo a Ti, oh Señor. — Oye, Señor, benignamente mi voz; — estén atentos tus oídos a la voz de mis plegarias. — Señor, si te acuerdas de nuestras maldades, — ¿quién se sostendrá, oh Señor? — Mas en Ti se halla el perdón, — para que con reverencia Te sirvamos. — Yo espero en el Señor, — mi alma espera en su palabra; — aguarda mi alma al Señor, — con más ansia que los centinelas la aurora. — Más que los centinelas la aurora, — suspira Israel por el Señor. — Porque en el Señor está la misericordia; — en Él hay abundante redención. — Él es quien redimirá a Israel — de todas sus iniquidades".

SALMO 130: "Oh Señor, no se ha engreído mi corazón, — ni mis ojos se han mostrado altivos. — No he aspirado a cosas grandes, — ni a empresas

Alejandro Magno, como nos atestigua Flavio Josefo ("Cont. Apion", I, 22) contaba 120.000 habitantes, y los que concurrían a la fiesta eran no menos de dos millones ("Bell. Iud.", VI, 9, 3). Por esta razón las calles, las plazas y los alrededores se hallaban todos atestados de tiendas.

La Pascua (= paso) había sido instituída por el Señor en Egipto en memoria del prodigioso *paso* del Ángel que había exterminado a los primogénitos de los Egipcios dejando incólumes a los de los Israelitas, y en memoria de la liberación de éstos de la esclavitud en Egipto. "Tendréis este día por memorable; y le celebraréis como fiesta solemne del Señor, con perpetuo culto, de generación en generación" (Ex., 12, 14). En tal ocasión los Hebreos recibieron la orden de tomar un cordero o un cabrito por cada familia o casa, a fin de inmolarlo el 14 de ese mes, al atardecer, tiñendo con sangre las puertas de la propia casa como señal para el ángel exterminador que habría de pasar. Debían luego comerlo asado,

---

superiores a mis fuerzas. — Por el contrario, he puesto en orden y paz — los deseos de mi alma. — Cual rorro en el regazo de su madre, — cual niño destetado, así está mi alma. — Espera, oh Israel, en el Señor — desde ahora y para siempre".

SALMO 131: "Acuérdate, oh Señor, en gracia de David, — de todos sus afanes: cómo juró al Señor, — e hizo este voto al Poderoso de Jacob: — «No entraré en mi casa, — no subiré a reposar en mi lecho, — no concederé sueño a mis ojos, — ni reposo a mis párpados, — hasta que halle lugar para el Señor, — morada para el Fuerte de Jacob». — Hemos oído hablar de ella en Efrata, — la hallamos en los campos de Yaar. — Entremos en su morada, — postrémonos ante el estrado de sus pies. — «Oh Señor, levántate, al lugar de tu reposo, — Tú y el arca de tu majestad. — Revístanse de justicia tus sacerdotes, — y tus fieles den vítores de gozo. — Por amor de David, siervo tuyo, — no apartes tu rostro de tu ungido». — Juró el Señor a David esta firme promesa, — que no retractará: «Prole de tu linaje pondré sobre tu trono. — Si guardaren tus hijos mi alianza, — y los preceptos que Yo les enseñaré, — aún los hijos de ellos — ocuparán tu trono para siempre». — Porque el Señor ha escogido para sí a Sión, — la ha elegido para habitación suya. — «Ésta es para siempre mi mansión — aquí habitaré, pues que la quise. — Bendeciré sus mieses largamente, — y hartaré de pan a sus pobres. — Revestiré a sus sacerdotes de salud, — y sus santos saltarán de júbilo. — Allí haré florecer para David un Poderoso, — preparada tengo una antorcha para mi Ungido. — A sus enemigos los cubriré de vergüenza, — mas en su frente brillará mi diadema» ".

SALMO 132: "¡Oh, cuán bueno y cuán hermoso es — el vivir unidos los hermanos! — Es como precioso ungüento en la cabeza, — que fluye por la barba, la barba de Aarón, — y desciende hasta la orla de su manto. — Es como el rocío del Hermón, — que desciende sobre el monte Sión. — Pues allí derrama el Señor sus bendiciones — y la vida para siempre".

SALMO 133: "Ea, bendecid al Señor, — vosotros todos, oh siervos del Señor, — que habitáis en la casa del Señor, — en las horas nocturnas. — Levantad vuestras manos hacia el santuario, — y alabad al Señor. — Bendígate desde Sión el Señor que ha hecho el cielo y la tierra".

con panes ácimos (= sin levadura) (Ex., 12, 2-11), pues a causa de la inminente partida, no había tiempo para hacer fermentar la masa. Precisamente, en ocasión de este relato, el Pentateuco promulga la legislación de la Pascua. Ella debía ser celebrada siempre por todos, so pena de excomunión, el día décimocuarto del primer mes del año, llamado después mes de *Nisán* "entre las dos tardes", o sea "por la tarde o al crepúsculo". La fiesta de Pascua duraba siete días; en el primero y séptimo estaba prohibido el trabajo (excepto la preparación de los alimentos) [5 bis] y no se podía comer otra cosa que pan ácimo, bajo pena de excomunión. Ningún hueso del cordero debía ser destrozado. Solamente los circuncisos debían tomar parte en el banquete pascual, por estar inmunes de impureza legal. Durante los siete días de la Pascua debían ofrecerse holocaustos especiales. El segundo día, o sea, el día 16 del mes de Nisán, el sacerdote ofrecía las primicias de las cosechas. A fin de que el rito pascual fuese bien comprendido por todos, el jefe de familia, en contestación a una pregunta convencional del más joven, debía decir: "Esta es la víctima del Paso del Señor, cuando pasó de largo las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo a los egipcios, y dejando a salvo nuestras casas" (Ex., 12, 27).

Todas estas prescripciones eran fielmente observadas por los piadosos peregrinos. En la tarde del 14 de Nisán, los jefes de familia o de parentela se dirigían al atrio del templo, divididos en tres grandes agrupaciones sucesivas, para inmolar el propio cordero pascual. Esta inmolación tenía lugar después del sacrificio vespertino. Durante tal ceremonia los sacerdotes tocaban la trompeta y los levitas cantaban los Salmos 112-117. Cada uno, excepto aquel que estuviese impedido por alguna impureza legal, degollaba su cordero, después de haberlo suspendido a unos travesaños de cedro. Los sacerdotes, dispuestos por series, recogían la sangre de los corderos degollados en jarras que luego se pasaban de uno a otro hasta que el último vertía el contenido cabe el altar de los holocaustos. Se desollaban luego las víctimas y después de haberles abierto el vientre, se les quitaba la grasa, los riñones y todo lo que debía ser quemado sobre el altar. Lo restante, envuelto en la piel, era devuelto al que lo había traído. El número de estos corderos degollados era enorme. Según Flavio Josefo, bajo el rey Agripa ascendían a unos 600.000...

[5 bis] Exodo, 12, 16; 13, 6.

Es fácil imaginar el lago de sangre a que debía dar lugar esa inmensa matanza de animales.

Llevado el cordero a la casa, debía ser asado la misma tarde sobre dos palos transversales [6], símbolo evidente de la cruz, y debía ser comido por un grupo de personas no inferiores a diez y no superiores a veinte, recostadas en bajos divanes dispuestos en forma concéntrica alrededor de la mesa. Se iniciaba así el banquete pascual que duraba hasta la medianoche. Durante el banquete debían circular por lo menos cuatro copas de vino rituales (a las que se podían añadir también otras, pero antes de la tercera copa de rito y no después). El padre de familia tomaba una copa de vino mezclada con un poco de agua y decía: "Bendito sea el Señor que ha creado el fruto de la vid." Y cada convidado por su turno, bebía en aquella copa. Inmediatamente después hacíase circular una fuente de agua con una toalla para la purificación de las manos. Terminadas las abluciones, se ponía en medio de los convidados la mesa sobre la cual estaba el cordero asado con hierbas amargas, en recuerdo de las penas sufridas en Egipto, junto con pan ácimo y mermelada de fruta. Luego, el amo de casa tomaba las hierbas, las untaba en la mermelada agradeciendo a Dios por haber creado los bienes de la tierra, y todos comían de ellas. Se servía una segunda copa, y el más joven de los convidados dirigía al padre de familia una pregunta para conocer el significado de tales ritos. Éste respondía con un pequeño discurso en el cual explicaba el significado de la fiesta. Y concluía: "Es por estos prodigios que nosotros debemos alabar y glorificar a Aquel que ha cambiado nuestras lágrimas en alegría, nuestras tinieblas en luz; y sólo a Él debemos cantar: ¡Aleluya!" Entonces todos los convidados entonaban el *'Hallel* (= alabanza"), o sea, los salmos 112-117, que comenzaban con *Alleluyah* (= "Alabad al Señor"). Antes de la comida era recitado el Salmo 112 y parte del Salmo 113 (vs. 1-8). En cambio, después de comer decíase la otra parte del Salmo 113 (vs. 8 y ss.) y los Salmos 114, 115, 116 y 117 [7]. En medio de

[6] Así nos atestigua San Justino Mártir ("Dial. cum Tryphone", 40, t. VI, col. 561), el cual conocía bastante bien los usos judíos.

[7] Los citamos íntegros aquí, pues sirven para hacernos comprender los sentimientos que animaron a la Virgen Santísima, juntamente con Jesús y San José, al celebrar el banquete pascual.

SALMO 112: "Alabad, oh siervos, al Señor, — tributad alabanzas al nombre del Señor. — Sea bendito el nombre del Señor, — desde ahora hasta el fin de los siglos. — Desde oriente hasta poniente — es digno de alabanza el nombre

estos cánticos se bebía la segunda copa. Terminada la primera parte del 'Hallel comenzaba el verdadero y propio banquete. El padre de familia tomaba el pan ácimo y, antes de bendecirlo y distribuirlo, lo partía. Los convidados no probaban más que un bocado, que comían con un poco de hierbas luego de untarlo en la mermelada, para que recordasen que era un pan de miseria. Procedíase luego a comer el cordero asado, del cual nada debía quedar. Escanciaba el padre de familia la tercera copa, "el cáliz de bendición", y se decía una oración de agradecimiento, seguida por la recitación de la se-

---

del Señor. — Excelso es el Señor sobre todas las gentes, — su gloria se levanta sobre los cielos. — ¿Quién es como el Señor nuestro Dios, — que tiene su morada en las alturas — y baja su mirada hacia el cielo y la tierra? — Levanta del polvo al desvalido, — y alza del estiércol al pobre, — para colocarle entre los príncipes, — entre los príncipes de su pueblo. — Él hace que la estéril viva en su casa, — como madre gozosa de hijos."

SALMO 113: "Cuando Israel salió de Egipto, — la casa de Jacob de en medio de un pueblo bárbaro; — vino a ser Judá su santuario, — Israel su reino. — El mar le vió y echó a huir, — volvió hacia atrás el Jordán. — Cual carneros saltaron los montes, y cual corderitos los collados. — ¿Qué tienes tú, oh mar, que huyes? — Y tú, oh Jordán, ¿por qué vuelves atrás? — ¿Montes, que saltáis como carneros, collados, cual corderitos? — En presencia del Señor, estremécete, oh tierra, — delante del Dios de Jacob; — que convierte la peña en estanque de aguas, — y en fuentes de aguas, la roca. — No a nosotros, Señor, no a nosotros, — sino a tu nombre da la gloria, — por tu misericordia, por tu fidelidad. — ¿Por qué han de decir los gentiles: — "¿Dónde está, pues, su Dios?" — Nuestro Dios está en los cielos, — Él ha hecho todo cuanto quiso. — Plata y oro son los ídolos de ellos, — obra de manos de hombres. — Boca tienen, mas no hablan; — tienen ojos, pero no ven. — Orejas tienen y nada oyen; — tienen narices sin olfato. — Tienen manos, y no palpan; — pies, mas no andan; — ni articulan una voz con su garganta. — Semejantes serán a ellos quienes los hacen, — y todo el que pone en ellos su confianza. — Pero la casa de Israel confía en el Señor, — Él es su amparo y su broquel. — La casa de Aarón confía en el Señor, — Él es su amparo y su broquel. — En el Señor confían los que le temen, — Él es su amparo y su broquel. — Se acuerda de nosotros el Señor, — y nos bendecirá. — Bendecirá a la casa de Israel, — bendecirá a la casa de Aarón. — Bendice a todos los que temen al Señor, — así a los pequeños como a los grandes. — El Señor os multiplicará, — a vosotros y a vuestros hijos. — Benditos seáis vosotros del Señor, — que hizo el cielo y la tierra. — Los cielos, cielos son para el Señor, — mas la tierra la dió a los hijos de los hombres. — No son los muertos, lo que alaban al Señor — ni cuantos descienden al sepulcro. — Nosotros, sí, bendecimos al Señor, — desde ahora y para siempre."

SALMO 114: "Amo al Señor, porque ha oído — la voz de mi súplica. — Porque inclinó hacia mí sus oídos, — en el día en que le invoqué. — Cercáronme cuerdas de muerte, — me estrecharon los lazos del infierno, — me hallé en medio de la tribulación y del dolor. — Mas invoqué el nombre del Señor: "¡Salva, oh Señor, mi vida!" — Misericordioso es el Señor, y justo, — compasivo es nuestro Dios. — El Señor protege a los sencillos; — estaba yo postrado, y Él me salvó. — Vuelve, oh alma mía, a tu sosiego, — ya que el Señor te ha favorecido. — Pues Él ha librado de la muerte mi vida, — mis ojos de lágrimas, — mis pies de la caída. — Caminaré en la presencia del Señor, — en la tierra de los vivos."

SALMO 115: "Confiaba yo, aun cuando decía: — "Estoy en gran manera des-

gunda parte del *'Hallel.* Finalmente servíase la cuarta copa, que señalaba el fin del banquete (Cfr. "Pesascim", X, 1 y sgts., con los comentarios de Maimónides).

A este banquete pascual participó la Virgen Santísima en Jerusalén, junto con Jesús de doce años y con S. José, la tarde del 14 de Nisán de aquel año (6 d. C.). No es cosa fácil imaginar con qué devoción, con qué sentimiento unió su voz a la de Jesús, de José y de los otros convidados, en el canto de los Salmos, y cómo debió penetrar profundamente el alto significado simbólico de la inmola-

---

consolado." — Decía en la turbación de mi espíritu: — "Todo hombre es mentiroso." — ¿Qué daré yo en pago al Señor — por todas las mercedes que me ha hecho? — Tomaré el cáliz de la salud, — e invocaré el nombre del Señor. — Cumpliré al Señor mis votos — en presencia de todo su pueblo. — De gran precio es a los ojos del Señor — la muerte de sus santos. — ¡Oh, Señor, siervo tuyo soy, — siervo tuyo, e hijo de tu esclava! — Tú soltaste mis cadenas. — A Ti ofreceré un sacrificio de alabanza, — e invocaré el nombre del Señor. — Cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo su pueblo, — en los atrios de la casa del Señor, — en medio de ti, oh Jerusalén."

SALMO 116: "Alabad al Señor, naciones todas; — pueblos todos, cantad sus alabanzas. — Porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros; — y la fidelidad del Señor permanece eternamente."

SALMO 117: "Alabad al Señor, porque es bueno, — porque es eterna su misericordia. — Exclame, pues, la casa de Israel: — que es eterna su misericordia. — Diga a su vez la casa de Aarón: — que es eterna su misericordia. — Exclamen los que temen al Señor: — que es eterna su misericordia. — En medio de la tribulación invoqué al Señor, — y el Señor me escuchó y me libró. — El Señor está conmigo, nada temo; — ¿qué puede hacerme el hombre? — El Señor está de mi parte, — y yo veré confusos a mis enemigos. — Mejor es refugiarse en el Señor, — que confiar en el hombre; — mejor es poner la esperanza en el Señor, — que confiar en los príncipes. — Cercáronme todos los gentiles; — mas yo en el nombre del Señor los desbaraté. — Cercáronme estrechamente; — pero en el nombre del Señor los quebranté. — Rodeáronme como enjambre de abejas, — me abrasaron, cual fuego de espinas; — pero en el nombre del Señor los destruí. — Me empujaron y vacilé, próximo a caer, — mas el Señor me sostuvo. — El Señor es mi fortaleza y mi gloria; — el Señor fué mi salvador. — Voces de júbilo y de victoria — se oyen en las moradas de los justos. — La diestra del Señor hizo proezas, — la diestra del Señor me alentó; — la diestra del Señor hizo proezas. — No moriré, sino que viviré, y publicaré las obras del Señor. — Me castigó, me castigó el Señor; — mas no me ha entregado a la muerte. — Abridme las puertas de la justicia; — entrado en ellas tributaré gracias al Señor. — Esta es la puerta del Señor; — por ella entrarán los justos. — Te canto himnos de gratitud, — porque me has oído y sido mi salvador. — La piedra que desecharon los constructores, — ha venido a ser piedra angular. — Obra es ésta del Señor, — y es una maravilla a nuestros ojos. — Este es el día que ha hecho el Señor; — alegrémonos y regocijémonos en él. — Oh Señor, sálvame; — da, Señor, la prosperidad. — Bendito el que viene en el nombre del Señor; — os bendecimos desde la casa del Señor. — El Señor es Dios, — El nos ha iluminado. — Ordenad el cortejo magnífico con ramaje — hasta los ángulos del altar. — Tú eres mi Dios, — a Ti tributo acciones de gracias. — Tú eres mi Dios y tu gloria ensalzo. — Alabad al Señor porque es bueno, — porque es eterna su misericordia."

ción del cordero, teniendo a su lado al verdadero Cordero que debía ser inmolado por la salvación del mundo.

El día subsiguiente a la Pascua, el 16 de Nisán, los peregrinos asistían a la solemne ceremonia del ofrecimiento de las primicias de la cosecha. La ceremonia se desarrollaba así: al final del día 15 de Nisán algunos delegados del Sanedrín salían de la ciudad con una canasta y una pequeña hoz, atravesaban el Cedrón y se llegaban a un campo vecino en donde la mies de cebada, que madura antes que cualquiera otra, era adquirida a expensas del tesoro del Templo (Cfr. "Scekalim", IV, 1). Al principiar la noche del 16 de Nisán, uno de los delegados formulaba, sucesivamente, tres diversas preguntas, a las que se daba respuesta afirmativa. Preguntaba: "¿Se ha puesto el sol? —Sí. —¿Con esta pequeña hoz? —Sí. —¿Con esta cesta? —Sí." Si el día 16 de Nisán caía en sábado, preguntaba: "¿También este día sábado? —Sí" ("Menachoth", X, 1, 3). Entonces se segaba la gavilla y era llevada al Templo, al atrio de los Sacerdotes. Allí era pasada por el fuego, se ventilaba el grano en una parte expuesta al viento, se molía, se tamizaba trece veces, hasta que se hubiese obtenido de dos a cuatro litros de harina. A la mañana siguiente, después de los sacrificios públicos, tomábase un puñado de aquella harina, se le añadía aceite e incienso y se quemaba sobre el altar. El resto era distribuído a los sacerdotes para su uso ("Menachoth", VI, 6; X, 3). Antes de esta ofrenda solemne estaba prohibido segar el trigo, la cebada o el centeno.

Durante los siete días de las fiestas pascuales debían ser ofrecidos sacrificios propiamente dichos (pues la inmolación del cordero pascual no era contada entre los sacrificios ordinarios). En cada uno de estos días, además de los holocaustos perpetuos prescritos dos veces por día [8], eran inmolados en sacrificio dos toros jóvenes, un carnero y siete corderos de un año, con oblaciones de harina amasada con aceite. A esto añadíase un macho de cabrío como sacrificio de expiación. Cada uno de los israelitas llegados a la

[8] Cada mañana era ofrecido en el Templo un sacrificio, y su comienzo se anunciaba al son de trompetas. Algunas señales dadas por las trompetas, permitían seguir las fases de la ceremonia. Por la tarde, a eso de las tres, se ofrecía otro sacrificio, como por la mañana, con una oblación de trigo y harina en nombre de toda la nación. Luego el Sacerdote pronunciaba la bendición sobre el pueblo ("Mischna, Tamid", IV, V, VII). Tanto los Jerosolimitanos como los peregrinos escogían las horas de estas ceremonias para ir al Templo.

fiesta ofrecía sacrificios particulares, en conformidad con la ley (Deuter., 16-17).

En el primero y séptimo día de Pascua, que eran solemnísimos, reuníase la asamblea general, en la cual participaban todos aquellos que pertenecían oficialmente a la nación y a la religión judía. Con tal motivo no se permitía a los israelitas, durante estos siete días, alejarse de la ciudad santa. Con todo, los doctores concedían, por alguna plausible razón que se pudiese hacerlo ya el tercer día. Del atrio de las mujeres y desde el de los israelitas era posible seguir el desarrollo de las ceremonias y orar.

María Santísima, con Jesús y José, estuvieron en Jerusalén, como parece deducirse de San Lucas, 2, 43, durante los siete días de la fiesta, hospedados en casa de algún pariente o persona amiga. Tanto más cuanto que, habiendo venido de lejos, estas jornadas servían de descanso.

4. — El regreso a Nazaret y la permanencia de Jesús en Jerusalén.

Transcurridos los siete días, se organizó el regreso. Eran cerca de cien mil los que debían ponerse en movimiento. Partían en grupos, según los diversos países, en las primeras horas de la tarde, luego de haber establecido por anticipado el lugar y la hora de la primera etapa. El grupo de peregrinos al cual se unieran María y José debió ser considerable por su número, comprendiendo los habitantes de Nazaret y sus alrededores. No es improbable que Jesús, a la hora de la partida, estuviese con ellos. En tal confusa multitud de hombres, asnos, camellos, que debió subdividirse necesariamente muy pronto en varios grupos de hombres, mujeres y niños, era cosa muy fácil perderse de vista. María pudo razonablemente suponer que Jesús estaría en algún grupo de hombres, con José; José, a su vez, pudo suponer legítimamente que Jesús se hallaría en algún grupo de mujeres, con María. Los dos estaban, en fin, convencidos de que se hallaba allí, junto a ellos, en la numerosa y confusa caravana, y estaban seguros de que en la primera etapa, después de tres o cuatro horas de viaje, lo encontrarían. Por otra parte, el concepto altísimo que ellos tenían de Jesús, el cual no era ya un niño, y de su singularísimo buen sentido, la ilimitada confianza que ellos depositaban en Él, los libraba de cualquier preocupación. Caminaban, pues, suficien-

temente seguros y serenos. Sin embargo, Jesús se había quedado en Jerusalén (Luc., 2, 43). Llegados a la primera etapa en la cual la caravana pernoctaba, es decir, según afirma una tradición, en El-Bireh [9], a 16 kilómetros de Jerusalén, o en Gifueh, como quiere otra tradición, a una veintena de kilómetros de la ciudad santa, María y José se encontraron. Mas advirtieron inmediatamente que Jesús no estaba con ellos. Lo buscaron ansiosamente entre parientes y conocidos (Luc., 2, 44), recorriendo todos los grupos de peregrinos, preguntando a todos; pero en vano. Jesús no se hallaba allí. Pensaron que quizás se habría quedado atrás con algún otro grupo, y por eso esperaron angustiados algún tiempo más. Pero Jesús no aparecía. ¡Qué congoja! Debieron experimentar la sensación de haber perdido su propio corazón. Quizás, sin esperar la mañana, María y José retornaron aquella misma tarde, sin preocuparse del cansancio y de la necesidad de reposo, a Jerusalén, a la luz de la luna, mirando y buscando ansiosamente, y preguntando a todos, en todas partes. Pero a Jesús no se le encontraba. La aflicción de María, si bien calma y serena, era inexpresable. No sabía qué pensar. Cierto, aquella ausencia no podía atribuirse a causa voluntaria, dada la plena sujección de Jesús a sus padres. ¿Debía atribuirse, pues, a algún impedimento exterior, a algún grave incidente?... Pensamiento angustioso. ¡Qué noche! Llegados a Jerusalén, se dirigieron inmediatamente, con toda verosimilitud, a la casa o al lugar en donde se habían hospedado y en donde habían comido el Cordero Pascual. Repitieron sus ansiosas preguntas, pero ninguno supo decirles nada. Lo buscaron todo el día por las calles y por las plazas de Jerusalén, mas en vano. Quizás se dirigieron también al Templo, pero no lo encontraron. Se avecinaba entretanto la noche, ¡la segunda noche!, y a Jesús aún no se le hallaba. ¡Qué agonía mortal para el corazón de María y de José! Aquella noche debió parecer eterna, interminable.

5. — El encuentro.

Despuntaba el alba del tercer día, cuando prosiguieron sus ansiosas búsquedas. Se dirigieron nuevamente al Templo. Atravesaron el amplio y bullicioso patio de los gentiles, y penetraron en los atrios

[9] Así escribía en 1485 Francisco Suriano: "Del mismo modo el castillo llamado el Bir, donde la Virgen María se dió cuenta de haber perdido a su hijo,

del Templo, el de las mujeres y el de los israelitas. En uno de los salones de aquellos atrios vieron a un grupo de gentes que estaban escuchando las acostumbradas disputas de los Doctores de Israel, quienes se ponían muy frecuentemente a disposición del público deseoso de recoger las perlas de la divina sabiduría, contenidas en el áureo cofre de la Sagrada Escritura. María y José se aproximaron a aquel grupo y vieron a Jesús, en actitud de discípulo, sentado ante aquellos Doctores, escuchando e interrogándolos, y llenándolos de estupor por la sutileza de sus preguntas y la exactitud de sus respuestas. A los ojos de aquellos Doctores, Jesús debía aparecer como el modelo perfecto, el prototipo del discípulo, tal como ellos mismos lo habían descrito: "El prudente no habla nunca delante de quien le es superior en ciencia y en edad; no entra en las conversaciones de los demás; no precipita la respuesta sino que pregunta, responde, escucha y hace observaciones; pregunta a su tiempo y responde bien; trata ordinariamente los variados argumentos; en aquello que no sabe dice no saber y rinde homenaje a la verdad ("Pirqé Aboth", 5, 8. Trad. de Y. Colombo, Lanciano 1934, p. 82 y sgts.). ¿Sobre qué disputaban? El apócrifo Evangelio arábigo de la infancia nos dice que el sujeto de la discusión era el Mesías, tanto tiempo esperado. Es muy verosímil. San Lucas nos dice que María y José al ver (no ya al sentir) a Jesús que disputaba con los Doctores, se meravillaron (Luc., 2, 48). Su estupor, a diferencia del de los Doctores, no era motivado por la singularísima sabiduría demostrada con sus respuestas por este niño de doce años, cosa para ellos conocidísimas, sino porque era la primera vez que obraba de este modo. Se llegaron, pues, a Él, y su Madre, como madre que era, no pudo retener estas palabras que, con inefable ternura, le dirigió: "Hijo (¡cuánta riqueza de afectos en esta palabra!) ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo (obsérvese la humildad de María al posponerse a José) llenos de aflicción te buscábamos". Es el amor que, por largo tiempo afligido, desborda. No eran ni querían ser, sin embargo, aquellas palabras un reproche. Eran un desahogo instintivo, la expresión maternal de un dolor que tanto había hecho agoni-

---

y andaba, llorando, buscándolo entre los parientes y amigos, y allí hay una iglesia hecha toda de piedra tallada" ("Trattato di Terra Santa y dell'Oriente", p. 138). Existe todavía, al sur de la fuente que corre a los pies de la colina, un *Kan* o albergue en el que los peregrinos podían descansar.

zar su corazón de madre durante ese inesperado y doloroso alejamiento por parte de su Hijo.

María no preguntaba con qué finalidad Jesús había permanecido en Jerusalén, pues lo comprendió inmediatamente por el hecho de haberle encontrado ocupado en discutir con los Doctores. Preguntó, en cambio, por qué motivo (puesto que algún motivo debía haber, dada la infinita sabiduría de su divino Hijo), había quedado en Jerusalén para disputar con los Doctores *sin haberlos advertido primeramente*, causando así en ellos un dolor inexpresable durante tres días. ¿Sospechó quizás María, en ese inesperado gesto de Jesús a los doce años, un cambio práctico en las relaciones que existían entre Él y Ella? La pregunta de María parece indicarlo. En tal caso, la interrogación prudentísima de la Virgen estaba ordenada a aclarar el misterio, para conformarse luego a él. Pero Jesús, dice el Evangelista, responde (sin duda con una amable sonrisa y con un tono lleno de afecto): "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?" [10]. Esta es la primera palabra de Jesús que nos transmite el Evangelio.

Así como la pregunta de la Madre no tuvo ni pudo tener la más mínima sombra de reproche, así también la respuesta del Hijo no tuvo ni podía tener el más mínimo indicio de resentimiento o de reprensión.

Para comprender en su cabal significado esta respuesta aparentemente fuera de tono, es necesario tener presente que Jesús, más que referirse a aquel hecho particular, entendía enunciar un principio general respecto a toda su vida enteramente consagrada a Dios y a las más dolorosas separaciones: cosa a la que María y José debían estar continuamente preparados. De este modo la respuesta de Jesús viene a tener un sentido más que satisfactorio. (Cfr. Landucci: "Maria Santisima nel Vangelo", ps. 193-94).

El Evangelista añade: "Mas ellos no comprendieron el sentido de la respuesta." Otro tanto puede repetirse de algunos exegetas: "No comprendieron las palabras que Jesús dirigió a María y a José". Claro signo de ello es el número no indiferente de interpretaciones

[10] Los Padres griegos, especialmente antiguos, basándose particularmente sobre la expresión griega ἐν τοῖς πατρός μου traducen: "In domo Patris mei..." "En la casa de mi Padre." Empero, entre los exegetas contemporáneos prevalece la opinión de Maldonado: "(Iesus) non tam locum loco, sed negotia negotiis opponere videtur." Cfr. Holzmeister en "Verbum Domini", 24 (1944), 243-245. Según este último, "utraque explicatio coniungi potest et coniungenda esse videtur."

(muchas veces contradictorias) dadas por ellos a las susodichas palabras. En efecto, la recta interpretación no carece de dificultades. Algunos, por ejemplo el Cardenal Cayetano, no pudiendo resignarse a la idea de que María no hubiese comprendido la respuesta de Jesús, han creído resolver radicalmente toda dificultad, refiriendo la observación del Evangelista no ya a María, sino a los Doctores de la Ley, o bien, por sinécdoque, solamente a José. Únicamente los Doctores, o José solamente, no María, no habrían comprendido la respuesta de Jesús. Mas tal interpretación es inconciliable con el contexto evangélico, según el cual el sujeto próximo al que se refiere la observación del Evangelista no está constituído por los Doctores, sino por María y por José. Tampoco la pretendida sinécdoque queda en pie no sólo porque es arbitraria, sino también porque María había hablado en nombre suyo y en el de José.

Supuesto, pues, como lo exige el contexto, que la observación de San Lucas ("ellos no comprendieron") debía dirigirse a María y a José, señalamos que varios exegetas han propuesto al respecto distintas interpretaciones. Debe descartarse por adelantado, por repugnar al buen sentido, la de algunos Racionalistas según la cual María habría ignorado el divino origen de Jesús y su calidad de Mesías. Baste observar que el Ángel, en el día de la Anunciación, así como los pastores y Simeón habían levantado más que suficientemente, ante los ojos de María, el velo que escondía el misterio de Cristo. Desechada, pues, esta interpretación racionalista, los exegetas católicos han dado varias otras. Los más han recurrido a la limitada ciencia de María la cual, aún sabiendo que Jesús era hijo de Dios, venido al mundo para redimirle, habría ignorado sin embargo las circunstancias de tiempo y de lugar en las que Él daría comienzo a su vida pública. Así Cornelio A Lapide, Martini, Lasêtre. Calmet, en cambio, da esta otra interpretación: "No comprendieron bien qué significasen esas palabras... Estaban en duda si Él quería permanecer en el Templo o hubiese ya decretado comenzar su predicación." Según el P. Holzmeister, no parecía evidente "de qué manera la obediencia exactísima prestada a Dios, llegase a ser desobediencia hacia los padres" (en "Verbum Domini", 24, 1944, 245).

"Si debiésemos exponer nuestro pensamiento, observa el P. Pazzaglia, después de tantos nombres sería, sin duda, soberbia y necedad; con todo pensamos que la Virgen y José sabían muy bien lo que Jesús quería decir, conocían aquellas cosas que concernían al

Padre, pero no comprendieron por qué se había sustraído a ellos sin avisarles. La Virgen había preguntado: ¿Por qué has hecho esto?, lo que vale decir: ¿Por qué no nos has advertido que quedarías en Jerusalén ocupándote en las cosas de tu Padre? Jesús responde, sí, que debía permanecer allí para ocuparse en las cosas de su Padre, pero no dice por qué antes no ha hablado con ellos al respecto, por qué les ha "querido" hacer sufrir esos tres días. Él tiene sus razones para no responder a la pregunta: misterios de la providencia divina, que no deben ser expuestos a la curiosidad de la muchedumbre, y que explicará después, más tarde, cuando estén solos. La frase, evasiva de suyo, servirá de pretexto a Jesús para proclamar su misión divina frente a los Doctores. La Virgen no comprendió la respuesta porque no respondía a aquello que había querido saber, a aquello que tenía en el corazón. No comprendió el porqué de ese silencio, de esos tres días de dolor, y la respuesta de Jesús no se lo explicaba. Nos parece que el P. Lagrange también insinúa este pensamiento: "María... pudo preguntarse también por qué había infligido a su corazón esa herida" ("Colei che si chiama Maria", Turín, 1943, p. 185-86).

Esta solución se aproxima mucho, así nos parece, a la solución verdadera y completa, pero no nos dice aún el motivo preciso de la falta de comprensión de la respuesta de Cristo por parte de María y de José. Ciertamente, María Santísima y S. José comprendieron muy bien el significado material de las palabras de Jesús. ¿Qué cosa, entonces, no comprendieron en estas palabras? A mi modesto entender, ellos no comprendieron las palabras del Salvador debido a que, si bien vieron en ellas, como dió a entender Jesús, un principio *general* respecto de su divina misión, lo restringieron a aquel hecho *particular* de la ausencia de tres días. Podría decirse también que Jesús, aún dirigiendo a ellos tales palabras, no las dijo para ellos solamente sino para otros, o sea, para todos los futuros cristianos. Me explico. En su respuesta a la Virgen, quien humildemente le preguntaba el motivo secreto por el cual había permanecido en Jerusalén, disputando en el Templo, sin haberles advertido primeramente, Jesús entiende decir que, en el cumplimiento de los deberes hacia su Padre celestial, (que prevalecen sobre los que nos ligan respecto de nuestros padres) Él era plenamente independiente, y que tales deberes serían cumplidos siempre, aún a costa de los más inefables dolores por parte del padre y de la madre terrenos. ¿Compren-

dió esto la Virgen Santísima? Sin duda. Pero Jesús, como ya lo he dicho, no entendía referir tal lección a María y a José. Ellos por su parte, no veían cómo pudiese referirse a ellos. Por eso no comprendieron. Muy probablemente, lo comprendieron más tarde, cuando Jesús, encontrándose solo con ellos, les explicó sus palabras. Por tanto la respuesta de Cristo podría parafrasearse más o menos así: "Valiéndome de la independencia que me es propia en seguir la misión redentora confiada por mi Padre celestial, aún previendo vuestra indecible aflicción, no os manifesté mi voluntad de permanecer en Jerusalén ocupado en las cosas de mi Padre, a fin de hacer comprender, no ya a vosotros que no tenéis necesidad de ello, sino a todos mis futuros discípulos, que el dolor de los padres no es motivo suficiente para no alejarse de ellos a fin de atender las cosas requeridas por Dios. Vuestra aflicción no ha hecho otra cosa que acrecentar vuestros méritos y, con ellos, vuestra cooperación a la obra dolorosa de la redención del mundo".

También aquí, el divino Maestro enseñó con hechos lo que enseñará después con las palabras: "No debéis pensar que Yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz sino la espada. Pues he venido a separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra. Los enemigos del hombre son las personas de su propia casa. Quien ama al padre o a la madre más que a Mí, no es digno de Mí; y quien ama al hijo o a la hija más que a Mí, no es digno de Mí" (Mat., 10, 34-37).

Observan justamente los intérpretes que las palabras: "Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón", son una velada pero transparente cita de la fuente de tales noticias y de otras consignadas por S. Lucas en el así llamado Evangelio de la infancia. En efecto ¿quién a excepción de María, pudo hacer conocer a S. Lucas sus secretos pensamientos, su incomprensión de las palabras del Hijo, compartida con su castísimo esposo? La humildad tan propia de la Virgen la indujo a confesar cándidamente al Evangelista, de un modo directo o indirecto, no haber comprendido la respuesta dada por Jesús.

No obstante, aun cuando no comprendió aquellas palabras, no replicó, no osó replicar la Virgen humildísima, porque estaba plenamente segura de que la prueba de la oscuridad no habría hecho sino aumentar su fe y sus métiros.

Dice, además, S. Lucas: "Y bajó (Jesús) con ellos a Nazaret y

les estaba sujeto". En estas palabras están sintetizadas las relaciones existentes entre Jesús, María y San José en el segundo período de su vida privada en Nazaret, es decir, durante más de veinte años. Jesús, el Creador, humildemente sometido a María y a José sus criaturas... Parece un verdadero trastrueque de valores jerárquicos. Mas es una subversión de valores plena de sabiduría divina.

Llegado que hubieron a Nazaret, luego de un episodio tan desconsolador, es muy fácil imaginar las preguntas dirigidas a María y a José por aquellos parientes y amigos que se hallaban en conocimiento del hecho. "¿Dónde estaba Jesús?" "¿Qué hacía?", "¿Cuánto tiempo tardasteis en encontrarlo?", "¿Qué le habéis dicho?", "¿Qué ha respondido?", y otras preguntas semejantes. Preguntas más o menos indiscretas y embarazosas que debían amargar no poco el sensible y delicadísimo corazón de María.

El Evangelista termina diciendo que "Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres". Este continuo desarrollo físico y moral, natural y sobrenatural, no escapaba a la vigilante y afectuosa mirada de María, llenándola de una mezcla indefinida de alegría y de dolor: alegría por el presente, dolor por el tiempo por venir. ¿No era acaso Jesús la víctima destinada al sacrificio? Y cada día que pasaba, cada progreso que hacía, ¿no era acaso un paso más hacia el altar del Gólgota que le esperaba?... El principal trabajo de Jesús en ese largo período de vida oculta fué formar su obra maestra: María. Mientras todos los demás, simples fieles, le tendrán por Maestro solamente por tres años, María su Madre, Compañera en la Redención lo tendrá como Maestro por más de veinte, aprendiendo de Él cosas celestiales, cosas de las cuales "no es lícito al hombre hablar". La sublime actitud adoptada por Ella durante toda la vida pública de Cristo y especialmente allá sobre el Calvario será el fruto más exquisito de aquellas divinas lecciones.

LA MUERTE DE SAN JOSÉ

1. — ¿Cuándo sucedió?

Es opinión común que José concluyó su vida terrenal durante el segundo período de la vida privada de Jesús, es decir, entre los doce y los treinta años del Salvador. Cuando Jesús murió en la cruz, José había ya indudablemente muerto, pues en la hipótesis de que aún viviera entonces, a él y no a S. Juan habría sido confiada en custodia María Santísima. Además, en las bodas de Caná, José no es nombrado entre los invitados junto con Jesús y María: indicio bastante seguro de que ya había muerto (Juan, 2, 1). Otra indicación es proporcionada por la exclamación de algunos oyentes del Maestro respecto de su persona: "¿No es Éste aquel artesano hijo de María?" (Marc. 6, 3). De haber estado vivo José, lo habrían ciertamente designado como hijo suyo, antes que como hijo de María.

Por otra parte, al comienzo de la vida pública de Jesús, San José había cumplido ya la sublime misión que le había sido confiada por la divina Providencia. Jesús y María no tenían ya necesidad de un hombre que los protegiese en su vida y en su honor. Aún más, la presencia del padre legal habría sido un obstáculo más que una ayuda para la misión de Cristo. Sobre el escenario de la Redención debían comparecer solamente dos personas: el Redentor y la Corredentora. Muy convenientemente, pues, antes de que esta misión comenzase, San José abandonó la tierra.

¿Cuándo murió San José? Según el *Martirologio Armenio*, el Santo Patriarca habría tenido al morir 71 años, de los cuales 31 los habría pasado junto a María. Ed. "Bayan", Patrol. Orient., 18, 115) [1].

---

[1] Carece de todo fundamento histórico la opinión que afirma haber muerto San José a la edad de 111 años. Así opinan la "Historia Joseph fabri lignarii", 10, 15 (Cfr. Tischendorf: "Apocr.", 126, 128), el "Sinaxario Alejandrino" (ed. I. Forget, "Corpus Script. Eccl. Orientalium: Scr. Arabici", III-19, p. 241 y sgt.) y sus variadas recensiones, es decir, la recensión "Arábigo-Jacobítica" (ed. R. Basset: "Patr. Or.", 17, 691 y sgt.) y la "Sinaítico-Etíope" (ed. I. Guidi: "Patr. Or.", 7,

2. — ¿Dónde y cómo murió?

Pero, ¿dónde y cómo murió San José? Con toda probabilidad falleció en Nazaret, en donde moraba habitualmente? [2]

¿Cómo murió? A falta de testimonios canónicos, no parece difícil adivinarlo. Indudablemente murió, como lo afirma uno que entendía de eso, San Francisco de Sales, consumido por la enfermedad de los más grandes santos: el amor. Murió de amor por Jesús, su hijo legal, y por María su esposa. Había vivido para ellos y moría por ellos. La llama de amor que durante tantos años ardía en su pecho fué siempre creciendo, alimentada por la presencia de los objetos amados, por sus miradas, por sus sonrisas, por sus divinas palabras y por las fatigas y sudores soportados por ellos con tanta pasión. Esta llama, al robustecerse continuamente, debilitaba sus fuerzas físicas, lo hacía languidecer de amor. Esto no obstante, continuó trabajando incansablemente. Pero un buen día, la sierra y el martillo le pesaron tanto entre las manos que no pudo ya sostenerlos. La fiebre del amor divino lo devoraba. Y se vió obligado, tras las tiernas insistencias de María y de Jesús, a recostarse sobre su lecho, del que no se levantaría más. María, con ternura de esposa, y Jesús, con afecto de hijo, le rodearon de los más solícitos y afectuosos cuidados. Pero aquellos cuidados eran como brasa ardiendo que alimentaban siempre más la llama de su corazón, lo debilitaban cada vez más físicamente. Y así, entre los brazos de Jesús y de María ese corazón, en cierto momento, no pudo más y cesó de latir. El amor lo había vencido. [3]

---

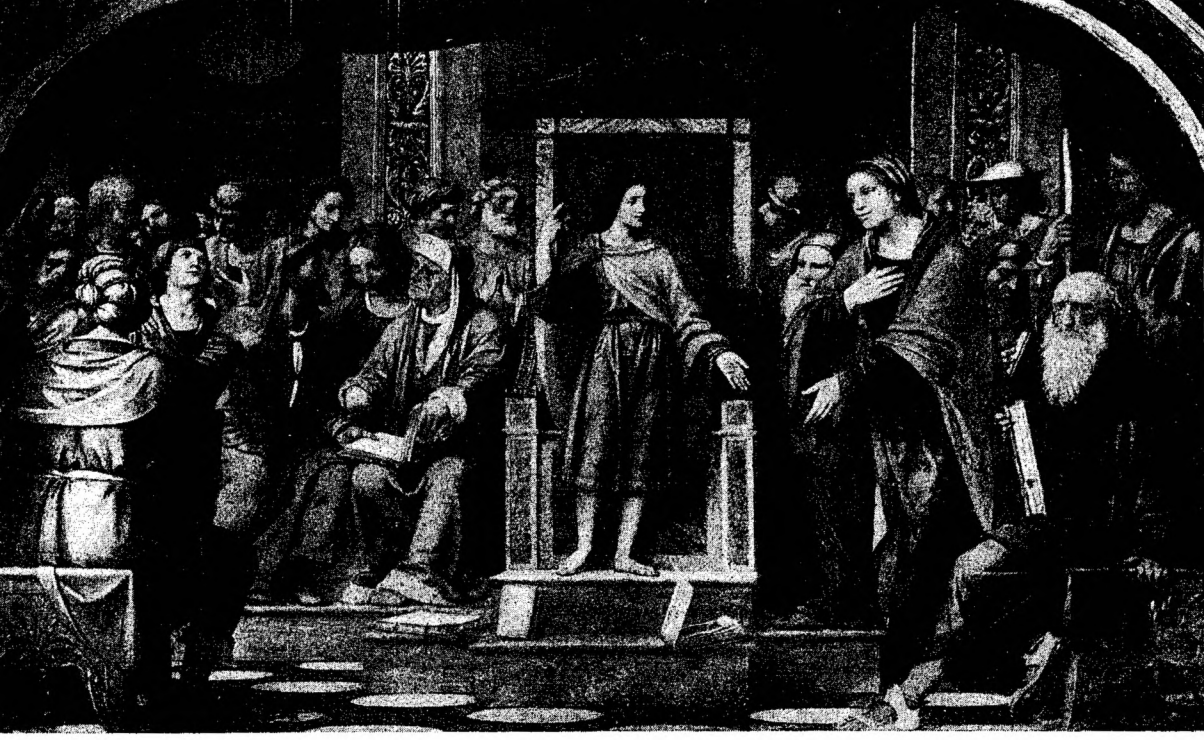
424 y sgt.). Otro tanto repiten Epifanio el Monje ("De vita B. V.", 17, P. G. 120, 205 C) y Jorge Cedreno ("Hist. comp.", P. G. 121, 365 C).

La idea de la muerte de San José a la edad de 111 años parece originada en la del Patriarca José, hijo de Jacob, el cual, como refiere el Génesis (50, 22), "vivió 110 años".

Tampoco se sabe nada respecto al año preciso o aproximativo en que ocurrió la muerte del santo varón (Cfr. Holzmeister H., en "Verbum Domini", 24, 1944, 247-248).

[2] Según la relación del peregrino Arculfo, escrita por Adamano († 704), San José habría sido sepultado en el valle de Josafat (13 s. ed. Geyer CSEL 39, 241).

[3] Es totalmente fabulosa la narración de la *Historia de José* (escrita hacia el siglo V) en torno a los últimos días del Santo (12-29, Cfr. Tischendorf, 126-37). El enfermo, si bien no viejo aún, habría sentido náuseas del alimento y de la bebida. Movido a piedad, Jesús habríale consolado bondadosamente. Habiendo encontrado María fríos sus pies, llamó a los hijos de José. Entre el llanto general, Cristo habría rogado al Padre enviase a los Arcángeles Miguel y Gabriel, quienes vinieron inmediatamente a tomar el alma al salir del cuerpo. Los hijos del



BERNARDINO LUINI. *Jesús disputando con los doctores de la Ley*

NAZARET. *Vista por el lado oriental*

No puede imaginarse muerte más bella. Jesús y María le cerraron piadosamente, lagrimeando, los ojos y la boca; lo compusieron sobre el pobre lecho y luego le dieron honrosa sepultura, entre el llanto de los parientes y amigos que alababan al unísono al hombre "justo" por antonomasia [4].

Vueltos del lugar de la sepultura, María y Jesús se encontraron solos. Probablemente se abrazaron y se besaron con transporte inefable... ¿Qué se dijeron?... Secretos celestiales que quedan escondidos para la tierra.

---

difunto habrían desgarrado sus vestiduras por el dolor y "en todo Nazaret y en toda la Galilea" habríase hecho duelo "desde la hora tercia hasta la hora nona". Después de haber mandado Jesús custodiar el cuerpo de José por dos ángeles, dirigiéndose a los santos despojos habría dicho: "No dominará en ti el olor o la hediondez de la muerte, ni serás jamás presa de los gusanos... Tu cuerpo quedará incorrupto hasta el festín de mil años."

[4] En la mencionada "Historia de José" se cuenta que "los notables de la ciudad de (Nazaret)... lo transportaron a un lugar en donde había una cueva, y abrieron la entrada para sepultar su cuerpo junto a los de sus padres..." (cap. 14), "vecino al cuerpo de su padre Jacob" (cap. 29, Tischendorf, 135). Otro tanto repiten los tres Sinaxarios. En el año 1106-7 el P. Daniel vió en la iglesia de Nazaret el sepulcro de San José "en la puerta subterránea" (Cfr. B. De Khitrowo: "Itinéraires russes en Orient", Publications de la Société de l'Orient latin, V, Ginebra, 1889, p. 70). Más tarde, a comienzos de este siglo se descubrió en Nazaret un nuevo sepulcro de José, situado fuera de la iglesia de la Anunciación (Cfr. "Histoire des découvertes faite chez les Dames de Nazaret", Beyruth, 1936).

DURANTE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

EN LOS COMIENZOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

1. — El adiós y la preparación próxima.

Cuando Jesús hubo llegado a la edad de treinta años (Luc., 3 23), comenzó a difundirse por Palestina la sensacional noticia de que en Israel había aparecido un joven profeta. En efecto, desde hacía mucho tiempo no se veía en Israel ninguno. El nuevo profeta aparecido se llamaba Juan Bautista, y era hijo de un Sacerdote, el Sacerdote Zacarías. Como Elías vestía una túnica de piel de camello, ceñíase con un cinturón de cuero y se alimentaba solamente de langostas y miel silvestre (Marc., 1, 6). Predicaba a lo largo de las riberas del Jordán diciendo: "Haced penitencia, porque el reino de los cielos está cerca" (Mat. 3, 2). Su voz había agitado las masas populares de Judea y de Jerusalén, iniciando una corriente poderosísima a tal punto, que algunos habían comenzado a preguntarse si ese no sería el Mesías tanto tiempo esperado, especialmente en aquellos días. Pero Juan había declarado cándidamente que él no era el esperado Mesías, sino que había sido mandado por Dios para prepararle los caminos.

Estas sensacionales noticias no debieron de tardar en llegar a Nazaret, a los oídos de María. Ella comprendió que la hora de la separación, con todas sus consecuencias, era inminente. En efecto, un buen día Jesús dejó la sierra y el cepillo, se presentó a su Madre y le hizo saber que había llegado la hora de separarse de Ella para cumplir con la misión confiádale por su eterno Padre. Estrechó contra su corazón a su amadísima Madre, besóla afectuosamente, y se separó de Ella. La Virgen, al pensar que su divino Hijo iba a sumergirse en ese tempestuoso océano judío y fariseo en el cual habían ya naufragado tantos otros enviados de Dios; al reflexionar en la tempestad de odio y de dolores que, según las profecías, caería muy pronto sobre Él, víctima del género humano, debió quedar ahí clavada, sin aliento, como una estatua del dolor a la cual una espada enviara si-

niestros resplandores. No titubeó, sin embargo, un solo instante en pronunciar aquella sublime palabra que fué la síntesis luminosa de toda su vida: *Fiat!* Lejos de Jesús materialmente, lo siguió siempre con la mente y con el corazón, con el pensamiento y con el afecto.

Al alejarse de su Madre, Jesús se dirigió juntamente con las turbas en busca del Precursor Juan. Nunca se habían encontrado hasta entonces por los caminos de la vida, desde que se habían visto y saludado aún antes de nacer, en el seno de sus respectivas madres. Apenas vió Juan a Jesús entre la muchedumbre, la voz del Espíritu Santo le hizo comprender muy pronto que él era el Mesías. Consiguientemente, mostró mucha resistencia en bautizar al Maestro. Pero, tras las instancias de Él, se decidió a ello. Y he aquí que el cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma sobre Él, y en lo alto se oyó una voz que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias" (Marcos, 1, 11). Después de separarse de Juan, Jesús quiso anteponer a su ministerio público una preparación próxima de cuarenta días. Se retiró, pues, movido por el Espíritu, al desierto (sobre el monte de la Cuarentena, a pocos kilómetros del Jordán) en donde ayunó por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, y en donde soportó la triple tentación triunfalmente superada.

Terminados esos cuarenta días de preparación, Jesús se presentó nuevamente a Juan cerca del Jordán. Apenas el Precursor lo distinguió entre la multitud, lo señaló a sus propios discípulos exclamando: "He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Este es Aquél de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, el cual ha sido engendrado antes que yo, por cuanto era primero que yo". Y luego, aludiendo a la aparición acaecida durante el bautismo de Jesús, concluyó: "Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios" (Juan, 1, 29-34).

El día siguiente de esta pública declaración, mientras el Precursor estaba con dos de sus discípulos, Andrés y Juan, vió nuevamente a Jesús que pasaba, y señalándole dijo: "He aquí el Cordero de Dios". Movidos por aquella insistente proclamación, los dos discípulos siguieron a Jesús, fascinados por su persona, y pasaron con Él el resto del día y también la noche. Andrés, feliz por haber encontrado al "Mesías" quiso conducir a Él a su hermano Simón, a quien Jesús, en cuanto le vió, impúsole el nombre de Kefa (roca) o Pedro.

Al otro día volvió Jesús a Galilea, seguido por los tres mencio-

nados discípulos, Andrés, Juan y Pedro. Llegado que hubieron a Betsaida, el Salvador llamó a Felipe en su seguimiento. Éste, condujo después a Jesús, el "Mesías", a su amigo Natanael de Caná (muy probablemente Bartolomé, nombrado siempre en la lista de los Apóstoles, junto a Felipe su amigo). Con este último tuvo el Maestro un simpatiquísimo coloquio, asegurándole que vería cosas maravillosas que le fortalecerían en su fácil fe.

El coloquio con Natanael, según lo que comúnmente opinan los intérpretes, es el punto de partida del milagro de las bodas de Caná, al comienzo de la vida pública del Mesías, milagro en el cual, como veremos, tuvo María parte importantísima.

2. — El milagro de Caná [1]

El Evangelista San Juan lo narra así: "Tres días después se celebraban unas bodas en Caná de Galilea, y se hallaba allí la Madre de Jesús. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese a faltar el vino, dijo a Jesús su madre: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va a Mí y a ti? Aún no es llegada mi hora. Dijo su madre a los sirvientes: Haced lo que Él os dijere. Estaban allí seis cántaros de piedra destinados a las purificaciones de los judíos, en cada uno de los cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellos cántaros. Y llenáronlos hasta arriba. Díceles después Jesús: Sacad ahora y llevadlo al maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua

[1] La Bibliografía de la presente cuestión es amplísima. Además de los diversos comentarios al Evangelio de San Juan y a las varias vidas de Jesús, tanto antiguas como modernas, pueden citarse los siguientes estudios especiales:

V. Anzaloni, O. M. I., "Iesus et Maria ad nuptias in Cana Galilaeae", en: "Verbum Domini", 9 (1929), ps. 364-368. — I. Bourlier: "Les paroles de Jésus a Cana", en: "Rev. Bibl.", 6 (1897), ps. 405-522. — Theod. Briemle, O. F. M., en: "Pastor Bonus", 42 (1941), ps. 455-57. — B. Brinkmann, S. J.: "Quid mihi et tibi, mulier? Nondum venit hora mea" (Ioh. 2, 4), en: "Verbum Domini", 14 (1934), ps. 135-141. — P. Gaetcher, S. J.: "Maria in Kana", en: "Zeitschrift f. Kath. Theol.", 5 (1931), ps. 351-402. — Th. Gallus, S. J.: "Quid mihi et tibi, mulier? Nondum venit hora mea (Ioh. 2, 4). Potest ne intelligi tamquam allusio?", en: "Verbum Domini" (1942), ps. 41-50. — I. V., en "Etudes Ecclesiastiques", 1896, 7 y sgtes. — Licht, en: "Pastor bonus", 42 (1931), p. 457 y sgtes. — E. Power, S. J.: "Quid mihi et tibi, mulier?", en: "Verbum Domini", 2 (1922), 1929-135. — C. Rosch, O. Cap., en: "Pastor bonus", 42 (1931), ps. 388-399; J. Schildenberger, O. S. B., *Das Rätsel der Lochzeit von Kana*, extraído del "Benediktinischen Monatchrift", 1933, ps. 123-130, 224-234; E. Zolli, *Quid mihi et tibi mulier?* en "Marianum", Roma, 8 (1946), ps. 3-15.

convertida en vino, como él no sabía de donde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado, llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para el último. Así, en Caná de Galilea, hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él" (Juan, 2, 1-11).

Creo que ningún episodio del Evangelio ha recibido interpretaciones tan variadas y tan contradictorias como éste. Los adversarios de María, movidos por el odio, tergiversando palabras y hechos, se han servido y se sirven de ellos para desacreditarla. Por el contrario, los devotos cultores de María, impulsados por el amor, dando a las palabras y a los hechos el valor real que tienen los convierten en motivos de alabanza y honor para Ella. Un simple examen objetivo de los argumentos de unos y de otros serán más que suficiente para ver de qué parte se halla la razón.

Caná de Galilea, la ciudad en la cual se efectúa el primer milagro de Jesús (distinta de Caná de los Sidonios) es identificada hoy comúnmente por los arqueólogos con la actual Kefr Kenna, situada a unos 8 kilómetros al noroeste de Nazaret, sobre el camino real que conduce hacia Tiberíades y Cafarnaúm. Allí han sido descubiertas las ruinas de una iglesia bizantina en donde se ve una inscripción en arameo (Cfr. Lagrange: "Evang. selon S. Jean", cap. 2). Otros arqueólogos, en cambio, prefieren identificar Caná de Galilea con Kirbet Qana, de la cual no queda hoy otra cosa que un montón de escombros, a 14 kilómetros al norte de Nazaret. Cada uno de estos dos lugares puede aducir en su favor razones no despreciables, por lo cual es muy difícil decidir la cuestión. Se trata, empero, de una cosa de escasa importancia, dada la relativa vecindad de las dos localidades.

En Caná de Galilea, pues, se celebraba por aquellos días una boda. Uno de los esposos debía ser pariente o amigo de la Virgen, puesto que había sido invitada junto con otros, a la boda. San Juan nos dice que "se hallaba allí la Madre de Jesús". Se encontraba pues, ahí antes de que Jesús llegase. Alguien ha querido deducir de este inciso que María, después de la partida de Jesús de Nazaret, había cambiado de morada y se había establecido en Caná. Pero se trata de una suposición discretamente arbitraria. En efecto con toda probabilidad, la Virgen Santísima se había dirigido a Caná unos días

antes de las bodas, ya sea para presentar a los esposos que le habían invitado sus ofrendas, como acostumbraban hacer todos los invitados, ya sea para ofrecerles, con espíritu de fraterna caridad, sus humildes servicios, ayudando a preparar todo lo necesario para la fiesta. Por esta razón el Evangelista nos dice que "se hallaba allí la Madre de Jesús" (nótese el apelativo de *Madre*, en lugar de su nombre propio). Estos son los motivos que habría podido tener María al aceptar la invitación de ir a Caná. Pero el motivo superior de esa presencia era indudablemente, el gran designio de la Providencia divina, la cual quiso unir a la primera glorificación del Hijo también la glorificación de la Madre.

De la misma narración evangélica, tan rápidamente esquemática, se deduce que, a causa precisamente de María, "que estaba ya allí", "fué *también* invitado Jesús", y sus primeros discípulos, es decir, si bien el sagrado texto no los nombra, Andrés, Simón Pedro, Juan, Felipe y Natanael. Es esta una observación que ha consignado hasta Calvino. "Jesús, comenta dicho hereje, es nombrado allí como alguien que viene en compañía de su madre" ("Comm. in Ion."). En el eterno plan divino, Jesús y María se hallan indisolublemente unidos. Donde está una debe hallarse también el otro: donde llega María, tarde o temprano llega también Jesús. Él se servirá de esta ocasión, prevista y predispuesta *ab aeterno*, para santificar a la humanidad en su célula primitiva, la familia, y para hacer resplandecer su gloria de Hijo de Dios, unida a la gloria de María, con un gran prodigio, el primero de una larguísima serie.

Tratábase de un matrimonio de gente pobre, de modesta condición, semejante a la de Jesús y de María[2]. El número de los cántaros, los siervos, el maestresala, la liberalidad al invitar también a los discípulos de Jesús, podrían hacer creer, por el contrario, que se trataba de gente rica. Mas es preciso recordar que en ocasión de un festín de bodas, el cual ordinariamente se efectúa una sola vez en la vida, no se pensaba en ahorrar, especialmente entre los Hebreos de aquellos tiempos. Los invitados, por lo demás, no eran parásitos. Correspondían a la invitación según las costumbres hebreas con algún regalo, (vino, aceite, etc.), dado a los esposos, no ciertamente de in-

[2] Algún intérprete se ha complacido en identificar al esposo con el Evangelista San Juan quien, después de este milagro, habría abandonado a la esposa para seguir a Aquél que se apacienta entre lirios. Otros han querido identificarlo con Natanael. Finalmente, no pocos quisieran ver en él a Simón Cananeo, hijo de Cleofás, hermano de San José. Suposiciones fantásticas todas, de muy endeble base.

ferior calidad a lo que ellos habrían consumido. Finalmente, el local en el cual era recibida alegremente toda aquella multitud de invitados, no era necesariamente la casa de los esposos. Podía ser, y es cosa muy verosímil, un Kan o albergue público, bajo el portal descubierto. En fin la escasez de las provisiones que ocasionó el prodigio, es un indicio de que era aquélla una boda de humildes aldeanos.

Puesto que la Virgen se encontraba ya ahí antes de que fuese invitado Jesús con sus discípulos, es obvio pensar, y algunos lo han pensado, que el Salvador llegó cuando el festín hallábase ya adelantado. La celebración nupcial iniciábase por la tarde (ordinariamente el miércoles) con la introducción solemne de la esposa en la casa del esposo, seguida de alegres banquetes que se prolongaban durante tres días, cuando se trataba de pobres, y hasta durante una semana cuando era gente rica. En ninguno de los días mencionados podían asistir nuevos invitados (Cfr. Strack-Billerbeck: "Kommentar", t. II, ps. 387 y sigts.).

Sabemos empero que en cierto momento del banquete, aunque no podemos precisar cuándo, llegó a faltar el vino, el cual, por lo que parece, era casi el elemento-base de la fiesta, de modo que las bodas, en arameo, se designaban con el término: "los brindis" *(mistitha)*. María, con su mirada vigilante, sin que nadie se lo dijera, advirtió la falta del vino. Quizás, y sin quizás, Ella, más que dejar que la sirvieran, servía por sí misma. Y debió experimentar una pena inexpresable al darse cuenta de aquello. El pensamiento del apuro en que se encontraría el maestresala; la mala figura que habrían hecho los esposos y la inevitable confusión que habría cubierto sus rostros precisamente en el día más alegre de su vida, el verse expuestos a ser, quién sabe por cuánto tiempo, el hazmerreír del pueblo; el temor no infundado, como parece insinuar la misma narración evangélica, de que la carencia de vino se debiese a la imprevista y no calculada llegada de Jesús con sus discípulos, y que por consiguiente la razón del inconveniente hubiese podido imputarse en cierto modo también a Él; la pena, en fin, experimentada al reflexionar en el universal embarazo en el que todos se encontrarían, impulsaron a María a acudir con mucho candor a Quien todo podía, cuyo corazón conocía maravillosamente y del cual tenía "todas las llaves". Dirigiéndose, pues, a Jesús, le dijo: "No tienen vino". Es una obra maestra de oración. Tres palabras solamente: "No tienen vino". ¿Para qué, habrá pensado María, gastar tantas palabras cuando Aquél al

que se dirige la petición lo sabe ya todo, y lo puede todo? En estas palabras se transparenta el alma de María. Se descubre su fe firmísima en la omnipotencia de Cristo, se refleja su confianza ilimitada en la inextinguible bondad de su corazón, su encantadora sencillez y sobriedad en el hablar, ya que se limita a exponer simplemente a Jesús, sin una sola palabra de más, la necesidad de los esposos; sobre todo se vislumbra su misericordiosa caridad maternal en favor de aquellos que se encuentran luchando con la indigencia y con el dolor. Con esa corta oración Ella pedía, pues, indirectamente, aunque del modo más delicado y discreto, un milagro.

Comentando Calvino estas tres palabras de María, expuso la extraña opinión según la cual la Virgen Santísima no había pretendido con ellas pedir un milagro, sino hacer presente a Jesús la falta de vino para invitarlo a dirigir a aquellos pobres esposos alguna palabra de consuelo [3]: "opinión, comenta Maldonado, no sólo falsa

[3] Esta sentencia de Calvino, abrazada por otros Protestantes y por los racionalistas, no ha dejado de encontrar recientemente secuaces hasta en algunos católicos. Así, por ejemplo, niegan en María la intención de pedir a Jesús un milagro el P. L. Fonck, S. J., el P. Gaetcher, S. J., Bourlier, etc. El P. Fonck, escribe: "Es oportuno aquí investigar si María tuvo la intención de pedir al Hijo un milagro. La respuesta afirmativa no es absurda... Sin embargo, ni el texto ni el contexto de San Juan persuaden de que la Madre, al hacer su pedido, pensase en una ayuda milagrosa de su divino Hijo. Porque María podía suponer, habiendo quizás comprendido algo de la intención de Jesús, que Él, según costumbre de las fiestas nupciales, proveería a la carencia de vino mediante uno de sus nuevos amigos, de los cuales por lo menos uno (Natanael) moraba en Caná." Pues entonces podría preguntarse al P. Fonck: ¿Por qué Jesús responde, como él mismo admite: "¿Qué cosa hay de común entre tú y yo?" Luego, para mayor dilucidación de su pensamiento, el P. Fonck continúa: "Si suponemos el caso de la promesa por parte de Jesús de proveer el vino, por ejemplo, para la segunda mitad de la fiesta, daría nueva luz a las palabras de la Madre. No es el caso de investigar de qué modo se conoció este pensamiento del Señor, pero nada impide suponer que, además de los esposos, tuviese noticia de ello también María. Ignorando, empero, cuándo y cómo Jesús contribuiría, Ella hizo lo que aconsejaba el momento: inmediatamente que se dió cuenta de la necesidad, la indicó a su Hijo. No podía en aquellas circunstancias emplear palabras más simples que las referidas por el Evangelio" (L. c., ps. 186-87). Por consiguiente cuando María dirá después a los servidores que se pongan a las órdenes de Jesús, obrará en la suposición de que ellos serán empleados en comprar o adquirir de otro modo natural el vino deseado. "Cierto —son palabras del P. Fonck— que Jesús no había dicho a su Madre de qué modo proveería el vino, pero era de presumir que recurriría a la ayuda de los servidores. Por lo cual María los invita a cumplir con diligencia las órdenes de su Hijo. Tal exhortación se halla plenamente conforme con las circunstancias que debieron acompañar el hecho. El banquete se efectuaba en una aldea más bien pequeña: los servidores no eran muchos y además se hallaban todos ocupados en ejecutar tantos quehaceres diversos. A la Madre, tan solícita del bien de los demás, debía importar en extremo que se proveyese lo más pronto posible a esta necesidad imprevista. Por lo que, con su advertencia, hizo de modo que los servidores se encontrasen prontos a la primera señal para ejecutar las órdenes de su Hijo" ("I Miracoli del Signore nel Vangelo", Roma, Instituto Bí-

sino ridícula". Pues, si por el texto, o sea, de las palabras de María, no aparece en Ella la intención de pedir una intervención milagrosa de Jesús, ella surge, sin embargo, con discreta evidencia de todo el contexto.

"El designio de Juan, observa justamente la «Revue Biblique» (41, 1932, 122), es el de relatar un milagro, el primero de todos, y cuyo efecto fué profundo. El prodigio está como en el aire, si así puede decirse, desde el principio. La pregunta (de María) va muy alto, como lo prueba el tono de la respuesta (de Cristo) y lo que le siguió." El mismo Jesús, a juzgar por lo que Él dice y por lo que luego hace, toma las palabras de María como un deseo de su intervención sobrenatural. Tanto más cuanto que una intervención simplemente natural, con toda probabilidad, no habría podido siquiera suponerse. ¿Cómo, en verdad, pensar que Jesús, modelo de pobreza, tuviese en los bolsillos una suma de dinero suficiente para proveer la gran cantidad de vino que se necesitaba? Puede y debe decirse también que ésta ha sido siempre la común interpretación de los Padres y de los exegetas, de la cual no es lícito apartarse.

María, por consiguiente, directa o indirectamente pedía al corazón

---

blico Pontificio, 1914, ps. 186-197). Finalmente, explica que Jesús, que había aceptado tomar parte en el convite nupcial, había pensado en regalar vino a los esposos: "...Era un sentimiento común entre los Judíos que en los banquetes nupciales convenía aumentar cuanto se podía el júbilo y la alegría. ¿Por qué habría Jesús faltado a esta delicada atención? La Mischna nos hace saber que los amigos de los esposos, al intervenir en las fiestas nupciales, ofrecían también una parte de lo necesario para el convite, como ánforas de vino o de aceite. Lo cual nos lleva a pensar que tampoco Cristo quiso desviarse de tal costumbre" (op. c., p. 185). Con tal explicación, o sea, negando a María la intención de pedir un milagro, el P. Fonck pretende refutar a los Racionalistas, quienes, para impugnar la historicidad del milagro de Caná, argumentan por las palabras de María interpretadas de modo tradicional. En efecto, María, dicen los Racionalistas, no podía tener la idea de pedir a Jesús un milagro, porque hasta ese momento ella no le había visto obrar ninguno. Mas, séanos lícito observar que no valía la pena impresionarse por tal objeción desde el momento que "la Virgen, como escribió el mismo P. Fonck, desde el día de su anunciación y del nacimiento de Jesús había oído de boca de su Hijo tales verdades, y visto hechos tan grandes y tan altos que, aun haciendo caso omiso de las revelaciones especiales, no podía no estar íntimamente persuadida de la dignidad y del poder de Jesús. Además, probablemente los discípulos habían referido ya a la Madre los prodigios que habían acompañado el bautismo del Maestro, como también el claro testimonio dado por el Bautista" (op. cit., p. 186). El P. Gaetcher y Bourlier han expresado la misma opinión en los *artículos citados*.

Según el P. Schildenberger (l. c.) las palabras de María: "No tienen vino", habrían tenido este significado: "Es mejor que nos vayamos; los demás seguirán nuestro ejemplo y de esta manera la concurrencia ni siquiera advertirá que las provisiones han venido a faltar." Empero la propuesta de la Virgen no fué aceptada. La respuesta de Jesús significaría: "Mi Padre celestial no me dice que tenga que alejarme de aquí."

de su divino Hijo una intervención milagrosa. El mismo Loisy, ateniéndose al espíritu del relato, no ha tenido dificultad en reconocerlo [4].

A la pregunta de María, Jesús responde: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer? Aun no es llegada mi hora". La interpretación de estas palabras "de sentido oscuro", son tan variadas y contradictorias que es casi imposible enumerarlas.

Todos los intérpretes católicos [5] están de acuerdo en reconocer que no hay nada de dureza, nada de impropio, o de poco honroso para María en el hecho de que Cristo la llame "mujer" y no "madre". Jesús emplea esta palabra siete veces en el Evangelio (Luc., 13, 12; Juan, 2, 4; 8, 10; 4, 21; 20, 15; 19, 26; Mat., 15, 28), sea para compadecer (episodio de la Samaritana y de la mujer adúltera), sea para sanar (la mujer curada en la Sinagoga), ya para alabar (episodio de la mujer Cananea, llena de fe), ya para consolar (aparición a la Magdalena, apenas resucitado). Pues bien, en todos estos casos, jamás el vocablo "mujer" presenta ni siquiera una sombra de menosprecio o de dureza. Hasta sobre el Calvario, al recomendar a su amadísima madre a San Juan, la llamará no ya "madre" sino "mujer". Esa palabra "mujer" equivale al término "Señora" de nuestro idioma. Los mismos autores griegos se sirven del apelativo "mujer" para interpelar por medio de sus héroes, a las princesas y reinas [6]. Hay más: en los textos de Ras Shamra, la diosa Ashirat es llamada a veces *st* (columna), vocablo que es puesto en relación con el árabe *sitt* (mujer, señora) [7].

Se trata, pues, de un apelativo honorífico. Puede, no obstante, pre-

---

[4] Mons. Le Camus advierte que "algunos exegetas serios han dado a las palabras de María un sentido lo suficientemente extraordinario como para no merecer ser señalado: "El vino está por faltar, habría dicho María, levantaos de la mesa a fin de que los demás hagan lo propio evitando así al dueño de casa el fastidio de no haber sido previsor." Jesús le habría respondido: "Mujer, nosotros no tenemos el mismo pensamiento. Aun no es tiempo de que yo me vaya, teniendo todavía algo que hacer." Todo lo cual se halla demasiado lejos del texto para ser vecino de la verdad ("La Vita di N. S. G. Cristo", vol. I, p. 280, en nota, Trad. ital. de Mons L. Grammatica, Brescia, 1927).

[5] He dicho *católicos*, porque los herejes quienes negaban que Cristo hubiese asumido una verdadera carne y por tanto fuese verdadero hijo de María (Montanistas, Valentinianos y Maniqueos), quisieron ver un apoyo a su error en el hecho de que Cristo la llamó mujer en vez de madre, no reconociéndola, por tanto, como Madre suya. Esta extraña interpretación fué refutada vigorosamente por San Agustín. Para desbaratarla, basta observar simplemente que el Evangelista, en este mismo relato, dice explícitamente: "Et erat *Mater Iesu* ibi", "Dicit *mater Iesu* ad eum".

[6] Cfr., por ejemplo, Jenofonte: "Ciropedia", VIII, 4.

[7] Cfr. E. Zolli, en "Marianum", 8 (1946), p. 12.

guntarse: ¿Por qué Jesús durante su vida pública siempre llamó a María con el nombre de "mujer" más bien que con el de "madre"? Evidentemente, lo hizo con propósito didáctico, para enseñar con el ejemplo además que con las palabras, el alejamiento de todo lo que es humano y puede constituir un impedimento en el camino de la virtud y del apostolado (Luc., 14, 26; Mat., 10, 35).

Plenamente de acuerdo sobre el uso honorífico del término "mujer" en lugar de "madre", los intérpretes católicos se dividen de un modo francamente desconcertante cuando se trata de determinar el sentido preciso de esas otras palabras: "¿Qué nos va a Mí y a ti? Aun no ha llegado mi hora". Expresiones que han sometido siempre a dura prueba la sagacidad de los intérpretes. Las variadas interpretaciones propuestas pueden dividirse en cuatro clases, según que las susodichas palabras sean interpretadas como suponiendo o un reproche (real o aparente), o una negativa (al menos inicial), o cierta oposición o, finalmente, un pleno asentimiento, sin ninguna clase de oposición. Avanzamos aquí, como es manifiesto, en un mar proceloso, en donde se requiere mucha buena voluntad. Por lo cual sentimos la necesidad de repetir lo que dice S. Juan Crisóstomo a sus oyentes al comentar este mismo pasaje evangélico: "la cuestión que tratamos no es de poca importancia" ("In Ioan.", Homil. XXI, P. G. 59, 130).

I. — INTERPRETACIONES QUE SUPONEN UN REPROCHE REAL O APARENTE

a) *Reproche real.*

1. — S. Juan Crisóstomo parece ser el primero que dió a las oscuras palabras de Cristo la entonación de un reproche. La razón de tal reprensión consistiría en el hecho de que la Virgen Santísima, en su intención de socorrer a los esposos, habría unido también la de hacerse notar por medio de su Hijo [8]. Otro tanto, con distintas gradaciones de pensamientos,

[8] "Tunc demum cum fiducia rogat eum, et deficiente vino, dicit: Vinum non habent: volebat enim, et illos beneficio devincere, seque splendidiorem per Filium reddere: et forte humanum quidpiam passa est, ut et fratres eius qui dicebant: Ostende teipsum mundo (Ioan., 7, 4), quod vellent ex miraculis sibi gloriam comparare. Ideo sic illi asperius respondit: *Quid mihi et tibi est, mulier? Nondum venit hora mea.* Nam quemadmodum matrem veneraretur, audi Lucam narrantem quam subditus esset parentibus; necnon hunc evangelistam dicentem, quantam illius curam in cruce habuerit. Ubi enim parentes rem divinam non

repiten algunos otros Padres. Así, San Ireneo cree que con esas palabras Jesús había entendido reprimir la intempestiva prisa de su Madre [9]. S. Máximo de Turín ve en las palabras de Cristo una desdeñosa respuesta a la madre, por la temeridad demostrada al pedir un beneficio de orden material a Quien había venido a renovar espiritualmente todo el universo [10]. El mismo San Bernardo opina en un discurso suyo que la respuesta de Jesús a María contiene cierto tono de reproche [11]. Otro tanto opinan San Atanasio, Teofilacto, Eutimio, Ammonio, etc.

2. — Los primeros Reformadores han querido ver en la respuesta de Jesús una especie de protesta contra la intromisión de María en la distribución que Él desea hacer de sus favores divinos (Cfr. los diversos pasajes en S. Pedro Canisio: "De B. M. Virgine incomparabili", lib. IV, cap. 18). Esta interpretación es también generalmente compartida por los Protestantes de hoy. Según Lutero "las palabras del Hijo reprimieron las femeninas ambiciones de la madre y la llamaron al deber".

3. — Recientemente, Bartmann parece suponer también en las palabras de Cristo una amonestación destinada a elevar un poco más el tono de los sentimientos de María. Después de sentar que Jesús quiso afirmar su independencia de María en la obra mesiánica, para la cual quería y debía atenerse únicamente a la voluntad de su Padre (por lo que llamaba *su hora* a aquella que le había sido fijada por Él), Bartmann, reconociendo por otra parte que la ejecución de cuanto pedía la madre de Cristo no fué aplazada, cree que la discrepancia entre la hora de Jesús y la de María no radicaba propiamente en el tiempo material sino en los diferentes criterios que movían a la madre a pedir y al Hijo a obrar; aquélla era, sin duda, impulsada de sentimientos rectos y justos, pero humanos; el Hijo, en cambio, obedecía a una inspiración de naturaleza totalmente

---

impediunt, neque prohibent, cedendum ipsis est; et si secus fiat, periculum magnum est: cum autem a nobis intempestive quidpiam postulant nobisque officiunt in spiritualibus, non tutum est ipsis obsequi" ("Homil. 21", alias 20, In Ioan. P. G. 59, 130 y sgtes.).

[9] "Properante María ad admirabile vini signum, et ante tempus volente partecipare compendii poculo, Dominus repellens eius intempestivam festinationem, dixit: —*Quid mihi et tibi est, mulier? Nondum venit hora mea.* (San Ireneo, "Contra Haer.", t. III, c. 16, n. 7.)

[10] "...ait beatissima Maria: — Vinum non habent. — Cui velut indignans respondit Iesus: — Quid mihi et tibi est, mulier? — Haec verba indignantis esse quis dubitet? Sed idcirco, ut reor, quia tam temere ei mater de defectu carnalis poculi suggerebat, qui venerat totius orbis gentibus novum salutis aeternae calicem propinare..." (S. Máximo de Turín: "Hom. XXIII", P. L. 57, 274 y siguientes.)

[11] "...Et is quidem sermo (Mariae et Filii in nuptiis) certissimum index ingenitae mansuetudinis et virginalis verecundiae fuit. Aliorum quippe verecundiam suam reputans, sustinere non potuit vini dissimulare defectum. Ubi sane increpata est a Filio..." ("Sermo de 12 praerogativis B. V.", n. 10, P. L. 183, 435).

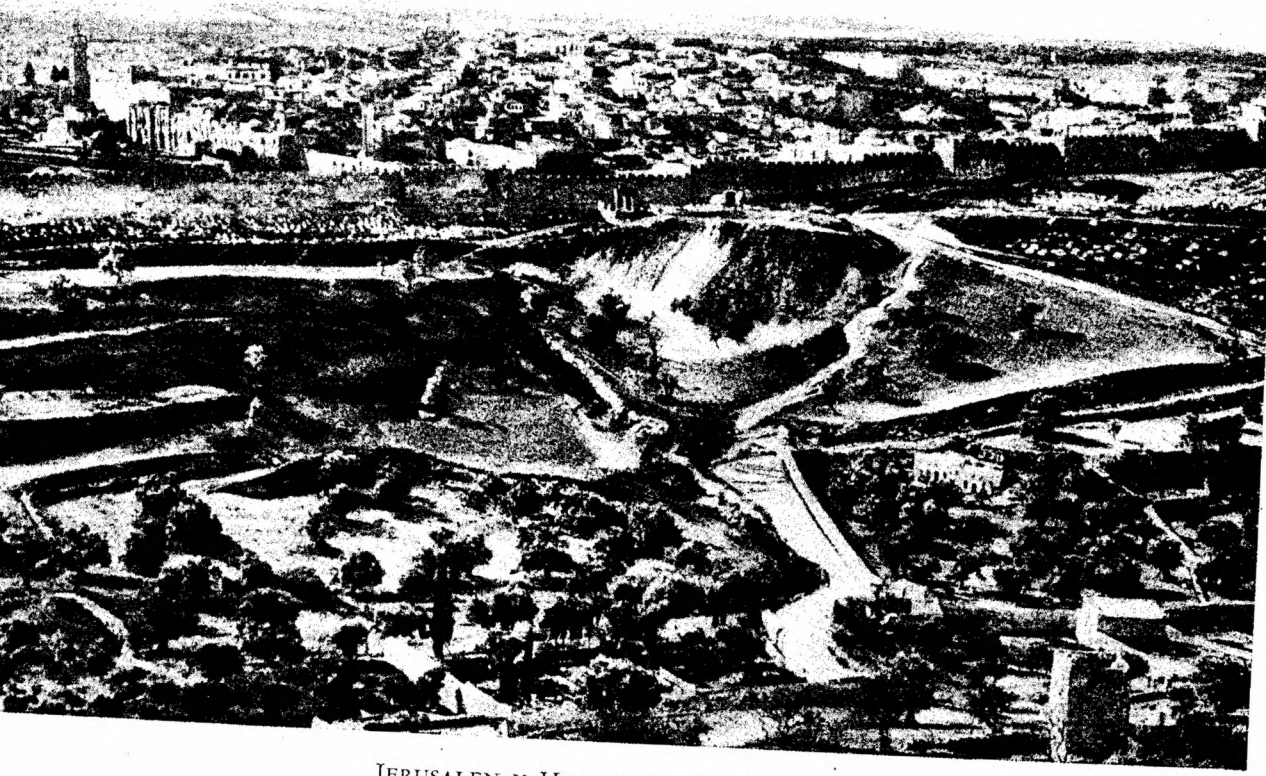
Empero después, aproximándose más a la verdad dice el Santo: "Durior fortasse et austerior videri posset responsio Domini; sed noverat ille cui loqueretur; et quis loqueretur illa non ignorabat" ("Sermo I, in dom. I post oct. Epiph.", P. L. 183, 155 C.)

superior. "En la respuesta de Jesús, no es la exterior diversidad de hora lo que se hace notar, sino la de los factores que la caracteriza Las horas del hombre y las de Dios, aun cuando coincidan en tiempo siempre son dos horas diversas y no idénticas." "...No son l horas reales que deben aproximarse, sino la manera de ver y de pensa no son las externas circunstancias de tiempo las que deben sufrir u cambio, sino son los juicios internos de la fe los que tienen necesid de ser iluminados; no se significa un rechazo del contenido de la petici (o a lo más un retardo en el tiempo, por cuanto despreciable), sin que debe comprenderse como una corrección del motivo de la demand La petición de María, como ella la expuso desde el principio, habría e tado bien en Nazaret, pero no ahora. La posición de Jesús ha cambiad fundamentalmente. De ahora en adelante, cuando María pida alguna co deberá tener en cuenta este cambio de posición del Hijo, deberá obr con miras puramente sobrenaturales, y no según los impulsos de su n tural sentimiento maternal. Haciendo esto, o sea adorando la soberar disposición de la voluntad del Padre, tendrá siempre su hora conform a la del Hijo. Entonces ya no deberá esperar más la hora del Señ sino que ésta será con toda confianza y voluntaria rendición dejada e las manos del Padre, con todo su contenido: *fiat.*" Concluyendo Bartman dice que la oración de María fué una ocasión, una condición, un impul al milagro: no fué rechazada, ni retardada, sino que fué reformada e sus motivos y elevada a un grado más alto" ("Christus ein Gegner d Marienkultus?", p. 89-91).

b) *Reproche aparente.*

Un buen número de exegetas, luego de haber desechado del toc la creencia en un reproche real, recurren a una censura aparente, o se a una amonestación que, aunque dirigida a María, se refería tambié a los demás, para su común enseñanza. Tal es la opinión de Calvin "El motivo por el cual Cristo habló así recae, no tanto sobre ella cuan sobre los demás" ("Comm. in Ioan."). Maldonado admite también es interpretación ("In Ioan.", cap. 2). Jesús, afirma él, con tal aparen reprensión habría querido demostrar —según opinión común de l intérpretes tanto antiguos como recientes—, que obraría milagros no como hombre, hijo de una mujer, sino como Dios, y que por consiguient bajo tal aspecto, nada tendría de común con la Madre. Y aduce la aut ridad de Orígenes, de San Agustín, de San Gregorio, de Teófilo de A tioquía, de San Gaudencio, de San Beda y de Eutimio. El P. Buccero proponía recientemente en estos términos la susodicha opinión: "Y Jes dijo: ¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer? Aun no ha llegado mi hora". N hay duda que estas palabras, tomadas en su sentido literal, incluy naturalmente una especie de reprensión hecha por el Hijo a la Madr mas, aparte de que lo que hay en ellas de aparente dureza pudo ser su vizado por la actitud del rostro y por la manera cómo fueron dich ellas contienen más bien una sublime instrucción dirigida, no ya a la m

PABLO VERONESE. *Las bodas de Caná.* Detalle



JERUSALEN Y HUERTO DE GETSEMANÍ

dre, a la cual nada le era desconocido de los misterios de su divino Hijo, sino a los circunstantes a quienes era necesario enseñarles a distinguir en Jesucristo las dos naturalezas. El poder de hacer milagros es propio de Cristo en cuanto Dios, y no en cuanto hombre. De ahí que estando Jesús, como dice San Agustín, en trance de hacer una obra absolutamente propia de Dios, muestra casi no reconocer a la madre de la cual había sido engendrado según la carne, para que se comprendiese que en Él había, además de las apariencias, otro sér al cual debía extenderse la fe de los discípulos; y de esta sublime verdad, es decir, del sér divino de Cristo, debía ser una prueba el prodigioso cambio del agua en vino. En efecto, el Evangelio concluye el relato diciendo que, precisamente en Caná de Galilea, en esta ocasión, Jesús dió comienzo a sus milagros y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos. Mas, no sólo esto, sino que también quiso Cristo dar otra enseñanza a los que le rodeaban y a todas las generaciones futuras. Sus palabras fueron "para nuestra instrucción, a fin de que nuestra vida espiritual no fuese impedida en su ejercicio por el carnal afecto de los padres" ("La B. V. María", p. 234, Roma, 1913).

II. — INTERPRETACIONES QUE SUPONEN UNA NEGATIVA, POR LO MENOS APARENTE

1. — La primera de éstas es la propuesta por S. Gregorio Niceno († alrededor del 395). Dice así: "Habiendo exhortado María (a su Hijo) en Caná de Galilea a demostrar, durante las bodas, su omnipotencia proveyendo la mesa de vino, Jesús no rehusó el ser complaciente con quienes se encontraban en necesidad, pero rechazó, como absolutamente intempestivo, el consejo materno, diciendo: *¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?* ¿O es que, acaso, tú quieres regirme todavía en la edad en que me encuentro? ¿No ha llegado, acaso, el tiempo y la edad que me permite gobernarme y ser independiente?" (*"In illud: Quod sibi subiecit omnia, etc."*, P. L. 44, 1307-8). Por consiguiente, Jesús habría opuesto un claro rechazo. Y la razón de tal repulsa habría sido su independencia del pretendido predominio de María sobre Él. Para llegar a esta peregrina exégesis, San Gregorio Niceno, después de Taciano, patrocina la añadidura de un signo de interrogación después de las palabras: "Aun no ha llegado mi hora". Empero, creemos no faltar al respecto al insigne Padre si pensamos que quizás sea más justo poner un punto interrogante a su interpretación.

2. — También S. Juan Crisóstomo supone por parte de Cristo un rechazo, al menos inicial. Dice: "¿Y por qué, diréis vosotros, por qué Jesús, después de haber dicho: *Aun no ha llegado mi hora,* y haber respondido que no, hace, empero, lo que su Madre le había pedido? Para demostrar a sus enemigos, a aquellos que dirían que Él se hallaba sometido a la hora, que jamás había dependido ni de la hora ni del tiempo. Y en verdad, de haber estado sometido al tiempo, ¿cómo habría podido

cumplir esta obra en el momento oportuno, puesto que su hora no había aún llegado? *Él lo hizo así para honrar a su Madre,* para no resistirle completamente, para no dejar creer que Ella hubiese hecho ese pedido por humana debilidad, para no cubrirla de confusión ante los invitados, habiendo Ella llamado sin más ni más a los servidores" (*"Homilia XXI in Ioan."*, P. G. 59, 130 y sgts.).

3. — Es bastante difundida la interpretación según la cual la negativa de Jesús habría sido no ya absoluta sino solamente condicionada, como sucedió en el caso de la Cananea. Rechazada, la Cananea continuó insistiendo, y fué escuchada. Otro tanto habría hecho María. Desoída por Jesús, habría continuado rogando, no ya con las palabras, sino con los hechos, diciendo a los sirvientes: "Haced todo aquello que Él os diga". Tal parece ser también la opinión del P. Lagrange: "La sola explicación (aceptable), escribe, es que la humildad de María y su abandono obtuvieron lo que desde el principio le había sido negado. Y conviene decir también que después de un rechazo, el poder de su intervención brilla con más intensa luz. Si Jesús hubiese accedido inmediatamente, habríase podido creer que Él otorgaba a su madre aquello que estaba ya dispuesto a hacer. Pero sucede lo contrario: aun no había llegado su hora y, sin embargo, concede el milagro. La oración de la Cananea había sido más rumorosa, sus insistencias casi fastidiosas, y sin embargo, Jesús se declaró vencido frente a su obstinada confianza (Mat., 15, 21 y sgts.). ¿Por qué no habría cedido ante su Madre, que se comportaba de una manera incomparablemente más discreta, pero al mismo tiempo más confiada? Todo se desenvuelve aquí en una atmósfera de sentimientos delicados: y comprender así esta cuestión es penetrar en el espíritu del texto" (*"Evangile selon St. Jean"*, II, 5, p. 57).

4. — Del mismo modo la interpretación del P. Gäetcher supone un rechazo, al menos inicial. Sostiene él lo siguiente: que María no pensó en pedir un milagro, sino simplemente una ayuda para los esposos necesitados; que Ella no se había dado cuenta aún de que Jesús había iniciado una nueva fase de su vida, bien diversa de la transcurrida en Nazaret; que recibió una respuesta bastante dura y, por lo menos en un principio, negativa: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?"; que Jesús declaró no haber llegado aún su hora, entendiendo significar el momento de su retorno al Padre mediante su propia muerte y resurrección; que después de esa intensísima hora, Jesús no dejará nunca de oír ninguna petición de su Madre, porque sus ruegos no se referirán ya a objetivos terrenos y naturales[12] y entonces María será en verdad la mujer anunciada en Génesis 3, 15 (de donde el apelativo de "mujer" usado por Jesús); que María no comprendió en el acto la respuesta de Cristo[13], y no sabiendo

[12] No solamente durante su ministerio, sino *jamás* Jesús tuvo en cuenta lo que fuera terreno o natural. Además, es por lo menos extraño el establecer como principio que, desde el comienzo de la vida pública de Cristo hasta su resurrección la petición de María no había ya de ser escuchada, y esto precisamente en el momento mismo en el cual de hecho habría sido oída.

[13] No la comprendió en tal sentido porque no lo tenía.

si era *sí* o *no*, se limitó a decir a los servidores que se atuviesen a las órdenes de Jesús; que el Señor, haciendo una excepción a la regla, condescendió a los deseos de María, pero de un modo muy diverso de lo que Ella misma esperaba" (l. c.).

5. — Según Briemle, las palabras dirigidas por Jesús a su Madre podrían parafrasearse así: "El asunto de la falta de vino, oh mujer, no pertenece a nosotros, sino *a los esposos*. Cuando yo sea el Esposo (es decir, en la hora de la Pasión, cuando despose a la Iglesia), entonces procuraré el vino nupcial (esto es, dejándonos su preciosísima sangre bajo las especies del pan y del vino). Pero mi hora no ha llegado aún. Por lo tanto, en este momento, ni tú ni yo estamos obligados a preocuparnos por el vino". De estas palabras, la Virgen Santísima habría concluído: "Aunque mi Hijo no está obligado, sin embargo, impulsado por la caridad, ciertamente sacará del apuro a los pobres esposos". Y Jesús hizo que esta confianza de su dilectísima Madre no fuese defraudada (l. c.)".

Pertenecen también a las interpretaciones que suponen una negativa todas las que traducen la expresión "quid mihi et tibi" por: "¿qué cosa hay de común entre tú y yo, mujer?".

III. — INTERPRETACIONES QUE SUPONEN CIERTA OPOSICIÓN

Numerosas son tales interpretaciones y se distinguen entre sí por el diverso motivo que vendría a justificar ese disentimiento.

1. — Según algunos (Cayetano, Toledo, Estio, Sa, Menocchio, Calmet, etc.), la oposición se habría motivado por el hecho de que el vino no se habría acabado del todo, y por eso Jesús habría dicho que su hora aun no había llegado.

2. — Otros, con San Agustín, motivan la oposición en el hecho de que el hacer milagros pertenece a Jesús como Dios, no ya en cuanto hombre, hijo de María. Por consiguiente, la hora en que debía reconocerla como madre no había llegado todavía. Esta hora sonará en el Calvario (efectivamente, Jesús llamó muchas veces a ese tiempo "su hora"): entonces la reconocerá como Madre, porque sufriendo, obrará como hombre, como hijo suyo.

3. — El P. Brinkmann, S. J. (l. c.) explica así las palabras de Cristo: "¿Qué nos importa a Mí y a ti del vino?" Con estas palabras, Jesús no secunda ni tampoco rechaza del todo la petición de su Madre: dice solamente que ni Él ni ella están obligados a preocuparse por el vino, pues eso pertenece a los esposos. A las palabras, pues, de Cristo: "aún no ha llegado mi hora" da este significado: "no se han cumplido aún todas las condiciones necesarias para que yo intervenga". Entre tales requisitos se hallan no solamente la oración de María sino también la petición de los sirvientes. Impulsada María por la confianza de que estas condiciones se verificarán muy pronto, dice a los servidores que hagan lo que Jesús les diga. Éstos

obedecen: los requisitos para obrar el prodigio se realizan, y la hora del primer milagro llega.

4. — Otros, en mayor número, encuentran el motivo de tal oposición en el hecho de que la hora, o sea, el momento de hacer milagros, determinado *ab aeterno* por el Padre, no había llegado aún. Empero, por consideración a su madre, aquélla fué adelantada (Eutimio, S. Cirilo de Alejandría, Toledo). Hay quienes añaden que la Madre fué escuchada por el Hijo, quien anticipó la hora de los milagros, porque Ella había acatado con humildad su oposición (Grimm, Schaefer). Maldonado observa que Cristo no dice que no haría el milagro, sino quiere significar solamente que lo hará a su tiempo, esto es, apenas llegue su hora: cosa que sucede poco después. Por consiguiente, cuando María presentó su petición, la hora no había llegado aún, pero no tardó. — Evidentemente, este es un modo de hablar poco serio y poco conveniente para Jesús. Más razonablemente, observan otros que no habría sido aquélla la hora establecida por el eterno Padre para el primer milagro de Cristo (durante un festín de bodas) si no hubiese intervenido la oración de María. En tal sentido la oración de la Virgen anticipó, a nuestro modo de entender, la hora de los milagros (*Patrizi, Nisio, Power,* etc.).

Por consiguiente, las palabras "aún no ha llegado mi hora" significarían "No habría llegado mi hora si tú no hubieses intercedido; pero ahora ya ha llegado".

5. — Según M. A. Schuez, la oposición se habría debido a una mala interpretación de María. Ella, teniendo el alma llena de las promesas del Antiguo Testamento, imaginaba una transformación de la naturaleza en la cual el Mesías haría correr el vino a torrentes. Jesús, en cambio, le habría respondido que el tiempo de la transformación del mundo no había llegado aún, y María habría comprendido que él se contentaría con un milagro particular, al estilo de los demás profetas (*"Biblische Zeitschrift"*, 1922 p. 93 y sgts.).

6. — Afín a esta última es la interpretación dada en el "The Tablet" (12 de Mayo de 1917, p. 606) por alguien que firma *"Un sacerdote de María"*. Según éste, Jesús habría hecho observar cortésmente a su Madre si bien accedió a sus ruegos, que Ella no había comprendido bien lo que Él le había explicado en Nazaret a propósito de su oficio de *intercesora,* el cual debía inaugurarse solamente *después de la Ascensión* [14].

IV. — INTERPRETACIONES QUE SUPONEN UN PLENO ASENTIMIENTO

Según algunos intérpretes modernos, las palabras de Cristo excluirían no solamente cualquier reproche (real o aparente), o denegación (aunque

[14] No podemos a menos que preguntar aquí: ¿Es María la que no comprende, o más bien el extraño exegeta?

sea inicial), sino también cualquier especie de oposición, y significarían un pleno asentimiento a la petición de María.

Algunos recientes intérpretes entienden las palabras de Jesús en este sentido: "Déjame obrar a mí. ¿No ha llegado acaso mi hora?" Ponen, pues, un interrogante a las palabras: "Aún no ha llegado mi hora." Ese signo de interrogación, dicen, se encuentra en el "Diatessaron" de Taciano, discípulo de S. Justino, y en S. Gregorio Niceno. Observamos que los códigos más antiguos del texto evangélico carecen de puntuación alguna, y que ésta fué obra de copistas y de intérpretes posteriores. En su edición crítica, Nestle pone al margen inferior la forma interrogativa que prefiere, por varias razones expuestas por él en *"Expository Times"* (Agosto de 1911, n. 526).

Añaden dichos intérpretes que la Virgen estaba perfectamente al corriente de las intenciones de Jesús, de dar comienzo a su misión obrando prodigios para captarse la fe de los Palestinenses. De ahí que, estando totalmente persuadida de ello, apenas advierte la falta de vino y el inminente embarazo de los esposos frente a los invitados, se dirige a su Hijo con la máxima confianza y le pide el milagro. Y Jesús, con su respuesta, confirma plenamente sus intenciones, diciendo: "Déjame obrar a mí, mujer. ¿no ha llegado acaso mi hora?" En otros términos, Jesús habría querido decir: "No temas, yo puedo proveer, porque después de todo ha llegado ya el tiempo de manifestar públicamente mi poder: tú ya lo sabes; no tengas, pues, ningún temor; haré lo que deseas." Así opinan de Stefani (en *"Maria Santissima"*, ps. 605-607), Campana en *"Maria nel Dogma"*. p. 1103, ed. IV), Knabenbauer, etc. Pero el primero en proponer tal interpretación fué cierto M. Egger (Cfr. *"Etudes ecclésiastiques"*, enero de 1896).

2. — El P. Ollivier, O. P., no sólo no ve en las palabras de Jesús ni sombra de oposición, sino que llega a decir que ellas expresan más bien la satisfacción de quien ve que ha sido prevenido y comprendido en seguida (*"Les amitiés de Jésus"*, p. 24). Esto explica, según él, el hecho de que María haya contado con seguridad con el milagro. Basa el P. Ollivier esta interpretación en el modo de hablar todavía en uso entre los orientales, para quienes la frase: "Qué nos va a Mí y a ti" es empleada para expresar la propia satisfacción de ser comprendido inmediatamente. Y cita a este propósito un episodio (l. c., p. 24, nota).

3. — Otro Dominico, el P. Reylli, al subrayar en la respuesta de Jesús la palabra *mía* (la hora *mía*), da a tal respuesta la siguiente versión: "*Mi hora* (de hacer milagros) no ha llegado aún: la *tuya*, en cambio, dura todavía...", es decir: "Yo no he comenzado aún mi misión pública: tu autoridad maternal, por consiguiente, sigue siendo ley para mí, y tu deseo es, pues, también el mío..."

4. — Recientemente, el P. T. Gallus, S. J., proponía otra interpretación. Basándose en el principio de que Cristo, muy frecuentemente, se servía de locuciones metafóricas, a las cuales se reduce la *alusión*, ve también en las palabras "Qué nos va a Mí y a ti, mujer" una alusión, por parte de Cristo, a la futura cooperación de la Virgen con Él sobre el Calvario, cooperación

que estaría prefigurada por aquella que Ella tuvo en la primera obra mesiánica (o sea, en el primer milagro). Admitida esta alusión de María al sacrificio redentor, se comprende bien, dice, de qué modo Jesús había podido afirmar que el tiempo (o sea la hora) para tal cooperación no había llegado aún, sin negar empero la cooperación actual que simplemente prefiguraba a la futura. Esa cooperación es rechazada solamente por el hecho de que entonces se hallaba todavía en potencia. El sentido, pues, de las palabras de Cristo sería éste: "Oh, mujer, aún no ha llegado mi hora para nuestra cooperación que está prefigurada por esta tu intervención en el milagro" (l. c.).

5. — Una interpretación que excluye cualquier disentimiento en las palabras de Jesús, mas excluye también cualquier intervención de María en el prodigio obrado por Él, es la que ha sido dada recientemente por Bourlier (l. c.). Éste, luego de suponer, gratuitamente, que María Santísima no tuvo en absoluto intención de pedir a Jesús, aunque fuese indirectamente, un milagro, asegura que la Virgen no esperó a advertir cuando el vino se hubo terminado sino que habló, como mujer previsora, apenas la llegada de los discípulos de Jesús hizo prever que el vino no alcanzaría [15]. Y Jesús le habría respondido más o menos así: "Muy bien, Madre mía; dentro de poco, cuando llegue el momento (de remediar la falta de vino)... lo proveeré" sin especificar de qué modo, es decir, si de un modo natural o milagroso. La hora a la cual se habría referido Jesús sería el momento en que Él remediaría la falta de vino, y no ya la circunstancia en el cual se manifestaría mediante un milagro [16]. Inmediatamente después de esta respuesta, María previno a las personas de servicio que estuvieran prontas a ejecutar cuanto les dijera Jesús, pues, no estando Él en su casa, no tenía ninguna autoridad sobre ellos. Entre la petición, la respuesta de Jesús y el milagro, habría transcurrido cierto tiempo [17]. Sólo cuando Cristo dió orden de llenar los cántaros de agua comprendió María que Jesús quería intervenir con un milagro.

6. — Después de haber examinado cuidadosamente los distintos lugares paralelos de la expresión "Quid mihi et tibi", tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento, el ilustre Profesor Eugenio Zolli (l. c.) concluye afirmando que en todos los pasajes del Viejo Testamento, con excepción de uno solamente (2 Reyes, 3, 13) y en todos los del Nuevo, la locución mencionada indica siempre un pleno acuerdo, nunca por el contrario oposición. Jesús, pues, habría dicho: "Ningún disentimiento existe entre tú y yo, mujer; lo que pides será hecho..." ¿Y qué decir de las palabras: "mi hora"? "Es la hora de Jesús; enteramente suya. La más alta, la más

---

[15] Es una suposición gratuita.

[16] Puede observarse, en contra que, puesto que el momento en el cual Jesús habría intervenido para procurar el vino coincidía de hecho con el de su manifestación mediante su primer milagro, la *hora* a que se refería venía a coincidir realmente con el momento en el cual quería manifestarse con un prodigio...

[17] Esta es una suposición completamente gratuita y contraria al texto, el cual supone que el milagro sucedió *inmediatamente* después de la petición de María y la respuesta de Jesús.

dolorosa, la más santa, la más sublime de la historia de la humanidad y de todos los tiempos. Es la hora en la que no se puede pensar sin estremecerse. *Horam illam*, dice San Agustín, *esse horam mortis*... Jesús está con el pensamiento tan lejos del júbilo rumoroso de los convidados... Pues está por comenzar la época decisiva de su existencia terrenal. El primer prodigio... la fe que ahora tendrán en Él sus discípulos... luego la predicación... otros prodigios... rebelión y admiración... fidelidad y traición... *hosanna* y *crucifige!*... ¿Qué hay entre Mí y ti, mujer? (Ningún disentimiento; tu petición se cumplirá). Aquí se produce un silencio profundo que la Madre santísima comprende y del que intuye toda la gravedad... Ese silencio parece querer decir: Algunos cántaros de vino... muy otra cosa nos espera a nosotros dos... A Mí, un ser tan singular... Hijo de Dios... Hijo tuyo y no tuyo... Mi dolor será tu dolor; tu aflicción será también mía... Oh, tú, Madre... Mujer, Señora del amor, Señora del dolor, Señora de la gloria, *Mater amabilis*... Madre de Dios...

"El prodigio de Caná es el primer paso en el camino que conduce hacia la cruz. Allí despunta el alba que preanuncia la hora seráfica de la Pasión. La hora que tanto hizo padecer a Cristo y hace sufrir a nosotros con Él. Caná preanuncia y prepara la hora de la Pasión, de los padecimientos del Señor por la humanidad de todos los tiempos, la hora en la cual fué torturado y crucificado el más alto y el más santo Amor: el Redentor."

V. — LA INTERPRETACIÓN QUE PREFERIMOS

Como se ve, en las citadas interpretaciones, hay para todos los gustos. Las palabras pronunciadas por Jesús han sido de tal manera exprimidas, manejadas y revueltas, que se les ha hecho dar todos los sentidos posibles, no excluídos los más extraños. Por consiguiente, espontáneamente nos preguntamos: ¿cuál, entre tantas interpretaciones, es la que parece más conveniente? San Agustín decía ya que, para comprender la respuesta dada por Jesús a su Madre en las bodas de Caná, era necesario golpear a las puertas de la verdad, no ya litigando sino orando: "orando pulset, et non rixando accedat ad ostium veritatis" ("In Evang. Ioan. Tract. VIII", n. 7, P. L. 35, 1454). Seguiremos este sabio consejo.

Antes de pronunciarnos, creemos indispensable establecer algunos criterios admisibles para todos y sobre los cuales debe basarse una solución que se respete. Tales criterios, según nuestro modesto modo de ver, son los siguientes:

1) La rápida narración joánica del primer milagro debe ser considerada en bloque, en todo su conjunto, en la íntima concatenación

de las palabras, de las ideas y de los hechos, no ya en alguno de sus incisos o en algún detalle solamente. Considerada en su conjunto, se nos aparece como un todo orgánicamente compacto, en una lógica no ya ocasional, sucesión y concatenación de causas y de efectos. El Evangelista, hijo predilecto de María (también debe ser tenida en cuenta esta circunstancia particular), entiende relatar el primer milagro con el que Jesús quiso manifestar su gloria y el cual fué causa de la fe de sus primeros discípulos. En ese prodigio existió la intervención de María. Por consiguiente, toda la narración, como notaba ya Santo Tomás, se reduce a tres puntos principales: "En el milagro hay algo que concierne a la Madre, algo que se refiere a Cristo, y algo a los discípulos... La Madre *procura* el milagro; Cristo *obra* el milagro, y los discípulos *dan testimonio* de él..." ("Comm. in Ioan.") En la narración de S. Juan, todo se halla admirablemente ligado con una singular sobriedad de palabras y de pormenores, reducidos a lo que es puramente esencial. Pues el hecho de que el prodigio sucedió inmediatamente después de la intervención de María, no es un sofisma lógico ("*post hoc,* ergo propter hoc"), sino que es a la vez una lógica y ontológica concatenación de hechos que se desenvuelven, no ya al acaso sino en íntima relación de causa a efecto. La intervención de María (primer punto) causa la de Cristo (segundo punto). Por no haber tenido en cuenta, así nos parece, este primer criterio, se han originado algunas interpretaciones erradas o al menos bastante extrañas, como la que niega a la Virgen la intención de pedir al Hijo una intervención milagrosa, y la que supone cierto lapso entre su petición (junto con la orden dada por Ella a los servidores) y el milagro de la transformación del agua en vino.

2) Segundo criterio: Los dos incisos de la respuesta de Cristo (esto es: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?", y "Aun no ha llegado mi hora"), deben ser considerados conexos y correlativos entre sí, no ya separados. Pues el segundo inciso ("Aun no ha llegado, etc.") dá la razón del primero ("¿Qué nos va...?"). Deben, por lo tanto, armonizarse recíprocamente en todas las interpretaciones, así como armonizan entre sí. Han de descartarse, pues, todas aquellas interpretaciones que (como, por ejemplo, la del P. Ollivier), insisten casi exclusivamente sobre uno u otro de los dos incisos, sin preocuparse mucho de su perfecto acuerdo.

3) Un tercer criterio consiste en tener en cuenta que la cuestión que nos ocupa es eminentemente filológica, pues se trata

de una expresión puramente *semítica.* Debe, entonces, ser interpretada según la lengua y la mentalidad de los semitas, no según la lengua y la mentalidad nuestra. Se sabe, en efecto, que ciertas expresiones idiomáticas, ciertos idiotismos, no se pueden traducir a nuestros idiomas. Se requiere, por tanto, como justamente observa Ricciotti, "el conocimiento de las lenguas semíticas que, por el contrario, muchas veces, son desconocidas de los intérpretes" ("Vida de Jesucristo", n. 283, en nota).

4) Un cuarto criterio consiste en reconocer lealmente que el primero de los dos mencionados incisos (es decir, las palabras: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?") interpretado *sencillamente,* según el criterio precedente, expresa siempre cierta *oposición,* derivada de varias causas. He dicho "siempre", y lo confirmo. En efecto, tal afirmación se verifica constantemente en las citadas palabras consideradas ya sea en todos los lugares paralelos en los que se encuentran, ya sea en nuestra narración joánica.

En efecto, tal modo de decir ("¿Qué nos va a Mí y a ti?") puede indicar consentimiento u oposición según el contexto. Así, por ejemplo, en el libro 2 Reyes, 3, 13, a Joram, rey de Israel, que pedía agua en el desierto de Edom, el profeta Eliseo responde: "Qué tienes tú que ver conmigo? Anda, ve a los profetas de tu padre y de tu madre." Existe aquí, evidentemente, como por lo demás admite también el muy ilustre Profesor Zolli, l. c. p. 10, una verdadera oposición. En otros lugares, en cambio, en virtud del contexto, la misma expresión indica pleno asentimiento. Esto supuesto, no parece demasiado difícil demostrar, que en nuestro caso, la mencionada locución puede significar cierta oposición. Considérese bien, en efecto, el segundo inciso de la respuesta de Cristo: "Aún no ha llegado mi hora". Allí se indica el motivo de esa especie de disentimiento expresada con el primer inciso: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?" Aquella hora, pues, parece ser la del milagro, y no de la Pasión: en efecto, la Virgen Santísima había pedido un milagro, ni había en sus palabras la más mínima alusión a la Pasión. Si por otra parte, Jesús hubiese querido referirse a la hora de la Pasión, habría respondido, como es evidente, de un modo bastante oscuro, casi ininteligible. Así nos parece.

5) Un quinto criterio, que también nos parece indiscutible, es éste: el mejor intérprete de la respuesta de Jesús fué indudablemente su Madre, incomparablemente superior a cualquier otro que haya aparecido o pueda aparecer sobre la tierra. Pues ningún intérprete ha tenido ni tendrá jamás la inteligencia de María y la penetración que ella tuvo. Además: cualquiera de ellos, para llegar a entender

el verdadero sentido de las palabras de Cristo, no tiene a su disposición otro medio que el texto evangélico, consignado quizás de un modo excesivamente sintético e incompleto. María Santísima, por el contrario, tuvo a su alcance algo vivo, real: la voz, el gesto, la mirada, la sonrisa, la palabra viviente de Jesús, la cual debía expresar, de un modo más que claro y quizás más abundante que el referido por Juan, lo que Él quería decir.

Así pues, puesto que el mejor intérprete de la respuesta de Cristo fué María, creemos que el medio más seguro para llegar a comprender en su verdadero sentido tal respuesta es, precisamente, el de tomar como guía a la Virgen e interpretarla conforme Ella lo hizo. Ahora bien, ¿de qué modo entendió María la respuesta? La comprendió no como un reproche (real o aparente), ni como una negación (aunque sea inicial); pero tampoco como un pleno asentimiento, sin alguna especie de oposición, sino que la entendió como un asentimiento dado luego de cierta oposición o disentimiento proveniente, no ya de la persona que pedía sino de la cosa pedida, por el simple hecho de que no habría sido aquella la hora de concederla: oposición y disentimiento, empero, al punto superados por consideración hacia Aquélla que había suplicado. Nos explicaremos mejor.

a) En primer lugar, la Virgen Santísima no entendió de ninguna manera las palabras de Cristo como un reproche o como una reprensión, al menos real. ¿Cómo habría Jesús reprochado o reprobado con las *palabras* a Aquélla a la cual Él mismo honró inmediatamente después, de un modo tan prodigioso, con los hechos? [18] Además, la reprensión o reprobación supone culpa. Mas, ¿qué culpa puede encontrarse en las palabras de María, tan modestas, tan mesuradas, tan discretas? Excluída, pues, cualquier falta en sus palabras, ¿podría quizás argüírsela en la intención, como lo hizo S. Juan Crisóstomo? No, porque tal intención, antes que suponerla, sería menester demostrarla. San J. Crisóstomo, ha dicho justamente Santo Tomás, al escribir sobre esto erró, "se extralimitó" ("Suma Teol.", P. III, q. XXVII, a. 4, ad. 3). En fin, debe notarse que el mismo S. J. Crisóstomo propone en forma dubitativa ("quizás") su interpretación: indicio evidente de que no se sentía muy seguro de ella. El mismo después,

[18] Tal es la juiciosa observación del autor de las "Quaestiones et responsiones ad orthodoxos", atribuída a San Justino, pero que pertenece a un autor del siglo V: "Nequaquam ergo Matrem verbis obiurgasset, quam actionibus colebat" (P. G. 6, 1390 A).

se apresura a decir que Jesús respetaba mucho a su Madre: prueba de ello era el reproche que le había dirigido, pues la quería toda santa; Jesús al expresarse así, entendía instruir a los presentes, a fin de que no lo creyesen un hijo como los demás; también había hablado de ese modo para que el milagro no pareciera sospechoso, pensando que era mejor esperar que los interesados mismos hubiesen sentido la necesidad del prodigio, etc., etc. Pero lo que más interesa a nuestro caso es, sobre todo, la conclusión a que llega el santo Doctor, esto es, que Jesús obró el milagro de Caná por consideración a su Madre, o sea, por una parte, a fin de no humillarla ante los invitados, y por otra, para no defraudar la confianza puesta por Ella en su petición.

Mas el verdadero motivo que impulsó a María a dirigirse a Jesús en favor de los esposos fué su exquisita misericordia. Egregiamente lo ha puesto de relieve San Bernardo: "Como su Madre, Jesús participa de la situación embarazosa de los esposos; porque Ella es esposa y madre, y sabe compadecer, por experiencia, estos casos imprevistos de la vida doméstica; y finalmente, Ella, su Hijo y sus discípulos, formaban una parte bastante notable de los convidados que eran la causa y el objeto de esa situación". "¿Cómo, además, prosigue San Bernardo, la *Madre de Jesús* no se habría conmovido de simpatía y de compasión? ¿Qué otra cosa podía surgir de la fuente de la misericordia, sino misericordia? La mano que ha estrechado un fruto durante media jornada, ¿no conserva acaso el buen olor por el resto del día? ¿Cómo, pues, la Misericordia no habría llenado con su virtud aquellas entrañas de María en las que reposó durante nueve meses? Tanto más cuanto que el Salvador había llenado el alma de su Madre antes que las entrañas, y al salir de su pecho, no se retiró de su alma" ("Dom. I post octav. Epiph.", Sermón I, n. 2, P. L. 183, 155).

No puede, pues, argüirse de la respuesta de Cristo ninguna falta por parte de María. Además, tal interpretación debe hoy descartarse en absoluto por la sencilla razón de que la Virgen Santísima, como lo ha definido el Concilio de Trento, estuvo inmune de cualquier culpa actual, pues este es el sentir común de la Iglesia. Consiguientemente queda excluído de la mencionada locución todo motivo de reprobación.

Pues si la Virgen hubiese percibido en las palabras de Cristo una reprensión o un reproche, ¿habría por ventura osado dirigirse sin más ni más a los siervos y mandarles que hiciesen lo que Él les ordenara? ¿Y Cristo habría premiado esta segunda culpa o, por lo

menos, esta petulancia, con un prodigio?... No se puede hablar, por tanto, de una verdadera reconvención. Pero ni siquiera nos parece que pueda hablarse de un reproche simplemente aparente, dispuesto para enseñanza de los demás, pues habría sido impartido de un modo demasiado oscuro, difícil de comprender a los oyentes de entonces, como lo ha sido para los de los siglos subsiguientes, hasta hoy. De haber tenido las palabras de Cristo alguna apariencia de reprobación, aquellos comensales, gente sencilla, habrían deducido con mayor facilidad un reproche real para la Virgen antes que una enseñanza para ellos, siendo tal enseñanza (la que los susodichos autores pretenden extraer de las palabras de Cristo) demasiado superior a su capacidad intelectual. Puede observarse, además que, con toda probabilidad, la pregunta de María y la correlativa respuesta de Jesús fueron dichas en secreto, o en voz baja (al oído), para evitar dar publicidad a un hecho tan doloroso. Toda la solicitud de María y de Jesús se hallaba ordenada, en efecto, a impedir la vergüenza de los esposos y no a remediarla. Debió ser, por consiguiente, un coloquio desarrollado entre Madre e Hijo, en secreto, sin que los demás sintieran. Lo cual parece confirmarse por el asombro del maestresala, Y si así fué, como es bastante probable, ¿dónde va a parar el objetivo didáctico de la respuesta de Cristo? Luego, queda excluída, por parte de Jesús, cualquier idea de reprobación, tanto real como aparente. Pero vayamos más allá.

b) La Virgen Santísima no entendió en absoluto la respuesta de Cristo como una negativa. ¿De qué modo, por lo demás, la Omnipotencia imperante habría podido decir "no" a la omnipotencia suplicante? Si María hubiera entendido esas palabras como una negación, ¿habría continuado, prácticamente, insistiendo en ordenar a los servidores que se pusiesen a disposición de Jesús? ¿Y Jesús habría premiado tal insistencia con un milagro? Debió haber, entonces, en las palabras y en la actitud de Cristo algo que no podía dar en absoluto la impresión de una negativa. Ha de descartarse, pues, la versión "¿Qué cosa hay de común entre tú y yo, mujer?", así como también esta otra: "¿Por qué te ocupas de mi misión?" Cristo no habría dirigido nunca tales palabras a María. Escúchese a San Bernardo: *"Quid mihi et tibi est, mulier?* ¿Lo que hay entre Vos y Ella, Señor? Pero, ¿acaso no es lo que hay entre un hijo y su madre? ¡Vos preguntáis qué hay de común entre Vos y Ella! Pero, ¿no sois Vos el

fruto bendito de su seno inmaculado? ¿Acaso no fué Ella quien os concibió sin detrimento de su pudor, y os trajo al mundo quedando Ella virgen? ¿No fué en su seno que Vos morasteis nueve meses? ¿Acaso no os nutristeis de su seno virginal? ¿No es Ella, con quien, niño de 12 años, descendisteis de Jerusalén para estarle sometido? Y entonces, Señor, ¿por qué la afligís diciéndole ahora: ¿Qué hay de común entre tú y yo? ¡Hay mucho, y bajo cualquier aspecto!... Mas veo que no es con un gesto desdeñoso, ni para confundir la tierna timidez de la Virgen vuestra Madre, que Vos le decís: ¿Qué hay de común entre tú y yo, mujer?, pues en cuanto veis llegar a los servidores, mandados por vuestra Madre, os apresuráis a hacer lo que Ella había sugerido" ("Dom. I post Epiph. Serm. II", n. 5, P. L. 183, 160). En resumen: preguntarse qué cosa hay de común entre Jesús y María, sería como inquirir qué cosa hay de común entre una madre y un hijo, entre el nuevo Adán y la nueva Eva, entre el Redentor y la Corredentora, indisolublemente unidos en toda la obra, o sea, en la misión de la salvación del mundo, común a entrambos. ¿Habrían sido tales preguntas menos falsas entonces de lo que lo son ahora?

c) Descartadas, pues, todas las interpretaciones que suponen una amonestación o un reproche, tanto real como aparente, o una denegación, por lo menos inicial, se impone escoger una de las interpretaciones que suponen cierta oposición o que totalmente la excluyen. Nosotros, lo decimos sin ambages, somos partidarios de las que suponen cierta oposición. Dicha oposición la exige por sí misma, como ya lo hemos demostrado, la expresión idiomática: "¿Qué nos va a Mí y a ti, mujer?", considerada en su contexto. La locución de Cristo significa, por tanto: "¿Por qué me dices esto?" De esa manera, la oposición o el disentimiento hubiérase originado no por causa de la persona que pedía el prodigio, sino en razón de la hora en que lo pedía: no habría sido esa, en un banquete de bodas, la hora solemne establecida por el Padre para dar comienzo a los milagros y a su glorificación, si no se hubiese interpuesto la petición y la mediación de María, circunstancias queridas y dispuestas por Dios para glorificar, juntamente con su Hijo a la Madre, junto con el Redentor a la Corredentora.

No se trata allí de la *hora* de la misión pública de Cristo (la

cual había comenzado ya al recibir el bautismo), sino de la hora y del momento del primer milagro, que, gracias a María, fué anticipada [19]. Para hacernos comprender esto, Cristo pronunció aquellas palabras que manifiestan cierto disentimiento.

De lo que hemos dicho, cada uno puede comprender fácilmente lo que pensamos de la interpretación que pretende eliminar de la respuesta de Jesús cualquier clase de oposición, poniendo un signo de interrogación (en lugar de un punto final) después de las palabras de Cristo: "Aun no ha llegado mi hora". Parece evidente, en efecto, que tal sentido no es de ninguna manera obvio. Pues es y debe llamarse obvio el significado que es comprendido instintivamente siempre y por todos. Ahora bien, ese sentido (interrogativo) no fué entendido ni siempre ni por todos, sino que, por el contrario, puede decirse que nunca y por nadie. El hecho mismo de que todos los copistas (fuera de Taciano en su "Diatessaron") hayan traído siempre en el texto el punto final antes que el signo de interrogación, y más todavía, el hecho de que todos los Padres (excepto S. Gregorio Niceno) y todos los intérpretes de hoy (excepto muy pocos), hayan interpretado las palabras de Cristo en sentido afirmativo es signo evidente de que aquél era el significado natural y obvio. Crece, además, la improbabilidad del sentido interrogativo cuando se reflexiona en el hecho de que el inciso que inmediatamente le precede ("¿Qué nos va a mí y a ti?"), como ya lo hemos demostrado, tiene siempre un sentido común de cierta oposición; oposición justificada, naturalmente, por el hecho de que aun no había llegado la hora, o mejor, aún no habría llegado si María no se hubiese interpuesto con su petición. Si la mencionada frase idiomática es traducida, como lo querrían los sostenedores del signo interrogativo, por "Déjame hacer a mí", ella tampoco excluye cierto disentimiento, si bien reducido a los mínimos términos, pues vendría a decir más o menos: "No corresponde a ti el pensar en proveer". Por último, si el famoso signo de interrogación elimina cualquier especie de oposición en las palabras de Cristo respecto de María, viene a excluir asimismo todo influjo real y causal de Ella en el primer milagro de Cristo. La actuación de la Virgen se reduciría así a un influjo ocasional, mien-

[19] Tal es la interpretación de San Juan Crisóstomo ("Homil. XXI in Ioan.", n. 3, P. G. 59, 131 D), de San Cirilo Alejandrino ("Coment. in Ioan."; 1. 2, c. 2, P. G. 73, 226 B); de Teofilacto ("Enarratio in Evang. Ioan.", c. II); de San Ambrosio ("In Lucam", lib. II, n. 64, P. G. 15, 1657; "Expos. Ps. 118", serm. 16, 38, P. L. 15, 1511).

tras que en realidad él fué verdaderamente causal, pues aquel primer milagro fué obrado por Cristo solamente en vista y en consideración de la intervención de María que lo pedía, y para glorificar no sólo a Sí mismo sino también a su Madre.

Las demás interpretaciones que excluyen toda clase de oposición no tienen, creemos, necesidad de refutación especial. Ellas se refutan por sí mismas, así nos parece, porque, estando tan lejanas del texto, no pueden ser ni siquiera vecinas de la verdad.

*
* *

Luego, pues, de la respuesta de Jesús, María se dirigió a los servidores y les dijo: "Haced todo lo que Él os dijere".

Nos refiere el Evangelista que se hallaban allí seis cántaros de piedra que servían para las abluciones legales de los hebreos: lavatorio de las manos antes de la comida, de los pies, de los platos, etcétera. (Cfr. Mat., 15, 2; Marc., 7, 3 y sgts.; Lucas, 11, 39.) Estaban destinados por tanto para un fin bien claro y determinado. Cada una de esas ánforas contenía de dos a tres medidas (esto es, de 80 a 120 litros), con una capacidad total de 5 a 7 hectólitros: cantidad verdaderamente notable...

Jesús se dirigió a los servidores y les dijo: "Llenad de agua los cántaros". Los sirvientes obedecieron, corrieron al pozo o a la cisterna vecina y los llenaron hasta los bordes. Hecho esto, les dijo: "Sacad ahora y llevad al maestresala". Los servidores lo hicieron así. El maestresala, tal como lo exigía el oficio, probó el nuevo vino que se servía, y quedó sorprendido por su singular bondad. E ignorando por completo su portentosa procedencia, se acercó al esposo y le dijo, quizás en un tono jocoso: "Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para el último". El esposo debió quedar también estupefacto. Pero después de algunas preguntas, todo se aclaró: la luz del milagro resplandeció [20].

[20] Con total falta de razón los Racionalistas han negado, en todas las formas posibles, la realidad histórica de este hecho maravilloso como, por lo demás, de todos los otros milagros de Cristo, por la simple razón de que, según ellos, los milagros son imposibles. Para el tristemente famoso Paulus, el prodigio obrado por Jesús en las bodas de Caná no sería otra cosa que un amable juego de prestidigitación, totalmente privado de cualquier elemento sobrenatural. Jesús, con el

El Evangelista termina su narración diciendo: "Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primer milagro con que manifestó su gloria (=su poder sobrenatural) y sus discípulos creyeron en Él.

---

objeto de dar una agradable sorpresa a los esposos y a los comensales, habría hecho llenar de vino los seis cántaros que debían servir para las abluciones, sin decir cómo y dónde había conseguido ese vino. Así los invitados creyeron que era un milagro. Mas existió prestidigitación, no prodigio. — Según Woolston, Jesús habría usado el mismo procedimiento que usan todos los taberneros de este mundo: mezclar el agua echando en ella un licor (según Ammon, el espíritu de vino), resultando así un vino artificial. Otros críticos (Strauss, etc.) afirman que el milagro fué inventado íntegramente por sus discípulos con la intención de demostrar que su Maestro no era inferior a Moisés, obrador de estrepitosos prodigios, y al muy austero Juan Bautista, pues si tomó parte en un festín nupcial lo hizo para obrar un prodigio. Tan así es, dicen, que los Sinópticos no mencionan en absoluto este milagro: signo evidente que el prodigio fué inventado. — Los Racionalistas de hoy se limitan a decir que el Evangelista, al referir el milagro de Caná no ha pretendido narrar un hecho histórico real, sino que se ha servido de él como de una alegoría pura y simple. Así piensan Holtzmann, Bauer, Loisy, Abbot, etc. El cambio del agua en vino simbolizaría el cambio de la economía del Viejo Testamento por la del Nuevo, de la Ley por el Evangelio; el esposo simbolizaría a Jesús; la esposa, la comunidad cristiana a la cual Jesús se une con lazos de bodas místicas; María, su madre, simbolizaría a la Sinagoga, o sea, a la comunidad judía de la cual él se separa voluntariamente; los invitados representarían a sus discípulos, y los seis cántaros de piedra, a los seis días de la semana de trabajo, o bien a los tiempos antiguos. Ellos se esfuerzan por demostrar este pretendido simbolismo aduciendo en su apoyo, además del silencio de los Sinópticos, la inverosimilitud, según ellos, de los pormenores de la narración. En efecto, María pide un milagro cuando Jesús aún no había obrado ninguno; Cristo le responde duramente; la cantidad de agua trasmudada en vino es enorme; las expresiones del maestresala son también inverosímiles, etc. Trátase, pues, concluyen, no de un hecho histórico, real, sino de una alegoría hermosa y buena.

A nadie puede escapar la audacia de esta hipercrítica. Para derrumbarla basta observar que si San Juan hubiese querido proponer realmente una alegoría, en lugar de un hecho histórico, no habría usado un tono tan señaladamente realista, y no habría consignado tantos minuciosos detalles de lugar, de tiempo, de personas, etc. El silencio de los Sinópticos no es ni puede ser serio menoscabo a la historicidad del relato, ya que la intención de ellos, no era narrar todo lo acaecido. Asimismo, el hecho de que San Juan escribió su Evangelio mucho más tarde, como hace notar el P. Fonck, es suficiente para explicar por qué él lo ha relatado. "Esta condición especial (esto es, de haber escrito no para las Iglesias fundadas poco antes, sino para aquellos cristianos que hacía varios decenios vivían en la religión de Cristo) hace que podamos solucionar con mayor facilidad algunas diferencias que el cuarto Evangelio ofrece respecto de los Sinópticos. Esto suministra también luz en torno al milagro de Caná con tal que se tomen en cuenta las circunstancias y la índole del acontecimiento. En Caná encontramos al Salvador asistiendo a un banquete nupcial el cual, no raras veces, según la costumbre de la región y el rito judaico, solía celebrarse de un modo bastante incorrecto. Además, Cristo no sólo toma parte, en medio de una numerosa rueda de amigos, en la alegría común, sino que ofrece como presente gran cantidad de vino. Ahora bien, si esto ha sido causa de tanta inquietud para muchos cristianos, ¿por qué no habíamos de creer que constituyese más de una vez ocasión de escándalo a las Iglesias de los primeros tiempos, todavía jóvenes y no confirmadas en la fe? De modo que la índole del antiguo judaísmo que aún prevalecía, la vida penitente que llevaban los discípulos del Bautista, así como también las variadas inclinaciones y el diverso modo de sentir de aquellos gentiles que se

Con este prodigio, pues, la fe en Cristo comenzaba la conquista del mundo. Pero no fué sin la cooperación de María, inseparable de Cristo: en Belén, en Caná, sobre el Calvario, en el Cielo. Siempre y en todo lugar.

---

habían convertido no hacía mucho al cristianismo, inducen a creer que los primeros evangelistas creyeron preferible no escoger especialmente a éste entre los muchos milagros del Señor, sino comenzar más bien por las curaciones prodigiosas y por numerosos ejemplos de hombres libertados de la potestad del demonio. Empero, en el último decenio del primer siglo en que escribía San Juan, semejante razón no podía ya subsistir, pues hacía ya tiempo que los fieles se hallaban animados por el espíritu de Cristo, ni se corría ya el peligro de que se interpretasen mal los hechos obrados por Jesús en los comienzos de su vida pública" (l. c., p. 217).

DURANTE EL CURSO DE LA VIDA PÚBLICA

1. — En Cafarnaúm.

Inmediatamente después de la narración del episodio de las bodas de Caná, acaecido en los comienzos de la vida pública de Cristo, San Juan escribe: "Después de esto, Jesús pasó a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, en donde se detuvieron no muchos días, porque Él subió a Jerusalén" para la Pascua.

En adelante, Cafarnaúm viene a ser la habitual morada de Cristo en Galilea, a tal punto que San Mateo la llama "la ciudad de Jesús" (9, 1), aunque no mucho más lejos el mismo Evangelista designa a Nazaret como "su patria" (13, 54). Estaba situada sobre el camino noroeste del lago de Tiberíades, a 30 kilómetros al este de Nazaret. Su misma posición geográfica, cerca del límite entre la tetrarquía de Herodes Antipas y la de Filipo, la convertía en un lugar de tránsito, hallándose provista de aduana.

Algunos piensan que también la Virgen Santísima, desde ese momento, había elegido a Cafarnaúm, en lugar de Nazaret, como su habitual residencia, para seguir paso a paso a Jesús, como es muy probable, según lo que diremos más adelante.

De cualquier modo es cierto, pues lo dice expresamente el Evangelio, que María juntamente con Jesús, sus primos y sus discípulos, se dirigió de Caná a Cafarnaúm en donde permaneció "no muchos días". El motivo por el cual Jesús se quedó poco tiempo en Cafarnaúm se debió a que se aproximaba la fiesta de la Pascua, la primera de su vida pública, con la consiguiente peregrinación a Jerusalén. Dado que María acostumbraba ir cada año, con José, a Jerusalén, en ocasión de la Pascua, puede afirmarse con suficiente certidumbre que aquel año lo hizo junto con Jesús. En tal hipótesis, más que probable, Ella debió ser testigo ocular del celo con el cual su divino Hijo echó a los mercaderes profanadores del Templo, los cuales habían cambiado "la casa de su Padre en un lugar de tráfico", en una "cueva de ladrones"

(Juan, 2, 16-17). Jesús pone fin a tal profanación tomando un azote de cuerdas y arrojándolos del Templo. Fué entonces que algunos Judíos, despechados, se le acercaron y le preguntaron: "¿Qué señal nos das para hacer estas cosas (legítimamente)?" Y Jesús respondió: "Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré." El "templo" al cual aludía Jesús era su propio cuerpo, ese cuerpo recibido de María. Cuando los judíos deshicieren ese santuario viviente, Él lo hará resucitar en tres días. La respuesta era apropiada. Jesús les ofrecía una señal de su autoridad, la más grande. Pero los judíos no la comprendieron, pensando que se refería al Templo "construído en cuarenta y seis años". María, su Madre, en cambio, la comprendió muy bien. Después de esto, siempre en Jerusalén, sucedió el célebre diálogo de Jesús con Nicodemo. Después de lo cual Jesús permaneció todavía algún tiempo más en Judea, quizá al descampado, en alguna ensenada del Jordán, y luego, apenas supo el encarcelamiento de Juan, retornó a Galilea, atravesando la Samaria. Junto al pozo de Sicar se desenvuelve el célebre diálogo con la Samaritana.

2. — Tras los pasos de Jesús.

Se presenta aquí espontánea la siguiente pregunta: ¿Siguió la Virgen Santísima a su divino Hijo en las diversas peregrinaciones apostólicas? El Evangelio no nos dice nada, al menos expresamente. La respuesta más común y mejor fundada sin embargo, es que María seguía *de ordinario* al divino Maestro en sus peregrinaciones apostólicas a través de la Galilea, la Judea, la Transjordania, etc. En efecto, el evangelio habla de algunas piadosas mujeres que, sedientas de las palabras de Jesús, le seguían en sus viajes y lo asistían con sus bienes. "Con Él, escribe San Lucas, estaban los Doce y algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos y de varias enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, mayordomo de Herodes, Susana, y muchas otras mujeres que le asistían con sus bienes" (Luc., 8, 2-3). Entre las "muchas otras mujeres" de que habla S. Lucas, debía estar también, con toda probabilidad, la Madre de Jesús. ¿Se habría acaso mostrado Ella menos sedienta que las demás mujeres de las palabras de vida que salían de los labios de Jesús?... ¿Se habría mostrado acaso menos presurosa que ellas, extrañas a Él, si bien beneficiadas

por Él, en asistir a Jesús, en servirlo y en rodearlo con sus cuidados diligentes? ¿No era Ella la inseparable *compañera* del Redentor en la obra de nuestra salvación? Aquellas piadosas mujeres, pues, debieron agruparse instintivamente en torno a María, así como los Apóstoles y los discípulos se agrupaban instintivamente, en torno a Jesús. María debió ser como el lazo de unión entre ellas y Cristo. Ella las iniciaba en la comprensión del sublime mensaje evangélico. Al íntimo contacto con María, "la mujer ideal", la natural delicadeza de la feminidad de ellas se afinaba cada vez más y se sublimaba. Se nos podría objetar aquí, acaso, que si la Virgen hubiese formado parte del grupo de esas mujeres que seguían a Jesús, el Evangelista la hubiera nombrado ciertamente, y quizás en primer término. Mas se puede fácilmente responder que también San Mateo, hablando de este mismo grupo, o sea, de "muchas mujeres" presentes sobre el Calvario, "las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo" (27, 55), no nombra para nada a María. Y sin embargo, sabemos expresamente por San Juan que Ella estaba con esas piadosas mujeres "al pie de la cruz" (19, 25). La objeción, pues, carece de valor. Si, con todo, se insiste diciendo que es inexplicable cómo precisamente San Lucas, el Evangelista de la Virgen, omite el nombre de María, puede responderse, torciendo el argumento contra su sostenedor, que la Virgen, su fuente de información, quizás expresamente, al consignar los sucesos, calla su propio nombre limitándose, por lo que respecta a su persona, a lo más indispensable. Tanto más cuanto que Ella seguía a Jesús no ya como madre, oficialmente, sino como todas las demás piadosas mujeres, como la última de ellas, para escucharle y para servirle, escondiéndose lo más posible entre la multitud, para no atraer sobre sí las miradas de las gentes y a fin de que Jesús y sólo Él emergiese en plena luz y Ella quedase en la sombra [1]. Por lo demás, su modesto continente, su delicada fineza, su hablar sobrio, su amor por la humildad, su pasión por el sacrificio, servían no poco para reforzar, especialmente entre el grupo de las devotas mujeres que seguían a Jesús, los maravillosos efectos de la divina palabra. La vida de María debía parecer a todos como el eco fiel de la palabra de Cristo, el

[1] Puede observarse también que el objeto propuéstose por San Lucas al dar el nombre de algunas de las mujeres que seguían a Jesús era demostrar, ya sea su poder en librar del demonio y convertir a los pecadores (María Magdalena), ya sea el amor y el afecto de que Él se hallaba rodeado por parte de personas notables (como Juana y Susana); María, por consiguiente, no entraba y no podía entrar en tal designio.

Evangelio hecho vida[2]. Siguió, pues, generalmente, la Virgen Santísima a su divino Hijo durante los tres años que duró su apostolado, compartiendo en diversos lugares (en Betania, por ejemplo), la hospitalidad concedida a Jesús. Tal es el parecer de San Epifanio, del siglo IV, el cual escribe: "María fué la perpetua compañera de Cristo y nunca se apartó de su compañía" ("Haeres.", LXXVIII, n. 13, P. G. 42, 718 D). Ella llegó a ser así, dentro de los límites concedidos a su condición, la conquistadora de las almas con el apostolado de la oración, del ejemplo y de la palabra[3]. Jesús actuaba en público, y Ella, como corazón de la Iglesia, escondido y activo, obraba en secreto. Ambos estaban consagrados al servicio de la humanidad.

Sin embargo, durante la vida pública de Jesús, cuatro veces solamente (excepción hecha de su actuación en la Pasión) se hace mención de María en el Evangelio: dos veces durante el primer año de la vida pública, y otras dos en el último año. Esas son las únicas huellas de su presencia. Sigámoslas y observémoslas atentamente.

3. — "¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?"

San Marcos nos hace saber (3, 20 y sgts.) que Jesús se encontraba un día en una anónima aldea entre Cafarnaúm y Nazaret. Entrado que hubo en una casa, se reunió allí muy pronto tanta multitud que Él y sus discípulos "no podían ni siquiera tomar alimento". Ante su actividad misional algunos indiferentes, ni amigos ni enemi-

---

[2] La siguiente objeción no merecería consideración alguna, si no hubiese sido expuesta por el célebre Augusto Nicolás, que nos ha dejado espléndidas páginas sobre María. "Desde el momento, dice, en que la personalidad de Cristo se consagra a nuestra salvación e instrucción, desde que se asocia algunos apóstoles, hace discípulos y amigos, crea una familia, y se incorpora a la humanidad con los deseos más ardientes de la caridad divina, *una sola criatura* queda fuera de estas comunicaciones familiares y gloriosas, *una sola criatura es dejada aparte y en la sombra,* no compareciendo más que dos o tres veces para ocultarse aun más profundamente; ¡y esta criatura es María! ¡La Madre de Dios!" ¿Y cuál es, según este autor, la razón por la cual el Redentor obró de esta manera? Él la expresa con las siguientes palabras: "Porque la grandísima elevación de María *la exponía continuamente a los vértigos del orgullo,* del cual su alma no se podía premunir demasiado" (Op. cit., Parte II, p. 16). Evidentemente, el ilustre escritor olvidaba que la Virgen Santísima no solamente se hallaba inmune de cualquier pecado actual, especialmente el del orgullo, sino que también, por diversos motivos era *impecable.*

[3] Una prueba de ello lo constituye la exhortación dirigida por Ella a los servidores en las bodas de Caná: "Haced todo lo que Él os dijere."

gos, se dejaron escapar esta ambigua expresión: "¡Está fuera de sí!" [4], es decir, "se halla fuera del estado normal de hombre", frase que podía interpretarse en buen o mal sentido. El hecho es que tal sentencia no tardó en llegar a oídos de algunos parientes de Jesús y causóles sensación. Conociendo, pues, que precisamente en ese momento se encontraba Él como asediado en la susodicha casa, "salieron para recogerle, porque decían (o más bien: la gente decía) que había perdido el juicio". Ellos, evidentemente, querían inducirle a moderar su fervor misional a fin de evitar la peligrosa amenaza de sus adversarios, especialmente fariseos, a los que Él, según ellos creían, se había puesto a combatir, no sin probables consecuencias desagradables para sí mismo y para los suyos [5]. Tanto más cuanto que estos parientes suyos, como observa S. Juan, "no creían en Él".

A esta noticia, S. Marcos añade súbitamente otra: la discusión de Jesús con los Fariseos. Los Escribas que habían bajado de Jerusalén, decían: Está poseído de Belcebú y por arte del príncipe de los demonios lanza él los demonios. Pero Jesús, convocándolos, les decía en parábolas: "¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Pues si un reino se divide en partidos contrarios, es imposible que subsista tal reino. Y si una casa está desunida en partidos contrarios, la tal casa no puede quedar en pie. Luego, si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido, y no puede durar, antes su fin está cerca. Ninguno puede entrar en la casa del fuerte para robarle sus alhajas, si primero no ata bien al fuerte, después sí que podrá saquear la casa. En verdad os digo que todos los pecados se perdonarán a los hijos de los hombres, y aún las blasfemias que dijeren; pero el que blasfemare contra el Espíritu Santo, no tendrá jamás perdón, sino que será reo de eterno delito; por cuanto decían que estaba poseído del demonio [6] (3, 22-30).

Al llegar aquí, el Evangelista pone en escena a María Santísima

---

[4] La Vulgata exagera, evidentemente, al traducir: *quoniam in furorem versus est*. La palabra griega *existamai*, en efecto, tiene de ordinario el sentido de quedar pasmado y como fuera de sí por la alegría, por la admiración, etc. Cfr. Mateo, 12, 23; Marcos, 2, 12; Lucas, 8, 56; Hechos, 8, 13; 12, 16.

[5] Este singular interés de los parientes de Cristo se explica fácilmente si se piensa que, en Palestina, en tiempos de Cristo, era común que existiese un grupo de familia o de gente (el *clan*) que se sentía responsable del bien de los miembros que a él pertenecían estrechamente, creando así graves obstáculos al libre ejercicio del apostolado de cualquiera de ellos.

[6] Trátase, como explica Santo Tomás, de una irremisibilidad moral, no absoluta, es decir, en cuanto que el pecado contra el Espíritu Santo, por su misma naturaleza, excluye las condiciones necesarias por las cuales se perdonan los pecados (Sum. Teol., II^{a}. IIae., q. XIV, a. 3).

y a los parientes de Cristo. "Entre tanto llegaron su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, enviaron a llamarle. Estaba mucha gente sentada alrededor de Él, cuando le dicen: Mira que tu madre y tus hermanos ahí fuera te buscan. A lo que respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y dirigiendo una mirada a los que estaban sentados alrededor de Él, dijo: Ved aquí a mi madre y a mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre" (Marc. 3, 31-35; véase también Mateo 12, 46-50, y Lucas 8, 19-21).[7]

Los consabidos impenitentes adversarios de María y de su culto han querido ver en este episodio diversos motivos para rebajar a la Virgen. Así deducen por parte de María un acto poco menos que descortés al interrumpir bruscamente al Hijo para hablarle. Y por parte de Cristo una especie de repudio o, por lo menos, un trato frío y duro para con su madre. Mas ninguna de estas dos deducciones se sostienen ante la lógica y a la luz de la realidad. Respecto a lo primero, es decir, al pretendido acto descortés por parte de María, no se dice de ninguna manera que Ella hubiese encargado a alguien de advertir a Jesús que deseaba hablarle. Muy probablemente ese aviso había sido comunicado no por Ella, sino por alguno de sus parientes. O bien alguien, interpretando el deseo de los parientes (en general), se había tomado la libertad de significarlo en un momento que era, en verdad, poco oportuno. San Jerónimo, y con él algunos exegetas, piensa que "quien hizo llegar a Jesús tal anuncio, obró maliciosamente, con la intención de descubrir si Él prefería sus parientes a las obras espirituales". Sea lo que fuere, lo cierto es que no puede afirmarse que fué la Virgen quien hizo saber a Jesús, ocupado en enseñar a la multitud, que deseaba hablarle. Por lo demás, tal descortesía repugna con cuanto sabemos de María.

No mayor consistencia tiene la conclusión según la cual Cristo habría casi renegado de su Madre, o por lo menos habríale tratado duramente. Jesús, con sus palabras, no entendía de ninguna manera negar los vínculos carnales que la unían a María y a sus parientes, sino que solamente deseaba afirmar que los vínculos y parentesco espiritual derivados del cumplimiento de la voluntad de Dios, son

[7] Aunque en San Marcos los dos episodios se encuentran casi unidos, empero, no pocos exegetas de nota niegan que haya entre ellos dependencia cronológica.

superiores a los vínculos y parentesco carnales y como tales, deben anteponerse a éstos. Además de la familia carnal, Él tenía ahora una familia espiritual que debía anteponer a aquélla. No puede hablarse, pues de repudio. Y ni siquiera de trato duro y frío. En efecto, la Virgen debió comprender inmediatamente el sublime contenido de las palabras de su Hijo. El cual, por lo demás, sabía que tales eran también las ideas de María y que Ella misma, su Madre, había antepuesto siempre los vínculos espirituales a los carnales, la voluntad de Dios a la voluntad propia, con una valentía y voluntaria rendición totalmente singulares. Ninguna divergencia había ni podía haber entre Él y Ella. Por consiguiente, las palabras de Cristo, antes que un reproche, contienen implícitamente, una gran alabanza para María. Pues por su perfecta conformidad a la voluntad de Dios, Ella mereció ser proclamada doblemente Madre de Cristo: física y espiritualmente. En tal sentido, que es el más obvio, los Santos Padres y los mejores exegetas católicos han interpretado las palabras de Cristo.[8]

---

[8] Consignamos aquí las interpretaciones de San Ambrosio y de San Agustín. *San Ambrosio* escribe: "El divino Maestro que se nos muestra como modelo y que presenta en sí mismo juntamente al legislador y al ejecutor de sus propias leyes, al ordenar que se posponga el padre y la madre (a Dios) si se quiere ser dignos de Él, se somete Él mismo el primero a esta ley. No quiere decir que con ello pretendiese negar el debido respeto a la piedad materna, ya que de Él procede el precepto de honrar al padre y a la madre; sino que entendía demostrarnos que antes obligan los ministerios hacia el Padre que los afectos de la madre. Ni pretendió con esto que debían rechazarse duramente los padres y los allegados, sino que enseñó que los vínculos espirituales son más valiosos que los carnales. Aquí, por consiguiente, no se reniega de la Madre, como sofistican ciertos herejes, esa Madre a la cual Jesús reconoce hasta sobre la cruz, sino que a las cosas terrenas se anteponen las cosas celestiales" ("Exp. Ev. sec. Luc.", P. L. 15, 1678).

Y *San Agustín* dice: "De esto solamente hubiera querido hablaros, mas, como tampoco quise dejar de lado lo que precedía, me parece que he empleado en él no poco tiempo. El pasaje que acabo de proponer a vuestra consideración presenta, en efecto, no pocas dificultades: es decir, por qué razón el Señor desdeñó piadosamente a su Madre, no ya a una madre cualquiera, sino a la Virgen-Madre, a esa madre a la que confirió la fecundidad sin menoscabar la integridad, puesto que fué virgen-madre al concebir, virgen al dar a luz, virgen perennemente. Desdeñó a tal madre a fin de que, en la obra que Él cumplía, el afecto materno no se mezclase y la obstaculizase. Pues, ¿qué hacía Jesús? Predicaba, destruía al hombre viejo, edificaba el nuevo, liberaba las almas, rompía las cadenas del pecado, iluminaba los corazones: estaba ocupado en una obra buena, y al cumplirla ardía en actos y en palabras. Entretanto, se le anuncia la llegada de sus parientes. Habéis oído qué respondió, ¿para qué repetirlo? Escuchen las madres a fin de no impedir con un afecto sensible las buenas obras de los hijos. Si obstaculizaren y se entrometieren en los designios de quienes trabajan, interrumpiendo de tal manera lo que no admite dilación, serán desdeñadas con justa piedad. ¿Y podrá acaso irritarse una mujer, casada o viuda, de que el hijo no se cuide de su madre cuando está ocupado en hacer el bien, si no se tuvo

4. — "¿Su madre no se llama María?"

La segunda vez que se alude a María, es en ocasión de la vida y de la predicación de Cristo en Nazaret, su patria, al fin del primer año de la vida pública. Por la época en que Jesús envió a sus doce Apóstoles a anunciar que el reino de Dios estaba ya próximo, confiriéndoles para ello el poder de obrar milagros, quiso hacer una tentativa de evangelización en Nazaret, en donde sabía que se abrigaban contra Él resentimientos y rencores. En tales resentimientos debieron tener una no pequeña parte los mismos parientes de Jesús, quienes, no sólo no le prestaban fe, sino que más bien le eran adversos por su comprometedor modo de obrar. Pero la causa principal de esto fué el orgullo herido de sus compatriotas, los cuales no podían soportar la preferencia que él había dado a Cafarnaúm, eligiéndola como morada habitual y teatro de la mayor parte de sus prodigios. ¿Acaso no había también enfermos en Nazaret? ¿No parecíase esa actitud a la de aquel médico que sabía curar a los demás

---

consideración por la misma Virgen Madre? Pero, se me dirá, ¿parangonas tú mi hijo a Cristo? No pretendo hacer paralelos entre tu hijo y Cristo, ni entre ti y María. Así, pues, no condenó el Señor el afecto materno, sino que en sí mismo dió un sublime ejemplo de cómo es preciso no preocuparse de una madre para atender las obras de Dios. Cristo fué maestro en el hablar y lo fué también en el no preocuparse: por eso se ha dignado no preocuparse de la madre para enseñarnos a desdeñar también al padre cuando se trata de la obra de Dios...

"Te enseña, pues, Cristo al mismo tiempo a despreciar y a amar a los propios parientes. Amarás a tus parientes de un modo ordinario y afectuoso cuando no los antepongas a Dios: *quien ama,* he aquí las palabras del Señor, *quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí.* Pareciera que con tales palabras te hubiese mandado no amar, pero si observas bien, te ordena amar. No dice: quien ama al padre y a la madre no es digno de mí; lo cual estaría en contradicción con su propia ley, ley que Él mismo dió por medio de Moisés, en la que se halla escrito: *honra a tu padre y a tu madre.* No derogó esta ley, sino que la reafirmó; inculcó el orden, no destruyó la piedad, pues no dijo que no era digno de Él quien ama al padre y a la madre, sino quien los ama más que a Él. Débense amar, pues, pero no más que a Él. Dios es Dios, el hombre es hombre. Ama a los parientes, respétalos, hónralos, pero si Dios te llama a algo más alto, en lo cual sea obstáculo el afecto de ellos, observa el orden y no subviertas la caridad...

"Además, fijaos bien en lo que dice el Señor extendiendo la mano hacia sus discípulos: *He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.* ¿Acaso no fué cumplida por María la voluntad del Padre, pues que creyó firmemente, y por su fe concibió, y fué elegida para que naciese de Ella nuestra salvación?... ¡Oh! ciertamente María Santísima cumplió, y cumplió piadosamente la voluntad del Padre; pues para María es más mérito haber sido discípula de Cristo que haber sido la Madre; fué más bienaventurada por haber hecho su voluntad que haberle engendrado. María fué bienaventurada porque aún antes de engendrar, llevaba al Maestro en su seno. Reflexiona si no es verdad lo que digo. Al pasar el Señor, seguido por la muchedumbre, y obrando prodigios, cierta mujer le dijo:

y no sabía curarse a sí mismo ni a los de su familia? Evidentemente, se trataba aquí de la consabida cuestión de campanario que agitaba los ánimos. Esta rivalidad aldeana, tremendamente contrariada, había indispuesto los ánimos de los Nazaretanos, no solamente contra Él sino también contra su doctrina. Dado precisamente este estado de ánimo de sus compatriotas, Jesús, "seguido de sus discípulos", se dirigió a Nazaret donde permaneció varios días a la espera de la ocasión propicia para anunciar su palabra de vida. No tardó empero en darse cuenta de la hostilidad que allí reinaba en contra suya. El motivo dominante para desacreditar sus prodigios y su enseñanza —motivo necio— era el siguiente: "¿De dónde saca éste todas estas cosas? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada, y de dónde tantas maravillas como obra? ¿No es éste aquel artesano, *hijo de María*, hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón? ¿No moran sus hermanas aquí entre nosotros?" (Marc., 6, 1-6; Luc., 4, 16-30). San Mateo añade: "¿De dónde le ha venido a éste tal sabiduría y tales milagros? Por ventura, ¿no es éste el hijo del carpintero? *¿Su madre no es la que se llama María?...*" El Mesías, según una tradición bastante difundida entre los Hebreos, debía aparecer sin que se conociese su origen. Servía también para desacreditar a Jesús y negarle docilidad y fe, creyéndolo un hombre como los demás, la humilde y aparente condición modesta de María. No obstante todo esto, Jesús se dignó obrar en Nazaret algunos milagros, no muchos a causa "de la incredulidad de ellos" (Mat., 13, 58).

Pero el asalto final a la mente y al corazón de sus compatriotas lo reservó Jesús para la reunión del sábado en la Sinagoga de Nazaret. Era fácil prever que Él tomaría la palabra. No pocos, pues, se dirigieron a la reunión con aire de despecho y de desconfianza. En el ambiente había signos precursores de tempestad. Y en efecto, después de la acostumbrada lectura de los "Profetas", el archisinagogo que dirigía la reunión invitó, como estaba previsto, al tan discutido compatriota a hablar, dándole ocasión de explicar su pensamiento. Jesús acogió la invitación y dirigióse al púlpito destinado al

---

"*¡Feliz el seno que te llevó!* El Señor a su vez, a fin de que no se buscase la felicidad en la carne, ¿qué respondió? *¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica!* Bienaventurada, pues, la Virgen porque escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica: custodió más la verdad en su mente que no la divina carne en su seno. Cristo es verdad y es carne: en cuanto verdad estuvo en la mente de María; en cuanto carne en el seno de María; mas fué mucho mejor para María el haberlo llevado en la mente que en sus entrañas..." ("Miscelánea Agustiniana", t. I, ps. 158 y sgtes.; 162 y sgtes.)

orador; *"le fué dado el libro del profeta Isaías, y abriéndolo, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor reposa sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción y me ha enviado a dar la Buena Nueva a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar libertad a los cautivos, y a los ciegos vista, a soltar a los que están oprimidos, a promulgar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución. Y arrollado el libro, entregóselo al ministro y sentóse. Todos en la sinagoga tenían fijos en Él los ojos. Comenzó a decirles: La escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.* (Luc., 4, 17-21). Y continuó aplicando literalmente a Sí mismo cuanto había sido predicho por Isaías y lo que Él mismo había leído. Su palabra persuasiva admiró no poco. Mas los habituales resentimientos y rencores antes referidos comenzaron nuevamente a bullir de modo tan violento que, terminada la reunión y fuera ya de la sinagoga, se los echaron nuevamente en cara. Pero Él se limitó a amonestarlos benévolamente, oponiendo proverbio a proverbio. Ellos le decían este refrán: "Médico, cúrate a ti mismo", o sea, piensa primero en ti y en tus ciudadanos y después en los demás; y Jesús les oponía este otro: "Ningún profeta es bien recibido en su patria". También el profeta Elías durante la carestía prefirió, a las muchas viudas de su tiempo en Israel, una viuda extranjera de Sarepta, del territorio de Sidón, socorriéndola prodigiosamente. Asimismo el profeta Elíseo prefirió, a los muchos leprosos de Israel en aquel tiempo, al extranjero Naamán de Siria, curándolo de un modo prodigioso, porque Dios es perfectamente libre en la distribución de sus dones. En los oídos mal dispuestos de sus resentidos oyentes, esta benévola amonestación sonó como una desdeñosa provocación ya que, en otras palabras, declarábase dispuesto a preferir cualquier otro país a su patria Nazaret. Pues bien, razonaban ellos, puesto que él repudia descaradamente a sus compatriotas, es muy justo que sus conciudadanos le repudien a su vez, lo expulsen y lo hagan de tal manera que no le quede ganas de volver entre ellos. Presos entonces de un insano furor, levantáronse y *"le arrojaron fuera de la ciudad; y condujéronle hasta la cima de un monte, sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Pero Jesús, pasando en medio de ellos, siguió su camino"* (Luc. 4, 29-30).

¿Se hallaba presente María en aquel trágico momento? Con toda probabilidad. De todos modos, debió llegar inmediatamente a conocimiento de ello. Precisamente en vista de lo que debió experimentar

María en aquel augustioso trance, los cristianos erigieron luego una capilla situada en dirección del lugar en el cual se intentó precipitar a su Hijo, capilla que durante la Edad Media recibió el expresivo nombre de *Santa María del Temblor* [9].

5. — "¿No es este Jesús... cuya Madre conocemos?"

Una tercera y fugaz alusión a María la tenemos en el célebre discurso de Cristo acerca del pan vivo descendido del cielo, después de la segunda Pascua de su ministerio público. Jesús se encontraba en Cafarnaúm. Discutiendo con algunos, dijo entre otras cosas: "Yo soy el pan de vida; el que viene a Mí ya no tendrá hambre, y el que cree en Mí ya no tendrá sed jamás. Pero, os lo he dicho: a pesar de que me habéis visto, no creéis" (Juan, 6, 37-40). Esta afirmación sorprendió no poco. Se le pidió explicación y Él la proporcionó en la sinagoga de Cafarnaúm, durante una reunión (6, 59). Mas un grupo de Judíos murmuraban de Él "porque había dicho: Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Y decían: No es éste aquel Jesús hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? Pues, ¿cómo dice él?: Yo he bajado del cielo?" (Juan, 6, 41-42).

Esta rápida alusión a María, a la "madre de Él" y a San José, hecha por los Judíos de Cafarnaúm nos hace ver que tampoco allí María era una persona desconocida, acreditando la hipótesis de una frecuente permanencia de Ella junto a Jesús, en esa ciudad.

6. — "¡Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!"

La cuarta y última alusión a María durante la vida pública de

---

[9] Así escribía, en 1345, Nicolás de Poggibonsi: "Yendo a Nazaret, a una milla y media de distancia, puedes ver dos montañas muy grandes, donde huyó Cristo cuando fué echado de la ciudad, porque el pueblo le pedía milagros como los hacía Cafarnaúm. Y Cristo respondió que no eran dignos de ellos. Entonces lo echaron fuera de la ciudad. Jesús huyó al monte y ellos le siguieron a fin de despeñarlo desde el monte que está allí; mas Él desapareció. Y, al descender la turba por la ladera del monte venía la Virgen María espantada a causa de su dulcísimo hijo Jesucristo; de modo que cuando Ella vió la gente que descendía por el monte, apenada y rendida, llena de miedo, se apoyó en una gruta de la montaña... Y allí se levantó un gracioso monasterio y dentro hay una capilla que se denomina "Santa María del Temblor".

Cristo, es la referida por San Lucas (11, 14-28). El suceso acaece en Judea, no lejos de Jerusalén, durante el último año de la vida de Cristo, entre la fiesta de los Tabernáculos que se celebraba en octubre, y la de la Dedicación que acontecía en diciembre.

Habiendo sido presentado a Jesús un endemoniado sordo-mudo y también, según S. Mateo (12, 22) ciego, Él lo curó públicamente. La actitud de los espectadores ante este milagro fué diversa y contradictoria. Algunos (o sea las turbas, gente sencilla, buena y recta) quedaron maravillados: "admiratae sunt turbae". Otros, en cambio (los Escribas y los Fariseos llegados de Jerusalén, hinchados de soberbia y dominados por la ira) no pudiendo negar el milagro, lo atribuyeron a virtud diabólica, al influjo de Belcebú, príncipe de los demonios.

A la inicua insinuación de los Escribas y Fariseos, Jesús responde invitándolos a razonar serenamente. Y les propone el siguiente polisilogismo: "Si Yo lanzo los demonios por virtud de Satanás, él está evidentemente en discordia con sus súbditos; y una nación agitada por discordias intestinas, va camino de la ruina. Yo, pues, concluye, echo los demonios no con el poder de Satanás sino de Dios. Ahora bien, si Yo lanzo los demonios con el poder de Dios, es signo evidente que el reino de Satanás se ha desmoronado; lo cual significa que el reino de Dios (es decir la edad mesiánica tan esperada por vosotros) ha llegado ya entre vosotros. Porque Satanás no cede sino ante uno más fuerte que él".

¡Qué resplandores de sabiduría divina en esta respuesta! De ahí que llena de entusiasmo, una anónima mujer del pueblo exclama: "¡Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!" Era ese elogio el primer cumplimiento de la profecía hecha por María en el *"Magnificat"*: "He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones" (Luc., 1, 48). Aquella mujer debía ser, evidentemente una madre. Pues ésta en presencia de un gran hombre se representa inmediatamente, instintivamente a la madre de él, en quien se refleja espontáneamente la grandeza y la gloria del hijo, y es impulsada a felicitarla y casi a envidiarla en su corazón. Mas Jesús, dirigiéndose a esa mujer, responde: "Más bienaventurados aún son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica". Tampoco han faltado aquí los consabidos adversarios de María y de su culto quienes ven en esta respuesta de Cristo una especie de reprobación por la piadosa alabanza tributada

por aquella mujer a su Madre. Mas es esta exactamente una interpretación al revés. Una de las tantas a las que nos tienen ya acostumbrados los enemigos de María. Si Jesús hubiese reprobado la alabanza dirigida por aquella mujer a su Madre, habría reprobado también, simultáneamente, el elogio tributado a Él mismo, pues si la anónima mujer del Evangelio honraba a María, lo hacía precisamente porque era madre de Jesús, como aquella que había concebido y dado a luz un hombre tan grande y glorioso. Luego, al alabar a la madre se proponía honrar al Hijo. Alabanza tanto más bella y grata cuanto que proclamaba valientemente la grandeza de Cristo en el preciso momento en que los Escribas y los Fariseos lo vilipendiaban. Por consiguiente, no hubo ni pudo haber allí la más mínima reprobación o reproche. Por lo demás, el mismo texto la excluye. La partícula griega μενοῦν (= *quinimo,* es decir: sí, verdaderamente, sin duda) se emplea cuando se quiere afirmar con mayor fuerza alguna cosa que ha sido dicha antes (Cfr. Donaldson: "Gramát. Griega", p. 577). Por consiguiente, las palabras de Cristo querían decir: "Tú proclamas bienaventurada a mi madre; así es efectivamente; pero debes saber que Ella y todos aquellos que la imitan (escuchando y practicando la palabra de Dios) tienen también derecho a ser llamados bienaventurados". No negó pues que María debe ser llamada bienaventurada y afortunada por haberlo concebido y dado a luz; pero declara que son mayormente dichosos aquellos que escuchan la palabra de Dios, puesto que eso equivale a concebir espiritualmente (mejor que materialmente) a un gran hombre, un gran profeta, y el practicarla, es como darlo espiritualmente a luz.

Si María es indiscutiblemente bienaventurada por haber concebido y dado a luz a Jesús materialmente, lo es aún más por haberle engendrado espiritualmente, escuchando y observando su palabra de vida. El pretendido reproche o reprobación se trueca, como es evidente, en un verdadero y real panegírico: el más hermoso que haya jamás sido hecho y que pueda hacerse nunca de María.

¿Cómo, por otra parte, habría Jesús podido impedir que fuese llamada "bienaventurada" aquella a la cual la misma Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, como expresamente observa el sagrado texto, había ya proclamado tal? (Luc., 1, 42-45).

Otros, esta vez católicos, se han valido de esta respuesta de Cristo para probar que la unión de la mente con Dios, mediante la gracia, es superior en dignidad a la de la criatura con el Creador mediante

la maternidad. Pero nos parece que se destruye fácilmente tal argumentación poniendo de relieve que aquella mujer ignoraba, con toda probabilidad la *divinidad* de Cristo y por consiguiente la *maternidad divina* de María. Ella veía en Cristo a un gran hombre, y felicitaba a su madre. Esto supuesto, Jesús no entendía con su respuesta contraponer la *maternidad divina* (ignorada por aquella mujer) y la gracia, o sea, la fidelidad en escuchar y practicar la palabra de Dios; sino que ponía frente a frente la maternidad *carnal,* ordinaria (que era la admitida por la mujer) y especie de maternidad espiritual que resulta de escuchar y observar la palabra de Dios. La maternidad divina, en efecto, aun considerada en sí misma, pertenece al supremo orden de dignidad creada, o sea, al orden hipostático, incomparablemente superior al de la gracia y de la gloria.

Con razón, pues, la Iglesia ha acogido en su liturgia, para exaltar a la Virgen tanto la exclamación entusiasta de la mujer como la respuesta dada por Jesús a la misma. Una y otra constituyen los dos rayos más luminosos de la frente virginal de María.

Antes de clausurar el período de la vida apostólica de Cristo, creemos oportuno poner de relieve que no falta quien gusta ver, no raras veces, en la predicación del Redentor cierta referencia a María. Las numerosas alusiones a la vida doméstica que se hallan en la predicación de Jesús, representarían el recuerdo las horas tranquilas transcurridas en compañía de su Madre, en los años de su vida oculta [10].

[10] Cfr. Salvador Garofalo en "Ecclesia", Roma, 5 (1946), p. 108.

AL TÉRMINO DE LA VIDA PÚBLICA: PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO

1. — Signos precursores de tempestad.

Si es verdad que, según un principio admitido o, por lo menos, admisible por todos, para conocer la vida de María basta conocer la de Jesús, esto es verdad particularmente respecto a la última fase de la vida de Cristo, su Pasión y su muerte, porque ella repercutió hasta en los más pequeños detalles de la existencia o, mejor, del alma de María, mística pasiflora. La Dolorosa es la copia más fiel del Crucifijo.

El odio de los Escribas y Fariseos, y de los indignos jefes de la nación judía contra Jesús que había ido acumulándose en los tres largos años de su vida pública, durante los cuales Él había desenmascarado, fustigado y estigmatizado la conducta viciosa de ellos, estaba a punto de explotar de un modo clamoroso y definitivo. Las tinieblas no podían ya tolerar la luz. La injusticia no podía sufrir ya a la inocencia. El odio no podía soportar más al amor. La hipocresía, especialmente, no acertaba ya a tolerar la sinceridad. Andaban, pues, a la caza de cualquier pretexto, aprovechaban de cualquier ocasión para azuzar contra el Maestro el odio del vulgo, tan fácil para mudar de opinión, y hacerlo condenar a muerte. Todo este inicuo manejo era de tal manera manifiesto que un día, algunos habitantes de Jerusalén, viendo a Jesús que, sin el más mínimo temor predicaba a las turbas, se preguntaron maravillados: "¿No es Éste a quien buscan para darle muerte?" (Juan, 7, 25).

Y efectivamente, pocos meses antes, con ocasión de la fiesta de la Dedicación del Templo, cuando Jesús manifestó no sólo con sus obras sino también con las palabras su divinidad, los Judíos habían tomado piedras para lapidarlo, y lo habrían seguramente hecho si el Hijo de Dios no hubiese escapado milagrosamente de sus manos (Juan, 10, 22-39). Dos meses después sucedió el extraordinario prodigio de la resurrección de Lázaro. Los jefes Judíos de Jerusalén,

descubriendo que desde entonces Jesús arrastraba tras sí a todo el pueblo, se reunieron, como otras veces, en consejo juntamente con los pontífices, a fin de ponerse de acuerdo respecto al modo más acertado para deshacerse de Él: el Sumo Pontífice de aquel año, Caifás, había confirmado solemnemente la necesidad de que Jesús muriese para evitar la ruina de la nación entera. Y así "desde aquel día deliberaron matarlo" (Juan, 11, 53). Luego de esta deliberación, "los sumos sacerdotes y los Fariseos dieron órdenes para que, quien conociese en dónde se encontraba, lo dijese a fin de capturarlo" (Juan, 11, 56).

Todo esto debió ser bien conocido de María, lo que contribuyó no poco a hacerle presentir que "la hora de las tinieblas", la hora en la cual la profetizada "espada del dolor" traspasaría su alma, estaba por llegar. Unióse, pues lo más íntimamente posible a Jesús para beber juntamente con Él hasta la última gota el cáliz de la amargura, precio de nuestro rescate.

2. — Hacia Jerusalén...

Por los primeros días del mes de Nisán, Jesús se puso en viaje hacia Jerusalén, recorriendo el largo camino que pasaba por Jericó. Le seguían los Apóstoles con algunos discípulos y también un grupo de mujeres, o sea, las mismas que hallamos sobre el Calvario, según lo que escribe San Marcos: "había también allí varias mujeres que estaban mirando de lejos, entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y lo asistían, y también otras muchas que juntamente con Él habían subido a Jerusalén" (Marc., 15, 40-41). Entre aquellas piadosas mujeres que estuvieron con Jesús sobre el Calvario y consiguientemente le acompañaron en su último viaje para la Pascua, hallábase también la Virgen. En efecto, San Juan nos dice expresamente que María estaba al pie de la cruz. Además acostumbraba la Virgen dirigirse todos los años a Jerusalén para celebrar la Pascua. Por lo tanto también aquel año acompañó a su Hijo a dicha solemnidad, juntamente con las otras mujeres y los Apóstoles.

Durante este último viaje, en cierto punto del camino, vuelto Jesús a sus discípulos "*comenzó a decirles las cosas que iban a acae-*

cerle: He aquí que subimos a Jerusalén donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, el cual será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido. Y después que le hubieren azotado, le darán muerte, mas al tercer día resucitará" (Luc., 18, 31-33). Era una clara profecía de su Pasión inminente, en todos sus principales detalles. Pero los Doce, no obstante la evidencia de las palabras "no comprendieron ninguna de estas cosas" (Ibid., 18, 34). O mejor, comprendieron el sentido material de los vocablos, pero no su significado formal. La idea de un Mesías sufriente chocaba demasiado en sus inteligencias contra la inveterada concepción de un Mesías temporal, glorioso, vencedor de todos sus enemigos. Por consiguiente, interpretaron tales palabras como una serie de expresiones metafóricas que anunciaran la próxima aparición de ese fantástico reino mesiánico, de modo que se reavivaron sus antiguas ambiciones por obtener en aquél los primeros puestos. De ello se tuvo pronto un signo clarísimo en la petición dirigida a Jesús por Salomé, madre de Santiago y de Juan; petición cuya audacia impertinente sólo pudo ser mitigada por el amor maternal que, a veces, ciega. Ella pidió, nada menos, para sus dos hijos (y éstos junto con su madre) los dos primeros puestos en el reino mesiánico, el uno a la derecha y el otro a la izquierda del trono. Jesús miró a los tres con aire de benévola compasión y les dijo: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que Yo tengo que beber?" Los dos jóvenes respondieron, un poco petulantemente: "Sí, podemos". Jesús les aseguró que beberían sí el cáliz de su pasión y recibirían su bautismo, pero que no estaba en su poder hacerlos sentar a derecha y a izquierda suya: estos puestos serán ocupados por aquellos a quienes han sido destinados por el Padre. Cuando los demás Apóstoles conocieron la ambiciosa petición de los dos hermanos, se indignaron. Jesús entonces los llamó a sí y les hizo comprender que, quien quiere ser primero entre sus discípulos debe ser el siervo de todos, a imitación de Él que había venido "no para ser servido sino para servir" (Mat., 20, 25-28).

En medio de tanta incomprensión, hubo una sola persona que entendió súbitamente, en toda su desgarradora realidad, la profecía de la inminente pasión y muerte: María, tan iluminada en los misterios del reino de Dios. También este clarísimo vaticinio confirmóle que la hora de la espada que debía traspasarla de dolor estaba

por sonar en el cuadrante de la historia. Y repitió con todo el ardor de su corazón su admirable *"fiat"*.

Llegado Jesús a Jericó curó a dos ciegos y se hospedó en casa del publicano Zaqueo, no obstante las murmuraciones de los Fariseos. Allí, durante la comida, propuso la parábola de las minas y de los talentos.

De Jericó se dirigió Jesús a Betania, de la cual se había alejado pocas semanas antes, después de la resurrección de Lázaro, y llegó allí "seis días antes de la Pascua" (Juan, 12, 1), hacia la puesta del sol del sábado que precedió al Domingo de Ramos. Aquella tarde, fué dado un convite en su honor en casa de cierto Simón llamado el Leproso. Entre los invitados se hallaba también Lázaro. La dinámica Marta, su hermana, dirigía el servicio de la mesa, mientras que la contemplativa María derramaba con abundancia sobre el cuerpo y los pies de Jesús un vaso de ungüento de auténtico nardo de gran valor, provocando las hipócritas e interesadas protestas de Judas por tanto derroche. Pero Jesús tomó la defensa de la piadosa María amonestando que la dejaran hacer, porque esa unción era como una anticipación de su muy próxima sepultura. Parece que tampoco esta clarísima mención a su muerte inminente hizo mucha impresión en los apóstoles. Mucha, en cambio, debió causar al alma sensibilísima de la Virgen, su Madre. Idéntico influjo debieron producirle sin duda los hechos de la semana santa a los cuales asistió o de los que tuvo sin duda inmediato conocimiento. Por esta razón daremos aquí de ellos un breve resumen.

3. — El Domingo de Ramos.

La noticia del inminente arribo de Jesús para la Pascua, llevada allí por peregrinos llegados antes que Él o por espías del Sanhedrín, produjo gran revuelo, de modo que muchos corrieron inmediatamente de Jerusalén a Betania para verlo y ver también a Lázaro, del que mucho se hablaba. Ante la evidencia del milagro de la resurrección de éste, muchos creyeron en Jesús. A consecuencia de ello los príncipes de los sacerdotes se confirmaron en su propósito de darle muerte y "deliberaron matar también a Lázaro". Pero Jesús nada atemorizado, dejó Betania la mañana del domingo y se dirigió hacia Jerusalén, distante cerca de tres kilómetros. Llegado con la co-

mitiva al Monte de los Olivos, a la vista de Betfagé, suburbio de Jerusalén, el Divino Maestro llamó a dos de sus discípulos y les dijo: *"Id a esa aldea que se ve enfrente de vosotros e inmediatamente encontraréis un pollino en el cual ningún hombre ha montado jamás; desatadlo y traédmelo. Y si alguno os preguntare: ¿Por qué lo desatáis?, le diréis: porque el Señor lo ha menester, y al punto os lo dejará llevar."* La orden es rápidamente cumplida. Puestos algunos vestidos a manera de silla sobre el borrico, Jesús monta sobre él. En el plan divino estaba establecido que Cristo caminaría triunfante a la muerte, porque con ella nos traería la vida. Otros mantos se extienden ante Él a guisa de tapetes. El cortejo va aumentándose cada vez más, como un torrente, a medida que llega a la ciudad. Todos echan ramos verdes a lo largo del recorrido y agitan palmas exclamando: *"¡Hosanna!* (o sea: ¡Salve! ¡Viva!) *¡Bendito aquel que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"* (Mat., 21, 8-9). El entusiasmo de la multitud es indescriptible y encoleriza a los envidiosos Fariseos. Pero éstos comprenden que sería peligroso echar agua fría sobre ese incendio abrasador, y juzgan mejor recurrir directamente a Jesús exhortándolo a reprimir a sus discípulos. Mas Jesús responde: "En verdad os digo que si estos callan, las mismas piedras hablarán" (Luc., 19, 40). Renuevan otra vez la protesta cuando el Maestro, al entrar en el Templo, es aclamado por los niños ante las mismas narices de los Fariseos con un "¡Hosanna al Hijo de David!" "¿No oyes, le dicen, lo que éstos claman?" Mas Jesús responde también esta vez: "Sí, por cierto; pues qué, ¿no habéis leído jamás: De la boca de los infantes y de los niños de pecho es de donde sacaste la perfecta alabanza?" (Mat., 21, 16). Sumamente irritados, los Fariseos confiesan su aborrecida derrota diciendo: "¿Véis cómo no adelantamos en nada? He aquí que todo el mundo va en pos de Él." (Juan, 12, 19). Y, efectivamente, toda Jerusalén, como surge de la lectura de San Mateo, estaba alborotada.

Pero antes de subir al Templo, apenas se perfiló a su mirada el panorama de la ciudad deicida, Jesús no pudo retener las lágrimas y predijo su destrucción, a causa de sus obstinados y recalcitrantes rechazos a las invitaciones de la divina gracia. Indudablemente, a las lágrimas del Redentor se unieron también, en ese momento, las de la Corredentora.

Llegado al Templo Jesús curó a varios ciegos y cojos que estaban allí pidiendo limosna. Impresionados por este poder taumatúrgico y

por las aclamaciones de la muchedumbre, algunos griegos (como los llama S. Juan 12, 20 sgs.) venidos a Jerusalén en ocasión de la Pascua, suplicáron al apóstol Felipe que los presentase a Jesús: "Señor, le dijeron, deseamos ver a Jesús". Felipe, después de aconsejarse con su conciudadano Andrés, accedió al pedido de los extranjeros. Fué entonces cuando Jesús exclamó: "Ha llegado la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere produce mucho fruto". Proclama luego que la suerte de sus compañeros no será muy diferente de la suya: "Quien ama su vida, la perderá; mas el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que me sirviere, mi Padre le honrará". Después Jesús vuelve a referirse a sí mismo, y pensando en la suprema prueba que deberá preceder a su glorificación, prosigue diciendo: "Pero ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Mas precisamente para esta hora he venido! Oh Padre, glorifica tu nombre". Apenas fueron pronunciadas estas últimas palabras se oyó una voz venida del cielo: "Lo he glorificado ya, y lo glorificaré todavía más". Los presentes percibieron el sonido, pero no comprendieron distintamente las palabras. Por consiguiente, unos creyeron que había sido un trueno, otros que un Ángel le había hablado. Jesús entonces explicó lo sucedido y dijo: "Esta voz no ha venido por Mí sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando Yo sea levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré hacia Mí". Y el evangelista se apresura a añadir: "Esto lo decía para significar de qué muerte había de morir". La muchedumbre le respondió: "Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo (Mesías) debe vivir eternamente; ahora bien, ¿cómo dices que debe ser levantado en alto el Hijo del hombre?" Díceles Jesús: "La luz se halla aún entre vosotros por muy poco tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan. Quien anda entre tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz". Esta última exhortación cuadraba muy bien con la hora en la cual era pronunciada, porque, como nos dice expresamente S. Marcos (11, 11), "era ya tarde". La entrada triunfal, los milagros obrados en el Templo, el examen de todo lo que había en el lugar santo, habían llevado buena parte de la tarde. Al anochecer, retornó con los suyos a Betania, distante media hora

de camino. Allí pasó la noche (Marc., 11, 11; Mat., 21, 17; Juan, 12, 36). Entretanto, la ciudad santa era presa de la más viva emoción y los enemigos de Cristo se sentían invadidos por el despecho, el odio y la venganza.

4. — El Lunes Santo.

A la mañana siguiente, Lunes Santo, Jesús con los suyos tomó el camino de Jerusalén. Estaba triste. El pensamiento de la obstinación de Israel y de su reprobación definitiva le oprimía. Y sintió la necesidad de desahogarse con los suyos. A lo largo del camino encontró una higuera toda cubierta de hojas sin fruto, y vió en ella una viva imagen de la desoladora esterilidad espiritual de Israel bajo los mentidos despojos de una falsa justicia. Jesús maldijo la higuera diciendo: "Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti". Y la planta se secó inmediatamente.

Llegado a Jerusalén, se dirigió al Templo. Allí volvió a curar varios enfermos. La multitud, fuera de sí de entusiasmo estalló en aplausos: *"Hosanna, salud y bendición al Hijo de David"*. A estas alabanzas se unieron también los jóvenes levitas que se hallaban al servicio del Templo y los niños. La autoridad religiosa, cada vez más irritada habría querido intervenir, pero el entusiasmo de la multitud le impidió obrar. El Salvador pasó el resto del día instruyendo al pueblo que, según S. Lucas, pendía de sus labios. Por la tarde, ya solo, retornó a Betania para pasar allí la noche.

5. — El Martes Santo.

Al día siguiente, Jesús dejó nuevamente Betania y se dirigió a Jerusalén. Al llegar ante la higuera maldecida por Él la mañana anterior, Pedro exclamó: "Maestro, la higuera que maldijiste se ha secado" (Marc., 11, 21). Jesús respondió exhortando a los Apóstoles a tener fe, porque con ella llegarían a transportar las montañas. Una vez en el Templo, en donde el pueblo lo esperaba ansioso, se puso a orar. Llegáronse a Él los Sumos Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos, y le dijeron: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?" (Marc., 11, 28). Evidentemente, la pregunta tendía a desacreditarlo ante el

pueblo. Pero Jesús, con una contrapregunta, les tapó la boca: "Yo también, respondió, os haré una pregunta, y si me respondéis, os diré con qué derecho hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?". La cuestión expuesta allí ante la multitud (la cual creía en Juan) era demasiado embarazosa. Se limitaron, pues, a responder, "no lo sabemos". Entonces Jesús replicó: "Pues ni Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas".

Dirigióse luego al pueblo y le propuso una serie de parábolas ordenadas a ilustrar cada vez más la divinidad de su misión y a desenmascarar la perversidad de sus adversarios. Tal es la parábola de los dos hijos enviados por el padre a cultivar la viña, uno de los cuales prometió ir, pero no cumplió (símbolo de los Escribas y de los Fariseos), mientras que el otro se rebeló en un principio, mas luego acabó por obedecer (símbolo de aquellos que eran el desecho de la nación elegida, o sea, los publicanos y las meretrices). Tal es también la expresiva parábola de los viñadores, quienes mataron a los siervos (símbolo de los profetas) y al mismo hijo (Jesús) mandados por el padre (Dios) para recoger los frutos de la viña (símbolo de la nación israelita). Exacerbado el amo por todo esto, dió la viña a otros viñadores (las naciones paganas), "los cuales le pagarán sus frutos a su tiempo". Los Escribas y los Fariseos comprendieron bien que se trataba de ellos. Quisieron prenderle, pero tuvieron miedo al pueblo, porque era mirado como un profeta.

Tremendamente derrotados los Fariseos decidieron, después de un breve consejo (Mat., 22, 15), enviar a Jesús algunos de sus discípulos junto con algunos Herodianos, para preguntarle si era lícito o no pagar el tributo al César (Mat., 22, 16-17), seguros que, cualquiera fuese la respuesta que diera al dilema, caería en una trampa. Mas Jesús, también esta vez, escapó egregiamente a sus asechanzas, respondiendo: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". Si ellos reconocían, como lo habían hecho, que esa moneda pertenecía al César, del que, por eso mismo habían aceptado la soberanía, era justo que la diesen a él, precisamente en virtud de la sujeción que se debe a Dios de quien César, cualquiera él fuese, era el representante. Por esta sapientísima respuesta los Fariseos comprendieron que ya no había nada que hacer, y que sería locura competir con él. Por consiguiente, "dejándolo, se fueron" (Mat., 22, 22). Entraron entonces en campo los Saduceos (rivales de los Fariseos y, por esto, contentos de su derrota). Aquéllos negaban la resurrec-

ción, por lo cual propusieron al Maestro un caso práctico, el de una mujer que, debido a la ley mosaica del "levirato", desposó a siete maridos. Y le preguntaron: "después de la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer? Jesús respondió breve y claramente, negando el pueril supuesto y afirmando que "después de la resurrección, ni los hombres tomarán mujer, ni las mujeres tomarán marido, sino que serán como los ángeles del cielo". Esta respuesta dada a los Saduceos gustó mucho a un Escriba, el cual propuso a Jesús la siguiente cuestión: "¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?" (Marc., 12, 28). Jesús replicó recitando el comienzo del *Shemà*: "El primer (mandamiento) es: «¡Escucha, Israel! El Señor Dios nuestro es el único Dios; y amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente». El segundo (mandamiento) es éste: «Amarás al prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento mayor que éste". También esta contestación gustó grandemente al Escriba. Y en premio precisamente de esta su justa satisfacción, Jesús le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Faltábale solamente una cosa: creer en la divina misión de Aquél a quien él había interrogado. Después de aquella discusión San Marcos nos dice que "ya nadie osaba hacerle más preguntas" (12, 34).

No obstante, Jesús pasó de la defensiva a la ofensiva y, llegándose a un grupo de Fariseos, preguntóles de qué estirpe nacería el Mesías y de quién sería Hijo. Todos, a una voz, respondieron: "De David". Pero Jesús, alegando la autoridad del Salmo 109, replicó: "Pues, ¿cómo David le llama su *Señor,* siendo así que es su hijo, o descendiente suyo?". Lo que quería decir: El Mesías es por lo tanto mucho más que un simple hijo de David, pues en cuanto Dios es superior a todos los profetas, a Salomón, y al mismo David.

A continuación Jesús hace una tremenda requisitoria contra los Escribas y Fariseos, vigorosa síntesis de todas las acusaciones formuladas contra ellos hasta ese momento. Es una verdera acometida, un asalto final. Dice: "Los Escribas y los Fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no arregléis vuestra conducta por la suya, porque ellos dicen y no hacen. El hecho es que van atando cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar el dedo para moverlas. Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres; por lo mismo, llevan las filacterias más anchas, y más largas las franjas. Quieren también

los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas, y ser saludados en la plaza, y que los hombres les llamen "Rabí". Mas vosotros no queráis ser llamados "Rabí", porque uno solo es el "Maestro", y todos vosotros sois hermanos. Tampoco llaméis "padre" a nadie sobre la tierra, pues uno solo es vuestro "Padre", el cual está en el cielo. Ni os llaméis "maestros", porque el Cristo es vuestro único Maestro. El mayor de vosotros ha de ser siervo vuestro. Que quien se ensalce será humillado, y quien se humille será ensalzado".

Luego de revelar estas horribles llagas farisaicas, comenzó a fulminar sus célebres "Ay". "Pero, ¡ay!, de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!, que cerráis el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que están por entrar.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!, porque andáis girando por mar y tierra, a trueque de hacer un prosélito; y después de convertido, le hacéis digno del infierno dos veces más que vosotros.

"¡Ay de vosotros, guías ciegos!, que decís: El jurar uno por el templo no es nada; mas quien jura por el oro del templo está obligado. ¡Necios y ciegos! ¿Qué vale más, el oro, o el templo que santifica el oro? Y si alguno jura por el altar, no importa; mas quien jurare por la ofrenda puesta sobre él, se hace deudor. ¡Ciegos! ¿Qué vale más, la ofrenda o el altar, que santifica la ofrenda? Cualquiera, pues, que jura por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él. Y quien jura por el templo, jura por el mismo templo y por Aquél que le habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquél que está en él sentado.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!, que pagáis diezmos de la hierbabuena, y del eneldo, y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la fe. Éstas deberíais observar, sin omitir aquéllas. ¡Oh guías ciegos!, que coláis un mosquito, y os tragáis un camello.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que limpiáis por de fuera la copa y el plato, y por dentro estáis lleno de rapacidad e inmundicia! ¡Fariseo ciego!, limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de fuera sea limpio.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!, porque sois semejantes a los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de

muertos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros por fuera os mostráis justos a los hombres, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!, que reedificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la muerte de los profetas. Con lo que dáis testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Acabad, pues, de llenar la medida de vuestros padres."

Y concluyó con vivísimo acento de deploración: "¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo evitaréis el ser condenados al fuego del infierno? Porque he aquí que Yo voy a enviaros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos degollaréis a unos, crucificaréis a otros, a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los andaréis persiguiendo de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre la generación presente. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados; ¿cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? He aquí que vuestra casa va a quedar desierta. Y así os digo: Desde ahora no me veréis más, hasta que digáis: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!" (Mar., 23, 1-39).

A esta tremenda invectiva siguió una modesta pero nobilísima escena: el óbolo de la viuda. Jesús quedó conmovido, y "convocando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, todo su sustento" (Marc., 12, 43-44).

Mas también aquella ocupadísima jornada, transcurrida casi enteramente en batallar con sus implacables adversarios, tocaba a su fin. Jesús, pues, seguido de los suyos salió del Templo y retomó el camino de Betania. Al reparar en la imponente fábrica del Templo, cuya ruina había predicho ese mismo día, uno de los discípulos comenzó a exaltar el grandioso edificio. Pero Jesús, alzando la cabeza fatigada y mirando la tan decantada construcción, respondió: "¿Veis

todo esto? En verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra". Y encerróse en un triste silencio. Poco después, "Pedro, Santiago, Juan y Andrés lo interrogaron privadamente" acerca de esa negra predicción, y Él les respondió con el célebre "discurso escatológico", en el que indicó las señales de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo, simbolizado por el fin de la ciudad santa. Después, con el propósito de exhortar a sus discípulos a estar siempre preparados para la hora del fin del mundo y del juicio, hora que llegará inesperadamente, les propuso la célebre parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias, las cuales, por su negligencia, fueron excluídas del banquete nupcial (Mat., 25, 1-13).

6. — El Miércoles Santo.

Llegóse así a la antevigilia de la Pascua: el Miércoles Santo. Con toda probabilidad, ese día lo pasó Jesús en Betania, en intimidad con su santísima Madre, con Lázaro, Marta, María, y los Apóstoles. Fué probablemente en ese día, o a la mañana siguiente, cuando debió tener lugar su última conversación con María, su Madre. ¿Qué se dijeron?... ¿Cuáles habrán sido las supremas manifestaciones de ternura entre Madre e Hijo?... ¿Se abrazaron? ¿Lloraron? ¿Se animaron mutuamente a afrontar con indecible amor la hora de las tinieblas?... Respuestas todas estas que el Evangelio ha querido confiar a nuestro corazón. Fué probablemente también en este día cuando el Redentor pidió a la Corredentora un consentimiento explícito (digo explícito, porque el implícito había sido dado ya en el momento mismo en que, con su *fiat*, acogía libremente en el mundo a la víctima de nuestros pecados), para su inminente pasión y muerte redentora.

Pero, mientras en Betania se desarrollaban estas delicadas y emocionantes escenas de despedida, en Jerusalén, viendo los Sumos Sacerdotes y Ancianos que el tiempo apremiaba y que era necesario acabar con el odiado Rabí de Galilea antes de la fiesta de la Pascua, se reunieron en el palacio de Caifás, Sumo Pontífice, y "deliberaron prender con engaño a Jesús y hacerle morir" (Mat., 26, 3-5). Mas, ¿cómo hacer para capturarlo en secreto y en tan breve tiempo? Judas, uno de los doce, vino a sacarlos de esta incertidumbre. Se presentó a ellos y, tras la recompensa de treinta monedas

de plata, ofrecióse para entregarles vivo a Jesús, aprovechando el momento más oportuno. Aquellos pérfidos se regocijaron como librados de una pesadilla. La ocasión propicia no tardó en presentarse.

7. — El Jueves Santo.

Entretanto, despuntó el alba del jueves, "primer día de los ácimos, en que se sacrificaba el cordero pascual" (Marc., 14, 12). Los discípulos se presentaron a Jesús y le dijeron: "¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de la Pascua?" Jesús entonces llamó a Pedro y a Juan (Luc., 22, 8), diciéndoles: "Id a la ciudad, y así que entraréis en ella, encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre, y diréis al dueño de la casa: El Maestro te envía a decir: ¿Dónde está la pieza en la que Yo he de comer el cordero pascual con mis discípulos? Y él os enseñará una sala grande, bien aderezada; preparad allí lo necesario" (Marc., 14, 13-15). Pedro y Juan, cabeza y corazón, respectivamente, del Colegio Apostólico, se pusieron a hacer los largos preparativos para la cena.

Por la tarde Jesús, seguido de los suyos, dejó Betania y se dirigió a Jerusalén, y después de media hora de camino llegó al aposento, el Cenáculo, en donde estaba ya preparada la cena pascual: la última Pascua antigua, a la cual debía suceder la nueva Pascua.

Y aquí surge espontánea una pregunta: en aquella sala en donde se efectuó la última Cena y en donde fué instituída la Santísima Eucaristía, ¿se hallaba también María juntamente con el grupo de mujeres que formaban parte del séquito de Jesús y que estuvieron al día siguiente sobre el Calvario?... Algunos escritores lo niegan, llevados principalmente de dos razones: por el silencio del Evangelio, y por el hecho de que Jesús se había formado ya otra familia con la cual deseaba ardientemente encontrarse para confiarle el sacerdocio de la nueva Alianza, del cual están excluídas las mujeres. Mas estas dos razones no son persuasivas. El argumento extraído del "silencio" evangélico nos parece demasiado "silencioso", porque no dice absolutamente nada. Tampoco los Sinópticos dicen nada acerca de la presencia de María sobre el Calvario. Si San Juan hubiese callado también, alguien, seguramente, se habría apresurado a argumentar "por el silencio". Mas, ¿con qué derecho?... Por consiguien-

te, es el caso de decir, al menos en esto: Quien calla... no dice nada.

La otra razón persuade también muy poco. En efecto, las palabras con las cuales Jesús instituye el sacerdocio nuevo ("Haced esto en memoria mía") eran dirigidas a aquellos que eran capaces de recibirlas y a sus legítimos sucesores, en tanto que esas otras "comed y bebed" concernían a todos los fieles, hombres y mujeres. Además, se admitía que grupos diversos, compuestos de no menos de diez personas y no más de veinte, celebrasen el banquete pascual en la misma sala, con la condición, sin embargo, de que no se mezclasen. Se puede, pues, contestar fácilmente a la dificultad objetada por la segunda razón suponiendo que en la misma sala del Cenáculo hubiese dos grupos de comensales: el de Jesús con los Apóstoles, y el de María con las piadosas mujeres y algunos discípulos. Tanto más cuanto que el aposento escogido por Jesús era "grande" (Marc., 14, 15).

Por consiguiente, no existe ninguna razón para excluir la presencia de María en el Cenáculo durante la última cena. Antes por el contrario, no pocas hay que la reclaman. En efecto, María acostumbraba dirigirse a Jerusalén para la Pascua, y participar en el banquete de la cena pascual dentro de los muros de la ciudad. Además: la ley mosaica decía claramente que el Cordero pascual debía ser comido *en familia* (Exod., 12, 3-4), y que sólo cuando los miembros de la familia fuesen insuficientes en número se podía llamar a otras personas de la vecindad. Ahora bien, Jesús debió conformarse a esta ley teniendo consigo a María, su Madre, la cual había ya comenzado a ser un poco también como la madre de los Apóstoles con quienes, junto a Jesús, formaba una sola familia, ligada con los más suaves y fuertes vínculos de amor. El tratado talmúdico *Pesâhim* afirma que también las mujeres participaban del banquete pascual. ¿Por qué, pues, querer excluir a María? De hecho, no se puede dejar de experimentar cierta rebelión ante la idea de que a esa primera fracción eucarística faltase precisamente Aquélla que era más digna que cualquier otro, más aún, la única digna; que habría conocido y reconocido más que nadie la sublimidad de ese don [1]; Aquélla en vista de la cual, principalmente, Jesús instituía el sacramento de la

[1] Si, además, se admite que también Judas, como resulta por San Lucas, contrariamente a cuanto parece deducirse de San Mateo y San Marcos, participó en aquella primera mesa eucarística, esa primera Comunión de María debió ser también la mejor reparación a ese primer horrendo sacrilegio.

Eucaristía, esta inestimable prenda de su amor. Es cierto, en efecto, que Jesús amó más a la Virgen que a toda la Iglesia, y fué por sobre todo en consideración a Ella que nos dejó el inefable misterio de su Cuerpo y Sangre. La Eucaristía era como el "agradecimiento" divino de Jesús a su Madre, en el momento de separarse de Ella, en aquella tremenda noche en la cual sería traicionado. Era el medio genial con el cual Él restituía a su Madre, divinizadas, aquella carne y aquella sangre que había recibido de Ella. No hay por qué maravillarse, pues, si muchos autores antiguos y modernos [2] no han titubeado en admitir que María estuvo presente en la última cena. Ella se desarrolló según el acostumbrado ritual ya expuesto en otra parte.

Las primeras palabras pronunciadas por Jesús fueron una abierta alusión a su pasión y muerte: "He deseado ardientemente celebrar con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión". Luego, echando una mirada a los platos servidos en el convite continuó con más viva emoción: "Os lo aseguro: no comeré más esta Pascua hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios". Después, con un gesto de profunda humildad lavó los pies a los Apóstoles exhortándoles a hacer también ellos otro tanto, e hizo la primera alusión al traidor allí presente. Tras una pregunta de Juan, impulsado por Pedro, Jesús reveló al traidor pero sin nombrarlo. No bien Judas se vió desenmascarado, abandonó la sala y fué a consumar su vil traición. Mientras tanto cayó la noche. Jesús habló de su misión que estaba ahora por terminar y dejó el mandamiento nuevo, el de la caridad recíproca, que constituirá, por los siglos de los siglos, la fuerza de su Iglesia. Predijo luego su partida, el abandono de los Apóstoles y la triple negación de Pedro, no obstante sus generosas y reiteradas protestas de fidelidad, a las cuales se asociaron los demás apóstoles.

Vaciada, a lo que parece, la última copa con la cual debía terminar el banquete Pascual, Jesús instituyó la Eucaristía consagrando el pan y el vino, y mandando a sus Apóstoles hacer otro tanto. Fué el acontecimiento principal de aquella histórica tarde. La vieja Pascua había ya fenecido y la nueva comenzaba a asomar sobre el horizonte de la humanidad. El cordero simbólico, incapaz de una

---

[2] San Buenaventura, Gerson, Barrada, Biel, Novarino, Vega, Walter, Tesnière, Vigier, Hautin, De Castro, Silveira, Dressel, Faber, De la Broise, Cereseto, Lépicier, Gebhard, Landucci, etc. Nos abstenemos, por razón de brevedad, de citar los escritos en los cuales dichos autores exponen su sentencia.

BIBLIOTECA CENTRAL VERACRUZANA

adecuada satisfacción, había sido substituído por el Cordero real, capaz de una satisfacción infinita.

No quedaba otra cosa ahora que decir los últimos adioses a sus apóstoles. Y lo hizo pronto, con el lenguaje más elevado y emocionante que oídos humanos hayan escuchado o puedan escuchar jamás. Comenzó infundiéndoles valor: "No se turbe vuestro corazón, dijo. Pues creéis en Dios, creed también en mí". Les aseguró luego que iba a preparar un puesto para ellos en la casa de su Padre. Y continuó: "Ya sabéis adónde voy, y conocéis asimismo el camino". Pero Tomás, en nombre de todos, exclamó: "Señor, nosotros no sabemos todavía adónde vas; ¿cómo, pues, conoceremos el camino?" Y Jesús, con divina autoridad, repuso: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie llega al Padre sino a través de Mí. Si me conocieseis, conoceríais también a mi Padre". Felipe entonces, le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y esto nos bastará". "Quien me ve a Mí, sentenció Jesús, ve también a mi Padre... Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí... Quien cree en mí hará a su vez obras iguales a las que yo hago, y las hará todavía mayores. Si me amáis, observad mis mandamientos..." Después de una breve pausa añadió: "Mi paz os dejo, mi paz os doy. Pero la paz que doy no es la paz del mundo..."

Levantados de la mesa y recitada la última parte del Hallel, antes de separarse de sus Apóstoles sintió todavía la necesidad de dirigirles una suprema recomendación: la de permanecer unidos a Él, porque Él es la Vid, ellos los sarmientos y el Padre el viñador. Les hace comprender que el estar unidos a Él significa poseer la verdadera alegría; y amar a los propios hermanos significa continuar haciendo lo que Él, el Maestro, había hecho. Les previene contra el mundo, el cual está lleno de odio contra ellos, contra Él y contra Dios, y les promete la consoladora venida del Espíritu Santo, que los iluminará y disipará todas las dudas. Maravillados los Apóstoles ante tanta luz de sabiduría y tanto calor de caridad, pronuncian finalmente esta admirable profesión de fe: "Ahora creemos que tú has salido de Dios". Jesús entonces abre su divino corazón y eleva al cielo la más bella oración que haya sido jamás pronunciada sobre la tierra. "Padre mío, exclama, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti. ¿No le has dado Tú mismo poder sobre todo el linaje humano para que dé la vida eterna a todos los que le has confiado? Expone después de qué modo Él merecerá tal glorificación, y solicita para

todos aquellos que le han sido confiados una gran unión, la santidad en la verdad y la consumación de su obra en la gloria (Juan, c. 17).

Luego que salió del Cenáculo se dirigió a Jerusalén, recorriendo el camino que tantas veces lo había conducido a Betania. Eran cerca de las diez de la noche. Llegado al Getsemaní, hizo aguardar a los Apóstoles tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan, para hacer oración. La divina tragedia va a comenzar. El célebre pintor del cuatrociento italiano Fray Angélico de Fiésole, ha representado en escorzo, en la escena del huerto, también a la Santísima Virgen que, con otras mujeres, habría hecho oración en medio de aquellos olivos seculares. ¿Fantasía de artista u obvia interpretación del Evangelio? No puede decirse con certeza. En efecto, el hecho no es nada improbable. Otros hay (especialmente místicos) quienes aseguran que la Virgen, recluída en casa de Marta y María en Betania siguió, por vía de iluminación sobrenatural, las distintas fases de la agonía de Cristo en el huerto y durante la Pasión. Tampoco esto es inverosímil. Empero, nada puede asegurarse de cierto. Lo único verdadero es lo siguiente: que aquella noche, que fué una noche de agonía para el Hijo, debió serlo también, consiguientemente, para la Madre. Y es también cierto que todos los acontecimientos de aquella noche, así como los de la mañana siguiente, debieron llegar muy pronto a conocimiento de María, en la hipótesis de que Ella no hubiese estado presente de un modo natural ni sobrenatural. Tales acontecimientos (que daremos aquí en una breve síntesis), se desarrollaron del siguiente modo.

Luego de dejar a los demás Apóstoles en una parte del huerto de Getsemaní, Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, los tres afortunados testigos de la Transfiguración sobre el monte Tabor, y los condujo al lugar donde iba a hacer oración. Y "comenzó a entristecerse y a angustiarse". Luego dijo: "Mi alma siente angustias de muerte. Aguardad aquí y velad conmigo". Después, vacilando, "se separó de ellos como la distancia de un tiro de piedra" (o sea, unos cuarenta pasos), y extenuado "cayó sobre su rostro orando", es decir, se abatió postrado en tierra. Y gemía exclamando: "¡Abba (Padre), todo es posible a Ti! Aleja de Mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya". Varias veces debió repetir esta desgarradora oración. "Empero, refiere S. Lucas (22, 43), se le apareció un ángel del cielo, confortándole." Y añade: "Y entrando en agonía, oraba más intensamente. Y le vino un sudor como de gotas

de sangre que corrían hasta el suelo". El impresionante fenómeno, a una distancia relativamente corta y al resplandor del plenilunio, pudo ser bastante bien observado por los Apóstoles; los cuales, sin embargo, después de una primera impresión de extravío y de aflicción, vencidos también por el cansancio, acabaron por dormirse. En cierto momento Jesús, agobiado bajo el peso de su aplastante tristeza, en la imprescindible necesidad de una palabra de consuelo, de una mirada amiga, se llegó hasta sus predilectos, pero los encontró a todos dormidos, incluso a Pedro, el cual horas antes había hecho alarde de su fidelidad. Dirigiéndose, pues, a éste, le dijo: "Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca".

Alejóse, pues, de los hombres, en los cuales no pudo encontrar ni siquiera una gota de bálsamo, y volvió a tratar con Dios, y oró diciendo: "Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad".

Algún tiempo después volvió otra vez adonde se hallaban sus queridos discípulos, pero también esta vez "encontrólos dormidos porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabían qué responderle" (Marc., 14, 40). Sintióse, pues, de nuevo preso de una infinita tristeza "y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras que antes" (Mat., 26, 44). Poco después, según parece, se presentó nuevamente a sus tres Apóstoles, y les dijo: "¡Dormís ahora y descansáis! ¡Basta! Llegó la hora, y he aquí que el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos! ¡Vamos! He aquí que el traidor se acerca". En efecto, por el camino de Jerusalén llegaba cierto rumor de multitud y veíanse linternas y hachas que se movían en dirección al Getsemaní. El traidor se aproximaba con un grupo de soldados de la cohorte romana. Jesús entonces despabiló a los tres somnolientos Apóstoles, los condujo al lugar donde se hallaban los demás, y luego de algunas palabras de exhortación, quedó ahí en tranquila espera.

8. — El Viernes Santo.

a) *Prendimiento de Jesús*

Hemos llegado al día más doloroso de la vida de María, día que constituye el centro de los siglos, la fecha de la más grande alegría

y del más grande dolor: máxima alegría para la humanidad en ese día salvada, máximo dolor para quienes debían salvarla: el Redentor y la Corredentora.

Cuando Judas llegó con la cohorte romana al Getsemaní, debía ser pasada ya la medianoche, y el Viernes Santo debía haber comenzado ya. Estaba Jesús "hablando todavía" a los Apóstoles cuando el traidor, seguido "por una turba numerosa con espadas y palos, mandada por los príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo", se presentó al Maestro, le puso las manos en los hombros, y besándolo en el rostro, exclamó: "Salve, Rabí". Jesús lo miró con ojos de infinita tristeza mezclada a una no menos infinita compasión, y quedamente le dijo: "Amigo, ¿a qué has venido?" Y después de un instante, añadió: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" Apenas el traidor hubo besado a Jesús (según la señal convenida con los príncipes de los Sacerdotes), los guardias se adelantaron para arrestarlo. Pero el Salvador, separándose del grupo de sus Apóstoles, les salió al encuentro, preguntándoles: "¿A quién buscáis?" "A Jesús Nazareno", respondieron ellos. Y Jesús dijo: "Yo soy". Al oír estas dos majestuosas palabras los más cercanos, aterrados, retrocedieron y cayeron en tierra. Después de levantarse y repetir que buscaban a Jesús Nazareno, oyeron que Él les respondía: "Ya os he dicho que soy yo. Si, pues, a Mí me buscáis, dejad ir a éstos". Luego de esta respuesta, los guardias "se acercaron para prenderle". Viendo los Apóstoles que las cosas tomaban un sesgo tan serio, se mezclaron entre el tumulto, y acercándose a Jesús le preguntaron: "Señor, ¿heriremos con la espada?" Mas antes que Él hubiese tenido tiempo de responder, el ardiente Pedro, "que tenía una espada, la desenvainó e hirió a un siervo del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja derecha: el criado se llamaba Malco". Inmediatamente Jesús intervino, y dirigiéndose a Pedro le dijo: "Mete tu espada en la vaina, porque todos los que echan mano de la espada, a espada morirán. ¿Piensas acaso que no puedo acudir a mi Padre, el cual me dará en el acto más de doce legiones de ángeles? Pues, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que así suceda?" Y habiendo tocado la oreja, la curó (Luc., 22, 51). Dijo después a la turba, entre la cual hallábanse *príncipes de los Sacerdotes, capitanes del Templo y ancianos*: "¿Como contra un ladrón habéis salido armados con espadas y con palos. Aunque cada día estaba con vosotros en el Templo, nunca me habéis echado las manos; mas ésta es la hora vuestra, y el

poder de las tinieblas" (Luc., 22, 52-53). Y fué atado y conducido como un vulgar delincuente, en medio de la aflicción de los Apóstoles. Los cuales todos, del primero al último, más preocupados por el propio pellejo que por Jesús, no obstante las reiteradas promesas de fidelidad, se dieron valientemente a la fuga. Muy probablemente, alguno de ellos debió referir a María todo lo acontecido, siempre en la hipótesis de que Ella no hubiese estado presente.

Así se cumplió el primer acto de la divina tragedia, el prendimiento del Maestro. Eran casi las dos después de medianoche.

b) *El proceso religioso ante Anás y Caifás*

La cohorte, juntamente con el divino Prisionero, seguido por la multitud, atravesó el torrente Cedrón dirigiéndose hacia la colina occidental de la ciudad, en donde se hallaba el palacio en el que habitaban Anás, ex Sumo Sacerdote, y Caifás, su yerno, Sumo Pontífice de aquel año. Ante todo, Jesús fué puesto a disposición de Anás, el cual siendo muy influyente, había sido, probablemente, quien había organizado su captura. Comienza así el proceso religioso de Jesús, primero ante Anás y después ante Caifás. Anás, acaso para dar una apariencia jurídica a la cuestión, quizás para satisfacción personal, o, más probablemente, por ambas razones a la vez, sometió a Jesús a un interrogatorio acerca de sus discípulos y de su doctrina. Mas Jesús se limitó a responder: "Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que Yo les he enseñado; ellos saben lo que he dicho" (Juan, 18, 20-21). Esta clara y severa respuesta debió provocar en Anás, decepcionado en su intento y colocado en situación incómoda, cierto gesto de despecho y de rabia. Uno de sus servidores lo advirtió, y lleno de celo por su amo y como interpretando su secreto deseo de venganza, dió una tremenda bofetada en el rostro de Jesús, diciendo: "¿Así respondes tú al Sumo Sacerdote?" Pero Jesús, a su vez, le dirigió el siguiente dilema, no menos tajante que la respuesta dada a Anás: "Si Yo he hablado mal, pruébalo; pero si he hablado bien, ¿por qué me hieres?" (Juan, 18, 23).

El astuto Pontífice, visto y considerado el embarazoso comportamiento del Imputado, no osó seguir adelante a fin de no expo-

nerse a ulteriores jaques. Y lo envió sin más ni más, atado, a su yerno Caifás, el cual, muy probablemente, como ya lo hemos dicho, debía habitar en otro departamento del mismo palacio, separado por un patio o atrio. ¡Dolorosa coincidencia! Justamente en el instante en que Jesús, apelando al testimonio de sus discípulos decía a Anás: "Pregunta a ellos", Pedro, el jefe de los Apóstoles, que gracias a Juan (conocido por los familiares del Sumo Sacerdote), había conseguido penetrar en el palacio, respondía vilmente por tres veces a las curiosas y petulantes preguntas de los criados: "¡Yo no conozco a tal hombre!" ¡Y añadía a la cobarde negación el juramento, la maldición y la imprecación!... Mientras este río de vil execración aun seguía su curso... Jesús, rodeado por los esbirros, después de la sesión nocturna, atravesó el atrio en donde se hallaba Pedro, y su mirada se encontró con la suya. Pedro sintió que se anonadaba. Se acordó de la profecía del Maestro, contra la cual había protestado, y saliendo de ahí "lloró amargamente". El criado del Sumo Sacerdote había golpeado a Jesús en el rostro, pero él, el amigo suyo, habíale destrozado el corazón. ¿Adónde fué el pobre Apóstol a buscar un poco de serenidad y de paz?... Quizás acudió a María, refugio de los pecadores.

Entretanto, en la casa de Caifás habíanse reunido varios miembros del Sanedrín, y apenas hubieron alcanzado el número suficiente, sometieron a Jesús a un interrogatorio en plena regla, con la intención de preparar los elementos más substanciales que debían ser presentados en la sesión plenaria de los tres grupos del Sanedrín (o sea, los Ancianos del pueblo, los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas), la cual debía tener lugar cuando fuese de día (Lucas, 22, 66), es decir, hacia las cinco de la mañana, ya que los juicios que implicaban la pena de muerte no podían realizarse de noche ("Sanh.", 4, 1). Comenzaron luego las deposiciones de los *falsos* testigos. Pero éstos, cuyas declaraciones se referían a palabras y a hechos de Jesús, se contradecían a cada paso, haciendo de esta manera imposible cualquier apariencia de legalidad para pronunciar una sentencia de muerte. Evidentemente, el soborno de esos testigos había sido demasiado precipitado, por esto no habían acertado a ponerse de acuerdo. Luego de no poca pérdida de tiempo, se presentaron finalmente dos testigos, mínimo legal, quienes parecían estar concordes en declarar acerca de cierta amenaza hecha por Jesús, de destruir el Templo. Pero una

ulterior inquisición dió como resultado una discreta discordancia respecto a los particulares de tal deposición.

Comprobando Caifás con amargura que el laborioso proceso no adelantaba nada, se puso de pie resueltamente y con tono vivaz, a fin de provocar por parte de Cristo, mediante una aparente justificación, alguna respuesta comprometedora, le dijo: "¿Nada respondes a lo que deponen contra ti?" Mas Jesús se encerró en un silencio desconcertante. Los papeles parecían haberse trocado: en efecto, el reo parecía en verdad el juez.

No viendo el Sumo Sacerdote otra escapatoria, y queriendo terminar de una vez por todas con Jesús, asumió un tono excepcionalmente solemne y, planteando sin más ni más una cuestión candente que estaba como en la base de todo el proceso, le dijo: "Yo te conjuro, en nombre del Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo (el Mesías), el Hijo de Dios". El momento es solemne. Jesús no puede rehusarse a responder. Y contesta francamente: "Tu lo has dicho. Sí, lo soy". Ante esta clase de respuesta Caifás, disimulando hipócritamente, con un aparente gesto de horror, el íntimo y triunfal sentimiento de alegría que experimentaba por aquella confesión que sería su capítulo de acusación, rasgando sus vestiduras, exclamó: "¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?" Y todos, a voz en cuello, gritaron: "¡Reo es de muerte!"

La respuesta de Jesús había aparecido como un triunfo pleno para Caifás: triunfo en el campo político, porque él se había declarado el *Mesías de Israel,* y triunfo en el campo religioso porque se había declarado, blasfemando, *Hijo de Dios.* Como blasfemador podía ser condenado por el Sanedrín, o sea, por la autoridad religiosa; y como Mesías de Israel contrario, por consiguiente a la dominación romana, podía ser condenado por la autoridad civil.

En la sesión de la mañana, a la cual ya hemos aludido, se confirmó solemnemente todo cuanto había sido decidido durante la de la noche. Entre una y otra hubo un lapso de unas dos horas: en efecto, la sesión nocturna tuvo lugar hacia las dos, mientras que la de la mañana se realizó al alba, hacia las cinco. En esas dos horas de intervalo Jesús fué dejado a merced de la soldadesca, la cual le hizo padecer todo género de afrentas: bofetadas, latigazos, esputos en el rostro, burlas sarcásticas, abalanzándose sobre Él como torbellino.

Después de vendarle los ojos y abofetearle cruelmente, le decían: "Cristo, profetízanos, ¿quién es el que te ha golpeado?"

Apenas Judas llegó a saber que el Sanedrín había condenado a muerte al Maestro, horrorizado por su monstruosa conducta, sintió que esos execrables 30 siclos de plata oprimían su corazón hasta ahogarle. Y no pudiendo ya soportar sus remordimientos, corrió al templo, arrojó con gesto desesperado hacia el "santuario" el precio de la traición y, tomando luego una soga se ahorcó. ¡Qué tremendo golpe para el corazón misericordioso de María fué la noticia del tristísimo fin del Apóstol! ¡Ah, si en lugar de arrojarse en los brazos del árbol hubiese ido a refugiarse entre sus brazos de Madre!...

c) *El proceso civil ante Pilatos y ante Herodes*

Para hacer cumplir su sentencia de muerte el Sanedrín tenía necesidad de la aprobación explícita del Procurador romano Poncio Pilato. Se pensó, pues, en llevar al acusado al tribunal del Procurador romano, presentándolo como un peligrosísimo agitador político. Terminada la solemne sesión de la mañana, esto es, hacia las seis, el Sanedrín, casi al completo, se dirigió a la fortaleza Antonia, situada en el ángulo noroeste del Templo, en donde residía en ese día Poncio Pilato, conduciendo consigo a Jesús, y cambiando su papel de jueces por el de testigos.

Los hipócritas judíos no quisieron entrar en la casa de un pagano por temor de contaminarse. Permanecieron, pues, a la entrada. Hay quien ha opinado que la Virgen, juntamente con las piadosas mujeres, se encontraba allí, a cierta distancia, siguiendo con el corazón angustiado el desarrollo, o mejor, el precipitarse de los acontecimientos. En verdad, Ella era la más interesada entre todas aquellas personas. Advertido Pilatos de la presencia del Sanedrín, salió y, luego de haber echado una mirada escrutadora sobre los acusadores y sobre el acusado, pareció intuir súbitamente la inocencia del uno y la malvada hipocresía de los otros. En efecto, preguntó: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Mas los Sanedritas le respondieron: "Si éste no fuera un malhechor no te lo hubiéramos traído". Por estas palabras Pilatos comprendió que, en la intención de ellos, Jesús estaba ya destinado a la muerte. Por tanto, inquirió los motivos de tal condena. Con lo cual se dió comienzo a las acusaciones. "Nosotros, dijeron, hemos sabido que éste amotina a nuestra gente, y

prohíbe pagar tributo al César diciendo que él es el Cristo (Mesías), el Rey" (Luc., 23, 2). Pilatos estuvo muy lejos de tomar en serio este cargo. Empero, tratándose de un asunto de índole tan delicada y comprometedora, volvió a entrar en el pretorio con el acusado, y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Por las respuestas de Jesús, Pilatos intuyó inmediatamente que el reino ultramundano e invisible del cual se decía Rey el imputado era algo muy distinto del reino terrenal y visible que interesaba a él y a los Césares de Roma. Y confirmóse en la idea de que todo eso era cuestión de envidia surgida por motivos religiosos. Aclarado, pues, el malicioso equívoco e individualizada la ignoble causa del mismo, Pilatos salió fuera y manifestó abiertamente a todos: "Yo no encuentro en él culpa alguna". Ante tal declaración, el odio de los Sanedritas se enardeció. Entre las muchas acusaciones lanzadas con acento airado y en desorden, acentuaron especialmente ésta: "Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde la Galilea hasta aquí" (Luc., 23, 5). Al oír la palabra Galilea, dominio del tetrarca Herodes Antipas, Pilatos tuvo una idea que le pareció luminosa: enviar a Jesús a Herodes, el cual, por aquellos días, en ocasión de la Pascua, se hallaba en Jerusalén, para que fuese juzgado por él. De este modo habría matado, como suele decirse, dos pájaros de un tiro: pues con ese acto de deferencia se habría granjeado la voluntad del tetrarca, con quien no se hallaba entonces en buenas relaciones, y habríase al mismo tiempo desembarazado de la manera más elegante de la molestia que significaba verse constreñido a juzgar y condenar a un inocente. Envió, pues, a Jesús al tribunal de Herodes, quien, como era de esperarse, *"holgóse sobremanera porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que había oído de él, y porque esperaba verle hacer algún milagro"*. Cuando el adúltero e incestuoso matador del Bautista vió delante de sí a Jesús, dirigióle una infinidad de preguntas. Pero el Salvador no dió ninguna respuesta. Tremendamente desilusionado en su expectativa, Herodes lo tomó por un insensato, un idiota. Hizo que lo vistieran con una túnica blanca, y con tal indumentaria lo devolvió alegremente al que se lo había enviado. El primer objetivo del Procurador romano (el de reanudar la amistad con Herodes), había sido alcanzado porque, como observa San Lucas, "desde ese día quedaron amigos Herodes y Pilatos, pues antes eran enemigos entre sí" (23, 12); pero el segundo objetivo, el que más importaba a Pilatos, había fra-

casado completamente. Se encontró, por consiguiente, de nuevo en un apuro más serio que antes. No vislumbrando otra salida, pensó en un arreglo, en una especie de vía media: no conceder todo lo que pedían los judíos, ni rechazar del todo sus deseos; ni absolver al acusado, ni condenarlo a muerte. Le infligiría, pues, una pena gravísima, pero no le daría muerte. Esperaba que, concediendo algo a esas fieras sedientas de sangre se calmarían y no lo obligarían a cometer una suprema injusticia. Se dirigió entonces a los frenéticos acusadores e intentó hacerles reflexionar un poco diciendo: "Vosotros me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo y yo, habiéndole interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de aquellos que le acusáis. Ni tampoco Herodes, pues nos lo ha devuelto. Ninguna cosa merecedora de muerte ha sido cometida por él". Y concluyó diciendo: "Por tanto (¡muy lógico, ¿verdad?, ese *por tanto!*), después de castigarlo, lo dejaré libre".

Para conseguir mejor su intento de calmar a la turba delirante, pensó valerse del derecho que tenía como Procurador romano de liberar, en ocasión de la Pascua, a un reo escogido entre los que se hallaban en la cárcel. Entre éstos había uno muy famoso llamado Barrabás, ladrón y homicida. Propondría, por tanto, que eligieran entre los dos, seguro de que, por lo menos la multitud, ya que no sus jefes religiosos, escogerían a Jesús. Dijo, pues, a la turba: "Es costumbre que con ocasión de la fiesta haga gracia a un prisionero". La muchedumbre, como observa San Marcos, gritó confirmando: "¡Sí, es costumbre y derecho!" Entonces, ilusionándose de acertar en su intento, propuso la inicua elección diciendo: "Pues bien, ¿a quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que es llamado el Cristo, el Rey de los judíos?" La singular propuesta pareció por un instante sorprender los ánimos. La confrontación era decididamente desconcertante. En ese momento de tregua, Pilatos recibió un mensaje de parte de su mujer, en el cual se le intimaba: "No te mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido mucho hoy en sueños por su causa". Era una inspiración del cielo que concurría a aumentar los escrúpulos de Pilatos. Pero la multitud, instigada durante ese breve compás de instintiva perplejidad por los Príncipes de los Sacerdotes y por los Ancianos del pueblo, comenzó a aullar: "Muerte a Jesús y libertad a Barrabás". Pilatos, estupefacto, desconcertado ante aquella exclamación y no dando casi crédito a lo que oía, dirigió

a la multitud una pregunta cuya respuesta había dado ya con tanto furor: "¿Pues qué queréis que yo haga del Rey de los judíos, que es llamado Cristo?" Y todos a una sola voz gritaron: "¡Crucifícale, crucifícale!" Como si no acertara Pilatos a darse cuenta de lo que oía, preguntó aún: "¿Pero qué mal ha hecho? Yo no hallo en él delito alguno que merezca la muerte. Lo haré castigar, y luego lo dejaré libre". Pero la turba, viendo que el vil Procurador se mostraba vacilante, ebria de sangre, gritó con mayor fuerza e insistencia: "¡Crucifícale, crucifícale!" Ante este inexplicable y repugnante modo de razonar, viendo que su voz era sofocada por los aullidos de la multitud, para demostrar que él no condescendía a las irracionales peticiones de ellos, recurrió a una acción simbólica muy en uso entre los hebreos, acción visible para todos y que no sofocarían las frenéticas exclamaciones: hizo traer una palangana llena de agua y allí, en presencia de todos, se lavó las manos diciendo: "Inocente soy de la sangre de este Justo; allá os la veáis vosotros." Lo cual era como decir: "Obligándome a condenarlo a muerte, vosotros me quitáis la libertad moral, y por esto me declaro inocente de su sangre; la culpa viene a recaer íntegramente sobre vosotros. La turba lo comprendió bastante bien, y echando sobre sí toda responsabilidad, viéndose ahora más vecina que nunca a la meta tan ambicionada, aulló con frenesí: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Desde ese momento aquel pueblo, maldecido y perseguido por todos, pareció escribir sobre su frente con letras de sangre la más horrible de todas las palabras brotadas de los labios de los hombres: "Deicidio" [3].

En previsión de esos grandes disturbios populares que preocupaban y amedrentaban a los gobernadores romanos de Judea, y con el consiguiente temor de que alguien declarase contra él en Roma, Pilatos perdió casi del todo el valor y colocóse en el plano inclinado de las concesiones, aunque manteniendo un perenne hilo de esperanza de que se detendría antes de caer al abismo, arrancando al acu-

[3] Es digno de notarse lo que sucedió en 1933. Los *hijos* de ese pueblo frenético, instituyeron en Jerusalén un tribunal oficioso, compuesto por cinco insignes Israelitas, con el propósito de examinar nuevamente la sentencia pronunciada hacía 19 siglos por el Sanedrín de su nación. La decisión, con cuatro votos favorables contra uno, fué que la antigua sentencia debía ser retractada porque *"la inocencia del imputado estaba demostrada, su condena había sido uno de los más terribles errores que los hombres habían cometido y cuya reparación mucho honraría a la raza judía"*. (Cfr. la revista parisiense "Jerusalén", mayo-junio de 1933, p. 464).

sado de las garras de la muerte. Libertó, pues, a Barrabás, escogido por el pueblo y sometió a Jesús a la flagelación, que era como la primera parte de la crucifixión, una especie de preparación inmediata, ilusionándose de que no llegaría a la segunda parte, o sea, a la crucifixión. La flagelación, esta "media muerte" que, a veces, ocasionaba la muerte de verdad, fué ejecutada allí en la plaza pública, delante del pretorio, tal como lo prescribía la ley romana. Con toda probabilidad, Pilatos se retiró a sus habitaciones. Eran cerca de las 10 u 11 de la mañana. Los soldados *auxiliares* de la cohorte (semibárbaros, reclutados principalmente entre los Samaritanos, adversarios a muerte de los Hebreos y muy fieles a los Romanos), desnudaron a Jesús y lo ataron después por las muñecas a una columna, de modo que ofreciese la espalda encorvada. Tomaron luego el *flagellum*, el "horribile flagellum" como lo llama Horacio, o sea, un robusto látigo compuesto por muchas cuerdecillas de cuero terminadas en pequeños huesos cuadrados y hechas más pesadas mediante bolitas de plomo, y descargaron despiadadamente sobre el desnudo cuerpo de Jesús, golpes sobre golpes. A las contusiones producidas en el cuello, la espalda, los costados, los brazos y las piernas, sucedieron bien pronto las llagas sanguinolentas, y poco tiempo después el Redentor quedó hecho toda una llaga, irreconocible, una verdadera monstruosidad sangrante [4].

A la flagelación siguió el más repugnante ludibrio. Aquella inhumana soldadesca, acordándose de que Jesús se había proclamado rey, lo arrastró hasta el patio interno del palacio y allí, convocada toda la cohorte en torno a Él, parodiaron una especie de coronación real. Echáronle sobre las espaldas una clámide escarlata (¡el manto real!), pusiéronle sobre la cabeza una corona de agudísimas espinas (¡la diadema!), y depositaron en sus manos atadas por las muñecas una caña (¡el cetro real!). Luego, comenzaron a escarnecerle, prosternándose en acto de adoración y repitiendo sarcásticamente: "¡Salve, oh rey de los Judíos!" Y levantándose luego, en vez del ritual beso

[4] Un pasaje de Cicerón nos da una idea de la *flagellatio* romana, al describir la *verberatio* infligida al romano Servilio, incomparablemente más mitigada que la *flagellatio*: "Rodeáronlo seis lictores robustísimos y muy expertos en golpear y en azotar hombres; lo golpearon cruelmente con varas; finalmente, el primer lictor Sextio, de quien ya he hablado a menudo, comenzó a herir los ojos del miserable con el mango del bastón. El paciente, habiéndosele llenado el rostro y los ojos de sangre, cayó en tierra; no obstante eso, le azotaron los flancos aún después de caído, para que de una vez confesase. Reducido a tal estado, fué arrastrado lejos de allí como muerto; poco después murió" ("In Verrem", II, 5, 54).

en la frente al nuevo rey consagrado, le escupían en la cara, lo abofeteaban, y quitándole la caña, golpeaban con ella su corona de espinas.

Cuando la soldadesca hubo desahogado su inhumana barbarie, condujo a Jesús ante Pilatos. El Procurador romano, impresionadísimo, quiso probar una última tentativa. Creyendo enternecer a la muchedumbre ebria de sangre, salió nuevamente del pretorio, haciéndose seguir por Jesús y preanunció su aparición a la multitud con las palabras: "He aquí que os lo traigo para que conozcáis que no encuentro culpa en él." Cuando Jesús, tambaleando, compareció, presentólo al pueblo exclamando: "Ecce homo!", es decir: "He aquí aquel a quien vosotros me habéis presentado como rey." Si la Virgen Santísima, como es muy probable, estuvo presente a aquel acto de bárbara tragedia, al oír las palabras de Pilatos "He aquí al hombre" debió, instintivamente, responder en su corazón con estas otras: "¡He aquí a mi Hijo!" Y en esa palabra "Hijo" debió experimentar en su alma todos los tormentos que Él padecía en el cuerpo.

Lo que sucedió en ese momento tan trágico, capaz de enternecer hasta las piedras, nos es descrito de un modo insuperable por Juan, testigo ocular, de esta manera: "Cuando lo vieron los Sumos Sacerdotes y sus ministros, alzaron el grito diciendo: Crucifícale, crucifícale." Pilatos les dice: "Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo crimen en él." Respondiéronle los Judíos: "Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios" (Juan, 19, 6-7).

Estas últimas palabras "Hijo de Dios" y, consiguientemente, ese repentino paso del terreno político ("se ha declarado Rey") al terreno religioso ("se ha hecho Hijo de Dios"), desconcertaron todavía más al ya tan desorientado Procurador, suscitando en él una nueva e inesperada preocupación. Y debió preguntarse: "¿Será él realmente un ser divino?..." Entró, pues, inmediatamente en el pretorio, y preguntó a Jesús: "¿De dónde eres tú?", es decir: "¿eres tú hombre o Dios? ¿Eres tú de la tierra o bien del cielo?" Él sabía empero que Jesús era Galileo. Mas el Salvador no respondió. Había hablado bastante. Entonces Pilatos, un poco despechado por ese misterioso silencio, le dijo: "¿No me hablas? ¿No sabes que está en mi poder el crucificarte o el ponerte en libertad?" Jesús respondió: "No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiese sido dado de lo alto. Por tanto, quien me ha entregado a ti tiene mayor pecado." Esta alusión clara al origen

divino de todo poder y, por consiguiente, a la monstruosidad que significaba su abuso, debió determinar casi de inmediato a Pilatos a abstenerse de pronunciar la inicua sentencia. Así nos lo hace saber San Juan con esa su genérica expresión: "Desde aquel momento Pilatos buscaba libertarle" (19, 12). De este estado de ánimo del Gobernador, casi definitivamente adverso, debieron darse cuenta muy pronto los acusadores de Cristo. Intentaron entonces un último y supremo asalto al ánimo del débil Juez, sirviéndose de un arma que juzgaban de segura eficacia, esto es, acusarlo de ser enemigo del César, que era entonces el celosísimo Tiberio. Gritaron por tanto: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César, puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra el César." Como era previsible, la amenaza era seria e inquietante. El vil e interesado Gobernador Romano se vió entonces ante este tremendo dilema: o sacrificar a Jesús, o sacrificarse a sí mismo. Y comenzó a inclinarse hacia una de las dos alternativas: sacrificar a Jesús para salvarse a sí mismo y salvar sus propios intereses. Faltaba, sin embargo, el último gramo para hacer inclinar la balanza, el cual no tardó en añadirse. Mandó traer a Jesús, que había quedado en el pretorio, y apenas llegado, Pilatos sentóse en la silla curul sobre la cual había subido poco antes para absolver al acusado, y presentándolo al pueblo, gritó: "He aquí a vuestro Rey." ¿Fino sarcasmo ordenado a vengarse del ignominioso acto de debilidad que se le quería a toda costa arrancar, o bien, extrema tentativa para salvar a Jesús, que se había proclamado Rey espiritual de los acusadores y por consiguiente implicado en una cuestión de índole religiosa que a él no le interesaba en absoluto?... No es fácil afirmarlo. Quizás una y otra cosa. Irritada la turba por la burla sangrienta que le había sido dirigida, aulló: "¡Quítale! ¡Quítale! ¡Crucifícale!" Pilatos insistió nuevamente: "¿He de crucificar a vuestro rey?" Mas los Sumos Sacerdotes, como hace notar expresamente San Juan, respondieron: "Nosotros no tenemos otro rey que el César." Estaba claro: con tal de suprimir a Cristo, ellos se entregaban con alma y cuerpo al César, como los demás pueblos. Aquella tremenda y amenazadora palabra: *César,* con la cual no se bromeaba, fué como el peso que inclinó la ya más que vacilante balanza de la conciencia de Pilatos. Y pronunció la fatal sentencia: *"Ibis ad crucem!"* Era casi el mediodía. En ese solemne momento era condenada también espiritualmente al suplicio de la cruz, juntamente con el Hijo, la Madre. Crucifixión física para el Hijo, y crucifixión moral para la Madre.

Ni el más mínimo sentimiento de estupor o de rebelión demostró María ante aquella fatal sentencia. Ella sabía que había sido pronunciada ya "ab aeterno" para la salvación del hombre. ¿Por qué sorprenderse? Ella la había aceptado ya plena y libremente. ¿Para qué rebelarse?...

d) *Hacia el Calvario*

A la ritual sentencia *"Ibis ad crucem"*, es decir, "Serás crucificado", siguió inmediatamente, como natural complemento de aquélla, la orden ritual: *"I, miles, expedi crucem!"*, o sea, "Ve, soldado, y prepara la cruz". El soldado encargado de ello corrió inmediatamente al lugar de la ejecución, es decir, al Calvario (una elevación rocosa de pocos metros, situada al septentrión de la ciudad, fuera de sus muros) y plantó allí tres palos verticales (los cuales se hallaban ahí siempre listos) de unos 4 ó 5 metros de alto: el de medio para Jesús, y los otros dos para dos vulgares ladrones condenados al mismo suplicio. Otro madero (el transversal de la cruz) fué puesto sobre los hombros de Cristo, luego de haber sido revestido de sus vestiduras. Y así, Jesús, confiado a los soldados (ordinariamente cuatro, *quaternio*), mandados por un centurión a caballo que debía comprobar la muerte del condenado (*exactor mortis*), precedido por un empleado judicial que llevaba delante de sí una tablilla *(titulus)*, sobre la cual estaba escrito en caracteres bien visibles (griegos, hebreos y latinos), el motivo de la condena, o sea: *"Jesús Nazareno, Rey de los Judíos"*, seguido por los sumos sacerdotes y Sanedritas rebosantes de júbilo, y por la turba del populacho tumultuoso, salió de la fortaleza Antonia y se encaminó hacia el Gólgota. El camino más corto que conducía allí debía ser cerca de un kilómetro. Empero, se sabe que se escogía el trayecto más largo con el objeto de dar a la ejecución la máxima publicidad [5], tanto más cuanto que en aquellos días las calles de la ciudad santa hormigueaban de peregrinos. A todo lo largo del camino, el condenado era objeto del ludibrio de la plebe, la cual lo trataba como a un ser fuera de ley, contra quien todo era lícito. Descendida la colina de Sión, el cortejo atravesó el valle del Tyropeón dirigiéndose a la puerta judiciaria. Extenuado por los excepcionales sufrimientos padecidos, espe-

[5] Cfr. Quintiliano: "Declam.", 274; Cicerón: "In Verrem", V, 66; Tácito "Anales", XV, 14; Tito Livio, VIII, 16; Plinio: "Hist. Nat.", XXXVI, 24, 3; Flavio Josefo: "Guer. J.", V, 11, 1.

cialmente por la agonía de Getsemaní y por la flagelación, Jesús, cargado con el palo, movíase con dificultad, tropezando a cada paso. El centurión comprendió al instante que sería imposible pretender que llevase el madero quien apenas podía sostenerse por sí mismo. Por consiguiente, movido por el fundado temor de no poder conducir a buen término el encargo que le había sido confiado, requirió a cierto Simón de Cirene, de la Libia Africana, quien volvía del trabajo de los campos, y le ordenó llevar la carga de Jesús.

Acompañada por San Juan y por las piadosas mujeres, María quiso salir al encuentro de su divino Hijo. El lugar del suplicio no es ciertamente un sitio adecuado para una madre. Por esto se mantienen y son mantenidas alejadas de él. María no era solamente Madre de Dios. Lo era también del hombre pecador por el cual debía sacrificar generosamente a su Hijo. Ella lo había dado a luz, víctima redentora, con la precisa intención y la misión determinada de sacrificarlo para la salvación de los hombres. La hora de cumplir tal sacrificio había sonado. No podía pues dejar de cumplirlo. Por eso estuvo allí, ante el altar de la Víctima, que había venido a ser el altar del mundo, a fin de expresar con su presencia su asentimiento en aquella inmolación, asentimiento que implicaba una total renuncia a los derechos maternos sobre su divino Hijo: dicha renuncia habíala ya formulado en el preciso instante en que le había concebido, es decir, en el instante de la Encarnación del Verbo, al pronunciar su admirable *fiat*. En Belén, Ella lo había ofrecido a la vida por la muerte; sobre el Gólgota, debía ofrecerlo a la muerte por la vida. Bien sabía Ella que no habría podido prestar ningún socorro a su Hijo, pues los verdugos, según la ley, se lo habrían impedido. Sabía muy bien, además, que con su presencia, lejos de disminuir el dolor del Salvador, no haría más que aumentarlo. Esto no obstante, su deber, su calidad de Corredentora, no le permitía estar ausente. Impulsada, pues, por el deber, se dirigió ella también hacia el Calvario, al encuentro de su Hijo.

Una antigua tradición [6] nos cuenta que la Virgen, en vez de agregarse a la multitud tumultuante que seguía al condenado, tomó un atajo a fin de encontrarse con su Hijo, quizás junto a la puerta por la cual habría debido pasar para dirigirse al Calvario. Y se encontró

[6] Esta tradición se lee por primera vez en la redacción *B* de los *Acta Pilati* (10, 2, ed. Tischendorf, p. 104). Para más noticias cfr. C. A. Kneller, "Geschichte der Kreuzwegaudacht. Ergänzungshefte der Stimmen aus Maria Laach", 38, Friburgo, 1908, p. 134 sgts.; Höpfl H., "Die Stationem des hl. Kreuzweges in Jerusalem", Friburgo, 1913, p. 39.

de hecho con Él, pero, a causa de los esbirros y de la plebe no hubo ni pudo haber otra cosa, entre ella y Él, que un rápido cambio de miradas y de afectos, sintetizado en dos palabras pronunciadas más con el corazón que con los labios: "¡Madre mía!", "¡Hijo mío!" ¡Cuánto pesar y compasión no se habrán expresado mutuamente! ¡Cuántas cosas no se habrán dicho en estas dos palabras [6 bis].

Un plano de Jerusalén de 1308 señala la Iglesia de San Juan Bautista con el título de *Pasm. Vgis.*, o sea, "La Congoja de la Virgen" [7]. Según la tradición fué en ese lugar en donde sucedió el angustioso encuentro de María con su Hijo. Por lo demás, este suceso es más que verosímil si se reflexiona un instante en ese texto Evangélico según el cual Jesús, a lo largo de la vía dolorosa, encontró un grupo de mujeres de Jerusalén, quienes al verle sintieron despedazárseles el corazón de pena y llenas de compasión por Él, lloraban y se lamentaban. Con toda probabilidad, a ese grupo se habían unido también las piadosas mujeres venidas de Galilea con Jesús (María de Cleofás, prima de la Virgen, Salomé y María Magdalena) y que después permanecieron al pie de la cruz. Entre ellas se hallaba también la Virgen María con San Juan. Vuelto hacia el grupo de mujeres Jerosolimitanas, y pensando en las lágrimas mucho más amargas que pronto habrían de verter, Jesús les dice: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino más bien por vosotras y por vuestros hijos, pues he aquí que vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Se-

[6 bis] Un episodio acaecido durante el martirio de las 32 Santas Mártires de Orange puede darnos una muy pálida idea de la honda aflicción de María en aquel encuentro. Entre aquellas mártires distinguióse particularmente Sor María Enriqueta de la Anunciación, de 24 años de edad, verdadera flor de belleza y de inocencia. Su padre arrestado también como aristócrata en los tétricos días del Terror, yacía en las cárceles llamadas de las *Damas*. Sor María Enriqueta, juntamente con sus compañeras, se dirigía alegre y serena al suplicio, cantando devotamente las letanías de la Virgen. El cortejo pasa entre dos filas de pueblo, asombrado de tanta tranquilidad, por la calle de las *Damas*. El cántico hace que los prisioneros se asomen a las ventanas. Entre ellos se encuentra también el padre de Sor María Enriqueta. Las miradas del padre y las de la hija se encuentran. El desdichado padre lanza un agudo grito y cae en tierra desvanecido... La Virgen Santísima, a diferencia de aquel pobre padre, no se desvaneció, porque tenía un absoluto dominio sobre sí misma; mas este pleno dominio de sí contribuyó no poco a hacerle sentir en toda su extensión y profundidad la amargura del encuentro.

[7] Cfr. Vogué: "Les églises de la Terre Sainte", París, 1860, pág. 438. — Lievin: "Guide de la Terre-Sainte", Jerusalén, 1887, t. I, p. 175.

pultadnos (Cfr. Oseas, 10, 8). Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿qué no se hará con el seco?" (Luc., 23, 28-31).

No es difícil imaginar las exclamaciones que la presencia de María suscitó en aquellos que, entre aquella marea de pueblo, la reconocieron como madre del condenado. "¡Pobre desgraciada!", habrán dicho algunos. "Si hubiese cuidado mejor a su hijo, debieron sentenciar otros, no habría llegado a este extremo." "¡Oh, yo no querría en verdad encontrarme en su lugar!", debieron exclamar las madres especialmente. Y todos estos comentarios no hacían más que agregar dolor a dolor.

e) *La crucifixión*

LA ELEVACIÓN DE LA HOSTIA

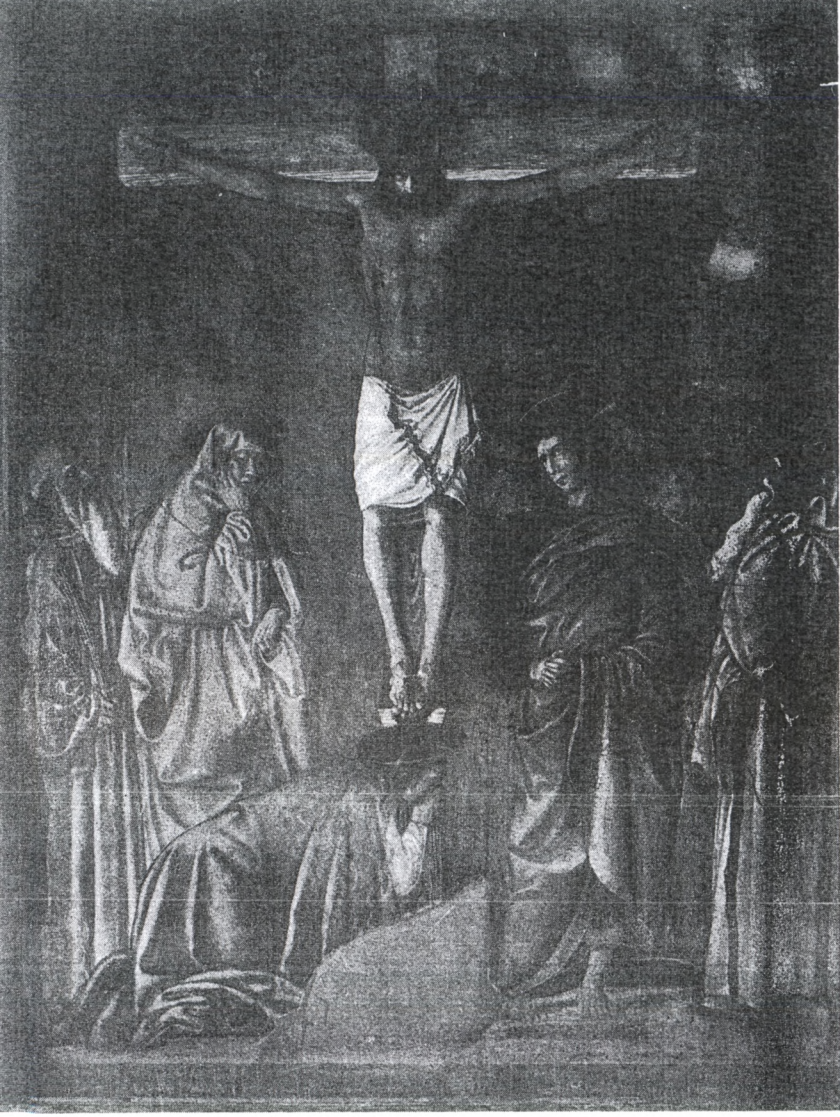
Hacia el mediodía, el cortejo llegó al Calvario, o sea, el lugar del *Cráneo* (en latín *Calvaria* y en arameo *Golgotha*), así llamado a causa de una saliente rocosa de pocos metros, semejante a un cráneo [8]. Llegados allí, ofrecieron a Jesús y a los dos ladrones, según la costumbre, vino mezclado con mirra: bebida anestésica, apta para adormecer los sentidos. Jesús la aproximó a sus labios como para demostrar su agradecimiento por la atención dispensada, pero la rehusó porque quería sufrir con el espíritu plenamente despierto, todo lo que había que sufrir, bebiendo hasta la última gota el cáliz de amargura confiádole por su Padre para la salvación del mundo.

Luego los verdugos lo despojaron de sus vestiduras, renovándoles las llagas de la flagelación aún no cerradas, y lo echaron después de espaldas a la tierra, obligándole a extender las manos sobre el brazo horizontal de la cruz por Él llevado. Tomaron luego clavos y martillo y comenzaron a clavar las manos. ¡Cómo debieron pesar sobre el corazón de la Madre aquellos martillazos que caían sobre las manos de su Hijo! ¡Cómo debieron penetrar agudamente en el corazón de la Madre aquellos clavos que traspasaban las manos de su Hijo!

Cumplida esta parcial crucifixión, Jesús fué alzado por los verdugos, mediante una soga atada al pecho, sobre el palo ya plantado en tierra, de modo que quedase como a horcajadas sobre un sostén

[8] Orígenes, Tertuliano, San Atanasio, San Epifanio, San Agustín, y San Cirilo sostienen que el nombre de *Cráneo* se había dado a ese lugar porque allí mismo se hallaba sepultada la calavera de Adán.

G. FERRARI. *Encuentro de la Virgen con su Divino Hijo en el camino del Calvario*



ANDRÉS DEL CASTAGNO. *La crucifixión*

o asiento. De esta manera, el palo horizontal, en el que se hallaban clavadas las manos, fué unido, mediante sogas y clavos, con el vertical, ya plantado en tierra, formándose la cruz. Luego, por otros dos clavos, como lo exigía la misma posición del condenado, fueron clavados también los dos pies. Con idéntico procedimiento fueron crucificados después al lado de Jesús los dos ladrones. Había sido predicho que Él sería confundido con los facinerosos (Isaías, 53, 12). Y así fué. La primera augusta Misa celebrada por el mismo Sumo Sacerdote sobre el altar del universo, esa Misa que será luego transportada a todos los puntos del tiempo y del espacio por la celebración eucarística instituída la tarde precedente, había llegado a la elevación. La Hostia se ha elevado ya sobre el mundo. De las manos, de los pies y de las llagas de la Víctima, colocada entre Dios y el hombre, entre la divinidad y la humanidad, manan ríos de sangre que se vierten en la tierra y la lavan de sus iniquidades. Mentalmente, ya que no con el cuerpo, la Virgen Santísima, que representaba en ese momento a la humanidad creyente, debió arrodillarse con devoción e inclinar la cabeza en actitud de profunda adoración.

EL OSCURECIMIENTO DE LA TIERRA

Desde la crucifixión hasta la muerte, o sea, desde el mediodía hasta las quince, durante las tres horas de agonía, las tinieblas envolvieron la tierra [9], es decir, según el lenguaje bíblico, toda Palestina. El sol, "ministro mayor de la naturaleza", parecía como rehusarse a iluminar el ocaso de la "luz del mundo", cubriendo su fúlgida faz con un velo, para no ver padecer y morir a su mismo Hacedor.

---

[9] Tal oscurecimiento fué debido a una causa sobrenatural. Debe excluirse la hipótesis de un eclipse solar, porque había entonces luna llena y los dos astros se encontraban diametralmente en oposición, como ya lo había hecho notar San Jerónimo (P. L. 26, 211). *Eusebio* ("Cronic. Canon.", edic. Maj, 1848 p. 370) trae estas palabras: "Sobre esto escribe también Flegonte (pagano), egregio calculador de Olimpíadas, en el libro XIV, de esta manera: "En el cuarto año de la 200ª Olimpíada hubo un eclipse solar, el más grande y extraordinario de cuantos hasta ahora se han visto. A la hora sexta, el día se transformó en noche tenebrosa, de tal modo que se veían las estrellas en el cielo, y un terremoto destruyó muchas casas en la ciudad de Nicea en Bitinia". *Tertuliano* ("Apolog.", XXI) dice que se conservaba memoria del hecho en las escrituras públicas de Roma; Luciano mártir señala que dicho acontecimiento estaba registrado en los archivos de Nicomedia; Julio Africano (Galland: "Biblioth.", t. II, ps. 324-375) cita a su vez a otro pagano, cierto Thallus, que narra el hecho creyéndolo, empero, erróneamente, un eclipse solar. El testimonio de S. Dionisio Areopagita es apócrifo.

LA PARTICIÓN DE LOS VESTIDOS

Las vestiduras de los crucificados, o sea, la *capa* o vestido exterior y la *túnica* o vestido interior, pertenecían de derecho a los soldados que habían llevado a cabo la crucifixión [10]. Por consiguiente estos últimos, no bien hubieron cumplido su horroroso encargo, "tomaron sus vestidos e hicieron de ellos cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. Pero como ésta era inconsútil, y de un solo tejido de arriba abajo, dijeron entre sí: No la dividamos, sino echemos suertes para ver de quién será" (Juan, 19, 23-24). Con lo que se cumplió aquella profecía que dice: "Partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica" (Salmo, 21, 19).

"LO QUE HE ESCRITO, HE ESCRITO"

Los sumos sacerdotes y los Sanedritas saltaban de alegría y andaban con aires de triunfo. Sin embargo, una leve sombra vino muy pronto a velar su inhumana exultación. En efecto, terminada la crucifixión, los soldados colocaron, según la costumbre, la tablilla (el *titulus*) en la cual se hallaba indicado el delito, en lo alto de la cruz. Aquella inscripción: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos" escrita en tres lenguas, hebrea, griega y latina, hirió tremendamente los nervios de los judíos, los cuales vieron en ella a una verdadera y propia cuestión jurídica. Efectivamente, Jesús, así razonaban ellos, había sido crucificado no porque *era* Rey de los Judíos, como lo declaraba el sentido obvio de la tablilla, sino porque se había proclamado abusivamente Rey. Tal como estaba, el nombre del delito aparecía como un intolerable sarcasmo para los Judíos. Se apresuraron, pues, a presentarse a Pilatos solicitándole remediase pronto el error en que había incurrido. Mas el gobernador Romano, irritado quizás por el gravísimo acto de debilidad que poco antes le habían ellos arrancado, repuso con un acento que no admitía réplica: "Lo que he escrito, he escrito" (Juan, 19, 21-22). El tan temido peligro de denuncia a Roma se había desvanecido para siempre. Como para vengarse por el precio altísimo pagado por él para conjurar tal peligro, Pilatos quiso que esa burla mordaz, probablemente intencional, quedase allí, sobre la cruz,

[10] Digesto, XLVII, 20; "De bonis damnat.", 6.

como un sangriento castigo para aquellas fieras sedientas de sangre humana.

Pero aquella inscripción fué providencial. Pues los tres idiomas en los cuales era proclamada la Realeza de Cristo representaban a la humanidad civilizada de entonces. Por consiguiente, el Rey de los Judíos era proclamado también rey de todos los gentiles, de los Griegos y de los Romanos, puesto que a todos conquistaba Él con su preciosísima sangre. De esta manera, la cruz se transformaba en un trono. *Regnavit a ligno Deus.*

EL PERDÓN

Rechazados en su expectativa por la tajante respuesta de Pilatos, los sumos sacerdotes y los Sanedritas creyeron encontrar alguna compensación en desfogar a su vez, con burlas sarcásticas toda su bilis contra el crucificado. "¡Hola! —exclamaban algunos de ellos con modales canallescos al pasarle por delante—, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo! ¡Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz!" Otros, en cambio, con la intención de negar sus milagros e indicar que ellos procedían de muy distinto poder que el de Dios, exclamaban: "¡A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo!..." Finalmente, otros, para vengarse de la sarcástica inscripción puesta a pesar de ellos por Pilatos sobre la cruz, le gritaban en la cara: "¡El Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en él! ¡Él ha puesto su confianza en Dios; pues si Dios le ama, líbrele ahora!" La Virgen Santísima, la madre del escarnecido crucificado, estaba ahí y escuchaba. ¡Qué agudas lanzadas no serían para su corazón aquellos ultrajes!...

Durante la horripilante escena del enclavamiento, Jesús, como se desprende de los Evangelios, se encerró en un profundo silencio, como para recogerse en una plena ofrenda de sí mismo al Eterno Padre en favor de toda la humanidad, de la cual había llegado a ser cabeza y víctima. A este silencio y ofrenda del Redentor correspondió el silencio y la ofrenda de la Corredentora.

Mas luego, finalmente, Jesús abrió la boca, o mejor, el corazón, y habló. En un momento en el cual los tormentos físicos unidos a los tormentos morales llegaron a su punto más alto, cualquier otro inocente habría gritado: "Venganza"; pero Jesús no. Él exclamó: "¡Perdón!" "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"

(Luc., 23, 34). Perdona y disculpa no solamente a los verdugos que lo habían crucificado, sino también a todos aquellos que habían sido causa próxima (los Sanedritas) o remota (todos los hombres con sus pecados) de su indescriptible martirio. Y no solamente perdona, sino también, en cuanto es posible, justifica: "No saben lo que hacen." En el fondo de cualquier pecado hay siempre cierta ignorancia, un oscuro humo producto del turbio fuego de las pasiones que ofuscan el límpido horizonte del alma, la cual, a veces, se forja la ilusión de ser dueña cuando en realidad es esclava, cree que manda cuando por el contrario obedece.

Desde lo alto de la cruz, pues, el Crucificado extendía un amplio manto de misericordia sobre toda la tierra, envolviéndola toda. A este piadoso gesto típicamente divino, se unió cordialmente María. Las ofensas dirigidas a su Hijo eran también hechas a Ella. Por consiguiente, su primera palabra al pie de la cruz fué como la de Jesús: "Perdón".

EL LADRÓN ARREPENTIDO

A los groseros insultos lanzados por los Sanedritas, por la plebe y por los que pasaban, contra la víctima del mundo, se unieron también los de uno de los dos ladrones crucificados con Él [11]. Al saber que sería ajusticiado juntamente con un hombre que tenía fama de Mesías y de taumaturgo y que había obrado tantos prodigios, habíase esbozado en su ánimo una vaga esperanza de ser él también prodigiosamente liberado. Pero al comprobar que esa esperanza se desvanecía, impulsado por el despecho, por vil egoísmo y por la atrocidad de los tormentos, fuera de sí y desesperado, asocióse a los que injuriaban a Jesús, gritando a su vez: "¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros." El otro ladrón, por el contrario, cautivado quizá por aquella divina serenidad que veía aletear en el rostro de Cristo y, más aún, por las palabras de heroico perdón hacia sus mismos verdugos, pronunciadas por Él hacía poco, se dirigió a su compañero y en tono de justo reproche le dijo: "¿Ni siquiera tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Nosotros en verdad estamos

[11] Según San Mateo y San Marcos parecería que ambos malhechores ultrajaban a Cristo, pues nos hablan, en plural, de ladrones que insultan a Jesús. Pero acaso es un "plural de categoría" (la de los ladrones) o bien, quizás, signifique que en un principio ambos ajusticiados injuriaban al Redentor.

aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho; pero éste, ningún mal ha hecho." El tenue residuo de honradez que quedaba aún en su conciencia, se había despertado. Probablemente oyó antes hablar de Jesús, de su doctrina, de su reino y de sus prodigios. Este acto de defensa, que constituía una reprobación implícita de todos sus delitos ante la Inocencia misma, despertó en él una esperanza de premio. Dirigiéndose, pues, a Jesús, le suplicó diciendo: "¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino." Y Jesús le respondió: "En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso" (o sea, en el lugar de salvación, en donde se encuentran las almas justas). Con lo cual, según la genial expresión de San Agustín, fué ladrón hasta el fin. Su último hurto, el más grande, fué arrebatar el cielo.

Hay quienes han atribuído este repentino cambio a la intercesión de María, que se hallaba al pie de la cruz. El sagrado texto no lo dice. Ello no obstante, la presencia de María, la hora en que sucedió tal cambio, y la economía general de la salvación apoyan abundantemente esta piadosa opinión.

LA MATERNIDAD ESPIRITUAL

El Evangelista San Juan, testigo ocular, con una pincelada maestra nos describe la presencia de María sobre el Calvario. Nos dice que con otras mujeres [12], "estaba junto a la cruz de Jesús su madre" (19, 25). *Stabat.* Ella estaba allí, de pie, y por consiguiente de ninguna manera abandonada, semilánguida, entre los brazos de las piadosas mujeres, o, lo que es peor aún, desvanecida en tierra, como se han complacido en representarla algunos artistas del pasado. En efecto, la Virgen, en fuerza del don de integridad, conservaba siempre, aun en medio de las más indecibles amarguras, un pleno dominio de sí misma y de todas sus pasiones. Se hallaba pues de pie, ante el altar del mundo, en la actitud del sacerdote que ofrece la víctima. Estaba de pie ante la Cruz, como lo estaría un espejo ante una persona o ante un objeto, para que se reflejasen en Ella, en su mente y en su corazón, en todo su ser, todas y cada una de las angus-

[12] Se ha discutido mucho sobre si tales mujeres fueron tres o bien cuatro, pues no está claro si María (mujer) de Cleofás debe considerarse como una aposición a las palabras precedentes (*hermana de su madre*), o bien designa una persona de la casa. Según la antigua versión siríaca las mujeres habrían sido cuatro. Es la opinión más probable.

tias del Redentor, a fin de ofrecerlas con amor, juntamente con sus amarguras de Corredentora, a la justicia divina. ¡Congojas verdaderamente inefables! Pues la amargura de la Madre estaba proporcionada con la dulzura del Hijo. Su dolor era proporcionado a su amor por él. Siendo de una inmensidad oceánica su amor por Jesús, su Hijo, su Dios, era también de una vastedad inconmensurable su aflicción al verlo martirizado ante sus ojos maternales. Eran los dolores de ese parto espiritual con el cual eran dados a luz, palpitantes de vida divina (la vida de la gracia) no uno, sino millares de hombres, la humanidad entera, espiritualmente muerta por el pecado de Adán y por los de sus descendientes. Ella los había concebido en la alegría, juntamente con Jesús cabeza de la humanidad, en Nazaret, en el día de la Encarnación. Ahora los daba a luz en el dolor, sobre el monte Calvario. A este sublime, suave y doloroso misterio de maternidad espiritual se refería el pensamiento de Cristo cuando, señalando con la cabeza a Juan, brotó de su corazón la tercera palabra: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo." Y después, dirigiéndose al discípulo predilecto, añadió: "He ahí a tu madre." María, la Madre, y Juan, el discípulo amado, ocupaban el punto más vivo y palpitante del corazón de Cristo. Quiso unirlos, pues, con un vínculo indisoluble, en el tiempo y en la eternidad. Y desde ese día, el Apóstol recibió en su casa a María, prodigándole de continuo filiales ternuras.

Que estas palabras de Cristo trasciendan los muy angostos límites de un asunto privado y doméstico (el de confiar la propia madre a los solícitos cuidados de su discípulo predilecto), surge con discreta evidencia de las circunstancias de tiempo y de lugar en que fueron proferidas, así como por el significado de las mismas, y la interpretación que de ellas ha dado el magisterio eclesiástico ordinario. En efecto, tales palabras fueron pronunciadas en el momento más grave de la vida de Cristo y de María, en la hora más solemne de toda la historia y del mundo. Además, fueron dichas en un lugar público, en el gran templo del universo, y sobre el altar sagrado del mundo, la Cruz. Si se hubiese tratado de un simple asunto privado y doméstico, ellas habrían sido dichas, mucho más convenientemente, en un lugar retirado, o sea, entre las paredes del hogar, en un momento apto para tratar los intereses privados, y no en público, en el momento más solemne de los siglos. — Por otra parte, las palabras por sí mismas exigen esa interpretación. Si Jesús hubiese tenido en vista solamente un simple asunto doméstico, es decir, el cuidado de

su Madre, la cual, a su muerte, quedaba viuda y sola, se habría limitado a decir, dirigiéndose a Ella: "Mujer, he ahí a tu hijo", y no habría añadido de ninguna manera: "Hijo, he ahí a tu Madre." Por consiguiente, con esta doble expresión, evidentemente correlativa, quiso significar una verdadera maternidad espiritual de María hacia todos los hombres, representados por San Juan, y una verdadera filiación espiritual de los hombres respecto de María. El término mismo de "Mujer", en lugar de "madre", dirigido en ese instante a María, nos deja entrever suficientemente que Jesús, en ese momento, se refería a Ella no sólo como a la propia madre, sino como a aquella mujer vaticinada por el Protoevangelio, inmediatamente después de la culpa de nuestros primeros padres; a aquella mujer que, como "madre de la descendencia", es decir, del Mesías, en un desquite clamoroso, aplastaría la cabeza a la serpiente infernal que había triunfado sobre Eva, la "madre de los vivientes", figura de María la verdadera "madre de todos los vivientes". Finalmente, el término común de "discípulo" en vez del nombre propio "Juan", usado por el Espíritu Santo al narrarnos ese sublime episodio, nos hace comprender que Jesús daba a María por madre, no ya a una persona particular, sino al "discípulo", o sea, a todos sus discípulos, a todos los seguidores de Cristo. Tal es la interpretación dada por el magisterio eclesiástico ordinario a las mencionadas palabras del Salvador, como surge de las repetidas afirmaciones de Pío VII, León XIII, Pío X, Pío XI y Pío XII. Todos están concordes en reconocer en esa locución la proclamación de la espiritual y universal maternidad de María en el momento preciso en que ésta recibía su coronación. Después de esa solemne declaración por parte del Redentor, el afecto maternal, tan amplio como la tierra, que habíase encendido en el corazón de María en Nazaret, cuando nos concibió espiritualmente, se intensificó de modo inexpresable [12 bis].

EL ABANDONO SUPREMO

Después de sus tres primeras palabras, por lo que sabemos, Jesús calló. La agonía se acercaba a su término. La muerte, como maravillándose de sí misma, iba a apoderarse de la "Vida".

Después de haber dirigido un pensamiento a todos los demás,

[12 bis] Puede verse tratado con más amplitud este argumento en nuestra *Mariología*, vol. II.

o sea, a los enemigos, implorando el perdón, y a los amigos, esto es, al buen ladrón prometiéndole el cielo, y a sus íntimos, es decir, a su dilecta Madre, confiándole todos los hombres como hijos suyos, Jesús se recoge en sí mismo, dominado de mortal angustia. Al pensar en el dolor que lo oprimía, en la misericordiosa justicia divina y la despiadada justicia humana que lo crucificaban, sintióse preso de un dolor intensísimo, sin una mínima gota de consuelo. En tal estado de ánimo, se dirigió a su divino Padre exclamando: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" " 'Elì, 'Elì, lama sabactani?". Con lo que quería significar que el Padre lo había abandonado a merced de sus más encarnizados enemigos, en un mar de tormentos, sin alivio de ninguna clase. Más que palabras pronunciadas por Cristo en persona, ese grito de desolación era una cita del primer versículo del Salmo 21, en el cual son preanunciados y minuciosamente descritos por el Salmista todos los sufrimientos de la Pasión del Mesías, coronados después por su glorioso triunfo. El significado preciso, pues, de tales palabras (que es el que nosotros hemos indicado) y ante cuya explicación tantos predicadores sucumben tristemente, nos es dado por el Salmo entero, cuyo comienzo son. Ningún abandono por parte del Padre severamente enojado, como pretenderían los mencionados oradores, sino invocación filial y confiada en Él, en medio de los dolores más acerbos. Al aplicar ese Salmo mesiánico a sí mismo frente a los Sanedritas que debían conocerlo bien, Jesús entiende proclamarse una vez más como Mesías y, quizás, también, dar una respuesta indirecta a sus enemigos que poco antes lo habían escarnecido con sus burlas y lo habían desafiado a descender de la cruz a fin de creer en Él.

La Virgen Santísima comprendió sin duda muy bien tal significado y, sintiendo el contragolpe en su sensibilísimo corazón, debió experimentar también en sí misma, en aquel momento, la extrema amargura de un dolor sin límites.

Las primeras palabras de la exclamación " 'Elì, 'Elì", dieron ocasión a algunos que se hallaban presentes (no ciertamente a los Escribas) a un equívoco, verdadero o fingido. En efecto, ellos vieron o fingieron ver en aquel grito una imploración de socorro dirigida por Cristo al profeta Elías, y por esto exclamaron, en un tono entre la admiración y el sarcasmo: "¡Oh! ¡Invoca a Elías!..."

LA SED

Casi inmediatamente, el Crucificado pronunció otra palabra: "¡Tengo sed!" La progresiva pérdida de sangre debió producir en Cristo un ardor intolerable. Ese tenuísimo hilo de sangre que circulaba todavía en sus venas y arterias debió ser como un alambre incandescente, un fuego sutil que lo abrasaba. Se trataba, pues, de sed física. Pero aquella sed era el símbolo de otra: la sed de amor por la eterna salvación de las almas, por las cuales tanto había sufrido y por las que estaba dispuesto a sufrir más aún. La sed espiritual que atormentaba al Mesías, debió atormentar en ese instante también a su Madre. Y en efecto, el corazón de aquella Madre armonizaba perfectamente con el de su divino Hijo.

Ante tal manifestación de sed abrasadora, y la implícita imploración de alguna gota refrigerante, el corazón de un soldado romano se conmovió. Empapó una esponja en la *posca*, una mezcla de agua y vinagre, y después, fijándola en la punta de una caña (signo evidente de que el Crucificado estaba elevado sobre el nivel del suelo) la acercó piadosamente a los labios de Jesús. Mas uno de los presentes, el cual, poco antes creyó haberle oído invocar al profeta Elías (el socorredor en las necesidades, aquél que, según la creencia popular debía entrar en relación con el Mesías), se dirigió al buen soldado y, como tono evidentemente irónico, le dijo: "¡Deja!... ¡veamos si viene Elías a salvarlo!" (Mateo, 27, 49). Jesús chupó un poco de la esponja el agrio licor. Con lo que se cumplió así la profecía (Salmo 68, 22): "En mi sed me hicieron beber vinagre."

"CONSUMMATUM EST"

En medio de aquella nauseabunda mezcla cada vez más turbia de trivialidad, de insultos groseros y de sentimientos de piedad que aún quedaban en algunos corazones, iba apagándose la vida del Hombre-Dios. Poco después de gustar el vinagre, Jesús pronunció, con acento de satisfacción, su sexta palabra: "Está cumplido." Lo cual quería significar: "He cumplido fielmente la misión que me fué confiada por mi Padre; en mí se han cumplido todas las profecías; he llegado al instante supremo." María lo comprendió, y una vez más unió su voluntad de Corredentora a la del Redentor, en la espera

de aquel instante supremo que era como el punto de apoyo de los siglos.

EL ÚLTIMO SUSPIRO

Poco después, en efecto, el Crucificado tuvo como un estremecimiento en todo su ser, y con voz vigorosa, para demostrar precisamente que si moría, lo hacía libremente por nuestra salvación, exclamó: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!" Dicho esto, inclinó la cabeza y expiró.

En aquel momento, la espada de dolor, predicha algunas decenas de años antes por el santo anciano Simeón, traspasó de parte a parte el alma de María: "Tuam ipsius animam pertransibit gladius."

La sencilla e inenarrable sublimidad de ese supremo instante fué manifestada por los signos extraordinarios que acaecieron. El velo del Templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo [13], la tierra tembló, se partieron las piedras [14] y los sepulcros se abrieron (Mat., 27, 51-53).

Ante estos hechos, el centurión romano y los soldados de guardia abrieron los ojos a la luz que venía de lo alto y exclamaron: "Realmente este era un hombre justo" (Luc., 23, 47). "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Marc., 15, 39). La misma turba, impresionada por tales signos, se alejó poco a poco de la cruz "golpeándose el pecho" (Luc., 23, 48). María comenzó a ver y a recoger así las primeras flores brotadas sobre la árida tierra por la sangre del Redentor y por sus lágrimas de Corredentora.

Así termina la desgarradora narración de esta historia que, desde hace dos milenios ha angustiado el corazón y ha hecho verter de los ojos de los hombres, sobre los dolores de la Madre y del Hijo, un verdadero torrente de lágrimas, reflejo de los más vivos sentimientos de contrición, de compasión y de amor. Este torrente ha ido creciendo

---

[13] En el Templo existían dos velos: uno más exterior que separaba el vestíbulo del "Santo", y otro más interior que separaba el "Santo" del "Santo de los Santos". Probablemente el velo que se rasgó fué el interior. Esta escisión significaba que la Antigua Alianza había sido abrogada, cediendo lugar a la Nueva.

[14] Una de estas hendiduras de las rocas de (1 m. 70 por 0,25) puede verse todavía hoy en el Calvario, en la parte rocosa incorporada a la basílica del Santo Sepulcro. Tal hendidura se mostraba ya en el siglo IV en tiempos de Luciano mártir y de San Cirilo de Jerusalén. Es una grieta que no corre en dirección de las venas de la roca, sino que las atraviesa transversalmente: indicio bastante elocuente del prodigio acaecido a la muerte de Cristo.

siempre y seguirá acrecentándose cada vez más, hasta el ocaso de los tiempos. Porque la parte más sana de la humanidad se halla más que convencida de que un océano de lágrimas no equivale ni podrá equivaler nunca a una sola gota de la sangre de Cristo, ni a una sola lágrima de los ojos de María.

f) *La lanzada y el descendimiento de la cruz*

Con su último suspiro, Jesús terminó de beber la última gota del amarguísimo cáliz de su Pasión. No así la Madre de Dios. Su cáliz de aflicción no se había vaciado aún. Le quedaban todavía varios sorbos bien amargos. Dos de ellos se hallan constituídos por la lanzada dada al costado de Cristo y por el descendimiento del divino cuerpo al regazo que le había dado vida.

EL COSTADO HERIDO

Jesús había muerto hacia las tres de la tarde. Al ponerse el sol, o sea, hacia las seis, y por tanto dentro de tres horas, comenzaba el sábado que, en aquel año, era solemnísimo, porque coincidía con la fiesta de la Pascua. Habría sido pues una verdadera desarmonía el turbar el regocijo de ese jubiloso día con el tétrico espectáculo de tres crucificados. Además, a los obstinados enemigos de Cristo les apremiaba muchísimo el acabar completamente con aquello, y cuanto antes, porque Jesús, aun en la terrible majestad de la muerte, seguía siendo su acusador implacable. Experimentaban, por consiguiente, la necesidad urgente y punzante de verlo encerrado, para siempre, en una tumba, juntamente con la causa que defendía, de modo que no se pensase más en ella. Se presentaron, pues, apenas hubieron descendido del Calvario, a Pilatos, y le rogaron hiciese dar el golpe de gracia a los ajusticiados, o sea, se les quebrasen las piernas mediante golpes de maza, para que sus cuerpos pudiesen ser bajados de la cruz y sepultados.

Según la costumbre romana, los cuerpos de los ajusticiados debían permanecer en el patíbulo hasta que los pájaros y las bestias, junto con la natural putrefacción, los hubiesen destruído [15]. La ley mosaica, en cambio, más mitigada, prescribía que el cadáver fuese sepultado

[15] Cfr. Cicerón: "Tuscul.", I, 43; Horacio: "Ep. I", 16, 48; Plauto: "Miles Gloriosus", II, 4, 19.

el mismo día (Deuteronomio, 21, 23). Pilatos accedió a la petición y envió al Calvario algunos soldados con la orden de quebrar las piernas a los tres crucificados.

Muy pronto, María con Juan y las piadosas mujeres vieron llegar al Calvario a los soldados armados de mazas y de lanzas. Éstos se aproximaron a los dos ladrones que estaban todavía vivos, y con algunas mazadas les rompieron las piernas. Comprobando que Jesús ya había muerto, le respetaron. Empero, uno de los soldados, ya sea para asegurarse mejor de la muerte de Él, ya sea por brutalidad, con la lanza hirióle en el costado, o sea en el corazón (órgano en el cual se manifiesta principalmente la vida), y al punto manó de la profunda herida sangre y agua. Este fenómeno pareció bastante extraño, especialmente a San Juan, quien da testimonio de él con singular solemnidad: "Quien lo vió, es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad a fin de que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis (al Cordero Pascual) ni un solo hueso [16]; y también otra Escritura dice: Dirigirán sus ojos hacia Aquél a quien traspasaron" [17].

Por el acostumbrado silencio del Texto Sagrado, ciertos exegetas han querido argüir que la Virgen "luego de haber recogido casi furtivamente la última palabra de su Hijo, fué apartada por Juan del espectáculo en el cual se compendiaba el espantoso drama [18]. Si esto fuese verdad, la Virgen Santísima no habría asistido a la lanzada ni a las demás escenas que le siguieron. Pero, ¿qué fuerza habría podido separar a María de la cruz, en la hora más solemne de la historia, y de los despojos mortales de su Hijo hasta que éstos fuesen sepultados?... ¿No habría sido acaso un acto poco loable por parte de San Juan, apartar a María de la cruz, ante la cual se hallaba en una actitud tan sublime, y alejarse él mismo de la Madre de Cristo confiándola a otras personas, momentos después que el Maestro moribundo habíala dejado a sus cuidados filiales? Entre las cosas inverosímiles ésta, francamente, nos parece la más inverosímil. La Virgen Santísima, pues, tanto durante como después de la muerte de Cristo, permaneció sobre el Calvario, junto a San Juan y a las otras piadosas mujeres nombradas repetidas veces por el Evangelio. Por

[16] Éxodo, 12, 46.
[17] Zacarías, 12, 10.
[18] Le Camus: "Vida di N. S. J.", Vol. III, p. 312 en nota, Brescia 1927.

consiguiente, también Ella vió al soldado romano (que la tradición denominó Longinos, del nombre griego λόγχη) que hundió la lanza en el costado de Cristo sintiendo en su corazón inmaculado, que formaba un solo corazón con el de su Hijo, todo el ultraje y todo el dolor que aquel acto significaba.

La "Piedad"

A la lanzada siguió inmediatamente otro doloroso episodio: el descendimiento del cuerpo de Jesús.

La trágica muerte de Cristo y los signos extraordinarios que la habían acompañado produjeron gran impresión en dos de sus discípulos que, por temor de sus encarnizados enemigos, lo seguían ocultamente. Aquellos acontecimientos acabaron por decidirlos a obrar en público, sin el más mínimo temor o respeto humano. Los discípulos a que aludimos eran nobles, ricos, temerosos de Dios y pertenecían al Sanedrín. Con todo, no habían tomado parte en el complot de sus colegas contra Jesús. Llamábanse José de Arimatea y Nicodemo, el que había ido a Jesús de noche para discutir con Él.

José, el primero de los dos nombrados, no bien hubo muerto Jesús, rogado quizás por los familiares y amigos de Él, o bien por propia iniciativa, después de haber hecho saber esto a María, se presentó valerosamente ante Pilatos y le pidió el cuerpo de Cristo a fin de darle honrosa sepultura (Juan, 19, 38 y sgtes.; Luc., 23, 50 y sgtes.). Según las costumbres hebreas los cadáveres de los ajusticiados debían ser sepultados no en el panteón de la familia, sino en una sepultura especial para ellos[19]. Algunas veces, empero, en ocasión de una fiesta, podían ser entregados a los parientes[20], quienes debían sepultarlos sin ninguna solemnidad. Según la ley romana, en cambio, el cadáver del ajusticiado podía ser entregado sin formalidad alguna especial a los parientes que lo reclamasen[21].

Al recibir la petición de José, el Gobernador Pilatos hizo llamar inmediatamente al centurión y le preguntó si Jesús había muerto ya. Ante la respuesta afirmativa de aquél, concedió de inmediato al peticionante, sin retribución alguna, el sagrado cadáver de Cristo para que le diese sepultura.

---

[19] "Sanedrín", c. VI, Hal., 5.
[20] Filón: "In Flacc.", párrafo 10.
[21] Ulpiano XLVIII, 24, 1. Dig., L. I. D. "De cadav. punit."

Provisto José de Arimatea de la regular autorización, y luego de haber comprado un Sudario, es decir, un lienzo blanco para envolver el cadáver, se dirigió al Calvario. En este piadoso oficio se unió a él Nicodemo, quien adquirió una cantidad considerable (unos 32 kilos) de aromas, mirra y áloe (Juan, 19, 39) para embalsamar los sagrados despojos. Llegaron al Calvario casi juntamente con los soldados enviados para quebrantar las piernas a los crucificados y se dispusieron en el acto a bajar de la cruz el cuerpo de Jesús. Aquella piadosa maniobra debió parecer a los ojos de María, como una crucifixión al revés. Los dos discípulos fueron ayudados en el devoto acto por San Juan, por las piadosas mujeres y, de modo particular, por María Santísima, la cual, no bien hubieron descendido el cuerpo de su Hijo, no renunció ciertamente a la dolorosa satisfacción de recibirlo en su regazo, entre sus brazos maternales, sobre su corazón: en ese regazo en el cual había tomado forma humana; esos brazos en donde tantas veces había descansado; ese corazón que había palpitado siempre y totalmente por Él. Ella lo había dado a la humanidad lleno de vida, y aquélla se lo devolvía presa de la muerte. Habíalo dado a la humanidad como un verdadero prodigio de belleza, y los hombres se lo restituían como un mísero despojo humano, reducido su cuerpo, todo una llaga de la cabeza a los pies. Un verdadero torrente de lágrimas debieron verter en ese instante los ojos de la Reina de los mártires sobre el frío cadáver de Cristo.

En la Pasión de S. Calliopio ("Passio S. Calliopii", Acta Sanctorum, t. I, p. 659-622), mártir de Panfilia, se cuenta que, arrestado por ser secuaz de Cristo durante la persecución de Diocleciano, después de haber sido torturado, se le condenó al suplicio de la cruz el viernes santo del 7 de Abril del 304. Apenas supo su madre el arresto de su hijo, corrió en su busca. Al recibir entre sus brazos el cadáver sagrado del mártir, desprendido de la cruz, experimentó tal dolor que murió en el acto [22]. Si a tal punto llegó el dolor de una madre común al estrechar en sus brazos los exangües despojos del hijo crucificado, ¿cuál no debió ser la magnitud del dolor experimentado por María, en aquella desoladora circunstancia?

El pueblo cristiano dotado de sentimiento tan vivo y penetrante, ha denominado muy justamente *"Piedad"* al grupo de la Madre que sostiene sobre sus rodillas y entre sus brazos los despojos mortales

[22] Cfr. Allard P.: "Historia crítica de las persecuciones", vol. IV, p. 272. Traducción italiana de E. Lari, Florencia, 1928.

del Hijo. *¡"La Piedad"!* Es preciso confesar que no podía haberse encontrado un término más expresivo, porque ningún otro espectáculo como ése es apto para despertar en los corazones un sentimiento de viva piedad para las dos sagradas Víctimas del género humano.

El lamento fúnebre

"En Oriente, observa el P. Willam, existe desde tiempo inmemorial el uso del lamento fúnebre. Cuando el fin se aproxima, toda la familia y los vecinos se agrupan en torno al enfermo. Constituiría una ofensa gravísima el permanecer alejado. En los hospitales dirigidos con criterio europeo, los parientes, cuando se les hace pasar al cuarto del enfermo, si esto les es permitido, se ponen detrás de la puerta y esperan no solamente horas, sino hasta días enteros. No bien el enfermo ha muerto, comienza el lamento fúnebre, expresión sincera de dolor, aunque se exprese en formas ya tradicionales. El que no se halla presente durante el sepelio, repite el lamento más tarde. Se "mira", esto es, se "visita" la tumba y se entona allí el duelo.

Además de los hombres movidos por verdadero dolor, o por lo menos conmovidos por la experiencia de la muerte que afecta el círculo de la familia, existían antigüamente verdaderas lloronas, llamadas y pagadas expresamente para entonar los cantos fúnebres. Naturalmente, ellas sabían hacer muy bien su oficio y, debido a la competencia, trataban de dar alta prueba de sí, tanto en los gemidos como en las expresiones.

Esta costumbre nos parece ahora a nosotros muy extraña y, de observarla una sola vez en Oriente nuestra íntima repugnancia podría quizás aumentar aun más; empero, en la vida oriental, el lamento fúnebre no aparece tan injustificado como nosotros creemos. En verdad, el muerto ni es alegrado ni consolado, pero los vivos se sienten aliviados y honrados cuando se alaba al difunto. Esto, en la vida familiar de los orientales, no quiere decir poco. Y mirando bien, los europeos no han hecho sino cambiar las exteriorizaciones de viva voz por los anuncios y los comentarios periodísticos. El lenguaje de estas noticias y de estas necrologías periodísticas se halla muy frecuentemente tan distante o más de la realidad como lo estaban aquellas lloronas pagadas del antiguo Oriente.

Estas premisas son necesarias para justificar una pregunta, a me-

nudo no satisfecha en nuestra acostumbrada manera de representar los acontecimientos de la muerte de Jesús; esto es, cabe preguntarse cómo María y las demás mujeres se comportaron en esa trágica circunstancia.

Bien que nuestra atención se dirija principalmente a la Virgen, conviene por el momento que tratemos de las demás mujeres que asistieron a la muerte de Jesús.

Ellas, hijas de Oriente, no sabían imaginar una defunción sin la lamentación fúnebre. Si hubiesen omitido esas manifestaciones de duelo como nosotros preferiríamos, habrían creído faltar a las obligaciones del afecto. Si se quiere, pues, reconstruir la escena en el cuadro de la vida de aquel tiempo, es preciso admitir que, a la muerte de Jesús, ellas entonaron el lamento fúnebre, precisamente con los gritos que habían aprendido en otras ocasiones. Verdad es que en el Evangelio se lee que las mujeres solamente "asistieron" a la muerte de Jesús, mas sin duda las exteriorizaciones públicas de duelo se hallaban sobreentendidas seguramente en el arte del narrador. Por lo demás, ¿quién habría podido asistir a la muerte de Jesús sin romper en lamentos? Que las mujeres no fuesen tan insensibles como nosotros nos lo imaginamos, lo demuestra el hecho y la actitud de aquellas mujeres jerosolimitanas, quienes desde su encuentro con el Salvador en el *Vía Crucis*, entonaron una especie de lamento fúnebre [23].

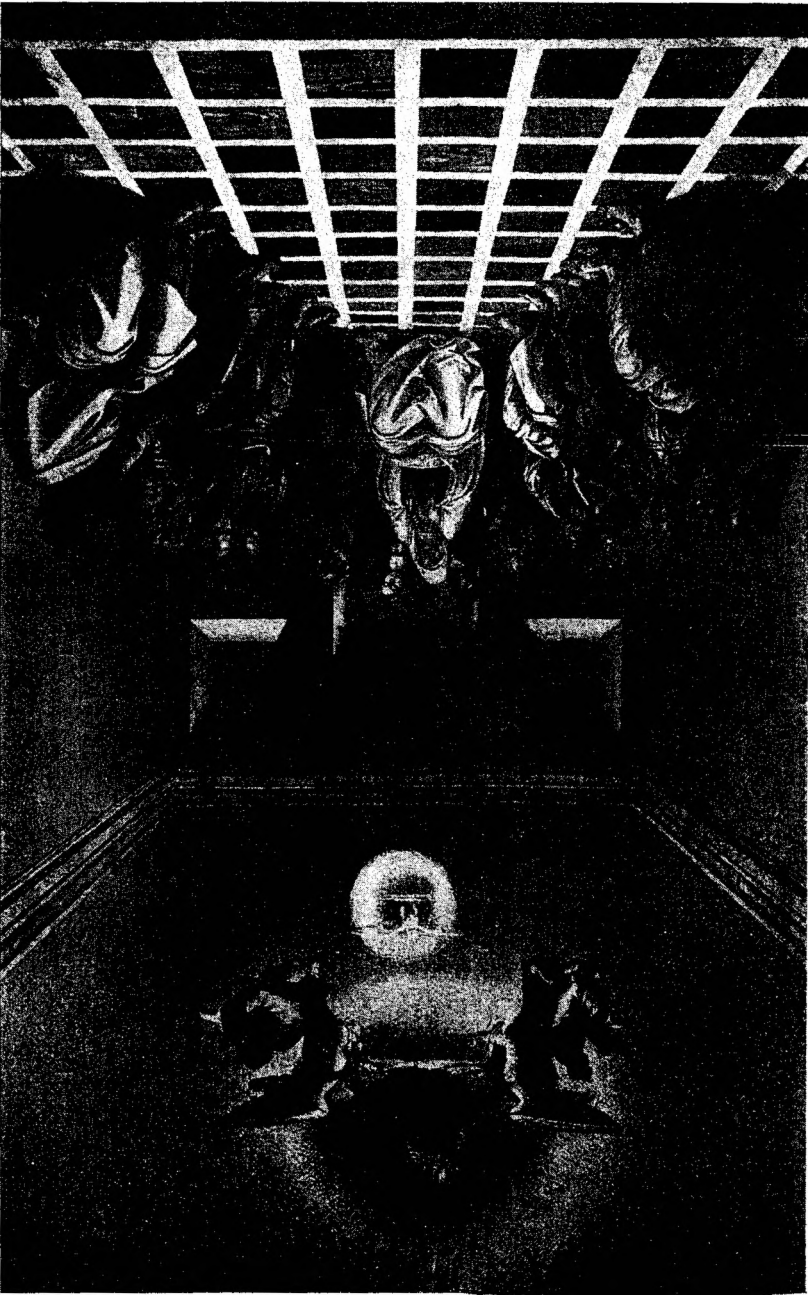
Pero más que saber de qué manera se comportaron las demás mujeres en tales circunstancias, lo que nos importa a nosotros es conocer, a ser posible, cómo debió comportarse María. ¿Tomó Ella parte, en algún modo, en aquellas manifestaciones de duelo? Una participación dolorosa, tanto en los gestos cuanto en las palabras, no parece que deba ni pueda excluirse. San Efrén Sirio, poeta y santo bastante próximo a aquellos tiempos, pues murió en el año 373, ha interpretado los pensamientos y los afectos de María en un "Lamento fúnebre" que damos a conocer al lector. Hélo aquí:

"Mi dulcísimo y amadísimo Hijo, ¿cómo puede ser que tú hayas debido experimentar el martirio de la Cruz?

"Hijo mío y Dios mío, ¿cómo has podido soportar todo esto: los esputos, los clavos, la lanzada, las bofetadas, las burlas y los escarnios, la corona de espinas, el vestido de púrpura, la esponja empapada en vinagre, la caña con el hisopo, la hiel y el vinagre?

---

[23] "Vita di Maria", ps. 321-323, Brescia, 1937.



TIZIANO. *La Asunción de María Sma. a los cielos.* Detalle

"¿Cómo puede ser que tú, Hijo mío, estés colgado de la cruz, Tú que cubres el cielo de nubes?

"Sufres el tormento de la sed y eres, sin embargo, el Creador que ha hecho el mar y toda fuente. ¡Eres inocente, y mueres entre dos ladrones!

"¿Qué es lo que has hecho de mal? ¿En qué, Hijo mío, has ofendido a los Judíos?

"¿Por qué los hombres injustos y olvidadizos han permitido que te clavasen en esta cruz? ¿Acaso no curaste Tú a los ciegos y los cojos? ¿No sanaste los enfermos, y resucitaste los muertos a una nueva vida?

"¿Dónde estás ahora, mi sostén, Hijo dulcísimo y Dios generoso?

"¡Ah, yo muero de dolor al verte colgado de este instrumento de martirio, traspasado por los clavos y cubierto de heridas!

"¿Dónde está tu belleza y tu gracia? El sol ha velado su esplendor y ya no quiere alumbrar. La luna ha desaparecido, cubierta por las tinieblas. Los montes se han resquebrajado, las tumbas se han abierto y el velo del Templo se ha rasgado.

"¡Oh Simeón, profeta milagroso, ahora siento verdaderamente que una espada, como tú me predijiste, traspasa mi alma!

"Yo contemplo tu terrible dolor, oh Hijo mío y Dios mío, y la muerte inmerecida a la cual has sido condenado; mas no puedo proporcionarte ninguna clase de ayuda.

"Entristeceos conmigo, vosotros discípulos del Señor, viendo mi dolor y la profunda herida de mi corazón."

El santo poeta no expresa solamente una participación sentimental de María en la Pasión y muerte de su Hijo, sino la representa también como la mujer que, si bien sufriendo voluntariamente, ve más allá del dolor de la muerte. En efecto, el lamento termina con esta invocación:

"Mi amantísimo Hijo, yo adoro tus penas, alabo e imploro tu misericordia y generosidad.

"El ultraje que Tú, Hijo mío, has cargado sobre Ti, ha recabado el perdón para todos, así como tu muerte ha venido a ser la vida de todo el universo" [24].

Estos pensamientos y afectos debieron aproximarse no poco a los que embargaban a María en aquel solemne momento de su vida,

[24] Cfr. Willam F. M.: "Vita di Maria la Madre di Gesú", Brescia, 1937, traducida del alemán por R. Paoli, ps. 324-325.

ante los despojos sangrientos de su divino Hijo, que se abrían ante Ella como un libro en el cual se hallaran escritas, con caracteres de sangre, las dos grandes palabras que son la síntesis de la historia universal: amor y odio; el execrable odio del hombre, superado por el inefable amor de Dios.

g) *La sepultura*

El sol estaba por ponerse y el reposo legal del sábado, que, como dijimos, en aquel año era solemnísimo porque coincidía con la Pascua, iba a comenzar. Dentro de algunas horas, la trompeta que anunciaba la cesación de todo trabajo haría escuchar sus broncíneos sonidos. Era necesario entonces apresurar los preparativos para la sepultura. Ni siquiera fué posible, como surge del Santo Sudario conservado en Turín [25], lavar el sagrado cadáver y limpiarlo de los grumos de sangre con los cuales estaba cubierto. Fué, pues, colocado sobre la blanca sábana o lienzo de lino, envuelto en él, y transportado al sepulcro. Este, según la indicación proporcionada por San Juan se hallaba situado en un huerto, cerca del Calvario (19, 41). Era una tumba nueva y pertenecía, juntamente con el terreno en el cual se encontraba, a José de Arimatea (Mateo, 27, 60). Los ricos, en efecto, acostumbraban hacerse cavar la tumba en su propiedad, fuera de la ciudad. El sepulcro de José de Arimatea estaba "cavado en la roca" (Marcos, 15, 46), la cual era una prolongación de aquella que constituía el montículo del Calvario. La tumba se hallaba, por consi-

---

[25] La autenticidad del Santo Sudario conservado y venerado en Turín, está fuera de toda duda. Sabios y estudiosos se han pronunciado en sentido favorable. El Santo Sudario que se conserva en Turín lleva las huellas de un muerto en la cruz, esto es, del divino Crucificado por los hombres. Esta providencial formación de las sagradas huellas de Jesús en el Sudario es ahora admitida y certificada por la ciencia, la cual ha excluído de modo definitivo que pueda tratarse de pintura hecha por un falsario o de un calco realizado sobre otro cadáver que no fuera el de Cristo.

Sobre esta importante cuestión, siempre de actualidad, existe una rica bibliografía. Para comodidad de aquellos lectores que quieran profundizar ese argumento delicado e interesante, damos aquí la indicación de algunas obras de valor indiscutido y de máxima importancia: *G. Enrie*: "La Sindone rivelata dalla fotografia" (Soc. Ed. Int., Turín); *Noguier de Malijar*: "La Santa Sindone di Torino" (Id. Turín); *A. Tonelli*: "La Santa Sindone" (Id. Turín); *P. Vignon*: "La Santa Sindone di Torino di fronte alla scienza dell'Archeologia, alla Storia, all'Iconografia, alla Logica (Masson–edit., París); *Barbet*: "Le cinque piaghe di Cristo", studio anatomico e sperimentale sui dati della Sindone (trad. del francés), (Turín, S. E. I., 1941); *Judica-Cordiglia*: "L'Uomo della Sindone é il Cristo? (Milán, Ghirlanda, 1941).

guiente, de tal manera vecina al lugar de la crucifixión, que más tarde ambos lugares fueron comprendidos en una sola iglesia, la Basílica del Santo Sepulcro.

Los sepulcros judíos de tiempos de Cristo estaban constituídos por dos piezas: el atrio o vestíbulo, en donde los despojos eran preparados para la sepultura, y la cámara funeraria, en donde se hallaba un nicho para depositarlos. El atrio y la cámara comunicaban entre sí mediante un estrecho pasaje, constantemente abierto, en el cual no se podía estar sino inclinados. El atrio comunicaba además con el exterior a través de una salida que era tapada con una gruesa piedra redonda, semejante a una enorme muela. Para entrar, bastaba hacer rodar la piedra a derecha o a izquierda. Transportado el cadáver de Jesús al vestíbulo de la tumba, "lo amortajaron con lienzos, bañándolo con aromas, según la costumbre de sepultar de los Judíos" (Juan, 19, 40). Envolvieron pues los despojos en el Sudario y depositaron el cuerpo de Jesús en el nicho mortuorio. Luego José de Arimatea "arrimó una gran piedra a la puerta del sepulcro, y fuése" (Mateo, 27, 60).

Las piadosas mujeres, entre las que se hallaba la Virgen, permanecieron todavía allí (Mat., 27, 61) por algún tiempo, irresistiblemente atraídas, en especial María, por aquella sagrada tumba. Más tarde, al caer la noche, se apartaron no sin gran violencia y se encaminaron hacia la ciudad deicida.

Dejamos a la piadosa fantasía del lector la tarea de imaginar los pensamientos y los sentimientos de María al separarse del sepulcro, al pasar nuevamente ante la cruz, y al rehacer aquella vía dolorosa, el *Vía Crucis*, hollada pocas horas antes por su divino Hijo, y bañada aún por su preciosísima sangre. Finalmente llegó a la casa de San Juan, en donde se vió sumergida en la más profunda desolación. De esta manera terminó aquella histórica jornada del Viernes Santo, la más memorable de todas las jornadas del mundo.

9. — El Sábado Santo.

No creemos que sea difícil imaginar qué debió suceder en la mente y en el corazón de María la noche del Viernes al Sábado Santo, y durante todo ese día hasta el alba del Domingo de Resurrección. Una honda aflicción suscitada por el continuo recuerdo de la divina

tragedia y de todos sus más pequeños detalles, debió mezclarse a la certeza más firme, aguzada por la espera, de la inminente resurrección de su Hijo.

No faltó, empero, un nuevo dolor para su sensibilísimo corazón: el pensamiento de la víctima inocente todavía perseguida, insaciablemente, por sus encarnizados enemigos. Estos recordaban que Jesús había predicho su resurrección. Temieron, pues, con razón que su resonante victoria se trocase muy pronto en la más clamorosa derrota. Movidos por este gran temor, la misma mañana del sábado se reunieron para cambiar ideas. Inmediatamente después, algunos de ellos se llegaron a Pilatos y le dijeron: "Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día, porque no vayan quizás sus discípulos y le hurten, y digan a la plebe: Ha resucitado de entre los muertos, y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero". Pilatos, fastidiado por tales insistencias, respondió secamente: "Tenéis una guardia. Id y custodiadlo como os parezca" (Mat., 27, 65). Y se burló de sus vanos temores. Los sanedritas fueron, asegurároнse que el cadáver estaba en su lugar sellaron la gruesa piedra colocada a la entrada del atrio, mediante una cuerda cuya extremidad recibía la impronta de un sello y pusieron allí para custodiarlo soldados romanos. "¡Pobres ilusos!", debió exclamar con acento de maternal compasión la Virgen desolada no bien tuvo conocimiento de todo este inútil manejo. ¿Puede, acaso, aprisionarse el rayo de sol en un cristal? ¿Puede, acaso, el hombre atar las manos de Dios?

DE LA RESURRECCION A LA ASUNCION

EN LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN

La aparición de Jesús resucitando a su Madre [1].

La piedad cristiana, con una de aquellas felices intuiciones del corazón que le son propias y que superan, a veces, las mismas intuiciones de la mente, ha gustado representar, desde hace siglos, al Redentor resucitado apareciéndose, *antes que a cualquiera otro*, a su Santísima Madre. No otro es, a este respecto, el sentimiento de los Padres, Doctores de la Iglesia, Santos, Exegetas y Teólogos de primer orden, tanto antiguos como modernos. Empero, no pocas veces esta opinión ha sido discutida y... afirmada o negada. Será conveniente por tanto, tratar este problema de un modo concluyente, en cuanto sea posible, ya para fortalecer cada vez más un punto luminoso de la vida de María, ya porque, como lo notaba justamente no hace mucho el muy esclarecido Don Mezza, "esta primera aparición a la Virgen es tan común y tradicional en la Iglesia cuanto escasa en tratados, en literatura y en iconografía. La razón es evidente: el hecho contiene elementos tan singulares y trascendentales que escapan a toda capacidad ordinaria reconstructiva y educadora" ("L'Evangelo di Maria", p. 193).

a) *Origen y desenvolvimiento de esta piadosa opinión.*

¿Cuándo y cómo tuvo origen la piadosa creencia de la aparición de Jesús resucitado a su Santísima Madre?

---

[1] Cfr. Tallachini F.: "Un silencio en el Evangelio", en "Palestra del Clero 19, 1940, 201. — Gherardi G.: "Acerca de un silencio en el Evangelio", ibid., 233-5. — Roschini G. M.: "En torno a la aparición de Jesús resucitado a su Santísima Madre", ibid., 235-46. — Buffon V., O. S. M.: "A propósito de una reciente controversia mariológica", en "Marianum", 2, 1940, 410-24. — Holzmeister U.: "Num Christus post resurrectionem benedictae matri apparuerit", en "Verbum Domini", 22, (1942), 97-102. Contra el P. Holzmeister escribió I. Blinzler, "Der auferstandene und seine Mutter", en "Kleurusbatt", 24 (1942), p. 113-116, demostrando la *imposibilidad* de la sentencia afirmativa. El P. Holz-

Si se debe dar fe a las palabras del eximio Suárez, ella habría nacido con la Iglesia misma y se remontaría a los mismos Apóstoles [2].

Según muchísimos escritores (Suárez, Sandin, Trombelli, Lépicier, etc.), la primera alusión *escrita* a la mencionada creencia habríase encontrado en *San Ambrosio* († en 397): "María vió la resurrección del Señor; vió primero que todos y creyó. También María Magdalena vió, aunque dudase todavía". Estas palabras de San Ambrosio que a primera vista parecerían expresar dicha opinión, colocadas en su contexto histórico (es necesario reconocerlo lealmente), resultan bastante *dudosas*. En efecto, el santo Obispo parece admitir no una sino *dos Marías Magdalenas*, una fácil para creer y la otra inclinada a la duda. Léase el Comentario al capítulo XXIV de San Lucas (lib. 10, número 153 y sgtes.).

Supuesto, pues, según la peregrina opinión de San Ambrosio, *una doble María Magdalena*, parece bastante evidente que la *María* de quien se habla en el texto por nosotros citado, no es otra que la *primera entre las dos Marías* [3].

Mas aún haciendo caso omiso de la autoridad de San Ambrosio, está el poeta Sedulio [4], casi contemporáneo del obispo de Milán, el cual en la primera mitad del siglo V, en su *"Carmen Paschale"* (Lib.

---

meister le contestó en la misma revista (p. 238-240, nros. 31-32 del 4 de agosto). Blinzler replicó (ib. p. 240 sgts.). Resumió el debate el P. A. Situmaivi, O. S. M., en "Marianum", 8 (1946), p. 146-151.

[2] En efecto, enseña: "Videtur hic fuisse *perpetuus* Ecclesiae sensus, quia nullum reperimus initium, quando hoc coeperit in Ecclesia doceri. Et quamvis antiqui Patres id frequenter non asserant, non ideo est quia contrarium sentirent (numquam enim hoc negarunt), sed quia solum enarrabant quae ab Evangelistis scripta sunt. Neque vero omnino desunt nobis antiquitatis vestigia et testimonia". ("De Mysteriis Christi", D. 49, s. 1).

[3] "Vidit Maria resurrectionem Domini, et prima vidit et credidit. Vidit et Maria Magdalena, quamvis adhuc ista nutaret". ("De Virginitate", c. 1, n. 14 P. L. 16, 270). El Cardenal Lépicier ("Tractatus de B. Virgine", 5ª ed., 1927 p. 284), para demostrar que la *María* de que habla San Ambrosio es la Virgen Santísima, argumenta de esta manera: "Porro, quod de Virgine Matre loquatur Doctor Mediolanensis, patet ex hoc quod de ea verba illa recitat, de qua paulo ante dixerat: *Conservabat Maria, ut legimus, omnia in corde suo* quae de Filio dicebantur". Si fuese realmente así, la cuestión estaría resuelta. No obstante, después de haber verificado la cita, no he encontrado tales palabras en el capítulo citado, ni en los anteriores o subsiguientes. No acierto, pues, a explicar una equivocación tan grande.

[4] Con respecto al silencio de los Padres de los cuatro primeros siglos, puede observarse que otro tanto sucedió tocante el hecho de la Presentación de la Virgen Santísima al Templo, cuya fiesta, no obstante, celebra la Iglesia (Cfr. Campana: "Maria nel Dogma", p. 972, 4ª ed.).

V) habla explícitamente de la aparición de Cristo a su Santísima Madre antes que a cualquiera otra persona [5].

Que Sedulio se refiere en estos sus versos a esa aparición, se muestra bastante claramente por la paráfrasis que el mismo poeta ha hecho acerca de ellos en el *"Opus Paschale"* [6].

Aquella a la cual aparece Cristo por primera vez fué, según Sedulio, *su piadosa madre*, que fué la *puerta* para su venida a este mundo. Mas esta no fué otra que *María*. Empero siendo Ella el miembro principalísimo de la Iglesia y *representando* a la Iglesia misma, puede decirse también que, al aparecer Cristo resucitado a María, apareció asimismo en cierto modo a la Iglesia. Por lo demás, ¿cuándo se ha oído decir que la Iglesia sea la madre (*bona mater*) de Cristo? El Padre Bassi se devana los sesos para demostrar que aquella "buena Madre" a la que Jesús resucitado se mostró en primer término no es la Virgen Santísima sino la *Iglesia* "que es el sujeto principal del discurso, puesto que sucedió a la Sinagoga, es el camino por el cual Cristo viene a nosotros, y es aquella que nos asegura de su retorno, *redeuntis et judex*. Y de hecho, ¿quién fué el que divulgó los portentos de la resurrección, *grandia divulgans miracula*? ¿Acaso no fué la Iglesia de los primeros tiempos mediante los Apóstoles? ("Act. Ap.", 11, 24; 11, 15; 4, 10, etc.). ¿Por ventura se leyó alguna vez una cosa igual acerca de María? Por lo demás, la edición de Sedulio publicada en el siglo pasado por Arntzenio, lee *pius* en vez de *prius*" (Cfr. "Studi critici sulla vita della Vergine", p. 339). ¿Qué decir de estos razonamientos del Padre Bassi?

Bien considerado, el contexto parece probar todo lo contrario. En efecto se dice que la Iglesia es *representada* por María, a la cual Jesús resucitado se apareció primero... [7].

---

[5] He aquí sus palabras: "Plange Sacerdotes perituros, plange ministros. — Et populum, Judaea, tuum pro talibus ausis. — Non tuba, non unctus, non jam tua victima grata est. — Quaenam bella tibi clanget tuba, Rege perempto? Quis tuus unctus erit, quae verum occideris Unctum? — Victima quae dabitur, cum Victima Pastor habetur? — Discedat Synagoga suo fucata colore. — Ecclesiam Christus pulchro sibi junxit amore. — Haec est conspicuo radians in honore Mariae — Quae cum clarifico semper sit nomine Mater, — Semper Virgo manens, hujus se visibus astans — Luce palam Dominus prius obtulit, ut bona Mater — Grandia divulgans miracula, quae fuit olim — Adveniens iter, haec sit redeuntis et iudex". ("Carmen Paschale", 1, 5, n. 360 y sgtes. P. L., 19, 742-743).

[6] Escribe en efecto: "Haec (Ecclesia) honorem Mariae praestat ad gloriam, quae cum claritate conspicua semper mater esse cernatur, semper tamen virgo conspicitur. Huic sese Dominus illico post triumphum resurrectioni ostendit, ut *pia genitrix*, et benigna talis miraculi testimonium vulgatura, quae fuit *nascentis janua dum venisset in mundum*, haec esset ejus nuntia, deserentis inferna" (P. L. 19, 743).

[7] Es perfectamente inútil objetar que "Arntzenio, en lugar de *prius* lee *pius*, porque el mismo Sedulio en el "Opus Paschale", parafraseando sus propios versos, dice expresamente: "Huic sese Dominus *illico post triumphum resurrectio-*

Después de Sedulio puede citarse en favor de esta opinión a *San Paulino de Nola* († en 431) el cual, al hablar de Cristo moribundo escribe: "Formam pietatis relinquens nobis, cum est de Matre sollicitus, ut quam relinquebat corpore, non relinqueret cura: sed nec corpore relicturus, quia quem videbat morientem, *mox erat visura redivivum*" (Ep. 4, c. 17, CSEL, 28, 421). ¿Podría decirse acaso que la Virgen había visto inmediatamente a su Hijo resucitado, si lo hubiese visto después de la Magdalena y, según algunos, hasta después de los Apóstoles?... Es un poco difícil admitirlo.

En el siglo IX encontramos a Jorge, Obispo de Nicomedia, quien escribe: "Divinorum magistrae (Mariae)... primae Filius resurrectionis claritatem ostendit" ("In S. Marc.", orat. IX, P. G. 100, 1500).

En el siglo X Simeón Metafraste nos dice que la Virgen Santísima, habiendo quedado sola junto al sepulcro, fué la primera en ver a su divino Hijo resucitado (*"De vita et dormit. B. V."*) Este testimonio es admitido también por el P. Bassi, el cual, sin embargo, no puede dejar de observar: "Mas una cosa es ver a Cristo que resucita y otra recibir la visita del Resucitado". Es un sofisma. ¿No es acaso un favor (equivalente a una visita, más aún, superior a la misma) el ser testigo ella sola, antes que cualquiera otro, de la gloriosa resurrección de Cristo?

Desde el siglo XII en adelante, las voces que atestiguan el hecho de la aparición del Resucitado a su Madre, aumentan hasta el punto de constituir un coro de tal modo imponente, que basta para sofocar cualquier extraña voz discordante [8].

Es interesante observar cómo en Jerusalén existe, en la Basílica

---

nis ostendit". Arévalo, en las notas al "Carmen Paschale" (P. L. 19, 793) escribe: *"Verum dubium non est*, quin Sedulius in hac fuerit sententia, quod Dominus primum B. Virgini apparuerit, et ex toto contexto evincitur. Engelbertus, qui obiit 1331, de Grat. et Vict. Deiparae, p. 2, c. 2, apud Petium t. I. Anecd.: Et hoc Sedulius etiam in suo Paschali opere scribit, quod Matri ante omnes primo apparuit, sicut dignum erat".

[8] Baste nombrar a Roberto, abate de Deutz (Rupertus Tuitiensis: "De divin. offic.", VII, 25, P. L. 170, 306), Eadmero de Cantebury, discípulo de San Anselmo ("De Excellentia B. V.", c. 6, P. L. 159, 568); San Amadeo de Lausana (Ser. 6, P. L. 188, 1331-1332); el autor de "Las meditaciones sobre la vida de Cristo", atribuídas a San Buenaventura (Op., cit. 87, p. 119, t. I, p. 119, edit. Venet. 1751); San Alberto Magno ("In Marcum", 16, 9); Mitral de Sicardo, Obispo de Cremona (lib. VI, cap. "de resurrectione Domini"), Bartolomé de Trento. O. P. ("Vitae et act. SS. per anni circulum", c. 56, in festo Resurrect. Domini); San Antonino, Arzobispo de Florencia (S. Th. P. III, tit. 31, c. 3); San Bernardino de Siena ("Quadrag. I, Dom. in Resurr.", serm. 52, a. 3, c. 11, Op. Ed. Lug. p. 310 y sgtes.); San Ignacio de Loyola en sus "Ejercicios Espirituales ("Exercit. spir. de resurrect.", I. appar.); San Pedro Canisio

del Santo Sepulcro, desde fines del siglo XIV, la "Capilla de la aparición de Cristo resucitado a su Madre" [9].

b) *La polémica entre Serry y Sandin.*

Luego de un largo período de pacífica conquista y de casi pacífica posesión, la piadosa opinión encontró un acérrimo adversario en el Padre Jacinto Serry O. P. († en 1738). Dicho religioso, como también después algún otro, se dejó llevar demasiado fácilmente por las insidiosas seducciones de la singularidad y de la novedad, por lo cual su obra, tras un voto del P. Pieri, Servita (más tarde Cardenal) fué puesta en el Índice de los libros prohibidos.

El crítico dominico en su obra "Exercitationes..." (cuyo permiso de impresión costóle muchas andanzas), [10] luego de haber referido demasiado sumariamente las razones de los sostenedores de la piadosa creencia, concluyó con evidente desprecio: "De esta manera muchos inventan arbitrariamente". Se esfuerza, por consiguiente, en probar su tesis contraria a la opinión con dos argumentos; uno positivo (aduciendo las pruebas en favor de su tesis) y el otro negativo (debilitando las razones de la sentencia referida). El argumento negativo se reduce a las siguientes razones: 1) el silencio, más bien la abierta negación del Evangelio, el cual asegura explícitamente que Jesús Resucitado apareció a María Magdalena antes que a cualquiera otra persona; 2) al hablar los Padres de la Iglesia de las apariciones de Cristo resucitado enumeran, en primer lugar, la que fué otorgada a la Magdalena, hasta que Roberto de Deutz y Eadmero, hacia fines del siglo XII, comenzaron a asegurar que la primera apa-

("De Maria Virgini incomparabili", en Bourassé, t. 8, col. 1536); Cornelio Jansenio ("Concordantiarum", c. 145); Maldonado, quien asegura que la piadosa sentencia se halla arraigada "in animas fere omnium Catholicorum" ("Coment. in 4 Ev"., ad c. 28 Math.); Luca de Brujas (In Marc., 16, 9); San Lorenzo de Brindisi ("Marial", p. 237); Ambrosio Catalino, quien llega hasta declarar a la devota opinión un artículo de fe (Lib. "De Consummata Christi et Deiparae gloria"); el Cardenal Baronio escribía: "Traditio, per manus maiorum, ac per subsequentia saecula ad posteriores dilapsa, testatur eundem Dominum nostrum apparuisse primum omnium sanctissimae Genitrici Mariae; quod *nemo pius*, puto, negabit". (Ad an. 34, 183). El Cardenal Toledo escribía: "cui (Mariae) ante omnes apparuisse *nemo dubitat*" ("In c. XX Joann.", Ad verba: Venit Maria Magdalena annuntians, etc.). Benedicto XIV asegura que la piadosa sentencia está fundada no sólo sobre la *conveniencia* sino también sobre la tradición ("De Festis Domini", 1, 8, 44. Opera 9, 160 y sgt.).

[9] Los dos peregrinos Frescobaldi y Puccio así escribían: "Todavía se ve allí otra *capilla*, donde Cristo se apareció a Nuestra Señora" ("Miraggi in Terra Santa... del secolo XIV", Florencia, 1862, ps. 119-376). Esta capilla fué visitada en 1529 por San Ignacio de Loyola.

[10] Cfr. "Scriptores S. Ordinis Praedicatorum", suppl. fasc. 8, 1914, ed. Conton, ps. 633-634.

rición fué hecha a María Santísima; 3) a Roberto de Deutz y a Eadmero pueden oponerse los siguientes: *Crodoberto, Obispo de Tours* (en "Judicio de muliere adúltera"), *Pedro de Blois* (Ep. 50), *Guillermo Estío* (en "Coment. al cap. XVI de Marcos"), *Cornelio Jansenio* (en "Coment. al c. XVI de Marcos") y *Natalio Alejandro* (en su "Hist. Eclesiástica", sección I).

Pasa luego a refutar los argumentos aducidos por los sostenedores de la piadosa sentencia, es decir, las razones de conveniencia y las razones del silencio de los sagrados escritores.

Al P. Serry respondió Antonio Sandin en su obra *"Historia S. Familiae"* afirmando que no es lícito abandonar una opinión antiquísima y constante, arraigada firmemente en las almas de los fieles, si no nos vemos obligados a ello por argumentos incontrovertibles. Tales no son los del P. Serry. Demuestra en contra del religioso dominico que la piadosa opinión que apoya la aparición de Cristo a María es una creencia tradicional que se remonta a San Ambrosio, a Sedulio, a San Paulino de Nola, etc.... Muestra en fin cómo Jansenio[11] y Estío[12], citados por Serry como contrarios a la mencionada creencia no son de ninguna manera contrarios a ella.

El P. Serry no se dió por vencido y respondió duramente a Sandin con las *"animadversiones anticriticae in Historiam familiae sacrae"*. "At quid verius reponam ego, *nullo te praelucente judicio, criterio plane nullo*, sententiam in me tulisse..." Y así por el estilo...

La oposición del P. Serry, si se debe juzgar por los efectos producidos perdió su tiempo y no acertó a extirpar del alma de los fieles y de los Teólogos la piadosa sentencia. Por el contrario ella se afirmó cada vez más y aún hoy es comúnmente admitida. Los únicos opositores, por lo que sabemos, son Augusto Nicolás, el P. Alejandro Bassi, R. Tallachini y Blinzler. Pero a esta insignificante minoría se puede oponer una serie interminable de Historiadores, Exegetas y Teólogos modernos, a los cuales hace eco el sentimiento común de todos los fieles.[13]

---

[11] En efecto, Jansenio, en su obra "Concordantiarum", cap. 145, escribió: "Quamquam Dominus primo dicatur apparuisse Magdalenae, pietas tamen non parum suadet, ut credamus Dominum primum apparuisse dilectissimae suae Matri, licet eam praetermiserint evangelistae, quod ad confirmandam Filii resurrectionem inefficax esset matris testimonium. Id, si verum est, primo dicitur Magdalenae visus Dominus quod inter omnes discipulos illa prima fuerit, quae Dominum viderit. Quamquam etiam videri possit, Dominum ideo non apparuisse subito Matri, quod illam in fide resurrectionis sciret non vacillare, propter quod non ita cum reliquis sepulchrum adiit, sicut cum reliquis astitit cruci".

[12] Parece que Estio no niega la atendibilidad de esta piadosa opinión: "Non ignoro esse piam multorum persuasionem, Christus post Resurrectionem primo omnium apparuisse dilectissimae Matri suae: quae opinio non prorsus est improbanda: ita enim sentire videtur Ambrosius, lib. III "De Virginibus"... hanc opinionem si recipiamus, dicendum erit Dominum primo apparuisse Mariae Magdalenae inter eos, qui resurrectionis testes erant futuri".

[13] Baste citar a Billuart ("De Myst. Christi", diss. XI, a. 5), Albergotti, Trombelli, Orsini, Planch, Sedlmayr, Monsabré, Terrien, el Cardenal Lépicier, Knabenbauer, De la Broise, P. Bucceroni, Paquet, Mons. Janssens, el Cardenal Capecelatro, Perardi, Semería, el P. Lagrange, el P. Bosio de Trobaso, Huby, Pirot, Willam, el P. Sales, el Cardenal Gomá, Reischl, Van Steenkiste, Corluy, Moos,

c) *Las razones de conveniencia.*

Todas las variadísimas razones de conveniencia aducidas por los diversos escritores pueden reducirse a las tres siguientes. Esta primera aparición era conveniente por parte de Cristo, por parte de María y por parte nuestra.

Era conveniente *por parte de Cristo.* ¿Qué hijo afectuoso puede tardar, aunque sea un instante, en hacer partícipe a su propia madre de su alegría, de su triunfo, especialmente si piensa en las mortales agonías y en las profundas humillaciones en las cuales, por su causa, había estado sumida poco antes? Esto es profundamente psicológico: cuando nos acaece algo alegre, nuestro primer pensamiento vuela de inmediato a la madre. La madre es siempre la primera en ser invitada a tomar parte en nuestra alegría y en nuestro triunfo, siendo como es la persona más íntimamente unida a nosotros, casi una parte de nosotros mismos, y de la cual no podemos prescindir.

¿Y el vencedor de la muerte y de los poderes del infierno habría despreciado esta ley natural y psicológica? Creo que basta tener un poco de buen sentido y especialmente un poco de corazón para darse cuenta de toda la fuerza de este primer argumento [14]. Antes de consolar con su presencia a cualquier otro, era conveniente que Jesús consolara a su Madre. Es este un pensamiento, una luz que penetra por sí misma en la mente. Con razón Monsabré, el célebre expositor del Dogma católico, al hablar de las diversas apariciones hechas por Jesús resucitado se pregunta: "¿Debemos suponer que el Salvador

---

Ollivier, Fouard, Prat, Lusseau-Collomb, Grimm, Ricciotti, Mezza, Campana, Ogara, Leman, Kalt, Vosté. El P. Sales escribe: "*Es sentimiento común en la Iglesia* que apenas resucitado Jesús, se apareció a su Madre Santísima, mas esta aparición no se hallaba destinada a la publicidad, y el Evangelio la calla" ("Il Nuovo Testamento", San Marcos, 16, 9).

Digna de notarse es la opinión de Janssens: "Quid autem si quis teneret S. Virginem, utpote Christi Matrem Angelorumque Reginam, miraculose advectam fuisse, ut Filium e tumulo surgentem conspiceret, primasque ei laudes exultans decantaret, dum angelicus chorus Filio simul congaudens, intonat Paschalis iubili carmen: Regina coeli, laetare?" ("Tract. de Deo-Homine", P. II, p. 910). Entre los pocos que negaron tal aparición cuéntase a Crodoberto de Tours, del siglo VIII (P. L. 54, 1424 D), Pedro de Blois, del siglo XII (P. L. 207, 150 D), y San Buenaventura ("Serm. VI de Assumptione", op. 9, 703 b). Cfr. Di Fonzo en "Marianum", 3 (1941).

[14] Reflexiónese además que Jesús tuvo, por así decir, "el culto de la maternidad", como puede apreciarse espléndidamente en el episodio evangélico de la viuda de Naím. Movido a compasión por la pobre mujer, resucitó al mancebo, "y se lo entregó a *la madre*". ¿Por qué extrañarse, pues, si apenas resucitado Él se apresuró a *presentarse a su Madre?*...

haya privado a su Santísima Madre del favor de sus apariciones?". Y responde: "Tal suposición sería una injuria hecha al corazón del más amable, del más amado y del más amante de los hijos" (Cfr. "La Vierge Marie", extractos principales de sus obras, París, Lethielleux, 1934, p. 157). Y el P. Bosio: "Para mí y para cualquier creyente, más aún, para cualquier hombre que no haya dicho adiós al buen sentido y que no crea que es una debilidad, una vileza, escuchar las voces del corazón, repugna el pensar semejante cosa de Cristo" ("Maria di Nazaret", p. 174).

En segundo lugar, era conveniente *por parte de la Sma. Virgen.* En efecto, convenía sobremanera que aquella que había sido la *primera* en unirse al dolor y a la humillación de su Hijo, fuese también la primera en participar de su alegría y de su gloria. La proporción lo exigía. Con esta condición solamente Ella habría podido repetir: "A proporción de los muchos dolores que atormentan mi corazón, oh Señor, tus consuelos llenan mi alma de alegría" (Salmo 93, 19). Primera en el martirio, la Virgen Santísima debía ser también primera en el triunfo. Primera en la humillación, debía serlo también en la gloria. Primera en el dolor, debía serlo asimismo en la alegría. El recto orden así lo exige. Y es demasiado fácil imaginar, aún sin tener una fantasía de poeta, cómo debió saltarle de júbilo en el pecho el corazón cuando su amado Hijo, en el mismo momento en el cual apartó la piedra sepulcral, se le apareció y le dijo instintivamente: "¡Madre!", y Ella respondió también instintivamente: "¡Hijo!". Es demasiado fácil imaginar el éxtasis amoroso de aquel abrazo, después de tantos sufrimientos y de tantas humillaciones... Es demasiado fácil imaginar la legión de ángeles cantando en ese momento sublime: "Regina coeli, laetare, Alleluia".

Simón de Cascia añade esta otra razón de conveniencia por parte de la Virgen Santísima: "Si María fué la primera en ver y adorar a Cristo apenas nacido, era conveniente que fuese también la primera en verlo renacido y glorificado" ("De Resurrectione", lib. 14).

Finalmente, la aparición del Resucitado a su Madre era conveniente *por parte nuestra.* El ejemplo de la Virgen Santísima, que recibió de Jesús un premio bien proporcionado a los sufrimientos y a las humillaciones soportadas por Él, es para nosotros el más eficaz estímulo, a padecer y humillarnos juntamente con Él, seguros de que Él nos pagará con usura, dándonos el céntuplo de todo, aún en esta vida, más la alegría y la gloria eterna en la otra.

Todas estas razones fundadas en un sentimiento de absoluta conformidad, no son de ninguna manera despreciables. El conocido principio mariológico de la conveniencia, en efecto, formulado y usado tan frecuentemente por los Padres, por los Doctores y por los Escritores Eclesiásticos, es suficiente de por sí para tornar al menos *probable* una opinión, doblegando la presunción de su parte. Cuando además no se trata de una *simple* conveniencia sino de una conveniencia tal que lo contrario resulta inconveniente (como en el caso de que hablamos), esta opinión no sólo es probable sino que se aproxima a la certeza, puesto que en Dios, según el dicho de San Anselmo, a lo inconveniente sigue lo imposible: "ad quodlibet inconveniens sequitur impossibile" [15]. Crece en fin esta certeza cuando la piadosa creencia se ve apoyada por la *tradición* y por el *sentimiento común* de los fieles, el cual, según la feliz expresión de Carlos Adam [16], no es otra cosa que "la respiración de Cristo". Creemos que cuando una sentencia ha llegado a apoyarse sobre fundamentos tan sólidos, es temerario negarla.

d) *Las revelaciones privadas.*

Aunque ninguno está obligado a creer en las revelaciones privadas hechas a algunos Santos, no puede negarse, empero, que ellas tengan cierta importancia proporcionada a la autoridad de quienes fueron con ellas favorecidos. Ahora bien la revelación de la aparición del Resucitado a la Virgen no habría sido hecha a una sola persona, sino a varias. En las revelaciones de *Santa Brígida* (lib. 6, c. 94) se lee: "A mí, que soy Madre de Dios, sumergida después de su muerte en un dolor inexpresable, se apareció mi mismo Hijo antes que a los demás y se me presentó sensiblemente, consolándome".

El P. Federico de San Antonio, en su vida de Santa Teresa (lib. 3, cap. 4) relata, extrayéndolo de los apéndices a la autobiografía de la Santa, que un día se le apareció N. S. Jesucristo quien le dijo que, no bien resucitado de la muerte, se había dirigido a visitar a su Sma. Madre permaneciendo largamente con Ella y colmándola de inefable alegría. Esta revelación hecha a Santa Teresa es referida también por Benedicto XIV en las anotaciones sobre el Sábado Santo (l. c., p. 382).

---

[15] "Cur Deus homo", I, 10, P. L. 158, 375.
[16] "Das Wesen des Katholizismus", Dusseldorf, 1928, p. 167.

Lo mismo habría sido revelado a la Venerable María de Agreda ("Mística ciudad de Dios", t. III, p. 310 y sgtes., Venecia, 1740). En la *Vida interna de Jesucristo* dictada por Él mismo, según se dice, a la Sierva de Dios Doña Cecilia Bay, léese que Jesús, al aparecer a su Sma. Madre, le dirigió este saludo: "Yo os saludo, dignísima Madre mía. Gozaos y alegraos, pues he resucitado glorioso según la promesa. Y vos sois la primera en verme y gozar de mi gloriosa resurrección. Favor que os debía como Madre, y también por haber sido vos la más fiel y la más amante" (Vol. II, p. 901, Viterbo, 1921).

e) *Las razones del silencio Evangélico.*

Pregúntase: si Jesús resucitado apareció verdaderamente, antes que a nadie, a su Sma. Madre, ¿por qué motivos el Evangelio no lo dice?... [17] Conviene señalar ante todo que no falta quien ve en el Evangelio una alusión, más o menos evidente, a la aparición de Cristo a su Madre.

San Ignacio de Loyola la descubre en aquellas palabras evangélicas en que se dice que Jesús apareció a *muchos otros.* "Primero apareció a la Virgen Santísima; aunque esto no se diga en la Escritura, se considera como dicho al afirmar que *apareció a muchos otros*, porque la Escritura supone que tenemos inteligencia, como está escrito: "¿Carecéis también vosotros de inteligencia?" ("Exercit. Spir. De resurrect. Chr. et de eius apparitione"). Por consiguiente, dudar de tal aparición es, para San Ignacio, dar una muestra de falta de inteligencia.

El P. Novati ve una tácita alusión a dicha aparición de Cristo en el hecho de que Él se mostró primero que todos a María Magdalena *y a las otras mujeres.* "De esto, observa él, todo hombre prudente podría deducir que el mismo Cristo es apareció antes que a nadie y principalmente a su Madre" ("De eminentia Deip.", p. 416).

El P. Alejo Planch, O. S. M., descubre otra alusión en las palabras dirigidas por el Ángel a las piadosas mujeres: "Ite, dicite discipulis ejus, et Petro" (Marc. 16, 7). "¡Cosa que mueve a admiración!, exclama. ¿Por qué no se hace mención alguna de la Virgen? ¿Puede acaso creerse que Cristo haya aparecido a los discípulos sin aparecer-

[17] Que este silencio evangélico no obste a la realidad de la aparición de Jesús resucitado a la Virgen Santísima, se deduce por el hecho de que los Sinópticos, por ejemplo, no nos dicen nada del milagro de las bodas de Caná (Juan 2, 1-12), ni de la presencia de María sobre el monte Calvario (Juan, 19, 25), etc. Y, sin embargo, esos son silencios que despiertan mayor maravilla que el que se refiere a nuestra cuestión.

se a su Madre? Sin duda, el Ángel no nombró a María porque sabía bien que la Madre había sido ya visitada por su Hijo" (o. c., p. 233).

Sea lo que fuere de estas alusiones o aserciones más o menos implícitas, no faltan razones muy firmes para explicar el silencio del Evangelio a este respecto. Elijamos solamente las principales.

Una primera razón la encontramos en el hecho de que el Evangelio no se detiene nunca a describir cosas superfluas. Y habría sido superfluo apuntar un suceso que todos, como luego de hecho ha sucedido, por sí mismos pueden comprender. "Quis, non tale superfluum diceret?", exclama Eadmero (l. c.). Por tanto, pues, con el fin de no hacer cosa superflua, el Evangelio sabiamente quiso dejar la cuestión, por lo demás muy fácil, a la inteligencia y al corazón de sus lectores. Tanto más cuanto que el Evangelio de San Juan, al representarnos a la Virgen Santísima al pie de la Cruz, como partícipe de la pasión de su Hijo, establecía, por así decir, la premisa de la cual se podía concluir, con la mayor facilidad, su participación en el consuelo, según el axioma del Apóstol: "Scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis" (II Corintios, 1, 7).

Segunda razón. Quizás los Evangelistas ignoraban tal aparición. Se trataba, en efecto, de algo sucedido en la intimidad familiar, sin testigos, lo cual la Sma. Virgen quiso acaso conservar, como muchas otras cosas, en el secreto de su corazón. Además, aún admitiendo que la Virgen lo hubiese revelado, habría podido, impulsada por su humildad, prohibir a los Evangelistas que lo propalasen. "Hoc non est scriptum ob humilitatem meam". Así habría dicho la Virgen a Santa Brígida (l. c.). Finalmente, aún en el caso de que no existiera tal prohibición, los mismos Evangelistas habrían podido sentirse reacios, según la regla general que ellos siguen en lo que respecta a las relaciones familiares entre Jesús y María, a hacer pública una cosa acaecida en la intimidad. "Es una reserva, observa justamente el P. Semería, que yo llamaría la reserva de la intimidad. Querer penetrar la familiaridad dulce y sagrada es impertinencia; propalarla es mal gusto, es profanación. Las almas piadosas y discretas aman este misterio del cual se hallan rodeadas y en el que quedan envueltas las relaciones tiernas de la Madre y del Hijo, de la Madre buena, del Hijo Santísimo. Nadie le vió con ojo más puro, más seguro, más noble" ("Mater Divinae Providentiae", abril 1930) [18].

[18] Contra esta razón, Blinzler objeta que en el Evangelio se refieren también muchas cosas de la vida de María de carácter íntimo y privado, como por ejemplo,

Tercera razón. Los Evangelistas han omitido la narración de tal hecho porque se trataba de una persona totalmente singular y de una aparición enteramente especial. En efecto, la Virgen Santísima no es una mujer como las demás, sino que se halla por encima de todas las demás: "Beatissima Virgo con cadit in numerum cum aliis; quia non est una de omnibus, sed una super omnes" (S. ALBERTO MAGNO: "Mariale", q. 80). Ella es una mujer que, por pertenecer al orden hipostático, constituye un *orden aparte, trascendente* y por consiguiente, cuando se trata de privilegios, no debe ser confundida con las demás, ni ser rebajada nunca al nivel de las demás [19]. Añádase que las apariciones hechas a los discípulos y a las piadosas mujeres estuvieron ordenadas a consolidar su fe. El narrar, pues, la aparición de Cristo a la Virgen Santísima juntamente con las otras hubiera inducido a creer que también Ella tenía necesidad, al par que los discípulos, de ser sostenida en la fe. Muy oportunamente, pues, los Evangelistas decidieron omitirla. Tratábase además, como observa San Bernardino de Siena, de una aparición de orden superior, más sublime, inexpresable en palabras humanas y que por tanto no debía confundirse con las demás. En efecto, puede creerse razonablemente que Jesús Resucitado se apareció a su Santísima Madre, no sólo en el cuerpo y en el alma, sino también en su divinidad (Cfr. Lépicier, l. c.).

Cuarta y última razón. Es la más convincente. Los Evangelistas omitieron dicha aparición porque ella *caía completamente fuera del objetivo que se habían propuesto al respecto.* La resurrección, en efecto, es el más grande de todos los milagros de Cristo, y el signo más luminoso de su divinidad, según el desafío lanzado por el mismo Cristo a sus adversarios: "Solvite templum hoc...". De modo que el Apóstol Pablo ha llegado a decir que "si Cristo no hubiese resucitado, vana es nuestra fe...". Tratándose, por consiguiente, de un hecho de capital importancia, debía converger sobre él necesariamen-

---

Luc., I, 34; *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* o Luc., 2, 49: *Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse?*, o Juan, 2, 4: *Quid mihi et tibi mulier?*, y Mateo, 12, 48: *Quae est mater mea?*, etc.

Justamente responde el Padre Holzmeister negando la paridad del argumento, pues en los citados sucesos narrados por los evangelistas se ilustra alguna verdad dogmática, esto es: en Luc., 1, 34, la virginidad de María; en Juan, 2, 4, su poder de intercesión; en Luc., 2, 49, su absoluta obediencia y sumisión, etc. Por lo demás, es difícil para nosotros juzgar qué cosas de carácter íntimo debían ser narradas y cuáles no.

[19] Observa justamente el P. Lagrange: "Marie appartient a un ordre trascendant ou elle est associée comme Mère a la Paternité du Père sur Jésus ("L'Evangile de Jésus-Christ", p. 586).

te la luz de los testimonios más irrefragables. Y de hecho, las siete apariciones registradas en los Evangelios tienen todas ellas, por así decir, un fondo común: la desconfianza y la dificultad en creer por parte de quienes habían sido con ellas favorecidos, queriéndose demostrar precisamente del modo más apodíctico que la evidencia del hecho prodigioso era tanta y tan grande que se había impuesto también a los que eran menos proclives a admitirlo. La debilidad de la fe de los discípulos constituía la fuerza de la atestación dada por ellos. Por esto San Pablo invoca en favor de la resurrección de Cristo, el testimonio de los que dudaban en su fe. Trazado tal objetivo, ¿cómo era posible que los Evangelistas enumerasen entre las apariciones la otorgada a María? ¿Por qué mezclar el testimonio de la Virgen Santísima con el de los demás? "La atestación de Aquella que jamás dudó, hace notar justamente el P. Semería, está fuera de lugar, estaríamos por decir, fuera de concurso" (l. c.).

Pero no basta. Examínense las palabras de San Pedro: "Dios lo resucitó al tercer día, y dispuso que se dejase ver, no de todo el pueblo, *sino de los predestinados por Dios para testigos*, de nosotros, que hemos comido y bebido con Él después que resucitó de entre los muertos. *Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo* que Él ha sido constituído por Dios juez de vivos y de muertos (Hechos, 10, 40-42). De estas palabras se deduce con evidencia que los sagrados autores se propusieron y narraron solamente las apariciones hechas a aquellos que estaban destinados a ser *testigos* o *predicadores* de la resurrección de Cristo. Tal no debía ser María, colocada en una esfera incomparablemente superior. En efecto, el testimonio de una madre habría podido parecer al hombre carnal, interesado, algo sospechoso, y por consiguiente poco apto, poco eficaz para el fin que se proponía alcanzar. Si la atestación de las piadosas mujeres había parecido a los Apóstoles, aún no instruídos, un delirio, ¿cuánto más no habría aparecido tal el de su Madre? Sabiamente, pues, los Evangelistas, a fin de no despertar ni sombras de sospecha en aquellos que se convertirían más tarde al Evangelio, omitieron el testimonio de la Madre y se limitaron a narrar solamente aquellas apariciones que eran las más aptas, por ser las más indiscutibles e irrefutables, a probar la gloriosa resurrección de Cristo.

Por lo que respecta a razones, las hay, como vemos, a granel y para todos los gustos. Si además se suman todas, ellas vienen a formar tal haz de luz que disipa cualquier sombra de duda derivada

del silencio evangélico, y nos induce a exclamar con el P. Semería: "El silencio escriturístico es más elocuente que toda palabra". En efecto, él nos dice muchas cosas que no nos hubiera dicho la simple descripción de la aparición de Cristo a la Virgen [20].

f) *La aparente oposición de San Marcos.*

El P. Serry, a quien siguen otros exegetas, observa que nuestra piadosa opinión "es abiertamente contradicha por el Evangelio de San Marcos, quien asegura muy claramente que la *primera aparición* no fué hecha a la Virgen, ni a alguno de los Apóstoles, sino a María Magdalena: *Surgens mane prima sabbathi, apparuit primo Mariae Magdalenae* (Marcos, 16, 9)" (Bassi, o. c. p. 340).

La dificultad ha sido ya, y muchas veces, resuelta muy fácilmente. La oposición de San Marcos es más aparente que real. La palabra *"primo"* no significa una prioridad *absoluta* sino sólo una prioridad *relativa,* en el sentido de que la Magdalena fué la primera, no entre todos absolutamente, sino entre los *discípulos, testigos y predicadores oficiales* de la resurrección de Cristo [21]. Crece más la fuerza de esta solución si se reflexiona que la Sma. Virgen, como ya hemos dicho, se halla fuera y por encima de este círculo. María Santísima no debe confundirse con los demás, puesto que constituye un orden *"a se"*. San Pablo dice también que todos pecaron en Adán. Pero es evidente que entre este "todos" no comprendía, por supuesto, a María, como ha sido definido después por la Iglesia. Así, del mismo modo, cuando San Marcos dice que Jesús resucitado apareció *primeramente* a María Magdalena, no entiende comprender también a Aquella que está por encima de todos, María.

---

[20] Justamente hace notar el P. Semeria: "Algún polemista heterodoxo podría buscar quizás, en este silencio, un arma de combate especialmente contra la devoción católica a María. El arma hace tiempo que está mellada" (en: "Mater Divinae Providentiae", abril de 1930).

[21] Contra esta solución (dada ya por el P. Lagrange y seguida también por el P. Holzmeister) Blinzler observa que se trata de un verdadero subterfugio, porque el *"primo"* de San Marcos "para todo lector exento de prejuicios" debe entenderse en *sentido absoluto.* A lo que responde el P. Holzmeister observando que en la Sagrada Escritura algunas veces una cosa es llamada *primera,* a pesar de haber sido precedida de otra. Entre los muchos ejemplos que da para probar su aserto, es digno de notarse el siguiente, tomado de San Marcos, 4, 28: "Ultro terra fructificat *primum* herbam, deinde spicam, deinde plenum fructum in spica". En realidad, lo primero que produce la semilla, por propia virtud es el germen, o sea la raíz subterránea, la cual evidentemente, precede al tallo. No obstante esto, Cristo afirma que la semilla *antes* que nada produce la hierba, no queriendo significar, desde luego, el germen subterráneo, siendo éste invisible. Otro tanto puede decirse de la aparición del Resucitado a la Magdalena.

Alguien ha hecho notar, con poco fundamento, que el adverbio *primo* no se refiere al verbo *apparuit,* sino a la persona de la Magdalena, a la cual por *primera vez,* entonces, apareció Cristo resucitado, siendo cierto que muchas otras veces fué alegrada por semejantes apariciones. Finalmente, hay quien quiere que ese *primo* se entienda en el sentido de que aquélla fué la *primera* entre todas las apariciones *narradas por los Evangelistas.*

Por consiguiente, la oposición de San Marcos es solamente aparente y no real, como lo admiten *todos* los exegetas más célebres, tanto antiguos como modernos [22].

---

[22] Todo esto que hemos venido exponiendo creemos que es más que suficiente para demostrar lo infundado de la oposición hecha por Nicolás, por el P. Bassi y por el Sac. Tallachini. Empero, para ser más completos, será conveniente también examinar sus razones.

Comenzando por el célebre Augusto Nicolás, nos limitaremos a hacer notar, con el muy esclarecido Pbro. Mezza: "Es extraño que este insigne panegirista de María, por haberse dejado seducir por los insidiosos espejismos de la singularidad, haya caído en ciertas equivocaciones e incongruencias verdaderamente *singulares.*

Respecto a esta aparición de Jesús a la Virgen Santísima, Nicolás cae en un evidente sofisma. Después de haber examinado las siete apariciones del Resucitado, consignadas en los Evangelios, y haber observado que en ellas no existen huellas de la aparición a la Virgen, cree poder concluir que el Evangelio prueba formalmente que Jesús no apareció a su Madre. Así conducido el razonamiento, choca contra una bien conocida regla del silogismo: "latius hos quam praemissae conclusio non vult". El hecho de que María no es nombrada en las siete apariciones narradas por los evangelistas, podría a lo más probar que el Evangelio no nos ha dejado memoria de las apariciones de Jesús resucitado a la Santísima Virgen. Pero ninguno ha pretendido nunca que Jesús haya dicho o hecho únicamente lo que se halla registrado en los evangelios. Los mismos Evangelistas lo excluyen explícitamente. Si pues existen en la Iglesia tradiciones serias y constantes, conformes a los dictados de la fe y adecuadas a la piedad cristiana, nadie tiene el derecho de despreciarlas por el solo hecho de que no se hallan registradas en el texto evangélico. De otra manera, ¿adónde iría a parar el valor Teológico de la Tradición?" (O. c., ps. 195-196). El P. Alejandro Bassi, Menor Observante, "siguiendo, como él mismo confiesa, las huellas de A. Nicolás", al oponerse "a los muchos autores modernos que apoyan esta aparición a la Virgen" no hizo otra cosa que remachar, los principales argumentos del P. Serry.

Ellos se reducen a los siguientes:

1) "Acerca de esto callan los cuatro Evangelistas"; 2) "callan los Santos Padres durante casi mil años, desde Clemente Romano hasta Bernardo de Claraval"; 3) "la opinión contraria es abiertamente contradicha por el Evangelio de San Marcos"; 4) "en cuanto a la aducida razón de que Cristo, amando a María más que a cualquiera, debió aparecerse a Ella antes que a nadie, respondo que tal supuesto encuéntrase desmentido en su consecuencia por toda la vida de la Virgen... Él quiso que fuese atribulada durante toda su vida..." 5) Las apariciones de Cristo resucitado tenían "únicamente por objeto el vencer la pertinaz *incredulidad* de los discípulos"; pero la Virgen Santísima creyó sin ver. Con todo admite el P. Bassi "que Jesús resucitado fué visto por María y que Ella quedó inmensamente consolada"; solamente niega "habérsele aparecido individualmente", y "antes que a ningún otro" (ps. 341-342).

Las tres primeras objeciones ya han sido refutadas por nosotros. Con respecto a la cuarta, observamos que nuestra opinión no se funda solamente en dicha razón de conveniencia sino en muchas otras, como ya hemos expuesto. Por lo demás, si Jesús hubiese querido a su Madre *siempre* atribulada, ¿por qué admitir que Él se le apareció (si bien no antes que a los demás ni individualmente) para consolarla?... ¿No es esta una contradicción?... Respecto a la quinta y última objeción, observaremos que *mientras* todas las apariciones referidas en los Evangelios estaban destinadas a vencer la *pertinaz incredulidad de los discípulos* y conquistarlos a la fe (y precisamente por esto, como ya hemos dicho, la aparición en cuestión no fué registrada por los Evangelistas), la que fué hecha a la Virgen tenía por fin únicamente *consolarle* y premiarle por su fe inconmovible. Y henos llegado finalmente al Rev. Tallachini. Sus argumentos pueden reducirse a los siguientes: 1) El injustificable silencio de los Evangelistas; 2) "¿Con qué derecho nosotros *introducimos* (*sic!*) en el Evangelio un acontecimiento que él no refiere?"; esto es ser "*poco reverente* con la palabra evangélica, pues se intenta *suplir* y *corregir* una *supuesta* deficiencia de la Escritura"; 3) La piadosa sentencia no añade nada al honor debido a la Madre de Dios; antes bien, rebaja a María al nivel de los discípulos, quienes *tenían necesidad* de ver a Cristo exteriormente para confirmarse en la fe".

Todos estos argumentos, lejos de demoler la piadosa opinión, concurren a consolidarla cada vez más. Mientras no haya otras razones que oponer... Contra el primer argumento repetimos que, como ya fué demostrado, el silencio de los Evangelistas es explicable, y por varios motivos. Contra el segundo, nos limitamos a hacer notar que ninguno de aquellos que sostienen la aparición de Cristo a la Virgen ha jamás soñado o presumido *introducir* algo nuevo en el Evangelio, y mucho menos *suplir* y *corregir* una *supuesta deficiencia;* todo lo contrario. La aparición es presentada por todos como una *piadosa opinión* sólidamente fundada, no como una verdad del Evangelio. Y el Evangelio, al omitir el narrarla, tuvo sus buenas razones para ello, por lo cual no puede hablarse de "supuesta deficiencia" del Evangelio en el que, por lo demás, no puede en verdad presumirse que se halle consignado todo lo que sucedió entre Jesús y su Santísima Madre, especialmente respecto a cierta intimidades que podemos muy fácilmente intuir.

En contra del tercer argumento observamos que la devota sentencia añade mucha honra a la Virgen Santa, en virtud de las razones de conveniencia ya expuestas. Indudablemente que disminuiría el honor de la Virgen si se quisiese con ella rebajar a la Madre de Dios al nivel de los demás discípulos, como si Ella tuviese necesidad de ver para creer: pero esto se halla a mil leguas del pensamiento de todos los que sostienen tal piadosa opinión. El único objeto de esa aparición fué el bien merecido consuelo para la divina Madre que, incomparablemente más que cualquier otro sintió la amargura de la muerte del Hijo. Ya en su tiempo escribía San Alberto Magno: "Christus Matri apparuit, non ut probaret resurrectionem, sed ut eam visu suo beatificaret" (Ed. Borgnet, 21, 755).

Al hablar del hecho de la Asunción de María, el Sac. Tallachini admite que tal acontecimiento "más que de la Sagrada Escritura y de la Tradición externa, emana del alma misma de la Iglesia". ¿Por qué no se podría decir otro tanto del hecho de la aparición de Jesús resucitado a su Santísima Madre?... ¿No es el alma de toda la Iglesia la que lo reclama contra las oposiciones vanas de tres o cuatro adversarios ?...

Es también digno de notarse que nuestra opinión ha sido abrazada por no pocos Protestantes, como los Centuriadores de Magdeburgo (I, 369, lin. 17), Teodoro Zahn ("Juan", 3ª ed., 670, nota 41), M. Albertz ("Theol. Studien u. Kritiken", 86, 1913, 389-516) y A. Loisy ("S. Jean", p. 908, n. 1), citados por el P. Holzmeister (1. c., p. 90).

LA ASCENSIÓN

Es verosímil que durante los cuarenta días que el Resucitado pasó sobre la tierra antes de ascender al cielo, se haya aparecido muchas veces a su divina Madre y permanecido con Ella en una intimidad divinamente filial.

Probablemente la Virgen Santísima, siguiendo al Apóstol San Juan (Juan, 21, 7-20), al cual había sido confiada, se retiró a Galilea, de acuerdo a la orden dada por Jesucristo a los Apóstoles, y permaneció allí cerca de un mes, o sea desde la terminación del ciclo pascual (ocho días después de la Resurrección) hasta algunos días antes de la Ascensión. Ella debió verse envuelta en una atmósfera totalmente saturada de dulces emociones y de suaves recuerdos, suscitados por las diversas apariciones de Cristo y por los coloquios mantenidos con Él.

Poco antes de la Ascensión, la devota caravana compuesta por los Apóstoles, por María, por los primos de Cristo que habían llegado a ser creyentes, y por otros fieles, se encaminó, sin duda por orden de Jesús, a Jerusalén. Allí aconteció la última entrevista con el Salvador. Durante ésta, Jesús impartió a los Apóstoles sus últimas disposiciones, entre las cuales figuraba la de no alejarse de la Ciudad Santa, para aguardar allí "la promesa del Padre" oída de sus labios, es decir, la venida del Espíritu Santo (Hechos, 1, 4-5). Estas palabras hicieron como relampaguear ante los ojos de los Apóstoles y de los discípulos algo extraordinario. Se dirigieron, pues, al Maestro, y en tono confidencial le preguntaron: "Señor, ¿será éste el tiempo en que has de restituir el reino de Israel?" Mas Jesús, como muchas otras veces, dió una respuesta que debió desilusionarlos no poco: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos y momentos que el Padre tiene reservados a su poder; recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria, y hasta los últimos confines de la tierra" (Hechos 1, 7-8).

Hecha esta última recomendación salió con los discípulos, entre los cuales debía encontrarse también María, y emprendió el conocido y querido camino de Betania. Llegado al monte de los Olivos, en donde había tenido comienzo la divina tragedia, reuniólos en torno a sí, alzó las manos al cielo y los bendijo (Luc., 24, 50). De este modo la última acción de Cristo sobre la tierra, aquella tierra que lo había maldecido y lo maldeciría no pocas veces satánicamente, fué una bendición. En el mismo momento en que los bendecía, lo vieron elevarse gradualmente, con majestuosa lentitud, hacia el cielo (Luc., 24, 51). Todos los ojos estaban extática y dulcemente fijos en Él. Mas en cierto momento una espléndida nube lo envolvió, quitándolo a sus miradas (Hechos, 1, 9). Fué entonces cuando dos ángeles de blancas vestiduras se presentaron a ellos diciéndoles: "Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que separándose de vosotros se elevó al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá". Y ellos volvieron emocionados a Jerusalén, recordando que Jesús, como les había dicho, había ido "a preparar también un lugar para ellos".

Más que cualquier otro, María debió experimentar que con la Ascensión de Cristo una gran parte de su corazón había emprendido el vuelo, y a través de esa nube que había encubierto a su divino Hijo ante sus ojos, había penetrado en el cielo. ¿No había dicho el mismo Salvador que nuestro corazón se encuentra ahí en donde se halla su tesoro? ¿Y no era, acaso, Jesús el tesoro de María? [1].

---

[1] Algún exegeta o historiador ha dudado y hasta negado la presencia de María durante la Ascensión de Cristo, basándose en el acostumbrado silencio del Evangelio. Pero por la narración que de ella hace San Lucas nos parece bien fundada la opinión común, expresada también por la Iglesia en el segundo misterio glorioso del Rosario. En efecto, San Lucas deja entrever que los Apóstoles no fueron los únicos testigos de la Ascensión, sino que tal gracia fué concedida a todos aquellos que, estando con los Apóstoles en el Cenáculo, oraban junto con ellos: y entre éstos se hallaba María, con las piadosas mujeres que asistían a Jesús, y los parientes de Él (Hechos, 1, 14-15). Y en efecto, inmediatamente después de haber referido la Ascensión del Salvador y el retorno de los Apóstoles del Monte de los Olivos y su entrada en el Cenáculo, San Lucas añade: "Todos ellos perseveraban unánimes en oración juntamente con las mujeres y con María la madre de Jesús, y con los hermanos (primos) de Éste" (Ibid.). En el relato de la Ascensión nombra expresamente nada más que a los Apóstoles porque sólo ellos eran y debían ser los testigos *oficiales* del gran acontecimiento, como aparece de lo dicho por San Pedro al proponer la elección de José el Justo y de Matías para el apostolado, en lugar de Judas: "Es necesario, pues, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que, apartándose de nosotros, subió al cielo, se elija uno que sea, como nosotros, testigo de su resurrección. Con esto propusieron a dos: a José, llamado

Privados de su dulce Maestro, los Apóstoles, especialmente San Juan, se estrecharon instintivamente, como presos de cierto extravío, alrededor de María, Madre de Jesús. Ella era la única persona en la cual podían encontrar, no digo algo, sino mucho de su inolvidable Rabí. En la belleza y en la bondad de la Madre descubrían un vivo reflejo de la belleza y de la bondad de su Hijo. En la suavísima voz de Ella sentían un eco perfecto de la voz infinitamente suave de Jesús. En el corazón maternal de María volvían a hallar el paternal Corazón de Cristo.

Barsabás, por sobrenombre el Justo, y a Matías" (Hechos, 1, 21-23). De este pasaje resultan dos cosas: 1) que también otros, o sea, José y Matías juntamente con los Apóstoles, fueron testigos de la Ascensión de Jesús; 2) que los testigos *oficiales* de Cristo y en especial de su mayor milagro, la resurrección, eran y debían ser solamente los Apóstoles.

PENTECOSTÉS

Los diez días que precedieron a Pentecostés, los Apóstoles y los discípulos los pasaron en el Cenáculo en torno a María. Esos días fueron como un retiro espiritual, el primero que se hizo en la Iglesia, en preparación a la prometida venida del Espíritu Santo. Aquellos fervorosos ejercitantes hacían todo en unión "con María" *"cum Maria"* (Hechos, 1, 14). He aquí en sólo dos palabras, su programa. Es decir: hacían todo en presencia, o en compañía de María, con el auxilio y a ejemplo de Ella. Con María trabajaban, con María se alimentaban, con María se alegraban. Todo "con María", a fin de poder hacer todo, del modo más fácil y perfecto, con Jesús.

El Espíritu Santo quiso hacerse preceder de su dilecta e inseparable Esposa. Quiso, pues, que Ella, en aquellos días, echase profundas raíces en esas almas destinadas a renovar la faz de la tierra, antes de llenarlas con la plenitud de sus dones. Porque cuando el Espíritu Santo ve en un alma a su dilectísima Esposa, pronto vuela hacia ella "como paloma llamada por el amor", y la torna divinamente fecunda. Así sucedió a los Apóstoles, según lo que nos narra San Lucas. "Al cumplirse, pues, los días de Pentecostés (o sea, cincuenta días después de la Pascua), estaban todos juntos en el mismo lugar (es decir, en el Cenáculo, en donde se habían reunido muy temprano antes de las 9); cuando de repente sobrevino del cielo un ruido como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa en donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca" (Hechos, 2, 1-4). Ese sonido improviso hizo que acudiera al Cenáculo mucha gente perteneciente a diversas naciones. Y todos quedaron maravillados al escuchar cada uno su propia lengua por boca de los Apóstoles. Mientras unos se preguntaban asombrados lo que significaba aquello, otros, escépticos y malvados, exclamaban: "Están lle-

nos de vino". Pero San Pedro, el Jefe del Colegio Apostólico, se levantó y rebatió de inmediato la calumnia y el desprecio vertido sobre ellos, haciendo notar cómo el don de lenguas no era otra cosa que el cumplimiento de una profecía de Joel, que debía verificarse en los tiempos mesiánicos. Esos tiempos, por consiguiente, habían llegado. Pasó luego a demostrar que Jesús, crucificado por los Judíos, era el Mesías, resucitado por Dios y elevado a la derecha de su trono. Desde ahí Él ha mandado al Espíritu Santo, autor de aquellos prodigios cuyos espectadores eran en esos momentos. Cuando hubo terminado su discurso, muchos le dijeron: "¿Qué es lo que debemos hacer?" Y Pedro respondió: "Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo". En aquel día, la naciente Iglesia acogía en su seno, entre sus brazos maternales "cerca de tres mil almas". "Y eran asiduos concurrentes a las enseñanzas de los Apóstoles y a la común fracción del pan (o sea, a la celebración eucarística) y a la oración" (Hechos, 2, 37-42). "Y todos los creyentes vivían unidos entre sí, y todo lo tenían en común" (Ibid., 44). Esta instantánea primavera de fe y de amor, florecida por el hálito del Espíritu Santo, debió llenar de inefable júbilo el corazón de María. Si, en medio de esa multitud de hijos suyos, San Pedro era la cabeza, Ella, juntamente con el Espíritu Santo, su divino e inseparable Esposo, era el corazón.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

Los últimos años vividos por María sobre la tierra —los que transcurrieron desde Pentecostés a la Asunción—, han permanecido envueltos en una neblina tan espesa que casi no es posible entreverlos con la mirada, y mucho menos penetrarlos. La Escritura calla, y la tradición nos hace llegar solamente ecos lejanos e inciertos. Para conocer algo, es preciso navegar con brazos robustos a través del dudoso océano de las hipótesis y de las verosimilitudes, en el que no pocas veces muchos naufragan. Nos atendremos aquí a lo que nos parece más verosímil y moralmente incontestable.

En esos últimos años, la Virgen Santísima vivió, sin duda alguna, junto a San Juan, pues había sido confiada a sus cuidados filiales. Ahora bien, San Juan, en los años que siguieron a Pentecostés, moró habitualmente en Jerusalén, pues lo hallamos constantemente al lado de San Pedro. En la época del viaje de San Pablo, en vísperas del Concilio de Jerusalén, hacia el año 50 (Hechos, 15, 1-34), le vemos figurar entre "las columnas de la Iglesia" (Gálatas, 2, 9). Era en verdad una columna muy alta que se apoyaba sobre una base solidísima: María. Es difícil determinar en qué año el discípulo amado abandonó Palestina y se fué a Efeso. Según toda verosimilitud, esto sucedió entre el 57-58, porque durante la primera permanencia de San Pablo en Jerusalén no se hace mención alguna ni de Pedro ni de Juan. Mas no conociendo, como veremos, la fecha aproximada de la Asunción de María, no puede asegurarse que la Virgen Santísima haya seguido también a Efeso a su dilecto hijo adoptivo. La continua permanencia de María con Juan debió compensar no poco el vivo deseo que Ella tenía de reunirse con su divino Hijo, aquella irresistible fuerza de atracción que la llevaba hacia Él, pues en Juan debió encontrar no poco de la belleza moral y de la delicadeza espiritual de Cristo. Porque indudablemente la Virgen en aquellos años en que permaneció en la tierra, debió exclamar continuamente, con mayor razón que San Pablo, dirigiéndose a los primeros cristianos: "Mi vida es Cristo y la muerte sería para mí una ganancia. Mas, ¿qué escoger? A la verdad mucho mejor sería para mí irme con Él; pero

vuestra necesidad me manda quedar aquí... Permaneceré con vosotros para provecho vuestro y gozo de vuestra fe" (Filipenses, 1, 21-26). ¡Sí! La Iglesia, hija de María, era todavía niña, y como tal, aún tenía necesidad de todos aquellos cuidados que sólo una madre puede procurar, de todas aquellas finas y delicadas solicitudes que sólo un corazón de madre puede percibir. Y María, consagrada enteramente al provecho de la Iglesia, prestó de continuo hacia ella, cuerpo místico de Cristo, todos aquellos cuidados y atenciones maternales que había tenido para con su divino Hijo. A Ella, por consiguiente, como a la madre en una familia, recurrían de continuo los Apóstoles y discípulos, todos los fieles, especialmente en las horas de duda, de dolor y de persecución [1]. Ella aconsejaba a todos, sostenía a todos. Junto a Ella, aquellos primeros fieles olvidaban las penas del destierro y se sentían animados para recorrer con ardor el camino que conducía a la patria. Más que con la palabra, Ella arrastraba a todos tras sí con la irresistible fuerza de su ejemplo. Aquellas ondas de celestial fragancia que de continuo se desprendían de su persona, de sus palabras, de sus acciones, embriagaban los corazones y los encaminaban por el estrecho sendero que llevaba a la vida.

Una sola cosa debió atemperar no poco a la Virgen las penas y la amargura del destierro: la Sagrada Eucaristía, que le permitía estrechar en su corazón a Aquél que Ella había engendrado. Efectivamente, la Virgen, según la costumbre de aquellos primeros cristianos, atestiguada por los Hechos de los Apóstoles, asistía cotidianamente con vivísima fe y piedad profunda a la celebración eucarística, la *fractio panis*, y se llegaba cotidianamente a la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo. ¡La asistencia de María a la Misa! ¡La Comunión de la Virgen Santísima!... Son hechos que trascienden no solamente nuestra facultad de hablar, sino también nuestra misma facultad de entender. Únicamente María podría decirnos algo [2]. En la espera, pues, de contemplar en el cielo un día, sin velos a su divino Hijo, Ella se contentaba con adorarlo encubierto aquí sobre la tierra.

[1] Se sabe, en efecto, que el Sanedrín, poco después de Pentecostés llamó a San Pedro y a San Juan y les prohibió hablasen de Jesús; habiéndose rehusado a obedecer, fueron arrestados y azotados (Hechos, 5, 40). Poco después los Judíos, irritados por el número siempre creciente de los seguidores de Cristo, y especialmente por el celo demostrado por los Diáconos, comenzaron a combatirlos abiertamente, siendo San Esteban la primera víctima de su odio satánico.

[2] Varios Teólogos sostienen que las sagradas especies se conservaban en María de una comunión a otra. Es un privilegio que fué concedido también a otros Santos (por ejemplo, al Beato Antonio María Claret).

De la misma manera que al comienzo de la vida terrena de María, así también, al término de ella surgen espontáneas las preguntas: ¿Dónde, y cómo, la Virgen Santísima abandonó la tierra y subió al cielo?

Así como al comienzo de su vida terrena, una cosa hay que está fuera de duda: su inmaculada concepción, así, al término de su existencia una sola cosa hay que no admite discusión: su gloriosa asunción en cuerpo y alma al cielo.

A todas las demás preguntas nos vemos obligados a responder también aquí: la Escritura calla, la Tradición balbucea, la razón se afana por dar una respuesta satisfactoria.

1. — ¿Dónde sucedió?

Dos ciudades se disputan el honor de haber visto los últimos instantes del destierro terrenal de María: Jerusalén y Efeso. La cuestión ha sido apasionadamente discutida a fines del siglo pasado y a comienzos de éste. No será, pues, fastidioso dar aquí las conclusiones[1].

En favor de Jerusalén milita toda la antigua tradición. Numerosos testimonios relativamente antiguos, indican el lugar de su tránsito sobre el monte Sión, y el de su sepultura en Getsemaní.

Esta tradición Jerosolimitana fué recogida por Dionisio el Místico (que no debe confundirse, como frecuentemente lo ha sido, con Dionisio Areopagita)[2] y por el apócrifo del Pseudo Melitón: *Transitus beatae Mariae Virginis.* Asimismo, en las dos cartas atribuídas a S.

[1] Cfr. Bernabé D'Alsace, O. F. M.: "Le tombeau de la Sainte Vierge a Jérusalem", Jerusalén, 1903. Es la monografía más completa y autorizada que existe sobre el particular.

[2] Cfr. Jugie, o. c., p. 160. El Pseudo Dionisio habría hecho aparecer su escrito entre los años 490 y 530.

Ignacio de Antioquía se dice explícitamente que la Virgen Santísima, después de la Ascensión de Cristo, permaneció en Jerusalén.

El silencio de los escritores del siglo IV en torno al sepulcro de la Virgen en Jerusalén, es explicado por algunos en el sentido de que tal sepulcro no había sido descubierto aún. Se sabe, en efecto, que los lugares santos, a causa de los tumultos anticristianos, habían estado continuamente revueltos. Sólo al comienzo del siglo V la tumba de la Virgen, puesta en luz, habría comenzado a ser objeto de culto, siendo recubierta por una basílica, como surge por la *"Descripción de los lugares santos"* debida a un peregrino armenio y por el *"Breviarum de Hierosolyma"* [3]. Tenemos luego el famoso testimonio del Patriarca Juvenal [4], venerado comúnmente por los católicos de Oriente como santo, el cual gobernó durante cuarenta años la Iglesia de Jerusalén. Este testimonio nos es conocido únicamente a través de un discurso de San Juan Damasceno († alrededor del 754) ante los Obispos, el clero y los monjes de Palestina. En este sermón, S. Juan Damasceno cita un extracto del libro III, capítulo 40, de la historia Eutimíaca [5], en la que se cuenta que la emperatriz Santa Pulqueria, después de haber hecho erigir en Constantinopla una basílica a la Madre de Dios deseó, juntamente con el emperador Marciano, colocar allí el sagrado cuerpo de María. Hizo, pues, una petición a Juvenal, presente en aquellos días en Constantinopla, juntamente con los Obispos de Palestina, con ocasión del Concilio de Calcedonia. Juvenal repuso que según una antigua y muy verdadera tradición la tumba de la Virgen Santísima, tres días después del sepelio durante los cuales los Apóstoles habían sentido melodías angélicas, había sido reabierta y encontrada vacía, por lo cual ellos concluyeron que Aquél que se había complacido en nacer de Ella sin desmedro de la virginidad, habíase dignado también preservar aquel cuerpo de la corrupción, admitiéndolo en el cielo antes de la resurrección general. Tras esta respuesta, el Emperador y la Emperatriz rogaron al santo Patriarca les remitiese el ataúd en el que había sido colocada la Virgen

[3] Cfr. "Description arménienne des saintes Lieux au VII siècle", traducido del ruso por Nisbet Bain Esq., en P. E. F. Quarterly Statement, 1896, p. 346-348.

[4] Cfr. Ed. Gildmeister, Bonn, 1882, p. 32.

[5] Fué llamada Eutimíaca, probablemente, o porque fué escrita por un monje del monasterio de San Eutimio, o porque estaba contenida en la vida de S. Eutimio escrita por Cirilo de Escitópolis. Según el P. Jugie (o. c. p. 159) la Historia Eutimíaca es debida a un falsario que vivió después del siglo IX. El mismo falsario habría insertado en la Homilía de San Juan Damasceno el extracto que éste trae (Homil. cit., p. 159 y sgtes.).

juntamente con los lienzos funerarios allí encontrados, luego de poner en ellos el sello. Juvenal habría asentido a tal demanda, y las veneradas reliquias habrían sido colocadas en la iglesia situada en la localidad de Blacherne[6].

Esta tradición jerosolimitana es universal. Ella es sostenida por las antiguas liturgias de las Iglesias Orientales y Occidentales. A éstas se añade el explícito testimonio del itinerario de Antonino de Placencia[7], de San Gregorio de Tours (544-595), padre de la historia civil de los Franceses[8], de San Sofronio, sucesor de Modesto[9] y de San Arculfo (670)[10].

Hacia fines del siglo VII las maravillosas narraciones de los apócrifos hacen una entrada triunfal en los sermones de los oradores griegos, como Juan de Tesalónica, San Andrés de Creta, San Germán de Constantinopla, San Juan Damasceno, etc. Todos apoyan sin titubeos la tradición jerosolimitana, y no se hace ninguna mención de Efeso.

También los tres peregrinos que visitaron a Jerusalén antes del siglo X, es decir, San Willibaldo (723-726), el autor del *Commentarium de casis Dei* (hacia el año 808) y el monje francés Bernardo (858-867), confirman la misma tradición[11]. A partir del siglo IX los testimonios en favor de Jerusalén ya no se enumeran. Todos aseguran que la Virgen Santísima murió en Jerusalén y fué sepultada en el huerto de Getsemaní. La tradición jerosolimitana, pues, se presenta, históricamente, más que fundada.

Y ahora diremos pocas palabras respecto de la opinión que está en favor de Efeso.

La idea de la residencia y de la muerte de María en Efeso fué propuesta por primera vez, en el siglo XVII, por el célebre crítico Tillemont (1637-1698). Se fundaba en una frase elíptica de una carta de los Obispos de Efeso (a. 431) al clero y al pueblo de Constantinopla respecto a la condena de Nestorio. En esta carta se decía:

---

[6] Cfr. Damasceno: "Homilia II in Dormit. B. M. V.", P. G. 96, 747-750. Todos los manuscritos de las obras de S. Juan Damasceno contienen este relato en los mismos términos. La primera aparición de tal relato en la Homilía de S. J. Damasceno es anterior al año 890. (Cfr. Jugie, o. c., p. 159). También las reliquias de Blacherne comienzan a aparecer, se cree, en la primera mitad del siglo IX.

[7] Cfr. "Itinerarium", ed. Tobler y Molinier, p. 368.

[8] "Miraculorum", lib. I, De gloria martyrum, c. 4, P. L. 71, 708.

[9] "Encomium in Dormitione B. M. V.", P. G. 86, 3277-3311.

[10] "Anacreontica", XX: De desiderio suo, P. G. 87, 3823.

[11] "De locis sanctis", ed. Tobler y Molinier, p. 157.

"por lo cual Nestorio, fautor de una impía herejía, cuando llegó a Efeso, *donde Juan el Teólogo y la Madre de Dios la Santísima Virgen María*... habiéndose separado por sí mismo de la asamblea de los santos Padres y obispos, no permitiéndole su malvada conciencia presentarse, fué condenado luego de la tercera citación, por justa sentencia de la Santísima Trinidad,..." [12]. En la frase elíptica ("donde Juan el Teólogo y la Madre de Dios, la Santísima Virgen María") Tillemont cree ver una alusión a la presencia de los sepulcros de San Juan y de la Virgen, en el mismo lugar en el cual el Concilio celebraba sus sesiones [13]. Admite, sin embargo, que la Virgen Santísima, según la Escritura, no pudo llegar a Efeso acompañada por San Juan antes de que tuviese 96 años de edad. Siguen a Tillemont, el P. Serry O. P., el P. Sassarelli, el P. Calmet y algunos otros.

Mas el fundamento de esta deducción es muy débil. ¿Cómo podían aludir aquellos Obispos a la tumba de María en Efeso, si por entonces ninguno había pensado nunca en semejante cosa? Justamente pues, afirma Combefis, que el Concilio, con tal fórmula, no entendía hacer otra cosa que indicar el lugar en el que Nestorio fué citado ante el tribunal de los Obispos, esto es, la Iglesia designada con los nombres de esos santos titulares [14]. En efecto, así es cómo los Griegos y todos los orientales han entendido siempre este pasaje, como observa Combefis. Por lo demás, éste es el sentido más obvio.

Además, la ausencia de la tradición en favor de Efeso es *total*. Aún más. Según la Escritura y la tradición el primer apóstol de Efeso fué San Pablo, y San Timoteo su primer Obispo. San Juan, pues, no estuvo nunca en Efeso antes de la muerte de San Pablo, y por consiguiente tampoco estuvo con él María.

Todas estas razones hicieron que la peregrina opinión de Tillemont no tuviese éxito. Y nadie habría hablado más de ella si no hubiesen venido a luz las célebres revelaciones de Ana Catalina Emmerich (1774-1824) escritas y deformadas por el poeta alemán Clemente Brentano († 1841). Según estas revelaciones privadas la Virgen Santísima habría pasado los últimos nueve o diez años de su vida terrena sobre una pequeña colina situada a unos 10 kilómetros de Efeso. El Apóstol San Juan, a quien había sido confiada por su

[12] "Synodi Epistola ad clerum populumque constantinopol.", Labré y Cossar "Collectio Concil.", París, 1617, p. 574.

[13] "Mémoires pour servir a l'Histoire eccle.", París, 1693, t. I, p. 73-74 y nota XIII.

[14] "Biblioth. gr. Patrum, auct. nov.", p. 582.

Divino Hijo, habría hecho construir allí una pequeña casa parecida a la de Nazaret, y ahí habría muerto la Madre de Dios a los 63 años de edad, siendo sepultada por el Apóstol. El Abate Gouyet, impresionado por estos detalles narrados por Ana Catalina, quiso verificarlos *de visu*. Se dirigió, en efecto, a aquel lugar en octubre de 1881, y sobre el monte Balbuy-Dagh creyó encontrar las ruinas del edificio descrito por ella. En consecuencia de ello, otros estudiosos de Esmirna visitaron el mismo lugar creyendo encontrar también ellos en las susodichas ruinas, grandes y sorprendentes semejanzas con la descripción de Ana Catalina Emmerich. Tanto más cuanto que aquellos antiguos restos eran llamados *Panaghia-Capouli*, o sea, Puerta de la Virgen. La emoción fué viva. En 1892 fué redactada una larga relación confirmada oficialmente por el Arzobispo de Esmirna Mons. Timoni, y fué dada al público [15]. Se concluyó, pues, que la Venerable Emmerich, o más exactamente —como ya lo hemos notado— Brentano, al describir de tal modo la tumba de María, debió estar *divinamente inspirada*. Por tanto, la tradición que colocaba la tumba de la Virgen en Jerusalén resultaba ser completamente errónea. El aparente carácter sobrenatural de la revelación constituyó el principal fundamento de la opinión en favor de Efeso.

Tras estos descubrimientos, la polémica en torno al lugar de la muerte de la Virgen Santísima se encendió de un modo impresionante y, como era de esperarse, el campo quedó dividido en dos partes. Abogaban en favor de Efeso, el P. Tomás de Villan, el P. Wegener, O. S. A. [16], el P. Leopoldo Fonck [17], un tal Gabrieloch de Esmirna [18], etcétera. En defensa de la tradición jerosolimitana se levantaron M. I. Berger, el Doctor Nirschl, el protestante Teodoro Zahn, Monseñor Baunard, Mons. Duchesne, Mons. Le Camus, el P. De la Broise, S. J., J.-B. Pelt, el P. Bernabé de Alsace O. F. M., etc. [19]

Se demostró además que entre la descripción de la Venerable Emmerich y las ruinas de Panaghia-Capouli, no solamente no existen

---

[15] Cfr. "Panaghia-Capouli ou la Maison de la Sainte Vierge près d'Ephès", París-Poitiers, 1896.

[16] "Wo ist das Grab der heiligen Iungfrau Maria?", Wurzbourg, 1895.

[17] "Stimmen aus Maria-Laach", Friburgo de Brisgovia, 1896, t. LI, p. 471-493; 1897, t. LII, p. 143-156 — "Zeitschrift für kathol. Theologie", Insbruck, 1896 p. 481-567, y otros artículos.

[18] "Ephès ou Jérusalem, Tombeau de la Sainte Vierge", París-Poitiers, 1897.

[19] Referente a la cuestión de la permanencia de la Virgen en Panaghia-Capouli, puede ser útil también el estudio del P. Hetzenauer, O. M. Cap. publicado en "Le conferenze del Laterano", marzo-abril de 1921, p. 53-74.

las tan decantadas y maravillosas semejanzas (¡alrededor de treinta!...), sino que median muchas y embarazadoras desemejanzas. A más que las numerosas excavaciones hechas para encontrar la pretendida tumba de la Virgen no llegaron a nada concreto. De esta manera, el entusiasmo por la hipótesis de Efeso ha comenzado a disminuir, y hoy, después de tantas polémicas, no se habla casi de ella.

En conclusión, todo nos induce a creer que la vida terrena de María, así como tuvo su comienzo en la ciudad santa, así también tuvo en ella su término. Ella pasó de la Jerusalén terrestre a la Jerusalén celestial[20].

---

[20] En la denominada "Historia Eutimíaca" se cuenta que la Emperatriz Pulqueria, en los comienzos del reinado de Marciano (433-457), hizo erigir en Constantinopla un santuario en honor de María Santísima y solicitó a una con el Emperador poder tener junto a sí el sagrado cuerpo de la Virgen. Dirigióse, pues, a Juvenal (399-458), obispo de Jerusalén y a los demás obispos entonces presentes en la capital para el concilio de Calcedonia, y dijo: "Sabemos que existe en Jerusalén la primera iglesia dedicada a la Sma. Madre de Dios y siempre Virgen María, la más bella entre todas, en el lugar llamado Getsemaní, en donde el cuerpo de esta Virgen, que fué morada de la Vida, fué depositado en un sepulcro. Quisiéramos traer aquí esta reliquia como salvaguardia de la capital". Pero Juvenal, luego de haber escuchado a todos sus colegas presentes, respondió: "La iglesia de Jerusalén conoce una tradición según la cual, en el momento de la muerte de la Sma. Virgen, los Apóstoles acudieron desde las diversas partes del mundo y permanecieron durante tres días en torno a su tumba en Getsemaní, y que, después de haberla abierto, encontraron ahí nada más que los lienzos fúnebres sin ninguna traza del santo cuerpo". Tras esta respuesta, los soberanos rogaron se les concediese por lo menos tener el sarcófago junto con los lienzos benditos, debidamente sellado todo, y así, esas veneradas reliquias fueron depositadas en el santuario de la "Theotokos", que se encuentra en las "Blacherne" (Nicéforo Calixto: "Hist. Eccl.", l. XIV, P. G. 147, 748-52).

Según el P. Jugie, esta narración no sería otra cosa, que una leyenda inventada en el siglo IX para explicar la posesión del sarcófago y de las demás reliquias que se encuentran en las "Blacherne" (op. cit., págs. 159-167; 92-5). La razón principal que lo lleva a tal conclusión es el hecho de que *ninguno* de los documentos escritos antes de mediados del siglo V habla de la tumba de la Virgen en Jerusalén. Sin embargo, observa el P. José M. Gagov, O. F. Conv. ("La tradizione dei primi cinque secoli sulla morte e la tomba della B. Vergine", en "Miscellanea Francescana", 47 [1947], 142 y sgts.), que los documentos de aquel tiempo no sólo *no debían* (como lo ha demostrado el P. Faller, op. cit., 46-51) sino que *no podían* hablar de la tumba de la Virgen por el simple hecho de que esta tumba había quedado soterrada durante más de tres siglos y medio, y por lo tanto, desconocida por todos (hasta del sacerdote Timoteo de Jerusalén y de San Epifanio). Este enterramiento dedúcese de lo consignado por Flavio Josefo, quien cuenta que los Judíos, con el fin de salir victoriosos de los Romanos, intentaron recubrirlos "echando tierra sobre la pendiente de la montaña, y llenaron el fondo del valle obstruyendo así las entradas de las tumbas" ("Guerra de los Judíos", V, 8-10). Una confirmación de esto se tiene en el hecho de que aún hoy la tumba de la Virgen aparece enterrada unos 10 metros. Datos arqueológicos ciertos, extraídos de excavaciones recientes, nos aseguran que la construcción del monumento que lleva el nombre de "tumba de la Virgen", situado en el antiquísimo cementerio de Jerusalén, remonta a la mitad del siglo V (véase Vincent-Abel: "Jérusalem", 113, 809). Este monumento, pues, daría un discreto apoyo a la veracidad de la así lla-

2. — ¿Cómo sucedió?

¿De qué modo terminó su destierro terreno María Santísima? Este problema, digámoslo inmediatamente, no es menos oscuro que el precedente[21].

No se comprende bien, en efecto, cómo pudo morir la Virgen. Para nosotros es fácil, demasiado fácil morir. Pero para María no sucede lo mismo. Se muere, efectivamente, o por violencia externa, es decir, porque se nos da muerte, o por enfermedad, o por vejez, la cual no es otra cosa que una enfermedad. Ahora bien, ninguno de estos tres modos es posible admitir para María. Ella no murió por violencia extrínseca, o sea por la espada, como pensó alguien, inter-

---

mada "Historia Eutimíaca". A esto debe añadirse el testimonio de los apócrifos, especialmente el del *Transitus Mariae* del Pseudo Melitón, escrito antes de la mitad del siglo V.

[21] Los apócrifos que versan sobre el "Transitus B. M. V.", se hallan repletos de circunstancias fabulosas en torno a los últimos años de la vida terrena de María. Según el "Transitus..." del Pseudo Melitón, María, se encontraba un día sola en oración en el Monte de los Olivos (en la casa de los parientes de San Juan) cuando se le apareció un Ángel que, después de saludarla, le dió una palma del Paraíso de Dios, toda resplandeciente, recomendándole la hiciese conducir delante de su féretro, pues Ella moriría dentro de tres días. Esto sucedió el año vigésimo octavo después de la Ascensión. María pidió al Ángel dos favores: que los Apóstoles se reunieran en torno suyo y que su alma, en la hora de la muerte, evitase el encuentro con el príncipe de las tinieblas. La primera petición le fué concedida, pero respecto de la segunda, el mensajero celestial remitió la Virgen Santísima a su Hijo Jesús; luego desapareció en un haz de luz. María púsose entonces sus vestidos de fiesta, y llevando la palma en la mano, alejóse breve trecho del monte de los Olivos. Allí dirigió a Jesús una oración rebosante de reconocimiento y de humildad, suplicándole la protegiera del poder de la gehenna. Luego volvió a entrar en su casa. De improviso llegó de Éfeso San Juan, transportado hasta allí en una nube. Llama a la puerta de casa, entra, y la Virgen al verle, salta de alegría. Después de recordarle la recomendación de Jesús agonizante, le comunica que Ella morirá dentro de tres días y que los Judíos han jurado quemar su cuerpo. Lo introduce después en su pieza y le muestra los vestidos para sus funerales juntamente con la palma luminosa que le diera el Ángel. Juan entonces se pregunta cómo podrá, él solo, encargarse de los funerales. En esto estaba cuando llegaron los demás Apóstoles transportados al par que él en alas de las nubes y depositados ante la puerta de la casa de María, asombrados sobremanera de encontrarse allí todos reunidos. Entre los presentes se hallaba también San Pablo, el Apóstol de las gentes. Pedro le invitó a que dirigiese él primero una oración al Señor para conocer su divina voluntad. Pero Pablo se excusó proclamando el primado de Pedro: "Tú, le dijo, has sido escogido por Dios para ser la columna de la Iglesia, y nos precedes a todos en el apostolado". Este acto de profunda humildad llenó de alegría a todos los Apóstoles. Pedro hizo la oración y apenas los demás habían contestado "Amén", he aquí que se presenta San Juan y les cuenta todo lo sucedido. Luego los lleva adónde estaba María, con la cual entablan una devota conversación. Ella les dice que el Señor los ha reunido para consolarla en medio de las angustias que debían llover sobre Ella y les recomienda que velen hasta el momento en que Jesús viniere a llevársela.

pretando en un sentido demasiado material la profecía del santo anciano Simeón, porque la espada que traspasó a María fué espiritual, no material; espada que traspasó el alma, no el cuerpo.

No murió y no pudo morir la Virgen Santísima por enfermedad, porque ello se oponía a su perfecta constitución orgánica, haciéndola inmune de toda molestia física.

En tanto, el tiempo transcurría en alabanzas al Señor. Mas a la hora tercia del tercer día, todos aquellos que se encontraban en la casa fueron presa de un sueño profundo, con excepción de los Apóstoles y de las tres vírgenes que acompañaban a María. Y he aquí que llega Jesús con una multitud de Angeles que entonaban cánticos. Invitó a su Madre a seguirle en la mansión de la vida eterna. María le agradeció con sentimientos de amor y de humildad y renovó su petición de no encontrarse con los espíritus infernales. El Salvador le recordó que también a Él, mientras estaba en la cruz, habíase aproximado el príncipe de las tinieblas, pero que se había retirado al no encontrar en Él nada que le perteneciese. "Yo he topado con él, añadió Jesús, y lo mismo ha de suceder a Ti, según la ley común; pero él no te podrá hacer daño alguno, porque nada tiene que ver contigo y además Yo estaré junto a Ti para librarte. Vén pues, con toda confianza. Las milicias celestiales esperan que yo te introduzca en las alegrías del Paraíso". A tales palabras, la Virgen se levantó, tendióse sobre su lecho, y expiró dulcemente.

En esto los Apóstoles vieron una luz tan resplandeciente que sobrepasaba la blancura de la nieve y el brillo de cualquier metal. Jesús les ordenó que sepultaran a su Madre en un sepulcro nuevo, a la derecha de la ciudad, del lado Oriental y aguardaran allí que Él volviese. Luego confió el alma de "nuestra santa Madre María" a su Arcángel Miguel, prefecto del Paraíso y jefe de la nación Judía. El Arcángel Gabriel seguía a Jesús y a los Ángeles que tornaron inmediatamente al cielo. Las tres vírgenes se dedicaron entonces a componer los despojos virginales de María: lavaron su cuerpo, lo vistieron, mas luego, si bien podían tocarlo, no le veían ya, porque una luz enceguecedora lo raptó a sus miradas durante todo el tiempo que cuidaban de él. El rostro de María era blanco como un lirio, y un perfume de una suavidad incomparable emanaba de sus despojos mortales.

Cuando todo estuvo listo para los funerales, se organizó el cortejo de esta manera: el virgen Juan colocóse delante del féretro, llevando la palma; Pedro y Pablo cargaron en sus hombros el santo cuerpo, seguidos por los otros Apóstoles. Pedro además dió comienzo a la salmodia con las palabras: *"In exitu Israel de Aegypto, alleluia"*. Los demás Apóstoles prosiguieron el canto con una voz dulcísima. Mas he aquí que por encima del féretro se vió delinearse una especie de corona luminosa. Y las milicias angélicas sentadas sobre nubes, entonaban cánticos de dulzura incomparable. Al sonido de esta música, los habitantes de la ciudad acudieron en número de 15.000. Uno de ellos, un Príncipe de los Sacerdotes, preso de un acceso de furor, dijo: "He aquí el tabernáculo de Aquél que ha sembrado la confusión entre nosotros y en medio de nuestra nación. ¡De qué gloria está rodeado!" Y precipitándose sobre el féretro, intentó derribarlo. ¡Pero jamás lo hubiese hecho! Sus manos, a partir de los codos se secaron y quedaron pegadas al fúnebre lecho. El cortejo continuó avanzando entre cánticos, mientras que el infortunado sacrílego, siempre pegado al féretro, aullaba de dolor a cada paso. Los demás Judíos no pudieron socorrerle, porque fueron cegados por los Ángeles que estaban sobre las nubes. Entonces el desgraciado se volvió al príncipe de los Apóstoles invocando piedad y recordándole que él había tomado su defensa en el pretorio cuando una criada le había calumniado. Pero San Pedro le respondió: "No depende de mí el socorrerte; mas si tú crees en el Señor Jesucristo, a quien esta Virgen llevó en su seno, serás curado".

No murió y no pudo morir de vejez (aparte de que no sabemos exactamente nada de cierto acerca de si llegó o no a una edad avanzada), porque a ello se oponía el hecho de que la misma vejez, en cuanto es capaz de causar la muerte, es una enfermedad, o sea, un debilitamiento general de todo el organismo y de todas sus facultades, llamada decrepitud senil. Consiguientemente, la Virgen Santí-

---

"Yo creo todo lo que tú dices, respondió el Judío, pero te ruego que me libres de las garras de la muerte." Pedro, entonces hizo detener el féretro y dijo al desdichado: "Si tu fe es sincera, que tus manos se despeguen de este lecho". Y al punto las manos se soltaron, pero ellas permanecían secas y el dolor persistía. "Aproxímate al santo cuerpo y bésalo —volvió a decir Pedro—, luego dí: «Yo creo en Dios y en su Hijo Jesucristo, a quien Ésta ha llevado en sus entrañas, y creo todo lo que me ha dicho Pedro, el Apóstol de Dios»". El Judío obedeció, y quedó completamente curado. Además dijo en alabanza de Cristo, algunos textos sacados de los libros de Moisés, entre la admiración de los Apóstoles. Entonces Pedro le presentó la palma sostenida por Juan y le ordenó llevarla a la ciudad, cuyos habitantes habían quedado ciegos, para anunciar a todos las maravillas de Dios. "Pondrás esta palma sobre los ojos de todos aquellos que crean en el Señor Jesús, le dijo, y ellos recobrarán la vista." El Príncipe de los Sacerdotes cumplió esta misión y sanó con la palma a todos aquellos que habían creído, mientras que quienes permanecieron incrédulos, murieron ciegos.

Entretanto, los Apóstoles habían llegado a la derecha del valle de Josafat, al lugar que les había indicado Jesús. Colocaron a María en una tumba nueva, cerraron el sepulcro y sentáronse junto a él, tal como les había ordenado el Señor. Y he aquí que de improviso (inmediatamente después de la sepultura), Jesús descendió del cielo con un innumerable ejército de Ángeles resplandecientes. Y dirigiéndose a los Apóstoles les dijo: "¡La paz sea con vosotros!" Ellos respondieron: "Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te". Y el Salvador les dijo: "Antes de subir a mi Padre, yo os prometí que vosotros, que me habéis seguido, os sentaríais sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre esté sentado sobre el trono de su majestad. Respecto a esta Virgen, mi Padre la escogió entre las doce tribus de Israel para que yo habitase en ella. ¿Qué queréis, pues, que le haga?" Pedro y los demás Apóstoles respondieron: "Señor, Vos habéis escogido a esta vuestra sierva, para que Ella fuese vuestra morada inmaculada; en cuanto a nosotros, vuestros pobres siervos, nos habéis tomado a vuestro servicio. Desde toda la eternidad Vos tenéis sobre todas las cosas, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, con los que sois una sola divinidad, un poder igual e infinito. He aquí, pues, lo que nos ha parecido justo a nosotros, siervos vuestros: que, así como Vos reináis en la gloria después de haber triunfado de la muerte, de la misma manera resucitéis el cuerpo de la Madre vuestra y lo conduzcáis junto a Vos en la alegría del cielo". Entonces Jesús respondió: "Hágase conforme a vuestra palabra". Y ordenó a S. Miguel traer el alma de María. De inmediato, el Arcángel Gabriel derribó la piedra que cerraba la entrada del sepulcro. Cristo, llamó a su Madre, y María se alzó de la tumba bendiciendo al Señor. Ella se postró a los pies de su divino Hijo para adorarle y darle gracias. Jesús, después de haberla abrazado, la entregó en brazos de los Ángeles, los cuales la llevaron al Paraíso. Dijo, entonces, a los Apóstoles: "Aproximaos a mí". Ellos se acercaron y Él los abrazó; después, una nube lo arrebató al cielo juntamente con los Ángeles que llevaban a María. Otras nubes recogieron de nuevo a los Apóstoles y los volvieron al lugar de su apostolado. (Cfr. Tischendorf: "Apocalypses Apocryphae", Leipzig, 1866, págs. 124-136).

sima así como no pudo fallecer por enfermedad, tampoco dejó de existir por vejez.

Hasta aquí, todos están o debieran estar de acuerdo. Si, pues, la Virgen no murió por violencia externa, ni por enfermedad, ni por vejez, ¿de qué modo murió? Bossuet, San Francisco de Sales, San Alfonso María de Ligorio y, en general, todos los autores, afirman que María murió de amor, en un acto de intenso afecto que rompió las

---

Bastante diferente de la narración del Pseudo Melitón es el relato griego del "Transitus Mariae" dejado por el Pseudo Juan Evangelista.

Según el Pseudo-Juan, María tenía la costumbre de ir a orar al sepulcro de Cristo. Un día, era viernes, mientras según solía hacer, se hallaba en oración, se le apareció el Arcángel Gabriel y le anunció su inminente partida de este mundo. Inmediatamente, tomó consigo las tres vírgenes que se hallaban a su servicio, y se dirigió a su casa de Belén. Pidió a Jesús que reuniese en torno suyo a todos los Apóstoles, aun aquellos que ya habían muerto. Juan llegó el primero, desde Efeso, transportado por una nube. María le comunicó la noticia de su próxima muerte y le dijo que los Judíos tenían la intención de quemar su cuerpo. S. Juan la reanimó y le aseguró que su cuerpo no conocería la corrupción. Tras una orden emanada directamente del Espíritu Santo, los Apóstoles, que se hallaban dispersos por todo el mundo predicando el Evangelio, fueron transportados sobre las nubes a Belén. Reuniéronse allí también los que habían muerto, es decir, Santiago, Andrés, Felipe y Simón, después de haber abandonado sus tumbas; pero el Espíritu Santo les advirtió que no era aquélla la resurrección final y que ellos volverían a entrar de inmediato en sus lóbregas moradas. Cuando todos se hallaron presentes, María les preguntó cómo habían llegado. Luego se oyó un trueno que anunciaba el descenso de los ejércitos angélicos, los cuales rodearon la casa de la Virgen para custodiarla. Los Betlemitas no tardaron mucho en darse cuenta de lo que sucedía, puesto que milagros extraordinarios se verificaron muy pronto en medio de ellos. Algunos se dirigieron a Jerusalén para dar noticia de aquello, suscitando una gran conmoción entre los Judíos. Los Sacerdotes organizaron una primera expedición para apoderarse de María y de los Apóstoles. Mas fué detenida por una fuerza invisible en medio de la ciudad. Rehicieron el camino y fueron a contar lo sucedido a los Sumos Sacerdotes. Éstos se dirigieron a Jerusalén y presentándose ante el Gobernador Romano le conjuraron en nombre de la salvación de Tiberio, que enviara tropas a Belén con el objeto de expulsar a María y a los Apóstoles. El Gobernador, al par que Pilatos, intentó en un principio desviar la cuestión, mas luego acabó por contentar a los Judíos, y envió a Belén a un quiliarca con un batallón. Pero a su llegada, los Apóstoles ya no se encontraban allí. Advertidos por el Espíritu Santo, ellos habían sido transportados milagrosamente por una nube, juntamente con María, tendida en su lecho, a la casa que ella poseía en Jerusalén. Grandemente despechado por haber sido burlado, el oficial desfogó su ira contra los Betlemitas, arrastrando a algunos de ellos ante el Gobernador.

En el entretanto, los Apóstoles cantaban con la Virgen las alabanzas del Señor. Los Judíos ignoraban adónde se habían dirigido aquéllos. Solamente después de cinco días descubrieron la casa de María y quisieron incendiarla en el acto. Mas las llamas se volvieron contra los asaltantes y quemaron a muchos. Este milagro hizo exclamar al Gobernador algo semejante a lo que el Centurión dijo al contemplar la muerte de Cristo. Entonces el Espíritu Santo habló y dijo: "En domingo sucedió la Anunciación; en domingo nació Jesús; en domingo resucitó; en un domingo aparecerá al fin del mundo para juzgar a los vivos y a los muertos. En domingo también tendrá lugar el tránsito de María".

Y he aquí que Jesús, escoltado por las milicias angélicas, descendió hacia

ataduras del cuerpo. He aquí sus palabras: "Si me creéis, oh almas cristianas, dice Bossuet, admitiréis que la causa de la muerte de la Santísima Virgen no fué otra que el amor. Su amor, fuerte, ardiente, abrasador, no podía lanzar ningún suspiro sin que despedazase los lazos de ese cuerpo de muerte: ni un ansia, ni una pena que no pudiese turbar, romper su armonía; ningún deseo se elevaba al cielo sin que arrastrase consigo al alma.

"Os he dicho, oh cristianos, que su muerte fué un prodigio, pero debo ser más sincero y cambiar francamente de parecer: la muerte no fué el milagro, el prodigio, sino el fin del prodigio. El milagro continuo fué que María pudiese vivir separada de su Amado. Vivía... porque era designio de Dios Padre que Ella fuese copia perfecta de

---

su Madre. Se entabla un diálogo entre Él y Ella. El Salvador le anuncia que "su cuerpo deberá luego ser transportado al Paraíso, en la mansión eterna del Padre, donde desde ya va a ser recibida su alma". María rogó entonces a su divino Hijo que bendijera a los hombres y que escuchara cada oración que tuviera a Ella por intercesora. Jesús le respondió: "Toda gracia y todo don te ha sido acordado por mi Padre, por mí y por el Espíritu Santo. Toda alma que invocare tu nombre, no sólo será escuchada, sino que encontrará misericordia, consuelo y asistencia en esta vida y el premio eterno en la otra en el reino de mi Padre celestial".

Luego de haber bendecido a cada uno de los Apóstoles, la Virgen entregó en las manos de Dios su alma inmaculada. Un perfume embriagador emanó al punto de sus restos mortales, llenando de alegría a todos los asistentes. Hiciéronse entonces los preparativos para los funerales. Pedro dirigió la salmodia y los demás llevaban el féretro. Luego sucedió el impresionante episodio del Judío Gefonia que quería derribar el féretro, siendo terriblemente castigado. Después se curó invocando a María, cuyo cuerpo fué depositado en Getsemaní, en un sepulcro nuevo. Durante tres días los Apóstoles permanecieron ante la tumba, uniéndose a los cantos angélicos que se escuchaban en los aires. Al terminar el tercer día los cánticos cesaron de repente. Por este signo, los Apóstoles reconocieron que el cuerpo de la Madre de Dios había sido transportado al Paraíso, en donde Isabel, Ana, Abrahán, Isaac, Jacob y todos los coros de los Santos acudieron a venerarlo. El lugar en donde estuvo depositado, resplandecía con una luz deslumbradora y emitía un suave perfume. Los Apóstoles volviéronse glorificando a Dios." (Cfr. Tischendorf, l. c., 95-112).

De estas dos narraciones del siglo V-VI (o sea, de la del Pseudo Melitón y de la del Pseudo Juan), dependen más o menos todos los demás relatos sobre el Tránsito de María. La célebre *"Historia Eutimíaca"* (debida, según parece, a un falsario no anterior al siglo IX), añade también el episodio del Apóstol Tomás, el cual, no habiendo estado presente durante el sepelio de la Virgen, habría pedido que la tumba fuese abierta a fin de venerar ese santísimo cuerpo que había llevado a Dios. Al abrir la tumba encontraron, en lugar del cuerpo sólo los vestidos funerarios, de los cuales emanaba un perfume inefable. Por esto comprendieron que el Señor "había querido honrar su cuerpo virginal e inmaculado con el privilegio de la incorruptibilidad y de la subida al cielo antes de la resurrección común y universal" (Cfr. Nicéforo Calixto: "Hist. eccl.", lib. XV, c. 14, P. G. 147, 44-46). Dadas las contradicciones cronológicas, topográficas e históricas de todos estos relatos, el valor histórico de ellos es casi nulo.

su Jesús Crucificado, en el martirio insoportable de una vida tan larga y penosa como necesaria para la Iglesia. El amor divino reinó soberano absoluto en su corazón, y cuando Ella amaba el amor aumentaba día a día, alcanzando así tal magnitud que la tierra no era ya capaz de contenerlo" (BOSSUET: "Sermón II sobre la Asunción"). "Cuando el amor de la Virgen, dice en otro lugar el mismo príncipe de los Oradores, no pudo estar más en su cuerpo mortal, Ella entregó su alma en los brazos de su Hijo. No hubo necesidad para esto de un esfuerzo especial. Así como un ligero soplo arranca en otoño la hoja seca y hace que la llama se dirija hacia lo alto, así su alma fué separada del cuerpo para ser transportada a los cielos: así murió la Virgen, en un acto de amor divino y su alma fué llevada al cielo en alas de santos deseos. Fué entonces que los espíritus celestiales se preguntaron maravillados: ¿Quién es Esta que sube del desierto, como una nubecilla de humo de mirra y de incienso quemado? Figura, similitud maravillosa que nos pinta al vivo el modo tranquilo y dichoso de este morir. Una nube de humo perfumado... como nos sería dado gustar mediante perfumes quemados; una nube que se alza tranquila, no arrancada ni impulsada con violencia, sino delicadamente vaporizada por un dulce y templado calor que la hace subir espontáneamente. No fué una sacudida violenta que arrancó el alma de María: fué el calor de la caridad lo que la separó dulcemente del cuerpo enviándola al Paraíso envuelta en una onda de deseo ardiente de su Amado" (BOSSUET: "Sermón I sobre la Asunción"). Otro tanto repite sustancialmente, San Francisco de Sales: "Habiendo recogido la Santísima Virgen en su espíritu, con una vivísima y continua memoria, todos los más amables misterios de la vida y de la muerte de su divino Hijo y recibiendo siempre directamente de estos recuerdos las más ardientes aspiraciones que Jesucristo, Sol de justicia, derramaba sobre los hombres en el colmo del mediodía de su caridad, y viviendo Ella de su parte en un movimiento continuo de contemplación; el fuego sagrado del amor divino la consumió totalmente, como holocausto de suavidad, dándole muerte, mientras su alma, extasiada, era transportada entre los brazos de dilección de su Hijo. ¡Oh muerte amorosamente vital! ¡Oh amor vitalmente mortal!" [22] "Los santos que murieron de amor, prosigue con fino análisis el mismo Santo Doctor, antes de morir experimentaron, en efecto, una gran variedad

[22] II Sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen", punto 2º.

de accidentes y de síntomas de dilección, muchos transportes, muchos raptos, muchos éxtasis, muchos desfallecimientos, muchas agonías: se diría que su amor engendraba, con esfuerzo y con progresivos intervalos, la muerte bienaventurada; ello fué a causa de la debilidad de su amor, aún no bastante perfecto, y que no podía con igual firmeza continuar su dilección. Pero muy otra cosa sucedió en la Santísima Virgen, porque así como la hermosa alba del día no crece a intervalos o con trémulos sacudimientos, sino con cierto continuo dilatamiento y aumento que es casi insensiblemente sensible, viéndosela crecer en esplendor, pero con tanta igualdad que nadie puede advertir, en los crecimientos de ella, interrupción, separación o discontinuidad; así también en el virginal corazón de nuestra gloriosa Señora crecía en todo momento el amor divino, pero con crecimientos siempre dulces, pacíficos y continuados, sin agitaciones, repercusiones o violencias de ninguna clase... De modo que la muerte de esta Virgen fué más dulce de lo que podamos pensar: por una parte, suavemente trayéndola su Hijo al olor de sus perfumes, y por la otra dejándose Ella llevar tras la sagrada fragancia al seno de la bondad de su mismo Hijo... En efecto, si el amor había hecho experimentar a esta divina Esposa al pie de la Cruz los supremos dolores de la muerte, era muy conveniente y razonable que la muerte le hiciese experimentar, finalmente, las supremas delicias del amor" (SAN FRANCISCO DE SALES: "Teotimo", p. 11).

Por su parte, el P. Terrien se expresa así: "Para comprender bien cómo murió María, es necesario recordar antes la diferencia que existe entre estas tres expresiones: morir en el amor, morir por amor, y morir de amor. Morir en el amor es la común alegría de los amigos y de los elegidos de Dios, porque morir fuera de la caridad sería morir fuera de la gracia. Morir por amor es dar la vida por un fin de caridad, como hicieron los mártires. Morir de amor es tener como causa próxima de la propia muerte al mismo amor, a este amor de quien el Cantar de los Cantares ha dicho que es fuerte como la muerte.

"Que María haya muerto en el seno del amor sería blasfemia y locura dudarlo. Nadie lo ha negado jamás entre los cristianos, como tampoco fué negado que haya muerto por amor. ¿Habría rehusado Nuestro Señor a su Madre un privilegio que ha concedido a muchos Santos, y el fuego del amor, encendido día y noche en el altar de su corazón, se habría extinguido en el preciso momento en que la

visión beatífica debía comunicarle sus ardores? Algunos opinaron que María murió no solamente en el ejercicio actual del amor, sino también, como los mártires y como su propio Hijo, el Rey de los mártires, por la defensa y el reinado del amor. Pretendían que Ella también hubiese sufrido el martirio de sangre, tomando por una espada material la que, según la profecía de Simeón, debía traspasarle el corazón.

"Sabemos ya que esta profecía se cumplió de muy otra manera, y de qué modo María soportó por amor, sobre el Calvario, un dolor capaz de arrancarle mil veces la vida, si la mano de Dios no la hubiese sostenido. Ello bastaba para que Ella hubiese muerto por amor. Pero es preciso decir todavía que ha muerto de amor. Es del amor de donde debe venir el golpe que destruirá los lazos por los cuales el alma está unida al cuerpo, o para decir mejor, los soltará por un tiempo solamente" (TERRIEN: "La Mère de Dieu", t. II, ed. IV, París, sin fecha, p. 327 y sgtes.)

Todos estos autores, por otra parte respetabilísimos, nos dicen en sustancia que la Virgen Santísima murió en consecuencia de un acto de amor, superior en intensidad a la capacidad de un alma todavía unida al cuerpo. Mas es obvio que tal solución, aparentemente tan clara, no puede satisfacer. En efecto, en virtud del don de integridad, es decir, del pleno dominio que María Santísima tenía sobre todas sus pasiones, así como sobre el dolor y el amor, ningún acto de caridad, por intenso que fuese, habría sido capaz de romper los lazos que unían su alma con su cuerpo virginal. Así como la intensidad del dolor no fué capaz de matar o ni siquiera turbar a la Virgen Santísima sobre el Calvario, durante la agonía y la muerte de su Hijo, así también la intensidad del amor no fué capaz de darle muerte al término de su existencia terrestre. Por tanto, sigue siempre en pie la pregunta: ¿de qué modo la Madre de Dios abandonó su destierro aquí abajo? Nos parece que la muerte de María fué una lógica y natural consecuencia de su pasibilidad. El término natural de la pasibilidad ¿no es acaso la mortalidad? Si la Virgen fué pasible —cosa indudable— fué también mortal. Murió, pues. Pero ¿de qué manera?

Nos agrada inmensamente entre todas las demás, la aguda respuesta dada por el P. Dourche, Servita. Héla aquí: "La clave del secreto, la única según nuestro parecer, es ésta: además de la unión habitual de su espíritu con Dios, además de los ordinarios éxtasis de que nos ha hablado S. Francisco (de Sales), más de una vez la

Virgen Santísima, ya antes de la Pasión, en los momentos más solemnes de la vida, fué elevada a la contemplación de aquellos bienes celestiales que San Pablo no pudo describir aún después de haberlos gustado. Recordemos cuanto hemos dicho en otra parte sobre la ciencia de María. ¿Iba Dios a negarle, después de la resurrección, aquello que entonces, y aún antes le había concedido? Evidentemente, no. Por el contrario, nos parece que esos divinos momentos llegaron a ser cada vez menos raros con los años, a fin de compensar así a nuestra buena Madre de la prolongación del destierro. Esas momentáneas elevaciones, aunque pasajeras, no ocasionaban la muerte. Mas, ¿serían ellas siempre pasajeras? ¿Quedaría María siempre alejada de su Amado? ¿No tendría Jesús compasión de su Madre, y la dejaría desfallecer y anhelarle, como el ciervo sediento anhela la fuente de agua viva? No. La hora tan ansiada de la unión definitiva sonó finalmente. Y precisamente cuando esta hora llegó, cuando Jesucristo estrechó contra su corazón a su Madre divina en un supremo abrazo que era la comunicación plena, entera, eterna de la vida del mismo Dios, María, embriagada por las celestiales delicias, abandonó la tierra para volar al cielo.

Esta muerte, motivada en último análisis por el deseo de entrar en la posesión de una vida superior, apenas si merece el nombre de *muerte.* Por lo cual, de acuerdo con los antiguos textos litúrgicos, preferimos llamarla *tránsito, Transitus*, y *sueño* (*Dormitio*); pero un sueño divino, llegado inesperadamente, en el tiempo y en el lugar elegidos por Dios y que, invisible en la realidad, era el verdadero *despertar.* En efecto, ¿abrir los ojos a los esplendores de la Patria para cesar de contemplar las tristezas del destierro quiere decir acaso morir?" ("La Tutta Santa", p. 207 y sgtes.).

3. — Assumpta est Maria in caelum!

Entre tantas incertidumbres, una sola cosa es cierta, enseñada inequívocamente por el magisterio ordinario de la Iglesia: la Asunción de la Virgen Santísima al cielo en alma y cuerpo.

Y no sin buenas razones. La Virgen Santísima, en efecto, fué asociada por Dios al plenísimo triunfo de Cristo sobre la serpiente y sobre todas sus obras (Gén., 3, 15). Ahora bien, entre las obras del demonio, ¿no se halla también acaso la muerte? "*Invidia diaboli,*

dice expresamente la Sagrada Escritura, *mors introivit in mundum*" (Sabiduría, 2, 24). Por consiguiente, la Virgen Santísima debió ser asociada al triunfo de Cristo sobre la muerte no muriendo, sino más bien anticipadamente resurgiendo.

Además, la muerte del cuerpo, en el orden presente, se halla de tal modo unida a la del alma, o sea, a la culpa, que puede decirse que una es consecuencia de la otra. "Todos morimos, dice San Pablo, precisamente porque todos pecamos" (Romanos, 5, 12). Por tanto la muerte, en el orden presente, no es sino un castigo de la culpa, y es de fe que si Adán no hubiese pecado, habría ido directamente de la tierra al cielo sin pasar por el reino tenebroso de la muerte (Gén., 2, 17). Mas la Virgen Santísima estuvo totalmente indemne de culpa. Consiguientemente debió estar también libre de pena, o sea, de la muerte, por lo menos no hallarse sujeta a su dominio resurgiendo anticipadamente. "María, escribe San Juan Damasceno, precisamente porque estuvo inmune de culpa original y de la maldición, no debía ser víctima de la muerte ni presa de la corrupción." Y se pregunta: "¿De qué manera, oh Inmaculada, llegarás a estar sujeta a la muerte?" ("De Dormitione B.M.V.", P. G. 96, 719, 734.) Muchos Padres declaran también que la muerte, en María, habría sido totalmente ilegal siendo Ella como era Inmaculada.

La tradición cristiana apoya plenamente estas deducciones. Admítese comúnmente que, desde el siglo V en adelante, los testimonios *explícitos* en torno a la Asunción corpórea de la Virgen no escasean. ¿Puede decirse otro tanto respecto de los primeros cuatro siglos? No falta, nos parece, una base bastante sólida para afirmarlo.

Con toda probabilidad San Juan, el último de los Apóstoles en morir, quien vivió junto a la Virgen y debió indudablemente conocer su dichoso tránsito de la tierra al cielo, nos describe en el capítulo XII del Apocalipsis a la Virgen Santísima, Madre del Cristo total (físico y místico), glorificada en cuerpo y alma en el cielo. En efecto, Ella es presentada como persona completa, con la cabeza, los pies, y todo su cuerpo revestido de sol. Que allí se trate de María Santísima, es cosa admitida hoy por casi todos los intérpretes. Que se hable además del verdadero y propio Paraíso, y no (como lo sostuvieron algunos) del cielo sidéreo, aparece claramente por el hecho de que el Apóstol ve abrirse las regiones celestiales (11, 19) y de que el marco que encierra el cuadro de la Mujer apocalíptica se halla totalmente compuesto de emblemas astronómicos.

Luego de describir a la "Mujer" en el cielo como Madre de Cristo, el Vidente de Patmos la contempla sobre la tierra, como Madre de su Cuerpo místico, o sea, de los fieles combatidos por la serpiente infernal. Esto supuesto, en dicho texto apocalíptico tendríamos, por lo menos, una alusión evidente a la Asunción corpórea de María. No es de maravillarse, pues, que desde la antigüedad, algunos escritores hayan visto en ese pasaje cierta relación con la Asunción [23].

Un eco casi inmediato de esta enseñanza joánica podemos encontrarlo en el testimonio del hereje Leucio, de la segunda mitad del siglo segundo, es decir, unos cincuenta años después de la muerte del Apóstol, cuando aún vivían algunos de sus discípulos, testigos directos de sus enseñanzas. Otro eco lo hallamos en el Pseudo Melitón, quien quizás en los comienzos del siglo IV atestigua la fe en la Asunción corpórea de María. Puede tenerse, por tanto, una especie de hilo conductor para demostrar, de siglo en siglo, cierta tradición aun explícita en torno a la Asunción de María. Así, también, en los Apócrifos puede descubrirse un "núcleo común" que remontaría a la edad apostólica. ¡No se diga que, con tales procedimientos podría encontrarse un "núcleo histórico" hasta en los mitos y en las leyendas de la antigüedad! En esto no hay nada de extraño. Es sabido, en efecto, que también en las leyendas babilónicas acerca del diluvio existe un "núcleo histórico" innegable. ¿Por qué, pues, éste no ha de encontrarse en los Apócrifos? Por el contrario, nos parece que debe necesariamente suponerse so pena de tornar inexplicable el favor que han encontrado tales libros entre los fieles de su tiempo y aún entre los Santos Padres. Pues si todo en ellos, aún el "núcleo histórico", hubiese sido inventado, ¿cómo se explica la acogida favorable que recibieron?... ¿Y cómo justificar que nadie haya protestado en su contra?

La misma razón, lejos de asombrarse en lo más mínimo por tal singular privilegio, lo encuentra tan conforme con sus principios de conveniencia que más bien se admiraría de cualquier contraria aserción.

La carne de María, en efecto, es, originariamente, la carne misma de Cristo. Era, pues, más que conveniente que también el cuerpo de María, como el de Cristo, no conociese la corrupción de la tumba y resurgiese súbitamente a una vida inmortal. Parecíale a Cristo,

[33] Cfr. Livius Th.: "Die Allerseligste Iungfrau bei den Vätern der ersten sechs Jahrhunderte". Autor. Ueberstzung aus dem Englischen von Ph. Prinz von Aremberg und Dr. H. Dhom., t. II, Trèves, 1907, págs. 204-206.

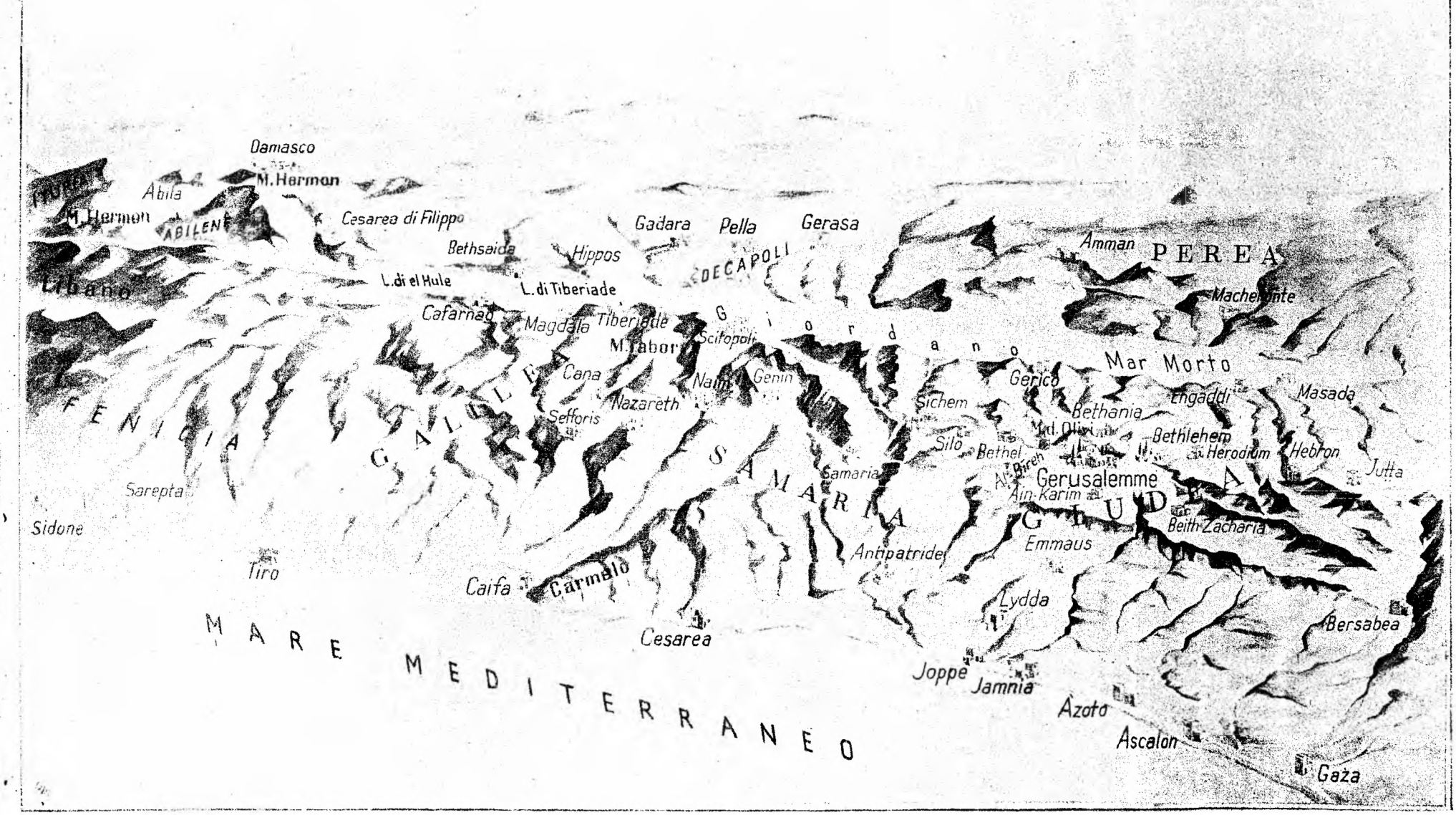
observa genialmente Pedro de Blois, que no había ascendido todo al cielo hasta el momento en que hubiese traído a Sí a Aquélla de cuya carne y de cuya sangre se había revestido su cuerpo (P. L., 207, 662).

Además, la persona de la Virgen, en virtud de su divina maternidad, había contraído una relación real con la de Jesucristo, quien es vida y principio de vida. Ahora bien, la persona se halla constituída no solamente por el alma sino también por el cuerpo. Luego, la Virgen Santísima, tanto en el alma cuanto en el cuerpo, tuvo una verdadera y real relación con la Vida misma. ¿De qué modo, entonces, un cuerpo que sostenía tal relación podía ser retenido por las ataduras de la muerte?...

Asociada, finalmente, a su Divino Hijo en toda la obra de nuestra salvación, la Virgen Santísima debía entrar necesariamente en el mismo camino de Cristo. Por consiguiente, a la Resurrección y Ascensión de Jesús, causa, a su vez, de nuestra salvación, debieron corresponder, como un eco fiel, la resurrección y la Asunción de María.

Por otra parte, el hecho mismo de que en ningún lugar se encuentren o se hallaron jamás las reliquias de María; que nadie haya hablado de tales reliquias o se haya vanagloriado de poseerlas, basta para demostrarnos que el cuerpo virginal de María no se encuentra sobre la tierra sino en el cielo. De otra manera, sería necesario admitir que su cuerpo se hallaría ignorado, sin culto, quien sabe en qué lugar de la tierra. Lo cual constituiría uno de los más grandes absurdos, especialmente si se reflexiona por un instante en el cuidado que siempre ha tenido Dios en hacer venerar, hasta con intervenciones prodigiosas, las reliquias de sus Santos. ¿Por ventura con la más excelsa y perfecta de las criaturas, con su Madre Santísima, habría procedido de distinta manera?...

Finalmente, no puede negarse a la Reina de los Santos lo que fué concedido a otras almas privilegiadas. Pues bien, se sabe que a algunos Santos fué otorgado el privilegio de una anticipada resurrección (Mat., 27, 52-53), o de una inmediata traslación al cielo, sin la muerte (como lo admiten los más cotizados exegetas, deduciéndolo de la Epístola I a los Tesalonicenses, 4, 13-17, de la I a los Corintios y de los Hechos de los Apóstoles (13, 35). Por consiguiente, no puede negarse a la Virgen Santísima una resurrección anticipada (si realmente hubiese muerto como comúnmente se piensa) o una



Reproducción del Mapa que figura en la Edición Italiana

ÍNDICE

Palabras liminares ..... Pág. 7
Prefacio ..... „ 11

INTRODUCCIÓN

El país de María ..... „ 15

Las fuentes de la vida de María ..... „ 18

1. — Fuentes Escriturísticas ..... „ 18
2. — Fuentes Tradicionales ..... „ 25
3. — Fuentes Teológicas ..... „ 38

El aspecto de María ..... „ 42

El aspecto físico ..... „ 42
El aspecto moral ..... „ 48

La cronología de la vida de María ..... „ 51

1. — La fecha del nacimiento ..... „ 51
2. — La fecha de la Anunciación ..... „ 54
3. — La fecha de la Redención y de la Corredención ..... „ 55
4. — La fecha de la Asunción ..... „ 58

DESDE EL NACIMIENTO A LA ANUNCIACIÓN

La aurora de los nuevos tiempos ..... „ 65

1. — ¿De quién nació María? ..... „ 65
2. — ¿Cómo nació? ..... „ 68
3. — ¿Dónde nació? ..... „ 71
4. — Como aurora que surge ..... „ 74

El nombre de María ..... „ 76

LA PRESENTACIÓN AL TEMPLO ..... Pág. 81

1. — Los testimonios del hecho ..... „ 81
2. — Las armonías del hecho ..... „ 84
3. — Oposiciones inconsistentes ..... „ 87

UNA NIÑA EXCEPCIONAL ..... „ 92

1. — Las prácticas religiosas ..... „ 94
2. — Esperando al Redentor ..... „ 104
3. — El voto de virginidad perpetua ..... „ 105
4. — La huérfana ..... „ 105

LOS DESPOSORIOS ..... „ 109

1. — ¿Cuándo sucedieron? ..... „ 109
2. — ¿Por qué? ..... „ 110
3. — ¿De qué modo? ..... „ 119
4. — ¿Con quién? ..... „ 122

DESDE LA ANUNCIACIÓN A LA VIDA PRIVADA DE CRISTO

EL GRAN ANUNCIO ..... „ 129

1. — Circunstancias de tiempo, lugar y personas ..... „ 129
2. — El primer coloquio ..... „ 136
   1) Las palabras del Ángel ..... „ 136
   2) La respuesta de María ..... „ 141
3. — El segundo coloquio ..... „ 143
   1) Las palabras del Ángel ..... „ 143
   2) La respuesta de María ..... „ 144
4. — El tercer coloquio ..... „ 151
   1) Las palabras del Ángel ..... „ 151
   2) La respuesta de María ..... „ 153
5. — La conclusión del relato ..... „ 156

LA VISITACIÓN ..... „ 157

1. — El relato evangélico ..... „ 157
2. — El viaje ..... „ 159
   1) Por aquellos días... ..... „ 159
   2) María partió... ..... „ 160
   3) Apresuradamente... ..... „ 162

4) Hacia una región montañosa ..... Pág. 162
5) A una ciudad de Judá ..... " 164
3. — El encuentro ..... „ 168
1) Y entró en casa de Zacarías... ..... „ 168
2) Y saludó a Isabel... ..... „ 169
3) Sucedió que... ..... „ 169
4) Y María dijo: "Magnificat" ..... „ 171
5) La psicología de María ..... „ 178
6) La riqueza del "Magnificat" ..... „ 179
4. — La permanencia en casa de Isabel ..... „ 189
1) Y permaneció... cerca de tres meses ..... „ 189
2) El nacimiento del Bautista ..... „ 190

LAS BODAS ..... „ 193

1. — Tempestad en los corazones ..... „ 193
2. — Torna a resplandecer el sol ..... „ 199
3. — El solemne rito nupcial ..... „ 202
4. — La vida en común ..... „ 204

DURANTE LA VIDA PRIVADA DE JESÚS

EL NACIMIENTO DE JESÚS ..... „ 211

1. — El empadronamiento de todo el orbe ..... „ 211
2. — Hacia Belén ..... „ 212
3. — Surge el Sol... ..... „ 215
4. — La adoración de los pastores ..... „ 217
5. — La Circuncisión y la imposición del nombre ..... „ 219
6. — La Purificación de María y la presentación de Jesús en el Templo ..... „ 220
7. — La adoración de los Magos ..... „ 229

LA HUÍDA A EGIPTO ..... „ 234

1. — La persecución de Herodes ..... „ 234
2. — El viaje hacia Egipto ..... „ 236
3. — La permanencia en Egipto ..... „ 239
4. — La vuelta a Nazaret ..... „ 241
5. — La vida de María en Nazaret ..... „ 243

EL NIÑO JESÚS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO .... „ 251

1. — La prescripción de la ley ..... „ 251

8.—El viaje ..... Pág. 253
3.—La solemnidad pascual ..... „ 256
4.—El retorno y la pérdida del Niño Jesús ..... „ 263
5.—El encuentro ..... „ 264

LA MUERTE DE SAN JOSÉ ..... „ 271

1.—¿Cuándo sucedió? ..... „ 271
2.—¿Dónde y cómo sucedió? ..... „ 272

DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

EN LOS COMIENZOS DE LA VIDA PÚBLICA ..... „ 277

1.—El adiós y la preparación próxima ..... „ 277
2.—El milagro de Caná ..... „ 279
1) Interpretaciones que suponen un reproche real o aparente ..... „ 286
2) Interpretaciones que suponen una negativa al menos aparente ..... „ 289
3) Interpretaciones que suponen cierta oposición .. „ 291
4) Interpretaciones que suponen un pleno asentimiento ..... „ 292
5) La interpretación que preferimos ..... „ 295

EN EL TRANSCURSO DE LA VIDA PÚBLICA ..... „ 306

1.—En Cafarnaúm ..... „ 306
2.—Tras los pasos de Jesús ..... „ 307
3.—"¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?" .. „ 309
4.—"¿Su madre no se llama María?" ..... „ 313
5.—"¿No es éste Jesús... cuya Madre conocemos?" ..... „ 316
6.—"¡Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron!" ..... „ 316

AL TÉRMINO DE LA VIDA PÚBLICA ..... „ 320

1.—Signos precursores de tempestad ..... „ 320
2.—Hacia Jerusalén ..... „ 321
3.—El Domingo de Ramos ..... „ 321
4.—El Lunes Santo ..... „ 326
5.—El Martes Santo ..... „ 326

6.—El Miércoles Santo ..... Pág. 331
7.—El Jueves Santo ..... „ 332
8.—El Viernes Santo ..... „ 337
1) Prendimiento de Jesús ..... „ 337
2) El proceso religioso ante Anás y Caifás ..... „ 339
3) El proceso civil ante Herodes y Pilatos ..... „ 342
4) Hacia el Calvario ..... „ 349
5) La crucifixión ..... „ 352
6) La lanzada y el descendimiento de la cruz ..... „ 363
7) La sepultura ..... „ 370
9.—El Sábado Santo ..... „ 371

DESDE LA RESURRECCIÓN A LA ASUNCIÓN

EN LA LUZ DE LA RESURRECCIÓN ..... „ 375

La aparición del Resucitado a su Madre ..... „ 375
1) Origen y desarrollo de la piadosa opinión ..... „ 375
2) La polémica entre Serry y Sandin ..... „ 379
3) Las razones de conveniencia ..... „ 381
4) Las revelaciones privadas ..... „ 383
5) Las razones del silencio evangélico ..... „ 384
6) La aparente oposición de San Marcos ..... „ 388

LA ASCENSIÓN ..... „ 391

PENTECOSTÉS ..... „ 394

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA ..... „ 396

EL TÉRMINO DEL DESTIERRO ..... „ 398

1.—¿Dónde murió María? ..... „ 398
2.—¿Cómo murió? ..... „ 404
3.—"Assumpta est Maria in coelum" ..... „ 412

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL QUINCE DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y OCHO, EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., ALSINA 2049, BUENOS AIRES.